A SOUL TO HEAL
DUSKWALKER BRIDES BOOK 2

A Soul to Heal

Duskwalker Brides

Libro 2

Opal Reyne

Spoiler importante a continuación

Por favor, sigue leyendo sólo si tienes factores que te provocan **ansiedad**, de lo contrario te estropearás el libro.

En primer lugar, voy a enumerar los desencadenantes que **NO** aparecen en el libro para que puedas dejar de leer y no estropearlo: No hay violación, daño intencional hecho a la FMC por la MMC, tortura, suicidio/auto-daño, drama ow/om, abuso mental/emocional, incesto, aborto, abuso de drogas/alcohol, crianza o abuso animal.

SÓLO hay gordofobia en el primer capítulo. El resto del libro es abrazarnos a nosotros mismos, bellos y voluptuosos.

Hay vívidos reflejos de haber sido engañada (no por el MMC). Delora sufre estrés postraumático y depresión.

Este libro tiene el típico episodio del embarazo.

Si eso no es algo que te interese leer, te pido que tengas en cuenta que se trata de un libro sobre monstruos. Te estarías perdiendo de algo bastante divertido, lindo, interesante, así como ligeramente vital para la serie. Vivirás

todo, el embarazo, el parto y el después. Si eso no es algo que puedas soportar leyendo debido a un trauma, siento mucho que hayas pasado por dificultades.

Se pone al niño en una situación de peligro. El niño no sufre ningún daño, pero los villanos son crueles y tratarán de destruir todo lo que amas sin importarles la moralidad. Mis villanos siempre intentan ser lo más horribles posible, ¡pero nunca temas! Mis personajes son fuertes y siempre salvarán el día.

Como siempre, mis libros tienen algo de gore.

Para todos los MonsterFuckers *deprimidos* por ahí,

Este libro es para ustedes.

A veces necesitamos un monstruo grande y malo que nos recuerde que merece la pena vivir. Ayuda cuando son lo suficientemente aterradores como para ahuyentar nuestras pesadillas y lo suficientemente traviesos como para provocarnos con su polla.

Este libro también es para mis compañeras de tallas grandes.

Nosotras también merecemos amor, y mis Duskwalkers no discriminan. Nos quieren a todas, incluso a las blanditas y achuchables.

Esta es una traducción hecha por y para fans. El Desván de Effy realiza esta actividad de manera altruista y sin ánimos de lucro, con el fin de dar a conocer las obras de autoras de habla inglesa, en países de habla hispana.

Pueden ayudarnos difundiendo nuestro trabajo con ***discreción*** para que podamos seguir ofreciéndoles más libros (no comenten sobre esta, o cualquier otra de nuestras traducciones, en los canales oficiales de las autoras). Si comparten esta traducción en otros canales o blogs, les pedimos no eliminen nuestros créditos.

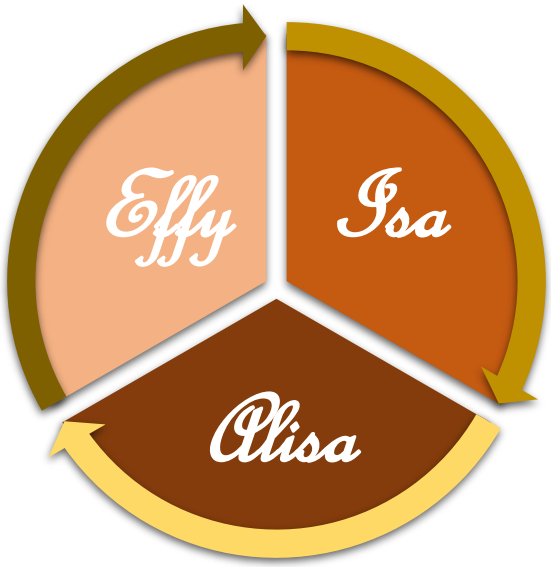
Si llegaran a publicarse estos libros en su idioma, por favor apoyen a la autora comprando su obra. Este material no pertenece a ninguna editorial, y al estar realizado por fans y amantes de la lectura, podría contener errores.

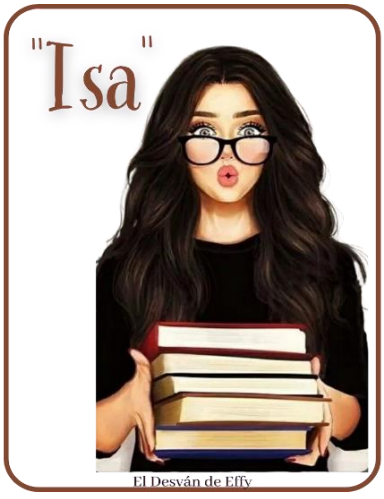
¡¡¡Esperamos de Corazón que disfruten la lectura!!!

TRADUCCIÓN, REVISIÓN, CORRECCIÓN, EDICIÓN

Y SUPERVICIÓN DE PROYECTOS

POR EL EQUIPO DEL DESVÁN DE EFFY





SIPNOPSIS

Todo lo que Delora deseaba era desaparecer.

Arrojada al Velo por un crimen que cometió, Delora fue desechada por el mundo. Aunque temía su inminente final, lo aceptó como una forma de evadir sus problemas. No esperaba que despertarse de su caída mortal, ni que la persona que la salvó sería un Duskwalker.

Al principio desconfía de él, pero Delora empieza a darse cuenta de que es algo más que un monstruo sin rostro.

Lo único que quería era un nombre.

Tras descubrir que los humanos pueden ser mantenidos como compañeros, él comienza a preparar todo para el día en que encuentre a su propia novia. Aún le falta humanidad y hay mucho que aprender primero. Una mañana, al salir de su cueva, una humana se estrella de repente contra él desde el cielo. Quebrada y dormida, se pone manos a la obra para curar a la mujer.

No tarda en comprender que está herida de una forma que su magia no puede curar.

Pero ¿será capaz de ganarse su afecto, o llegará ella a odiarle mientras él se abre camino a trompicones aprendiendo sobre ella... y, lo que es más importante, sobre sí mismo?

CAPITULO 1

Delora movió los hombros de un lado a otro mientras abría y estiraba los dedos, en un intento de liberarse de la cuerda que le ataba las muñecas.

Mientras la conducían a través del denso bosque, sus pesadas respiraciones salían como resoplidos contra la tela que le habían atado a la cabeza. Al contener la saliva de su boca seca, sintió la garganta pegajosa.

El suelo estaba embarrado por la lluvia que había caído recientemente, y su vestido, que había sido opaco, gris y liso, estaba ahora sucio de tanto caminar. Aunque la parte de arriba sólo estaba sucia debido al ligero sudor que tenía, la parte de abajo del vestido estaba empapada de barro por haberse caído de rodillas varias veces.

Sabía que su largo pelo negro estaba terriblemente enmarañado por lo que había visto caer sobre su frente, oscureciéndole la visión más veces de las que podía contar. También estaba enmarañado con ramas y hojas sueltas.

Las hojas que cubrían el bosque brillaban con la suave luz del sol en la madrugada de ese día de otoño. Había mucha sombra, lo que hacía que la brisa que agitaba las hojas pareciera más fría de lo que en realidad era. Aún no había empezado a nevar, pero estaba segura de que, en dos semanas más o menos, el bonito polvo empezaría a cubrir el suelo.

Así, sólo les quedaba el ruido de las hojas muertas y los palos que crujían bajo sus pasos. Había unas veintidós personas haciendo este recorrido, y la mayoría eran soldados acorazados.

Ella había luchado contra sus captores a pesar de saber que era inútil. Creían que se lo merecía y, en cierto modo, ella también.

Cuanto más caminaban, más se aplacaban sus esfuerzos.

No se habían cruzado con ningún Demonio. Estaba segura de que, de haberlo hecho, la habrían empujado hacia él y habrían huido para salvar sus vidas.

Al fin y al cabo, para eso estaban aquí.

La primera noche que partieron con ella atada, a un día de camino de su pueblo relativamente grande, encendieron una hoguera para pasar la noche. Casi todos habían estado vigilando sus alrededores, ya que la oscuridad traía consigo silbidos y lamentos aterradores.

Sólo una persona se había quedado en el campamento para vigilarla con una horrible mueca de disgusto.

El hombre de mediana edad que había permanecido como su guardia tenía arrugas risueñas alrededor de los ojos y el ceño fruncido en la frente por años de estrés. Su incipiente barba castaña ocultaba la mayor parte de su edad, pero sus ojos verdes decían que tenía poco encanto tras sus oscuras expresiones.

Cada vez que la miraba fijamente, Delora entrecerraba los ojos con desprecio, igual que hacía ahora cuando el hombre se volvía para mirarla por encima del hombro.

Al ver su expresión, levantó los ojos hacia el hombre que estaba detrás de ella con una mirada de complicidad. El soldado que estaba detrás de ella le clavó el codo en la espalda para obligarla a tropezar.

Esto lo habían hecho muchas veces durante su *agradable* paseo.

—Deberías aprender a no mirar así. —El hombre negó con la cabeza mientras dirigía la mirada hacia delante para vigilar su paso. Luego levantó un brazo para hacerle un gesto de encogimiento de hombros. —Es culpa tuya que estés en este lío.

Delora intentó hablar con el paño tan metido en la boca que le presionaba las muelas posteriores. Sus palabras sólo salían confusas.

—¡Escúchala resoplar como un cerdito!, —se rió uno de los guardias que caminaban con ellos.

Delora le dirigió una mirada amenazadora con el rabillo del ojo. Al principio, su expresión de alegría se cortó en seco. Luego recordó su situación y se apartó de ella con una sonrisa torcida.

Empezó a gritar contra su tela y dejó de caminar. Incluso cuando la empujaron de nuevo, se negó a caerse o a moverse.

—Ugh. ¿Qué pasa ahora? —bramó Jetson, el líder de esta excursión, mientras se daba la vuelta. Hizo un gesto con la mano para que alguien le desatara la boca. —¿Qué...?

—¡Necesito mear, joder! —La voz de Delora se quebró una octava por el desuso, y estaba mucho más ronca de lo normal.

Después de haber pasado de su grito, el labio superior de él se torció en disgusto por su función corporal normal - como si ella no fuera más que una criatura sin inteligencia y simplemente debería orinarse encima.

Jetson dio un paso adelante para agarrarle la cara con una mano, aplastándole las mejillas contra el lateral de los dientes. Tiró de ella para acercarla. Por suerte, aquello sirvió para masajearle la adolorida mandíbula.

—Otro de tus trucos, sin duda.

—¡No lo fue las últimas cinco veces que pregunté!

Le enseñó los dientes. —Pero sí las dos primeras.

Ah, sí. Las dos primeras veces que Delora le había pedido usar la naturaleza como baño personal, había intentado huir. La primera vez, había corrido cuando le dieron la espalda. La segunda, mientras la observaban, intentó estrangular silenciosamente al hombre.

No funcionó. Jacob, el guardia asignado a ella, había gritado antes de que ella consiguiera ponerle las manos alrededor de la garganta.

No había conseguido luchar contra ella. Por desgracia para Delora, sus grandes amigos sí.

Cuando su vejiga emitió un incómodo latido, como si estuviera a punto de reventar, las cejas de Delora se tensaron con el ceño fruncido.

—Sólo...— Apretó las muelas antes de apartar los ojos de Jetson. —Déjame hacer pis. Necesito ir al baño. Por favor.

Le echó la cabeza hacia atrás, pero al menos la palabra —Bien— salió de sus finos y agrietados labios.

Delora fue conducida junto a un árbol, pero no tuvo la intimidad que hubiera preferido. No importaba. No importaba mucho a estas alturas. Había tenido que hacerlo varias veces en los dos días transcurridos desde que abandonaron el primer campamento.

Ningún Demonio había venido la primera noche, ni la segunda, y los hombres estaban impacientes por volver con sus familias. También eran más valientes de lo que jamás había imaginado, ya que a cada paso que daban se acercaban más a lo que la mayoría creía que era el Infierno en la Tierra.

Cuando sus ojos recorrieron a los veinte hombres armados que Jetson llevaba consigo al rodear el árbol, no era de extrañar que estuvieran dispuestos a enfrentarse a una caminata tan peligrosa.

Con ella como ofrenda, eran libres de arrojar su cuerpo y correr a casa para salvar sus propios culos.

—Átale la cara.

—¿Temes que vuelva a decir algo que te moleste? —dijo Delora con un bufido sin humor.

El silencio sirvió de advertencia.

—¡Lloró por ti! —Se rió Delora mientras unas manos agarraban sus doloridos bíceps, inmovilizándolos detrás de ella para volver a meterle esa tela. —¡Oh, papá! Por favor, ayúdame, papá.

Todo lo que acababa de decir era mentira.

—¡No te burles de mí! —Sus hombres volvieron a atarle las muñecas y él le dio un bofetón en la cara. El golpe resultó tan fuerte que su cabeza se torció hacia un lado y salpicó saliva de sus labios. —¡Mi pequeña era una hermosa inocente que tú destruiste!

—¿Inocente? —Delora dejó que la conmoción de sus palabras se reflejara en sus ojos abiertos de par en par. —¡Tenía la polla de mi marido dentro de ella!

—Tal vez si tuvieras menos aspecto de cerdo cebado, entonces él podría haberte sido fiel.

Delora sintió que la rabia y la inseguridad la recorrían al mismo tiempo. Sus ropas, que se ajustaban perfectamente a su talla grande, le resultaban de repente demasiado ajustadas. Incluso le apretaban.

Sus palabras fueron pronunciadas en voz baja, pero resonaron con la última pizca de veneno que llevaba dentro y la derrota que sentía.

—Tu hija no era más que una puta asquerosa, y mi marido no era más que un bastardo arrogante. Se merecían sus finales.

—Nuestro comandante era un héroe, —vociferó un guardia. La agarró por el cuello del vestido y tiró de ella hasta ponerla de puntillas. Su cuerpo se arqueó contra el de él. —Mató a tres Demonios en el poco tiempo que fue nuestro líder.

Delora dejó que sus labios se curvaran en una sonrisa de satisfacción.

—Y aun así, habló mal de todos vosotros a vuestras espaldas. —Después de que los ojos de Delora se desviaran de su cabello rubio, sus ojos castaños y su fuerte barbilla, recorrieron su uniforme de cuero. Un escudo familiar había sido bellamente tallado en la pechera de metal situada sobre su torso. —Lester es tu nombre, ¿verdad? Al parecer, tienes la polla más pequeña que jamás él haya visto.

Sus mejillas se calentaron al instante antes de que sus ojos recorrieran a los hombres a los que había tomado el mando después de que ella matara a Hadith, su marido.

Bingo. Y él también lo sabía. Todos desviaron la mirada, con la vergüenza reflejada en sus rasgos. *También habían dicho lo mismo.* Ella casi quería reírse.

No entendía cómo los hombres podían ser tan *crueles* unos con otros, especialmente con los que llamaban amigos o camaradas.

—En cualquier caso, —murmuró Jetson. —El asesinato sigue siendo un crimen.

—Sí, con prisión, —replicó Delora. —Pero, como usted es nuestro *maravilloso* comandante, a mí me arrojan a las fieras. No me había dado cuenta de que nuestra ciudad estaba llena de imbéciles sádicos. Todo sería diferente si no hubiera matado a tu hija.

—Convertirte en Demonio de mierda es lo máximo que te mereces, —rió Lester mientras le soltaba el cuello del vestido. —¿Hemos terminado de hablar con ella? Tengo miedo de que empiece a oler y nos la comamos.

Delora sabía que estaban siendo abierta e innecesariamente crueles porque estaban enfadados. Lo estaban intentando todo para molestarla, pero eran demasiado estúpidos para darse cuenta de que sus comentarios sobre su peso no significaban nada.

—Puedes recordarlo, —se rió otro guardia. —Tengo un hambre de cojones, y mi mujer me prometió una buena comida cuando llegara a casa.

—Sí, —suspiró Jetson. —Continuemos. Tengo una esposa a la que consolar cuando vuelva a casa.

Introdujeron el paño en la boca de Delora, que se vio obligada a volver a caminar. Al menos la pequeña pausa le había dado un momento para descansar sus doloridas rodillas y pies.

Como había hecho en los últimos días, reflexionó sobre sus acciones durante el viaje. Era difícil no hacerlo.

Lampshire Village era una ciudad relativamente grande con altos muros de piedra que la protegían de los Demonios. Los Demonios no siempre estaban allí. No estaban cuando emprendieron el viaje, de lo contrario se habrían alimentado de ella allí, pero su pueblo se había asegurado de que estuvieran protegidos.

Vivían a cinco días de camino del Velo y estaban situados cerca de las montañas. Estaban demasiado lejos como para que los supuestos Duskwalkers visitaran los pueblos más pequeños del valle. A menudo creían que los otros pueblos mentían sobre la existencia de aquella criatura. O eso, o era lo suficientemente inteligente como para no acercarse a ellos, ya que estaban

fortificados y probablemente lo atacarían desde las murallas antes de enviar un pequeño ejército para defenderse de él.

Su pueblo era militar.

Creían en su fuerza hasta tal punto que eran una de las pocas aldeas que tenían árboles dentro de sus murallas tan cerca del Velo. También eran lo suficientemente grandes como para tener grandes granjas y casas de dos niveles.

A lo largo del día, docenas de guardias caminaban por todos los niveles de la aldea, separados por anillos que creaban plataformas amuralladas de ladrillos de piedra. Esos anillos acababan llegando a la mitad de la enorme colina en la que residía el pueblo hasta el edificio situado en el centro. La fortaleza de la guardia.

Por la noche, duplicaban el número de guardias que patrullaban y se situaban en las murallas como vigías.

El comandante Jetson supervisaba el pueblo, ya que en su día fue el comandante de los soldados. Era un hombre duro y estricto, pero siempre se había dicho que había amado a su mujer y a sus hijos sin reservas.

Así que, al matar a su única hija, Delora había firmado ella misma su sentencia de muerte.

Jetson también estaba haciendo esto como un movimiento político. La gente había empezado a pensar que se había ablandado. Fue por eso que estaba liderando esta expedición en primer lugar en lugar de simplemente matarla.

Estaba tratando de demostrar que todavía era un líder intrépido y despiadado. Delora quedó atrapada en el fuego cruzado de sus planes, poniéndose en bandeja de plata para recibir su castigo.

La había jodido de verdad. Ella no sabía si tendría oportunidad de volver a hacerlo.

Delora apretó con fuerza la tela que tenía en la boca, como si intentara hacerla polvo entre los dientes.

Se arrepentía de sus actos, pero la habían arrinconado y arrastrado a una situación desesperada. Había dejado que sus emociones se desbordaran y descontrolaran el día que había encontrado a la hija de Jetson debajo de su marido.

Su gran pueblo estaba lleno de gente encantadora, amable y acogedora, pero también podían ser crueles a su manera. Los cotilleos eran una fuente constante de entretenimiento, y con el paso de los años, después de que la hubieran llevado allí desde su pueblo más pequeño para casarse con Hadith en un matrimonio concertado, había empezado a convertirse en alguien a quien ridiculizar.

No se habría enterado de sus hirientes palabras si no fuera porque Hadith se las había contado. *Idiota*.

Delora había sido una vez lo que algunos llamarían hermosa. En realidad ya no creía que no lo fuera, pero los demás tenían tendencia a ver la belleza con su propia percepción sesgada.

Cuando se casó con Hadith, se enamoró de aquel hombre fuerte y corpulento casi al instante. Parecía que él también se había enamorado de ella.

Sin embargo, como guardia, a menudo salía a patrullar, y empezó a llegar a casa cada vez más tarde.

Para Delora, esto significaba que se encontraba sola durante más horas del día en un pueblo que estaba estrechamente unido con los que se habían criado allí. Había sido difícil asimilarse a los grupos de mujeres que habían crecido juntas.

Había quienes la acogieron, pero tenían sus propias vidas y no podían atender el corazón solitario de Delora cuando se veía obligada a sufrir en su casa vacía.

Aprendió a consolarse a sí misma, lo que dejó su cuerpo estancado. Su aspecto empezó a volverse regordete a medida que envejecía a lo largo de los cinco años que había vivido allí.

Su belleza era el coste de la negligencia de Hadith. Y, por supuesto, eso no le gustaba. Sólo había aceptado casarse con ella al ver su belleza. Ese era su único valor para él.

El marido cálido y cariñoso con el que se había casado se había convertido en alguien rencoroso.

Si tan sólo hubiera podido divorciarse de él... Eso nunca había sido una opción. Ella lo había planteado una vez, y se había arrepentido desde entonces. Las cosas habían empeorado.

Apretó los puños, haciendo que el dolor se disparara por sus cansados brazos atados a la espalda.

Al menos nunca me pegó. Era un caballero en ese sentido, pero sus acciones con ella eran duras e igual de espantosas.

Delora nunca se quejó. Siguió interpretando el papel de esposa cariñosa a pesar de que él era malo, la insultaba y la tocaba como si fuera un oso rebelde.

Debería haberlo visto venir...

Pensó que el día en que él había estado inusualmente alegre con ella, pidiéndole que cocinara una gran cena esa noche para sus amigos de la guardia, eso significaba que las cosas estaban cambiando.

Él se estaba haciendo mayor, y ambos necesitaban trabajar en su matrimonio ya que, a estas alturas, era una calle de sentido único.

Después de todo lo que he aguantado... Soy una maldita estúpida.

Después de dos años de terrible depresión en los que se sintió como una nube lúgubre sobre el pueblo, fue la primera vez que sintió luz en su interior cuando Hadith la empujó a salir de casa con un beso y un juguetón apretón de culo. Había corrido al pueblo con la esperanza de volver pronto.

Una parte de ella deseaba no haberse ido nunca. Otra parte de ella deseaba no haberse dejado la lista de la compra. Luego, otra parte le dijo que no habría importado, ya que dudaba que fuera la primera vez que Hadith la engañaba. Sólo era la primera vez que se enteraba.

Volvió a casa y abrió la puerta en silencio por si él estaba durmiendo la siesta, ya que esa semana había trabajado en el turno de noche.

Lo que oyó fue a dos personas en pleno acto sexual. Sexo *del bueno*. Del tipo en el que la mujer gemía como si estuviera en celo y el hombre estaba igual de apasionado. Hadith hacía cumplidos, algo que Delora no había recibido en años, mientras una mujer lo llamaba por su nombre.

Delora cerró los ojos con fuerza, deseando poder borrar aquel recuerdo para siempre. Sobre todo cuando sintió un escozor abrasador atravesándole el pecho. No de ira, sino un dolor horrible y emocional que se sentía casi físico.

Los celos la habían desgarrado. Ese era su marido dándole a otra el cariño que ella le había suplicado. Era su marido encima de otra mujer.

La oscuridad había estado creciendo dentro de ella durante años. Una oscuridad que le provocaba noches en vela por los horribles sueños que la acosaban. Oscuridad que carcomía su conciencia como una enfermedad cuando estaba despierta y sola en aquella casa escasamente iluminada porque ya no tenía energía para iluminarla como era debido.

Él nunca le había pegado, pero seguía maltratándola, seguía llamándola cosas horribles que no se merecía. ¿Y ahora tenía la osadía de estar dentro de otra mujer después de todo lo que le había hecho pasar?

No. *Joder*, no.

Aún así, Delora no sabía si coger su cuchillo de cocina más afilado y clavárselo repetidamente en la espalda era una buena idea. La chica, Cindy, había gritado pidiendo ayuda debajo de él, pero Delora no podía pasar por alto el hecho de que había ido a su casa a acostarse con su marido. Estaban en *su* cama. La habían ensuciado con su amor después de que ella la lavara y limpiara esa mañana tras otra noche en vela.

Cindy sabía que estaban casados. Era una pelirroja pechugona y joven, sólo tenía diecinueve años, algo que Hadith parecía preferir aunque Delora sólo tuviera veintiséis.

Cindy incluso se había cruzado con ella por la calle aquel mismo día con una sonrisa y un saludo amistoso, subiendo la colina mientras Delora la bajaba. Un encuentro planeado. Cindy la había mirado directamente a los ojos con toda la intención de trepar sobre la polla de su marido.

¿Se reían a mis espaldas? ¿Cuánto tiempo llevaban haciendo esto?

Cindy era tan culpable como Hadith.

Era culpa de Hadith, que debería haberse guardado su mediocre polla en los pantalones y haber permanecido fiel, pero Cindy sabía muy bien que lo que estaban haciendo estaba mal.

El único pensamiento que le pasó por la cabeza mientras clavaba el cuchillo entre sus turgentes pechos fue: —Que te jodan a ti también.

Tal vez otro error, porque desde entonces, Delora se había sentido innegablemente *vacía*. Había pensado que eso la haría sentirse mejor, pero mientras estaba sentada en el suelo agarrándose la cara con las manos empapadas de sangre y clavándose las uñas, había sido horroroso.

Era difícil mantener la cordura en un mundo lleno de monstruos, no sólo más allá de los muros que hacían que la ciudad pareciera una prisión, sino también en tu casa, tu corazón y tu mente.

El arrepentimiento se apoderó de ella en cuanto se le pasó la sed de sangre. Poco después, los guardias se apresuraron a entrar para ver la carnicería que había provocado.

Los gritos de auxilio de Cindy habían sido escuchados.

Delora estaba sin fuerzas cuando la agarraron. Ya no le importaba lo que le ocurriera.

Había hecho algo que casi todas las personas deseaban en secreto poder hacer cuando las habían engañado, cuando las habían traicionado. Pero eso es lo que debería haber seguido siendo; nada más que un pensamiento intrusivo y anhelante.

Quería pudrirse en la cárcel, no sería diferente de la vida vacía que había estado viviendo. *La cárcel habría sido igual de fría, solitaria y aburrida.*

Nunca imaginó que la obligarían a caminar por el bosque por sus actos, pero debería haber sabido que Jetson querría una justicia más morbosa para su hija. Su mujer, con las mejillas manchadas de lágrimas, había sido quien le escupió en la cara cuando la obligaron a atravesar las puertas del pueblo.

Se lo merecía.

¿Este paseo? También se lo merecía.

Al menos conseguiré desaparecer, pensó cuando vio que el mundo se abría más allá de los árboles y supo que por fin habían llegado a su destino.

No es que Delora quisiera morir, no quería, pero ya no le veía sentido a seguir viviendo. Sólo estaba existiendo, y no había mucha felicidad en sólo avanzar a través de los pasos de la vida.

—Hemos llegado, —dijo Jetson. Entonces su rostro se torció en un ceño fruncido antes de cubrirse la nariz y la boca con un pañuelo que sacó del bolsillo de su abrigo. —Cuando decían que el Velo olía fatal, no exageraban.

A Delora se le revolvió el estómago al verse obligada a respirar el hedor que emanaba del cañón del Velo. Una niebla negra cubría los árboles hasta donde alcanzaba la vista.

Parecía como si un gigante hubiera clavado sus garras en la tierra para crear la escena.

Observó la extensión de los árboles antes de que la empujaran más cerca del borde, lo que le permitió contemplar la caída que suponía al menos un kilómetro de desnivel. El olor a podredumbre era aún más penetrante y rancio en el borde.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, no de tristeza, sino de dolor. Intentó retroceder mientras sacudía la cabeza.

Huele asqueroso. Y caer en picado hacia la muerte era lo último que quería experimentar. *¿Por cuánto tiempo caeré?* ¿Unos segundos? ¿Minutos? No quería pasar sus últimos momentos sabiendo que iba a estrellarse contra el suelo.

—¡Mírala! —Se rió Lester. —Está asustada ahora que estamos aquí. ¿Pensaste que estábamos bromeando todo este tiempo?

¿Asustada? Curiosamente, ella no tenía miedo. Quería desaparecer, y la muerte era una forma de desaparecer; sólo que no quería saber cuándo llegaría. Tampoco quería que fuera dolorosa.

Sus ojos encontraron el sol y se preguntó si sería la última vez que sentiría su agradable calor.

¿Me dolerá la caída? De vez en cuando había sentido náuseas en el estómago cuando saltaba desde las cornisas jugando de niña. Le preocupaba que esa sensación se intensificara cuanto más tiempo se dejara caer.

—Acabemos con esto de una vez, —murmuró un guardia con sus ojos inexpresivos recorriendo la zona. —Quién sabe cuánto tiempo pasará antes de que un Demonio venga por aquí. Es el Velo. Sólo estamos buscando problemas cuanto más tiempo permanezcamos aquí, incluso a la luz del día.

Le sorprendió que no hubiera venido ninguno con lo numerosos que eran. ¿Fue suerte? Caer a su muerte al menos parecía más agradable que ser comido vivo.

—Tiene razón, tenemos que irnos, —exigió otro. Su armadura metálica tintineó al moverse ante un repentino ruido en la distancia.

El grupo empezó a arrastrar los pies con nerviosismo. Estos no eran Cazadores de Demonios, y muy pronto su creciente miedo atraería a los monstruos sobre ellos.

—Muy bien, entonces, —suspiró Jetson agitando la mano como hacía a menudo.

Lester la empujó hasta el borde del acantilado, con las puntas de sus botas casi rozándolo, mientras decía: —Espero que sigas viva después de tocar el suelo.

Delora esbozó una sonrisa cruel cuando se volvió hacia ellos.

Puede que se arrepintiera de lo que había hecho, pero aún así le había parecido increíble llevarlo a cabo. Se había liberado, sin importar su final. *Mejor que vivir con ese imbécil de polla flácida.*

—¡Ni siquiera puedes parecer arrepentida, puta de mierda! —Gritó Jetson cuando se encontró con su mirada. Era tan irritantemente ruidoso.

Sólo para cabrearlo, Delora volvió los ojos hacia abajo y fingió llorar antes de echar la cabeza hacia atrás y reírse contra la tela.

¡Hazlo! pensó mientras sus hombros temblaban por su risa enloquecida. *¡Date prisa y hazlo antes de que grite!* El pánico bullía en su interior como la espuma. Podía sentirlo, las ganas de llorar de miedo por lo que estaba a punto de ocurrir.

¡HAZLO!

Lester le dio un fuerte empujón en el pecho y ella cayó hacia atrás con el vestido ondeando en el aire a su alrededor. Delora cayó en picado. Cerró los ojos con fuerza y contuvo el grito.

Oh, joder. ¡Joder! Joder...

CAPITULO 2

No sirvo para esto, pensó Sin Nombre. Trasteando con su camisa negra, el tercer botón que intentaba meter por el agujero resbaló bajo las yemas de sus grandes dedos.

Mis manos son demasiado grandes.

Le temblaban por el esfuerzo que suponía realizar esta sencilla tarea, así como por la incómoda sensación de tener sus afiladas garras enfundadas.

¿Por qué no puedo hacerlo? Lo intentó una vez más. Apretando la lengua contra los dientes posteriores en señal de concentración, sujetó el pequeño botón redondo y trató de introducirlo por el agujero.

No le ayudó que su huesudo hocico fuera largo y le estorbara. Tuvo que girar la cabeza para poder ver por un ojo mientras oscurecía el otro.

Se le resbaló. Sus garras se desenvainaron por accidente y una de ellas atravesó el delicado material.

Lanzó un terrible gemido de angustia cuando se dio cuenta de que había rasgado la camisa y se dejó caer en cuclillas mientras se agarraba la cornamenta.

No importa cuántas veces lo intente... es difícil.

Tras unos instantes de inquietud, se deslizó hasta ponerse de rodillas, con la esperanza de que el intento de concentrarse en mantenerse en pie le hubiera estado entorpeciendo. Hacía poco que había aprendido a ponerse de pie sobre las patas traseras, y caminar mucho tiempo sobre ellas seguía sin resultarle cómodo. Le provocaba tensión en los músculos de las piernas y la parte baja de la espalda.

Consiguió deslizar el botón, y entonces sus ojos brillantes, que flotaban dentro de sus cuencas oculares vacías, se volvieron de un azul intenso al ver los otros dos que tenía que hacer. Cuanto más subía, más difícil le resultaba, ya que no podía ver.

Sin embargo, practicaba y aprendía. Y cada día se sentía tan inútil como el anterior.

Suspiró aliviado cuando consiguió hacer el último antes de bajar los brazos y dejarlos caer para que descansaran sobre los muslos cubiertos por los pantalones.

Pero ahora estoy mejor que en primavera.

El otoño era la estación que menos le gustaba, ya que, incluso en el bosque del Velo, algunas hojas se marchitaban y se volvían naranjas y rojas. Entonces esas hojas caían de sus ramas y se esparcían por toda la entrada de su cueva, atreviéndose a entrar en ella.

Todas las mañanas limpiaba el exterior, y siempre le disgustaba que al día siguiente se encontrara con una hoja encima cuando se despertaba a media tarde.

Sin embargo, también era su estación favorita.

Desde la primavera he comido a otros dos humanos. Ellos lo habían cambiado. Lo hicieron un poco más inteligente, le dieron un poco más de destreza.

No era suficiente. Sin Nombre lo sabía.

No soy como Orpheus. Orpheus, el Mavka que siempre caminaba sobre sus patas traseras, siempre enlazaba frases inteligentes. El Mavka que sabía hacer todo con poco esfuerzo y rara vez se esforzaba en sus tareas.

Sin Nombre se llevó una mano al hocico en forma de zorro y se golpeó el costado con una garra afilada, pensativo. *Quiero ser mejor.*

Eso requería cazar más humanos y Sin Nombre estaba... perdiendo el interés por cazarlos. Quería la humanidad que le aportaba, pero ya no quería verlos despedazados y ensangrentados por sus propias garras y colmillos.

En cambio, quería saber cómo se sentían: cálidos y con vida.

Miró la oscuridad de su cueva. Sólo estaba iluminada en la entrada porque el sol estaba aún poniéndose, pero nunca iluminaba realmente el Velo. Aquí siempre estaba oscuro, siempre hacía frío y siempre estaba solo.

Orpheus nunca lo visitó, pero Sin Nombre trató de encontrar cualquier excusa para reunirse con él en su casa. *A él no le gusta que esté cerca de allí.*

No entendía por qué.

No quiero hacerle daño a Reia, su hembra.

Abriendo su mandíbula de hueso para separar sus colmillos superiores e inferiores, dejó escapar un suspiro más fuerte de lo normal. Es bonita. *Quiero una humana como ella.* Quizá una que no oliera a palos y espinas, pero humana al fin y al cabo.

Quería un humano al que tocar. No entendía la diferencia entre un macho y una hembra. Sólo quería un amigo. *Un compañero.*

Alguien a quien no se comiera.

Después de ponerse de pie, se quitó los pantalones sucios lo mejor que pudo. *Primero, tengo que encontrar uno que no huela a miedo.* Si no, se lo comería.

No se le daba bien controlar sus ansias de comer. El miedo y la sangre, independientemente de la criatura de la que procedieran, le infundían una necesidad insaciable de alimentarse y destruir en una neblina enloquecida y frenética.

Siempre tenía hambre. Nunca estaba satisfecho por mucho que comiera. Así que se preguntó cómo podría evitar comerse al humano con el que quería entablar amistad.

Podía soportar un poquito de miedo, un poquito de sangre, pero si era más que una gota en su olor, lo arañaría y mordería hasta que estuviera completamente en su estómago.

Todo esto no tenía sentido si se negaba a ir a cazarlos. Necesitaba ir por encima de la superficie del Velo, escalar la pared del acantilado e ir al mundo humano de arriba, para encontrar uno.

Soltando otro suspiro, comenzó a caminar sobre dos pies y una mano para salir de su cueva, ya que le resultaba más cómodo. Sabía que le esperaba una larga caminata, en la cual intentaría andar sobre sus patas traseras.

Hoy tenía mucho que hacer. Estaba construyendo algo, y había una gran distancia hasta allí.

Tendría que evitar al Demonio Serpiente que poseía el territorio del bosque justo fuera de su cueva. No le gustaba que Sin Nombre caminara por su bosque, pero tenía que atravesarlo para llegar a su destino.

Sin Nombre se adentró en el pequeño trozo de tierra del exterior. Había un círculo de sal mágica que había tallado alrededor de su casa y que la protegía de los Demonios. Después de que los Mavka, o Duskwalkers como los llamaban los humanos, consumieran al menos a un Sacerdote o Sacerdotisa, un raro humano con afinidad por la magia, podían empezar a hacer magia por sí mismos. No recordaba cuándo había consumido uno, sólo que debía de haberlo hecho considerando que podía usar magia.

Sin Nombre comprobó que el círculo protector seguía intacto para poder planear su día sin preocuparse de que pudieran entrar en su casa mientras él no estaba.

Debo cortar otro árbol y quitarle la corteza. Luego debo darle forma. ¿Qué árbol debo cortar?

Podía pensar en los humanos todo lo que quisiera, podía reflexionar y desear, pero no era como si uno fuera a caer del cielo.

Un silbido llamó su atención y torció la cabeza pensativo. *¿Qué es eso?*

Mientras estaba agachado sobre una mano y los dos pies, empezó a girarse hacia el sonido que procedía, extrañamente, de arriba.

Sólo pudo vislumbrar algo borroso antes de que se estrellara contra él, aterrizando directamente sobre su cuerpo. El impacto le hizo precipitarse violentamente hacia el suelo y quedar inconsciente.

Sin Nombre se despertó sobresaltado.

Al notar que algo pesado descansaba sobre su espalda, torció el cuello para mirar por encima del hombro. Luego inclinó la cabeza ante lo que vio. *¿Un humano?*

El ruido de huesos y gemidos llamó su atención, y miró alrededor de la cueva donde yacía. Atraídos por el olor del humano, tres pequeños demonios se habían acercado a merodear más allá de su círculo protector de sal, tambaleándose al borde del mismo.

No decían nada, parecían demasiado pequeños para tener la capacidad de hablar, pero sus ruidos animales eran molestos.

Muchas hojas otoñales estaban esparcidas, lo que le indicaba que había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo despierto. Con su falta de dolor, sabía que debía de haber estado inconsciente durante todo un ciclo solar.

Los Mavka se curaban al cabo de un día. Permanecían heridos, incapaces de curarse hasta que pasaba un día, y entonces lo que les dolía se curaba en el lapso de un minuto. Un pequeño corte, un brazo perdido, incluso el cuerpo entero. Mientras su cráneo estuviera intacto, volvían a la vida.

El humano debió romperse el cuello cuando cayó encima de él y su mandíbula golpeó el suelo. Tuvo suerte de que el hueso de su cráneo fuera la parte más fuerte de él y fuera casi indestructible, probablemente la única razón por la que seguía vivo.

Como no le dolía nada cuando se despertó, no se puso furioso por la agonía. Pudo darse cuenta de lo que había pasado con la cabeza despejada.

Sin Nombre empezó a levantarse, dejando que el humano se deslizara sobre él sin cuidado mientras miraba la pared del acantilado que albergaba su hogar.

¿Se había caído? Un humano había caído literalmente del cielo.

Caminó a lo largo de la amplia extensión del círculo de sal para asegurarse de que seguía intacto y a salvo antes de volver junto al humano.

Giró la cabeza una vez más y vio que tenía esos bultos en el pecho que indicaban que era una hembra. Siempre olían más dulce que los machos, y se agachó para olisquearle el pelo. El olor a manzanas rojas crujientes y a nieve escarchada que desprendía hizo que su cuerpo se estremeciera de placer.

Luego colocó el oído contra aquellos montículos. Esperaba que estuviera muerta, teniendo en cuenta su aparatosa caída, pero sorprendentemente aún respiraba, aunque débilmente.

¿Habré amortiguado su caída?

Eso no significaba que no se diera cuenta de sus múltiples miembros rotos. No sangraba, pero partes de su carne estaban rojas como si hubiera sangre acumulándose bajo su piel. Gran parte de ella parecía hinchada.

Usando el dorso de sus garras, inclinó cuidadosamente su cabeza para poder mirarle la cara. Uno de sus lados estaba terriblemente magullado y, al olfatear más de cerca, se dio cuenta de que había sangre seca que le salía de la nariz y la sien. También tenía un trozo de tela atado a la cabeza y metido entre los dientes, aunque no sabía lo que significaba, pero utilizó su garra para liberarla de él.

Miró a los Demonios. Ahora que la sangre estaba seca, ninguno de ellos se pondría frenético, pero podía ver las marcas de sus garras en la tierra rocosa. Sólo podía imaginar cuánto debían de estar deseando llegar hasta ella cuando aún estaba fresca.

Seguía siendo desagradable e hizo que sus orbes verdes enrojecieran de hambre. Se metió los dedos en el húmedo orificio nasal de su huesudo hocico para protegerse de ello, y luego procedió a sentarse junto a ella en cuclillas, sumido en un pensamiento desesperanzado.

Está rota. Muy rota.

Tenía la espalda torcida de un modo que no era natural, y el tobillo, al descubierto porque no llevaba zapatos, le quedaba al revés. Parecía tener el brazo suelto, a pesar de que podía ver que tenía las manos atadas a la espalda.

Imaginó que había más heridas bajo su larga ropa.

No se había despertado desde la caída, así que la agarró del hombro que no estaba suelto y la sacudió. No se despertó ni emitió sonido alguno. Sus párpados ni siquiera parpadearon.

Sin Nombre sabía que no estaba muerta, pero no parecía que fuera a despertarse pronto.

Sufrirá mucho si se despierta. Parece que los humanos que caen del cielo no son algo bueno.

¿Soy yo la causa de esto? ¿Sus deseos causaron dolor a esta mujer? Sus orbes se tiñeron de rosa rojizo por la vergüenza. La vergüenza le agarró el estómago y se lo retorció.

Lo correcto sería curarla, por su error de hacer que un humano cayera del cielo, pero no sabía cómo hacerlo.

Levantó la mano que tenía libre y le sujetó el hocico para poder golpearlo con una garra. Pensar le resultaba difícil y, por lo general, necesitaba que la acción le ayudara a concentrarse.

Podría comérmela. Eso detendría su dolor y aliviaría su sentimiento de culpa, ya que se había convertido en comida. No había daño si el humano no sabía que era culpa suya.

Movió las manos y se inclinó hacia delante para olerla de nuevo, estremeciéndose ante su aroma. *Pero me gusta cómo huele.* Deslizó la lengua púrpura entre los dientes para lamérselos, el deseo de lamerle la piel lo acosaba.

Se preguntó cuántos otros humanos le habrían provocado la misma reacción de no estar llenos de miedo.

Mientras el viento soplaba suavemente una ligera ráfaga de aire y hojarasca a su alrededor, se sentó con ella durante un largo rato, pensando en lo que debía hacer. Ignoró descaradamente a los demonios.

¿Me la como o la ayudo? ¿Cómo puedo ayudarla?

Se golpeó la frente con un nudillo, tratando de forzar los pensamientos en su mente sólo con la voluntad.

La única razón por la que levantó su cuerpo roto por un brazo y la arrastró al interior fue porque olía a manzanas rojas y a escarcha. Quería que ese aroma llenara su casa durante el tiempo que tardara en curarla.

Al parecer, Mavka podía curar heridas, pero él no sabía cómo, y no creía que Orpheus tampoco. Hacía poco que lo habían aprendido. La idea de poder hacer algo que el otro Mavka no podía le excitaba. Siempre se sintió inadecuado comparado con Orpheus.

Sin Nombre podría practicar con este humano que estaba durmiendo. Si no podía hacerlo, se la comería y no le contaría a nadie su fracaso.

La Lechuza Hechicera dijo que sólo necesitaba tener una razón para aprender hechizos. La Lechuza Hechicera era extraña. Una vez había sido humana, pero ya no lo era desde que tenía una magia fuerte y de olor repugnante. No estaba completamente seguro de si confiaba en ella, aunque siempre parecía desvivirse por ayudar a los Mavka, por ayudar a Sin Nombre.

Era morena y tenía el pelo largo, rizado y castaño. Sus ojos eran negros como el carbón, quizá porque las sombras del Velo no revelaban su verdadero color,

pero tenía una voz encantadora y profunda que a él siempre le había parecido... relajante.

También podía transformarse en una lechuza blanca de tamaño humano, con su capa de plumas y su capucha.

Sobrevolaba su casa a menudo, y él siempre se había preguntado por qué. Nunca se lo había revelado las pocas veces que había hablado con él.

Acostó a la humana rota en su nido que protegía el frío y la suciedad de arrastrarse sobre él mientras dormía.

Esta humana no le daba hambre en ese momento, y él sí quería ayudarla.

No sé qué hay que sacrificar. Para hacer la mayoría de los hechizos de protección hay que sacrificar sangre, ya sea animal o humana. Él no creía que ese fuera el requisito, ya que estaba tratando de eliminar sus heridas, no de aumentarlas.

¿Quizás mi propia sangre?

Arrodillado junto a su nido, presentó su pata delantera y la muñeca de su otra mano. Si esto no funcionaba, al menos ocultaría parte de su olor con el suyo.

Tendré que preguntarle a Orpheus cómo ocultar el olor de un humano. Aquel Mavka sabía cómo, y Sin Nombre obtendría sus aceites limpiadores cuando hubiera tomado su decisión final sobre la vida de esta mujer.

Había una alta probabilidad de que ella le tuviera miedo cuando despertara, y él entrase en cólera al sentir el olor de su miedo. Si eso sucedía, significaría

que esto había funcionado, ¡y él podría mostrar su glorioso poder recién descubierto! También le otorgaría un poco más de humanidad con su muerte.

Ya no podrán llamarme estúpido. La emoción aumentó cuando se llevó la garra a la muñeca y la dejó caer sobre el tobillo de ella.

Se lo agarró con fuerza con ambas manos y exigió: —Ahora cúrate.

No pasó nada.

—Hmm.— Apartó las manos y se dio unos golpecitos en el hocico. Oyó el tintineo de éste dentro de su cráneo. —¿Palabras equivocadas?

Volvió a agarrarlo, cerró la vista y se concentró.

—Te curo de tu herida.

Nada.

Sin Nombre intentó varias cosas en el transcurso del día y de la noche. Colocó hojas y tierra en su tobillo y luego vertió agua sobre él. No pronunció palabra alguna y luego procedió a gritar en diferentes intervalos. Incluso intentó enderezarlo en señal de frustración y luego se estremeció al oír un sonido desagradable, como de huesos mojados moviéndose.

Sus gruñidos, resoplidos y quejidos resonaban en las paredes rocosas de su casa.

Cuando amaneció a la mañana siguiente, se sentó a su lado sintiéndose abatido. No podía hacerlo.

Orpheus le había enseñado a crear un círculo de protección y lo había conseguido al tercer intento. Llevaba horas así. Extenuantes, largas horas que se prolongaban eternamente y hacían nacer la frustración en su interior.

Sujetándole el tobillo y deseando que se curara, inclinó la cabeza hacia delante para apoyar la parte superior contra sus brazos extendidos, con el hocico encajado en medio de ellos.

Sin Nombre deseaba curar el tobillo roto de esta mujer humana más que nada.

Si la curo, ¿se quedará conmigo?

Ese pensamiento había ido creciendo a lo largo de la noche.

Tal vez esta humana debía caer del cielo para que él pudiera curarla y luego se convirtiera en suya. Quería una compañera, alguien a quien abrazar. Ya llenaba su mente de pensamientos sobre ella en lugar de la soledad que siempre sentía. Su presencia ya era un consuelo para él.

Era... hermosa.

Tenía el pelo de un cuervo. Negro con motas brillantes, debido a su esplendor, que resplandecía a contraluz. Su nariz pequeña y puntiaguda, sus mejillas redondas, su delgado labio superior sobre el inferior... Sus rasgos le resultaban extraños, ya que él no tenía labios ni carne en la cara como ella, pero eso no la hacía menos hechizante.

Su cuerpo era suave, increíblemente suave. Era grueso, grande y tan curvilíneo que se hundía y llenaba parte de su nido con su maleable calidez. Estaba bronceado y cubierto de pequeñas manchas oscuras aquí y allá, como en la parte posterior de la pantorrilla y en el lateral de la mandíbula.

Quería saber qué significaban esas manchas.

Sin Nombre había tenido mucho tiempo para obsesionarse con su aspecto y su olor. La forma en que su corazón latía en su pecho y llenaba su mente de ritmo en lugar de tranquilidad.

Ya no quiero comérmela. Cada segundo en su presencia llenaba parte de su vacío interior. La idea de comérsela por culpa de su propio fracaso le producía un desagradable nudo en el estómago.

También le preocupaba que si la salvaba, ella se asustara y él perdiera su maravillosa compañía a causa del hambre. Le preocupaba ese resultado, y una parte de él se planteó no curarla y permitir que siguiera siendo una presencia reconfortante, pero dormida, en su vida.

Pero Sin Nombre quería que abriera los ojos y le mostrara de qué color eran. Quería que hablara y que le mostrara el sonido de su voz con la esperanza de que lo encontrara relajante. Quería que lo saludara como Reia saludó a Orpheus: con los brazos abiertos y los labios pegados al hocico, justo detrás del agujero de la nariz.

Sin Nombre quería que se quedara.

—Soportaría tu dolor por ti si pudiera, suave humana.

El calor de la magia se extendió entre ellos.

Su pierna empezó a dolerle y soltó un aullido desgarrador cuando el hueso de su tobillo se fracturó con un crujido inconfundible. Se agarró la pierna confundido, sin saber qué estaba pasando.

El miedo le llenó la vista de blanco mientras se le escapaban terribles gemidos. Sus manos temblorosas levantaron la pata del pantalón.

Estaba rota. Tenía la pierna rota.

¿Cómo había sucedido? El dolor debería haberle llenado de ira, pero no había ningún enemigo al que atacar. Nadie le había hecho esta herida.

—Espera. —Giró la cabeza para poder mirar a la mujer y descubrió que ella tenía la pierna enderezada y ya no estaba magullada.

Otro aullido lo desgarró cuando se molestó en mover su pierna herida para acercarse y sujetar la extremidad de ella.

—¿Y-Yo le curé la herida? —Se miró el tobillo roto. Sentía una sensación punzante en toda la pierna, como si le ardiera el hueso. —¿Ése es el sacrificio? ¿Debo cargar con sus heridas?

Sin Nombre no supo qué hacer entonces. Todos los Mavka odiaban el dolor.

Lo logré. Él descubrió el hechizo. Descubrí lo que debe hacerse, pero no me gusta esto.

Lo único que lo impulsaba a seguir esforzándose para que su cuerpo se rompiera en sacrificio por el de ella, era saber que ella despertaría.

Arreglaría a esta humana, y la haría suya. Se metería barro en la nariz para contener lo peor del olor a miedo si era necesario.

Deslizando las manos por sus piernas, la tocó por todo el cuerpo mientras pensaba continuamente en tomar sus heridas para sí. Dos de sus costillas se rompieron y le arrancaron agudos quejidos. Le dolía el estómago como si

algunos de sus órganos estuvieran magullados e hinchados. Incluso empezó a hincharse en algunas zonas.

Se vio obligado a detenerse cuando ya no podía utilizar ninguna de sus extremidades, como si se le hubiera roto la columna vertebral. Esperó durante un día, observándola todo el tiempo, agradecido de que su columna vertebral seccionada le impidiera sentir dolor alguno.

Su pecho subía y bajaba al mismo ritmo. Podía oír sus pulmones y los latidos de su corazón como un ritmo arrullador que le aliviaba. *Tha-thump. Tha-thump.* Su mente se relajaba con aquel sonido y el agradable aroma que ella desprendía con cada bocanada de aire.

En cuanto pudo moverse, le curó el hombro y descubrió que tenía los dedos de una mano rotos. Luego, finalmente, trabajó hasta su cabeza, revelando lo realmente... hermosa que era su cara.

En el momento en que tomó las heridas alrededor del lado de su cráneo, su cabeza latía con fuerza. Se sintió innegablemente mareado. Su propio cráneo estaba bajo una inmensa presión, como si estuviera fracturado, pero cuando lo tocó, afortunadamente no lo estaba.

Eso no significaba que el suyo no lo hubiera estado.

Tal vez no pueda romperme así el cráneo.

No permitió que el mareo le hiciera desplomarse.

Los humanos necesitaban comida y agua, y él no sabía cuánto tiempo llevaba ésta sin ellas. Aunque era peligroso, salió a trompicones de su cueva con una sóla idea en mente.

La casa de Orpheus tiene verduras y frutas aptas para el consumo humano. Sin Nombre se colaría en su territorio para robar algunas.

Eso podría ser tan peligroso, si no más, que el viaje hasta allí en su estado de desorientación con los Demonios acechando en el Velo.

Delora se despertó con la boca seca, como si la tuviera llena de arena. Estaba tan deshidratada que ni siquiera tenía saliva para ayudarla a tragar y al intentarlo se ahogaba cuando se le atascaba la garganta.

Agua. Intentó pedirla, como si alguien pudiera estar allí para oírla, pero lo único que salió de su boca fue un jadeo. *Agua*. Levantó la mano para agarrar algo, cualquier cosa, que pudiera saciar su sed, pero apenas se movió bajo la fuerza de su letargo.

Sus ojos se abrieron ligeramente cuando algo redondo, como un cuenco poco profundo, se acercó a sus labios. Su visión era borrosa, ya que sentía los ojos tan deshidratados como el resto de su cuerpo. También estaba oscuro, ya que no había luz del sol ni de una vela.

El cuenco se inclinó hacia arriba y agua fresca empezó a entrar en su boca. La tragó a tragos desesperados y ávidos. No le importó que le llenara la boca demasiado rápido y que goteara de sus labios y bajara por su barbilla hasta empapar la parte delantera de su vestido.

Le quitaron el cuenco.

—Por favor, más, —suplicó con voz quebrada y ronca.

El cuenco volvió a aparecer. Delora tragó con fuerza y estuvo a punto de llorar cuando se lo llevaron vacío.

En lugar de responder a su súplica con más, le pusieron otra cosa en los labios. Era duro, puntiagudo y sabía vagamente a zanahoria cubierta de tierra. Estaba demasiado débil para darle un mordisco.

—Demasiado duro, —le dijo a la oscuridad.

En realidad, no era sólo oscuridad. Había una luz, pero no iluminaba nada más que a sí misma.

Dos orbes verdes flotantes danzaban en su visión borrosa, resaltando la blancura a su alrededor, pero nada más. No podía distinguir qué era el resto, pero ese verde flotante era extrañamente... reconfortante.

Ahuyentaba su aprensión por estar en la oscuridad.

Había luz con ella. No estaba sola. Eso era lo único que importaba.

¿Dónde estoy? ¿He muerto? El más allá parecía demasiado real. Su sed y su hambre eran demasiado intensas, pero a pesar de todo esperaba que esto fuera el vacío.

Algo mucho más suave se puso contra sus labios. Era redondo, y cuando le dio un mordisco, supo que era un arándano por su sabor al reventar dentro de su boca. Le sirvieron más antes de darle una fruta más gruesa, una frambuesa.

Cuando fue capaz de dar un mordisco a una fresa, Delora había agotado toda su energía y se había desplomado. Quienquiera que la ayudara seguía

acercándole comida a la boca, pero ella ya no podía separar las mandíbulas. No podía levantar un brazo. Ni siquiera podía mantener los ojos abiertos.

Le llegaba una mezcla de olores. El más frecuente era el de los desechos humanos. Una vez que su mente encontró ese olor acre, se aferró a él, y se sintió innegablemente avergonzada.

No podía expresarlo, ni siquiera reaccionar físicamente. No se le cayeron las lágrimas, ni siquiera cuando la persona empezó a lavarla con un paño y un toque suave y cuidadoso.

Si esto es el más allá, ojalá hubiera una forma más de morir.

Delora tuvo que permitir que aquella persona, de la que aún no había visto nada, la limpiara. La comida y el agua bastaron para calmar su hambre y su sed, pero sólo le dieron la energía suficiente para seguir respirando, para que su corazón siguiera latiendo.

A mitad de la limpieza, sucumbió al sueño.

CAPITULO 4

Delora se despertó en la penumbra. Apenas había luz, salvo por la entrada en forma de gran aro, pero era tenue frente a las sombras que seguían presentes a pesar de que, obviamente, era de día. Al menos, le permitía ver la silueta de algunas formas alrededor de la zona en la que se encontraba.

Ya no sentía ese espantoso olor. En su lugar, estaba rodeada de algo más delicioso. *Huele a vainilla con nata.*

Su gran aldea había tenido la suerte de conseguir semillas para cultivar un poco en los invernaderos que tenían, pero sólo los que tenían un nivel de vida *elevado* podían consumirla. Eso no significaba que Delora nunca hubiera olido con envidia ese aroma dulce y tentador cuando pasaba por delante de sus casas.

Tumbada de lado, Delora se acurrucó en ese olor exquisito y en algo que le hacía cosquillas en la punta de la nariz, los labios y la mejilla al inhalar y exhalar. Pasó la mano por la superficie en la que estaba apoyada.

¿Es pelaje?

Sus cejas se arrugaron cuando también sintió algo más, algo suelto. Sus ojos se estaban adaptando a la oscuridad y entrecerró los ojos como si eso le permitiera ver mejor.

¿Una pluma? Una negra.

No supo por qué se sintió obligada a olerla, pero sus párpados parpadearon satisfechos cuando descubrió el cremoso aroma a vainilla que desprendía. En realidad, se dio cuenta de que todo olía a vainilla: el pelaje, incluso su propia muñeca.

Un trozo de tela le golpeó ligeramente la mejilla. Era negro y difícil de ver, sólo visible por el contraste con su piel morena. Se dio cuenta de que era la manga larga de una camisa.

No llevaba ninguna camisa cuando la arrojaron desde el acantilado. Miró hacia abajo y vio que su vestido había sido sustituido por una larga camisa negra. Le quedaba tan grande que le cubría hasta las rodillas.

Los botones estaban mal abrochados, uno no se había enganchado y otro había salido por el agujero, creando un lazo que casi le hizo salirse el pecho.

Delora se la pegó al cuerpo mientras sus ojos empezaban a mirar de un lado a otro.

Es una camisa de hombre. Estaba en casa de un hombre.

No podía estar muerta.

Se sintió aliviada porque nunca había querido morir de verdad, pero también decepcionada porque se había preparado mentalmente para ello. Sintió la pérdida de no poder desaparecer felizmente de su propia vida sombría. Ahora que se sentía un poco más consciente, sabía que en la otra vida no habría sentido la sed y el hambre que sentía, ni la humillación de estar tan sucia que necesitaba que la limpiaran y la cambiaran.

Un sollozo brotó de ella cuando sus lágrimas empezaron a gotear sobre la nariz y la mejilla mientras caían sobre lo que fuera que estuviera tumbada. ¿Había sobrevivido?

¡La habían arrojado al puto Velo! *Debería estar muerta.*

Y sin embargo, de algún modo, había sobrevivido. Ni siquiera sentía dolor. Debería estar rota, al menos debería estar a punto de morir. Algo debería haber venido y habérsela comido ya. *¿Cómo es posible?*

No tenía ni idea de dónde estaba, pero se preguntaba cómo un humano la había sacado del Velo y la había curado.

Los sacerdotes y las sacerdotisas no podían curar graves heridas, así que ¿cómo lo había hecho ese hombre?

Se le encendieron las mejillas. *¿Un ángel?* Pero ella no creía que fueran reales.

Sin embargo, el rico olor que invadió sus sentidos era celestial. Casi quería empezar a lamer la camisa que estaba impregnada de él.

Sus lágrimas acabaron por secarse. Aunque un ángel la hubiera salvado... ¿Qué significaba eso para ella? No tenía ningún lugar al que pudiera ir con seguridad, a menos que esa persona decidiera ayudarla llevándola a un nuevo pueblo.

Estoy demasiado cansada para poder caminar de nuevo. Después de caminar durante cinco días, lo único que quería era descansar. Aunque sus sueños habían estado plagados de pesadillas, lo que la cansaba aún más, dormir la hacía sentir... segura.

Era una forma mundana de escapar.

Era demasiado cobarde para suicidarse, pero también sabía que ya no tenía valor para vivir.

Ya no sé lo que quiero.

El amor era una carga. La amistad era una carga. La familia era una carga. Era una asesina; no merecía la libertad.

Su cabeza parecía una maraña de pensamientos confusos y contradictorios, y ya sabía que no tenía voluntad para no perderse en ella.

Pensó que caería alguna lágrima más, pero no fue así.

Delora se sentía vacía de emociones. Vacía hasta el punto de que ni siquiera sentía el cosquilleo de las lágrimas en la nariz. Se quedó tumbada mirando el oscuro techo con ojos inexpresivos.

Al cabo de un rato, alguien se coló por la abertura de la sala en la que se encontraba, más alta que la entrada y tapando la luz casi por completo. El hombre se quedó inmóvil al darse cuenta de que estaba despierta.

Frunció un poco el ceño cuando no pudo ver nada más que dos orbes verdes flotantes. Eran del tamaño del puño de un niño pequeño y parecían girar como un vórtice de fuego, moviéndose lentamente en rotación.

Es una luz muy extraña. Pero como antes, se dio cuenta de que en realidad no iluminaban nada.

—Estás despierta. —La voz era un barítono tan profundo, tan grave y cargado de una suavidad aterciopelada que le recorrió todo el cuerpo.

Era tan agradable que casi le entraron ganas de cerrar los ojos de satisfacción por haber podido escuchar una voz tan hermosa.

Sin duda, un ángel.

Ningún ser humano podría haber producido un sonido tan sublime, ni tampoco oler tan bien. Esperaba que su voz rebotara en las paredes y volviera a tentar sus oídos.

—Te he traído más agua, —dijo y ella cerró los ojos para poder escucharle. No recordaba la última vez que alguien le había hablado en voz tan baja, con un suave murmullo tan dulce. —Usé el resto lavándote antes.

Eso la hizo abrir los ojos de golpe, mortificada. No había habido acusación en su tono, ni burla ni desprecio, pero Delora sintió vergüenza igualmente.

Empezó a moverse por la habitación, dejando que la tenue luz del exterior llenara el espacio, pero apenas sirvió para verle. Parecía alto, demasiado alto, cuando dejó en el suelo el cubo que había estado sujetando. Su espalda ensombrecía la parte delantera a contraluz, lo que impedía verle, aparte de un único orbe verde que flotaba donde ella creía que debía estar su cara.

¿Es algún tipo de faro? Los humanos solían utilizar faros luminosos para ver en la oscuridad.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?, —preguntó débilmente.

Encontró la forma de apoyarse en algo para mantenerse erguida. Era difícil cuando había estado esperando una almohada para suavizar su posición ligeramente erguida en la cama.

—Unos días. —No pudo evitar darse cuenta de que él seguía mirando hacia otro lado. La mayoría de la gente ya habría encendido una vela para poder hablar con luz, pero él permaneció donde estaba, agachado junto al cubo. —Estabas muy rota. Me llevó un tiempo curarte.

—¿Cómo sobreviví?, —susurró ella, más para sí misma que para él. —Cuando caí al suelo, debería haber... acabado hecha papilla.

¿Es eso lo que quería?

—Aterrizaste encima de mí. Creo que amortigué tu caída y recibí el impacto yo mismo.

La cara de Delora palideció.

—Dios mío, lo siento mucho. —Su horror desapareció rápidamente y empezó a fruncir las cejas. —¿Cómo sobreviviste entonces?

—Me curé. Luego te traje a mi casa.

¿Curado? Pensó ella. *Los humanos no pueden curarse.*

Deseó que se diera la vuelta para poder verle, aunque sólo fuera un poco. Quería mirar a su salvador, saber si era tan hermoso como su voz y su olor.

—¿Eres un ángel?

Su corazón no se aceleró como podría haberlo hecho si fuera cualquier otra persona.

Encontrarse con algo tan fantástico como un ángel debería haberla llenado de asombro. En cambio, sintió el frío vacío que había sentido al caminar hasta aquí.

Quería sentir asombro, sentirse viva, sentir cualquier cosa en lugar del vacío que sentía ahora que ya no podía atormentar a Jetson por todo el dolor que no podía infligir a Hadith. Nunca supo que tenía un lado tan rencoroso. Siempre había hecho lo que le decían sin rechistar.

—No sé lo que es, pero no soy un ángel.

No es un ángel. Dijo que había caído encima de él, lo que significaba que había estado dentro del Velo.

—¿Eres un Demonio, entonces? —El miedo no penetró en ella. Ser devorada significaba que desaparecería, pero no le gustaba mucho la idea del dolor que vendría antes. —¿Me has curado para poder comerme cuando esté mejor?

Quizás sabría mejor así.

—No.— La palabra fue dicha suavemente, pero contenía algo oscuro. Le dio a su voz un tono aún más grave que le erizó la piel.

—No eres un Demonio, ¿no? O no vas a comerme, ¿no?

Él levantó la mano para cubrir aquella esfera verde brillante, como si la estuviera escondiendo. —Las dos cosas.

—¿Qué eres entonces?

—Algo que no piensa hacerte daño, —respondió. —No tienes por qué tener miedo. Te ayudaré a sentirte mejor.

—¿Qué eres? —Presionó Delora con más firmeza, sin gustarle que la estuviera evadiendo.

El rayo de luz que entraba le permitió ver que él suspiraba pesadamente, levantando los hombros en un gran suspiro antes de que sonara saliendo de él.

—Soy un Mavka.

—¿Mavka? —Sus cejas se fruncieron aún más, y sus labios se fruncieron con ellas. —Nunca he oído hablar de un Mavka.

—Significa criatura del bosque. Así nos llaman los Demonios.

—¿Y los humanos?

Extendió la mano para coger algo poco profundo del suelo y lo sumergió en el cubo, luego se lo ofreció. Ella creyó ver el *destello* de algo negro y liso, pero sobre todo afilado, en las puntas de sus dedos que se posaban en el borde del cuenco.

Su mano era tan grande que prácticamente cubría toda la parte inferior.

—Deberías beber más agua. Aún tengo la comida que no quisiste comer de antes.

Delora no sabía en qué estaba tumbada, pero tenía pequeñas hendiduras como si estuviera en una especie de nicho con pieles para acolcharlo. Comprendió que no era una cama. No sabía lo que era, pero él estaba a sus pies.

—Estoy demasiado cansada para llegar tan lejos. —Una completa mentira.

Bueno, ella pensó que podría haber sido una mentira ya que ni siquiera lo intentó. Sólo quería que ese tal *Mavka* se acercara para poder verle.

Él se inclinó más hacia un lado y sólo acortó la distancia unos centímetros mientras se inclinaba hacia otro lado. Ella no aceptó lo que él le ofrecía.

Cuando él se dio cuenta de que ella no iba a hacerlo, retiró el brazo y lo mantuvo frente a él. Ella pensó que podría estar mirando el cuenco de agua.

—¿Todavía estás demasiado débil para bebértela tú sola? —Sonaba desilusionado, tal vez incluso un poco apenado.

Delora levantó la barbilla desafiante. —Sí.

Permaneció callado e inmóvil, mirando el cuenco que reflejaba las luces verdes.

Luego dejó escapar otro gran suspiro. —Supongo que entonces no queda otro remedio.

Comenzó a acercarse lentamente, parecía que se arrastraba con una sola mano y los dos pies. Algo golpeaba ligeramente el suelo con sus movimientos, en lugar del golpeteo de pies o zapatos. Se movió delante de la luz, obstruyendo su visión, mientras se acercaba a ella.

Por un momento creyó verle una cornamenta en la parte superior de la cabeza. Sus labios se separaron de golpe cuando se dio cuenta de que aquellas luces verdes no eran luces, sino que flotaban sobre su cara como si fueran ojos.

Orbes brillantes que iluminaban el rostro de un cráneo de zorro.

—Eres un...

Antes de que pudiera terminar la frase, él ya le había puesto la mano en la nuca y le había echado la cabeza hacia atrás para ponerle el cuenco en los labios. Le vertió el contenido en la boca. Ella tragó para no ahogarse mientras sus ojos se abrían de par en par, mirándole fijamente.

Agarró la manga de su camisa, aquellos orbes verdes parecían mirar directamente a su alma como si estuvieran escudriñando todos sus pecados.

—Eres un Duskwalker, —consiguió jadear Delora cuando él apartó el cuenco para permitirle respirar.

Él volvió a apartarlo tras unos cuantos resoplidos.

—Sí, así nos llamáis los humanos.

Delora cerró los ojos cuando el agua salió demasiado rápido esta vez, resbalando de su boca y goteando contra su pecho. Ella le tiró de la manga y él retrocedió.

Delora empezó a toser y se soltó para presionarse la boca con el dorso de la muñeca.

—¿Ha sido demasiado rápido? —Parecía realmente preocupado.

Debería haberlo hecho yo misma.

—N-No, está bien.

Estaba demasiado asustada para dar otra respuesta.

—Tendré más cuidado, —le ofreció acercándole de nuevo el cuenco a los labios.

Ella apartó la cabeza como pudo con la cálida mano de él aún sujetándola.

—No quiero más.

No, en vez de eso, quería quedarse embobada mirando a la criatura que tenía delante. No podía permitir que se diera cuenta de lo que era y no dejar que lo absorbiera. Con razón había dudado de que ella lo viera.

Claro que no era un Demonio, pero esto no era técnicamente mejor. Seguía siendo un monstruo, pero sin cara.

Ante sus ojos, los orbes brillantes que flotaban frente a sus cuencas oculares huecas se tiñeron de rosa rojizo.

—No quería hacerte daño.

Le puso el cuenco en el regazo y ella se dio cuenta de que había llegado a la conclusión de que ya no confiaba en él para darle agua. Ella se quedó con la mirada baja, viendo sus piernas desnudas justo debajo de la camisa negra abotonada que llevaba puesta.

Vio que algo parecido le cubría el pecho, junto con un pantalón negro que envolvía unas evidentes y poco elegantes piernas. No podía verle los pies, pero el dorso de las manos era visible e, incluso con la escasa luz, podía ver que sobresalían huesos blancos desde los nudillos hasta las muñecas. El resto estaba cubierto de carne gris oscura, y eran *enormes*.

No le extrañó que sintiera calor irradiando por toda su espalda. Había apostado a que si le ponía la mano en la cara, se la cubriría por completo.

Su mirada le recorrió el cuerpo, desde los brazos hasta los anchos hombros iluminados por la tenue luz. Entonces él se inclinó hacia atrás, dirigiéndose hacia esa luz y haciendo resaltar la cornamenta que ella había pensado que era producto de su *imaginación*.

Incluso agachado, sobresalía por encima de ella. Sólo podía imaginar lo grande que sería en comparación con ella si ambos estuvieran de pie.

Ella levantó la mano y se peinó el pelo, asombrada, mientras sus ojos recorrían la zona en la que se encontraba. Pudo distinguir mejor las paredes, el suelo y el techo. Había pensado que estaba tan oscuro que no veía la madera, pero había estado mirando rocas todo el tiempo. Paredes de una *cueva*.

La habitación no era tan oscura ni tan grande como ella pensaba. Miró por encima de donde estaba sentada.

—¿Esto es un nido?, —exclamó ella.

Las paredes estaban cubiertas de pieles y de vez en cuando sobresalía alguna ramita.

—Sí. Ésta es mi cama. —Adelantó la mano y colocó un cuenco de comida en el nido junto a ella. —No tenía otro sitio donde ponerte que fuera blando.

Estoy en un nido... En la cueva de un Duskwalker. ¿Su hogar? Uno que me lavó, me vio desnuda, y me cambió usando su propia ropa. Ella lo miró cuidadosamente. *Uno que me alimenta y me da agua.*

—¿Qué pretendes si no vas a comerme? —Delora entrecerró los ojos. —No voy a ser una mascota.

Su cabeza se ladeó, haciendo un sonido de traqueteo que ella sólo oía a los Demonios fuera de los muros de su aldea. Era como el sonido de huesos secos chasqueando unos contra otros.

Bueno, eso es asqueroso.

—¿Mascota? No sé qué es eso. Sólo quería curarte después de que cayeras del cielo. —Giró la cabeza hacia el otro lado, acercándose, lo que hizo que ella se apartara. —No me tienes miedo.

No, Delora no tenía miedo. Podía comérsela, podía hacerle daño, pero no le importaba si eso significaba su muerte. ¿Qué era un poco de dolor antes de que todo acabara bien?

No tenía miedo a morir, por lo tanto no podía temer a su posible verdugo. Eso no le impedía preocuparse por lo mucho que le gustaban el olor y la voz de un Duskwalker, un monstruo.

Sus labios se torcieron en una mueca.

No era feo, pero cuando se encontraba ante el cráneo de un zorro demasiado grande para cualquier animal -como si fuera más grande sobre él- le costaba mirarlo. Pero tal vez fuera porque no le resultaba realmente desagradable.

Aquellos orbes brillantes eran bastante bonitos, sobre todo cuando volvían a ser verdes y parecían revolotear con tanta vida.

Los cuernos de su cabeza se ramificaban y bifurcaban tres veces y parecían de color caoba por lo que ella podía ver.

Tenía colmillos, muy visibles en la parte delantera por los dos largos de arriba y los cortos de abajo. El resto eran dientes afilados, puntiagudos y triangulares.

Era obvio que su mordedura podía matar en un segundo.

También había visto que en todos sus dedos, de color gris oscuro, brillaban unas garras largas y ligeramente curvadas contra la tenue luz.

—¿Por qué me salvaste? Los de tu especie comen humanos.

¿Por qué no me había librado de mi maldita miseria simplemente, sin despertarme?

—No comer, —pronunció en un timbre oscuro, cuyo tono grave volvió a ponerle la carne de gallina. Luego le acercó el cuenco de comida. —Tienes que comer.

El estómago de ella protestó ruidosamente por no haberse lanzado inmediatamente a por la comida. Haciendo caso tanto a la demanda de su estómago como a la del Duskwalker, Delora se terminó el agua para poder colocar el cuenco de madera con comida encima.

Tomó la última fresa disponible, viendo que la que había mordido antes se estaba pudriendo ahora que había expuesto su interior al aire.

—¿Eres el Duskwalker que visita las aldeas en busca de una ofrenda humana a cambio de una protección?

Esperaba sinceramente que no; eso no le interesaba.

—No, ese es otro. —Metió lentamente la mano en el nido en el que ella estaba y la agarró de la mano que no estaba usando para comer.

La única razón por la que le dejó cogerla fue la curiosidad por saber qué haría. Él la examinó, dándole calor en las frías yemas de los dedos, mientras la rozaba con su pulgar lleno de garras.

—Tus manos son tan pequeñas, —comentó con una nota de asombro en la voz. Entonces se dio cuenta de que nunca había abierto sus huesudas mandíbulas para hablar, como si hablara desde su mente. —Tu piel también es muy suave.

Delora apartó la mano.

—Es evidente que nunca has hablado con un humano, pero no quiero que me examinen.

Ella se encogió cuando sus orbes brillantes se volvieron rojos, y un ligero gruñido salió de él. —Eso no es cierto. He hablado con otra humana, pero no se me permite tocarla.

Volvió a acercarse a ella y ella esquivó sus manos.

—Eh, no, —exclamó, antes de apuntarle con el dedo. —No me importa que me hayas salvado. No me toques.

Ella esperaba que él se enfadara más, pero en lugar de eso sus orbes se volvieron verdes. Levantó la mano para darse un golpecito en un lado del hocico.

—¿No? ¿No me toques? No entiendo por qué no puedo. He dicho que no quiero hacerte daño, y ya te toqué cuando te quité la ropa sucia.

Delora bajó la zanahoria que antes no había tenido fuerzas para comerse.

—¿Por qué sigues sacando ese tema? —Estaba segura de que era obvio que se sentía incómoda. —¡No soy tuya para que me toques, y no deberías seguir recordándole a una persona que se ha meado encima!

Estaba bastante segura de que era algo más que orinarse, pero no se *atrevió* a decirlo.

—¿Por qué no? ¿No es una función humana normal?

Sus labios se entreabrieron de asombro. —¿Eres estúpido o algo así?

—Sí. —Se agarró un lado del hocico y se lo frotó, antes de mirar a un lado. —Me han dicho que soy estúpido.

Delora se llevó los labios a la boca para cerrarlos en seco. *¿Alguien le había dicho eso?* No sabía por qué le parecía triste y divertido al mismo tiempo.

—Mira, no quería molestarte. Sólo... deja de mencionarlo. Prefiero olvidarlo.

—Vale, entonces no lo haré.

Volvió a comer su zanahoria y la masticó malhumorada. Cuando terminó con todo lo que podía comer en el tazón, lo dejó a su lado.

El Duskwalker le dio un codazo.

—Deberías comer más.

—No puedo comer eso. ¿Por qué me das una cebolla o una patata cruda?

Ante su rechazo, bajó las manos dentro del nido para coger el cuenco. Agarró la cebolla y la levantó hasta el agujero de su hocico donde debía estar su nariz, olfateándola antes de estornudar como si irritara sus sentidos.

—¿Hay ciertos alimentos que deben cocinarse para que los humanos puedan comerlos?

Delora se sintió terriblemente consternada. No tenía ganas de vivir, ¿por qué iba a quedarle fuerza en el corazón para enseñarle a una criatura la enciclopedia de los de su especie?

—Sí, —murmuró antes de tumbarse, pues aún se sentía débil. Comer había agotado toda su energía, pero al menos se sentía mejor. Se dio la vuelta para darle la espalda. —Estoy cansada. Me gustaría dormir más.

Vaya suerte de mierda. Me encuentro con uno de los únicos Duskwalkers que preferiría salvar a un humano que matarlo. Pues claro que sería así. ¿Por qué la vida sería tan fácil para ella?

Nunca antes había sido misericordiosa.

Sin Nombre se quedó mirando la espalda de la humana con la cabeza ladeada.

Yo creía que ella estaría agradecida. Él había *esperado* que ella lo estuviera. Siempre que Orpheus hacía cosas por Reia, ella se acercaba a él con un toque cariñoso en el hocico o le dedicaba una sonrisa.

Esas sonrisas eran hipnóticas incluso para Sin Nombre. Esperaba que esta mujer le regalara una para ver qué se sentía al recibir una sonrisa. En cambio, parecía abatida, y las ojeras que él había creído que eran moratones no habían desaparecido.

Quizá cuando se sienta mejor sonría para mí. ¿Necesitaban los humanos energía para sentir emociones positivas? *Sé tan poco sobre ellos.*

Su vista se desvió hacia ella, que yacía en su nido acurrucada en sus pieles, sobre sus plumas y vestida con una de sus camisas. Sus muslos gruesos y torneados le llamaron la atención simplemente porque se habían sentido lisos y suaves bajo su tacto cuando la había lavado y cambiado.

En ella había muchas cosas que la diferenciaban de él, básicamente todo, de la cabeza a los pies. Dedos pequeños que tenía curiosidad por tocar desde que los había visto agitarse. ¡Agitarse!

Bajó la mirada hacia sus propias pezuñas. Eran parecidas a las de un ciervo, pero de tres dedos: hacía poco que habían pasado de dos a tres, después del último humano que se comió. Intentó moverlas, pero apenas se movían porque aún carecía de destreza con ellas.

El amarillo de la alegría se desvaneció en su visión. *Sus ojos son de un color parecido a la corteza.* Eran tan intensos y tenían cierta fuerza. Sin Nombre había encontrado muchos tesoros en la tierra, y se preguntó cuántos vería en sus ojos color canela y especias.

Sus orbes se iluminaron en su color amarillo en señal de alegría.

¡No me tenía miedo! Ni una sola vez había olido su miedo y sintió que un estremecimiento lo recorría. Una hembra propia. Una que no tenía miedo, que lo miraba y que no se inquietaba por abandonar su nido o su cueva.

Sin Nombre esperó a que se durmiera de verdad, recuperando la respiración superficial y uniforme de los últimos días. Entonces colocó lentamente la mano dentro de su nido y se inclinó para olfatear la parte posterior de su cabello y aspirar su aroma.

Cerró la vista mientras dejaba que llenara sus sentidos.

Con cuidado, levantó la otra mano y, con la punta de la garra, le pasó el pelo por detrás de la oreja para poder verle la cara. No le importó que no hubiera sonreído, que tuviera ojeras y el pelo desordenado.

Era preciosa, con su pelo negro parecido al suyo; le gustaba que tuvieran algo en común. Sus ojos marrones brillaban y su piel ligeramente bronceada tenía un delicioso aspecto que él no había visto nunca. Pensó que se sentiría muy cómoda contra su duro cuerpo.

¿No tocarla significa que tampoco puedo abrazarla? Quería saber qué se sentía al sentir el cuerpo de otro contra el suyo. Quería cobijarla en su calor, en su olor, en su cuerpo, y protegerla por completo de todo lo que fuera más allá de él.

Soy fuerte, pensó con confianza, retrocediendo para poder empezar a recoger las plumas sueltas del nido y colocarlas sobre ella. *Puedo proteger.*

Las plumas procedían de su propio cuerpo y estaban impregnadas de su olor. De momento le servirían para ocultar el suyo.

Debo ponerla a salvo.

Como pudo con sus pezuñas afiladas, se movió en silencio por su pequeña cueva mientras cogía un gran cuenco del suelo y lo metía dentro de una bolsa de sal.

Comprobó el círculo de sal, observando a los cuatro Demonios que seguían tambaleándose alrededor de su casa y que buscaban a la hembra que había en su interior. Le evitaban, desplazándose al otro lado del círculo, pero se negaban a marcharse mientras traqueteaban, gruñían y aullaban.

Debo deshacerme de ellos. Sin Nombre sabía que no podía tenerlos merodeando por aquí.

Puede que ella no le tuviera miedo, pero estaba seguro de que se angustiaría al ver a esas alimañas. Les dio un gruñido, y se dispersaron momentáneamente antes de volver.

Si eran la causa de su miedo y se la comía por accidente en un frenesí, se pondría furioso.

Pero ¿cómo deshacerse de ellos? Se quedó mirando la sal que quedaba en su cuenco. Claro que podía matar a esos Demonios, pero al final vendrían más.

No había ido a ver a Orpheus para conseguir el aceite que permitía ocultar el olor humano. Dudaba de si hacerlo. No quería que Orpheus supiera que la tenía.

Sin Nombre temía que la tomara para sí o que se la comiera sólo para que Sin Nombre no pudiera tenerla. No tenía mucho sentido, pero ya se sentía bastante posesivo con ella.

Debo engañar a los Demonios ocultando su olor bajo muchos otros que los distraigan.

Una idea vino a su mente, una por la que Orpheus seguramente lo regañaría.

—Qué desperdicio de sal, —se burló para sí mismo, fingiendo ser ese Mavka sabelotodo mientras salía de la protección para tallar un círculo completo fuera del mismo con sus garras. El sonido de la tierra raspando invadió sus oídos. —Sirve para proteger, no para cazar. Mur-mur-mur. —Empezó a espolvorear sal dentro de la mitad de la talla que había hecho, dejando una mitad sin sal. —Mírame, soy un Mavka inteligente que hace que el de la cornamenta se sienta inútil. Que le dice que todas sus ideas son estúpidas aunque a él le parezcan fantásticas.

Orpheus seguramente se burlaría de Sin Nombre por lo que estaba a punto de hacer, pero no tenía ninguna otra idea, y pensó que ésta podría ser adecuada.

Empezó a persuadir suavemente a los demonios en dirección al círculo de sal a medio llenar, caminando hacia ellos y esquivándolos cuando se equivocaban de camino. Retrocedieron lentamente, gruñendo y rugiendo, pero no le atacaron.

Sabían que los mataría si lo intentaban, aunque no eran conscientes de que iban a morir.

Una vez dentro del círculo, la sal que ya había echado les impidió retroceder más. Sus cabezas se agitaron inseguras ante la imposibilidad de escapar.

No tuvieron la oportunidad de salir corriendo antes de que él esparciera más en las líneas de tallado que aún no había rellenado. Quedaron completamente atrapados en su interior.

—Qué desperdicio de sal, Mavka, —continuó. —Ahora tendrás que conseguir más cuanto antes.

En cualquier caso, había conseguido lo que quería, sin importar cómo lo hiciera. Tenía que mantener a salvo a una humana; gastaría cualquier recurso que fuera necesario.

Agarró despreocupadamente a uno de los pequeños Demonios por la cabeza antes de que pudiera morderle. Mientras chillaba, se adentró con él en el bosque y buscó una rama grande rota en el suelo.

Cuando encontró una, la cogió y caminó con ambos hasta que estuvo a una distancia segura de su casa. Entonces desgarró la garganta del Demonio con sus garras y derramó a propósito su sangre por el suelo.

Le atravesó el cuerpo con el borde más afilado de la rama y lo clavó en el suelo, dando a cualquier Demonio de la zona algo que cazar. El olor de la rama y de su sangre derramada por el suelo ayudaría a ocultar que había un humano más allá.

Agradeció que el olor de la sangre de Demonio no atrajera el apetito de los Mavka, ya que era repugnante, aunque él había comido muchos en el pasado.

Repitió esta acción con los otros tres que quedaban, creando un semicírculo de cadáveres de Demonios en el bosque para resguardar su hogar. No sabía

cuánto duraría esto, pero averiguaría si era capaz de olerla cuando terminara de ejecutar aquello.

Usando sus propias garras, después de lavarlas del pútrido olor a descomposición que desprendía derramar sangre de Demonio, se cortó las muñecas. Esparció su sangre por la entrada de su cueva y por las paredes rocosas del exterior.

Sintió el olor de ella más tenue y suave. Una vez que su sangre se secara, no debería atraer a los Demonios ya que no habría un cuerpo fresco, pero albergaría su olor.

Comprobó la zona olfateando el aire antes de dar un gesto de aprobación. No era perfecto. Si un demonio se acercaba sólo por vagabundear, notaría su olor a pesar de todo, pero por el momento era suficiente.

Entró en su cueva y la encontró tumbada donde estaba antes. Se agachó para no estar encima de ella por si se despertaba.

Estoy cansado... y ella está en mi cama. Sin Nombre no había dormido desde que la trajo aquí.

CAPITULO 5

Había algo que envolvía a Delora en una sensación de calor total y absoluto.

Era difícil determinar dónde empezaba y dónde terminaba, ya que el calor le llegaba desde los pies, por el trasero y hasta la parte superior de la cabeza.

También le llegaba por delante, ya que dos grandes y largas extremidades la sujetaban con fuerza. La envolvían desde debajo de la cabeza, como si la sostuvieran como la almohada de la que carecía, y luego la cruzaban por el pecho y la envolvían por el brazo. La otra extremidad venía de arriba, pasando por encima de su estómago para sujetar el muslo exterior sobre el que estaba tumbada.

Un pecho grande y fuerte presionaba contra ella mientras unos grandes pulmones se llenaban de oxígeno antes de encogerse silenciosamente bajo una exhalación.

El olor a vainilla y nata invadió sus sentidos hasta el punto de aturdir su mente somnolienta.

Delora no recordaba la última vez que la habían abrazado así. Era tierno y tan protector que la hacía sentir pequeña y necesitada de protección.

La oscuridad penetró en su visión cuando abrió los párpados. Se sintió desorientada. Acarició el brazo inusualmente grueso que la cubría. Sus cejas se fruncieron, no le resultaba familiar. Finalmente tocó su rostro y descubrió que no era un rostro, sino más bien un cráneo.

Su mente se puso alerta al instante y despertó de la neblina en la que estaba sumida. Delora se revolvió, sintiéndose perdida en la oscuridad. Se zafó de los brazos de la criatura que había estado yaciendo con ella *¡íntimamente!*

La oscuridad dejó paso a dos brillantes orbes verdes que cobraron vida de repente.

—¿Qué ocurre?, —preguntó el Duskwalker.

¡Que qué ocurre! Como si lo que estaba haciendo fuera extraño en comparación con que él la abrazara mientras dormía.

No le gustó que encontrara el adormecimiento del sueño presente en su voz tan ligera y suave y.… y agradable que casi se sintió molesta consigo misma por haberlo despertado.

Es verdad. Estoy en el Velo, y un Duskwalker me salvó.

—¿Por qué estabas tumbado conmigo?

Ella no vio el brazo envolver su cintura antes de que tirara de ella hacia sí. Las puntas de las garras se clavaron en su costado mientras era arrastrada, luchando por permanecer donde estaba, en vano. En unos instantes, se encontró de nuevo en la posición en la que acababa de despertarse.

—Oculta tu olor, —dijo él, antes de que ella sintiera que la envolvía con más fuerza, como si lo que había dicho no fuera más que una tapadera. —Me he asegurado de que los Demonios no descubran que hay un humano dentro de mi casa. Esto también ayudará.

Sí, no me digas. Todo lo que ella podía oler era su olor, y sabía que estaba sobre ella.

Uno de sus brazos se movió para esparcir algo sobre ella mientras ella se sujetaba los costados de la cabeza.

—¿Qué es eso?, —chilló, preguntándose qué era aquello tan espantoso que le había echado encima.

Esperaba que no fuera algo tan bárbaro como hojas o tierra.

—Plumas. Cubrirán lo que yo no puedo.

Plumas, repitió en su mente. *No es mucho mejor.*

—¿Puedes... puedes por favor dejarme ir?

—No, —le respondió. —No he dormido bien desde que te traje aquí. Curarte y cuidarte ha sido agotador, y debo dormir para protegerte. Así es mejor.

Su único consuelo era que no podía sentir ningún genital masculino, lo cual era fácil de averiguar ya que la tenía tan apretada contra él que podía sentir la falta de éstos con su trasero.

Se va a dormir. Delora permaneció inmóvil, sin atreverse a moverse con la esperanza de que él se desmayara antes. Se negó a mover siquiera un dedo. Como si estuviera realmente agotado, la respiración del Duskwalker se

estabilizó y su abrazo se aflojó lo suficiente como para decirle que estaba dormido.

Al cabo de un largo rato, se incorporó con cautela hasta quedar tumbada boca arriba mirando al techo.

No sabía cuánto tiempo llevaba dormida, pero la habían despertado sus retorcidos sueños. Ahora estaba oscuro, y aquella atmósfera de oscuridad resultaba reconfortante. Su gran peso la mantenía atrapada junto a él tanto como su falta de voluntad para moverse, pero era tranquilizador a su manera.

Sus ojos se desviaron hacia donde pensaba que debía estar su cara.

Estoy aquí tumbada a su lado. Esperaba que el impulso de alejarse creciera en ella, pero eso nunca ocurrió. *¿Por qué estoy aquí?*

¿Ser cautiva de un Duskwalker era su castigo por lo que había hecho? Pero *¿estoy cautiva?* Él no le había dicho que no podía irse, pero no tenía sentido hacerlo.

Dijo que no me comería, así que ¿qué quiere de mí? Apretó más los labios. ¿Acaso me importa? Mientras él no pensara hacerle daño, no se le ocurría ningún sitio adónde ir que no acabara en su muerte.

Tampoco habría felicidad. Delora ya no tenía fe en vivir con sus semejantes.

Pero ¿realmente quiero vivir en un lugar como el Velo?

Sus pensamientos se silenciaron cuando no obtuvo respuesta.

CAPITULO 6

Sin Nombre se paseaba ansiosamente junto a su nido mientras la humana seguía durmiendo en su interior.

Algo le pasa. Habían pasado dos días desde que había descansado a su lado y había vuelto a despertarse para encontrarse con que la hembra seguía tumbada y continuaba haciéndolo.

Por lo que sabía de los humanos y había visto de Reia, en general eran criaturas activas y charlatanas. Reia hablaba a menudo con Sin Nombre, y cuando se cruzaba con humanos, normalmente hablaban entre ellos en grupos de dos antes de atacarlos.

No estaba seguro de cuándo esta hembra estaba despierta, ya que sólo se movía para girarse o cuando la obligaba a comer y beber con sus propias manos. Al principio se había resistido, pero cuando se dio cuenta de que no se alimentaría sola, Sin Nombre se había encargado de hacerlo por ella.

Había intentado quitarle las heridas invisibles, pero no sintió ningún cambio en su interior, como si ella estuviera bien.

Pero no lo estaba.

Seguía teniendo ojeras cada vez que abría los ojos y su mirada parecía... ¿desolada? Incluso muerta.

Si estuviera enferma, su magia debería haberla curado y habérselo transferido a él.

¿Qué le pasa a ella? Sin Nombre sentía que estaba fallando, y por más que intentaba volver a hablar con ella, parecía que había perdido la voz.

Su bonita voz, suave y de tono bajo.

Quería que volviera a compartirla con él.

Empezaba a sentirse angustiado porque no sabía cómo ayudar a la humana que parecía... rota.

Inquieto, salió al exterior. Su vista se posó en un pedazo de tierra que contenía semillas marchitas de eneldo. Orpheus le había dicho que las plantara en un lugar donde recibieran suficiente agua y luz solar. Aquel era el único lugar que recibía algo de luz, pero sólo durante una hora al día, tal vez menos. Estaba justo fuera de las sombras, al otro lado de un pequeño sendero junto a la pared del acantilado, donde la línea de árboles se hundía ligeramente.

¿Es como una planta? ¿Necesita la luz del sol para estar bien?

Volvió a rascarse el pelaje junto a los omóplatos con incertidumbre. Sabía muy poco sobre cómo cuidar a un humano, pero a menudo había visto a Reia sentada al sol en su jardín.

Dentro de poco, aquella parcela de tierra -que se había asegurado de que estuviera dentro de su círculo de sal- recibiría la única luz solar cerca de su cueva.

Levantó la vista hacia el cielo para observar el movimiento de la esfera y se rascó justo debajo del cráneo, donde le crecían las plumas. Una se soltó y se balanceó mientras se precipitaba hacia el suelo.

¿Y si es mala idea moverla? Un pequeño quejido le sacudió el pecho antes de tomar una decisión. *Si necesita dormir más, puede hacerlo en el suelo.*

Luego se dio la vuelta y se detuvo con un pensamiento. *No necesito plantarla en el suelo, ¿verdad?* Sacudió la cabeza. Nunca había visto a Reia hacer eso.

Tan silenciosamente como pudo con sus pezuñas, se acercó a la mujer y, tentativamente, deslizó sus grandes manos por debajo de ella. Ella se agitó sólo un instante antes de relajarse entre sus grandes palmas.

En el momento en que la levantó para acunarla entre sus brazos, se despertó de golpe y le empujó el pecho.

—¿Qué estás haciendo?, —preguntó con los ojos muy abiertos, llenos de pánico.

Una ligera oleada de miedo recorrió su piel. Era como un delicioso aroma que le oprimía las tripas, y sus ojos se tiñeron inmediatamente de rojo carmesí.

—Controla tu miedo, —le advirtió, deteniéndose con ella en brazos. —No quiero comerte, pero no podré controlarme si no lo haces.

—¿Por qué me estás llevando? —Su ritmo cardíaco parecía inusualmente rápido por lo que podía oír, y sus ojos seguían dando vueltas. —N-No me gusta que me levanten.

—Estás demasiado débil para moverte, pero voy a llevarte fuera.

Eso pareció calmarla, y su olor a miedo se suavizó - pero no había sido fuerte para empezar.

—Soy demasiado pesada, me dejarás caer. —Ella estaba en una posición relajada como si temiera que él la dejara caer, pero él podía sentir la tensión dentro de su cuerpo. —Bájame.

—¿Pesada? —Su cabeza se inclinó bruscamente. —No eres pesada. He levantado cosas mucho más pesadas que tú.

Haciendo caso omiso de su petición, Sin Nombre salió de su cueva y se dirigió hacia donde el sol ya iluminaba aquel lugar.

Observó cómo sus oscuras cejas se fruncían al oír sus palabras y cómo sus labios se entrecerraban hasta casi ocultar por completo el superior. Parecían excepcionalmente maleables, y él sentía más curiosidad por conocerlos cada vez que ella hacía alguna expresión con ellos.

—No quiero salir, —murmuró mientras sus ojos se apartaban de él para mirar al suelo.

No sabía por qué había desviado la mirada, pero se le encogió el corazón ante la idea de que fuera porque no le gustaba mirarle.

—Me gustaba la oscuridad de tu cueva.

—No estás bien. —La colocó en el suelo con la espalda apoyada en la pared. —Te voy a poner al sol.

—No soy una planta, ¿sabes?

Ella miró al bosque, y algo pareció ensombrecer su expresión mientras él se movía para sentarse a unos metros de ella.

—No, no eres una planta, —murmuró él, esperando que ella no llegara a la conclusión de que él había pensado que tenía que cuidarla como si fuera una. —Humana, —añadió.

—Supongo que se siente bien. —Levantó las rodillas y apoyó los antebrazos sobre ellas antes de apoyar la barbilla en ellas. —Hace calor.

Sus ojos parpadearon momentáneamente hacia él antes de volver al bosque.

—Te sientas como un perro.

Giró la cabeza hasta quedar casi boca abajo para poder ver cómo estaba sentado. Tenía el culo contra el suelo y los pies apoyados en él.

—Es difícil levantarse con las pezuñas. De esta forma es más fácil. —Levantó la mano hacia su hocico para golpearlo. —¿Preferirías que no me sentara así?

No era muy diferente a como ella estaba sentada, excepto que tenía una pared apoyando su espalda.

—No. No me importa.

Giró la cabeza para mirar a la nada.

Esto está ayudando. Era lo máximo que le había hablado desde la primera vez que se despertó. *Los humanos necesitan la luz del sol.* Estaba anotando mentalmente todas las cosas que tenía que recordar para cuidar de su bienestar.

Su cola, en forma de zorro y esponjosa, golpeó el suelo dos veces. —¿Tienes nombre?

—Claro que tengo nombre, —refunfuñó. —¿Qué clase de persona no tiene nombre?

—Yo no lo tengo.

Deslizando la cara contra las rodillas, la acercó a él con el ceño fruncido. —¿No tienes nombre?

—No.— Entonces se acercó ligeramente. —¿Cuál es el tuyo?

—Delora. Mi nombre de soltera era Delora Theralia. —Bajó los ojos antes de añadir: —Supongo que ya no necesito añadir la parte de soltera.

Su vista cambió de su tono verde normal a un amarillo oscuro mientras la curiosidad lo invadía. —¿Tienes dos nombres?

—Bueno, sí. La mayoría de los humanos los tienen.

—¿Cuál es el propósito de esto?

—Supongo que es para que, si hubiera otra humana llamada Delora, pudieran diferenciarnos porque lo más probable es que nuestros apellidos fueran distintos.

Sin Nombre se dio un golpecito en el largo hocico.

Los humanos tienen cosas tan complejas para identificarse. ¿No basta con una cara y un nombre?

—¿Me... me darías un nombre?

No sería egoísta y no pediría dos. Un solo nombre le haría feliz.

Delora levantó un poco la cabeza mientras sus párpados aleteaban. Notó que el color de sus ojos marrones se aclaraba con el sol y casi parecían tener motas de miel y oro. Intentó evitar que su cola golpeara el suelo con alegría al ver esta hipnotizante diferencia.

—¿Quieres que te ponga nombre?

Apoyó la mano en el suelo para acercarse un poco más. Asintió con la cabeza.

—Sí, esto me gustaría mucho.

—No lo sé. —Se frotó un lado del cuello con la palma antes de apartar la mirada. —Es un poco raro que te ponga un nombre. Es algo que un padre suele hacer por alguien.

Su cola se aquietó mientras una frialdad recorría su corazón. Sus hombros se desplomaron. *¿Por qué nadie quiere darme un nombre que me identifique?*

Cuando Reia le había dicho por primera vez lo que era un nombre, él se lo preguntó. Ella también lo había rechazado. *¿Acaso no merezco un nombre?* Parecía algo importante y, sin embargo, era algo de lo que carecía.

También se lo había preguntado a Orpheus, pero no le había gustado ninguno de los nombres que le había dado. Cara de zorro. Molesto. Cabeza de cornamenta.

El silencio constante que reinaba en su vida pesaba entre ellos mientras reflexionaba sobre esto, sus orbes brillaban con un profundo color azul.

CAPITULO 7

Delora volvió a mirar al Duskwalker después de haber eludido su mirada durante un rato. *¿Qué clase de persona pide un nombre?*

Debería conocer mejor a alguien antes de darle algo tan importante como un nombre. No quería la responsabilidad ni la vergüenza que sentiría si intentaba darle uno que no le gustara.

Nunca le había puesto un nombre a nadie.

A pesar de su rechazo, se le ocurrieron muchos nombres. Robert, Klaus, Andreas, pero ninguno le parecía adecuado. Eran... eran demasiado humanos.

Sin embargo, bajó la mano del cuello cuando vio que él miraba hacia un lado con una postura de derrota. Empezaba a sentir curiosidad por los cambios en el color de sus 'ojos', ya que se producían con bastante frecuencia.

¿Qué significa el azul? No tardó mucho en darse cuenta de que mostraban su tristeza y de que su propio pecho se hacía eco de ella.

Su corazón palpitó terriblemente, haciendo que el rabillo de sus ojos se inclinara y que sus dientes se hundieran en su labio inferior.

¿Qué clase de monstruo hay que ser para entristecer a un Duskwalker?

Era una criatura de aspecto tan extraño.

Era la primera vez que lo veía bajo cualquier forma de luz, y ahora que podía verlo bien, todos sus detalles eran visibles para ella. Los cuernos de color caoba de la parte superior de la cabeza eran grandes y ramificados, con las puntas curvándose por encima de la frente. Su cráneo de zorro era completamente blanco, en lugar de color crema, y las sombras sobre él eran de un azul frío debido al contraste.

Su cuerpo era macizo; pensó que debía de medir al menos dos metros y medio, e incluso más con aquella cornamenta. La forma en que se sentaba hacía evidente que sus largas piernas hacían juego con su cuerpo, largo y sobre todo esbelto. Sus hombros eran anchos, mientras que su cintura era inusualmente estrecha.

Los músculos del pecho, los brazos y las piernas se le notaban en la camisa, pero pensó que también podía ser otra cosa lo que le hacía parecer más fornido, como si tuviera *pelo* bajo la ropa.

Pudo ver sus pezuñas. Eran extrañas, ya que estaban separadas en tres dedos, pero no tanto como los huesos blancos que sobresalían por encima de las manos grises oscuras que se apoyaban en el suelo.

Parecía fuerte, ancho y, sin embargo, algo larguirucho por su cintura y caderas estrechas... ¡y sus extremidades! Eran ligeramente más largas que las de un humano. Tenía unos brazos largos que casi le llegaban a la parte inferior de sus musculosos muslos.

Vestía ropas negras que parecían nuevas pero estaban ligeramente polvorientas. De los bajos de los pantalones y de las mangas de la camisa,

alrededor de la muñeca, asomaba un pelaje negro. Mientras que unas plumas negras rodeaban la parte posterior de su cráneo como los cuellos victorianos que tenían muchas mujeres en los bocetos que había visto en los libros de la biblioteca de su pueblo.

Los orbes flotantes que revoloteaban en las cuencas de sus ojos eran etéreos, casi hermosos a su manera, y la hizo sentir culpable verlos de un azul tan intenso.

La luz en la que estaba sentada se volvió de repente demasiado brillante, como si no mereciera estar sentada en algo tan agradable.

Delora se puso débilmente en pie.

Su cabeza se dirigió hacia ella. —¿Qué haces?

—No quiero seguir sentada al sol. Me quemaré si lo hago. —Aunque no creía que eso fuera cierto, ya que apenas podía sentir el sol a través de la bruma del Velo.

—¿Los humanos pueden quemarse con el sol? —Delora notó el atisbo de curiosidad en su tono, pero sus ojos seguían teniendo ese color entristecido.

—Sí. —Caminó hacia él, ya que estaba sentado frente a la entrada de su cueva, pero se detuvo momentáneamente cuando estuvo a su lado. Le dijo en voz baja: —Tú no quieres que yo te ponga nombre.

Finalmente, sus ojos cambiaron a otra cosa. El amarillo oscuro se adueñó de sus orbes e inclinó la cabeza interrogante.

—¿Por qué?, —preguntó.

Delora oyó cómo se removía la tierra cuando él se movió para seguirla al interior de la cueva.

—Porque soy una persona terrible, —fue su respuesta mientras se arrastraba hasta su nido, en su mayor parte duro. Se tumbó de lado con la espalda orientada hacia cualquier tipo de luz para que no pudiera verla.

—¿Por qué eres una persona terrible? —El tono de su voz parecía genuinamente confuso, más agudo, pero su voz de barítono seguía siendo profunda y oscura.

Delora cerró los ojos con fuerza.

—¿A cuántos humanos has matado? —El silencio siguió a su pregunta, y ella acabó girando la espalda lo suficiente para poder verle agachado junto al nido. —¿A cuántos te has comido? Eres un Duskwalker. No es ningún secreto que los de tu especie son como los Demonios, así que no te molestes en ocultarlo.

Se arrastró nervioso sobre sus pies. —Pero me odiarás o tendrás miedo si te lo cuento.

—No lo haré, —respondió sin vacilar.

El odio era una emoción demasiado intensa para ella. El vacío que sentía la consumía, y sólo la más leve de las emociones era capaz de atravesarla.

Se rascó el costado de la nuca mientras apartaba la cabeza para mirar alrededor de las paredes de la cueva antes de volverla lentamente hacia ella, encontrándola todavía mirándole fijamente y sosteniéndole valientemente la mirada. Se detuvo al darse cuenta.

Su respuesta fue silenciosa, como si no quisiera que ella la oyera. —Veintinueve, creo.

Sólo veintisiete más y lo alcanzaré. Ella se puso rígida y rodó sobre sí misma, haciéndose un ovillo.

—Tú...

—No te odio, —interrumpió ella, en caso de que él interpretara su movimiento como eso. —Ni siquiera tengo miedo.

¿Cómo podía tenerlo? Él sólo había hecho lo que era natural en su especie, mientras que lo que ella había hecho estaba *mal*. Mató por comida, una parte normal de ser una criatura en la cadena alimentaria. No era diferente a un humano matando un pollo por su carne.

Lo que Delora había hecho era actuar en contra de la ética humana porque había actuado con rencor, celos y rabia. Estaba disgustada consigo misma porque seguía alegrándose de haber matado a Hadith y a Cindy. No quería que estuviesen vivos y felices cuando eran la razón por la que se sentía tan desgraciada.

Yo soy el monstruo, no él.

Delora se estremeció cuando sintió que algo duro, como el dorso de unas garras curvadas, le tocaba el pelo para mover parte de él detrás de la oreja.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué quieres decir? —Apretó los labios y cerró los ojos.

—No eres lo que he visto en otros humanos. ¿No... no te he curado del todo?

El pecho de Delora subía y bajaba con las respiraciones más agitadas mientras empezaba a salir líquido de sus pestañas cerradas. Era la primera vez que tenía ganas de llorar desde que se había despertado aquí.

—Esto no es culpa tuya.

¿Realmente intentaba consolar a un Duskwalker? Sin embargo, la idea de desnudar sus pecados ante él no le parecía terrible. No era un humano que la juzgaría. También dudaba de que realmente la entendiera.

Esa fue la única razón por la que abrió la boca para revelar parte de la verdad.

—No quiero seguir viva, —susurró. —Pero tampoco quiero morir.

Delora deseaba que hubiera un plano de existencia diferente al que pudiera ir, donde todo su dolor, añoranza y tristeza se desvanecieran para poder sentir algo agradable. Un lugar que existiera más allá del Cielo y del Infierno, de la Tierra y del Velo.

—No comprendo.

Al menos es sincero. Ella pensó que podría haberse molestado si él pretendía entender por lo que ella estaba pasando.

—Me duele mucho. —Abrió los ojos para dejar que las lágrimas que se habían estado acumulando se deslizaran por sus mejillas. Levantó la mano para agarrar la camisa con la que él la había vestido, agarrándose al pecho mientras cruzaba los tobillos e intentaba desesperadamente hacerse un ovillo, como si ésa fuera la respuesta para desaparecer. —Me duele mucho por dentro.

Era un tipo de dolor entumecido, que parecía mucho peor que cualquier corte de una cuchilla o cualquier quemadura de fuego.

—¿Cómo te curo de este tipo de herida?

Lo sintió apoyarse en el nido detrás de ella.

Delora negó con la cabeza, y su voz se quebró una octava al sollozar: —No puedes.

Parecía que en cuanto empezaba a llorar, era incapaz de parar. Sus emociones embotelladas se desbordaban y no sabía cómo dejarlas salir y sentirse mejor. Se sentía a la vez entumecida y con un persistente ardor doloroso, como si lo sintiera en la carne.

—No es una herida que se pueda curar. Está muy adentro, en un lugar que sólo puedo tocar yo, y lo odio tanto.

Ella está rota, pensó Sin Nombre mientras se inclinaba hacia Delora, que yacía llorando e indefensa en su cama. El rojo carmesí se alzó en su mirada mientras la ira y un hambre como nunca antes había experimentado llenaban todo su ser.

Los músculos de sus bíceps y alrededor de sus omóplatos se tensaron con agresividad, haciendo que sus garras se clavaran en las pieles de animales que cubrían el suelo del nido.

La curaré. Lucharía contra ese enemigo invisible hasta derrotarlo. La protegería de ello hasta que dejara de sufrir.

Pero primero, *necesitaba* algo de ella.

—Si no quieres tu vida, dámela, —le pidió con voz ronca.

La sola idea le producía una agradable emoción.

—¿Perdón?, —preguntó sorprendida, con la voz entrecortada por las lágrimas. Se giró un poco para mirarle.

—Si no quieres ser responsable de tu vida, dame tu alma.

Él la protegería, la cuidaría y la mantendría a salvo si ella no quería. La haría suya, y luego la haría suya a ella.

Mía. Gruñó la palabra en su mente.

Sin Nombre había elegido a esta humana y la convertiría en su novia. Su olor era fascinante y su voz le producía un cosquilleo en el cuerpo. Su belleza, por otro lado, era un asunto completamente distinto, y no tenía la inteligencia para formular las palabras de admiración que sentía por ella.

Estaba desesperado por tocarla, pero ella le dijo que no podía tocarla. Sin Nombre rectificaría eso.

Su aroma desprendía un ligero aroma a miedo, pero no era suficiente para distraerlo del delicioso olor a manzanas rojas y escarcha. Su lengua ansiaba lamer su piel.

—Mi... ¿Mi alma?

Ella rodó sobre su espalda, con su largo y liso pelo negro cayendo en su nido como un charco brillante. Quería pasar sus garras por cada mechón, sabiendo que había miles de ellos, aunque no sabía contarlos. Quería tocar cada uno por separado, conocer su tacto, su longitud en comparación con los demás.

Su *dolor* le había llamado de una forma que nunca había sentido, y lo borraría, aunque le llevara una eternidad.

Cuando él no le contestó, sino que se acercó a medida que sus orbes se enrojecían, percibió una pizca de astucia en su olor. Sus manos volaron a su pecho cuando vio una chispa de luz saliendo de él.

—¿Dolerá? —susurró ella.

—No. —Al menos, no creía que lo hiciera. —Y lo protegeré, siempre, para que no te vuelvan a hacer daño.

Sus largas y bonitas pestañas parpadearon al oír sus palabras, y le pareció ver que los bordes de sus ojos se suavizaban. Los oscuros moratones bajo sus ojos seguían siendo evidentes, pero ese pequeño cambio la hacía parecer más relajada.

¿Quiere ella que alguien la proteja?

—De acuerdo, —dijo cuando el olor de su miedo se disipó. —No es que realmente la necesite. Y yo no... Realmente ya no quiero mi vida.

Sin Nombre se sorprendió de que fuera tan fácil, teniendo en cuenta el tiempo que le había llevado a Orpheus obtener el alma de Reia. Pero Delora apartó las manos ahuecadas de su pecho y él lo vio.

Ladeó la cabeza, confundido, cuando vio que no era lo que había imaginado.

Mientras que el alma de Reia tenía la forma de una mujer humana con el pelo revoloteando entre los cuernos de antílope de Orpheus, la de Delora era... *negra*, como el carbón. Tampoco parecía estar flotando, ya que la sostenía por uno de sus brazos mientras colgaba sin fuerza entre sus dedos pulgar y corazón.

—Toma. Básicamente se lo arrojó en la palma de la mano cuando él se acercó a ella con la mano hacia arriba. —No me importa lo que hagas con ello mientras no duela.

Él miró fijamente la pequeña cosa que yacía sin vida en la palma de su mano. Habría creído que estaba muerto si no fuera porque estaba tibio y las puntas de su pelo parpadeaban con una pequeña llama.

Era la última pizca de luz que tenía, y se preguntó qué habría pasado si se hubiera apagado por completo.

A Sin Nombre no le importó. Cuando el impulso de comérselo se hizo demasiado difícil de resistir, se lo metió en la boca y tragó. Un estremecimiento de inmenso placer le sacudió después.

Sintió un calor en las tripas, tibio, pero notable. Al instante, su insaciable apetito se desvaneció. Era como si todo este tiempo no hubiera hecho otra cosa que esperar a que aquella mujer le entregara su alma.

CAPITULO 8

Delora se sintió como un pajarillo cuando se sentó en medio del nido del Duskwalker y dejó que la alimentara con la mano.

Él parecía decidido a hacerlo así, como si pensara que ella no podía hacerlo por sí misma, ya que murmuró: —Te sientes débil. Te ayudaré.

No hacía mucho que se había despertado de una siesta después de entregarle su alma, y no sabía qué había hecho con ella para empezar, pero podía verla claramente flotando entre las puntas ramificadas de su cornamenta. Un cordel negro y pegajoso se tejía a su alrededor por sus brazos extendidos y le ataba las piernas. También le sujetaban el pecho y el cuello con envolturas. La cabeza le colgaba hacia delante sin fuerza, mientras que el pelo que le caía a ambos lados del pecho apenas daba destellos de vida.

En cierto modo, pensó que entregarle su alma la haría desvanecerse, pero estaba algo agradecida por no haber muerto. Le preocupaba que lo único que hubiera al otro lado fuera una oscuridad solitaria o, peor aún, la condena eterna.

Tampoco le importaba aquello.

La forma en que sus afiladas garras raspaban suavemente debajo de su barbilla en un ligero cosquilleo para que pudiera poner una fresa en sus labios... era tierno.

La única razón por la que lo permitía era porque aún se sentía cansada, lo cual era ridículo con lo mucho que había intentado dormir en los últimos días. Era como si su mente y su cuerpo ya no tuvieran energía contra su desmoronada voluntad.

Cuando terminó con la fresa, le acercó un cuenco poco profundo a los labios y lo inclinó con cuidado para que el agua entrara lentamente en su boca y no la ahogara. Ella sintió las puntas de sus garras rozando la columna de su garganta mientras engullía, y no pudo evitar mirar sus brillantes orbes verdes.

Le gustaban.

Al principio le habían resultado desagradables, pero había llegado a encontrarlos reconfortantes entre las sombras de la cueva y la oscuridad interior.

Ahora era de noche y era lo único que le permitía saber dónde estaba. Que no estaba sola en la oscuridad.

Una vez hubo terminado de beber, deslizó la mano sobre el nido para encontrar el borde y saber dónde se encontraba en él. Jadeó cuando sintió que su mano, mucho más grande, agarraba la suya.

La soltó de un tirón.

—¿Qué ocurre?

—Me has sorprendido. No sabía que me ibas a agarrar la mano.

La única razón por la que vio algo agitarse delante de su cara fue porque le obstruía momentáneamente la visión de sus orbes brillantes.

—¿No ves en la oscuridad?

Su voz estaba impregnada de curiosidad, como siempre que hacía una pregunta. Su profundidad siempre se aligeraba en algo más infantil.

—No. Los humanos no ven muy bien en la oscuridad.

Delora oyó que se movía por sus pies temblorosos antes de que se encendiera una cerilla, lo que produjo una pequeña llama. Encendió una pequeña vela, que parecía no haber sido encendida nunca. Intentó colocarla en el suelo, e inmediatamente se cayó.

Cuando se dio cuenta de que no podía sostenerse por sí sola, colocó piedras a su alrededor hasta que quedó apoyada, y chilló cuando la cera caliente cayó sobre sus dedos. Más por la sorpresa que por el dolor de quemarse.

—¿Esta luz es mejor? No sabía que antes no podías ver.

Por primera vez pudo ver la cueva y todos sus detalles, ya que estaba iluminada por dentro. Estaba relativamente limpia y organizada.

Había cajas llenas de objetos para el hogar, como cuencos, tazas, candelabros y cubiertos. Había montones de cuerda y herramientas para tallar apiladas en un lado.

También vio su nido en su conjunto.

—¿Ya no tienes hambre ni sed?

Parece que las necesidades de ella eran su prioridad, ya que la había forzado a ambas cuando se despertó.

Me pregunto si me habría obligado a tomar el sol de nuevo si hubiera sido de día.

—Ahora estoy bien, —murmuró. —Gracias.

Aunque la había abrazado mientras dormía en otra ocasión, el Duskwalker nunca se había arrastrado dentro del nido con ella mientras ambos estaban despiertos... hasta ahora.

Delora se apartó, pero no llegó muy lejos con el muro de ramas detrás de ella, ya que él sobresalía por encima de su forma mucho más pequeña. Se sentó frente a ella.

Cuando se acercó a ella, se quedó quieta. Sentía curiosidad por lo que él haría. Como le había prometido, nunca le había hecho daño, y ella había llegado a confiar lo suficiente en él.

Levantó la mano de ella y la acercó a sus orbes antes de agarrar la otra, pareciendo examinarlas con detenimiento.

Sus manos se tragaron las de ella en la oscuridad, y ella pudo sentir sus garras clavándose ligeramente en sus muñecas. Le dio la vuelta a las manos, dejando caer la primera para poder pasar la yema de un dedo por los pliegues de la palma, antes de volver a girar la mano de ella para mirarle las uñas.

—No tienes con qué protegerte. —Apretó la yema del dedo contra una de sus uñas largas y redondeadas, hasta que su dedo se inclinó hacia atrás en el primer nudillo. —¿Por eso los humanos empuñan esos palos afilados, plateados y puntiagudos?

Un leve fruncimiento de ceño empañó sus facciones. —¿Te refieres a una espada?

—¿Espada? —Sus orbes se tornaron de un rosa rojizo antes de decir: —Sí, sabía que se llamaban así. Sólo te estaba poniendo a prueba.

No, no lo hacías.

Su pulgar recorrió el dorso de su muñeca antes de soltar la mano. Antes de que pudiera detenerlo, le agarró el tobillo. Delora chilló cuando la levantó, arrastrándola por el nido y casi boca abajo para poder examinarle el pie.

—¡H-Hey! Bájame. Te he dicho que no me toques.

El hecho de que hubiera permitido que le cogiera las manos se le escapó en ese momento con la precaria posición en la que se encontraba.

—Dijiste que no podía tocarte. Pero ahora sí, y quiero conocerte.

La pierna por la que la agarraba estaba recta y parcialmente en el aire, mientras que la otra estaba doblada por su forcejeo.

El rostro de Delora palideció cuando vio que su montículo púbico estaba desnudo, descubierto, y tenía los labios de su sexo abiertos debido a su posición. El calor se encendió en sus mejillas al tiempo que se bajaba la

camiseta que llevaba puesta para cubrirse. Pero él no la había estado mirando allí, como si no le interesara mucho.

Oh, ¡diablos, no! Delora se retorció, temiendo que sus manos empezaran a deslizarse por su cuerpo.

Soltó un chillido de risa cuando él empezó a hacerle cosquillas en el pie. Sus manos no habían subido por su cuerpo, sino que se habían desplazado hasta sus pies, y ahora sus dedos movían los dedos de sus pies con fascinación.

—Qué extraño. Los humanos tienen deditos frágiles. —Cuando él empezó a deslizar sus garras por debajo del arco del mismo, ella empezó a reír de nuevo, ahora tratando de escapar de la tortura que le producía las cosquillas. —¿Por qué te ríes?

—Porque me hace cosquillas.

Él se detuvo y ella por fin pudo respirar. Se giró hacia él y vio que se había ahuecado el hocico, pensativo.

—¿Hace cosquillas? ¿Te hace reír?

Ella tuvo la vaga impresión de que él no sabía lo que significaba nada de esto. Le clavó dos garras bajo el pie y ella volvió a retorcerse, sin encontrar la más mínima gracia.

—¡Para, por favor!, —chilló mientras trataba desesperadamente de apartar el pie. Delora estaba casi al borde de las lágrimas, pero no de alegría o felicidad, sino de frustración. —No es una sensación agradable. Es como una tortura.

Volvió a detenerse y sus orbes se tornaron de un amarillo oscuro. Le movió el pie de un lado a otro, inspeccionándolo como si fuera lo más fascinante que hubiera visto nunca.

—¿Por qué tienes una función en tu cuerpo que es una tortura?

Como si realmente no le importara su respuesta, hizo algo que ella debería haber encontrado horroroso y que, sin embargo, encontró notablemente... adorable. El Duskwalker puso su propio pie contra la planta del suyo para compararlos.

Ahora entendía por qué sólo su pie le resultaba fascinante, porque, por un momento, sintió curiosidad por la rareza del suyo. No se había fijado en ellos porque había muchas cosas extrañas en él.

Entonces, a pesar de lo que le había dicho, ¡volvió a hacerle cosquillas en el puto pie! Un movimiento involuntario le arrancó el tobillo y ella le dio una patada en la cara.

Un gruñido fue la única advertencia que recibió antes de que la empujaran contra el fondo del nido y la inmovilizaran allí. Se sintió increíblemente pequeña e indefensa debajo de él. Delora no era baja para ser humana, ni siquiera con su metro setenta y cinco de estatura, pero eso no importaba frente al tamaño de un Duskwalker.

—¡Me has dado una patada!, —rugió, abriendo las mandíbulas para mostrarle sus colmillos mortales.

El rojo furioso de sus orbes gritaba *peligro*.

—¡Me hacías cosquillas! No quería darte una patada.

Le lanzó un resoplido. —Eres mía, así que no te haré daño, ¡pero eso no significa que tú puedas hacerme daño a mí!

El olor que desprendía él invadió sus sentidos, y apartó los ojos al sentirse un poco más caliente tan cerca de él. El calor subió a sus mejillas mientras apretaba los muslos.

—¿Qué quieres decir con que soy tuya?

Su pregunta pareció distraerlo lo suficiente de su enojo porque se relajó un poco. —Eres mi novia.

Sus ojos se abrieron ligeramente y sus labios se entreabrieron.

—No, no lo soy.

—Me diste tu alma. Me diste permiso para comérmela y guardarla para ti, atándote a mí para la eternidad.

—¿Eso es lo que hice? ¿Por eso la querías? —Sus ojos se desviaron hacia ella, atada entre sus cuernos. Se quedó boquiabierta. —¿Por qué me querrías como tu novia? Te lo dije, soy una persona terrible.

—Aún no lo he descubierto. —Se inclinó hacia ella sobre los codos y le acercó las puntas de las garras a la mejilla para apartarle el pelo de la cara. —Quiero protegerte, por eso te la he pedido. Estás sufriendo y quiero aliviarte porque lo entiendo.

Delora se burló. —¿Cómo vas a entender lo que siento?

Delora sentía curiosidad por saber por qué no se inquietaba por él. ¿Confiaba realmente en él, o simplemente ya no se apreciaba a sí misma? Mientras no

sufriera una agonía física, la sorprendente constatación de que no le importaba lo que le ocurriera era la única razón por la que resultaba soportable descubrirlo.

Tal vez este sea mi castigo eterno. Su descuido la había atado a un Duskwalker. No podía culpar a nadie más que a sí misma por sus decisiones. *Soy tan estúpida. Debería haber preguntado más.*

Levantó la mano para ponérsela sobre el corazón.

—Porque yo también he sentido dolor aquí. He vivido más de cien años, y cuando me mostraron lo solo que estaba al ver la felicidad de los demás, me resultó difícil. —Entonces apoyó su cálida mano contra el lateral de la cara de ella para sostenerla. —Tu presencia en mi casa ya me ha aliviado esto, y deseo aliviar tu dolor a cambio.

Sus palabras eran tan dulces que le revolvieron el estómago. No sentía que las mereciera, ni siquiera de una criatura como él.

—No puedes arreglarlo, —dijo antes de morderse el labio inferior con tanta fuerza que temió hacerlo sangrar.

—¿Por qué no?

Delora no respondió porque, de haber tenido la respuesta, habría intentado arreglarse. No sabía si era el remordimiento que había sentido por asesinar a dos personas o si era el hecho de haber abandonado su pueblo original, un lugar donde podría haber sido feliz, para casarse con alguien que había resultado ser cruel. ¿Era el trato que había recibido durante años lo que la hacía sentir el dolor adormecido en el que se encontraba? Sentía que la única

forma de curarse era borrar de su memoria los últimos cinco años de su vida, pero tampoco quería olvidarlos. Era lo que la había convertido en lo que era hoy, y no es que le gustara especialmente lo que era.

—Te arrepentirás de tu decisión, —dijo finalmente, girando la cabeza hacia un lado para mirar hacia otro. —Te arrepentirás de haberme pedido mi alma. Sólo te has maldecido a ti mismo.

Llegarás a odiarme, igual que Hadith.

CAPITULO 9

Al día siguiente, Delora se sentó en el nido para ver partir al Duskwalker cuando se dieron cuenta de que tenía poca comida.

—Ahora que me has quitado el hambre, intentaré cazar carne para hacerte fuerte. —Se rascó un lado del hocico, no de pensamiento, sino de otra emoción que ella no pudo distinguir con su falta de expresión facial. —He visto a otro humano comer carne, y ahora sé que puedo conseguirte un poco, ya que será menos probable que consuma lo que cace para ti.

—¿Y qué hay de la fruta y la verdura que me has estado trayendo?

Sabía que estaba siendo egoísta al pedir más, pero la idea de comer una dieta básica de sólo carne no le parecía atractiva. A menudo era grasienta, y no tenía fogón para cocinar.

Se frotó las plumas del cuello. —Yo... no puedo ofrecerte más por ahora.

Delora bajó los ojos y no dijo nada. *Debería estar agradecida de que se desvíe de su camino para alimentarme.*

Era la primera vez que estaba despierta cuando él se marchó, y vaciló en la entrada de la cueva. El telón de fondo del anillo de luz apagada, ya que eran sombras a pesar de ser pleno día, le hacía parecer gigantesco a su lado.

—¿Te quedarás? —Ladeó la cabeza de un modo extraño, pero su tono contenía una *pequeña* amenaza.

Ella levantó las manos para señalar a su alrededor con un resoplido de fastidio. —¿Adónde iba a ir si no? Si salgo sola, los Demonios me comerán.

Señaló su nido. —Aquí es más seguro. El Velo es peligroso. No entres en él.

Delora levantó las manos para cruzarlas y frotarse los costados de los brazos. No necesitaba que se lo recordaran.

—De acuerdo, —respondió en voz baja.

Asintió, antes de agacharse por lo menos medio metro para despejar su cornamenta y salir de la cueva poco profunda.

¿Esta es mi vida ahora? ¿Vivir en una pequeña cueva en las afueras del bosque perteneciente al Velo?

Giró la cabeza hacia arriba para mirar el techo rocoso, tensando el cuello y sintiendo el estiramiento hasta la garganta. Cerró los ojos y se dejó caer el pelo a la espalda. *Pero no quiero vivir en una cueva.*

Había muy poco que pudiera hacer. Puede que no quisiera hacer mucho, pero al menos quería tener la opción.

Pero tampoco quería pedirle más al Duskwalker. Se sentía extrañamente a gusto con él.

Ya existía un nivel de confianza tácito y Delora apreciaba todo lo que estaba haciendo por ella. Estaría muerta si él no hubiera curado su cuerpo roto. Probablemente se la habrían comido si él no hubiera puesto el círculo de sal

del que le había hablado y que mantenía alejados a los demonios. Habría muerto de inanición y deshidratación si él no la hubiera obligado a satisfacer ambas necesidades, y no estaba segura de que hubiera intentado consumir todo lo que él le daba.

Saber que se había ido hacía que la zona pareciera más fría, casi más solitaria.

No sé por qué se preocupa tanto por mí. Ella no había hecho nada para merecer tanta... amabilidad, no de lo que la mayoría llamaría un monstruo o una pesadilla. Pero ella había visto suficiente de ambos a lo largo de su vida en muchas formas, y no lo veía a él como ninguno de los dos.

Para Delora, era una persona. Una persona de aspecto extraño que tenía una cara muy rara.

Pero con los ojos cerrados, no podía distinguirlo de un humano, excepto por el corte de sus extrañas pezuñas o el enorme calor que la envolvía cada vez que le acercaba la cara para que bebiera o comiera.

No era muy listo, pero entendía lo suficiente como para saber lo que necesitaba sin que ella se lo pidiera. Sí, necesitaba comida, agua y algo blando donde tumbarse, pero todo humano necesitaba también la luz del sol y que le hablaran suavemente.

Creo que... que me gusta. Qué pensamiento tan extraño.

Delora oyó el crujido que se acercaba a la cueva antes de escuchar el familiar roce de las garras contra la entrada. El Duskwalker solía apoyarse en las manos mientras manejaba su enorme peso y altura.

Se acercó a ella en un instante, antes de que pudiera abrir los ojos. *¿Se le había olvidado algo?* Tal vez la había estado probando para asegurarse de que realmente no se iría antes de que él *realmente* se fuera.

Sin embargo, la forma que tenía delante no olía a él. La bilis le subió a la garganta cuando el olor de algo podrido le penetró en las fosas nasales.

Abrió los ojos de golpe cuando las ramas que rodeaban el nido en el que se encontraba *crujieron* bajo unas grandes manos.

Unos afilados ojos rojos se clavaron en los suyos. Delora se encontró cara a cara con un Demonio rabioso, de cara plana pero de aspecto humano.

No tuvo oportunidad de ver el resto de su cuerpo antes de que él la agarrara por la mandíbula y le cortara el grito que tenía en la garganta. Le dedicó una sonrisa malvada con la boca demasiado abierta.

—Me esssstaba preguntando cuándo sssse iría, —dijo con un tono de voz *mugriento* que siseaba en su ‘s’.

Delora se vio arrastrada hacia la oscuridad cuando algo se enroscó a su alrededor con músculos fuertes y flexibles y luego la sacó de un tirón de la cueva.

Sus pies se arrastraron por el suelo antes de ser levantada por algo que había abarcado todo su cuerpo. El Demonio lo utilizó para girarla, de modo que quedó frente a él.

Con los ojos desorbitados, contempló el rostro humanoide del Demonio, cuyas fosas nasales estaban abiertas sobre una nariz hundida. Tenía los labios finos pero hinchados, lo que ponía de relieve la anchura de su boca, cuyos extremos

casi llegaban a sus redondeadas orejas. Sus pupilas, recubiertas por los iris rojos de un demonio, estaban rasgadas.

Su piel era negra como el vacío. Tan oscura, de hecho, que parecía el cielo nocturno, y ella se preguntó si las estrellas brillarían alguna vez en su piel. Sorprendentemente, tenía el pelo corto y negro, con mechones que dejaban partes de su cuero cabelludo calvo.

Retiró la mano para poder rodearle la mitad inferior de la cara y evitar que hablara o gritara, y sus ojos recorrieron su musculoso cuerpo para ver que no tenía piernas. En su lugar había lo que parecía una cola de serpiente cubierta de escamas negras iridiscentes.

Delora sacudió la cabeza ante la horripilante criatura que tenía delante, tratando desesperadamente de liberar los brazos que habían quedado atrapados entre las espirales de la cola y pegados a sus costados. Lo único que tenía libre eran las piernas, de la rodilla para abajo, y cuando las pateó, su peligrosa sonrisa se hizo más amplia.

—Tu essssencia está llena de miedo, —se rió entre dientes, antes de acercarla para olerla, deslizando sus asquerosos orificios nasales contra su cuello expuesto. —Pero no es humano, como cuando capturé tu olor por primera vez en mi territorio.

¡Bájame! gritó mentalmente mientras se retorcía.

Podía sentir cómo las partes más gordas de su cuerpo se moldeaban entre las envolturas de su cola, y eso le demostró lo fuerte que la estaba apretando. Apenas podía respirar. Si apretaba más, temía *estallar*.

—¿Por qué tienes miedo, criatura que parece humana? —Él inclinó la cabeza hacia un lado, y su pelo se movió hacia ese lado para revelar más de las partes calvas de su cuero cabelludo. —No pienso matarte.

Delora dejó de moverse, con el pecho subiendo y bajando rápidamente, para mirarle intensamente. Tenía miedo. Tenía mucho miedo del monstruo que la tenía en sus garras, independientemente de que pareciera en parte humano. Nunca había oído que los demonios tuvieran ese aspecto, tan cercano al humano pero que, obviamente, seguía sin serlo.

Lo hacía parecer aún más peligroso.

Intentó calmarse, pero era difícil mirarlo sin sentir terror o asco. *¿N-No va a matarme?*

—Todavía, —se rió él, haciendo que se le hiciera un nudo en el estómago. —Primero, averiguaré por qué ese Mavka te ha estado reteniendo. Esss raro que haya mantenido su carne viva durante tanto tiempo.

Sus forcejeos se renovaron ante la idea de que el Duskwalker estuviera en peligro cuando el Demonio empezó a arrastrarla hacia el bosque.

¡No le hagas daño! Había sido su salvador. Puede que no le importara de verdad, pero no quería que le hicieran daño por su culpa.

—¡Controla tu miedo!, —siseó mientras se deslizaba sobre la base de su cola. A pesar de sujetarla con el resto de ella, se movió con rapidez por el bosque. —Atraerásss a más Demonsss si no lo hacesss. Tienes suerte de que no me moleste.

Cuando Delora no pudo hacer otra cosa que sentir más miedo, aterrorizada por lo que iba a pasar, la cola se enroscó con más fuerza hasta que no pudo respirar. Sus pulmones sufrían un dolor insoportable al ser aplastados. Antes de que se diera cuenta, su cabeza se inclinó hacia delante y su visión se oscureció con puntos blancos.

No podía inspirar, y cuanto más espiraba, más se estrechaba.

Que alguien... me ayude...

Sin Nombre sostenía el conejo muerto que tenía agarrado por las orejas mientras descendía por la pared del acantilado del Velo saltando de una gran roca saliente a otra. Conocía otro camino más seguro, pero estaba demasiado lejos y quería ser rápido.

Hacía sólo unas horas que había dejado a Delora y se preocupaba por su humana cada minuto que no la tenía a la vista.

Ni siquiera se detuvo cuando evaluó la criatura muerta que tenía en la mano, no estaba seguro de que fuera algo que ella pudiera comer, pero era todo lo que había conseguido atrapar. Ni siquiera lo había apuntado en su cacería.

Había intentado cazar un ciervo, pero cada vez que tenía que perseguir uno sus instintos y la emoción por la caza se apoderaban de su mente con fuerza, y lo hacía pedazos. Ni siquiera tenía hambre cuando lo devoraba, ya que su

alma había satisfecho esa parte de él, pero era como si tuviera una naturaleza violenta que no podía controlar.

Sus orbes se tiñeron de rosa rojizo cuando pensó que tal vez Orpheus podría ser capaz de controlar un instinto tan terrible dentro de sí mismo.

La única razón por la que tenía el conejo era porque había estado tirado en el suelo cerca del último ciervo que se había comido. Parecía como si él o el ciervo lo hubieran golpeado contra el árbol en su lucha y lo hubieran matado.

—Mientras no se lo diga, ella no lo sabrá, —murmuró, volviendo a pensar ansiosamente en la hembra que tenía bajo su custodia.

La hermosa humana a la que se resistía a tocar por miedo a ahuyentarla.

Cuando sus pies encontraron la tierra del cañón del Velo, se detuvo para girar la cabeza en dirección a la casa de Orpheus.

¿Por qué él puede tocar a su hembra y yo no? Entonces recordó lo que él y Reia le habían dicho que hiciera cuando llegara el momento de encontrar a su propia humana. *Dijeron que debía ser... lento.* Que debía calmar su miedo, aunque no pudiera verlo ni olerlo. Que, cuando encontrara a su propio humano, probablemente desconfiarían de él y que no podía tocarlo hasta que estuvieran preparados.

Se rascó las plumas que le sobresalían justo por debajo de la parte posterior del cráneo.

Pero ¿cómo sé cuándo está lista? Adelantó la mano para poder mirarla fijamente. *Quiero abrazarla cuando no esté dormida. Quiero que levante las manos y me acaricie el hocico.* Seguro que se sentiría fenomenal.

Se había hecho muchas preguntas sobre su estado de salud, pero la que más meditaba era en realidad una llamada propia. *¿Se siente sola?*

Sin Nombre se preguntaba si ella sentía la falta de su presencia continua. Si... lo echaba de menos.

Se le revolvió el estómago ante la idea egoísta de esperar que se sintiera sola sin él. Sin embargo, no pudo evitar desearlo, esperar que un día ella se aferrara desesperadamente a él.

Fue ese pensamiento el que lo acercó a su ubicación mientras su vista brillaba de alegría. Aún no había sucedido, pero algún día derribaría sus muros.

Sin embargo, en cuanto se acercó a su casa, supo que algo iba terriblemente mal. Alguien había introducido a propósito tierra en su círculo protector de sal desde el exterior para perturbarlo, pero también había un olor nauseabundo y familiar en el aire.

No necesitaba entrar en su cueva para saber que su olor a manzanas rojas y escarcha era ligero y antiguo, pero lo hizo de todos modos. El pavor se apoderó de su estómago y retrocedió hasta la entrada con el corazón palpitante.

Lo único que le aliviaba era que no olía la sangre y esperaba que no hubiera sentido dolor, pero pensó que tal vez hubiera preferido eso a saber que se la había llevado *él*.

Sin Nombre lanzó un rugido ensordecedor al cielo azul. *¡No!*

No dudó cuando se dio la vuelta y, a cuatro patas, saltó al bosque para perseguirlos.

¿Qué le está haciendo? En todo caso, Sin Nombre preferiría una muerte rápida para ella, pero si el Demonio Serpiente se había llevado a Delora, temía que se la estuviera comiendo lentamente mientras ella gritaba.

Ella volverá a mí si muere. Sin Nombre era el guardián de su alma.

Pero al Demonio Serpiente le gustaba tragarse su comida de una sola vez, mientras aún estaban *vivos*. Sabía que eso sería horrible para ella.

Su visión se volvió blanca y su cuerpo empezó a transformarse sólo con la imagen de su rostro lleno de agonía y miedo.

Sus piernas adquirieron una forma aún más parecida a la de un ciervo para sostener su posición cuadrúpeda y poder correr más fuerte, más rápido, hacia su destino. Sus brazos crecieron en grosor, apoyando su necesidad de fuerza adicional para sostener su pesado torso ahora que estaba completamente apoyado en él. Su ropa se hundía bajo su carne al hincharse, revelando un largo pelaje mientras más plumas sobresalían de su espalda, omóplatos y muslos.

Aunque seguía su olor, sabía que el único lugar al que la habría llevado el Demonio Serpiente era su nido.

Sus pies chocaban contra el suelo mientras sus manos daban rápidos golpes dobles. Cuanto más corría, más prominentes se hacían sus resoplidos y exhalaciones por el agujero de la nariz, hasta que tuvo que separar las mandíbulas para que salieran de sus pulmones.

No necesitaba ir muy lejos para llegar a su destino.

Se detuvo en seco al llegar a un pequeño claro rodeado de espeso bosque. Huesos humanos yacían descuidadamente en el suelo y otros más creaban un montículo parcial.

La abertura reveló al Demonio Serpiente en medio de la zona manteniendo a Delora como rehén en su cola.

Estaba inerte, con la cabeza echada hacia atrás. Un brazo estaba suelto, como si el Demonio no la estuviera sujetando con mucha fuerza.

Sin Nombre se temió lo peor.

Quería cargar. Quería atacar. Pero en vista de cómo la sujetaba, Sin Nombre arrastró los pies. Mantuvo la distancia para que el Demonio Serpiente no la aplastara; tampoco quería herirla accidentalmente al intentar luchar contra el Demonio Serpiente.

—*¿Está ella...?,* —empezó, con la voz distorsionada, ronca y atronadora debido al cambio de su forma y al esfuerzo que eso suponía para su cuerpo.

—No le di nada de mi veneno, —respondió, ladeando la cabeza antes de entrecerrar los ojos hacia Sin Nombre como si lo estuviera evaluando. —Pensssé que se despertaría cuando la dejara sssin aliento. Quería hablar con ella cuando volviéramosss a mi nido, pero no ssse ha despertado. —Luego sonrió, desenrollándole el pecho lo suficiente para que quedara un hueco y poder apretarle la oreja entre los pechos. —Pero no te preocupes, puedo oír su respiración.

Sin Nombre miró a los dos humanos vivos que había detrás de ellos, uno tendido sin fuerzas sobre el otro. Sabía que el Demonio Serpiente les había

dado su veneno para dormir por el hecho de que sus pechos seguían subiendo y bajando.

Estaba reservando su comida para más tarde.

—*¿Por qué te llevaste a Delora?* —Hizo rebotar la punta de su hocico hacia los dos humanos inconscientes. —*Veo que tienes otros humanos.*

—Estáis en mi territorio, y todas las cosas de mi territorio me pertenecen, —respondió fríamente, apartando a Delora para poder sujetarla ligeramente hacia un lado.

Su cabeza rodó y su brillante pelo negro colgó hacia allí.

—¡Yo estaba aquí primero! —rugió Sin Nombre. —*Encontré mi hogar mucho antes de que tú llegaras aquí.*

El Demonio Serpiente dejó escapar un horrible siseo, mostrando afiladas hileras de colmillos, ninguno de ellos plano o de forma humana, mientras abría sus anchas fauces con agitación.

—¡Estoy luchando por ello! Permito que losss de mi especie deambulen por ella, pero tú eresss el único que insiste en quedarssse. Por mucho que te advierta o te ataque, ¡no te irásss!

Y no importa cuántas veces lucharan, ninguno de los dos había ganado realmente la batalla. Sin Nombre había sido infectado con el veneno del sueño y devorado por el Demonio Serpiente. Sólo para emerger una vez más donde su cráneo intacto permanecía descansando sobre el frío y duro suelo del Velo. Su cabeza había sido demasiado grande para tragársela con su cornamenta.

Sin Nombre sabía que debía mantener las distancias con aquellos letales colmillos. Especialmente los dos más largos de la parte superior de su boca, los que daban la dosis de veneno somnífero.

Sólo los demonios que habían comido una gran cantidad de animales venenosos y que además se habían comido a un humano con la capacidad de utilizar la magia podían obtener una magia como el veneno del sueño. También había oído hablar a Orpheus de un demonio arácnido que se había comido a tantos sacerdotes y sacerdotisas que era capaz de acceder a sus recuerdos y mostrar a sus víctimas los rostros de sus seres queridos. Creaba dolor en sus víctimas porque le gustaba el sabor de su tristeza.

Demonios como este, desagradables pero fuertes, se habían comido a muchos humanos en su vida y eran difíciles de matar. También eran crueles.

Muchos bordeaban el territorio en el que se encontraba, así como la casa de Orpheus. El Mavka los evitaba ya que la lucha era a menudo sangrienta y peligrosa.

El único consuelo de un Mavka era que si su cráneo permanecía intacto, sin importar dónde estuvieran o lo que les hubiera sucedido, ya fuera parcialmente comido o en su totalidad, regresarían en el lapso de un día. Salían de su cráneo en forma viscosa hasta que se asentaban y volvían a crecer sus garras, su pelaje u otros rasgos, como sus plumas.

El crecimiento se producía en cuestión de segundos, y la única vez que el Demonio Serpiente lo había matado le había enseñado a mantener siempre las distancias. Habían tenido muchas peleas de garras, y había habido algunos momentos cercanos en los que Sin Nombre casi había sido atrapado por su cola, pero la mayoría de las veces... huía.

Nunca se enfrentó a este Demonio, ya que era un enemigo formidable, pero con Delora en sus garras, no se echaría atrás ahora. Aunque le costara dolor, aunque le obligara a dormir, Sin Nombre intentaría salvarla a toda costa.

CAPITULO 10

Sin Nombre, inquieto, seguía arrastrando el peso entre las manos, con un deseo de embestir cada vez mayor y la incapacidad de hacerlo martilleándole.

—Dame a Delora, —exigió Sin Nombre.

Como Sin Nombre se había negado a reconocer la orden y la queja de que se quedara en el territorio, la nariz chata del Demonio Serpiente se arrugó de rabia.

Ya había planeado desalojar su cueva, pero Sin Nombre sólo tenía que esperar un poco más para hacerlo. Por desgracia, no parecía que hubiera trabajado lo suficientemente rápido, y ahora Delora estaba en peligro debido a su falta de esfuerzos.

Con un gruñido que se calmó rápidamente, el Demonio giró a Delora hasta que quedó frente a él, bloqueando parcialmente la visión de Sin Nombre del lado derecho de su cuerpo y su rostro.

—¿Qué interésss tienes en esta comida?

—¡Delora no es comida! **—**rugió Sin Nombre, mientras su visión carmesí brillaba con más intensidad.

Ella *nunca* sería comida. Ni para él ni para ningún Demonio que pusiera sus sucios ojos en ella.

Dio un paso vacilante hacia delante con aversión cuando el Demonio la acercó para olisquearle la cara.

—No huele a humana. —Entonces sus ojos rojos se asomaron a su alrededor para mirar a Sin Nombre. —Pero ella una vez lo hizo.

Sin Nombre respondió con un gruñido al darse cuenta de que el Demonio Serpiente los había estado observando desde lejos.

—¿Por qué su olor es diferente? La inclinó ligeramente con la cola. —¿En qué se ha convertido? Veo que algo ahora brilla entre tusss cuernosss.

No tenía sentido que Sin Nombre ocultara su alma de su vista, a pesar del impulso de hacerlo. La había visto, y tenía razón. Aunque seguiría llamándola su humana porque eso era para él, Delora había cambiado cuando él se había comido su alma.

Sin Nombre se negó a contarle nada de ella a aquella criatura. Hasta que la acercó con sus colmillos al cuello.

—Dímelo, o la envenenaré ahora.

—*Fantasma,* —espetó Sin Nombre rápidamente, acercándose antes de detenerse cuando la Serpiente le entrecerró los ojos.

Delora era un Fantasma, una criatura que vivía entre la vida y la muerte. Nunca podía morir; su alma estaba eternamente atada a un ancla viviente, él.

—No sé qué..., —empezó el Demonio Serpiente, antes de que Delora levantara lentamente la cabeza.

Sin Nombre no pudo ver cuándo abría los ojos, pero supo que sí lo había hecho cuando soltó un grito espeluznante que le heló los oídos. El olor de su miedo irrumpió en el claro como una ola, llamando a su desesperada necesidad de protegerla. Sus plumas y su pelaje se erizaron de aprensión.

El Demonio echó la cabeza hacia atrás, sorprendido, antes de que su rostro se desfigurara en una terrible mueca ante el sonido.

Sin Nombre cargó temerariamente. Ya había saltado a menos de unos metros de ellos antes de que el Demonio pudiera lanzar la cabeza hacia delante para hundirle los colmillos en el cuello.

El Demonio Serpiente tiró de ella hacia un lado para poder poner espacio entre las fauces de Sin Nombre y su propio cuerpo. Empujándose contra el pecho de Sin Nombre cuando cayeron hacia atrás, Delora se agitó en el aire mientras se retorcían y luego gritó con más fuerza.

Utilizando la gruesa base de su cola de serpiente para sostenerse y darle fuerza, el Demonio consiguió hacerlos girar para golpear a Sin Nombre contra el suelo. Siseó con sus colmillos cubiertos de baba abiertos de par en par desde arriba.

Sin Nombre chasqueó las mandíbulas varias veces produciendo sonidos cortantes cuando su boca se cerró en torno al aire. Las manos del Demonio Serpiente lo inmovilizaban contra el suelo por las rótulas redondeadas de sus hombros, mientras que la base de la larga cola del Demonio mantenía sus

caderas hacia abajo. No podía hacer otra cosa que clavar sus garras en el pecho, los costados y la espalda del demonio.

Los horribles gritos de Delora irritaron al Demonio lo suficiente como para que le diera una palmada con la punta de la cola en la cara para acallarla, pero eso sólo intensificó su miedo.

Se estaba espesando en el aire, e hizo que su corazón se apretara de compasión por ella.

Tengo que consolarla antes de que traiga más demonios aquí. Pero no lo podía hacer.

En lugar de eso, se vio obligado a agarrar al Demonio Serpiente por el cuello para evitar que dirigiera la cabeza hacia delante y hundiera los colmillos en el arco de su hombro. Habría ido a por la garganta, pero el hocico huesudo de Sin Nombre le bloqueaba el camino hacia el cuello.

Le dedicó una mirada a Delora y vio que el blanco de sus ojos estaba enrojecido y cargado de lágrimas, y sus cejas fruncidas. Ella no lo sabría por sus orbes, pero él le sostuvo la mirada simplemente porque ella se negaba a apartar la vista de él.

¿Suplicaba su ayuda? ¿La mirada que le dirigía era de indudable confianza? ¿Sabía que Sin Nombre haría cualquier cosa por salvarla?

Quería que tuviera fe en él.

Era el guardián de su alma. La protegería a ella y a ella hasta el fin de los tiempos.

Cuando fue obvio que el Demonio Serpiente era incapaz de envenenarlo, le soltó un hombro. Con un rápido golpe, atravesó de un tajo el pecho de Sin Nombre y el extremo de su hocico.

El hueso no sufrió ningún daño permanente, pero su cuerpo se llenó al instante de sangre púrpura oscura. Sin Nombre aulló de dolor y redobló sus esfuerzos.

Apretó con más fuerza el grueso cuello del Demonio para aplastarle el esófago, pero éste rastrilló con sus garras el dorso de la mano de Sin Nombre, destrozándole los tendones de los dedos antes de que pudiera apretar con más fuerza. Lo único que podía hacer ahora era empujarle la garganta para mantenerlo a raya mientras su otra mano cortaba y desgarraba la carne.

El hedor a carne podrida se filtraba de las heridas del Demonio, como si su sangre estuviera infectada por la putrefacción.

El Demonio Serpiente los mantenía cerca mientras Sin Nombre daba patadas con los pies para zafarse de él, en vano. Bajo el gran peso, su cola forzaba sus caderas contra el suelo. Sin Nombre también quería mantenerse a distancia de ataque.

Le preocupaba que en el momento en que se separaran se dirigiera a Delora.

Cada uno tenía una mano para golpear hasta que entrelazaron los dedos por accidente. Sin Nombre curvó los dedos a través de los huecos para clavar sus garras entre los huesos de la mano del Demonio Serpiente. Con otro siseo, soltó un chorro de saliva espesa -era dulce, como si estuviera mezclada con su veneno- e intentó liberar su mano herida de Sin Nombre.

Aguantó con fuerza. Pero Sin Nombre no podía hacer nada hasta que estuviera por encima de él.

El golpeteo de pasos en la distancia y el aplastamiento de los escombros del bosque fue el único aviso que recibieron antes de que un pequeño Demonio a cuatro patas se adentrara en el claro. Con una risita sibilante, como la de un niño pequeño con tos seca, dirigió sus ojos rojos hacia Delora con regocijo.

Sus orbes destellaron blancos de espanto ante la recién llegada, mientras el Demonio Serpiente soltaba una risita desde lo más profundo de sus fosas nasales.

—¡Ssssiii! Ayúdame a matar al Mavka, —ordenó, ganándose la atención del Demonio.

Su cuerpo parecía el de un humano caminando boca abajo con los codos y las rodillas desarticulados.

Sin embargo, cuando abrió la boca, se partió la cara por la mitad desde la nariz hasta la barbilla. Una lengua serpenteante le pasó por la mejilla.

Siguió riendo, sus ojos rojos se inclinaron con humor, pero ninguno estaba preparado cuando saltó sobre la cola de la Serpiente y comenzó a arañarla para llegar a Delora.

Un grito agudo salió del Demonio Serpiente cuando el Demonio desgarró la carnosa carne de su cola tanto con las manos como con los pies.

—¡¿Qué estás haciendo?! —Intentó mirar por encima del hombro al Demonio más pequeño, pero se vio obligado a devolver su atención a Sin Nombre cuando éste intentó aprovechar su pérdida de concentración para echar la

cabeza hacia delante de repente. —No vayas tras el humano. Ayúdame a matar a la Mavka y podrás quedártela.

Los pies de Delora se movieron como si estuviera pateando mientras inclinaba la cabeza hacia atrás y se alejaba de él. Cuando el Demonio más pequeño empezó a acercarse a su cara, el Demonio Serpiente dio un latigazo con la cola y lo apartó, sólo para que volviera a arrastrarse sobre él instantes después.

No tardó en llegar otro Demonio. Era aún más pequeño que el primero y tenía alas por brazos. Intentó levantarse, usando sus patas de pájaro para trepar por su cola. Intentaba desesperadamente llegar a la comida que desprendía intensas feromonas de miedo, a pesar de que había otros humanos en el claro.

El Demonio Serpiente golpeó con su cola encima de ella, con Delora aún en su poder.

No hubo ningún grito de agonía, ya que murió aplastada al instante.

La forma en que el Demonio Serpiente torció ligeramente su cuerpo dio a Sin Nombre espacio suficiente para que pudiera hacerlos rodar con un golpe de garra de su mano derecha sobre su cara. Se retorció debajo de Sin Nombre mientras se agarraba la cara desgarrada y destrozada, siseando y gimiendo en la profundidad de su agonía.

Consiguió zafarse de Sin Nombre.

Sus sacudidas hicieron que Delora se deslizara de lado a lado por el suelo. Los huesos se esparcieron mientras el pequeño Demonio que había entrado en el claro se veía obligado a esquivar la cola cuando intentaba acercarse.

Seguía fallando cuando saltaba.

En su camino hacia Delora, Sin Nombre esprintó los pocos metros que los separaban y clavó sus garras en el pequeño Demonio. Lo golpeó y lo lanzó por los aires. Sin Nombre se sentó a horcajadas sobre la cola del Demonio Serpiente y le clavó las garras con golpes cortantes, sabiendo que intentar desenrollarla no serviría de nada.

Necesitaba que el Demonio Serpiente la soltara por su propia voluntad.

—*Por favor, deja de llorar, Delora,* —le suplicó Sin Nombre mientras captaba su mirada horrorizada. Parecía tan asustada, tan indefensa, tan pequeña y frágil, y su corazón se apretó con fuerza ante su aspecto cubierto de suciedad y lágrimas. —*El olor de tu miedo está trayendo más Demonios sobre nosotros.*

El borde interior de sus cejas se volvió hacia arriba en una expresión de dolor, sus ojos se inclinaron. Sin Nombre supo que se trataba de una disculpa, aunque sus lágrimas cayeron más deprisa. Su aroma no se suavizó. Ahora que estaba más cerca, mirándola directamente a los ojos con sus rostros separados por escasos centímetros, pudo ver que ella temblaba visiblemente.

—Confía en que voy a salvarte.

Ella cerró los ojos como si tratara de ganar voluntad y asintió. Su temblor disminuyó ligeramente y respiró con fuerza por la nariz antes de volver a abrir los párpados.

Su visión parecía más clara y menos asustada.

Su tranquilidad desapareció cuando sus ojos se abrieron de par en par. Parecía que intentaba hablar contra la punta de la cola que le tapaba la boca. Sin Nombre intentó arrancársela, pero ella sacudió la cabeza y miró más allá de él.

Un grito ahogado salió de su derecha mientras la espalda de Delora se arqueaba como si la estuvieran aplastando, con una horrible mueca de dolor en la cara.

Había estado intentando decirle que el Demonio Serpiente se había levantado detrás de él. Agarró una de las astas de Sin Nombre e intentó partirle el cuello.

Por desgracia para el Demonio Serpiente, que no sabía que los Mavka podían girar cómodamente sus cuellos casi trescientos sesenta grados, sólo le torció la cabeza. Eso le dio a Sin Nombre la libertad de derribarlo al suelo con un gruñido.

El pequeño Demonio que creía haber matado trató de abrirse paso hacia Delora.

Con un siseo, el Demonio Serpiente se zafó de él y utilizó los brazos para caminar por el claro mientras Sin Nombre lo perseguía. Cuando se giró para huir en dirección contraria, sus extensas heridas le hicieron abandonar el agarre de Delora para salvarse.

La lanzó al otro lado del claro.

Sin Nombre no tuvo la oportunidad de evaluar el horrible crujido que oyó, no cuando el Demonio Serpiente se retorció de repente y se elevó hasta elevarse un metro por encima de Sin Nombre. Con los colmillos desnudos y las manos levantadas con los dedos apretados para presentar sus mortíferas garras, el Demonio estaba cubierto de marcas de garras y sangre desde la cabeza hasta la punta de la cola. Uno de sus globos oculares se había salido de su órbita cuando Sin Nombre le había arañado la cara.

Con su cola liberada de su deber, su agilidad y movilidad aumentarían, y Sin Nombre sabía que este combate iba a ser aún más difícil que antes.

Pero Delora estaba libre de él, lo que daba a Sin Nombre la oportunidad de ser más despiadado. ¡Lo destruiré!

Emitió un agudo grito de guerra antes de lanzarse a por Sin Nombre, que respondió con un gruñido mordaz y vengativo.

Delora jadeó cuando su cuerpo fue arrojado contra una rama gruesa y baja que se quebró bajo la presión de sus inestables piernas. Cayó al suelo con un golpe seco. Le dolía la cabeza como si se la hubiera golpeado, pero sabía que el vértigo que sentía significaba que tenía un latigazo cervical.

El mareo le nubló la vista hasta hacerla turbia.

La agonía le subía y le bajaba por la pierna derecha a causa de la rodilla, pero aun así intentó débilmente llegar a las manos, a un pie y a la rodilla contraria. Le temblaban los brazos, no sabía si por el dolor, el miedo o el estrés. El torso le dolía por estar comprimido, y los brazos y las piernas le dolían por estar tanto tiempo en una posición incómoda.

Estaba segura de que tenía una marca roja alrededor de la cara por la cola del demonio. *Todo... me duele.*

Levantó la cabeza cuando oyó aquella risita *espeluznante* como la de una niña de cinco años, y luego soltó un grito ahogado cuando lo vio venir directamente hacia ella.

¡Joder! ¡Joder, joder, joder! Delora se revolvió hacia atrás sobre el culo después de caer sobre él, empujándose con los talones para alejarse más deprisa.

Justo antes de que pudiera alcanzarla, el gigantesco cuerpo del Duskwalker estaba detrás de ella. Agarró al Demonio por la cabeza con una gran mano y por ambos hombros con la otra, luego lo levantó del suelo y lo despedazó ante sus propios ojos. Tan cerca, de hecho, que la mayor parte de su sangre escarlata salpicó su cuerpo.

Delora había estado rodeada de ojos rojos, pero sólo los de él la hicieron palidecer por la crueldad con la que lo había matado.

Pero no palideció por miedo a él, sino más bien por él.

El Duskwalker estaba cubierto de marcas de garras y, segundos después, fue agarrado por una de sus pezuñas y arrastrado por el suelo por la parte delantera. Se había arriesgado a darle la espalda al monstruo serpiente otra vez por ella. Para salvarla.

—¿Tanto quieres sssalvarla? —La parte serpiente Demonio se arrastró sobre su cuerpo con sus afiladas garras moviéndose en su dirección. —¡Me aseguraré de que no puedas!

El Duskwalker lo agarró por la mitad de su excepcionalmente larga cola y lo retuvo justo delante de ella. Levantó los pies cuando sintió que la punta de una

garra se clavaba en la parte inferior de su pie izquierdo, que empezó a arañar el suelo.

Ambos salieron disparados hacia delante cuando el Demonio utilizó de repente sus fuertes y musculosos brazos para arrastrarse más cerca. El Duskwalker perdió el equilibrio, pero se apresuró a estabilizarse con una pezuña.

No podía hacer otra cosa que contener al Demonio. Era obvio que en el momento en que intentara algo más que sujetarse, Delora se haría pedazos en cuestión de segundos.

—¡Corre, Delora!, —rugió el Duskwalker, girando la cabeza hacia ella.

La miraba a ella en lugar de a su oponente, y eso lo hacía aún más aterrador.

Sin pensárselo dos veces, acató su orden, sabiendo que sólo le diría que huyera hacia el Velo si creía que era más seguro. Ella sabía que no lo era. La cojera de su rodilla herida significaba que era un blanco fácil.

Sin embargo, siguió adelante.

Las ramas de los arbustos le golpeaban la cara y el cuerpo, pero no le importaba si la cortaban. Los horribles sonidos que se oían detrás de ella, que no se atenuaban por mucho que corriera, le helaban la sangre. Podía oír los golpes de los cuerpos contra el suelo, el crujido de los árboles bajo los fuertes golpes y los siseos y gruñidos que le ponían los pelos de punta. El Duskwalker emitió un horrible aullido de llanto que resonó en la distancia, y Delora apretó los ojos con un sollozo.

El aire estaba frío por la velocidad a la que corría, enfriando su cuerpo y añadiendo un toque adicional a sus escalofríos. Con los ojos cerrados, sus pies

tropezaron, pero no porque se hubieran enganchado en algo. Delora se dio cuenta de lo mucho que le latía la cabeza y de lo mareada que se sentía.

Estaba segura de que lo único que la mantenía en movimiento era la adrenalina que la recorría frenéticamente.

A Delora no le dio tiempo a respirar cuando un pequeño Demonio empezó a perseguirla. Se negó a mirar por encima del hombro para verlo. Se concentró en lo que tenía delante, que no era más que oscuridad y árboles.

En unos instantes, la agarró por el tobillo.

Se golpeó la cabeza de nuevo cuando cayó al suelo antes de ser arrastrada hacia atrás por el suelo, con sus garras cortando su pierna. *¡Oh, Dioses!* Con manos temblorosas, consiguió agarrar una rama rota del suelo.

Cuando le dieron la vuelta, gritó y lo apuñaló con fuerza.

—¡Yuk! —fue su respuesta al sentir resistencia cuando la hundió en su cuerpo.

Sólo abrió los ojos porque no pasaba nada. Esperaba ser mordida.

Le subió la bilis y al instante se arrepintió de haber mirado cuando vio que le había clavado el cuchillo en el ojo y directamente en el cerebro. El animal se agitaba ligeramente, pero ella supo que había conseguido matarlo cuando la sangre corrió por su arma primitiva y cubrió sus brazos.

El olor era horrible, pero apenas lo percibió. Se limitó a apartar el cuerpo y volvió a ponerse en pie.

Delora se tambaleó y le temblaron las rodillas. Su visión era tan turbia que no pudo ver la raíz del árbol que tenía delante y acabó tropezando con ella. Sentía

el cuerpo insoportablemente entumecido y trató de parpadear entre las luces parpadeantes para poder ver.

Ya no puedo correr.

Se limitó a caminar, apoyándose de vez en cuando en el tronco de un árbol, sin saber adónde iba.

Lo único que sabía era que tenía que huir, que todo daba miedo, mucho miedo, y que estaba aterradoramente sola en el Velo.

¿Dónde... dónde estoy? ¿Dónde podía esconderse?

Era como si sus oídos estuvieran llenos de algodón, silenciando la mayoría de los sonidos a su alrededor. No oyó ni vio al siguiente Demonio que había atraído hacia ella. Sólo supo que estaba en sus garras por el rojo de sus ojos y por el hecho de que estaba sobre ella.

Delora no luchó contra él.

No tenía sentido.

No sabía dónde empezaba ni dónde terminaba. Quería luchar, vivir. Estaba desesperada por volver a respirar, pero se quedó tumbada.

Algo más grande se apoderó de ella, sólo podía distinguirlo por la silueta de su cuerpo. El rugido ensordecedor y lleno de rabia que se oía sobre ella le resultaba tan familiar que la tranquilizaba, y los dos orbes rojos y brillantes que flotaban frente a un cráneo blanco y borroso le proporcionaban todo el consuelo que necesitaba.

El Duskwalker era su luz en la oscuridad.

Sabiendo que estaba allí, Delora permitió que el mareo la venciera.

CAPITULO 11

Delora sentía el suave balanceo de sus piernas, que rebotaban cada vez que el Duskwalker que la acunaba en brazos daba un paso. Un calor reconfortante la envolvía, y el olor a vainilla y nata ocultaba el olor a sangre podrida que la cubría. Enterró la cabeza en una tela áspera lo bastante rasgada como para sentir el pelaje haciéndole cosquillas en la mejilla.

El miedo que había sentido desapareció ahora que se daba cuenta de que todo estaba en silencio, excepto la respiración profunda pero rítmica del Duskwalker y el sonido de sus pasos desiguales.

Acunada por él, se sentía innegablemente segura.

¿Dónde estamos? No sabía cuánto tiempo llevaba dormida. Debían de ser días, teniendo en cuenta que ya no sentía dolor.

Supo que no era cierto cuando abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaban en lo profundo del bosque y apenas había luz, pero era suficiente para que pudiera ver que seguía cubierto de heridas de su lucha.

Cuatro marcas de cuchilladas le abrían el pecho, al igual que la que tenía en el hombro. Su camisa estaba tan destrozada que Delora podía ver los huesos blancos. Había pensado que todo su cuerpo estaría cubierto de piel y plumas negras.

Tardó un rato en darse cuenta de que cojeaba y levantó los ojos para mirar la parte inferior de su larga mandíbula huesuda. Sus orbes desprendían un tono rojo brillante.

—Gracias, —susurró, acurrucándose contra él sin dejar de mirarle a la cara. Él la inclinó lo suficiente para poder verla más allá de su hocico. —Muchas gracias.

Volvió a mirar por dónde iba.

—Siempre te protegeré. —Delora se mordió los labios como reacción a sus palabras. Nunca alguien le había dicho algo así con tanta determinación. —Siento no haber podido hacer más. Te hice daño porque te fallé.

Ella sacudió la cabeza contra el fondo de su firme pecho.

—Aun así viniste a por mí. No tenías que salvarme. No he hecho nada para merecer tu ayuda.

—Has hecho más de lo que crees.

Sus ojos se posaron en su alma, que colgaba sin fuerzas entre los cuernos de él. *¿Será por eso?*

Decidiendo que no quería saberlo, preguntó: —¿Por qué no siento dolor?

Por lo que podía ver, no le dolía ni un solo lugar del cuerpo. No sentía el corte en el tobillo, ni el hematoma en la rodilla torcida, ni siquiera el dolor aplastante en las costillas, las caderas y la cara que le había provocado la cola constrictora del demonio serpiente. La cabeza tampoco le dolía tanto y podía ver con claridad.

—Te he quitado las heridas del cuerpo. —Su voz sonaba tensa, y los extremos de ciertas respiraciones silbaban con un quejido silencioso.

La lástima por él la asaltó.

—¿Cómo lo has hecho? Ni siquiera los Sacerdotes y Sacerdotisas pueden curar a otro tan rápidamente. Lleva tiempo curar a una persona, y generalmente necesitan hierbas y símbolos.

Al menos, eso es lo que había oído sobre la forma en que usaban su magia. Ella nunca había conocido a uno más que para oficiar su matrimonio. Había dos que vivían permanentemente en su aldea, pero a menudo se distanciaban de los demás y siempre se cubrían la cara y el cuerpo para que no se viera nada de ellos.

A la mayoría no les gustaban, ya que se creía que pertenecían a una extraña secta.

—No sé curar las heridas. Sólo puedo tomarlas para mí y curarlas con mi propio cuerpo.

Con los ojos desorbitados, intentó girarse para poder verle la pierna, pero él la sujetó con firmeza para que no se cayera.

—¿Estás cojeando a causa de mis heridas?

—Estabas bastante malherida. No podía permitir que te quedaras en el nido del Demonio Serpiente porque intentaba atacarte, pero quizá no debí decirte que corrieras. No sabía que te habías roto algo en la rodilla.

Delora se mordió los labios mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Lo siento.

Su cabeza se giró hacia ella.

—¿Por qué lloras? —El blanco destelló en sus orbes momentáneamente antes de volver al rojo. —¿No te he quitado todas las heridas? ¿Todavía te duelen?

Ella negó con la cabeza. —Te duele por mi culpa. No pude hacer nada para ayudar y sólo huí.

Soy una maldita cobarde. Ella cerró los ojos avergonzada.

—No me importa, —la tranquilizó, su voz profunda y rica contenía pura sinceridad. —Este es mi sacrificio por ti, y yo lo elegí. Tu cuerpo es demasiado delicado y pequeño para sufrir un dolor duradero.

¿Delicado y pequeño? Hacía tanto tiempo que no utilizaba esas palabras para describir su aspecto que apenas podía creer que las hubiera pronunciado.

Abrió la boca para rebatirle, pero se dio cuenta de que la sujetaba un gigantesco Duskwalker, imponente, fuerte y completamente distinto a un humano.

Había sobrevivido a aquel espantoso Demonio, mientras que cualquier humano habría sido despedazado. Sabía que la única razón por la que había sobrevivido era porque la habían utilizado para burlarse de él.

Un crujido a lo lejos la hizo saltar en sus brazos, y sus ojos recorrieron con pánico la espesa maleza.

—¿Lo mataste? A ese Demonio.

—Sí. Gracias a que estabas allí y trajiste más Demonios, pude matarlo cuando nunca antes había podido.

Había sido tan fuerte que Delora había pensado que ambos iban a morir. No le importaba lo suficiente como para saber cómo lo había matado. Ellos estaban vivos y él, afortunadamente, no.

Estaba segura de que iba a tener pesadillas por ello.

Tal vez las pesadillas por aquello serían mejores que las que había estado teniendo. A Delora no le importaba asustarse, pero sus sueños actuales dejaban su mente deshilachada y atascada de pensamientos terribles.

—¿Y qué pasó con los otros humanos que vi?

¿Se los comió? Se dio cuenta de que no quería saber si lo había hecho.

—No lo sé. Vine a buscarte, pero estoy seguro de que vinieron otros Demonios.

Se hizo el silencio y ella percibió el ruido sordo y desigual de sus pies, el crujido de los escombros del suelo del bosque y su respiración llena de dolor. Cerró los ojos y, en secreto, apoyó la cabeza en su pecho para intentar encontrar los latidos de su corazón.

Tha-thump. Tha-thump. Tha-thump...

Una vez que encontró ese fuerte latido, toda la tensión de su cuerpo se alivió. No importaba que fuera diferente, un monstruo, una criatura extraña. Un Duskwalker. Había sido amable con ella, y nunca podría olvidar lo que había hecho por ella.

—Magnar, —murmuró en voz baja al abrir los ojos.

Su cabeza se ladeó antes de inclinarse ligeramente hacia arriba, como si intentara pensar. Sus orbes flotantes se tiñeron de rosa rojizo por un momento, algo que ella empezaba a discernir como un signo de vergüenza.

—No sé qué significa esa palabra.

Jugueteando con los dedos frente a su pecho, una pequeña llamarada de calor asaltó sus mejillas.

—Es un nombre que significa guerrero fuerte y feroz, un protector. —Cuando de repente dejó de caminar y señaló con la cabeza hacia abajo para mirarla, las mejillas de Delora ardieron aún más. Apartó la mirada. —Lo siento. No se me dan bien estas cosas, nombrar las cosas, pero si no te gusta, puedo pensar en otra cosa.

Pero él era su protector, por eso le había venido ese nombre. A ella le gustaba para él, pero pensaría en algo mejor si él lo odiaba.

—¿Magnar es tu nombre para mí?, —preguntó él, con un tono cargado de curiosidad.

—Sí, pero si no....

—¡Tengo un nombre!, —gritó con alegría, sus ojos se volvieron de un amarillo brillante mientras saltaba, haciendo que Delora chillara sorprendida cuando ambos saltaron por los aires.

Estuvo a punto de caerse cuando aterrizó de nuevo sobre su pierna herida, dando traspiés para enderezar el equilibrio y no dejarla caer. Luego giró en círculo mientras bajaba el cráneo para poder presionar el lateral de su mandíbula contra todo el lado de la cara de ella.

—Me gusta. Me gusta mi nombre. Me gusta que lo eligieras para mí.

Empezó a acariciarla con el hocico y la ternura floreció en su pecho. Sus labios se torcieron como si quisieran curvarse hacia arriba.

—*Magnar,* —susurró, mientras subía las manos para acariciarle el hocico y devolverle el pequeño abrazo.

Observó cómo sus orbes flotantes se volvían de un brillante color rosa flamenco al mismo tiempo que su cuerpo parecía estremecerse de placer. Se acurrucó aún más contra ella.

Se le encogió el corazón al ver cómo reaccionaba ante algo tan simple como un nombre, y vio cómo su alma ennegrecida se resquebrajaba en su periferia. Una fisura surgió a través del estómago con un resplandor anaranjado, como cuando se golpea un carbón encendido con un atizador para revelar el mineral caliente que hay debajo de su estado carbonizado.

Delora parpadeó.

Algo le acaba de pasar a mi alma.

CAPITULO 12

Delora estaba sentada en el nido de la cueva de Magnar, observando cómo éste recogía objetos que tenía por ahí. Ambos se habían despertado no hacía mucho después de su estresante noche del día anterior, y él la había despertado cuando empezó a rebuscar ruidosamente entre sus cosas.

Encendió la vela usada que había en el suelo, en medio de la cueva, para que ella pudiera ver lo que hacía.

La llama parpadeante puso de manifiesto que seguía terriblemente herido y, a pesar de que ya no sangraban, sus heridas no parecían cicatrizar.

Ella se había ofrecido a lavárselas, pero eran demasiadas para vendarlas. Cuando él le dijo que no se preocupara por ninguna de las dos cosas, ya que cualquier infección que tuviera desaparecería con las heridas, ella se quedó consternada.

Él no parecía entender que ella sólo quería ayudarle de alguna manera.

Aunque dijo que se curarían, le preocupaba que parecieran estar en el mismo estado que antes de dormirse.

Estaba limpia desde que le había echado de su propia cueva para poder lavarse con un cubo y un paño. También llevaba puesta otra camisa que él poseía.

Magnar no se había molestado en cambiarse considerando que arruinaría su ropa nueva con sangre.

Finalmente se quedó de pie frente a la pared donde descansaba todo lo que había recogido, dándose golpecitos en el costado del hocico con una garra. Cuando pareció que estaba satisfecho, empezó a colocar todos los objetos en la tela cuadrada que había puesto en el suelo junto a ellos.

Justo cuando estaba a punto de preguntarle qué hacía, algo milagroso ocurrió ante sus propios ojos.

Mientras estaba agachado, apareció arena negra de la nada y empezó a envolverle el cuerpo. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendida, pero parecía como si él no se hubiera dado cuenta de lo que ocurría o no le hubiera importado. Cuando empezó a cubrir sus heridas, burbujeó como una sustancia viscosa negra y se adhirió a las costuras antes de pasar al otro lado.

Vio cómo sus heridas se cerraban y desaparecían al instante.

—Mierda, —susurró cuando todo su cuerpo se curó en cuestión de segundos.

Él sacudió su cuerpo para remover los restos de arena negra que lo rodeaban como si estuvieran revisando su cuerpo en busca de más heridas, antes de desvanecerse en la nada. Magnar se rascó en algunos lugares en los que antes se había herido y luego cogió su ropa para salir al exterior.

—¿Por qué te vas?, —preguntó ella, insegura de por qué él sentía la necesidad de privacidad.

Ella sabía que él no tenía nada que ocultar. Estaba cubierto de piel y, después de todo, ella nunca había sentido ningún genital en él.

Se detuvo en la entrada.

—No quiero asustarte.

Antes de que ella pudiera responder, él se marchó, sin darle la oportunidad de calmar su ansiedad porque ella viera su cuerpo.

¿Tan malo es lo que hay bajo su ropa? Su cuerpo parecía humanoide en su mayor parte, pero con pelaje y plumas. Ella no creía que fuera tan malo.

Cuando regresó instantes después, cogió un trozo de tela que, una vez extendido, era obviamente una capa. Se la pasó por la espalda antes de atársela al cuello. En la parte trasera había una capucha con dos partes desabrochadas que parecían abrocharse alrededor de la cornamenta para cubrirle la cabeza.

—Preferiría llevarte en brazos por tu propia seguridad, —dijo mientras, casi con timidez, se rascaba un lado del agujero de la nariz de su hocico. —Pero me pregunto si preferirías caminar sola. Nos llevará casi toda la noche si lo haces.

Los ojos de Delora se dispararon hacia la entrada para asomarse al exterior con el ceño fruncido.

—¿Vamos a alguna parte?

Se acercó y le tendió la mano, con los dedos largos, pero gruesos y acogedores.

—Me estoy dando cuenta de que no es seguro que te quedes aquí. Creí que el círculo de sal bastaría para protegerte, pero no pensé que los Demonios más listos entenderían que bastaba con arrojar tierra sobre el círculo para perturbarlo.

Su confianza en él fue la única razón por la que alargó la mano para ponerla en la de él, permitiendo que se tragara la suya mientras él la ponía en pie con cuidado. Luego la guió fuera del nido.

—¿Adónde me llevas?

Cuando le soltó la mano, se agarró nerviosa a la camisa, que le quedaba demasiado grande, aunque la mayor parte de ella la rellenaba por la zona del pecho y el vientre. Aunque era lo bastante larga como para llegarle por encima de las rodillas, no era algo con lo que pudiera pasearse así como así.

Imagina que me viera otro humano. O, mejor dicho, a los dos juntos.

Volvió a la tela y empezó a doblarla sobre los trozos de cuerda, las velas, los cuencos y todo lo demás que había metido en ella antes de levantarla y envolverla alrededor de su espalda como si fuera una mochila. Le ató dos lados a través del pecho pasando por debajo de un brazo y por encima del hombro del contrario.

No puede llevarme por encima de la superficie. Los humanos probablemente lo atacarán, especialmente los Cazadores de Demonios.

Por mucho que odiara la cueva, si era más segura para ambos, entonces ayudaría a hacerla lo más segura posible para que pudieran quedarse aquí.

—No tengas miedo, —le dijo mientras se volvía hacia ella. —Pero te llevaré más adentro del Velo. Casi medio día de camino para mí, de hecho.

Su rostro palideció. —¿Más adentro? ¿Cómo va a ser eso más seguro?

Hablaba de llevarla más adentro, donde vivían los Demonios. Eso era suicida.

—Confía en mí, Delora, —le hizo señas. —Puedo cargarte para garantizar tu seguridad mientras caminamos. También significará que podemos movernos más rápido de lo que permiten tus pequeñas piernas, y cuanto antes lleguemos, mejor. —Delora sintió que ponía todas las excusas que podía cuando añadió: —También te abrigaré.

Aunque era otoño, aún no había encontrado la temperatura demasiado insoportable en el Velo, teniendo en cuenta sus constantes sombras.

Con un suspiro y una mirada tímida a su rostro, se acercó y asintió.

Él se agachó lentamente y rodeó su cuerpo con los brazos. La levantó suavemente de los pies para acunarla entre sus brazos como había hecho cuando los había llevado a su cueva.

—Cúbrete todo lo que puedas con mi capa para ocultar tu cuerpo.

Delora hizo lo que le decía hasta que lo único que asomaba de ella era parte de su cara.

—¿Vamos a volver aquí?, —preguntó mientras él se agachaba por la entrada baja.

—No, no será necesario. He cogido todo lo que podía llevar. Nuestro nuevo hogar será mucho mejor.

Sus zancadas eran rápidas, pero no incómodas, mientras se adentraba en el bosque. Delora cerró los ojos cuando atravesaron la arboleda y se vieron rodeados por la oscuridad. El sol se estaba poniendo, lo que hacía que el Velo fuera aún más espeluznante.

Él se detuvo, pero la abrazó con más fuerza, como si intentara darle un abrazo reconfortante.

—Controla tu miedo. Cualquier cosa que se mueva en el Velo puede ser un objetivo, pero el hecho de que ya no huelas a humano y de que la mayoría de los Demonios no ataquen a los Mavka significa que esto no será demasiado peligroso. Sin embargo, el olor de tu miedo, aunque sea un poco, hará que nos ataquen. —Bajó la vista hacia ella, y ella sostuvo sus orbes verdes. —Confía en que te protegeré.

Respirando hondo, trató de calmar su corazón que había empezado a acelerarse y se sintió aliviada al exhalar. Él asintió y echó a andar.

Como antes, rebotó en sus brazos, y Delora pasó el largo paseo contemplándolo todo en silencio.

Los terribles sucesos con los Demonios le habían robado algunos de sus pensamientos más oscuros de antes de que la arrojaran al Velo, y eso le dio un breve tiempo para dejar que su mente no se obsesionara con ello.

—Magnar...

Inmediatamente giró la cabeza hacia ella.

—Me gusta esto, —afirmó antes de que ella pudiera hablar. —Ahora entiendo por qué un nombre es tan importante. Sé que me hablas directamente, y comprendo que siempre te responderé.

Se preguntó con quién había estado conversando para saber qué era un nombre y cómo convertía a cada uno en un individuo.

No hizo ningún comentario al respecto.

—¿Qué es un Fantasma? ¿Cómo es que mi olor ha cambiado y qué significa eso realmente para mí?

—Nunca morirás y siempre estarás a mi lado. Creo que una parte de ti está muerta, y creo que si yo muriera, tú también perecerías. Pero por ahora, tienes un corazón que late, y eso es lo único que importa.

—¿Hay algo más que puedas explicarme al respecto?

—Hmm.— Su cabeza se ladeó un poco mientras se volvía hacia la copa de los árboles de arriba. —Si vas a morir, en cuerpo pero no en espíritu, volverás a mí al cabo de poco tiempo.

—Oh, —jadeó. —Así que a eso te referías cuando dijiste que estaría a tu lado por toda la eternidad. ¿Y si me escapara?

Un gruñido *inmediato* retumbó en el pecho de él y vibró contra el costado de ella, haciéndola abrir los ojos de par en par. Sus orbes se tornaron de un rojo carmesí brillante.

—Siempre volverás a mí, —dijo con ese gruñido presente en su tono, haciéndolo parecer más amenazador. —Y te cazaré hasta que lo hagas.

No le gustó sentir sus garras clavándose en su piel.

—No quise decir que fuera a hacerlo, —interpuso rápidamente. —Es que no entendía cómo iba a estar siempre a tu lado si me iba.

—Tanto si te vas tú como si me voy yo, volverás a mí, esté donde esté en el mundo. Soy tu ancla, y tu cuerpo no puede estar sin la presencia de tu alma.

—Entonces, ¿soy como un Fantasma?

Por lo que ella sabía, los fantasmas estaban atados a un ancla, como una casa, una muñeca o un árbol concreto: un lugar donde podían haber muerto o algo a lo que estaban atados cuando estaban vivos.

—Sí, y también puedes volverte transparente. —Sus ojos volvieron a su verde habitual y emitió un zumbido pensativo. —De repente sientes curiosidad por esto, cuando antes no la sentías.

—Eso es porque no me había interesado por nada, —murmuró, pero incluso ella se sorprendió de sentirse un poco más animada que antes. Seguía sintiéndose algo entumecida, pero no le resultaba tan abrumador. —¿Qué quieres decir con que puedo volverme transparente? Como... ¿puedo convertirme en un fantasma o algo así a voluntad?

—Sí. —Sus ojos se abrieron de par en par ante su admisión, y se preguntó cómo se suponía que debía hacer eso. Sonaba tan raro. —Pero no intentes hacerlo ahora. Estarás fuera de mis brazos cuando te vuelvas sólida, y eso no es seguro.

Delora asintió, pero siguió contemplándolo.

Si lo hubiera sabido antes, habría podido escapar de aquel horrible Demonio. Deseó que él se lo hubiera dicho. O mejor dicho, deseó no haber sido tan descuidada con este repentino cambio en ella que podría haber evitado que ambos salieran lastimados.

Después de un rato en el que Delora se quedó medio despierta, incapaz de conciliar el sueño debido a los peligros que les rodeaban, se dio cuenta de que la zona que tenían delante parecía más iluminada. Era el único cambio que había visto en el entorno en las muchas horas que llevaban caminando.

Se dirigían en esa dirección y un pequeño suspiro salió de sus labios entreabiertos.

Los árboles seguían salpicando densamente el círculo y, al acercarse al centro, parecía haber una estrella de once puntas. Sus puntas casi parecían espadas con puntos náuticos entre ellas. Estaba bordeada por dos círculos, el interior mucho más delgado que el exterior.

Al igual que sus orbes brillantes, no era una luz. Cuando miró hacia abajo, a los pies de sus pezuñas, apenas iluminaba nada, salvo lo que tocaba directamente el suelo.

—¿Qué es?, —preguntó, pero su creciente estado de shock se intensificó cuando vio la silueta sombría de un *edificio* en el punto central de aquel extraño y tenue resplandor. —¿Hay una casa?

Delora no podía creer que hubiera algo parecido a una casa en medio del Velo.

—Es una protección, —respondió Magnar, colocándola en el suelo cuando fue obvio que su retorcimiento significaba que quería que la acostaran. —Lo hice para proteger los alrededores de los demonios.

—Entonces, ¿es seguro? ¿Cómo es que hay una casa aquí?

Sus ojos se desviaron sobre la sombra del edificio, pero no podía verlo bien debido a la falta de luz. No podía esperar a que saliera el sol para ver bien los detalles.

—Debería ser mucho más seguro que el círculo de sal. Y en cuanto a tu pregunta de cómo se hizo, yo lo he estado construyendo.

Delora se volvió rápidamente hacia él con la mandíbula entreabierta. —*¿Tú?*

Él apartó la mirada de ella para recorrer la zona.

—Empecé hace unos meses. —Se rascó las plumas de la nuca. —Sé que a los humanos no les gusta vivir en cuevas, y que cuando encontrara una humana que quisiera darme su alma, necesitaba construirla para que estuviera cómoda.

Algo se agitó en su pecho, tal vez calidez y ternura mezcladas en una, mientras su rostro se suavizaba con esas emociones difusas.

—Entonces, ¿construiste esto... para mí?

Eso fue todo lo que pudo pensar. Puede que él no supiera que ella sería la que le entregaría su alma, pero ella era la que lo había hecho, lo que significaba que él había estado haciendo todo esto por ella. Nunca había tenido a nadie que llegara a extremos tan extremos sólo por ella.

A él pareció gustarle que su mente llegara a esa conclusión, porque sus orbes brillantes se tornaron de un amarillo intenso en dirección a ella.

—Sí. He hecho todo esto para ti, para que fueras feliz aquí conmigo.

Delora volvió a mirar la casa mientras él se colocaba a su lado.

—¿Cómo es que no me has traído aquí antes? Hubiera preferido venir aquí que quedarme en la cueva.

—Ah, —murmuró él, sus orbes tornándose de un rosa rojizo. —Porque no está listo. Aún me queda mucho trabajo por hacer, pero el interior al menos es seguro.

Magnar dejó que su vista se desviara de la casa que podía ver claramente en la oscuridad hacia Delora, que contemplaba todo el trabajo que había hecho hasta entonces. Por primera vez desde que había caído encima de él hacía tantos días, su expresión no parecía triste ni fría. Irradiaba asombro, y aunque sus labios no se curvaron en ninguna forma de sonrisa, el brillo de sus ojos le pareció maravilloso.

Había planeado empezar a venir aquí y trabajar en la construcción de este lugar para ella en secreto; habría recorrido la distancia en su forma más monstruosa para ahorrar tiempo. Sin embargo, en cuanto se dio cuenta de que el círculo de sal no era suficiente para dejarla allí sin su presencia, Magnar supo que no podía esperar.

Aunque ella se sintiera un poco incómoda o tenerla cerca lo hiciera sentirse inseguro por lo mucho que creía que le faltaba a este lugar, su seguridad era su prioridad.

Estaba seguro de que su expresión de asombro se desvanecería en cuanto la viera a la luz.

A pesar de sus dudas, se adelantó para marcar el camino con la esperanza de que tal vez a ella le gustara, aunque fuera estéril y poco preparado. Delora había llegado a su vida demasiado pronto, pero intentaría sacar lo mejor de ella como pudiera.

Quizá le gustaría ayudarme. La idea le entusiasmaba.

No le permitiría hacer ningún trabajo duro, ya que él se conformaba con hacer esto, pero se preguntaba si podrían dar forma a este lugar juntos.

Magnar quería que ella viera esto como su hogar.

—E-espera, —dijo ella, agarrándole la muñeca con la mano. Cuando él se volvió para mirarla con un gesto de perplejidad, Delora echó un vistazo a la zona antes de volver a dirigirle la mirada. —No veo bien.

Delora nunca le había tendido la mano antes, y él no sabía qué hacer. Magnar le permitió que le cogiera de la muñeca para guiarla mientras ralentizaba el paso para mantenerse a su altura.

Su vista abarcó toda la casa de troncos que había estado construyendo. Aunque el exterior era seguro y resistente a la intemperie, aún requería mucho trabajo.

Las ventanas estaban tapiadas, ya que no disponía del cristal necesario, pero quería evitar que la suciedad, el polvo y los restos de hojas penetraran en el interior. La puerta era algo en lo que estaba trabajando y no era más que un par de troncos unidos entre sí por una cuerda que luego se ataba a uno de los troncos que hacía de marco de la puerta. No tenía pestillo ni cerradura, y con el tiempo quería conseguir una puerta de verdad, parecida a la que Orpheus tenía en su casa.

Había una pasarela que daba a un porche, pero aún no había terminado de vallarlo ni de construir el tejado y sus soportes.

Disminuyó aún más la velocidad cuando ella estuvo a punto de tropezar en el primer escalón del porche. Magnar esperó a que ella subiera los cuatro escalones hasta que sus pies encontraron la superficie plana.

Justo cuando iba a empujar la puerta para abrirla, se detuvo.

Aunque estaba nervioso, también quería que Delora viera el interior en su totalidad.

—Espera aquí.

Abandonó a Delora para poder abrir la chirriante puerta y luego la cerró tras de sí.

Se quitó la bolsa de tela improvisada que llevaba alrededor del torso y la depositó con cuidado en el suelo, de donde sacó algunas velas y cerillas. Agradeció haberlos conseguido antes de que llegara Delora.

Agarró las velas de base más gruesa, pues había aprendido que las finas no se sostenían por sí solas, y empezó a colocarlas aleatoriamente en el suelo antes de encenderlas.

Arrastró el peso sobre las pezuñas mientras miraba a su alrededor. No había muebles, ni paredes interiores, ni hornillo para cocinar. No había nada más que el nido provisional que había hecho para poder dormir aquí cuando no necesitara volver a su cueva. Estaba en un rincón contra la pared del lado opuesto a la puerta.

—¿Magnar? —preguntó Delora desde detrás de la puerta antes de que él oyera sus manos empujándola.

Era obvio que él había tardado demasiado y ella estaba impaciente por ver. Se apresuró a abrir la puerta y su cuerpo brilló bajo la tenue luz que él había creado.

Cuando se apartó para que ella pudiera entrar, vio cómo separaba los labios al contemplar el interior de la casa, bastante grande. Era amplia y tenía unos cuantos metros de largo.

Sus ojos recorrieron el lugar. —¿No hay habitaciones?

Sacudió la cabeza, provocando el sonido de unos huesos que castañeteaban.

—No. Aún no las he hecho.

En cuanto estuvo en el centro, giró en un círculo perezoso. La casa era alta para acomodar su altura con su cornamenta, pero ella parecía empequeñecida en comparación con su tamaño.

¿La había hecho demasiado grande? Pensó que era más o menos del mismo tamaño que la casa de Orpheus, en la que sólo había entrado una vez para poder entender cómo sería el interior en algún momento. Pero se preguntó si tal vez se había equivocado.

—¿Y tú hiciste esto? —Ella volvió sus ojos castaños hacia él.

Magnar creyó ver un destello de algo cuando la luz del fuego se reflejó en ellos.

¿Era aprecio? ¿Decepción? No conocía a los humanos lo suficiente como para saber cuál era su expresión.

¿Habría perdido la capacidad de sonreír? Si ella hubiera sonreído, él lo habría entendido mejor.

—Esto es realmente increíble, Magnar. —Su voz era ligera y elevada, haciendo que su cuerpo suspirara de alivio cuando ella volvió a girar en círculo. —Estoy impaciente por ver cómo queda cuando termines. Tienes mucho talento.

El amarillo iluminó sus orbes, y se rascó el hocico con timidez. —¿De verdad? ¿Te gusta?

—Pues sí. Yo nunca podría construir una casa. —Se encogió de hombros. —Es bastante estéril, pero estoy segura de que quedará muy bien cuando termines.

¡Le gusta! Magnar estuvo a punto de saltar de alegría, pero en lugar de eso se apresuró a entrar en acción. Se acercó a ella y señaló la parte trasera de la casa.

—Tenía intención de hacer tres habitaciones. Por lo visto, los humanos necesitáis un cuarto de aseo y preferís tener vuestro propio espacio. Iba a poner donde debería dormir al fondo para que la zona de lavado y tu habitación estuvieran una frente a la otra. —Luego se dirigió hacia la izquierda y levantó las manos frente a una gran superficie. —Aquí iba a poner lo que se llama una cocina, con algo que pudieras usar para cocinar. Y por aquí...— Pasó junto a ella hacia donde estaba su nido. —...iba a poner una zona para sentarse con una chimenea para que no pases frío. Al parecer, los humanos pasáis frío en invierno porque no tenéis pelo ni plumas. Y luego aquí...

Cuando se dio la vuelta para señalar el lugar donde estaba ella, se detuvo al notar que su mirada se había suavizado hasta convertirse en algo encantador. Sus ojos, que siempre habían parecido sombríos, se habían suavizado hasta el punto de que incluso las ojeras no parecían tan prominentes. Su boca se había apretado, pero las puntas ya no apuntaban hacia abajo. Se habían curvado ligeramente hacia arriba.

Incluso su postura había decaído, como si estuviera relajada, y su cabeza se había inclinado ligeramente.

Magnar quiso preguntar qué significaba su expresión, pero no quería parecer ignorante.

¿Por qué me mira así? No sabía por qué el corazón le latía desbocado en el pecho. *¿Y por qué está tan... hermosa ahora?*

CAPITULO 13

Delora nunca había visto nada más adorable que ver a aquel Duskwalker enorme y de aspecto aterrador corriendo de un lado a otro para mostrarle sus planes con evidente excitación.

Cuando se detuvo para mirarla, Delora pensó que tal vez le estaba estorbando, ya que su dedo había subido hasta señalar donde estaban sus pies.

Señaló al suelo mientras se hacía a un lado.

—¿Y aquí?

Algo en su alegría la había conmovido. No quería que se detuviera por su culpa.

En lugar de dar explicaciones, se acercó y le tendió la mano. Deslizó las puntas de las garras contra su mandíbula y por encima de su oreja para rozarlas con su largo cabello.

—Si no te gusta el diseño, puedes cambiarlo.

Delora estuvo a punto de retroceder, pero sus palabras la mantuvieron donde estaba y aceptó sus caricias. Incluso giró los ojos hacia arriba para poder mirarle fijamente con sólo unos centímetros de distancia entre ellos.

No me había dado cuenta de que era tan alto. Delora sólo llegó a la parte inferior de su pecho, y tuvo que levantar la cabeza para encontrarse con su mirada.

—Está bien, —respondió. —No me importa lo que hagas con él.

Aunque ella respondió, parecía como si su conversación se hubiera olvidado. Él inclinó la cabeza hacia un lado mientras se acercaba para inspeccionar sus dedos enredados en el pelo de ella. Magnar los apartó, sólo para volver a peinarlos juguetonamente, como si se sintiera tentado por aquellos simples mechones. Delora sintió un delicioso escalofrío recorrerle el cuerpo cuando sus garras rozaron su piel.

Luego sintió las afiladas puntas rozándole el arco de la nuca. Soltó un jadeo y sintió escalofríos en las piernas. Las rodillas de Delora casi cedieron cuando él se inclinó aún más y olfateó justo detrás de su oreja, como si no pudiera evitar aspirar su aroma directamente de ella.

Por suerte, él había estado allí para sostenerla cuando ella se inclinó accidentalmente hacia él, pero soltó un chillido cuando él la levantó rápidamente un momento después.

Estaba empezando a acostumbrarse a que la cogieran en brazos, algo con lo que nunca pensó que se sentiría cómoda, pero era difícil sentir recelo de que la dejaran caer cuando él era tan fuerte.

Siempre se aseguraba de que estuviera segura en su cuna.

—¿Por qué me pones aquí? —preguntó Delora cuando él la colocó con cuidado sobre las pieles en el centro del nido con los pies debajo de ella para que estuviera sentada sobre las rodillas.

—Casi te caes, —respondió él, haciendo que sus mejillas se calentaran de vergüenza.

No podía creer que el simple contacto de un Duskwalker hiciera que le flaquearan las rodillas. *Creo que hasta gemí.* Le entraron ganas de taparse la cara de vergüenza.

Sin embargo, Magnar también entró en el nido y se sentó frente a ella con las piernas cruzadas. Antes de que ella pudiera impedírselo, alargó la mano hacia delante para agarrarle unos mechones de pelo y se los pasó por encima del hombro para poder examinarlos.

—Tienes un pelo precioso. —Se inclinó hacia delante para oler las puntas. —Me gusta que sea negro. Que tu color sea como el mío.

Su comentario la hizo mirar la oscuridad tanto de su pelo como de su mano. El pelaje que cubría el dorso de la misma bajaba por su muñeca antes de desaparecer bajo la manga de su camisa. Seguía pareciéndole más oscuro, con un tinte casi azulado, pero ella dejó de compararlos y se limitó a observar su mano.

Era grande y pertenecía a lo que cualquiera llamaría un monstruo. Pero Magnar había utilizado esa misma mano para protegerla, había usado aquellas garras mortíferas para tocarla con tanta suavidad que ella se había estremecido por el contacto.

Por eso, cuando la apretó contra su cuello y su cara, cubriéndola de un calor tan acogedor, Delora no se apartó de él.

Hizo una mueca de dolor cuando él le pasó el pulgar por la mejilla y su garra casi se clavó en su ojo.

—Tu piel es sedosa.

Una parte de ella siempre había sabido que él quería tocarla, pero hasta entonces lo había rechazado porque la idea le parecía aborrecible. Ahora ya no.

—¿Podrías ser más cuidadoso con tus garras?, —suplicó cuando él tocó su mejilla por segunda vez y ella tuvo que cerrar rápidamente el ojo, de lo contrario él se lo habría clavado.

—¿Puedo tocar más si hago esto?

Llevó la mano hacia atrás y sus garras se *retrajeron*. Ella no sabía que él podía hacer eso.

—Sí. Mientras no me hagas daño, no me importa que toques.

¿Qué podría salir mal? Como ella dijo, si él no la lastimaba, no podía ver cómo esto podría terminar mal. Ella era una mujer humana, y él un macho Duskwalker -por lo que podía ver-, pero dudaba que él entendiera lo que parte de su cuerpo estaba destinado a hacer. El sexo o los juegos íntimos con él no parecían probables, o al menos incitados por él.

Sus orbes flotantes se volvieron amarillos con lo que ella dedujo que era alegría. —Nunca te haría daño, Delora.

Empezó a acariciarle partes de la cara. Empezó por la mejilla, luego le pasó el pulgar por las cejas en la dirección del pelo y luego, extrañamente, en sentido contrario. Su tacto era suave, casi le hacía cosquillas en los labios, y se sintió fascinado por ese lugar.

Le rozó el inferior, más grueso, una y otra vez. Era casi como lo que hace un amante cuando quiere besarse pero resiste la tentación y trata de incitar al otro a dar el salto.

Mientras él hacía esto, ella no podía dejar de mirarlo. Sus ojos estaban desenfocados mientras pensaba.

Acabo de darme cuenta de que probablemente no volveré a tener sexo. A Delora no le habían gustado demasiado sus experiencias anteriores con Hadith, pero había habido un puñado de veces, sobre todo al principio, en las que había disfrutado.

Una vez que Hadith descubrió que ella no podía correrse sólo por unas cuantas embestidas, se volvió perezoso y sólo pensó en sí mismo. Se había corrido cuando él no estaba para satisfacer sus impulsos.

Eso sólo la empujó a sentirse más sola.

No podía decidir si estaba aliviada por no tener que pasar por eso nunca más o decepcionada. Puede que no fuera un sexo estupendo, pero era sexo con alguien, conexión con otro, con el disfrute como objetivo.

Su vista volvió a centrarse en el Duskwalker que tenía delante y que acababa de pasarle el pulgar por la nariz antes de hacerle cosquillas en las pestañas de un lado. Entonces sus ojos siguieron su mano, o mejor dicho, sus dedos.

Son tan largos... y gruesos. Ahora que sabía que sus garras podían retraerse, podían llegar a lugares que ella no creía posibles. Sólo dos serían más grandes que la polla de la mayoría de los hombres.

Se le empezó a calentar la cara, sobre todo cuando sintió que sus paredes internas se contraían y tuvo que apretar los muslos. No podía creer que hubiera estado jugando con la idea de que él, un Duskwalker, le metiera los dedos.

Dios mío. ¿Qué me pasa?

Perdida en sus propios pensamientos, no se había dado cuenta de que la mano de él había descendido hasta que le agarró uno de los pechos.

Delora se estremeció. Entonces le sujetó la muñeca para detenerlo, con la cara tan caliente y nerviosa que temió que le estallara la cabeza. Su mente, que no había estado pensando inocentemente, no podía soportar que él le tocara un lugar íntimo en ese momento. Sabía que él acabaría por hacerlo, pero no había pensado que su mente pensaría en él de esa manera cuando lo hiciera.

Sus pezones estaban aún más duros y sensibles que antes.

—¿Podrías tocar en otro lugar por ahora?

Él ladeó la cabeza, desconcertado.

—¿Por qué? —Entonces tuvo la *audacia* de subir su otra mano y sostener el otro, levantando su peso completamente en su palma. —Me gusta esta zona. Es blandito.

Para demostrarlo, apretó ambas y se amoldaron a los espacios entre sus dedos.

—Ah, porque...

¿Cómo iba a explicar Delora que sus pechos eran un lugar íntimo de su cuerpo sin tener que explicar más lo que eso significaba?

—Puedes tocarme aquí también, —le ofreció, cogiéndole la mano para colocarla contra su pecho.

Su pecho era fuerte y firme, lleno de músculos duros. Se le pasó por la cabeza por qué no había sido acertada la colocación de su mano cuando le dio un apretón, uno de apreciación, en el pectoral.

Hadith había sido musculoso desde que había trabajado la mayor parte de su vida como guardia de la ciudad, pero el cuerpo de Magnar era denso, como si su esbelto armazón ocultara su fuerza hasta que era tocado.

Hipnotizada por la sensación que le producía bajo la palma de la mano, y por el hecho de que le daba la impresión de que el pelaje se movía bajo la camisa, continuó amasándole el músculo pectoral. También le pareció notar algo... duro en la parte superior de la carne, donde estarían los huesos de las costillas.

—Aunque casi todos tenemos la misma forma, —dijo Magnar cuando uno de sus pulgares rozó con curiosidad un pezón endurecido. —Este lugar es diferente al mío. ¿Todas las hembras tienen semejantes montículos en el pecho?

Delora miró hacia abajo y vio que su pecho sólo llenaba la mitad de su gran mano. Pero aún así lo llenaba mientras que una mujer más pequeña no lo habría hecho.

—Supongo que algunas no los tienen tan grandes, —murmuró. Se estremeció cuando le acarició un pezón con el pulgar. —Nosotros los llamamos pechos.

Él asintió y ella agradeció que no le preguntara cuál era su función. En su lugar, bajó ambas manos. Agarró la grasa de su estómago, aplastándola entre sus manos.

Delora dio un respingo de sorpresa.

Cuando él se inclinó hacia delante para volver a hacerlo, ella le agarró ambas manos para detenerle.

—Por favor, no me toques ahí. No me gusta que me toquen la barriga.

Magnar se había adelantado y le apretaba los rollitos del vientre sin cuidado.

—Pero me gusta este lugar en ti, —refunfuñó decepcionado, sus orbes se volvieron azules. —Es suave. Me gusta que seas suave por todas partes. Eres más grande que la otra humana que conozco.

Los labios de Delora se separaron en un gesto de asombro mientras sus ojos se abrían de par en par.

—¿Acabas de llamarme gorda?

¿De verdad un Duskwalker me acaba de llamar gorda? No se lo podía creer.

Él ladeó la cabeza con evidente falta de comprensión.

—¿Por eso eres más grande? ¿Porque estás gorda? —A continuación le dio un ligero toque en el estómago. —Para que quepas mejor en mis brazos.

Delora suspiró cuando se dio cuenta de que no tenía mala intención. No se había dado cuenta de que estaba ansiosa hasta ahora. Nunca había visto nada malo en su tamaño, excepto por cómo la había tratado Hadith, pero ahora que él se había ido y este Duskwalker parecía preferirla así, sintió como si se quitara un peso de encima.

¿Cómo puede una criatura así ser más tolerante que la mayoría de los humanos que conozco? Casi quiso acurrucarse contra él en señal de agradecimiento.

Entonces sus cejas se fruncieron por algo que él había dicho antes.

—Espera... ¿Has dicho que conoces a otra humana?

Magnar asintió con la cabeza mientras, lo que probablemente él consideraba disimulo, se acercó a ella para agarrarle el muslo por debajo de la camisa y tocarle directamente la piel. El verde se alzó de nuevo en sus orbes.

—Sí, Reia. —Le amasó la carne, con la mano grande apenas envolviendo la parte superior del grueso muslo. —Está unida a otro Mavka llamado Orpheus.

Cuando su mano comenzó a deslizarse hacia arriba, Delora empujó su mano contra su montículo púbico para que él no pudiera explorar curiosamente en lugares que no debía.

—¿Hay otro Duskwalker que tenga una humana? —La mano de él se deslizó bajo su camisa y agarró las carnosas agarraderas de sus caderas. Ella prefirió ignorarlo en interés de su conversación. —¿Son ellos los que te enseñaron todo?

—Sí, —respondió él una vez más. —Me dijeron que te construyera esta casa para que fueras más feliz conmigo. La cueva es mala. Demasiado oscura y sucia dijeron.

Una pieza del rompecabezas encajó en su sitio.

No soy la única humana que ha dado su alma a un Duskwalker. Estaba sorprendida, pero también aliviada. Pensó que se quedaría sola con Magnar y que nunca volvería a ver a otro humano, pero esta persona, Reia, podría ser alguien con quien hablar.

Pero la gente había sido cruel con ella en el pasado reciente. No sabía si realmente querría estar bajo el escrutinio de otro ser humano.

¿Podría... esta Reia decirle que en realidad soy una persona terrible? La idea de perder a esta criatura dulce y gentil, que estaba siendo delicada con su cuerpo y amable con ella con sus palabras y acciones, le dejaba una sensación de vacío en el pecho.

Cuando Magnar bajó la mano para agarrarle el trasero, el deslizamiento de su mano le puso la piel de gallina. Delora le sujetó la muñeca para detenerlo. Sus manos empezaban a llegar a lugares que ella no estaba muy segura de querer, pero su cuerpo empezaba a sentir un cosquilleo de anticipación.

—Creo que ya basta de tocamientos por hoy, —murmuró mientras le acercaba la mano. —Estoy un poco cansada después de nuestro paseo, y estoy segura de que es tarde.

No es que ella realmente pudiera saberlo, ya que el Velo estaba casi siempre oscuro.

CAPITULO 14

El Demonio con forma de serpiente enroscó su cola escurridiza alrededor de todo el cuerpo de Delora cada vez con más fuerza hasta que ella fue incapaz de respirar. Era como si estuvieran flotando bajo aguas profundas e interminables mientras ella intentaba gritar en el vacío que las rodeaba. No veía el suelo ni el cielo.

Sus ojos buscaron en los horizontes vacíos, buscando desesperadamente un salvador.

Cuando vio a Magnar, con su forma de Duskwalker resaltada por una luz tenue que surgía de la nada, consiguió meter un brazo entre las espirales y alcanzarlo.

Sus orbes verdes flotantes le ofrecieron el único consuelo que pudo encontrar. Sus luces eran como un faro que iluminaba su miedo y la sacaba de la oscuridad.

—Ayúdame, —suplicó, con la voz entrecortada por el colapso de sus pulmones. —Por favor.

—No, —respondió él con frialdad, y el verde reconfortante se desvaneció para convertirse en el rojo encendido de la ira. —Él me ha contado lo que has hecho.

Justo cuando iba a preguntar quién, Hadith se materializó a su lado en el vacío como un bruto alto y musculoso de pelo y barba cortos. Su rostro palideció al verlo vivo.

—¡Asesina! —gritó Hadith, dando un paso adelante y convirtiéndose de repente en el cadáver que había dejado atrás.

Su limpio pelo castaño se volvió descuidado por la sangre. Le cubría los costados mientras la sangre se filtraba de las heridas de la espalda y por los lados del cuerpo.

—Has asesinado a gente, —afirmó Magnar con un gruñido.

—¡Tú también!, —replicó ella, sin dejar de estirar el brazo para pedirle ayuda. De repente, su brazo fue engullido por la extremidad de la serpiente, que se negaba a ceder.

Él le dio la espalda y se apartó. —Pero no conozco nada mejor.

De repente se desvaneció en el aire en un soplo de arena negra y brillante.

—¡Por favor! —Las lágrimas brotaron de sus ojos antes de caer en gruesas gotas. —¡No me dejes aquí así!

—Es lo que te mereces, —espetó Hadith a través de sus dientes cubiertos de sangre, más de ella goteando de su boca de forma que le chorreaba por la barbilla. —Siempre serás rechazada. Siempre estarás sola. Nada te querrá.

—Ven aquí, humana asquerosa, —siseó el Demonio Serpiente mientras la apartaba de Hadith. Se vio obligada a mirar directamente a las fauces de su boca cuando la abrió. —Libraré al mundo de tu terrible presencia.

Con el brillo blanco del más allá presente en el fondo de su garganta, sus colmillos se extendieron aún más alrededor de la cabeza de ella.

Era como si pretendiera tragársela entera.

Delora se despertó sobresaltada, sentada en el nido con la respiración entrecortada. Su jadeo al despertarse fue un reflejo de su grito en sueños, y miró rápidamente a su alrededor con ojos desorbitados y asustados.

En cuestión de segundos, Magnar estaba a su lado, agazapado al otro lado del nido. No quería alejarse de él de un salto, pero se sobresaltó.

Él retiró la mano que utilizaba para alcanzarla, tal vez para acariciarle el pelo, y la apoyó en la pared del nido para estabilizarse en su posición agachada.

—¿Qué ocurre? —El verde que ella *necesitaba* ver en sus orbes flotantes era en cambio un blanco incoloro. —Apestas a miedo, Delora.

Era sólo un sueño. Colocó una de sus temblorosas manos contra la frente para frotársela, sintiendo que el sudor le había salpicado la frente. Luego utilizó las palmas de las manos para frotarse los ojos cerrados y librarse del sueño. *Ojalá cesaran las pesadillas.*

La mayoría eran de Hadith, siempre de lo que había hecho. De sangre, gritos y lágrimas. A veces era él quien la empujaba desde el borde de las paredes del acantilado del Velo. Otras veces se las arreglaba para arrancarle la espada y apuñalarla con ella.

De vez en cuando, Cindy aparecía sólo para gritar, y ella odiaba lo asustada que sonaba la chica.

Tenía sueños pervertidos de Cindy y Hadith juntos, follando mientras se burlaban de ella. Era como si Delora fuera una mosca en la pared, incapaz de hacer otra cosa que ser testigo.

Después de ser raptada por aquel Demonio aterrador, Delora había empezado a soñar con él. A veces Hadith no aparecía, pero otras venía a ver cómo se la comían con una sonrisa vengativa. Lo que más odiaba era cuando la cara del Demonio se convertía en la de Hadith. Habían pasado dos noches desde entonces, pero ella seguía despertándose sólo para volver a sumirse en un nuevo caos.

Sin embargo, aquella era la primera vez que Delora soñaba con Magnar.

—Lo siento, —dijo detrás de sus manos hasta que las bajó. —Sólo tuve un mal sueño, eso es todo.

Probablemente lo contaría como el peor que había tenido hasta entonces.

Sentada unos instantes, con la mirada perdida en sus pies, se preguntó cuándo había empezado a preocuparse tanto por Magnar.

—¿Hay... alguna forma de que pueda luchar contra tus sueños por ti?, —preguntó él, con un tono tan cargado de preocupación que hizo que sus ojos se entrecerraran. —No me gusta que les tengas miedo.

—No, —respondió ella, con la voz entrecortada.

Él ladeó la cabeza antes de coger un pequeño cuenco de madera que había en el suelo y ofrecérselo. Dentro había un pequeño puñado de arándanos, frambuesas, una fresa, una zanahoria que parecía haber sido lavada, e incluso un limón al azar que ella no sería capaz de comer.

—¿Ayudará la comida?

Cogió un arándano e intentó dárselo como hacía a menudo.

Las lágrimas se acumularon hasta el punto de que no pudo contenerlas, y cayeron cuando separó los labios para tomar la baya. La alimentó en silencio mientras ella lloraba, con el cuerpo agitado.

A Magnar no parecían importarle sus patéticas lágrimas, se contentó con cuidarla hasta que no quedó nada en el cuenco, excepto el limón. Delora estaba tan agradecida de que él no se echara atrás como la mayoría de los hombres ante la incomodidad de aquello y no la presionara para que hablara de sus problemas cuando ella no quería.

Sólo quería llorar. Al menos ahora podía hacerlo, mientras que antes se sentía tan vacía.

—Afuera hay mucha luz. ¿Te gustaría ver el resto de nuestra casa?, —le preguntó mientras le acercaba un cuenco de agua a los labios y le hacía beber. —Estoy deseando enseñártelo.

No. Delora quería tumbarse de lado en el nido y llorar.

La única razón por la que asintió fue porque él había dicho que estaba emocionado. *No quiero decepcionarlo.*

Después de ayudarla a ponerse de pie, Magnar la condujo hasta la puerta y la abrió, revelando parches de luz solar que lograban tocar la tierra. Eran pequeños, ya que había demasiados árboles para permitir huecos más amplios, pero ella nunca esperó que el sol pudiera llegar al suelo en absoluto.

Se dio cuenta de que el porche no estaba vallado ni techado, pero sabía que había planes para añadirlos.

Aún podía ver el símbolo mágico verde que sólo se perdía en las pequeñas zonas de sol brillante. La hierba que rodeaba el patio era irregular y se notaba que muchos árboles habían sido arrancados. Alguien había tapado algunos agujeros con tierra para dejarlos lisos.

El sol daba sobre todo alrededor del porche y la casa, ya que en el interior del escudo de protección aún quedaba mucho bosque.

—Creía que habías dicho que el círculo protector sólo impedía a los que estaban fuera atravesarlo, —comentó Delora. —¿No podían los Demonios trepar por los árboles y atravesarlo?

Magnar negó con la cabeza. —Eso es sólo para el círculo de sal. Este escudo crea una cúpula.

Para demostrarlo, señaló hacia arriba. Tardó un momento, pero finalmente divisó el resplandor verde sobre ellos en el cielo.

Cuando sus pies encontraron la tierra al pie del porche, dio unos pasos y se volvió para mirar la casa. La estructura estaba hecha de troncos desde las paredes hasta el tejado, pero parecía estructuralmente sólida. Desde fuera parecía aún más grande.

Magnar caminó hacia la izquierda y Delora lo siguió.

Finalmente, llegaron a la parte trasera de la casa. Una vez allí, descubrió una gran zona vallada donde parecían crecer algunos arbustos y plantas pequeñas.

Los árboles que la respaldaban habían sido arrancados del suelo más aquí, y ella podía ver cómo el sol la bañaba por completo hasta la línea de la valla.

—Este es el jardín, —le dijo, rascándose un lado de las plumas del cuello. —Pero no está listo. Gran parte murió al principio, pero estoy aprendiendo a cuidarlo mejor. No sabía que algunas plantas necesitaban más agua que otras.

—Parece que aquí hay mucha.

Delora rodeó la valla hasta llegar al hueco que le permitía entrar y examinar bien lo que crecía. Podía ver los tallos de diferentes verduras, muchas frutas y un gran número de hierbas, algunas incluso parecían listas para ser recogidas.

Magnar no la acompañó. Se dirigió a un lugar que estaba en diagonal desde el lado de la casa donde crecía un árbol joven. No era más grande que su cadera y parecía que tardaría años en madurar.

—Hueles a manzanas, como este árbol. Me alegro de haber elegido éste para crecer en lugar de los otros árboles frutales.

Delora levantó la cabeza en su dirección y pestañeó rápidamente, sorprendida. *¿Huelo a manzanas?* Ella levantó el brazo para olerlo, pero lo único que olió fue el aroma desvaído de su perfume de vainilla en la camisa.

—¿Por qué es tan grande?, —preguntó, observando el tamaño del árbol.

Si lo había plantado a partir de un esqueje al mismo tiempo que el resto del jardín, no debería ser más grande que un tallo.

—Lo cambié por uno de este tamaño y me lo llevé a casa a cuestas.

—¿Cambiaste por este? —Delora frunció el ceño, pensativa. —¿Como si la hubieras comprado?

Eso no tenía sentido. *¿Dónde podía Magnar comprar un manzano?* No había visto su enorme culo de Duskwalker caminando por una aldea humana en busca de uno.

En lugar de responder, su cabeza giró bruscamente hacia la izquierda y bajó por el lateral de la casa. Luego retrocedió un paso y levantó los brazos como para taparse.

—Oh, mierda, —dijo, justo antes de que Delora oyera el golpeteo de pasos rápidos que se dirigían hacia ellos.

Magnar fue derribado por un monstruo gigantesco cubierto de pieles.

Delora se quedó boquiabierta cuando el monstruo se estrelló contra el suelo antes de rodar, con la cabeza en un ángulo extraño debido a su cornamenta. Sus ojos se transformaron en rojo carmesí y su cuerpo empezó a volverse más monstruoso.

Antes de que pudiera orientarse y ponerse de pie y con las manos, le agarraron de la cornamenta. Le empujaron hacia delante, cayendo sobre su vientre, antes de que la criatura se arrastrara hasta colocarse a cuatro patas sobre su espalda. Sujetó el hocico de Magnar contra el suelo con una gran mano.

Creí que había dicho que los Demonios no podían atravesar su protección.

Retrocedió asustada, preocupada de que viniera a por ella, y tropezó de espaldas en el jardín. Oyó el crujido de algo que se rompía bajo su trasero,

pero su mente estaba demasiado ocupada con el monstruo que tenía delante y que atacaba a Magnar.

Delora estaba dividida. Una parte de ella quería ir a ayudar a Magnar, mientras que la otra quería huir. En lugar de eso, permaneció petrificada donde estaba sentada con los ojos muy abiertos.

Luego se abrieron aún más cuando se dio cuenta de que no era un Demonio, sino otro Duskwalker.

Estaba parado sobre las piernas de Magnar y un brazo para mantenerlo en el suelo, y levantó su hocico sólo para poder golpearlo contra el suelo.

—¡Cómo te atreves, Mavka!, —gruñó el otro Duskwalker, con un profundo y oscuro retumbar presente en su voz. ***—¿Cómo te atreves a venir a mi territorio y robar en nuestro jardín?***

Magnar extendió el brazo libre hacia atrás para poder arañar el cuello del Duskwalker.

*—No lo entiendes, —*afirmó Magnar, con la voz distorsionada junto a sus cambios físicos.

Ambos se parecían, pero también eran completamente distintos.

Mientras que Magnar tenía plumas negras que sobresalían de su corto pelaje de ciervo y un cráneo de zorro, este Duskwalker tenía un largo pelaje de lobo y su cabeza era la de un lobo. También tenía cuernos de antílope en lugar de astas de ciervo.

Magnar tenía más huesos entre el pelaje que el otro Duskwalker, y sus pies tenían pezuñas, mientras que el otro tenía pies de aspecto humano, más parecidos a patas en los dedos.

Compartían el mismo color negro y la forma de sus cuerpos era muy parecida, salvo que el nuevo Duskwalker parecía más grande en cuanto a músculos y anchura.

—¿Creías que no iba a oler tu fresco aroma esta mañana? —El Duskwalker bajó la cabeza y empujó más su peso hacia delante cuando Magnar intentaba levantarse del suelo. ***—¡No te habría ayudado de haber sabido que serías un ladrón!***

Magnar, que había sido cogido desprevenido porque había estado enseñando el jardín a Delora, estaba ahora atrapado en una posición en la que no podía hacer otra cosa que arañar con la mano libre. Sus ojos se tornaron de un rojo pálido, y a Delora se le estrujó el corazón al pensar que parecía inquieto y asustado.

—Pero lo necesitaba. Lo necesito para...— Magnar soltó un horrible aullido, como un zorro herido, y empezó a mover la cabeza de un lado a otro para liberarla del agarre del Duskwalker.

—Te dije que te rompería el cráneo. —Levantó el hocico y volvió a golpearlo contra el suelo. ***—Te dije que...***

—¡Orpheus, para!, —gritó una mujer desde un lado de la casa antes de aparecer.

Su pelo largo y rubio ondeaba detrás de ella mientras corría directamente hacia los dos Duskwalkers. Entonces empezó a empujar valientemente con el hombro al que se llamaba Orpheus.

Llevaba un vestido gris pálido hasta las rodillas con una faja marrón alrededor del torso. Sus delicadas zapatillas eran negras, y perdió una cuando siguió intentando empujarle.

—¡Suéltalo, Orpheus! —Cuando sus empujones no sirvieron de nada, agarró uno de sus retorcidos cuernos y tiró con ambas manos mientras clavaba los talones en el suelo. —No me importa que haya cogido del jardín. Habla con él primero. Puede que tenga una buena razón.

Orpheus rugió en su dirección, negándose a bajarse de Magnar, pero nunca dirigió sus furiosas acciones contra la mujer humana.

—¡Ese es tu jardín! Tu comida!

—Sólo déjalo hablar, —suplicó ella. —Me enfadaré mucho contigo si le haces daño.

—¡No sabía dónde más conseguir comida, y la necesitaba para Delora! — Magnar gritó mientras continuaba golpeando.

Oh, mierda. ¿Esto es culpa mía? Su corazón tartamudeó. No podía detener la culpa que sentía como si le retorciera las entrañas.

—Mira su cornamenta, Orpheus, —ordenó la mujer. —¡Tiene un alma! Ha encontrado a una humana.

Orpheus emitió otro gruñido, pero apartó la mano del hocico de Magnar para poder agarrar una de sus astas y tirar de su cabeza hacia un lado. Inspeccionó el alma de Delora de cerca.

—¿Por qué parece muerta? —La olfateó. ***—¿Qué le has hecho?***

¿Mi-Mi alma parece muerta?

Fue entonces cuando ella notó una llama brillante entre sus cuernos con la forma de una mujer humana. Parecía fuerte y sana mientras flotaba allí con un cordel pegajoso que la unía a sus cuernos. Cuando miró hacia la suya, parecían flácida y carbonizada.

En comparación, la suya parecía realmente un carbón moribundo. *¿Le pasa algo? ¿O a mí?*

La mujer, al darse cuenta de que Magnar había obtenido un alma humana, empezó a mirar a su alrededor mientras tiraba de los cuernos de Orpheus. Su mirada se posó finalmente en Delora.

—¡Cabeza hueca!, —gritó, señalando en su dirección. —¡Mira para allá! Probablemente la estés asustando.

Orpheus giró la cabeza en su dirección, y sintió como si sus orbes rojos vieran todo su ser. Se le erizaron los pelos de los brazos.

Con Delora bajo su mirada, Magnar pareció ponerse frenético.

Sus orbes se volvieron completamente blancos y se agitó hasta que consiguió zafarse de Orpheus. Inmediatamente corrió hacia Delora y se puso a cuatro

patas sobre ella para protegerla, agachándose como si quisiera ocultarla con su propio cuerpo.

—Mía, —advirtió Magnar, su cuerpo resoplando amenazadoramente ante la simple, pero posesiva, declaración.

Orpheus, también a cuatro patas, se dirigió hacia la otra mujer y la arrimó protectoramente a su costado con el brazo por delante. Aunque él estaba sobre sus manos, sus caras estaban casi una al lado de la otra, con ella sólo ligeramente más abajo.

Ambos Duskwalkers reflejaban los sonidos del otro gruñendo y refunfuñando, pero ambos habían adoptado una postura con cada mujer, como si sus prioridades fueran ellas antes que luchar.

—¿Es Reia? ¿La humana de la que me hablabas? —susurró Delora, agachando la cabeza para poder salir de debajo de Magnar.

Delora intentó ponerse en pie. Magnar le rodeó el torso con el brazo y la sujetó contra su pecho antes de que pudiera ponerse en pie, manteniéndola de rodillas frente a él.

—*Quédate,* —le exigió, con la voz más calmada que hacía unos instantes.

Su abrazo le tranquilizaba.

Delora mantuvo la mirada fija en la mujer, que sabía que debía de ser Reia por el hecho de que estaba con otro Duskwalker. Era guapa. Incluso con la escasa distancia que las separaba, Delora podía apreciarlo. Su pelo rubio se agitaba con el ligero viento que soplaba alrededor de todos ellos, apartando hacia un lado todos aquellos largos mechones.

—*Así que has encontrado a tu propia humana,* —dijo Orpheus. Sus orbes seguían rojos, como si se negara a calmar su agresividad, pero su voz no sonaba tan distorsionada como antes.

Magnar respondió con un gruñido más grave.

—*Sin embargo, hace una semana no tenías ninguna. ¿Qué has hecho para engañar a esta humana y que te entregue su alma?* —Reia le acarició el costado del cuello y sus labios se movieron como si le hablara. Negó con la cabeza. —Es demasiado pronto. ¿Comprende lo que ha hecho?

—*Sí,* —respondió Magnar, apretando más a Delora contra él hasta que empezaba a hacerle daño en las costillas. —*Entiende que es mía.*

—*¿Lo entiende?* —La cabeza de Orpheus no se movió para indicarlo, pero ella sabía que la estaba mirando.

Delora se acurrucó en Magnar, reacia a responder mientras se aferraba al pelaje de su pecho arqueado, más animal, en busca de consuelo. No conocía a Orpheus, no confiaba en él, y su anterior muestra de agresividad la había puesto los pelos de punta. Estaba segura de que aún olía a miedo, y le preocupaba que de repente cargara contra los dos mientras Magnar la sujetaba.

Había conseguido inmovilizarlo contra el suelo.

Eso bastaba para demostrarle que era fuerte, y la velocidad con la que había arremetido contra Magnar nada más llegar había sido sorprendente. ¿Podría Delora resultar herida accidentalmente si los dos Duskwalkers empezaran a luchar encima o cerca de ella?

Reia puso los ojos en blanco e intentó dar un paso adelante, pero Orpheus procedió a apartarla para que no pudiera separarse de él.

—No pasa nada. No me hará daño.

—*Te robó la comida, Reia. Ya no sabemos lo que hará ahora que tiene su propia hembra,* —dijo Orpheus.

—Pero confío en él. —Reia volvió la cara hacia ellos. —No me hará daño si me acerco, ¿verdad, Mavka?

—*Magnar,* —corrigió, dando un solo paso atrás mientras arrastraba a Delora con él. —*Me llamo Magnar.*

Aunque no le había confirmado si le causaría daño o no e incluso se había alejado a la defensiva, una sonrisa cálida y brillante se dibujó en los rasgos de Reia.

—¿Ahora tienes un nombre? Me gusta. Magnar te queda bien. —Luego dirigió esa sonrisa acogedora a Delora, y ella pudo ver la amabilidad en la agudeza de sus ojos. —¿Y tu nombre?

—*Se llama Delora,* —respondió Magnar en su nombre antes de que ella tuviera la oportunidad de abrir la boca. —*Siento haber robado en tu jardín, pero ella necesitaba comida. No sabía dónde más ir.*

—¿Ves? —Dijo Reia mientras dirigía su rostro hacia la gran cabeza de Orpheus que tenía a su lado. —Necesitaba ayudar a Delora, y si me lo hubiera pedido, habría estado encantada de compartir. No hay razón para pelear.

—*No,* —añadió Orpheus obstinadamente, tirando de ella más a su lado. —*Nunca habría permitido que te lo quitara.*

—Orpheus, —advirtió Reia en tono sombrío.

Reia dio un profundo suspiro cuando no ocurrió nada, como si estuviera esperando algo en particular. Entonces se volvió transparente y, literalmente, flotó a través de su brazo.

Delora soltó un grito ahogado y se habría caído de culo del susto de no ser por Magnar.

—¡Un fantasma! Se ha convertido literalmente en un maldito fantasma.

Reia había estado flotando justo por encima del suelo con los dedos de los pies rozándolo mientras se movía en su dirección, pero se detuvo ante el grito de Delora. Orpheus se acercó a ella con un gruñido, pero un solo golpe de su mano a través de ella le dijo que no podía atraerla de nuevo a la seguridad de sus brazos.

—¿Ella no sabe que puede hacer esto? —Su voz sonaba distante, como si hablara desde muy lejos mientras un ceño de confusión empañaba sus rasgos.

—*Lo sabe. Sólo que aún no lo ha hecho. Delora no lleva mucho tiempo conmigo.*

No había creído del todo a Magnar cuando le dijo que podía volverse transparente, pero verlo suceder ante sus ojos la había dejado estupefacta. Se le encendieron las mejillas de vergüenza, pero no podía apartar los ojos aunque quisiera.

El pelo de Reia flotaba, al igual que la parte inferior de su falda. Todo su cuerpo se había vuelto tan blanco y transparente, incluida la ropa, que resultaba difícil verla.

Delora soltó el agarre que tenía sobre la piel de Magnar para mirarse las manos, preguntándose cómo se suponía que debía hacer esto también. Era increíble que tuviera una habilidad así. No sólo sería casi invisible, sino que podría moverse a través de las cosas.

Entonces Delora se dio cuenta de algo sorprendente.

La carne dorada de sus muslos se mostraba hasta el punto de que incluso podía ver la curva de su trasero. Dio un chillido y se bajó la camisa para que la cubriera mejor.

¡Mierda! No llevo pantalones y estoy segura de que se me veía el culo. Delora no creía haber conocido a otra persona con un atuendo, o mejor dicho, una falta de atuendo más mortificante. Sus mejillas se calentaron aún más hasta el punto de que incluso le ardían las orejas.

A Delora le solía costar un poco entrar en contacto con la gente. No era habladora por naturaleza, sino más bien callada y reservada. Ahora que había conocido a Reia así, cuando quizá podría haberla conocido de pie y sin enseñar sus pechos de mujer, quería entrar y esconderse.

—Bueno, —se rió Reia mientras colocaba las manos sobre sus caderas fantasmales. —Supongo que primero aprendí a hacer esto porque me morí.

La vergüenza de Delora se desvaneció ante las palabras que Reia acababa de pronunciar. *¿Ella... murió?*

Como si lo intuyera, Reia hizo un gesto despectivo con la mano.

—No te preocupes. Es una larga historia, y todo acabó bien. —Fue a poner la mano en el cuello de Orpheus, pero su brazo lo atravesó por completo. Ella se inclinó hacia un lado como si esperara ser sólida. No pareció importarle mientras llevaba la mano hacia atrás, la miraba y luego movía los dedos. —Siempre volveremos. Después de un día o de la muerte, volveremos con ellos.

—Ahora entiendo por qué te ponías tan a la defensiva cuando estaba cerca de Reia, —le dijo Magnar a Orpheus. Su forma empezó a revertir a la que Delora estaba acostumbrada, y su ropa se filtró por su piel hasta cubrirlo. —No entendí que fuera tan preciada para ti hasta que encontré a Delora.

Orpheus hizo lo mismo, saliendo de su forma monstruosa para revelar su camisa negra abotonada y unos pantalones similares a los de Magnar. Como él, su cráneo de lobo y sus cuernos de antílope no cambiaron. Sin embargo, unas botas negras cubrían sus pies, ya que los suyos tenían una forma más humana y podían llevarlas.

—Si yo he aprendido a aceptarlo, tú también lo harás.

Se arregló el puño de la camisa tirando de él hacia abajo antes de erizar todo su cuerpo como para asegurarse de que todo estaba donde quería.

Magnar chasqueó las mandíbulas en una flagrante amenaza, haciendo un ruido de mordiscos cuando sus colmillos se juntaron. Levantó a Delora tirando de ella hacia un lado como si fuera un muñeco de trapo arrebatado por un niño pequeño.

Con un suspiro, los pies de Reia se hundieron en el suelo mientras comenzaba a materializarse de nuevo en un cuerpo completamente sólido. Cuando terminó, giró la cabeza hacia Orpheus antes de mirar a Magnar, con otra sonrisa en los labios.

—Bueno, ya que estamos aquí... ¿deberíamos ayudar?

Delora miró a Magnar, que arrastraba los pies nerviosamente, antes de encontrarse con la mirada de Delora.

¿Ayudar? pensó frunciendo las cejas. *¿Ayudar en qué?*

CAPITULO 15

Magnar echó un vistazo a Delora, que estaba sentada en los escalones del porche, viéndole cortar y pelar la corteza de un grueso árbol que había talado para poder trabajar con el.

Sujetando el mango de cada lado y manteniéndose firme en el tocón del árbol sobre el que estaba sentado, Magnar deslizó su cuchillo de carpintero por el costado del tronco. La capa inferior se desprendió enroscándose mientras la capa de corteza seca salía despedida en direcciones aleatorias.

Ya había cortado este árbol antes de que lo desalojaran de la zona, antes de conocer a Delora, y ahora lo estaba cuidando para poder utilizarlo en el porche. Primero había estado construyendo todo el exterior para que estuviera listo y protegido antes de empezar a trabajar en el interior del edificio.

Le preocupaba que, si esperaba demasiado, el suelo del porche sufriera daños por la intemperie.

¿Debería hacer primero las habitaciones? Eso la haria sentir mas comoda, pero al final negó con la cabeza. No, el porche tenía que estar terminado ahora que lo había empezado.

Cuando su vista se alejó de la corteza y volvió a Delora, sus orbes se tornaron de un rosa rojizo.

Debería haber escuchado a Orpheus. Le había dicho a Magnar que terminara el interior, pero se había obstinado tontamente en que el exterior estuviera completo antes de hacer nada entre sus cuatro paredes.

Antes no tenía sentido.

—Y bien, —se inmiscuyó Reia en sus pensamientos con indiferencia, saltando hacia él con una regadera en las manos colocada a la espalda. Había estado cuidando el jardín por él. —¿Cómo vas a llevar a Delora a la Aldea de los Demonios ahora que tienes su alma?

Magnar soltó un resoplido de irritación. No sabía cómo iba a hacerlo.

Sabía que tenía que ir allí, tenía que ir a ese lugar... y pronto. Había herramientas y objetos que necesitaba de allí para terminar el interior de la casa.

La Aldea de los Demonios era una zona bastante grande llena de Demonios inteligentes como los Mavka. Habían consumido suficientes humanos para ser menos violentos y ya rara vez los cazaban. En su lugar, habían empezado a imitar su forma de vida.

Construyeron la aldea y luego empezaron a vivir en ella, a vender en ella y a participar en eventos para celebrarlo.

Aquellos extraños Demonios también habían empezado a construir casas en una zona cercana al centro del Velo y vivían allí pacíficamente. Comían carne, independientemente de la criatura de la que procediera, pero estaban empezando a crear familias, amistades y sociedades comerciales. Era difícil verlos como los Demonios normales con los que Magnar se había cruzado.

Sólo había una diferencia entre cuando había ido allí con Reia y Orpheus a cómo llevaría allí a Delora.

—Eras humana, —murmuró mientras cortaba con su cuchillo de carpintero el tronco que tenía entre las rodillas. Su vista volvió a ser verde. —Delora puede convertirse en Fantasma.

—Eso sigue siendo bastante peligroso. —Ladeó la cabeza, con el pelo cayéndole a un lado. —Eso hará que se sepa que la tienes.

Tenía razón, y eso era algo que preocupaba a Magnar.

—No sé cómo lo hizo Orpheus, —le confesó.

—Llevarte a un lugar así mientras eras humana fue una gran tontería. Podrían haberte hecho daño.

Una vez más, Magnar dejó que su vista se desviara hacia su hembra, que jugueteaba con la tela que se había atado a la cintura. Al parecer, no se sentía bien vestida, pero a él le parecía que llevaba demasiada ropa.

No entendía por qué sentía la necesidad de cubrir su cuerpo.

—Entonces no tenías ningún problema con eso, —rebatió Reia mientras colocaba la regadera en el suelo detrás de ella y ponía las manos en las caderas. Incluso levantó la ceja mirándole, y él dio gracias por haberse comido a tres humanos desde que la conoció. —¿Qué? Como te beneficiaba que me llevaran allí, ¿no veías ningún problema en ello? No creía que fueras tan egoísta.

Estaba siendo sincera, a pesar de sus palabras hirientes, pero también mantenía una leve sonrisa como si estuviera bromeando. Él no era lo suficientemente experto en humanos como para saber si lo que estaba interpretando de ella era cierto o no.

Todo lo que sabía era que quien era entonces era diferente a quien era ahora. No mucho, seguía siendo 'estúpido', como lo llamaba Orpheus, pero había aprendido mucho.

—No lo sabía, —respondió mientras veía cómo los ojos de Delora se deslizaban hacia él antes de que ella desviara la mirada. De inmediato ella volvió a dirigirla, como si no pudiera evitar mirarlos, al igual que él no podía evitar que su vista siguiera hacia ella. —No comprendí la importancia de lo que estábamos haciendo. Estabas desprotegida sin la capacidad de volverte traslúcida.

—Os tenía a ti y a Orpheus, ¿recuerdas?

Y mirando a Delora ahora, y lo que sentía por ella...

—No fue suficiente. Un solo golpe y habrías muerto. No debiste haberle presionado. No deberías haber hecho que te llevara.

Reia se quedó boquiabierta. —¿En serio me estás regañando por haberte ayudado?

—Sí, —admitió. —Os estaré siempre agradecido por el riesgo que corristeis los dos en mi nombre, y más ahora que entiendo por qué Orpheus dudaba tanto.

—Parece que te gusta mucho.

Reia se volvió hacia Delora, que pareció congelarse en el sitio con ambos mirando en su dirección. Había estado un poco tímida y reservada desde el incidente alrededor del manzano. Su cara tenía un bonito color de remolacha, pero él la conocía lo suficiente como para saber cuándo se sentía incómoda.

Pensó que tal vez se debía a la pelea con Orpheus, que había perdido vergonzosamente antes de empezar. Esperaba que se encontraran en mejores circunstancias.

No era sólo con Orpheus con quien se mostraba reservada, sino también con Reia. Habían intercambiado algunas palabras y habían hecho la extraña costumbre de darse la mano, pero luego Delora se había ido adentro por un largo rato. Eso dio a Magnar, Reia y Orpheus la oportunidad de discutir los planes para el día.

Le estaban ayudando a construir la cabaña, como habían hecho desde el principio.

Delora había salido a sentarse en los escalones del porche no mucho después de que Reia le pidiera a Orpheus que consiguiera un par de cosas de su casa para que Delora pudiera estar más cómoda aquí. Cosas como un cubo para asearse, jabón, algunos cacharros y cubiertos, una manta y una almohada adecuadas. Reia también le había pedido que trajera comida, aunque Orpheus trató de negar esta última petición.

Magnar ahora iba a tener que intercambiar parte de la comida que cultivaba, que ellos no tenían, en agradecimiento por su ayuda. Esto era lo único que apaciguaba a Orpheus.

No sabían que Magnar ya había planeado darles su comida.

En lugar de responder a su comentario de que le gustaba ‘mucho’ Delora, como ella dijo, Magnar la ignoró quitando más corteza. No pudo evitar que sus orbes se tornaran de un rosa rojizo por la vergüenza y deseó no ser tan obvio con sus sentimientos, lo cual, dicho sea de paso, los hacía más evidentes.

Comenzó una sonora y aguda carcajada, y levantó la vista hacia Reia, que carcajeaba mientras le señalaba con el dedo.

—¡Sí!

—¿Por qué es tan gracioso? —gruñó Magnar, mientras sus orbes se tornaban de un rojo intenso.

Ella sacudió la cabeza antes de poner los ojos en blanco.

—Los Duskwalkers no podéis ocultar nada con esos ojos brillantes que tenéis. No puedo creer que lo intentarais. —Luego se puso a su lado, casi rozándole el hombro, para mirar el libro de instrucciones que él tenía en el suelo, cerca de los pies. —Es muy guapa. ¿Cómo te has embolsado una mujer tan voluptuosa?

¿Una qué? A veces no entendía los gestos de Reia ni lo que significaban sus palabras.

—Tú dices *voluptuosa*, pero ella dijo... ¿gorda? ¿Cuál es la diferencia?

Quería entender mejor por qué a su hembra le había resultado extraño que la tocara en ciertos lugares para poder discutir con ella al respecto en el futuro.

Reia frunció el ceño. —Ninguna, supongo. Pero una forma es más agradable de decir, casi como sexy. Es una mujer con curvas, no puedo negarlo, pero algunos humanos piensan que es algo malo.

—Hmm, —tarareó en voz alta, casi dejando de hacer su tarea para darse golpecitos en el hocico, pensativo.

Los humanos son raros. Y sabía que estaban equivocados. No había nada malo en el aspecto de Delora.

En realidad, esas caderas regordetas y abultadas de ella le daban un extraño deseo de... morderlas.

Reia se agachó para coger el libro de instrucciones sobre muebles y casas que tenía, algo que ella le había regalado, y empezó a hojearlo. Encontró una página en la que se explicaba cómo construir una silla.

—Deberías hacer una para Delora, —le dijo, mostrándole la sencilla silla de cuatro patas y respaldo cuadriculado. También le mostró la mesa a juego en la página siguiente. —Tendrás que hacer una con el tiempo, y será bueno que tenga un lugar donde sentarse y comer.

Hizo una pausa para mirar lo que estaba haciendo antes de inspeccionar la silla. Lo que tenía entre los muslos era un enorme tronco que iba a dividir en secciones para los soportes del tejado del porche. Tendría que dejar de hacerlo para empezar la tarea que ella le estaba mostrando. Necesitaba troncos más pequeños, como ramas de árbol.

—¿Es más importante un asiento y una mesa que el techo del porche?

—No puedes esperar que viva en una casa vacía. En algún momento necesitará muebles. Envié a Orpheus a casa a por otras cosas, pero debería poder empezar a cocinar con algunas de las verduras que crecen más rápido en el jardín. No me gusta comer en el suelo, y dudo que a ella tampoco.

—Pero no sé cómo hacerlo, —respondió con tono abatido. Le quitó el libro para poder mirarlo bien. —No sé tallar la madera así.

Reia volvió sus ojos verdes hacia él y sonrió. Antes le había robado el aliento, pero ahora sentía como si lo contuviera eternamente, esperando el día en que Delora compartiera con él su primera sonrisa.

Sus ojos cambiaron de su habitual tono verde a algo mucho más oscuro. Desvió la vista para ver que las patas de la silla tenían formas curvas. No sabía cómo unirlo todo sin que se deshiciera.

—No pasa nada. Orpheus puede enseñarte si no puedes hacerlo tú mismo.

Empezó a señalar el diagrama dibujado mientras le leía la sección de instrucciones.

Reia sabía que Magnar no sabía leer. Ella había estado planeando enseñarle algunas palabras en algún momento, pero se preguntó si tal vez podría pedirle a Delora que le enseñara en su lugar.

Mientras reflexionaba sobre esto, Reia, que estaba bastante cerca de su cara ya que eran casi de la misma altura mientras él estaba sentado, levantó los ojos del libro para mirarlo.

—¿Sabes?, —empezó, levantando una ceja rubia hacia él. Le miraba de un modo peculiar. —Nunca respondiste a mi pregunta sobre cómo conociste a Delora.

Magnar ladeó la cabeza. ¿Por qué era tan importante que sentía la necesidad de preguntar dos veces? Delora estaba aquí, eso era lo único que le importaba.

—Se cayó encima de mí, —respondió, sabiendo que Reia iba a curiosear hasta saciar su curiosidad.

Su cabeza se echó hacia atrás de repente. Frunció el ceño con un mohín de confusión en los labios.

—¿Qué quieres decir?

Magnar levantó ligeramente el hocico y lo señaló hacia arriba. —Cayó del cielo y aterrizó encima de mí la última vez que salí de mi cueva para venir aquí.

—¿Como... literalmente del puto cielo? —Su tono no era de asombro, sino de horror. —¿Cómo llegó al cielo, Magnar? ¿Por qué caía?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No sé por qué cayó en el Velo.

El pelaje y las plumas de Magnar se hincharon de aprensión ante la cara que le puso Reia. Su cabeza se dirigió hacia Delora cuando se dio cuenta de que, en realidad, aquello podía no ser nada bueno.

¿Por qué había venido Delora al Velo? Nunca se le había ocurrido preguntarlo, pero ¿debería preocuparse?

Delora jugueteó con el puño de la camisa negra que llevaba por enésima vez, antes de recolocar la sucia tela blanca que se había atado alrededor de las caderas para que cubriera mejor sus partes íntimas y sus piernas. No cubría demasiado. Era como un pareo, y como no era lo bastante grande como para rodearle las caderas de una esquina a la otra, lo había doblado en forma de triángulo para que las esquinas más alejadas pudieran juntarse.

Se le veía un muslo entero, pero era mejor que no llevar nada.

Al principio agradeció que no estuviera el otro Duskwalker, el que no conocía.

Habían sido bastante acogedores cuando habían hablado brevemente, hasta que la incapacidad de Delora para ignorar el hecho de que estaba medio desnuda empezó a molestarla. El atuendo de Reia era bastante bonito.

Su opinión inicial sobre ella había sido positiva.

Ahora, mientras estaba sentada en el escalón del porche viéndola hablar con Magnar, Delora sintió un hueco en el estómago.

Parecen llevarse muy bien.

Reia había estado riendo y sonriendo con Magnar, prácticamente apoyada en él cuando cogió el libro que había dejado en el suelo para repasarlo con él.

A Delora no le gustó.

No le gustaba que Reia estuviera tan cerca de Magnar. No le gustaba que se riera con él, que se apoyara en él... que hablara tan despreocupadamente con él que parecía hacerlo con facilidad.

Una opresión se extendía en su pecho, una que había sentido antes y que odiaba con cada fibra de su ser.

Es mi Duskwalker. Cuando ambos volvieron la cabeza hacia Delora, ella giró la suya hacia un lado con un mohín de enfado. *Ella tiene el suyo. ¿Por qué tiene que ser tan amistosa con el mío?*

Delora nunca había sido una mujer celosa. Nunca antes había sentido la llamarada posesiva del ácido corriendo por sus venas, pero después de lo ocurrido con Hadith, de cómo la había traicionado, era difícil deshacerse de ese sentimiento.

Especialmente cuando Reia agarró una de las ramificaciones de la cornamenta de Magnar y empezó a sacudirle la cabeza. Él no la detuvo.

Deseó poder oír de qué hablaban, pero no quiso acercarse. Llevaba aquí un rato. Si querían hablar con ella, que lo hicieran.

En lugar de eso, se limitó a agarrar los puños doblados de su camisa negra y sujetarlos con firmeza, deseando que desapareciera la emoción que le revolvía el estómago. Sabía que era irracional, pero aun así la hacía sentir rencorosa.

Magnar abandonó lo que había estado tallando para dirigirse a un árbol a las órdenes de Reia. Señaló una rama gruesa. Delora contempló la demostración de su impresionante fuerza cuando la agarró con una mano mientras sostenía el árbol con la otra y arrancó la rama de un solo movimiento.

Hizo lo mismo con otras tres que señaló Reia antes de volver al tocón que había estado utilizando como silla. Esta vez, estaba de espaldas a ella.

El hueco en su pecho se hizo más profundo.

No sabía lo que estaba haciendo, pero, de repente, ¡ni siquiera quería mirarla a la cara ahora que Reia estaba aquí!

¿Quizás quería estar con Reia pero no podía porque ella le había dado su alma a otro? No sabía la respuesta a esa pregunta, pero la hacía sentir como una mierda que tal vez sólo hubiera sido una segundona.

El calor ardió en sus mejillas, ardientes y llenas de rabia, y entrecerró los ojos mientras desviaba la mirada. Quería quedarse en su sitio para mostrar su presencia, pero ya no le apetecía especialmente seguir observándoles.

Eso le dio la oportunidad de ver a Orpheus atravesar la arboleda con una serie de objetos en los brazos y atados a la espalda.

Venía directo hacia Delora, pero tenía la cabeza vuelta hacia Reia, como si no pudiera apartar la mirada de ella. Sus orbes, que normalmente eran azules, se volvieron de un verde oscuro.

Cuando llegó junto a Delora, emitió un profundo resoplido, uno que sonaba a irritación. Se detuvo frente al escalón inferior, justo al lado de ella, y finalmente se encaró con ella, rebuscando en el gran cesto que llevaba entre los brazos.

Ahora que vio todos los objetos atados a Orpheus que estaban destinados a Delora, parte de su enfado se desvaneció. Reia estaba siendo generosa y comprensiva con su situación al darle todo esto. ¿Qué derecho tenía a sentir algún tipo de emoción negativa hacia ella?

Joder. Mi mente es tan retorcida. Constantemente se sentía como en una jungla, tan densa y llena de raíces retorcidas, tan profunda y vasta, que no podía encontrar la manera de salir de ella. Una maraña de paranoia, dolor, ira y confusión luchaba constantemente en su interior. Deseaba poder cortarlo todo y dejar paso a la claridad.

Quiero que pare.

Estaba a punto de agarrarse la cara molesta con sus propios pensamientos, pero una gran mano se introdujo en su periferia. Dentro había un tarro de cerámica con un trozo de cordel atado alrededor para mantener la tapa sujeta.

Delora miró a Orpheus, que la observaba desde su enorme altura. Se dio cuenta de que intentaba dárselo.

Aún no sabía lo que sentía por él después de lo que había pasado antes. Había atacado a Magnar y parecía que pretendía matarlo por robar.

—¿Qué es? —preguntó Delora con recelo, levantando ambas manos para cogerlo.

—Es té de menta, limón y miel, —respondió él, retirando lentamente la mano cuando ella sintió que el dorso de sus dedos rozaba los callos oscuros de la palma. —A Reia le gusta el té que le preparo y pensé que a ti también te gustaría. Todavía debería estar caliente.

Su voz no era un barítono tan grave como la de Magnar, pero era igual de rica y suave.

Los párpados de Delora se agitaron rápidamente. No podía creer que él le hubiera dado esto.

—¿Estás diciendo que tú... hiciste esto para mí? ¿Por qué?

Los orbes de Orpheus volvieron a ser azules e inclinó la cabeza hacia ella como había visto hacer a Magnar a menudo. Quizá fuera cosa de los Duskwalkers. No podían transmitir sus emociones con la cara, pero sí con el cuerpo.

—Porque eres humana. —Levantó la mirada para mirar fijamente a Reia. —Es duro vivir en el Velo, vivir con nosotros, los Mavka. Soy consciente de que te asusté antes, y sé lo peligroso que puede ser ese miedo. Quería hacer las paces contigo, sobre todo ahora que nos veremos más a menudo.

A Delora le sorprendió lo bien que hablaba y lo reflexivo que era. Casi parecía... mayor que Magnar, incluso más inteligente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Reia querrá visitarte. Querrá asegurarse de que estás cómoda. Ya puedo decir esto de ella desde hoy. —Orpheus asintió con el hocico en dirección a Magnar y Reia. —Ella ya le ha convencido para que te haga una silla.

—¿En serio? —La mirada de Delora se disparó hacia ellos para ver que estaban acurrucados alrededor del libro, y él sostenía una de las ramas a las que ya había conseguido arrancar la corteza. —Pero ella no me conoce. ¿Por qué haría algo así por mí?

—Porque Reia es buena.

Orpheus no dijo nada más sobre el tema antes de subir las escaleras para tirar todo lo que había traído dentro. En ese tiempo, Delora había conseguido deshacer el cordel, quitar la tapa de cerámica arenosa y tomó un sorbo de su contenido.

Alivió algunos de los terribles sentimientos que había tenido revoloteando en su estómago y fue dulce para sus papilas gustativas.

Mientras salía, Delora murmuró: —Gracias. La verdad es que es muy agradable.

Orpheus asintió, con los zapatos golpeando los escalones del porche al bajar.

—Será mejor que le ayude. Cometerá un error si no lo hago. —Luego sacudió la cabeza mientras decía: —No es fácil hacer muebles.

Se dirigió directamente hacia Reia y enroscó su gran mano alrededor de su pequeña cintura, tiró de ella hacia él y chocó la punta de su hocico contra su mandíbula en señal de afecto.

Los ojos de Delora se abrieron de par en par cuando él le lamió descaradamente el cuello, haciéndola soltar una risita mientras le empujaba la cara. Eran mucho más cercanos de lo que Delora podría haber imaginado, y notó que Magnar los observaba con un color verde más oscuro presente en sus orbes.

Entonces giró la cabeza hacia Delora y la torció bruscamente.

¿Quiere lamerme así? Un lado de sus labios se curvó cuando se dio cuenta de que no le importaría que él intentara hacerlo.

Ahora que Orpheus había acudido en su ayuda, Reia los abandonó para acercarse a Delora. Su espalda se puso rígida de inmediato cuando se sentó a su lado, a unos treinta centímetros, en el escalón superior al suyo.

—¿Orpheus se disculpó? —preguntó Reia con tono firme.

Delora levantó las rodillas para poder cruzarlas con un brazo y apoyar el codo en él. Luego apoyó la barbilla en la palma de la mano.

—¿Se lo has pedido tú? —Delora giró ligeramente el cuerpo hacia Reia para mostrar que tenía su atención.

—No, —respondió con un movimiento de cabeza. —Sólo le conozco lo suficiente como para saber que se sentiría mal por asustarte porque eres humana. —Entonces Reia levantó la barbilla en dirección a los dos Duskwalkers. —Me gusta el nombre que le has puesto. Me alegro de que por fin tenga uno.

—¿Cómo es que no le diste uno entonces?

Reia levantó los hombros. —No quería asumir la responsabilidad. Soy pésima para ser creativa. Lo único que sé hacer son vestidos, y eso es porque tuve que aprender. No porque quisiera.

Las cejas de Delora se fruncieron con fuerza. —¿Significa eso que has hecho tú el vestido que llevas?

Reia volvió los ojos, pero no la cara, hacia Delora, y luego sonrió alegremente. —Sí. Orpheus me consiguió las telas y el equipo de costura para que pudiera hacerlos. También me consiguió algunos tintes de tela para que pueda cambiar la ropa blanca que ya tenía de las ofrendas que le dieron.

Delora apretó los labios. Apartó los ojos de Reia para mirar, justo a tiempo para ver a Orpheus golpear con el dorso de la mano el costado de la cabeza de Magnar como si hubiera cometido un error.

—¿Ofrendas?

—Sí. No sé si has oído hablar de él, pero es el Duskwalker que andaba por ahí ofreciendo un escudo de protección a cambio de una novia.

—Sí, he oído hablar de él. —Entonces Delora murmuró: —Pero yo creía que los Duskwalkers eran sólo un mito hasta que conocí a Magnar.

—Bueno, —Reia soltó una leve risita. —Definitivamente son reales, como puedes comprobar.

—Sí, no me digas. Supongo que como le has dado tu alma, ¿no buscará más ofrendas?

—No.— Hubo una larga pausa, como si Reia estuviera esperando a que Delora dijera algo. Cuando no lo hizo, preguntó: —Entonces, ¿cómo acabaste en el Velo?

Delora sintió que se le oprimía el pecho. —Es una larga historia.

Una que prefería no contarle, o no contarle en absoluto.

Cuando sus ojos se desviaron hacia Reia, se dio cuenta de que los suyos habían entrecerrado. Delora apartó rápidamente la mirada, dejando claro que no iba a decir nada más al respecto.

Si iba a descargar el pasado que sentía como un peso terrible en su mente y su corazón, lo haría con alguien en quien confiara, alguien con quien se sintiera cómoda. Lo haría con el gran Duskwalker que casi se había caído del tronco intentando alcanzar la rama que había empezado a rodar lejos de él.

Una sensación de frío recorrió todo su ser. Se preguntó si alguna vez sería capaz de deshacerse de su miedo a ser abandonada para decirle la verdad.

Delora no quería que Reia se enterara antes para tergiversar la historia. Era humana. Comprendería el significado de lo que Delora había hecho.

De pronto deseó que desaparecieran para que volvieran a ser sólo Magnar y ella. Su presencia la hacía sentir más presionada, la hacía sentir como si tuviera que fingir. No quería ser grosera, pero era el mayor tiempo que había estado despierta desde que llegó al Velo y su energía estaba menguando.

Perder las ganas de vivir era sorprendentemente agotador.

—Dijiste que tenías tinte para la ropa, —empezó Delora. Dejó caer torpemente la mirada hacia Reia y descubrió que la seguían mirando. —¿Eso significa que tienes pintura?

—¿Pintura? —Reia frunció el ceño pensativa, antes de negar con la cabeza. —No, no tengo. ¿Por qué?

Delora se mordió el labio. Quizá estaba pidiendo demasiado, puesto que ya le habían dado mucho, pero ahora que su mente había captado este hilo, no podía dejarlo escapar.

—¿Qué tal arcilla?

—Claro, pero Magnar ya tiene arcilla para construir.

Su nombre saliendo de su boca carcomía a Delora. Sus celos eran como una sanguijuela desagradable que se había adherido permanentemente como un parásito.

Respiró hondo para calmarla, antes de exhalar un suspiro.

—Um, ¿estaría bien si me prestas un poco de tinte entonces? —Delora giró la cabeza hacia el cielo, sus rasgos se relajaron ante la idea. —Me gustaría pintar, y puedo mezclar tinte con arcilla. Hace mucho que no pinto, pero si no quieres....

—Puedes tener todo lo que quieras, Delora, —se apresuró a decir Reia. —No tenemos mucho que pueda darte porque yo misma lo necesito, pero lo que necesites para ser feliz aquí. Te daré lo que pueda.

—Gracias...

Delora no sabía muy bien cómo expresar su gratitud, pero intentó sonreír débilmente para ella. Fue torpe, y se cayó inmediatamente cuando supo que no había llegado a sus ojos.

—Por supuesto, —se rió Reia, pero sus ojos contenían una agudeza, algo oscura. —No quiero que te vuelvas como Katerina.

—¿Quién? —preguntó Delora frunciendo el ceño.

La sonrisa de Reia ya no era tan humilde como antes.

—Te contaré la historia de Katerina, quién es y qué le pasó, cuando me digas por qué te caíste por un acantilado y aterrizaste en el Velo.

Oh, mierda. Los ojos de Delora se abrieron de par en par cuando Reia se levantó y empezó a caminar hacia los Duskwalkers, aparentemente cansada de su conversación.

Al parecer, Reia no era tan dócil como parecía al principio.

CAPITULO 16

Delora había dudado si sentarse en la silla de madera que había hecho Magnar. Se mordió el labio mientras bajaba lentamente el trasero antes de sentarse en ella.

Había pensado que se rompería con cualquier peso, pero ahora que estaba en ella, sabía que era realmente resistente.

El brillo amarillo de sus ojos hizo que su corazón se ablandara, y no hizo más que crecer en intensidad cuando él colocó su mesita a juego delante de ella. Incluso le dio un cuenco de fruta para demostrarle sus capacidades, y ella lo comió con entusiasmo en su presencia, lo que pareció complacerle.

Lo hizo cuando Orpheus y Reia aún estaban aquí, pero hacía tiempo que se habían marchado, y Magnar había estado trabajando en el porche desde entonces.

Delora lo había observado en silencio antes de preguntar cómo iban a llenar el cubo de la colada que le habían dado. Magnar había hecho una demostración de un hechizo bastante ingenioso, pero también desagradable. Se había cortado la muñeca para que una gota de su sangre cayera en el cubo, que empezó a llenarse de agua caliente.

Afortunadamente, el agua no desprendía ningún olor extraño, pero tenía un sabor fuerte.

A ella no le importaba. Era su primera oportunidad de bañarse desde que había llegado al Velo. El agua estaba caliente, el jabón que le habían dado era agradable y se limpió el cuerpo de pies a cabeza con un trozo de tela.

Magnar había estado ocupado fuera todo el tiempo, pero ella lo había llamado una vez que se había puesto una toalla improvisada alrededor del cuerpo. Él se había mostrado encantado de darle la última camisa limpia que le quedaba, y ella le prometió que se la devolvería cuando Reia le diera un vestido en uno o dos días. Pensaba limpiar la sucia que acababa de quitarse y utilizarla como camisón en el futuro.

Reia había tomado una medida aproximada de su cuerpo con un cordel y le había dicho que le cambiaría el vestido que pensara que podría quedarle bien. Había sido incómodo tras el abrupto final de su conversación anterior, pero aun así Reia se había ofrecido a hacerle uno.

Aun así, era agradable sentirse limpia. De algún modo la hacía sentirse más ella misma, más humana.

—Hueles diferente, —comentó Magnar mientras le olfateaba el pelo mientras comía.

Su silla había sido colocada junto a una de las paredes, ya que habría desentonado en medio de la casa vacía.

—Es jabón. —Ella levantó la cabeza y casi le da un cabezazo en el hocico. —Te dije que me iba a bañar.

—No me gusta. —Le dio un resoplido en el pelo antes de apartarse. —No te bañes. Me gustaba cómo olías antes.

—Pero estaba sucia. —Cuando supo que iba a discutir, Delora bajó los párpados, molesta. —Es importante que los humanos se bañen. Tenemos que hacerlo. Es bueno para nosotros, nos hace sentir bien, y estar sucios es malo para la salud.

Magnar soltó un bufido malhumorado antes de conceder la derrota.

—Bien, pero sólo porque aún puedo oler tu olor debajo de tu *jabón*.

Una vez que terminó de comer, Delora se dirigió al nido que ahora también contenía una fina manta y una mullida almohada en su interior. Estaba forrado de tela azul marino y parecía de buena calidad, pero a ella no le habría importado. Siempre le había resultado difícil dormir bien sin algo que la cubriera, como si su mente necesitara una barrera contra el mundo mientras dormía.

Se arrodilló dentro y se inclinó sobre las paredes del nido para coger el cepillo que le había dado Reia. Empezó a cepillarse el pelo ahora que estaba seco. Su pelo era liso, y siempre que intentaba cepillárselo cuando estaba mojado, lo sentía fibroso y se quebraba con facilidad.

Fue un proceso lento, ya que no sólo era la primera vez que se cepillaba el pelo en más de dos semanas, sino también la primera vez que podía lavárselo. Tuvo que empezar por las puntas e ir subiendo poco a poco.

—¿Qué es eso? —preguntó Magnar, acercándose para poder rodear con su mano la que ella estaba usando.

—Es un cepillo. —Le miró por encima del hombro: —Me ayuda a quitarme los nudos del pelo. ¿Ves?

Para demostrarlo, Delora le subió la manga de la camisa y empezó a cepillarle el pelo del dorso de la muñeca. Su pelaje negro apareció inmediatamente más brillante, y acarició sus dedos sobre él antes de darse golpecitos en el hocico.

Levantó la cabeza para que se notara que le estaba mirando el pelo cuando ella empezó a desenredárselo de nuevo.

—¿Puedo ayudar?

Delora hizo una pausa con las cerdas enredadas en algunos nudos. —¿Quieres cepillarme el pelo?

Sus ojos brillaron de un rosa rojizo, pero asintió cuando ella apartó el cepillo para que pudiera sujetar sus mechones nudosos.

—Esta acción me parece agradable. Me gustaría tocarte el pelo y dejártelo bonito.

¿Cómo podía una petición tan sencilla hacer que su corazón tartamudeara?

El cepillo parecía demasiado pequeño en sus grandes manos, pero Delora le mostró cómo manejarlo sin causarle ningún dolor. Magnar fue cuidadoso y cauteloso, como si pensara que la iba a dejar calva de un manotazo. Eso hizo que la tarea durara mucho más de lo que debería.

Delora lo agradeció.

No tardó en cerrar los ojos de satisfacción. Sobre todo cuando él había deshecho todos los nudos y se limitaba a peinarla porque quería. Empujó las

cerdas sobre su cuero cabelludo sensible y se sintió como una felicidad absoluta.

Luego se volvió más valiente y peinó también las hebras con las garras. Delora dejó escapar un jadeo cuando sintió las puntas rozarle por detrás del pelo y bajarle por la nuca. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal, haciéndola arquearse.

—He visto a Reia hacer cosas con su pelo, —dijo Magnar, haciendo que sus ojos se abrieran y se entrecerraran en la pared. —¿Tú también harías estas cosas? Ella las llama *trenzas*.

—Pareces muy unido a ella, —refunfuñó Delora, esforzándose por no sonar mezquina.

Se alegró de que probablemente él no entendiera el tono de su voz.

—Reia es la primera humana con la que hablé. Ella fue quien convenció a Orpheus para que me ayudara, y ha sido muy amable conmigo. Fue ella quien me habló de los humanos para que no te asustara.

Delora se volvió para mirarle, y él continuó cepillándole el pelo como si no estuviera dispuesto a separarse de la acción.

—Te habría comido, de no ser por ella. —Luego desvió rápidamente la mirada girando el hocico hacia un lado y luego hacia el otro. Se rascó la nuca. —Tal vez no debería haber dicho eso.

Y allí estaba de nuevo aquel muro.

Delora se preguntaba con qué frecuencia Magnar guardaba para sí sus pensamientos o vigilaba sus palabras en torno a ella. No quería que se contuviera porque le preocupara que ella le tuviera miedo o aprensión.

—Magnar. —Puso su mano sobre la de él y empezó a darse la vuelta.

—Si vas a hacerte cosas raras en el pelo, me gustaría que me enseñaras cómo. —Él seguía sin mirarla, pero ella pudo ver que el brillo avergonzado de sus orbes se iluminaba. —Aprenderé por ti.

Estaba divagando. Delora se arrodilló frente a él, entre sus rodillas abiertas, donde él estaba arrodillado en el nido. Colocó las manos en su regazo y sintió la nariz acalorada por el nerviosismo de lo que quería decir a continuación.

Delora quería estar cerca de Magnar. Orpheus había abrazado a Reia, la había acurrucado y acariciado sin vacilar, y ella quería que ellos también pudieran hacerlo. Quería que las cosas fluyeran con facilidad entre ellos.

—¿Quieres... tocarme?

Ahora que las palabras habían sido pronunciadas, sus mejillas también se calentaron, pero se negó a echarse atrás.

—Siempre.

—Si quieres, puedes. Donde quieras, —dijo Delora, y sus orbes cambiaron a un amarillo brillante. Él levantó la mano, pero antes de que pudiera tocarle la cara, ella la agarró con ambas manos para detenerlo. —Con una condición. Quiero que te quites la camisa.

Magnar apretó las yemas de los dedos contra su pecho mientras giraba la cabeza hacia abajo y hacia un lado para poder ver más allá de su hocico.

—¿Mi camisa? Pero me dijeron que no te mostrara mi cuerpo.

Delora se acercó y dejó que las yemas de sus dedos rozaran los huesos blancos que sobresalían en el dorso de sus manos. Se había dado cuenta de que Magnar tenía más que Orpheus. Aunque era más alto, Orpheus parecía estar más... formado.

—Creo que al principio eso podría haber sido prudente, pero ya no necesitas esconderte. Te prometo que no me enfadaré.

Ambos necesitaban dar un salto esta noche. Magnar necesitaba desnudarse parcialmente, y Delora necesitaba dejarle ser curioso con ella. Esperaba que ésa fuera la respuesta para establecer una relación cómoda entre ellos.

Al parecer, ella iba a estar con él para siempre. No tenía sentido que ninguno de los dos fuera tímido.

Delora nunca había visto a Magnar abrocharse los botones de la camisa. Cuando le pareció que estaba luchando con las pequeñas cosas con sus grandes dedos y garras curvadas, ella optó por ayudarlo deslizando cuidadosamente sus manos por debajo de las de él.

Empezó por arriba, y rápidamente se dio cuenta de que su cuerpo estaba cubierto de pelo, pero sus músculos pectorales estaban recubiertos de pequeñas plumas que se hacían más largas y grandes alrededor de los hombros. Cuanto más bajaba, más se revelaban las hendiduras en el pelaje alrededor de su estómago, que mostraban hasta qué punto se hundían los

músculos de su esbelto cuerpo. Parecía fuerte, con el torso más largo que el de un humano.

Ella no entendía por qué se suponía que esto era desagradable, por qué le habían dicho que ocultara su cuerpo, hasta que se desabrochó el último botón y empezó a quitárselo de los hombros.

Una parte de ella sabía que podría ver más huesos extraños fuera de su carne, pero no había pensado que vería su caja torácica por completo, ni la placa del esternón. También pudo ver las protuberancias de los hombros y la parte superior interna de los huesos de la cadera, ya que el resto estaba hundido.

Magnar se había congelado bajo su mirada. Le echó un vistazo a través de las pestañas antes de acercarse y acariciarle un lado de las costillas para demostrarle que le parecían bien.

—¿Siempre has sido así?, —preguntó.

Las recorrió con la punta de los dedos. Su cabeza se levantó ligeramente hacia atrás, y su pelaje y plumas se hincharon como si su cuerpo se sintiera emocionado por su ligero toque.

—No. Los huesos siguen hundiéndose bajo mi carne.

—¿Cómo es que estás cambiando?

Ella bajó los dedos para poder tocarle el abdomen, donde el pelaje de su cuerpo parecía ser más corto. Tenía ombligo, cosa que le sorprendió.

Como él no contestó, Delora se apartó y esperó a que respondiera. No lo hizo, y se dio cuenta de que él miraba hacia otro lado a propósito, como si pensara que eso bastaba para eludirla.

Cuando ella cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con una ceja levantada, Magnar empezó a inquietarse más. Supuso que se daba cuenta de que se estaba enfadando. Quizá Reia había hecho algo parecido.

—Obtengo un poco más de humanidad cada vez que me como a uno de los vuestros. Mi cuerpo también cambia. Los huesos se hunden mientras crece más carne.

Con ese conocimiento, Delora dejó que sus ojos recorrieran el torso descubierto. Supuso que la razón por la que era mucho más delgado que Orpheus, aunque más alto, era que, en algún momento, su cuerpo debió de ser deforme y casi esquelético.

Se alegró de que al menos estuviera en el estado en que se encontraba ahora, ya que no resultaba nada difícil de contemplar.

En realidad, cuanto más le miraba el pecho, más ganas tenía de hurgar con el dedo en la textura de su pelaje. Quería erizarle las plumas y sentir sus fuertes músculos bajo sus palmas.

En lugar de eso, se aflojó el botón superior de la camisa negra que llevaba puesta. Luego le cogió la mano para poder colocar su cálida palma contra la parte plana de su pecho, justo encima de su pecho.

—Toca, Magnar. —Ella le bajó un poco la mano por el pecho para darle valor. —Te prometí que podrías.

—Dijiste donde quisiera... ¿Significa también como yo quiera?

Llevó la mano hacia atrás para poder rozar con los bordes de sus garras la parte inferior de la mandíbula de ella.

—Sí.

Magnar le pasó el dorso de las garras por los hombros, bajó por la espalda y le agarró las nalgas con ambas manos. Ella soltó un chillido de sorpresa cuando él la levantó por encima de sus piernas hasta que descansó sobre la parte superior de sus muslos. Sus torsos se aplastaron cuando él apoyó la parte inferior de su mandíbula sobre la espalda de ella.

¿Un abrazo? se preguntó cuando él le rodeó la cintura con los brazos y la apretó. Delora levantó los brazos para rodearle el cuello y corresponder a su abrazo, y fue recompensada con un resoplido de satisfacción.

—Soy mucho más grande que tú. —Empezó a rozarle la nuca con la mandíbula. —Pero cabes bien en mis brazos. Esto me gusta. Me preocupa estar cerca de Reia porque es muy pequeña y débil, pero tú eres perfecta así.

Una chispa de ternura revoloteó en su pecho como una tímida mariposa, y sólo se movió con más rapidez cuando él se echó hacia atrás mientras le sostenía la nuca. Le pasó la lengua por el borde de la mandíbula, desde la barbilla hasta la oreja.

Ella no esperaba que su lamida provocara un pequeño escalofrío en su cuerpo. Aumentó de intensidad cuando le lamió la clavícula y luego la oreja, esta vez hasta el punto de que sintió que se doblaba y se hundía en su interior.

Delora se retorció en su regazo cuando sintió una punzada en los lugares delicados de todo su cuerpo. Nunca se había dado cuenta de lo sensibles que eran sus orejas, pero incluso el fuerte aliento de él sobre la carne ahora cubierta de saliva la hizo jadear con sutil calor.

—Vi que querías hacer esto antes, —dijo Delora, agarrándolo por ambos lados del hocico para detenerlo, ya que le hacía cosquillas y le enviaba señales extrañas e indeseadas por todo el cuerpo.

—He visto a Orpheus hacer esto muchas veces y siempre me he preguntado por qué. —A pesar de que ella lo sujetaba con las manos, Magnar separó los colmillos y acercó aún más la lengua a ella, casi lamiéndole toda la parte delantera del cuello. —Puedo sentir tu aroma, y me gusta.

Cuando Magnar le agarró el muslo con la palma de la mano, Delora se dio cuenta de que había enfundado las garras para proteger su piel. La deslizó hacia arriba, y ella supo cuándo había metido los dedos bajo la parte inferior de su camisa porque los había movido para llegar debajo.

Ella se estremeció cuando él le agarró el vientre, pero el resoplido que siguió le dijo que estaba encantado de sentirlo en la palma de su mano. Era áspera por los callos endurecidos. Los sintió ásperos pero deliciosos cuando los pasó por su costado y la agarró allí antes de pasar por su espalda para poder acariciarle la piel.

Magnar parecía sentir curiosidad por cada rincón de su cuerpo, como cada una de las hendiduras entre las vértebras y cada uno de los pliegues de la espalda y los costados. Cada roce de su mano, mientras la otra la sostenía sobre sus piernas agarrándola por el trasero, dejaba un cosquilleo a su paso.

Le tocaba la espalda por todas partes, sin dejar ningún rincón sin tocar.

Incluso le metió la mano en la manga para tocarle las articulaciones de los hombros, los bíceps. Hurgó hasta donde le permitió la camisa antes de escabullirse para volver a bajar por el centro de la espalda.

Nunca he tenido a alguien que se aprendiera mi cuerpo así.

Había lugares que le resultaban incómodos, como las axilas, pero comprendió que él no veía ningún problema en ninguna parte de su cuerpo. Él no tenía la mentalidad humana de juzgar - era sólo otro lugar para tocar en su cuerpo.

Aunque ella mencionó que le hacía cosquillas.

Cuando la mano de él empezó a rozarle el costado, pero en lo alto, Delora supo cuál era su próximo destino.

Se mordió los labios y cerró los ojos. Cuando él levantó el pecho de Delora, éste se derramó literalmente sobre la palma de la mano y lo sostuvo para poder rozarle el pezón con el pulgar, con curiosidad.

Lo hizo girar en la palma antes de pasar al otro y hacer lo mismo, deslizándose ligeramente entre ambos para acariciarle el esternón y las clavículas.

Un gemido agudo se escapó de sus labios cuando sintió su lengua allí.

Delora abrió los ojos y descubrió que él había utilizado el antebrazo para levantar la parte delantera de su camisa y había deslizado el hocico por debajo para poder lamerle directamente el pezón. Su lengua había sido áspera y rugosa contra él, enviando una onda de choque a través de todo su sistema que se disparó directamente a su coño para hacerlo palpitar.

Incluso sintió cómo el líquido se agolpaba en su entrada. Ella se estremeció ligeramente.

—Pensé que tendrían un sabor diferente cuando los vi. —Estaba a punto de preguntarle cuándo le había visto los pechos, sólo para recordar que se los había limpiado y cambiado cuando la había curado por primera vez. —Sin embargo...— Él olfateó alrededor de su pecho con rápidos resoplidos y luego exhaló. —Hay un olor muy dulce que viene de ti ahora. Desde aquí.

Delora casi se sobresalta cuando su mano exploradora se metió entre sus muslos abiertos. Todo su coño, desde el clítoris hasta la raja, descansaba en su gran palma.

Vale, había dicho que Magnar podía tocar, pero no pensaba que su cuerpo reaccionaría así. Que se excitaría con la más simple de las caricias porque él estaba siendo tan suave y delicado con ella.

Tampoco creía que él fuera capaz de oler que se estaba excitando.

Se le puso la cara colorada, pero antes de que pudiera agarrarle el antebrazo para detener lo que estuviera a punto de hacer, la mano de él le agarró el muslo y la empujó. Delora rodó hacia atrás hasta que sus hombros golpearon la suavidad del nido con el culo al aire.

Magnar le levantó la pierna.

La camiseta que llevaba le caía por encima de los pechos, con todo el cuerpo a la vista, y se dio cuenta de que le estaba inspeccionando personalmente entre las piernas.

—¿Qué es esto? No tengo nada parecido en mi cuerpo. —Él inclinó la cabeza mientras olfateaba tan directamente que ella sintió el duro hueso de su hocico presionando contra sus pliegues. Ella se temió lo peor cuando él se pasó la lengua por un lado del hocico, casi como para lamer la cantidad de líquido que había recogido. —Pero me gusta cómo huele y sabe.

Delora se quedó estupefacta, congelada en su posición boca arriba, apenas creyendo que su coño estaba justo delante de la cara de un Duskwalker siendo olfateado. ¿Cómo iba a explicarle qué era aquello? ¿Cuál era su función?

El corazón le latía tan deprisa que podía sentirlo en el estómago, en la muñeca, en el interior del núcleo que él estaba mirando directamente.

¿Pero *quería* explicárselo?

Cuanto más tiempo pasaba en esa posición, siendo inspeccionada tan inquisitivamente hasta el punto de que él literalmente utilizaba la punta del índice de su mano libre y frotaba el duro nódulo de su clítoris, más ganas tenía de explicárselo. Sobre todo porque le provocaba punzadas de placer en el interior de los muslos.

Quería que él supiera qué hacer con él.

Delora se tapó la boca. *¿De verdad quiero que me toque así?*

Sus orbes se tiñeron de un morado oscuro antes de volver a su brillo amarillo de curiosidad. Ella nunca los había visto de ese color, y él levantó la cabeza y miró a su alrededor como sorprendido.

Magnar siguió acariciándole el clítoris. El clítoris palpitaba cada vez más y más, y el deseo se enroscaba rápidamente en su vientre como una bestia hambrienta y desesperada por recibir atención.

No sabía por qué reaccionaba así. Si era porque era él quien la tocaba o porque sus reacciones eran más que adorables y no contenían ninguna mala intención, que la hacían sentir como si de repente estuviera ardiendo y necesitara que él la apagara.

O si, tal vez, era porque no recordaba que la hubieran tocado antes con tanta delicadeza. Cada caricia, cada lametón, cada tirón había estado lleno de cuidado, como si él pensara que ella era de cristal. Sin embargo, él sabía que no lo era por el simple hecho de que estaba recostada sobre sus hombros, con el culo casi apoyado en su pecho.

Pero de alguna manera... se sentía *mal* estar haciendo esto cuando estaba claro que él no entendía.

—También tienes un agujero aquí, —dijo mientras bajaba el dedo entre los labios de sus pliegues para rozar la hendidura de su entrada.

—Magnar. —Tenía que detenerlo para que pudieran hablar con propiedad.

La siguiente palabra que salió de su boca apenas fue una palabra. Fue un ‘eeek’. Un chillido cuando él le metió un dedo tan bruscamente y sin previo aviso que le hizo doblar la espalda.

Delora se estremeció involuntariamente alrededor de aquel dedo, y un torrente de intensos escalofríos llenos de calor bailó a lo largo de su cuerpo.

Era más largo que el de un humano, hasta el punto de que pensó que casi le rozaba el cuello del útero, y había sido lo bastante grueso como para llenarla parcialmente.

Delora no se dio cuenta de que se le había nublado la vista hasta que él sacó el dedo corazón de su canal y lo inspeccionó.

—¿Está mojado?

Frotó con la yema del pulgar la resbaladiza capa que cubría su carne de color gris oscuro y la extendió también por el dedo corazón.

—¡Espera!, —gritó ella cuando le vio moverse.

Fue a precipitarse hacia delante, pero él fue más rápido que ella. Esta vez le hundió el dedo corazón y el índice. Esta vez la sacudió un estremecimiento corporal y ella se llevó los puños al pecho cuando se retorció.

Delora se derritió cuando se le escapó un pequeño gemido.

—Hace calor dentro de ti, —comentó antes de empezar a mover los dedos de un lado a otro. —Y ese aroma se intensifica cuando juego contigo aquí.

Fue una sensación muy extraña cuando sintió que él la penetraba. Sus dos dedos se movían individualmente mientras se retorcían, acariciaban y profundizaban dentro de su coño, pero cada uno de ellos la hacía estremecerse de placer.

¿Por qué...? Delora soltó un gemido y cerró los ojos, sabiendo que tenía la cara roja. *¿Por qué me siento tan bien?*

No voy a detenerlo... Y sabía que en realidad... no quería.

Especialmente cuando sintió una felicidad absoluta cuando uno de sus dedos se enroscó en su punto G, hasta el punto de que se estremeció contra su mano. Sus caderas se agitaron en el aire mientras un fuerte gemido salía esta vez de sus temblorosos labios.

Magnar hizo una pausa. Ella no sabía que había estado al borde del orgasmo hasta que él se lo había arrebatado.

—¿Delora? —Abrió los ojos y vio que sus orbes estaban blancos de incertidumbre. —Haces sonidos como si te doliera. ¿Te estoy haciendo daño? Pensé que este olor significaba que te gustaba.

Como si no pudiera evitarlo, Magnar, aún con los dedos dentro de ella, se inclinó hacia delante y le acarició el clítoris con su firme lengua. Sintió que las paredes de su coño apretaban los dedos.

Su cabeza se echó hacia atrás sorprendida al sentirlo.

—N-No, —carraspeó, con la voz ronca, aguda y cargada de tanto deseo que sonaba erótica incluso para sus propios oídos. —Se siente bien, Magnar. Muy bien.

Sus orbes destellaron amarillos y él la bajó para poder levantarla y hacer que se arrodillara sobre él de nuevo. Parecía como si quisiera estar más cerca de ella, porque se negó a retirar sus dedos de ella todo el tiempo y ahora estaba aplastando sus pechos juntos.

—¿Encontré un lugar donde te gusta que te toquen? —Acunando la nuca de ella con la mano mientras su brazo sostenía su espalda, torció la cabeza hacia ella en forma de pregunta. —¿Te sientes bien?

Ahora que tenía una postura estable y podía sostenerse por sí misma, cuando él empezó a mover los dedos dentro y fuera de ella, sus caderas giraron. Su cuerpo buscaba más fricción, más contacto.

En lugar de responder, Delora pasó los brazos por debajo de los de él para rodear su delgado cuerpo. Hundió los dedos en su piel y se aferró a él, enterrando la cara entre sus firmes músculos pectorales.

Gimió cuando sus ásperos dedos rozaron su hinchado punto G.

—Ese sonido significa que te gusta, ¿verdad?

Las cosas iban demasiado deprisa, ella lo sabía, pero se aferró a él con más fuerza, preocupada por si paraba. *Siento que voy a correrme.* No recordaba la última vez que se había corrido por causa de otra persona.

Cuando se le cortó la respiración y volvió a gemir, Magnar se dio cuenta de que había encontrado el lugar más dulce para ella. Siguió atacándola sin piedad hasta el punto de que los ojos de ella se le pusieron en blanco.

—Justo ahí, —suplicó ella, con el cuerpo rebotando mientras intentaba agarrarse desesperadamente a sus dedos.

Sus pezones descubiertos y endurecidos lo rozaban, haciéndolos palpitar al sentir sus diferentes texturas. Huesos duros, músculos densos y pelaje suave y agradable.

—S-sí, Magnar. Me gusta.

No sabía cuándo se le había adormecido la mente, cuándo se le habían quedado los pensamientos en blanco o cuándo había abandonado todas sus

inhibiciones para dejarse penetrar lasciva y deliberadamente por sus dedos como si estuviera cabalgando una polla, pero eso era lo que Delora estaba haciendo.

Sabía que su cara estaba enterrada entre pieles y plumas en lugar de carne humana. Que el delicioso olor a vainilla y nata pertenecía a Magnar. Sabía que el gruñido que empezaba a emitir se debía a que era un Duskwalker.

Delora lo rodeó con los brazos y le apretó las plumas con más fuerza, hasta el punto de saber que debía de estar arrancándole algunas.

—No pares, —ronroneó mientras giraba sin control. —Por favor, no pares.

Su coño latía, palpitaba y se estremecía. Estaba tan húmedo que podía sentir el fácil deslizamiento de los dedos de él, que se aceleraron tras sus súplicas. Delora sabía que estaba a punto de correrse alrededor de sus dedos, y se *moría* de ganas.

El aroma procedente de Delora empezaba a saturar el aire, y Magnar lo aspiró con avidez.

Seguía oliendo a manzanas y escarcha, pero había algo que le producía un cosquilleo en la mente. Olía a *picardía*, olía a calor, y su aroma, mezclado con los pequeños gritos de placer que ella emitía, hizo que su exterior se estremeciera.

Su pelaje se erizó, sus plumas se levantaron y una vibración en su espina dorsal hizo que su cuerpo se estremeciera en reacción hasta el punto de que su cola tembló. Esta golpeó alegremente contra el suelo.

Su visión se tornó morada y miró a su alrededor sorprendido por el color. Era la primera vez que su vista se volvía morada, y no tenía ni idea de su significado.

Pero cada vez que cambiaba a él, sentía que algo se agitaba en su ingle, bajo su carne. Él tampoco había experimentado nunca esa sensación.

Sin embargo, Magnar no tenía el pensamiento para concentrarse en estos cambios dentro de sí mismo.

Delora gemía contra él con la cara hundida en la piel de su pecho, algo que él esperaba que fuera una buena señal. Su cuerpo se retorcía sobre sus dedos cuando él los movía, y su interior se estremecía y los succionaba.

Nunca pensó que tocarla por dentro la haría reaccionar así, sobre todo desde que pensó que se trataba de una herida cuando la curó por primera vez y descubrió que aún tenía esa hendidura en el cuerpo. Mientras no estuviera sangrando y fuera obvio que disfrutaba de sus caricias, no le importaba lo que estuviera haciendo.

Sólo quería hacer feliz a Delora, y ella parecía muy, muy feliz ahora mismo.

La estaba tocando, abrazando, y ella se aferraba a él como siempre había querido. Tal vez no de esta manera, no con ella haciendo un sonido tan bonito, pero se dio cuenta de que en realidad le gustaba esto más que sus fantasías de abrazarla.

Su aroma le ahogaba tanto los pulmones como la mente. Le atraía irresistiblemente. Estaba desesperado por respirarlo, por saborearlo, por que lo cubriera. No comprendía su insaciable deseo por ella, pero estaba tan obsesionado por profundizarlo que intentaba seguir sus señales.

Magnar siempre había aprendido rápido, así que supo, por las sacudidas de su respiración o la intensidad de sus gemidos, que había rozado un punto que le gustaba. Y cuando su interior se estrechó alrededor de sus dedos, se quedó donde estaba y jugó.

—Ohhh, *Magnar*.

El sonido de su dulce grito con su nombre alteró completamente su visión a morado y permaneció así.

Sintió que las entrañas de su ingle se retorcían. Era una sensación extraña, pero también placentera, un hormigueo con una extraña dureza que podía sentir con una sensación de palpitación.

—Oh, Dioses. Voy a correrme, —gritó Delora sin aliento, con su propio impulso en aumento.

Él tenía curiosidad por saber a qué se refería. Quería saber qué estaba a punto de ocurrir, y movió los dedos más deprisa para ver si eso la ayudaba.

Delora apoyó la cabeza en la mano que tenía detrás de la nuca, arqueó la espalda y gritó cuando sus paredes internas se cerraron con tanta fuerza alrededor de sus dedos que parecía que no había espacio para nada más en su interior. Entonces, un líquido caliente salió de su interior, cubriéndole los

dedos y la palma de la mano con sus jugos mientras ella se retorcía, giraba y rebotaba.

Y ese olor estaba ahora por todas partes.

Magnar gruñó, antes de lamerle el cuello. Necesitaba desesperadamente saborearla, su mano se movía más rápido entre sus muslos, el lugar que realmente quería devorar con la boca, la fuente de aquel aroma.

Su cuerpecito temblaba entre sus brazos, y él la miró a la cara mientras sus labios se entreabrían por su dulce canción. Sus ojos marrones parecían aturdidos, pero había algo en su expresión que hacía que un oscuro sentimiento de posesividad subiera desde lo más profundo de su ser.

Sabía que era especial, y quería que sólo él fuera quien la viera.

Mía...

Sintió que algo se desprendía de su propio cuerpo, algo que le dolía, y bajó la vista para mirarse la entrepierna y ver que algo le estaba abultando los pantalones.

Su mente sufrió un shock.

Algo le estaba pasando, pero aún no había mirado sus cuerpos. Su mano estaba entre los muslos de ella, sus labios rosados se extendían alrededor de sus dedos gris oscuro, y él podía ver que todo estaba mojado y brillaba por ella. Nunca había visto algo tan maravilloso. Su mente se congeló, incapaz de apartar la vista de ellos unidos así.

El calor le recorrió todo el cuerpo, y lo que crecía de él salió disparado hacia delante.

Magnar chilló del dolor que sintió. Lo que había salido de él estaba aplastado dentro de sus pantalones, y el material se sentía *horrible* contra él.

Cuando su visión morada se tornó blanca por la confusión y la preocupación, bajó a Delora de los muslos. Pretendía hacerlo con suavidad, pero el movimiento la hizo rozar el material interior de su ropa como si fuera papel de lija.

Accidentalmente la empujó de él con más fuerza de la que pretendía con un aullido.

—¿Magnar? —preguntó Delora con el ceño fruncido.

Tenía los labios entreabiertos, como si jadeara con fuerza, y las mejillas ligeramente rosadas, no por vergüenza, sino más bien porque estaba caliente.

Se estremeció cuando el dolor empeoró.

Quería disculparse. En lugar de eso, se apresuró a salir de la casa cuando el dolor en su cuerpo creció hasta que ya no pudo ignorarlo.

Una vez fuera y a un lado de la casa, trató de desabrochar la parte delantera de sus pantalones y casi suspiró de alivio cuando soltó lo que le molestaba.

Se arrodilló y giró la cabeza desconcertado. Sujetó la cosa fálica que sobresalía entre los huesos de su cadera. No sabía que la línea que recorría el centro de su ingle podía separarse y revelar una especie de vara de color púrpura oscuro con la punta casi negra.

Cuatro tentáculos se retorcían alrededor de la larga y gruesa circunferencia con puntas que buscaban la base de la hendidura que se había abierto. Las puntas de los tentáculos se ensanchaban en forma de pala y tenían pequeños nódulos en su interior.

Palpó con curiosidad la parte dura, que no se retorcía, que salía de él.

—¿Qué es esto?, —murmuró, apartando el dedo tras tocarlo para descubrir que en realidad estaba cubierto de un líquido resbaladizo.

La cabeza era redonda y ovalada, pero el borde tenía protuberancias. Había tres conjuntos dobles de protuberancias más pequeñas que bajaban por la parte superior y los lados de la dura vara fálica, y una hendidura profunda que salía de debajo de él.

Intentó olerlo. No llegaba tan lejos, pero olía dulce por lo que pudo percibir.

No sabía muy bien qué hacer con esta nueva cosa en su cuerpo.

Y cuanto más tiempo pasaba sin hacer nada, mirándola inquisitivamente, más le afectaba el aire. El líquido que lo había estado cubriendo, como si fuera una capa protectora, empezó a secarse.

Magnar se echó hacia atrás.

—Pica. —Luego retrocedió de nuevo como si pudiera escapar de su propia parte del cuerpo. —¡¿Por qué pica?!

Gritó cuando se secó aún más y lo agarró para que dejara de arder. Eso sólo cubría una parte y la cabeza que quedaba al descubierto se hinchó debido a la

terrible sensación de escozor que no se calmaba, sino que se volvía angustiosa.

Lo agarró con las dos manos mientras unos quejidos agudos resonaban en la noche a su alrededor y empezó a empujarlo hacia dentro.

Le dolía, le producía una presión horrible en la entrepierna debido a su dureza, pero seguía intentando volver a introducirlo, donde al instante se sentía mejor protegido por su cuerpo.

Los tentáculos que habían estado buscando algo empezaron a enroscarse alrededor de la vara para protegerla. Eso alivió lo peor de su dolor, pero no pudo meter la última cuarta parte dentro de su cuerpo hasta que se ablandó por la angustia.

Magnar volvió a sentarse sobre sus ancas mientras miraba fijamente la línea de pelaje que giraba hacia dentro justo entre sus caderas. Ahora que había desaparecido, ya no sentía ninguna sensación allí, ni buena como al principio, ni mala como al final.

Lanzó un resoplido irritado contra su cuerpo.

Magnar se prometió a sí mismo que no volvería a permitir que surgiera de nuevo lo extraño y doloroso que había salido de él.

Sin embargo, en el momento en que su mente intentaba volverse hacia algo positivo, como la forma en que Delora se había *corrido* -como ella la llamaba- entre sus dedos, y levantaba la mano para oler su líquido, su vista se tornaba morada.

Su ingle empezó a retorcerse, y su costura empezó a abrirse.

Un quejido agudo salió de él, y empujó sus manos contra ella para mantenerla cerrada. Dejó que su vista vagara por el patio.

Pensar en su olor, sus ruidos, las caras que ponía, estaba haciendo que su cuerpo se agitara.

—¿Eso... significa que no puedo volver a tocarla?

Pero tenía muchas ganas.

Enroscó la lengua para poder lamerse los colmillos desde fuera, la insaciable necesidad de saborear la miel que brotaba de ella atenazaba su mente como un animal frenético que se negara a soltar a su presa. Necesitaba probarla.

Ahora se preguntaba cómo iba a hacerlo sin que *esto* saliera de él.

CAPITULO 17

Delora se acurrucó en la manta nueva que le habían regalado hasta que se sintió como un burrito dentro de ella. Incluso metió la almohada en la abertura para apoyar la cabeza mientras intentaba esconderse del mundo.

No puedo creer que se haya ido así de repente.

Sintió todo tipo de emociones. Ira, vergüenza, pena, culpabilidad, pero no se había sentido así hasta que él había retirado sus dedos de ella y había salido corriendo de la habitación como si estuviera ardiendo.

En cambio, Delora había estado resoplando contra su pecho, flotando en algún dichoso estado de euforia después de correrse directamente en su mano.

Había querido romper la barrera que los separaba. No sabía que eso llevaría a que él le metiera los dedos en el coño, pero se había sentido innegablemente más cerca de él por ello. A Delora le había *gustado*.

Nunca había tenido a alguien que se concentrara únicamente en su placer, en lugar de excitarla para recibir el suyo. Y la forma en que Magnar le había sujetado la nuca y lamido cariñosamente el cuello mientras le preguntaba si le gustaba lo que estaba haciendo le había acelerado el corazón.

Ahora latía con pavor en cada latido.

¿Y si era la única a la que le gustaba? ¿Había malinterpretado lo que él sentía? ¿Era la lástima la razón por la que él había hecho eso con ella?

Pero también se sentía culpable y avergonzada porque le había dejado continuar mientras sabía que él sólo estaba... ¿aprendiendo? Delora sabía que él no tenía ni idea de lo que había hecho y que había actuado por puro instinto. Tal vez lo había hecho por ella, pero eso le parecía extremadamente unilateral.

Aunque lo encontraba bastante adorable y dulce, era el equivalente a aprovecharse de un inocente ingenuo. Estaba enfadada consigo misma por haberlo dejado ir tan lejos, por no haberle parado porque lo había disfrutado y deseado.

Espero no haber estropeado las cosas.

Se acarició el vientre mientras temía lo peor. Sobre todo cuando le costaba dormirse porque él no regresaba.

Incluso cuando el cielo se iluminó, Magnar seguía sin aparecer por la zona. Ella se aseguró de permanecer dentro de los límites de su zona, pero supo después de explorarla toda en su busca que él se había ido.

Había un cubo lleno de agua fresca y algo de comida que le habían dado, así que tenía suficiente para mantenerse saludable.

Nunca se había ausentado tanto tiempo y, sin él, Delora no tenía otra cosa que hacer que pensar. Y no quería pensar. Sus pensamientos nunca eran positivos.

Mirándose las manos mientras estaba sentada en los escalones del porche para poder ver cuando él volvía, Delora sintió el impulso de intentar volverse fantasmal. Nunca lo había intentado, le asustaba la idea. Ahora que no tenía a

nadie que la observara con ojos posiblemente críticos, se sintió lo bastante valiente como para intentarlo.

Era mejor que quedarse aquí deprimida, después de todo.

—Vale... ¿cómo lo hago?

Giró las manos hacia abajo, de forma que las palmas quedaran frente a los escalones recién tallados, antes de volver a girarlas hacia arriba, deseando que su cuerpo cambiara.

Eso fue todo lo que necesitó.

En el momento en que quiso volverse transparente, imaginándolo, se sintió flotar a unos dos centímetros de los escalones del porche en la misma posición en la que había estado sentada. Sus brazos giraron al no sentir apoyo ni ayuda. Acabó yendo boca abajo, de modo que la parte superior de su cuerpo atravesó los escalones mientras sus piernas pataleaban en el aire.

—¡Vuelvete sólida! ¡Vamos vuelvete sólida!

Una vez más, fue así de fácil.

Salió flotando de los escalones, se volvió sólida y aterrizó de bruces con un golpe seco.

Sus ojos lagrimeaban de dolor por el golpe en la nariz y la forma en que su cuello se dobló cuando su cabeza golpeó las escaleras del porche. Delora resbaló antes de que el resto de su cuerpo cayera sobre su cabeza. *¡¡¡OW!!!*

—¿Qué estás haciendo, Delora?

Un grito la abandonó al oír la voz de Magnar, sin darse cuenta de que había estado allí para verla caer de bruces. Tumbada boca arriba, se cubrió las mejillas enrojecidas para ocultarse, deseando retroceder el tiempo a cinco segundos atrás.

—¿Has vuelto? —Se armó de valor para mirarle, y descubrió que no miraba en su dirección. —¿Dónde has ido?

Había dos pájaros muertos colgando de una de sus manos, junto a su muslo, y ella los miró con cautela.

—Los pájaros me resultan más fáciles de cazar que las criaturas terrestres, por eso tengo tantas plumas. —Levantó el brazo y las empujó en su dirección. —Necesitas carne, así que fui a cazar para ti.

—¿Te fuiste a buscarme comida?

Eso la habría aliviado, pero cada vez que su cabeza empezaba a moverse en su dirección, él la apartaba.

—Fui a visitar a Orpheus, pero no estaban en casa. Pensé que estarían cazando, así que intenté encontrarlos pero no pude. Recordé que tenían poca comida.

Cuando ella no cogió los pájaros, él los colocó en el suelo junto a ella y se hizo a un lado.

—Tengo trabajo que hacer. —Comenzó a alejarse mientras asentía, pero más para sí mismo que para ella. —Sí. Todavía tengo que hacer los soportes para el tejado del porche.

Delora miró los pájaros a sus pies con disgusto. No sabía por dónde empezar, ya que nunca había desplumado un pollo en toda su vida, y tampoco sabía de qué especie de ave se trataba.

¿Esto es seguro para mí?

Sus ojos se desviaron hacia Magnar, que había tomado asiento en el tocón y había empezado a tallar el gran tronco en el que había estado trabajando el día anterior. Estaba de espaldas a ella, y Delora sintió que se le encogía el corazón.

Pero no tengo hambre. Sin embargo, no recordaba la última vez que había comido. Definitivamente no era hoy.

Por mucho que le molestara que él estuviera distante, se adelantó para agarrarlos por las patas. Las dos aves eran grandes y en su mayoría marrones. *He destripado un pollo*, así que al menos puedo hacer eso. Y desplumarlas no parecía demasiado difícil, sólo asqueroso.

Con eso, Delora los colocó con cuidado en el porche, donde estaban a salvo, y empezó a recoger grandes piedras por el patio. Se oyeron quejidos mientras recogía algunas rocas bastante grandes que le resultaban demasiado pesadas para cargarlas.

Miró a Magnar de reojo. Se lo había puesto difícil intencionadamente para que la ayudara, pero sólo notó que su cuerpo temblaba antes de que echara la cabeza hacia otro lado.

Él, que por lo general siempre sentía curiosidad por ella, ni siquiera le preguntó qué estaba haciendo.

Para cuando Delora hubo hecho un gran anillo de piedras y recogido suficientes ramas secas para colocarlas en el centro y hacer una hoguera decente, sintió unas enormes ganas de llorar. Lo reprimía, se negaba a permitirse la liberación, a derramar una sola lágrima.

Vale, la he cagado. Buscó las cerillas en su interior e intentó encender el fuego. Su hoguera estaba a unos tres metros de los escalones del porche. Estaba lo suficientemente lejos como para que la casa no pudiera incendiarse, pero lo suficientemente cerca como para que pudiera sentir su calor.

No me habla. Ni siquiera me mira.

Delora se sentó en los escalones y empezó a arrancar las plumas de los pájaros.

¡Pero no es sólo culpa mía¡ Fue sobre todo culpa suya. ¡Metió sus dedos literalmente dentro de mí sin avisar! Delora sabía que probablemente podría haberlo detenido. *Se supone que debes pedirle permiso a una chica para meterle los dedos...* Sí, pero ella había bailado sobre su mano como una maldita gata en celo.

Delora desplumó el segundo pájaro más deprisa cuando sintió como si un bicho se le hubiera metido bajo la piel y siguiera picándole en el corazón.

D-Debería disculparme. Pero entonces tendría que explicarle por qué se disculpaba, lo que significaría que tendría que explicarle lo que habían hecho juntos. *Uf. No sería tan difícil si fuera humano.*

Sus ojos se apartaron de su tarea para posarse en él.

No sería tan difícil si fuera humano, pero era dudoso que la situación se hubiera producido en primer lugar porque, en el fondo, Delora tenía la extraña sensación de que no se sentiría tan cómoda con otro humano, especialmente un hombre. Jamás habría permitido que la abrazaran, la tocaran o le hicieran algo tan sencillo como cepillarle el pelo.

Los humanos solían tener segundas intenciones. Magnar no tenía ninguna.

Me pregunto cuándo empecé a encontrarlo atractivo.

Desvió la mirada hacia los grandes cuernos que sobresalían de su huesudo cráneo, preguntándose cuándo había empezado no sólo a interesarse por él, sino a gustarle lo suficiente como para empezar a sentir deseo.

Lo que antes le había desagradado de su cara y su forma, ahora le hacía pensar en él como algo casi... sagrado. Como un espíritu druida divino en torno al cual tal vez las brujas, en un pasado muy lejano, hubieran bailado con la esperanza de prosperidad, fertilidad y fe.

Todavía había partes de él que la hacían desconfiar, como sus peligrosas garras y dientes, pero cuanto más cómoda se sentía a su alrededor, más bajaba la guardia.

Delora suspiró ante las aves desplumadas antes de usar un cuchillo para destriparlas. Luego talló el extremo de dos palos hasta que quedaron bien puntiagudos y los clavó en las aves para poder dejarlas cerca del fuego y cocinarlas.

Me pregunto qué habría pasado si no hubiera huido.

¿Habría pedido más? En aquel momento, se había sentido satisfecha entre sus brazos mientras sentía su cuerpo vibrar alrededor de sus dedos. No recordaba la última vez que se había corrido tan fuerte, ni siquiera con sus propias manos.

Su tacto inexperto la había encendido.

El asqueroso bicho de su pecho la picó aún más fuerte. Colocó los pies en un escalón más alto para poder apoyar los brazos sobre las rodillas y acurrucarse en ellas. Observó a los pájaros cocinándose con la mirada.

Su olor era sorprendentemente agradable, y su estómago *finalmente* refunfuñó en señal de vacío.

Delora soltó una carcajada sin humor. Se había esforzado tanto. Había recogido las piedras y las ramas, había encendido el fuego, incluso había preparado a los pájaros y les había puesto estacas, y ya no tenía ni putas ganas de comer.

Sólo quiero ir a dormir. Como antes, cuando le daba igual lo que hiciera Magnar, dónde estuviera o qué le pasara. Sólo quería escapar de cómo se sentía, sobre todo porque de alguna manera se sentía aún peor que antes.

Cuando las aves terminaron de cocinarse, Delora las apartó del fuego y las envolvió en un paño. Intentaría comérselas más tarde, pero en aquel momento tenía el estómago demasiado revuelto como para intentarlo.

El cielo se oscurecía. Siempre parecía estar oscuro dentro del Velo con todos los árboles que rodeaban la casa. No creía que fuera a anochecer pronto, pero las sombras constantes hacían que la noche cayera mucho antes de que el sol se hubiera puesto de verdad.

Delora miró el agua que quedaba en el cubo del lavabo cuando Magnar hizo el extraño hechizo con su sangre para conjurarla. Ahora estaba fría, pero se limpió de todos modos e inmediatamente se arrepintió.

No era tan relajante como cuando estaba caliente. Tembló mientras arrastraba el cubo hasta el exterior y lo volcaba sobre el fuego para apagarlo.

—Eh, Magnar, —gritó Delora. Era un último intento de llamar su atención. — Me voy a dormir.

Silencio fue lo que recibió durante un largo rato, y Delora sólo sabía dónde encontrarlo en las crecientes sombras debido a sus brillantes orbes verdes. Su cornamenta hacía que a veces pareciera un árbol en movimiento.

Giró la cabeza por encima del hombro lo suficiente para verla. —Pero no has comido, Delora.

Ella levantó una mano y se frotó el bíceps, apretando los brazos contra el torso. Su mirada se desvió hacia un lado, hacia la hoguera apagada, y luego se quedó allí. No entendía por qué sentía alivio de que él hubiera respondido, pero sus preocupaciones no se calmaban.

— La verdad es que no me apetece comer.

—Pero debes comer. —Arrastró el hocico por el aire en dirección a la hoguera. —He cazado para ti y te he traído carne. Te hará más fuerte.

Ella palideció.

Deseó no haber dicho nada. No esperaba que la hiciera sentir culpable de esa manera. Sabía que no era su intención, pero no quería que la interrogaran

sobre la comida cuando pensaba sinceramente que sentiría plomo en las tripas.

—Lo comeré más tarde, —concedió, con un sabor agrio a mentira.

Delora se dirigió al interior y encendió unas velas para poder ver durante la noche si se despertaba. Le habían dado unos cuantos platos de velas y estaba agradecida por ello. No quería quemar todo el trabajo de Magnar.

La espalda se le erizó cuando oyó el familiar sonido de pezuñas con tres dedos subiendo por el porche antes de cruzarlo. Se estremeció cuando la puerta crujió al abrirse, y se volvió a tiempo para verlo entrar.

El verdadero motivo de alarma fue que sus orbes eran blancos. Sabía que sólo se volvían de ese color cuando estaba asustado o preocupado, generalmente por ella.

Se inclinó para recoger de la mesa la carne que ella había envuelto en un paño para conservarla, al menos durante un rato.

—No has comido nada.

Frunció profundamente el ceño. *¿Cómo él podía saberlo?* Tendría que haber estado observándola para saber que no les había dado ni un mordisco. ¿Lo había hecho?

Pillada in fraganti, las mejillas de Delora se encendieron cuando abrió el paño para mostrar que las aves estaban intactas, aparte de su descuidado intento de prepararlas.

Apartó los ojos para mirar las paredes de troncos de la cabaña como si le fascinaran.

—Las comeré más tarde.

Dudaba que la carne durara más de unas horas antes de echarse a perder, ya que no tenía forma de almacenarla correctamente. Él se había desvivido por conseguirlas para ella, y ella las echaba a perder, pero no tenía ganas de alimentarse a la fuerza. Lo cual era extraño, teniendo en cuenta que su antigua forma de consolarse era con comida.

¿Convertirme en Fantasma me cambió? ¿No sólo en lo que ya había aprendido, sino en algo más?

Así se dio cuenta de que seguía teniendo antojo de comida, pero no se sentía especialmente hambrienta, ni siquiera cuando no comía durante un rato. Su estómago acababa refunfuñando, pero sólo al cabo de un día.

Se abrazó la cintura al darse cuenta de que su peso no había cambiado a pesar de sus nuevos hábitos alimenticios. *¿Estaré así para siempre?* Si era así, eso significaba que su talla, su altura e incluso su edad seguirían siendo las mismas.

Se tocó la mejilla. *¿Ser joven para siempre?*

La idea de envejecer había asustado a Delora -sobre todo por los crueles comentarios de Hadith-, pero si era así para siempre, ya no tenía por qué preocuparse.

Mientras estaba sumida en sus pensamientos, Magnar se acercó con un trozo de carne en la punta de los dedos. Estaba agachado, con la cabeza inclinada

hacia un lado, y se acercaba lentamente, como si pensara que ella era un animal asustadizo que podría huir.

—Si estás demasiado cansada, te daré de comer, —le ofreció, con sus orbes aún de un blanco crudo. —Los humanos necesitan comida para ser fuertes. No mejorarás si no comes y bebes.

Incluso desde el principio, la principal prioridad de Magnar era asegurarse de que sus necesidades estuvieran cubiertas. ¿Por eso estaba aquí cuando no se había preocupado de hablar con ella en todo el día?

Le acercó la punta de los dedos a la boca, presionando la carne blanca contra sus labios. Delora se sintió patética cuando las lágrimas se acumularon a lo largo de sus pestañas, y le agarró la muñeca con ambas manos para detenerlo.

Cuidar de un humano es mucho más que darle de comer. Ella no era un pájaro enjaulado que sólo necesitaba agua, sol, comida y un poco de tiempo libre. Delora *quería* su atención.

La hacía sentirse viva. Le hacía sentir que su presencia era deseada. El deseo de desaparecer se desvanecía cuando Magnar estaba cerca. Cuando él se había ido o la había ignorado, había redoblado su presión hasta el punto de que ella sentía que se hundiría en el suelo.

Y *sabía* que era patético por su parte.

—Delora, —le advirtió, pero ella negó con la cabeza.

—Lo siento si te he molestado, —dijo ella en voz baja, acercando las manos para rodearle el hocico.

Delora se mordió el labio inferior mientras una oleada de dolor le recorría el corazón.

Eso fue hasta que él empujó el hocico hacia atrás a través de las palmas de sus manos y depositó la comida en el suelo con cuidado. Eso le dio libertad para colocar sus manos sobre las de ella ahuecando el rostro de él.

Magnar se había agachado sorprendido, ya que ella no solía acercarse a él de ese modo. Por el oscurecimiento de sus orbes, como si se hubieran 'cerrado', y por el hecho de que ahora podía sentir cómo se frotaba contra sus manos, supo que a él le gustaba.

—Me gusta, —casi ronroneó Magnar entre las palmas de sus manos mientras se acurrucaba en ellas. — Me llega tu aroma a la nariz, y tus manos están lo bastante calientes como para que pueda sentirlas.

Olvidando la comida, rodeó las rodillas de ella con los brazos para acercarla más y acercar más su cuerpo a su hocico. El hocico estaba directamente contra la abertura de la camisa de ella, justo entre sus pechos, y su aliento se abrió en abanico para acariciarlos a ambos al mismo tiempo.

El calor recorrió inmediatamente todo su cuerpo en forma de escalofrío y ella jadeó. Entonces su lengua salió para rozar el valle de sus pechos como si quisiera saborearla. Una descarga eléctrica recorrió todo su cuerpo.

Ambos retrocedieron como si una fuerza se hubiera interpuesto entre ellos. Ella se zafó de sus brazos mientras el hocico de él se desprendía de entre sus manos.

Sus orbes brillaban de un color morado intenso. Girando la cabeza hacia un lado, se los tapó con una mano como si no quisiera que ella los viera. Separó las mandíbulas y soltó un resoplido áspero. Luego su cuerpo se estremeció con un temblor que le llegó desde la base del cráneo hasta la base de la columna vertebral y le hizo mover la cola.

Pero Delora se había echado hacia atrás porque aquel pequeño roce la había encendido como un rayo. Su lengüetazo le había recordado cómo se había deslizado por su pezón y su piel sensible la noche anterior, y sus paredes internas se habían cerrado con ganas de que sus dedos volvieran a adentrarse.

Magnar se cubrió la punta del hocico con toda la mano, presionando con la palma sobre el orificio nasal para sofocar los olores a su alrededor.

—Vuelves a tener ese dulce olor, —dijo, con la voz más ronca de lo normal, más oscura incluso.

Una horrible emoción se apoderó de Delora. Se cubrió el estómago con un brazo y se agarró el codo, apartando los ojos de él. Las cosas habían ido bien, él le hablaba, la abrazaba, y su cuerpo había decidido excitarse sólo por eso.

¿Por qué sigue provocándome esta reacción?

CAPITULO 18

Tras unos segundos en los que Magnar se sujetó el extremo del hocico, Delora vio cómo sus orbes volvían a su verde habitual.

Se acercó un poco más.

—¿Qué significa este olor?, —le preguntó, acercándose para darle golpecitos en la pelvis. —Ayer era porque te estaba tocando, pero hace un momento sólo te estaba abrazando.

Delora no supo si su rostro palideció o enrojeció al tener que explicarle aquello. Y sabía que tenía que hacerlo. No podía ocultarle esta información ya que él tenía tan buena capacidad olfativa.

—A veces les pasa a los humanos. Me gustó estar cerca de ti y que me lamieras, así que me excité. —Delora agarró la parte inferior de su camisa y la empujó hacia abajo con ambas manos, como si eso fuera a ayudar a que dejara de irradiar de ella. —Se llama excitación, o que me estoy excitando o encendiendo.

—¿Excitado? —Él ladeó la cabeza de esa forma que ella sabía que significaba que sentía curiosidad pero que no entendía.

Los ojos de Delora se desviaron a un lado como si su mente intentara escapar de la conversación. Finalmente, volvieron a posarse en él.

—Es difícil explicárselo a alguien que no siente deseo.

Su cabeza se inclinó hacia el otro lado, un poco más bruscamente que antes, y de él salió el sonido de huesos secos repiqueteando entre sí.

—Pero siento el deseo de abrazarte.

Delora sacudió la cabeza, haciendo que su pelo se agitara en torno a sus hombros.

—Es otro tipo de deseo.

—¿Pero significa que te gusto?

Cuando Delora dio un paso atrás, para crear espacio entre ellos ante lo invasiva que resultaba su pregunta, Magnar avanzó sigilosamente para seguirla. Su cabeza seguía sus movimientos, y aquellos orbes, que no contenían ninguna emoción en sus vórtices flotantes, giratorios y ardientes, la observaban.

Ella sabía que él esperaba una respuesta.

—Sí. Me gustas, Magnar.

Sus orbes parpadearon en amarillo brillante antes de volver a su verde habitual. Ella sabía que cambiarían.

—¿Y a Delora le gusta que la toque? ¿Le gusta tanto que la abrace que crea este aroma?

No sabía por qué lo había dicho así, pero asintió. Cuando por fin soltó su hocico y extendió los brazos alrededor de sus muslos para atraerla entre sus rodillas en cuclillas, Delora se alejó de él a toda prisa.

En cuanto sintió sus garras rozándole la parte posterior de los muslos, casi se le doblaron las rodillas.

—Lo siento, pero no puedo. —Estaba cada vez más excitada, sólo su voz y el más mínimo roce encendían su codicioso cuerpo. —Lo siento, —repitió.

—¿Por qué te disculpas?

Ahora había una energía depredadora en él, que lentamente, a su ritmo, empezó a seguirla en su retirada.

Porque no me siento bien haciendo esto contigo. No sabía cómo decirlo sin herir sus sentimientos.

No sólo era un Duskwalker, sino que tampoco lo entendía. No sabía qué hacer.

Delora se cubrió la cara, deseando la respuesta.

Gritó cuando su tobillo y sus pies se salieron de debajo de ella. Cayó de culo antes de ser arrastrada por el suelo.

—¿A dónde vas, Delora?

Delora soltó un grito ahogado cuando la camisa se le subió hasta la mitad de la espalda y todo quedó al descubierto, desde la curva inferior de sus pechos hasta los pies. Entonces Magnar agarró la parte inferior de la camisa y la subió hasta que le rodeó la garganta, dejando completamente al descubierto sus pechos.

—¡Eh! —Ella intentó zafarse de él cuando él levantó una mano para poder rozarle el pezón con la punta de la garra del índice, creando una sensación punzante contra la sensible almohadilla del mismo.

Ella se retorció cuando sintió el resbalar de su excitación creciendo entre los pliegues de sus labios vaginales.

Sus ojos cambiaron a color morado y la arrastró hacia él con un rápido gruñido.

—Quédate, —le exigió. —Quiero tocarte.

—No creo que debamos hacerlo.

Delora perdió la razón cuando él le pasó la lengua por todo el pecho. Era grande y plana, pero un poco áspera. La recorrió desde la curva inferior, pasando por el pezón, y luego la rodeó a lo largo de la areola.

—Pero me gusta el olor de tu *excitación*. Te hace sentir bien.

Cuando fue a lamer de nuevo, Delora empujó su mano contra la punta de su hocico y la apartó.

—¡Pero si llevas todo el día evitándome! Creía que esto no te gustaba.

Magnar adelantó el brazo y clavó el suyo en el suelo, junto a su hombro, para impedir que le empujara. Le puso la otra mano en el muslo para separarle las piernas, y ella se dio cuenta de que había aspirado profundamente su aroma por el resoplido y el estremecimiento que le siguieron.

—Porque cada vez que te miraba, quería tocarte. Quería saborear tu piel. —Inclinó la cabeza hacia abajo y mordió uno de sus pechos, hundiendo todos sus colmillos delanteros en el montículo. Luego lamió el pezón, cubriéndolo de

saliva. —Pero mi vista se volvía morada y mi cuerpo se sentía extraño. No me gustaba.

Sus orbes tenían un color morado que aumentaba por momentos.

Le rastrilló las garras por la línea interna del muslo y ella soltó un jadeo áspero, casi echando la cabeza hacia atrás. Las afiladas puntas de sus dedos siempre parecían hacerle cosas raras por dentro. Junto con sus colmillos que se hundían literalmente en su pecho derecho, ambos se sentían... equivocados, peligrosos y deliciosamente *traviesos* cuando la rozaban.

—Entonces por qué estás haciendo esto sí...

—Estar excitada significa que quieres que te toquen, ¿no? Quiero hacerte sentir bien. —Echó la cabeza hacia atrás, mordisqueó una vez su pezón antes de acariciarlo. —Tu aroma se intensifica cuando toco aquí.

—Magnar, no tienes que hacer esto por mí.

En su interior bullían emociones confusas, y su mente se sentía desbordada. Cada caricia hacía que su piel ardiera más y que el deseo se intensificara en su entrada. Su sangre se aceleraba por la necesidad, pero no entendía por qué lo hacía. ¿Qué sacaba Magnar de ello?

¿Se compadecía de ella? ¿Autogratificación para él?

Ella *quería* hacerlo, que él la tocara, pero también quería que a él le gustara. No sabía por qué, sólo que le gustaba, y sus orbes morados brillantes parecían arrastrarla aún más.

—Me portaré bien, —prometió él, sin que ella entendiera por qué él sentía la necesidad de hacerlo. —Yo tengo el control.

Pasó dos de sus dedos, con las garras retraídas, desde su entrada hasta su clítoris, haciendo que el duro nódulo se moviera hacia un lado bajo su caricia.

Su rostro se agitó al instante cuando él la alzó para inspeccionar el goteo de su excitación que los cubría. Estaba empapada.

—Estás más mojada que la última vez.

—¡No!, —gritó ella cuando él levantó su mano con la lengua asomando. —¡No la lamas!

Era demasiado tarde.

Magnar pasó la lengua con curiosidad sobre sus dedos para probarla.

El gruñido que le siguió fue profundo, estruendoso y con el pecho vibrando, lo que le puso la piel de gallina. Sus orbes brillaron de un verde oscuro y luego volvieron a un morado aún más intenso. Vio cómo todo su cuerpo se hinchaba bajo la camisa.

—*Más,* —gruñó.

Volvió a tirar de Delora hasta que apoyó la parte baja de su espalda en los muslos de él. Entonces su lengua, larga, firme y áspera, se introdujo en ella tan profundamente que tocó fondo contra el cuello del útero. Sus colmillos se abrieron a su alrededor.

Todo su cuerpo se derritió. Su cerebro se volvió viscoso dentro de su cráneo. Un escalofrío sacudió todo su sistema nervioso hasta el punto de que todo le

hormigueaba, todo se le tensaba: los dedos de los pies, las manos y el coño alrededor del firme órgano. *Todo* palpitaba.

Giró las caderas en la dirección opuesta a la que sentía girar su lengua y luego en la dirección opuesta cuando él cambiaba de dirección. Los dedos de sus pies se curvaron, nunca antes había sentido una sensación tan suave y flexible en su interior.

Él parecía querer recoger hasta la última gota de su flujo antes de retirar la lengua. Sus orbes se tornaron negros cuando inclinó la cabeza hacia atrás, se lamió el interior de la boca y gimió. La mano que la sujetaba por el muslo la apretó con más fuerza, clavándole las yemas de los dedos.

Magnar soltó un resoplido cuando bajó la cabeza y abrió la vista.

—¿A *esto* sabes? —Un estruendo salió de su pecho, uno que sonaba como si vibrara dentro de él. —Si hubiera sabido que sabías tan delicioso, lo habría intentado antes.

Cuando él volvió a lanzar la cabeza hacia delante como si quisiera lamerla de nuevo, Delora le agarró la cornamenta con ambas manos y se mantuvo firme bloqueando los codos.

Quiso decirle que esperara, pero no pudo. Las palabras no salían de ella, como si estuvieran atascadas en su pecho, negándose a estallar. Una parte de ella no quería que se detuviera.

Sabía que si lo hacía, él lo haría, igual que cuando le había dicho que no en el pasado.

Pero no podía soportar que él volviera a hacerlo. Su cuerpo casi se había derretido y necesitaba pensar. *¡Me ha metido la lengua!* Y la saliva que había dejado era espesa y se extendía entre sus pliegues. Se retorció para aliviar el cosquilleo que sentía.

—Más. Necesito más, —le exigió él con un tono gruñón presente en su voz.

Su fuerza se imponía a la de ella.

Su lengua plana y grande lamió su trasero, haciéndola saltar de sorpresa, antes de pasarla por su entrada y luego por su clítoris. Sus caderas se movieron en una ola de lado a lado cuando él la acarició a la perfección.

Delora seguía agarrándole los cuernos, pero ahora por un motivo totalmente distinto. Con un agarre mortal, los utilizó para centrarse cuando su cuerpo se arqueó contra su lengua en movimiento, separando los labios. Soltó un gemido ahogado.

Intentó cerrar las piernas, no sabía si para mantener la cordura o para escapar de la intensidad de lo *increíble* que se sentía.

Magnar se detuvo y emitió un terrible gemido.

Su cabeza retrocedió. La bajó y la agarró con fuerza por ambos muslos mientras temblaba. El segundo gemido le dijo que no era de placer, sino de repulsión o dolor.

Sus mandíbulas se abrieron, la baba goteando de sus colmillos superiores, mientras resoplaba ruidosamente. Cada exhalación era un ruido agudo.

Delora se aferró con más fuerza a su cornamenta y frunció las cejas ante su comportamiento. Intentó ignorar el travieso pálpito que le producían todos sus lugares delicados, exigiéndole que tirara de él para que volviera a bajar.

Si Magnar quería parar, ella se lo permitiría sin rechistar. Es sólo que... él seguía instigando este tipo de caricias y luego se volvía extraño y distante.

—¿Qué pasa, Magnar?

Cuanto más tiempo permanecía sentado sobre sus rodillas, más parecía empeorar su temblor. Se agarró el abdomen, sus garras se clavaron en la camisa y la desgarraron.

Ahora llevaba puesta la única buena que le quedaba.

—Me duele, Delora, —gimoteó.

Él volvió a estremecerse, esta vez con los orbes negros, y se arañó el cuello. Pero no retrocedía. En lugar de eso, parecía agarrarle el muslo con fuerza, como si no quisiera dejarla. Hizo una mueca de dolor cuando supo que le saldría un moratón.

Delora se incorporó para poder quedar sentada, apoyándose en los codos y observando su cuerpo en busca de algún tipo de herida. *¿Le había dado una patada?* Se había estado retorciendo un montón, pero no creía que sus piernas humanas tuvieran la fuerza suficiente para herir a un Duskwalker, por mucho que se moviera.

—¿Dónde?

Sus orbes parpadearon en blanco, mostrando a Delora su vacilación, antes de girar la cabeza hacia un lado. El color morado permaneció cuando volvió a agarrarse el abdomen, dando un destello más largo de blanco, mientras su cabeza se arqueaba de lado para mirar hacia abajo.

Probablemente no necesitara entrecerrar los ojos para ver el bulto de aspecto extraño que podía ver entre sus muslos abiertos, pero sus ojos luchaban por ver lo que se suponía que estaba mirando. Se negaba a aceptar que veía algo moviéndose contra sus pantalones desde el interior.

—¿Magnar?

Se le secó la boca cuando él se agachó y tiró de los pantalones como si quisiera desabrochárselos. No creía que se los estuviera abriendo para revelar lo que estaba a punto de hacer, no cuando ella no había sentido nada allí antes.

Estaba equivocada. Muy equivocada.

Ni siquiera necesitaba hacer nada. En el momento en que se abrió los pantalones por completo, algo duro, largo, gordo e *incorrecto* brotó de ellos. Le siguieron cuatro extremidades móviles que se contoneaban de forma bastante similar a como su lengua lo había hecho dentro de ella.

La mandíbula de Delora se desencajó y sus labios se separaron.

Delante de sus ojos, entre los huesos de la cadera, más allá del ombligo y un poco más arriba, estaba la polla más grande que jamás había visto ni oído nombrar.

La punta ovalada era de un color morado tan oscuro que casi parecía negra. El color empezaba a aclararse detrás del borde de la cabeza, pasando a un

morado intenso hasta que se encontraba con una especie de costura. Se había abierto una hendidura, que era de donde obviamente había salido esta cosa, y por lo que ella podía ver, también era de un morado intenso en su interior.

Estaba rodeado de pelo corto entre sus blancos huesos que sobresalían de la cadera.

Los cuatro tentáculos, de unos quince o veinte centímetros de largo, seguían el mismo patrón de color más oscuro en las puntas y más claro a medida que se acercaban a las caderas.

Los ojos de Delora saltaban frenéticamente ante cada extraño detalle. Desde la cabeza hasta las grandes protuberancias ovaladas de la base, que casi parecían lo que ella creía que eran sacos de semen, pero que en realidad estaban incrustados en la parte inferior del pene. Sus ojos recorrieron el profundo surco que había bajo el pene y luego las líneas dobles de nódulos que lo recorrían por arriba y por los lados.

La parte más extraña era el borde de la cabeza. Tenía protuberancias redondas muy notables.

No había nada que pudiera calificarse de humano, salvo su forma fálica. Su longitud era sobrehumana. Tenía tantos centímetros que ella sabía que ningún humano sería capaz de abarcarla toda, y era tan gruesa que pensó que podría apretar el puño y seguiría siendo más grande.

—¿De verdad tienes polla? —La pregunta salió de sus labios, pero más bien iba dirigida hacia ella misma, completamente incrédula.

Bueno, parecía una *polla*. Sólo que una rara. Estaba donde se suponía que debía estar una polla. Pero Delora no podía hacerse a la idea de que estaba dura y la miraba directamente a los ojos.

—¿Polla? —preguntó Magnar en un suspiro ronco, pareciendo algo más tranquilo ahora que lo había soltado. Era más monstruo que él. Luego se tocó ligeramente el costado y pronunció: —¿Eso es lo que es?

Sus ojos se abrieron de par en par y consiguió apartarlos de los tentáculos que se retorcían para mirarle a la cara huesuda.

—¿Tú... no sabes lo que es eso?

—Hasta ayer, nunca había visto esta parte de mí. —Entonces él puso su mano en el costado de ella, acercándola y, de paso, deslizando su polla sobre sus pliegues. Se dio cuenta de que el brillo que podía ver en ella se debía a que el pene tenía su propia lubricación para mantenerla húmeda. —Pero tú sabes lo que es. ¿Puedes explicármelo?

De algún modo, sus ojos se agrandaron y bajó la mirada para contemplarlo. Las paredes internas de su coño se apretaron de inmediato, por preocupación o por *necesidad*, no lo sabía.

—Es-es una polla. Un pene o miembro. —Se lamió los labios para humedecerlos. —Significa que eres un hombre... o un macho, supongo.

Un gemido tembloroso brotó de Delora cuando su mano se deslizó por su muslo y presionó todo el pulgar dentro de su canal.

—¿Y esto significa que eres una hembra?

—Sí. Esa es mi vagina. O.… sexo.

Estuvo a punto de pronunciar la palabra coño, pero Delora *sinceramente* no creía que pudiera soportar que este inocente Duskwalker empezara a llamarla con esa palabra en particular.

—¿Por qué somos diferentes?

Antes de que Delora pudiera responder, sus orbes brillaron en blanco y emitió un quejido seco mientras se le entreabrían las mandíbulas. Se agarró la polla con la mano libre mientras los tentáculos de la base se retorcían más deprisa.

—Me duele, —explicó, agarrándosela con tanta fuerza que ella pudo ver que se comprimía en su puño. —No me gusta que esté expuesta. Cuando se seca, escuece.

—¿Cuándo se seca?

Delora inspeccionó el lubricante de su polla. Ahora era irregular, y las capas expuestas de su eje parecían arrugadas.

—Aquí dentro está caliente. —Metió el pulgar aún más adentro y luego tiró hacia un lado, abriéndole el coño como si quisiera echar un vistazo. —Y húmedo, como el interior de mi costura.

El morado apareció en sus orbes flotantes y él soltó un gruñido, profundo y corto como un jadeo. Sus caderas se echaron hacia atrás y luego se empujaron hacia delante. Posicionó la punta de su polla contra el duro nódulo de su clítoris y fue frotado desde todos los lados.

Ohhh, ¡joder! Ella se mordió el labio y empujó distraídamente, con los párpados agitándose incontrolablemente de felicidad hasta que él terminó de acariciarla.

—Así está mejor. —Sus cuernos crearon sombras sobre ella mientras la sujetaba por el muslo, apoyando la otra mano en el suelo, cerca de sus caderas, y comenzando a moverse hacia delante y hacia atrás. La humedad de él comenzó a extenderse lentamente. —*Haa.* Esto ayuda.

Ella se mordió el labio inferior y trató de empujarse contra su pesada erección. —¿Ayuda?

—Pero no es suficiente.

Delora se dio cuenta.

Puede que él no supiera lo que estaba pasando, pero su cuerpo sí, y sus *instintos* también. Ella sabía exactamente lo que su polla quería, lo que necesitaba, y cuando vio una única y gruesa gota de semen justo en la punta de su polla, supo que tenía que tomar una decisión.

—Delora, —gimió. —Quiero estar dentro de ti. Necesito calor y humedad. Te necesito a ti.

—Quieres acostarte conmigo, —susurró ella, queriendo que al menos entendiera lo que decía. Al menos que le pusiera un nombre. —Intimar conmigo.

Y por mucho que la polla deslizándose contra ella, acariciando su pequeño clítoris de un lado a otro mientras estaba profundamente dentro del surco de la parte inferior de él era extraño, Delora sabía que lo quería.

Le asustaba su tamaño, sabía que podía dolerle, pero deseaba a Magnar. Delora quería consolar esa parte de él, aliviarla. El charco en su entrada creció, y ella trató de envolver sus pantorrillas alrededor de las caderas de él.

—Dentro de ti, —repitió, como si ya no fuera capaz de pensar en otra cosa. —Lo necesito dentro de ti.

Sus caderas aumentaron su ritmo mientras él bajaba para envolverla apoyándose contra el suelo. Sacó el pulgar lo suficiente para poder deslizar la mano hacia el trasero de ella, agarrar una mejilla y levantarla hacia sus embestidas.

Ella sintió cómo los dos tentáculos que tenía debajo se deslizaban por su trasero, haciéndole cosquillas en la piel y haciéndola rebotar hacia arriba, sorprendida. No esperaba sentirlos tan ásperos por dentro, pero también estaban húmedos.

Le dio un vuelco el corazón. Apoyó la frente en la piel de sus pectorales y asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Sólo... sé suave, ¿vale?

Delora bajó la mano. Cuando agarró la cabeza de la polla de Magnar, éste gruñó con los ojos enrojecidos. Ella gritó y retrocedió.

Su gruñido se convirtió en un gruñido constante, como si el contacto de ella hubiera provocado una agresión en él.

Esta vez le agarró la polla por la base y echó las caderas hacia atrás. Cuando se acercó, le colocó la punta en la entrada de su coño, y ella ya se dio cuenta de que iba a estar muy apretada.

La punta estaba húmeda por la excitación de ella, el lubricante de él y las gotas de semen que había derramado. Eso no facilitó su entrada cuando empezó a empujar con *fuerza*.

Apretó los ojos y apretó la mano contra la pelvis de él para frenarlo. *Es muy grande.* Cuando eso no funcionó, intentó levantar las rodillas para empujarlas contra las caderas de él, pero él estaba demasiado cerca para que ella pudiera introducir las rodillas entre ellas.

Delora sintió una punzada cuando su entrada empezó a abrirse paso sobre la enorme y ancha cabeza. Sabía que aún no había sobrepasado el borde y ya sentía demasiada presión.

De repente se sintió demasiado pequeña debajo de él, demasiado débil, demasiado frágil. Él era más alto que ella, más grande y mucho más fuerte, y por mucho que ella le empujara para que se detuviera, él seguía empujando. No paraba de temblar, su cuerpo se estremecía contra la potencia de su primera embestida.

—¡No creo que vayas a caber!

Sentía como si su pubis fuera a derrumbarse. Intentó abrir más las piernas, intentó cerrarlas, intentó levantar las caderas para recibirlo, y nada parecía aliviar la presión.

—Creo que primero tendrás que prepararme...

Delora dio un grito ahogado cuando la cabeza de su polla se introdujo literalmente antes de que terminara de hablar. Se tensó a su alrededor, sus brazos y piernas se replegaron hacia su torso, y apretó el pelaje de su pecho.

Sintió dolor, el dolor era casi insoportable. Se le llenaron los ojos de lágrimas y miró hacia abajo para darse cuenta de que sólo había tomado la cabeza. Aún no había tocado fondo en ella y supo que era demasiado.

—Eres demasiado grande, Magnar.

¿Lo era? Él estaba dentro, tal vez un poco incómodo por ahora, pero ella realmente se preguntaba si podría adaptarse a algo tan enorme. Ella no sabía por qué, pero quería que esto fuera posible entre ellos.

T-Tal vez sólo necesite relajarme. Se sentía bastante tensa, y trató de respirar para ablandar su cuerpo para él.

—*Apretado,* —ronroneó él en un temblor. —Húmedo. No sabía que estaría tan apretado.

Cuando él retiró la mano para poder levantarla y posarla al lado de la cabeza de ella, las garras se clavaron en el suelo. Cuando se acercó más a ella, su otro brazo se deslizó por debajo para poder estrecharla contra él.

—Y estás tan caliente, *Delora*.

Cuando presionó más, Delora arqueó la espalda. Antes de que pudiera pedirle que esperara, su enorme polla ya había alcanzado el cuello del útero y empujaba contra él, intentando penetrar más cuando no podía.

—Ha,— jadeó él, apretándolos para que no hubiera un lugar entre sus torsos que no se tocara. —Puedo sentir tu corazón latiendo desde dentro.

Justo cuando el cuerpo tembloroso de él se hinchó en tensión, ella sintió que su polla se engrosaba. Ella gimió por ello al mismo tiempo que él dejaba

escapar un gemido. Pero ella supo que algo estaba ocurriendo cuando sintió que su cuerpo se estremecía aún más y que su mano agarraba su costado con más fuerza. Soltó el ruido más extraño que jamás había oído.

Entonces calor, un calor líquido, empezó a calmarla por dentro. Delora casi pensó que su cuerpo se convertía en gelatina entre sus brazos. Su visión se nubló y se dividió en dos cuando pensó que el cielo había empezado a formarse en el lugar donde se unían para darle un reconfortante éxtasis.

Su polla palpitaba con fuerza, engrosándose antes de hundirse, antes de hincharse. Una y otra vez.

—¿Te estás corriendo?, —susurró ella, tratando de resistir el delicioso deseo de gemir ante la semilla que sentía burbujear dentro de su canal, llenándola con cada chorro.

El inquietante y hermoso gemido de Magnar fue su única respuesta. De un solo empujón, el placer de su cuerpo tragándose el suyo le había hecho correrse.

Empezó a derramarse, goteando por la curva de su trasero hasta caer al suelo, pero no le importó. Magnar se balanceó ligeramente, esparciéndolo y obligando a su cuerpo, mucho más pequeño, a amoldarse a su circunferencia.

Y cuando cesó, se quedaron jadeando momentáneamente. Sus respiraciones eran el único sonido, aparte del silencio que resonaba a su alrededor. Delora se mordió el labio inferior y su rostro se transformó en uno de angustia emocional.

Puede que hubiera sido capaz de aguantarlo, pero incluso ahora podía sentir que estaba apretada. Se sentía llena, repleta, estirada hasta el límite de su

capacidad. Delora estaba clavada en su longitud y circunferencia, y miró hacia abajo para ver que sólo lo había tomado hasta la mitad.

Esto es inviable entre nosotros.

Si él empezaba a moverse ahora mismo, Delora sabía que el bienestar que le proporcionaba su semen caliente, como si hubiera aliviado sus tensos músculos internos, se disiparía.

Es un Duskwalker. No es humano.

—Algo salió de mí, —afirmó Magnar, con la voz irradiando desde su cráneo mientras su respiración seguía entrecortada. Sonaba desconcertado. —Nunca había sentido nada tan placentero que después me hormigueara todo el cuerpo. Se siente de maravilla estar así.

Frotó la comisura de su mandíbula contra la de ella. Emitió un rugido mientras le pasaba la lengua por la cara, empezando por la mandíbula, pasando por los labios y luego por la sien. Sin poder evitarlo, su cuerpo se estremeció cuando se la pasó por la oreja, haciéndola jadear.

Delora estaba aprendiendo que aquel era un punto realmente sensible para ella, y se preguntó si Magnar también se habría dado cuenta. Sobre todo cuando la rodeó antes de lamerle la parte inferior de la mandíbula hasta llegar a la nuca. Siguió lamiéndola, casi con aprecio, con cariño, rozando su carne con la lengua. Ella empezó a retorcerse.

—Deja de lamerme el cuello, Magnar, —suplicó en un susurro. —Me haces cosquillas.

Pero no le hacía cosquillas en la piel. Su coño empezaba a reaccionar, apretándose y estremeciéndose en ciertas caricias hasta el punto de que podía sentir su semen saliendo de ella, creando esa extraña sensación de cosquilleo en su interior.

Magnar sacó el brazo de debajo de ella para poder levantarse con los brazos estirados y empezó a lamerle el pecho. Primero empezó por arriba, pero al girar la cabeza hacia abajo y arrastrar la lengua por uno de sus pezones, su cornamenta empezó a dar vueltas alrededor de su cabeza. Tuvo que vigilar que no le sacara un ojo, dificultándole ver lo que él hacía.

Suspiró aliviada cuando sintió que se retiraba, con la cara retorciéndose de dolor, pero pudo soportarlo por un momento.

Sus garras golpearon el suelo de madera. Lo habían hecho en medio de la casa, sin nada debajo. Tal vez fuera lo mejor, así no habían creado un desastre en el nido.

El único aviso que recibió Delora fue el leve gruñido que él emitió antes de meterse de nuevo y luego resoplar salvajemente estremeciéndose. Ella gimió en respuesta, del tipo equivocado.

Cuando consiguió luchar contra su cornamenta para poder ver lo que estaba haciendo, se dio cuenta de que la polla de Magnar no se había ablandado. Seguía siendo grande y estaba completamente erecta dentro de ella, y él había estado mirando hacia abajo, donde se unían con orbes morados. Ahora sabía lo que significaba ese color, su deseo, y seguían siendo de ese intenso color.

—Eres tan suave por dentro, —murmuró mientras se retiraba.

—Por favor, Magnar, —suplicó Delora. —No podemos hacerlo. Eres demasiado grande para mí.

—Pero quiero derramarme otra vez. —Sus mandíbulas se separaron para que su lengua pudiera salir y lamerse el hocico de forma depredadora. —Quiero llenar esta parte de ti. —Ella oyó las garras de sus dos manos clavarse en la madera a su lado, mientras su gruñido se hacía más evidente. —Y quiero entrar más profundamente dentro de ti, dentro de tu pequeño *coño*.

Magnar volvió a empujar, y esta vez con fuerza. Ella sintió la presión de su polla contra el cuello del útero, que la obligó a arquearse. Agarró la piel de su pecho y tiró.

—Más adentro, Delora, —le exigió con un gruñido. —¡Tómame más profundamente dentro de ti!

—Quiero que me penetres más, pero no puedes. —Estaba tomando todo lo que podía.

Dio un suspiro de sorpresa cuando él le clavó todas las garras de la mano derecha en el abdomen. Le perforaron la piel, haciéndola sangrar, justo alrededor de donde su polla estaba dentro de ella.

El corte de sus garras escocía, pero el dolor, la sensación de desgarro y la incomodidad que Delora había estado experimentando antes dentro de su coño se desvanecieron al instante. El alivio la inundó.

Había un calor en su interior que le resultaba extraño, místico y extraño. Supo que debía de estar utilizando algún tipo de hechizo o magia para quitarle el

dolor y cambiarla cuando su polla empezó a deslizarse más adentro, cuando antes habría sido imposible.

Y se sentía sublime. Había algo en su cuerpo que se abría paso para la polla de Magnar, que literalmente se reorganizaba para adaptarse a él, que la hacía retorcerse de placer alrededor de aquella polla gorda y caliente.

Ahora que no estaba tan concentrada en su propio cuerpo, podía sentir que él palpitaba tan salvajemente que parecía un aleteo. Las pulsaciones de su polla, como palpitaciones pero mucho más intensas, la hacían sentir como si se deslizara dentro de ella.

Los dedos de sus pies se enroscaron con tanta fuerza que sus pies y tobillos se arquearon, y ella gimió violentamente. Su coño se humedeció más rápidamente, tratando de succionar su polla con avidez.

Puede que no entendiera realmente cómo lo hacía, pero a Delora sólo le importaba que se sentía fenomenal. Era alucinante, le robaba el pensamiento y la hacía sentir más hambrienta de ser llenada.

Él retrocedió antes de llegar a la profundidad deseada, y los ojos de Delora se abrieron de par en par, presa del pánico. Intentó frenéticamente mirar hacia abajo.

—No, —gimoteó ella, empujando las manos hacia los costados de él para agarrar la piel e intentar que él volviera a penetrarla. Más adentro. —No has entrado del todo...

El resto de él embistió dentro de ella en un movimiento rápido.

Su polla tocó fondo simplemente porque no tenía nada más que darle.

—¡Ohhhh! —Delora gritó mientras su coño se apretaba.

Todo su cuerpo se arqueó. Su cabeza golpeó con fuerza contra el suelo, irradiando un dolor en ella que fue olvidado de inmediato. El cuerpo se le puso rígido. Los brazos, las piernas, los músculos del estómago y el cuerpo, que empezó a ordeñar la polla.

Delora se estaba corriendo alrededor de la polla, con los ojos tan en blanco que se le nubló la vista.

Intentó rodearle la delgada cintura con los muslos mientras giraba, metiéndosela y sacándosela ligeramente mientras él emitía ruidos guturales de satisfacción sobre ella. Delora estaba completa y totalmente perdida.

Aquellos tentáculos móviles se enroscaban en las curvas de su trasero y sobre sus caderas, encajándola cómodamente en su sitio, pero ella seguía moviéndose a pesar de ellos. Lo necesitaba, tenía que hacerlo, mientras el orgasmo más intenso que había sentido nunca se apoderaba de todo su ser hasta el punto de que pensó que su alma entre sus astas podría haber temblado como reacción.

CAPITULO 19

Magnar sintió el apretón de su coño mientras le estrujaba maravillosamente la polla palpitante. Dejó escapar un resoplido cuando sus colmillos se separaron.

—Joder, —gimió, una palabra que le había enseñado Reia y que nunca antes había sentido la necesidad de pronunciar.

Pero la forma en que el cuerpo de Delora se convulsionaba alrededor del suyo, masajeando toda su dolorida longitud que sobresalía de entre sus caderas. La forma en que había cubierto su polla de líquido resbaladizo, empapándolo completa y totalmente para asegurarse de que ni una sola parte de él se sintiera seca. El aroma de ella, dulce como el de las manzanas rojas y frío como la escarcha, pero también especiado con un sabor que ahora sabía que era delicioso.

Todo era tan dichoso que la palabrota se le había escapado, y se había sentido bien al decirla.

Delora estaba caliente por dentro. Estaba húmeda. Su coño era tan suave y carnoso que se amoldaba a su alrededor, acurrucando su polla mientras los latidos erráticos de su corazón marcaban un ritmo relajante y reconfortante. Y ella era tan jodidamente estrecha que él sabía que no había un lugar que él no estuviera llenando.

Ella se lo había tragado entero, haciéndole sentir conectado a ella de una forma que nunca antes había sentido.

Un sentimiento salvaje se apoderó de él, haciendo que su pelaje y sus plumas se erizaran bajo la ropa, que de repente le resultaba demasiado estrecha. Se echó la mano a la espalda y se clavó las garras en la camisa, rasgándola y arrancándola de su cuerpo para dejarlo desnudo excepto por donde los pantalones le rodeaban las caderas.

El rojo destelló a través del morado de su intenso deseo, antes que un verde oscuro. Las fuertes emociones estaban tirando de sus sentidos, de su mente, tirando de su control y cordura.

Magnar le pasó la mano por debajo del cuerpo hasta que apoyó la palma en la nuca. Los dedos corazón e índice sostuvieron su cabeza mientras la levantaba, mientras el pulgar y los dedos más pequeños rodeaban posesivamente su garganta. Apretó lo suficiente para que ella comprendiera que él la controlaba, un lugar tan delicado de su cuerpo, mientras su cuerpo llenaba el de ella.

Cuando por fin dejó de correrse, Magnar se inclinó sobre su cuerpo, mucho más pequeño, y la levantó mientras él descendía, de modo que quedaron cara a cara.

Gruñó como advertencia.

—Mía.

Cada parte de ella sería suya.

Su alma era suya. Su mente era suya. Su corazón sería suyo. Su cuerpo, deliciosamente envuelto alrededor de su polla, era jodidamente suyo. Su olor,

sin importar su estado, era suyo. El gemido voraz que acababa de lanzarle, el que había sido un grito, sólo podía oírlo él.

Su belleza, ya fuera su rostro o su cuerpo desnudo, era suya para contemplarla. Nunca había entendido por qué importaba la ropa, pero ahora lo comprendía. Sus pechos, tan grandes y redondos y caídos por su peso, eran suyos para mirarlos, para saborearlos, para olerlos, para provocarlos hasta que creasen ese aroma excitante.

Podía jugar con sus orejas y con su cuello.

—Eres mía, —le dijo, antes de retirar la polla sólo para sentir las paredes internas de ella succionándola, como si no quisiera soltarla. Sus labios se apretaron en un gemido, sus ojos se movían entre sus orbes morados mientras él le acariciaba el cuello y la cabeza antes de volver a clavarle la polla. —***Y este, mi pequeño cuervo, es mi coño.***

En el momento en que le clavó las garras en el vientre y utilizó su magia para cambiar su cuerpo y adaptarlo al suyo, supo que la había reclamado. No había entendido realmente lo que estaba haciendo en ese momento, pero ahora sí. Y nunca permitiría que otro se le acercara tanto como para que su cuerpo estuviera dentro del de ella.

Aquel único golpe había bastado para estimularlo, y le soltó el cuello para poder rodearla con ambos brazos por debajo. La protegió del suelo mientras le sujetaba el hombro con una mano y le rodeaba el muslo con la otra.

Magnar retrocedió y volvió a penetrarla, estremeciéndose de placer.

Delora le rodeó el torso con los brazos, hundiéndose en su piel sin vacilar, y tiró de ella. Le gustaba que lo hiciera, que se aferrara desesperadamente a él como siempre había deseado. Pero era mucho mejor ahora que sabía que podía enterrarse dentro de ella como lo estaba haciendo.

Eran uno.

El vientre de ella se ajustaba al suyo y era tan suave que se encontró entrando y saliendo de ella con más fuerza para que se moviera más, para que le rozara más. La apretó más fuerte de lo que lo habría hecho con una humana más pequeña y resopló de satisfacción.

Sus gritos eran agudos, incluso penetrantes, y él se permitió disfrutar de cada uno de ellos.

No tardó en aumentar el ritmo, en clavarle su polla repetidamente. Pronto empezó a apretarse erráticamente a su alrededor mientras manaba líquido de ella.

—*¡Así!,* —gimió él, casi jadeando hasta el punto de ahogarse. Su voz cambiaba de tono, de oscuridad, de ronquera, revelando el poco control que realmente tenía sobre sí mismo. —*Otra vez. Córrete otra vez, Delora. Quiero olerlo. Quiero sentirlo.*

Quería que lo consumiera hasta que no fuera más que hueso.

Toda su vida, Magnar había sentido un hambre insaciable. De comer carne, de digerir los músculos, de morder los órganos. Le había parecido insoportable, pero nada podía compararse con el hambre de penetrar profundamente a la mujer que se retorcía en sus brazos.

Y cuanto más se retorcía de placer a su alrededor, más rudo deseaba ser con ella. Le mordió suavemente la garganta y la sujetó con los tentáculos alrededor de las caderas y los brazos alrededor del cuerpo. Magnar quería inmovilizarla, inmovilizarla tan completamente que supiera quién era su amo.

Nunca antes había sentido deseos así, pero le abrumaban con cada golpe de su polla. Podía sentir los nódulos a los lados de la polla entrando y saliendo de ella como pequeñas *vibraciones*. Cada una le provocaba un espasmo.

La intensidad de su calor combinado a medida que crecía por la fricción, su humedad mezclándose para crear un aroma que era único para ellos, era intoxicante.

Y había un sonido. Una succión, un golpeteo, un aleteo que se producía cada vez que él empujaba o se retiraba. Nunca había oído nada más erótico que esos ruidos acompañados de la respiración y los gemidos de ella y los gruñidos, gemidos y jadeos de él.

Antes de que Magnar se diera cuenta, se había enroscado alrededor del cuerpo de ella, apoyándose en las rodillas y los codos mientras la sostenía en el aire, y había empezado a empujar maníacamente con las caderas. Empujaba con fuerza, embestía profundamente y sus movimientos eran rápidos. La mantuvo firme contra él mientras sus pensamientos se ahogaban excepto por el deseo de liberarse.

Como una bestia en celo, dejó que su cuerpo tomara el control total y absoluto, se dejó envolver en este momento de intenso placer.

Sus gemidos eran leves al principio, pero crecían cada vez que su polla se hinchaba con su próxima liberación, preparando las protuberancias de la base.

Sintió el terrible apretón de su semen arremolinándose en sus sacos y sintió el cosquilleo en su espina dorsal.

—*Haa. Haa.*— Le siguió otro gemido, pero el sonido era una mezcla de dolor y cielo.

Le dolía tanto que se le oscureció la vista, y apartó los colmillos de su garganta para poder apoyar la longitud de su hocico contra el costado de su cabeza y estar más cerca de ella. Sus tentáculos los unieron, haciendo imposible que ninguno de los dos retrocediera, aunque quisieran.

—¡Dios mío! —Ella tiró del pelaje de su espalda, arrancándole algunas hebras, mientras arqueaba la espalda y gritaba: —¡Magnar!

Él gruñó su nombre y apretó su agarre sobre ella para que no pudiera escapar, haciendo que su gemido se cortara en seco. Sintió el orgasmo de ella justo cuando el primer chorro de su semilla salía con fuerza.

El orgasmo de ella intensificó el suyo con sus espasmos húmedos y apretados. Sintió que el cuerpo de ella se estremecía alrededor del suyo como una ola, casi como si tratara de imitar y bailar junto con las pulsaciones crecientes del suyo.

Magnar llenó su coño, ya repleto de semilla, hasta que pudo sentir cómo goteaba por su polla cuando se filtró por su canal. El olor de su liberación sexual era fuerte. Le gustaba que estuviera en ella, sobre ella, marcándola. La quería permanentemente impregnada de él.

Se mezclaba con el olor a cobre, a sangre, pero su mente estaba demasiado aturdida para comprender lo que eso significaba.

Estaba demasiado eufórico.

Y cuando terminó, la dejó contra el suelo y la abrazó mientras intentaba recomponer su mente. Sentía como si su conciencia se hubiera desvanecido en el éter y tuviera que esperar a que volviera a flotar en su ser.

Mi Delora... Le acarició el pelo con la mandíbula.

Satisfacción y alegría eran las tiernas emociones que se arremolinaban en su pecho, jugueteando alrededor de su corazón, mientras estrechaba a su novia entre sus brazos.

Hasta que oyó un sollozo silencioso.

—¿Delora?, —preguntó vacilante, apartándose un poco para sentir que ella había enterrado la cabeza contra su pecho.

Ella lo abrazaba como si no quisiera dejar de abrazarlo, pero sus ojos se volvieron blancos cuando toda la calidez y la ternura que había sentido lo abandonaron de repente en una oleada de frío.

Magnar sacó los brazos de debajo de ella, con los tentáculos aún agarrándola con fuerza mientras su polla estaba enterrada, para poder mirar horrorizado sus manos cubiertas de sangre. Pudo ver que ella se había cubierto la cara detrás de sus palmas para llorar, y las apartó para poder mirar lo que había hecho.

La mueca de dolor que sintió fue instantánea.

La carne de su hombro y brazo derechos y la parte exterior de su muslo izquierdo habían sido cortadas en tiras. Magnar, perdido en su liberación, había

clavado sus garras en su flexible cuerpo y lo había destrozado. La sangre manaba libremente de ella, y el fuerte goteo de sus garras era atroz.

No era de extrañar que llorara.

Magnar le puso la mano ensangrentada en el estómago para forzar la liberación de sus tentáculos y, de paso, la manchó de sangre, haciendo que se le tensara la mandíbula. Después, sacó su miembro reblandecido del cuerpo tembloroso de ella.

Está sufriendo. Le temblaron las manos y volvió a mirárselas, horrorizado de sí mismo. *¿Qué he hecho?*

Lo primero que hizo Delora tras el breve velo de placer lleno de lujuria fue enterrar la cara en la piel del pecho de Magnar y echarse a llorar. Fue involuntario, no quería que las lágrimas brotaran de ella, pero no podía detenerlas por mucho que lo intentara.

¿Qué coño estoy haciendo con un Duskwalker?

No podía creer que tuviera la polla de un Duskwalker dentro de ella. La polla palpitaba junto al latido de su corazón, que ella podía sentir contra su frente pegada a su pecho. Era tan íntimo poder sentir ambas cosas, sentir su presencia dentro de ella de ese modo, que le retorcía el corazón.

Le encantaba que estuviera allí y se odiaba por ello.

Odiaba que el calor de su cuerpo fuera tan relajante que derritiera la tensión de sus músculos. Odiaba que su gemido tembloroso le hubiera provocado un cosquilleo en los oídos y que sus resoplidos la hubieran adormecido un poco más de lo debido. Odiaba que el olor a vainilla, nata y sexo fuera tan agradable que no quería que él se apartara.

Se tapó la cara para ocultarla aún más del mundo, notando el suave repiqueteo que sonaba contra el techo como si hubiera empezado a llover.

Estoy loca. Tenía que estar desquiciada para haber permitido esto. Para haber estado de acuerdo. Para *desearlo* tanto que había abierto las piernas y le había dicho que estaba bien hundir aquella enorme polla en su interior hasta que él, literalmente, la estirara irremediablemente.

Pero lo que más odiaba Delora era que no se arrepentía en absoluto. Nadie la mordía.

Hadith estaría disgustado conmigo. Demonios, toda la raza humana lo estaría. ¡La llamarían pervertida! La arrojarían al Velo dos veces.

Pero... Nunca me había hecho venir así. No hasta el punto de pensar que dejaría de respirar porque estaba demasiado ocupada gritando de abandono. Hadith nunca había hecho que su mente se quedara tan en blanco que lo único que quería era que la siguieran machacando hasta convertirla en puto polvo.

Delora nunca había sido tocada tan suavemente, tan tiernamente, que su cuerpo había ronroneado pidiendo más afecto, haciéndola desesperada por tener una polla dentro de ella. Magnar la había excitado tanto que no se había dado cuenta de lo rara que era su polla. Todo lo que había sentido era alivio

de que él tuviera una con la que deleitar su cuerpo y la necesidad de que lo hiciera.

Nunca había habido una noche en la que Delora hubiera estado tan desesperada por su propio marido.

Hacía tiempo que había dejado de esperar placer, pensando que era un esfuerzo inútil. ¿Cómo iba a saber que la mejor forma de ser follada hasta la felicidad era subirse encima de la polla de un Duskwalker?

Cuando se sintió saciada de verdad, se dio cuenta de que era más amargo que cualquier otra cosa que hubiera aprendido.

Todo lo que siempre había querido de su marido se lo estaba dando una criatura que ni siquiera debería existir. Lealtad, afecto, placer, protección... y calor. Que la trataran con delicadeza, porque era una mujer que merecía ser atesorada como un valioso cristal, y que la penetraran apasionadamente, con dureza y rudeza, porque había despertado en ella un deseo incontrolable.

Y sabía que Magnar no había querido acostarse con ella porque estaba allí para desahogar su lujuria. Ni siquiera sabía lo que era su polla hacía una hora; al menos, pensó que podría haber sido una hora.

Sabía que su deseo era por ella, gracias a ella.

—¿Delora?, —le preguntó con tanta preocupación y sinceridad en la voz que la quebró un poco.

Ella le *importaba*. Podía oírlo en su voz. Y aquí estaba ella, llorando bruscamente porque estaba tan confundida por lo que sentía que no sabía qué

más hacer. Su polla seguía dentro de ella y lloraba patéticamente porque le gustaba tenerla allí. La hacía sentir increíblemente completa.

Quería disculparse porque probablemente él pensaba que lloraba por algo que él había hecho, pero no era culpa suya. Él había sido perfecto, y ese era el problema.

—Lo siento..., —empezó mientras deslizaba con cuidado su pene fuera de ella, incluso cuando ella se aferró a él con la esperanza de que se quedara. —Lo siento mucho, Delora.

Ella sabía que su cara debía estar de un color rojo por las lágrimas debido al insoportable calor que sentía. Se estaba disculpando, y ella se sentía como una villana por ello.

—No quería hacerte daño. —El temblor inestable de su voz era inconfundible.

Entonces soltó un grito de dolor cuando él le puso la mano sobre el hombro, y ella desvió la mirada hacia donde sentía la agonía. Sus ojos se abrieron de par en par, incrédula ante su propia carne destrozada. La sangre manaba de su hombro, y no se dio cuenta de que se sentía un poco mareada hasta que lo vio.

Al mismo tiempo, Delora sintió que su semen caliente se deslizaba por su canal, y su clítoris palpitó de placer a pesar de su estado emocional.

Dios mío. *¡No puedo creer que me gustara tanto que me follara que ni siquiera supiera que me había destrozado la piel ¡*

Y ahora que le llamaba la atención, le escocía tanto que sabía que no sólo me había rebanado la piel, sino que había llegado hasta el músculo. Sintió un

entumecimiento que agradeció, ya que sus nervios se habían cortado en ciertos lugares.

Sin embargo, unos segundos después de que la palma de su mano cubriera la herida, sintió una irradiación mágica procedente del lugar donde se tocaban. Se extendió por todo su cuerpo y miró la parte exterior de su muslo, que sangraba.

La magia verde brillaba con tanta intensidad que resultaba hipnotizante. Detuvo su llanto.

Era exactamente igual que el color de la protección exterior, pero mucho más brillante. En cuestión de segundos, vio cómo sus heridas se cerraban y se desvanecían como si nunca hubieran estado allí.

Magnar apartó la mano de ella y empezó a retroceder. Planeaba huir como antes.

—Por favor, —susurró ella mientras lo alcanzaba. —No te vayas.

Aunque estaba llorando, sabía que pronto se calmaría. Sólo necesitaba un momento para ser humana, para que su enloquecimiento mental y emocional lo procesara todo, y se asentaría.

El único recuerdo que Delora había tenido de Magnar antes de que éste huyera de la casa era que sus orbes eran de un crudo color blanco. Sus quejidos, como los de un cachorro que se ha hecho daño en la pata, fueron lo último que oyó de él antes de que desapareciera.

Magnar...

CAPITULO 20

Delora se sentó en el porche con la espalda apoyada en la pared y esperó a que Magnar regresara. Llovía a cántaros desde que se había marchado hacía dos noches.

Observando el lúgubre mundo, torció la cabeza y apoyó la mejilla en los brazos cruzados que tenía sobre las rodillas dobladas. Se habían formado muchos charcos por el patio, pero parecían brillar por donde pasaba el escudo a lo largo del suelo.

La luz era mínima, ya que el sol se había puesto hacía poco.

¿Cuándo va a volver?

Su ausencia se prolongaba por tercera noche. Sabía que debía de haber regresado brevemente en algún momento, ya que no se había materializado junto a él como le había dicho que haría, pero nunca lo había visto.

Abrazándose más a la manta para protegerse del frío, miró hacia los escalones del porche.

Aún no poduedo creer que se hubiera vuelto a marchar. Huyó como un cobarde. Ni siquiera me dio tiempo a explicárselo.

Apretando los puños, juró que cuando él volviera, se aseguraría de que esta vez hablaran. La falta de comunicación no les hacía ningún favor a ninguno de los dos, y ella sólo tenía que ponerse las bragas de niña grande y decirle la verdad.

No quiero decírselo, gimió para sus adentros.

No sólo le preocupaba su reacción, sino que además... no quería hablar de ello. No quería hablar de su pasado porque prefería olvidarlo, pero dejar a Magnar sin saberlo no le parecía justo. No podía justificar una buena razón para no decírselo.

Es mi amigo. Bueno... más que un amigo, considerando lo que habían hecho. *¿Follamigo? ¿Puede un Duskwalker ser un Follamigo?*

Ella quería aliviar las preocupaciones de él. Ambos eran nuevos en esto y estaban aprendiendo el uno del otro, ya que eran tan diferentes. Añadir su complicado y doloroso pasado lo hacía todo más difícil.

—Habría sido mejor que otro humano hubiera caído en el Velo, —murmuró en voz alta. —Alguien que no fuera como yo.

Inclinó la cabeza hacia atrás y levantó las manos para mirarlas fijamente. Delora quería ser feliz, pero no se sentía así. Dormir sola, sabiendo que él no estaba durante las dos últimas noches, había sido casi insoportable.

A lo largo de los días, había probado a estar como fantasma para acostumbrarse y llegó a la conclusión de que despreciaba hacerlo. La hacía sentir como si no existiera para el mundo. Y no en el buen sentido de desaparecer, sino como un fantasma que no estaba listo para irse.

No podía oler nada, no podía tocar nada. Podía oír y ver, pero era como convertirse en una voyeur, lo que resultaba inquietante.

Acurrucándose de nuevo sobre sus rodillas, Delora suspiró mientras esperaba a Magnar.

—Tengo mucha hambre.

Había desafiado la lluvia torrencial para cavar en el jardín, y sólo había encontrado un puñado de pequeñas zanahorias listas para ser recogidas. Se había comido los pájaros la noche que habían tenido sexo después de dejar de llorar, descubriendo que el sexo y las lágrimas la habían dejado hambrienta.

En realidad, tenía más hambre que de costumbre. El estómago también le dolía mucho. Estaba helada, pero sudaba y, por alguna extraña razón, hoy empezaron a dolerle los pechos.

¿Tal vez estaba menstruando? Normalmente era irregular, así que no sabía cuándo le vendría o si le vendría. *¿Pero ahora? ¿De todos los momentos?*

Genial, otro problema con el que lidiar. Se preguntó cómo llevaría Magnar estar cerca de ella cuando estuviera emanando sangre. *¿Le dará asco?*

Gimió consternada. —*Realmente* no quiero tener esa conversación con él ahora mismo.

Lo de ‘sangro una vez al mes porque soy mujer’ era sólo el principio. Luego tendría que explicar por qué las mujeres lo hacen, que era para concebir, y ella estaría condenada si iba a tener la conversación de los pájaros y las abejas con un curioso Duskwalker.

A su debido tiempo se lo explicaría todo, pero primero tenían que sentarse y hablar.

Se estremeció. Este lugar se sentía más vacío de lo que ya estaba sin su presencia. No podía imaginarse aquí sola para siempre.

El Velo era un lugar tan desalentador e inquietante que Delora se preguntaba si alguna vez podría atreverse a vagar por él. Incluso en su forma fantasmal, no le gustaba la idea de tropezar con un Demonio monstruoso.

Agradeció que el recinto fuera tan grande que no pudiera verlos más allá de los árboles. También actuaba como barrera para amortiguar sus sonidos.

Desde que Magnar la había traído aquí, no se había aventurado más allá de la casa y sus inmediaciones. Se negaba a ir lejos a pesar de saber que era seguro. A su manera, fingía que ni siquiera estaba en el Velo y que los demonios no existían.

Sólo estaban ella y Magnar en el mundo.

Bueno, excepto que ahora sólo estaba ella. Sola.

—Vamos, Magnar, —suspiró, girando la cabeza hacia el techo. —¿Dónde coño estás...?

Delora volvió a bajar la mirada cuando sintió un extraño entumecimiento en los dedos de manos y pies. El corazón se le aceleró y soltó un jadeo de sorpresa. Se rozó la muñeca y la mano cuando sus dedos se volvieron transparentes contra su voluntad.

Empezó a ascender por la mano, luego por el antebrazo e incluso por el codo.

—¡Oh, mierda! ¿Qué está pasando?

Se estaba convirtiendo en un fantasma de verdad.

Delora temía que algo terrible le hubiera ocurrido a Magnar. Le escocía el pecho pensar que lo habían herido o que de algún modo había muerto, y por eso su cuerpo se estaba desvaneciendo ahora.

Seguía creciendo sobre su cuerpo. Por mucho que intentara volverse sólida, por mucho que intentara detenerlo o revertirlo, seguía volviéndose transparente.

Sin darse cuenta, todo se volvió negro.

Delora jadeó cuando, segundos después, la luz se apoderó de su vista.

Bueno... en realidad no era luz, teniendo en cuenta que era de noche en medio del Velo. La cabeza le daba vueltas, como si los ojos le dieran vueltas en las órbitas, pero sabía que estaba parcialmente arrodillada en el suelo, en una posición similar a cuando había desaparecido.

Intentó decir entre dientes '¿dónde diablos estoy?', pero incluso ella sabía que lo que decía era tan confuso y ininteligible que no tenía sentido. Delora estaba desconcertada y desorientada.

Levantó la cabeza y vio dos seres negros y borrosos frente a ella, ambos con orbes brillantes. Uno era verde, el otro azul. Cuanto más miraba, mejor veía.

Sacudió la cabeza para despejar la niebla restante y aliviar el mareo que sentía. Eso le permitió ver que Magnar se volvió de repente hacia ella, atraído por su

olor o por el sonido de su vida, y retrocedió dando tumbos sobre sus pezuñas de tres dedos.

Delora se puso temblorosamente sobre una rodilla y un pie mientras se agarraba a la barandilla, ya que estaban en un porche totalmente construido.

Vio cómo los ojos de Magnar se volvían de un color morado brillante. *¡Ooo! Ahora sé lo que significa ese color.*

Como pudo, Delora fulminó a Magnar con la mirada. Él le había dicho una vez que nunca podría escapar de él, ya que volvería a él al cabo de un día si no estaba cerca, pero eso también significaba que él tampoco podría escapar de ella.

Y pudo ver que planeaba huir de nuevo.

Maldito gato miedoso, pensó mientras se acercaba un paso. *¿De qué puede tener tanto miedo un Duskwalker?*

—No corras, —le exigió cuando retrocedió.

Magnar chocó contra Orpheus, que lo dejó pasar con facilidad. Antes de que pudiera agarrarlo, Magnar se cubrió un lado de la cara para ocultar el brillo de sus ojos y bajó corriendo las escaleras y se adentró en la lluvia.

—¡Magnar!

Orpheus adelantó el brazo y se agarró a la barandilla de los escalones del porche para impedir que lo persiguiera. Magnar se adentró en el bosque que crujía violentamente por los duros vientos y desapareció.

—No le persigas, —le advirtió.

Orpheus la miró fijamente con sus orbes azules normales, y ella giró el cuello hacia atrás para mirarlo fijamente a él, encontrándose con los orbes del Duskwalker.

—¿Qué te da derecho a intervenir?, —le preguntó ella hinchando el pecho con rabia. No se atrevía a tocar su torso con el de él en una muestra de agresividad, pero él le había impedido ir tras Magnar. —Necesito hablar con él.

Esto era culpa suya, y tenía que arreglarlo.

Orpheus ladeó la cabeza, haciendo sonar no sólo su cabeza como huesos secos, sino también las dos cascabeles que colgaban de sus cuernos retorcidos de Impala. Estaban sujetos por una cuerda y nueve cuentas que empezaron siendo azules, luego negras y después moradas, antes de repetirse dos veces más.

Aunque su Duskwalker y éste compartían rasgos similares, Delora sabía sin lugar a dudas que eran diferentes. No sólo su cráneo tenía forma de lobo y no de zorro, sino que sus gestos eran tan diferentes que podía verlo en su postura.

Orpheus, aunque era más bajo, se mantenía mucho más erguido y con mejor equilibrio. Su cuerpo parecía más grueso, como si fuera más fuerte y desarrollado, y la forma en que lo sostenía era con confianza.

También estaba el hecho de que sus ropas eran exactamente iguales, pero la de Orpheus estaba limpia, impecable, planchada y ordenada. Llevaba los botones perfectamente abrochados y la camisa metida por dentro de unos pantalones negros largos que ocultaban la parte superior de sus lustrosos zapatos de vestir.

En lugar de inclinarse para asustarla, Orpheus acabó levantando la cabeza hacia atrás con indiferencia, como si ella y su enfado fueran insignificantes para algo como él.

—Aunque eres valiente, pequeña humana, ahora mismo deberías desconfiar de él. —Hizo un gesto con la mano hacia el césped delantero de lo que ella pensó que debía de ser su propia cabaña de madera para señalar el bosque que había más allá de un círculo de sal inundado no demasiado lejos. —Y aventurarse en el Velo sólo le disgustará y os pondrá en peligro a los dos. Él no querría que sufrieras ningún daño por tu estupidez.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que la puerta principal de su casa estaba abierta, y Reia estaba al otro lado observándoles. Debía de haberlo visto todo.

Delora se estremeció ante sus palabras, antes de dejar caer los hombros.

Él tenía razón, y a ella no le gustaba que la tuviera.

A pesar de todo, dio un paso atrás para tener espacio y lanzar las manos hacia delante. —¡Pero sigue huyendo! No puede huir cada vez que pasa algo. Tiene que aprender a comunicarse conmigo.

Pasándose los dedos por el pelo, Delora no podía creer lo inmaduro que estaba siendo.

—Me he pasado los dos últimos días esperándole, —refunfuñó, desviando la mirada con derrota. —Sé que me he materializado aquí porque ha pasado un día entero desde la última vez que vino a casa.

Probablemente había venido a ver cómo estaba, o tal vez sólo para que ella no se le apareciera. La idea de esto último hizo que se le encogiera el corazón en el pecho.

Me dejó sola. Quiso abrazarse cohibida, pero se negó a mostrar su debilidad delante de ellos.

—Ahora mismo, lo más seguro es que no esté cerca de ti, —afirmó Orpheus, retrayendo el brazo. —Está intentando protegerte.

—¿De qué?

Delora no veía el problema. Entonces, ¿él la arañó accidentalmente cuando estaban teniendo sexo? Vaya mierda. Eso fue entonces, esto es ahora, y ella no podía ver por qué él seguía necesitando... dejarla. *Me curó enseguida.*

—De sí mismo. —Orpheus giró la cabeza hacia Reia, mostrando que su mirada se había posado en ella, pero ella pudo notar por la rigidez de su cuerpo que estaba receloso. —Has abierto su mente y su cuerpo al deseo, y para los de nuestra especie, la primera vez no es precisamente fácil.

— Siempre me he preguntado cómo fue tu primera vez, —Reia rió suavemente, pero sus ojos verde bosque insinuaban comprensión.

Orpheus sacudió la cabeza mientras se rascaba la nuca.

—No es lo mismo. —Bajó la mano para mirar sus afiladas garras. Estaban desafiladas, como si se hubiera esforzado en limarlas. —Nunca arañé a Katerina.

—¿A Katerina? —Delora frunció el ceño, recordando que Reia había sacado a relucir ese nombre.

Cuando dirigió sus ojos hacia ella, los labios de Reia se habían afinado y sus cejas se habían fruncido. —¿No lo hiciste?

—No. Nunca me hizo aferrarme tan desesperadamente como para querer meterme en su piel. —Sus orbes dejaron de ser azules para convertirse en rosa flamingo brillante, un color que Delora sólo había visto una vez, cuando le había puesto nombre a Magnar. Frunció el ceño ante la suave emoción. —Pero eso ya lo he hecho contigo.

—¡Oh! —Delora jadeó, la comprensión la golpeó como un martillo.

Había estado pensando todo este tiempo que ella y Magnar eran los únicos que habían hecho algo parecido al sexo.

Reia pareció darse cuenta de lo que pensaba y sonrió con complicidad. No le avergonzaba revelar esto y, de hecho, parecía bastante complacida.

—Mira, sé lo que dijiste la última vez, pero ¿quién demonios es Katerina y por qué es tan condenadamente importante? —Delora lanzó una breve mirada en la dirección que había tomado Magnar. —Estoy intentando por todos los medios adaptarme a esto, pero no es fácil, ¿vale?

—Ella quería correr tras él, Reia, —afirmó Orpheus mientras daba un paso más cerca de su humana. —No son iguales. Katerina nunca habría corrido hacia el Velo por mí.

Reia cruzó los brazos sobre el pecho y entrecerró los ojos en dirección a Delora. Su mirada cayó mientras suspiraba.

—Creo que deberías entrar. Es una larga historia. —Reia les dio la espalda para dirigirse al interior de la casa. —No discutas, Orpheus. Es nuestra invitada. Los invitados pueden entrar y tomar el té.

El gran Duskwalker resopló molesto por el agujero de la nariz, pero entró. Sin embargo, sorprendentemente, mantuvo la puerta abierta para que Delora pudiera entrar antes de cerrarla suavemente tras ellos.

Lo que encontró la sorprendió de inmediato.

Olía a pino, a hierbas secas y a vida. También estaba muy iluminada por las numerosas velas que había en casi todas las superficies y la araña de astas que colgaba en lo alto, al alcance de sus cuernos, pero tan lejos para un humano como ella.

El diseño de la casa era similar al de la de Magnar: las paredes estaban hechas de gruesos troncos de madera desgastados, todos del mismo diámetro.

En una especie de comedor, había una mesa enorme que se adaptaba a la altura de Orpheus, pero empequeñecía tanto a Reia como a Delora cuando la llevaron a uno de los dos asientos disponibles. Era obvio que nunca antes habían recibido invitados.

—Traería la silla de jardín de fuera, —empezó Reia mientras le hacía un gesto con la mano a Delora para que se sentara en la silla más pequeña mientras ella se subía a la mucho más grande con la ayuda de Orpheus. —Pero está mojada por la lluvia.

Reia le pidió a Orpheus que les preparara té, pero Delora había dejado de escuchar para mirar a su alrededor.

Al tener que arrodillarse para alcanzar bien la mesa, se fijó en una serie de objetos que había encima, como una tabla de cortar sobre la que había hierbas eneldo con un tarro de cerámica al lado. Había un mortero con hierbas machacadas y adornos de hueso y joyas.

La cocina tenía un largo alféizar con una palangana y un cubo para lavar dentro. Unas plantas parecidas a la vid colgaban de la pila de metal, mientras que unas botellas de cristal con distintos contenidos polvorientos daban color a los mostradores.

Con asombro, sus ojos volvieron a la lámpara de araña para ver que de ella colgaban adornos. Cristales, rocas, huesos e incluso simples cintas habían sido cuidadosamente atados a las astas.

Por último, al otro lado de la habitación, cerca de una larga ventana enrejada, había una chimenea con dos sillones individuales. Uno era más grande que el otro, pero ambos parecían mullidos, ya que estaban cubiertos de pieles de animales. En el suelo había más pieles, y entre los sillones había una mesa redonda.

El último mueble era una estantería casi vacía que contenía cuatro o cinco libros, dos de los cuales parecían muy viejos y desgastados.

Delora no se dio cuenta de que se había quedado boquiabierta ante lo que había encontrado hasta que su mirada pasajera se posó en Reia, que había estado observando su reacción. Cerró los labios entreabiertos y miró hacia la mesa.

Pero no podía sentir otra cosa que asombro aunque la hubieran pillado. No porque la casa fuera espectacular, sino porque Delora se preguntaba si el

hogar que Magnar había construido para ella tendría algún día un aspecto similar a éste.

Había una pared que obviamente separaba las habitaciones del resto de la casa, algo que la suya aún no tenía, y un largo pasillo que llegaba hasta una puerta al final. La distribución era distinta a la que Magnar le había contado que tenía prevista para cuando por fin tuviera la oportunidad de seguir construyendo.

Una punzada de añoranza la asaltó cuando pensó en él.

Todo era tan abrumador que apenas se dio cuenta de que estaba semidesnuda con una camisa negra abotonada delante de ellos. Se estremeció, a pesar de sentirse caliente y ligeramente cubierta de sudor. Casi parecía tener el principio de la fiebre, pero lo atribuyó a la adrenalina.

—Katerina es la primera humana que Orpheus tomó. Hace bastantes siglos, de hecho, —comenzó Reia, devolviendo a Delora a la razón por la que habían entrado. Mordisqueándose el labio inferior, Reia levantó las manos para señalar la casa en la que se encontraban. —Le construyó esta casa, el jardín, este patio. Le hizo los muebles y los adornos, e incluso compró gran parte de ellos. Hizo todo lo que pudo para hacerla feliz.

Las mejillas de Delora se encendieron de ternura. —¿Algo así como Magnar me está construyendo un hogar?

Esperaba que fuera aún más asombroso que éste.

—Sí, —intervino Orpheus cuando colocó dos tazas en la mesa frente a ellos. Ambas estaban humeantes con un líquido de color miel, pero olía amargo

como el jengibre y la menta. —Y yo tenía un desarrollo bastante similar al de él cuando la traje al Velo. Por eso a menudo acude a mí en busca de consejo. Ha estado buscando una humana que le diera un alma que conservar.

Su mirada se desvió hacia el alma ardiente que flotaba entre sus cuernos, brillante y roja de vida. Aunque su propia alma ahora tenía algunas grietas de luz en ella, todavía parecía de carbón y sin brillo en comparación.

—Llegas un poco pronto, —se rió Reia, pero sonó incómoda.

Orpheus retrocedió hasta apoyarse en la encimera de la cocina, que era un poco baja para él, como si estuviera diseñada para un humano. Sin embargo, los armarios de arriba parecían estar a su altura.

—Habíamos planeado que comiera unos cuantos humanos más y ganara más humanidad antes de encontrar una para él, pero no podemos controlar lo que ocurre y cuándo ocurre.

—Magnar ya explicó que los Duskwalkers ganan humanidad comiendo humanos. Del mismo modo que los Demonios se hacen más fuertes comiéndonos a nosotros.

—Exacto, —dijo Reia asintiendo con la cabeza, haciendo ondear su pelo rubio alrededor de los hombros.

Delora rodeó la taza de madera con las manos. —Esto sigue sin explicar nada.

—¿Te ha hablado ya Magnar del rey Demonio o de la aldea Demonio? —preguntó Reia.

Los ojos de Delora se abrieron tanto que pensó que se le saldrían del cráneo.

—¿Qué rey y qué aldea? —Delora se atragantó, con la voz más aguda de lo normal.

—Supongo que no. —Reia se apartó unos mechones de pelo detrás de la oreja, desviando la mirada como si se sintiera incómoda. —Sé que es mucho que digerir, y que las cosas se explicarán mejor en el futuro, pero hay un castillo en medio del Velo que pertenece al Rey Demonio. Él tiene la capacidad de usar magia, magia fuerte. Hace siglos, abrió un portal a la Tierra desde otro reino y trajo a los Demonios aquí para comernos. Está tratando de hacer crecer un ejército. También hizo una zona para los Demonios que han ganado suficiente humanidad para construir una aldea, y se parece a cualquier vieja aldea de la que tú o yo podríamos haber salido. Es bastante raro, pero parece totalmente normal, aparte de que ellos estén allí.

Sus labios se entreabrieron con incredulidad. Quiso decir que mentía sólo para burlarse de ella, pero cuando miró a Orpheus, parecía igual de serio. Tenía el puño cerrado y parecía más tenso que antes.

—Hicieron mi ropa, —añadió Orpheus. —También hicieron muchos de los elementos de la vivienda que no puedo hacer yo mismo, como el hornillo para cocinar.

Hizo un gesto con la mano en dirección a la chimenea de la cocina que tenía las varillas metálicas colgantes de un hornillo de cocina. La madera estaba protegida por varias capas de ladrillo y piedra, y en el centro había una mesa de malla metálica con una olla encima a la que llegaban las llamas.

—También nos proporcionaron las herramientas con las que hemos construido la casa para ti y Magnar.

—¿De dónde las sacaron? —preguntó Delora.

Tenía que admitir que todo esto la abrumaba.

¿Un pueblo de Demonios en medio del Velo que era como una ciudad humana? Era tan poco realista. Los Demonios eran monstruos horribles que se daban un festín con los humanos con regocijo. Pensar que tenían un pensamiento racional más allá de comer carne era difícil de asimilar.

Los humanos les habían temido durante siglos. Nadie sabía de dónde venían, ya que no llevaban más de unos cientos de años en la Tierra, y nadie sabía por qué habían venido aquí. Lo único que sabían los de su especie era que el mundo se había sumido en el caos y que era peligroso salir de los muros de sus ciudades.

—Algunos de ellos lo hicieron, —dijo Orpheus.

¿Como las jodidas artesanías?

—Una parte se la robaron a los humanos.

Delora levantó la mano para detenerlos mientras se colocaba la otra contra la frente. —No puedo. Tendré que verlo para entenderlo.

Orpheus torció la cabeza mirando a Reia, y ella respondió con un suspiro.

—Sigamos adelante. Sé que es mucho que asimilar. Lo que sabemos como humanos está tan lejos de la verdad, y yo misma aún estoy aprendiendo mucho de ello. Hay mucho más que contarte, y yo tampoco lo habría creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

—Continuemos con esa tal Katerina, —suplicó Delora.

No más sobre este Rey Demonio y la aldea.

—El Rey Demonio odia a los Mavka, —afirmó Orpheus, haciendo gemir a Delora. —Matamos Demonios y nos negamos a unirnos a él. —Se miró las manos mientras levantaba ambas palmas para mirarlas. —No quiero formar parte del derramamiento de sangre ni de la violencia. No tengo ningún interés en unirme a su guerra, y tampoco lo tiene ningún otro Mavka que haya llegado a conocer.

—Pero le hizo una oferta a Katerina para irse con él, y ella aceptó. Ella odiaba a Orpheus, incluso lo despreciaba. —Reia miró entonces a Delora directamente a los ojos, y pudo ver la ardiente hostilidad en ellos. No hacia Delora, sino hacia esta aparente persona Katerina. —El Rey Demonio la mantuvo viva durante casi dos siglos con su magia. Cuando por fin descubrieron cómo matar a los Duskwalkers, ¡intentaron utilizarme como cebo para matar a Orpheus! Me secuestraron para que Orpheus se viera obligado a venir al castillo como trampa. Katerina planeaba apuñalar su cráneo para romperlo.

—Destruir nuestro cráneo es la única manera de matar a un Mavka permanentemente, —dijo Orpheus mientras pasaba sus garras por la longitud de su hocico huesudo de lobo.

—¿Qué hiciste para escapar entonces? —preguntó Delora, insegura de si quería oír la respuesta con la forma en que Reia parecía asesina. —¿De este aparente castillo y rey todopoderoso?

—Iba a dejar que el Rey Demonio me comiera. También tengo la extraña sensación de que dejó que se comiera a los otros humanos que le robaron a

Orpheus. —Reia se burló. —Así que apuñalé a la zorra en el torso con mi espada.

—¿Mataste a alguien?, —chilló.

—Ojalá pudiera hacerlo de nuevo. —Reia golpeó la mesa con la base del puño, haciendo que su taza rebotara y casi se derramara. —Orpheus hizo tanto por ella, y ella era completamente desagradecida. Lo consideró un monstruo hasta el final y quiso asegurarse de que sufriera. Lo torturó, robó otras ofrendas, las mató, sólo para asegurarse de que estuviera solo. Me secuestró y luego esperó que simpatizara con ella.

Delora echó un vistazo a Orpheus, esperando ver sus orbes oscurecerse en azul por las cosas tristes que aparentemente le ocurrían. En cambio, volvían a ser de un rosa intenso.

Delora realmente quería saber qué significaba ese color.

—No quiero ser grosera, —hizo un mohín Delora, observando la desgastada madera de la mesa antes de juguetear con la parte inferior de su camisa. —Pero ¿qué tiene que ver esto con Magnar y conmigo?

—Lo que Magnar está pasando contigo actualmente, yo lo pasé con Katerina, —afirmó Orpheus antes de cruzarse de brazos y apoyarse una vez más en la baja encimera de la cocina con la parte posterior de las piernas. —Sin embargo, yo no tenía su alma.

—Menos mal, —se rió Reia mientras cogía por fin su té ahora que estaba más fresco, sopló en la taza de madera y luego bebió un sorbo. —De lo contrario, te habrías quedado atrapado con ella.

Orpheus rió a su vez, haciendo que Delora frunciera el ceño. No recordaba si alguna vez había oído a Magnar emitir un sonido tan profundo y agradable.

—Eso es muy cierto, mi pequeña cierva. Estoy eternamente agradecido de que sea tu alma la que me quede para la eternidad.

Delora sintió que su ya dolorido corazón se hundía aún más. Lo que ella y Magnar tenían no se parecía en nada a esto. Era evidente que Orpheus y Reia tenían un vínculo muy profundo y cálido, y los celos que Delora sintió no le provocaron rabia, sino pena.

¿Podrían tener esto? ¿Podrían formar un vínculo igual de tierno?

¿Reia y Orpheus... se aman? Era un concepto extraño teniendo en cuenta que ella era humana y él un Duskwalker, pero a primera vista parecía que sí.

Delora no sabía si realmente quería eso o incluso si sabía cómo. El amor la había quemado tan terriblemente que creía que sus entrañas estaban demasiado desfiguradas como para siquiera contemplar la idea. Había heridas que no podían curarse, y si Magnar iba a huir como un cobarde cada vez que las cosas se ponían difíciles, entonces no veía posible que alguna vez fuera capaz de hacer que ella lo amara, incluso si quería su amor o entendía lo que era.

Orpheus giró el cráneo en dirección a Delora.

—Katerina me enseñó mucho sobre lo que es ser humano. —Entonces sus orbes cambiaron a un rosa rojizo para significar su vergüenza ante sus siguientes palabras. —Nosotros los Mavka no tenemos funciones corporales como vosotros los humanos. Absorbemos nuestra comida de forma tan

completa y absoluta que no producimos residuos. Cuando miré mi propia polla por primera vez, no sabía lo que era ni cuál era su función.

Las mejillas de Delora se sonrosaron y miró a Reia para ver si se sentía incómoda, sólo para descubrir que la extraña mujer se estaba mordiendo los labios para no soltar una risita.

—Creo que fue una reacción a mí, —murmuró Delora en voz baja.

—¿A ti? —Había una evidente nota de curiosidad en su voz.

—Sí.— Intentó mirar a cualquier parte menos a cualquiera de los dos. *¿Es posible morirse de vergüenza?* Delora no podía creer que se viera obligada a mantener esta conversación con dos personas que eran prácticamente desconocidas. —¿A mí... olor? Me estaba tocando con mucha curiosidad y me dejé llevar.

Orpheus levantó un brazo de su posición plegada para ahuecar la parte inferior de su larga mandíbula.

—Ya veo. La primera vez que sentí deseo fue únicamente por mis propias ansias de querer estar más cerca de Katerina después de dos años de estar juntos.— Luego bajó la mano como encogiéndose de hombros. —Yo no lo sabía entonces, demasiado estúpido para darme cuenta, pero ella nunca me deseó de verdad. Hacía lo que yo quería porque temía que le hiciera daño si no lo hacía, aunque nunca la amenacé. Hice todo lo que pude para mantenerla a salvo. Pero al igual que Magnar, yo sólo avanzaba por instinto porque ella me aceptaba. Pensé que ella sentía lo mismo, ya que no me dijo lo contrario.

Entonces Orpheus miró sus propias garras.

—A veces ella instigaba el contacto, trataba de incitar el deseo en mí para que yo hiciera cosas por ella cuando no quería, como salir a cazar. Lo utilizaba como una forma de controlarme, lo que hacía las cosas aún más confusas. Sólo cuando se fue comprendí que me odiaba.

—¿Qué intentas decir? —preguntó Delora, frunciendo las cejas.

Controlar a alguien a través de la intimidad y el sexo era excepcionalmente manipulador. Ella se aprovechó de las emociones y la falta de comprensión de Orpheus.

—Nuestras primeras veces no son iguales. Yo no tenía el alma de Katerina, así que no sentía ese tipo de conexión con ella, ni mi deseo era una reacción al suyo. Si deseabas a Magnar...

—Yo no diría que desear es la palabra adecuada, —murmuró Delora en señal de protesta.

¿Pero no lo era? En aquel momento, había mirado su polla, todas sus partes extrañas y retorcidas, y había deseado que estuviera dentro de ella. No le había importado que fuera diferente, sólo que pudiera estar dentro de ella, llenarla, tal vez incluso darle placer... y se lo había dado.

—Si ansiabas a Magnar, —repitió Orpheus con tono sombrío, haciendo que su espalda se enderezara y se pusiera rígida. Uy, le había interrumpido. —Entonces su cuerpo estaba reaccionando al tuyo. Despertabas su deseo con el tuyo y entonces se aferraba a ti, haciéndote daño en el proceso. Nunca he arañado a Katerina, pero he herido accidentalmente a Reia en numerosas ocasiones. La he mordido, la he arañado, he sido demasiado brusco, y siempre ha sido por algo que ella estaba haciendo.

Cuando Delora dejó que su mirada revoloteara tímidamente hacia Reia, descubrió que ya la estaban mirando. Reia estaba calibrando su reacción.

Lo que vio en la expresión de Delora la hizo reír.

—Está bien. Me gusta, y parece que a ti también.

Delora apretó la mandíbula y tragó grueso.

Se inquietó frotándose el antebrazo con la muñeca cubierta por la manga. —Ni siquiera supe que me había arañado hasta que se estaba disculpando, entonces salió corriendo antes de que pudiera decir nada.

—Dijo que estabas llorando, —rebatió Orpheus, haciendo que Delora diera un respingo para sus adentros.

—Eso no es culpa suya. —Sus hombros se hundieron mientras volvía la mirada hacia la mesa. —No lloraba por nada que él hubiera hecho. Sólo me hizo darme cuenta de que me había estado perdiendo algo que siempre había querido, y no podía creer que fuera él quien me lo hiciera ver. Quería explicárselo, pero... sí.

—Ahora mismo, tiene miedo de volver a hacerte daño. —Orpheus giró la cabeza para mirar la chimenea encendida. Cuando se dio cuenta de que le quedaba poco combustible, se acercó y echó un poco dentro, hablando mientras se movía por la casa. —Le preocupa estar cerca de ti.

—Pero no entiendo por qué, —dijo Delora mientras lo seguía con la mirada.

—Porque te *hará* daño, —respondió él. —Porque ahora mismo no puede controlarse. Incluso pensar en ti le provoca que su visión se vuelva morada. Lo

que quiere ahora es más, y sabe que no es prudente. Tiene que adaptarse a esta nueva emoción, que es muy frecuente ahora que entiende lo que es, lo que puede hacer y lo cerca que puede hacerle estar de ti. Eres la novia de un Mavka, y siempre estamos hambrientos de algo. Tú le has mostrado esta hambre, y ahora la ansía terriblemente.

—Son incesantemente molestos, —susurró Reia con la mano ahuecándose la boca para acallar sus palabras.

La espalda de Orpheus se puso rígida después de pinchar el fuego con un atizador, y giró la cabeza por encima del hombro para gruñirle.

—Me gusta estar cerca de ti, Reia.

En respuesta, puso los ojos en blanco antes de llevarlos a Delora, guiñándole un ojo.

—Bienvenida al club de los Duskwalkers cachondos.

Y eso fue todo. Lo último para llevar a Delora al límite.

Se cubrió la cara con ambas manos y soltó un gemido de consternación. Luego sacudió la cabeza contra las palmas de las manos, deseando desaparecer para que se acabara la vergüenza.

Son raros. ¡Son todos tan jodidamente raros!

Reia era extraña y demasiado abierta al respecto. Orpheus acababa de explicárselo todo con tanta profundidad y detalle, y ahora enterarse de que Magnar seguía huyendo porque pensaba con la polla era demasiado para soportarlo.

A Delora le preocupaba que su mente se rompiera. ¿Cuánto más se podía empujar a una persona a la locura? Ya estaba medio loca cuando la empujaron al Velo.

La idea de convertirse en el juguete de un Duskwalker era un concepto extraño, y no sabía si estaba encantada o asustada. Había algo erótico en Magnar, en intimar con un Duskwalker, simplemente porque era muy diferente a ella.

Era grande y alto, con brazos fuertes que parecían un refugio. Quería que la apretara hasta que estallara, que la abrazara hasta el fondo de su ser, de su esencia, de su *alma*.

Había tenido un orgasmo gracias a él y quería volver a sentirlo. Quería descubrir qué se sentía al ser aceptada tal como era, incluso adorada como Magnar parecía adorar su cuerpo, y luego ser follada hasta el olvido. Claro que también había una maraña de emociones, pero su cuerpo, negado durante tanto tiempo, anhelaba el placer.

Delora sabía que en el futuro no se lo negaría, pero, al mismo tiempo, no le gustaba nada la idea de que la arañaran hasta casi matarla. Las heridas que le había hecho habían sido tan graves que le habían atravesado el músculo, y estaba segura de que lo único que la había salvado de sentir dolor había sido que se había corrido cuando él se las había hecho.

Sin embargo, una parte de ella estaba dispuesta a arriesgarse si podía hundirse en un éxtasis de cuerpo tembloroso y ahogarse de nuevo en sus olas.

—¿Te apetece un baño? —preguntó Reia, haciendo que Delora bajara por fin las manos para mirar más allá de ellas. —Uno en condiciones, con bañera y todo.

Por primera vez, Reia le dedicó a Delora una sonrisa, una de verdad que no encerraba nada oscuro detrás.

—La verdad es que suena muy bien.

Debido a la chimenea, en su casa no hacía frío, pero Delora aún tenía frío de estar sentada fuera, en el porche, antes de materializarse aquí. Le dolían los dedos de las manos y de los pies y no iba a negarse la oportunidad de lavarse bien.

CAPITULO 21

Delora suspiró satisfecha mientras el calor líquido la envolvía, calentándole el cuerpo hasta los huesos. Al principio le escocieron los dedos de los pies y de las manos al meterse en la gran bañera de madera, pero no le importó el escozor cuando el resto de su cuerpo sintió un cosquilleo de felicidad.

Situado en la parte trasera de la casa, el lavabo era de tamaño moderado para esta gran cabaña de madera, pero no pudo evitar encontrarlo bastante bonito y acogedor.

Grandes cristales de amatista, algunos casi a la altura de su cadera, estaban en dos de las esquinas más alejadas de la puerta. Encima de ellos y cerca de la cabecera de la bañera había velas encendidas que daban la luz justa para poder ver sin ser brillantes y enfrentadas, permitiéndole ver su cuerpo en sombras parciales.

No había incienso, pero pudo ver que había un plato de hierbas que podía encenderse para dar un agradable aroma. El aire seguía oliendo dulce, como si estuviera permanentemente saturado.

Le dieron un poco de aceite líquido para limpiar bien su cuerpo, y ella se dejó empapar en este pequeño y temporal pedazo de cielo.

—Debería pedirle a Magnar que me construya un baño, —murmuró, con una voz profunda de satisfacción que resonaba en las paredes.

Le encantaría tener algo así.

Renunciaría a una cama de verdad, a una cocina de verdad, a una casa de verdad, con tal de poder bañarse en agua caliente cuando quisiera.

Era posible que nunca saliera de la bañera.

Lo único que Delora oía era el repiqueteo de la lluvia en el exterior, el leve goteo del agua que se deslizaba a los lados de la bañera cada vez que se movía, los latidos de su corazón en los oídos y su ligera respiración.

Sin embargo, había un pensamiento que seguía atormentándola. Un pensamiento que no le guardaba rencor, pero que le hacía palpitar el corazón de ansiedad y de tímida timidez.

¿Realmente considero esa casa como mi hogar? Aunque sabía que Magnar la había hecho para ella, no se había dado cuenta de que estaba tan apegada a ella hasta que la trajeron aquí.

Ya la echaba de menos.

Abrazándose el torso, Delora apoyó la cabeza en el borde de la bañera. *Añoro unos brazos que ni siquiera saben abrazarme.*

Porque en realidad no echaba de menos la casa, sino a Magnar. Sentía una soledad profunda, más aún después de estar aquí y ver a Reia y Orpheus juntos. Por mucho que se imaginara su nuevo hogar con cariño, sabía que

había un vacío en él. No porque no tuviera muebles, sino porque había una barrera muy notable y distintiva entre ella y Magnar.

Sin saber si la gota de líquido que corría por un lado de su cara era una gota de sudor o una lágrima, cerró los ojos con fuerza. *No sé cómo acercarme a él.*

Lo que ya había intentado los había llevado al sexo, pero esa distancia entre ellos era aún mayor ahora. Magnar ni siquiera podía estar en su presencia, y el único pesar que sentía por intimar con él era simplemente porque había perdido todo lo demás.

—No me siento muy bien, —susurró Delora al aire cuando sintió que su estómago estaba tan enredado en muchas emociones que sentía náuseas. —Quiero irme a casa.

Quería que la reconfortaran dentro de un nido de ramas y pieles, entre unos brazos grandes y ligeramente alargados, donde sólo pudiera oler vainilla y oír un latido y una respiración demasiado fuertes para pertenecer a ningún humano.

Su protector se había ido y ya no se sentía verdaderamente segura.

Había otro Duskwalker aquí, y Orpheus había sido... bastante amable con ella. Era obvio que se preocupaba por los humanos, tal vez incluso un poco más que por los de su propia especie. Delora se había preguntado si algún Duskwalker le habría provocado la misma sensación de tener mariposas revoloteando en el estomago, pero él no le produjo la misma reacción.

Claro, era algo extraño de imaginar teniendo en cuenta que él tenía a Reia y ella a Magnar, pero se había preguntado si cualquier Duskwalker la habría hecho sentir así.

No era el caso.

Había algo en la forma en que Orpheus se expresaba al conversar, cómo se mostraba arrogante y seguro de sí mismo al apoyarse con superioridad en el mostrador con los brazos cruzados, que hacía que Delora se sintiera intimidada por su presencia. Era demasiado inteligente, demasiado comprensivo.

Casi se rió para sus adentros.

Me gusta Magnar porque no se parece en nada a un humano. Porque los humanos habían sido desagradables y crueles y le habían demostrado que podían tener segundas intenciones. Podían traicionar con tanta facilidad. Magnar era demasiado crudo con sus emociones, tan abierto con ellas porque no sabía qué había que ocultar y qué no.

Delora nunca se quedaría a oscuras con él guardando terribles secretos porque él siempre se los revelaría. Tal vez no de inmediato, pero sí lo bastante pronto como para que al final lo supiera todo.

Después de debatir si había estado demasiado tiempo en el agua, Delora acabó saliendo de la bañera. A pesar de lo mucho que había disfrutado, el hecho de estar sola le daba vueltas a la cabeza. Además, era una invitada en casa ajena y no quería faltar al respeto a su hospitalidad.

Después de limpiarse con un paño largo y blanco que supuso sería su toalla, se envolvió en él. Luego abrió un poco la puerta y la atravesó con suavidad.

Reia apareció por el pasillo. —Sígueme.

La llevaron a una puerta a la derecha, y la habitación en la que entró era pequeña y, de alguna manera, parecía desprovista de vida. Había una cama individual en un rincón, con una mesita al lado. Había un gran armario en la esquina opuesta, con una ventana al lado que parecía nueva, como si el cristal y el marco hubieran sido colocados recientemente.

Todo lo demás parecía viejo, pero bien mantenido.

Sobre la cama había un vestido largo tendido. La falda, que le llegaba hasta la cintura y le llegaba hasta los pies, era de color verde oscuro, mientras que la parte de la camisa de manga larga era de un blanco nítido. Ambas piezas estaban cosidas, y el vestido podía abotonarse desde el ombligo hacia arriba. Encima del vestido había una faja marrón con tirantes que parecía que le iba a quedar debajo de los pechos.

—Esto es para ti, —dijo Reia mientras lo señalaba con la mano. —Siento no habértelo llevado el otro día. Orpheus quería dar un paseo para enseñarme su vieja cueva, y yo nunca la había visto. No sé por qué; estaba bastante vacía.

—No me importa, —ofreció Delora mientras se llevaba la toalla al pecho y se acercaba a ella. —Te agradezco que me hayas hecho algo apropiado para ponerme.

—Espero que no te importe que esté hecho con dos vestidos diferentes. En realidad no tenía mucho que se ajustara a tu talla, así que tuve que buscar lo que creí que te quedaría bien y hacer el resto.

Reia salió de la habitación para dejar a Delora intimidad para cambiarse, y ella soltó rápidamente la toalla y se apresuró a colocársela. Ya se había desabrochado los botones, y el hueco de la cintura era lo bastante grande como para que Delora pudiera deslizarlo con fuerza sobre sus caderas regordetas. Tuvo que tirar un poco, pero cuando se lo puso, empezó a abrocharse los botones.

Luego se colocó el chaleco marrón alrededor de la espalda y empezó a pasar los cordones por los agujeros para poder ajustarlo y luego atarlo.

—¿Cómo te queda? —preguntó Reia desde el otro lado de la puerta.

—Perfecto, —contestó mientras cepillaba la falda para que quedara más natural.

Reia entró tras su respuesta, y su sonrisa era sincera mientras miraba a Delora de arriba abajo.

—Me alegro. Me preocupaba un poco que las medidas de mi cuerda estuvieran mal. —Reia se volvió hacia el armario y lo abrió antes de arrodillarse. —¿Qué número de zapato calzas? Si dices diez, no puedo ayudarte ya que esa es mi talla y conseguir zapatos en el Velo es imposible a menos que vaya a la aldea de los Demonios.

—Soy un nueve, —respondió ella, antes de que el ceño se le frunciera. —¿Has estado en la aldea de los Demonios?

—Sí, ya dos veces. —Reia se encogió de hombros mientras se desplegaba para ponerse de pie mientras sostenía dos pares de zapatos, un par de

zapatillas y el otro un par de botas. —Puedes quedarte con todos los zapatos de esta talla, pero ¿qué prefieres ponerte ahora?

Delora miró la ventana que repiqueteaba por la fuerte lluvia.

—Probablemente las botas. —Pero preferiría llevar las zapatillas en el futuro.

Se colocó las botas de cuero en los pies y luego bajó la mirada hacia su cuerpo, viéndose vestida adecuadamente por primera vez en semanas. Volvió a sentirse como una humana de verdad, no como una criatura olvidada y desechada del Velo.

Justo cuando se tocaba el pelo enmarañado pero limpio, Reia le tendió un cepillo.

—Creo que debería soltar la típica parrafada y pedirte perdón por haber sido una zorra contigo, —murmuró Reia cuando Delora empezó a pasar el cepillo por su pelo enmarañado.

Delora soltó un bufido burlón. —Sí, más o menos.

Reia respondió con otro antes de esbozar una sonrisa. Parecía que apreciaba la sinceridad de Delora.

—Tengo unas habilidades sociales bastante terribles cuando se trata de personas. —Reia se sentó en el borde de la pequeña cama y observó a Delora mientras se acercaba a la ventana, con la esperanza inconsciente de ver alguna señal de Magnar en el tiempo tormentoso y ventoso. —Me consideraban portadora de malos presagios.

Delora detuvo inmediatamente sus acciones y miró a Reia con recelo. *Mierda, se considera que trae mala suerte estar cerca.* Tragó grueso y se apretó más contra la pared.

Reia soltó una risita. —No te preocupes. Eso de maldecir a los que me rodean y traer la muerte no es más que superstición. Además, técnicamente los dos ya estamos medio muertas, así que ¿qué más da?

Sus hombros rígidos se relajaron. —Tienes razón. Lo siento.

—No pasa nada. Estoy acostumbrada. Crecí con gente que me trataba como a una enfermedad. Orpheus y Magnar fueron mis primeros amigos, y por eso los protejo. Me preocupaba que fueras como Katerina y trataras horriblemente a Magnar. Él es muy dulce. No quiero que le hagan daño.

—Supusiste muy rápido sobre alguien que no conoces, —dijo Delora mientras se deshacía de los últimos nudos de su cabello antes de darle el cepillo a Reia.

Ella lo cogió y se encogió de hombros.

—Como ya he dicho, tengo unas habilidades sociales terribles. Y no me fío mucho de los humanos.

—Sí, bueno, yo tampoco. No quería venir al Velo, y no vine por mi cuenta.

Reia enarcó una de sus rubias cejas. —¿Qué intentas decir?

Delora apartó la mirada, sintiendo que la vergüenza persistente se le agudizaba en el pecho.

—Me arrojaron al Velo, —murmuró, mirando una vez más al exterior con la desesperada esperanza de que Magnar simplemente... viniera. Que... la

rescatara de aquella gente. —Con las manos atadas y la tela entre los dientes, me arrojaron.

—¿Por quién?

—Eso no es asunto tuyo, —respondió Delora secamente. —Y la primera persona a la que contaré mi historia no serás tú, sino él.

—Supongo que es justo. —Reia dio una palmada, el repentino y fuerte sonido captó su atención y la hizo saltar. —Me caes bien. Antes pensaba que eras mansa y tímida, pero parece que puedes ser bastante maliciosa cuando quieres. Odio andar con rodeos.

Bueno, eso se nota.

—Estoy trabajando para superar algunas cosas, —respondió Delora con sinceridad antes de volverse hacia ella y cruzar los brazos sobre su pecho mucho más grande. —No vine aquí por voluntad propia, y pensé que iba a morir cuando caí. En cierto modo, le di mi alma a Magnar porque pensé que me mataría sin dolor, pero tampoco me importaba mucho lo que me pasara.

—¿Te arrepientes de tu decisión?

—No, —afirmó sin vacilar.

—Bueno, ahora que sé todo esto sobre vosotros, intentaré facilitarte las cosas. Los dos sois siempre bienvenidos a venir aquí de visita. Puedes comer algo de mi comida, dentro de lo razonable, y puedes darte un baño en condiciones cuando quieras. Me imagino lo difícil que es acostumbrarse a una vida y a una casa a medio construir. —A continuación, Reia se frotó la nuca con torpeza. —Nunca me había dado cuenta de la suerte que tenía de que Orpheus ya tuviera

todo esto hasta ahora. No sé lo bien que habrían ido las cosas entre nosotros si me hubiera llevado a una cueva o a una casa que no tuviera nada dentro. Me enamoré de esta casa incluso antes que de él.

—Eso es mentira.

—¿Cómo dices? —Reia preguntó incrédula, con las cejas subiendo por su frente.

—Si, siento aunque sólo sea una pequeña fracción de lo que tú sientes por Orpheus, por Magnar, entonces sé que tu casa está donde él esté.

El rostro de Reia se suavizó, sus ojos se inclinaron con comprensión, y su mano cayó hacia la cama para apoyarse en ella y poder apoyarse en ella.

—Supongo que tienes razón. Odiaba cuando no estaba aquí, y eso era antes de entregarle mi alma. —Entonces Reia bajó los ojos por el cuerpo de Delora y luego los volvió a subir antes de ladear la cabeza. —¿Estás diciendo que estás enamorada de Magnar?

Apartó los ojos de Reia para mirar alrededor de la habitación.

—No. —Delora cruzó los brazos sobre el torso para frotarse los antebrazos cohibida. —No le amo. No tengo lo que tú y Orpheus compartís. Sólo sé que se siente... seguro. —Entonces Delora soltó una carcajada. —Sé que es raro, teniendo en cuenta que es un Duskwalker.

—¿Te sientes segura con él? —Reia le dirigió una mirada interrogante. —Tengo la impresión de que te ha dado una paliza.

—Me curó enseguida. Y no fue su intención. La cosa se calentó un poco, —se apresuró a decir Delora en su defensa, apartándose un mechón de pelo que se le estaba calentando detrás de la oreja. Era alarmante saber que los demás sabían que había intimado con Magnar. —Pero hay algo en él que me reconforta tener cerca. Creo que es porque no es humano. Me gusta como es.

Me gusta que él nunca me haría algo cruel a propósito. Delora podía perdonar un accidente, algo que no se hubiera hecho con mala intención, dependiendo de lo que fuera.

No le importaba que Magnar la hubiera arañado. No creía que le importara incluso si la mataba por accidente, siempre que no fuera doloroso desde que había vuelto. Podía perdonar eso, pero si la traicionaba...

Sus ojos se posaron en Reia y trató de descartar la idea de que alguno de los dos hiciera algo sexual juntos. Era ridículo, lo sabía, pero el miedo que le había dejado Hadith le había dejado una cicatriz de irracionalidad de la que no podía desprenderse.

El estómago de Delora eligió ese momento para refunfuñar terriblemente, y se llevó la mano al abdomen como para ocultar el ruido.

—Lo siento. No sé por qué, pero estoy súper hambrienta desde esta mañana.

Reia echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—No puedo creer que no se me ocurriera darte de comer. Últimamente no tengo mucha hambre. Sólo como porque me siento bien, y sé que a Orpheus le hace sentir bien pensar que está cuidando de mí. Aunque ahora sea un Fantasma, me hace sentir... humana.

Delora también sentía lo mismo, excepto hoy.

Reia llevó a Delora de vuelta a la cocina y le sirvió un tazón de estofado ya hecho. Ella no preguntó qué tipo de carne era; no le importaba. En cuanto se sentó a la mesa, empezó a comer.

Dejándola un momento a solas, Reia se sentó en el regazo de Orpheus para que pudieran compartir el gran sillón frente a la chimenea.

Primero probó el caldo para asegurarse de que era algo que le gustaría, ya que rara vez había comido la comida de otra persona. Le pareció sabroso, quizá no a su nivel, pero maravilloso al fin y al cabo, y probó un bocado de carne. Le gustó mucho.

El estómago se le revolvió con el segundo bocado, pero seguía sintiéndose terriblemente vacío.

Al tercer bocado, que tardó más en masticar a pesar de que la carne y las verduras eran blandas, a Delora le costaba tragar.

El sudor empezó a cubrirle la frente y un escalofrío le recorrió la espalda. Era extraño, teniendo en cuenta que se había calentado con el baño y el fuego que salía de la chimenea.

En cuanto bajó, intentó volver a subir. Se levantó de la silla mientras se tapaba la boca y sus ojos buscaban un lugar, cualquier lugar, donde ponerlo además de su cuenco lleno.

Oh, mierda. Creo que voy a vomitar.

Su mirada encontró el barreño de la cocina y corrió hacia él. Por el camino, Delora sintió arcadas al sentir que le subía la bilis.

Llegó a la palangana justo a tiempo para expulsar violentamente el contenido de su estómago.

—Mierda, Delora, —jadeó Reia detrás de ella. —¿Estás bien?

En lugar de responder, Delora volvió a tener arcadas, esta vez con los ojos llorosos. Tenía la vista turbia, pero lo bastante clara como para distinguir que lo que salía de ella era negro.

Cuando terminó, miró horrorizada la sustancia oscura que había salido de ella y se tambaleó un paso hacia un lado. Se sintió mareada. El sudor cubría ahora todo su cuerpo y su respiración se volvió aguda y superficial.

Reia estaba frente a ella, como una mancha borrosa, y levantó los brazos cuando parecía que Delora iba a caer.

—Creo que voy a....

Antes de que pudiera terminar, Delora empezó a desmayarse.

Atrapada por los brazos de Reia, oyó su voz frenética gritar: —¡Orpheus, ayuda!

Por la fuerza que de pronto la rodeó, manteniéndola en pie en lugar de dejarla caer de rodillas, supo que Orpheus la mantenía en pie.

Justo antes de que su conciencia se desvaneciera, él soltó un aullido fuerte, largo y audible hacia el techo. Fue lo último que oyó antes de que los ojos se le pusieran en blanco y se desmayara.

Magnar se paseó lentamente por el Velo resoplando, agitado consigo mismo y con su falta de capacidad para mantener sus pensamientos... cuerdos.

Con un ligero gruñido, pateó una piedra con la pezuña. Rodó por la tierra, la hierba y los palos hasta aterrizar en un charco negro y turbio con un repugnante *plop*.

El aire olía a rancio, a sangre y podredumbre, pero más dulce, lo que lo hacía mucho peor. Los vapores resoplaban en nubes translúcidas y vaporosas sobre la superficie del agua burbujeante junto a la que caminaba.

Estaba tan oscuro que no había forma de ver más allá de la capa superior del agua del pantano. Acercarse demasiado podía significar una muerte segura o, al menos para un Mavka, un ahogamiento permanente.

Cuando Magnar había empezado a caminar por esta peligrosa zona del Velo, las Tierras Pantanosas, el agua había estado relativamente tranquila a pesar de la continua lluvia que seguía cayendo en forma de gotas duras y furiosas.

La zona estaba siempre inquietantemente tranquila.

Ni un pájaro graznaba, ni una rata correteaba, y ni siquiera un Demonio se atrevía a acercarse a este lugar.

Normalmente se mantenía alejado de aquí, como estaba seguro de que hacían todos los de su especie. No tenía sentido estar aquí, y las burbujas de aire que

yacían sobre la superficie del agua sólo habrían sido perceptibles para algo que tuviera sentidos agudos.

Permaneció a gran distancia de la orilla y vigiló su camino para asegurarse de que la tierra hacia la que caminaba era realmente tierra y no barro en la superficie del agua.

Aquellas burbujas, sólo tres o cuatro aquí y allá, le seguían.

Algo estaba esperando, con la esperanza de que se acercara de forma insensata. En lugar de eso, Magnar se limitó a patear más piedras en dirección a la criatura que era la razón por la que el aire olía a rancio, burlándose de ella por ser un monstruo tan horrible.

Sólo una vez en su vida lo había visto comerse brevemente a un Demonio que había estado persiguiendo a Magnar por el pantano. Sabía que era una masa de miembros retorcidos, pero aún no tenía ni idea de cómo era en realidad. Era negro, lo que significaba que era un Demonio.

Un Demonio que sólo podía alimentarse de lo que vivía en el Velo. Caníbal.

Yo no debería estar aquí.

Pero lo estaba, porque sin darse cuenta había venido aquí en su pánico por evitar a Delora.

Quero estar cerca de ella. Quería que su avariciosa visión contemplara su hermosa forma. Sus solitarios oídos querían oír la canción de su voz. Sus orbes buscaban desesperadamente la conexión que suponía tener sus bonitos ojos marrones, como las riquezas de la tierra, mirando los suyos. Quería que sus pulmones doloridos se sintieran relajados por el aroma a manzana escarchada.

Quería el calor de su cuerpo.

De repente, su vista se tiñó de un violento color morado, y gimió cuando los tentáculos que tenía detrás de la costura de su polla se movieron con impaciencia.

El calor de su cuerpo. Magnar gimió de *nuevo. La suavidad de ella fundiéndose alrededor del mío.* Sus garras se aferraron a su abdomen, intentando evitar que su raja se abriera. *Se derritió hasta que el líquido goteó por mis bultos y me hizo cosquillas.*

Y el travieso aroma de sus orgasmos aún se aferraba a su mente como una enfermedad infecciosa que se negaba a curarse de su organismo.

No podía purgar la sensación de estar dentro de ella mientras había estado atrapada entre sus brazos. No podía escapar del recuerdo de sus gemidos, que aún resonaban en sus oídos como un fantasma.

Magnar no podía dejar de pensar en ella. La conexión que había sentido con ella había ido más allá de lo que hubiera podido imaginar, y la ansiaba. Su corazón latía rápido por ella. Estar tan cerca de ella como para ser tragado por sus profundidades.

Ansiaba que ella lo aceptara dentro de su cuerpo voluminoso pero frágil.

Delora le había regalado algo, un hambre que no sabía que necesitaba. Y Magnar la necesitaba, esa hambre que no sabía que existía.

En cierto modo, aunque había agradecido no sentir más hambre y sentirse satisfecho, también se había sentido... vacío.

¿Sexo? Había aprendido que se llamaba así. ¿Su capacidad de liberarse dentro de ella? Ahora era un hambre que creía más prevalente que su necesidad original de alimentarse de carne. En cambio, ahora quería mordisquear y lamer el sabor de su carne, sus jugos. No de una forma sangrienta, sino de una forma sucia porque ella se agitaba con abandono.

Todo su cuerpo, de la cabeza a las pezuñas, incluida la cola, se estremeció de placer.

Sintió que su polla intentaba salirse.

Apretó aún más su costura con las garras, pero notaba que sus tentáculos se confundían. Se deslizaban de un lado a otro, pero no estaban acostumbrados a girar alrededor de su polla para que él pudiera tener algo de control sobre su propio pene.

Y era por eso que no podía estar cerca de Delora en este momento cuando todo lo que quería era su presencia. No estaba acostumbrado a manejar esta nueva parte de sí mismo, y aunque ahora comprendía las múltiples funciones de sus tentáculos, no podía controlarlos.

Una función era sujetarla para que no pudiera escapar de sus caderas que palpitaban desesperadamente o de su semilla cuando la llenaba. Otra era para poder proteger su polla del aire que la resecaba y escocía.

También tenía una última función, que Orpheus le había explicado la última vez que estuvo allí. También estaban diseñadas para girar alrededor de su polla y sujetarla para que no se saliera del todo, porque sólo llegaban hasta cierto punto. Eran para protegerse, y sólo un estado de completa excitación permitiría que la punta y unos pocos centímetros estuvieran fuera de su húmeda

seguridad. En ese momento, Magnar sólo debería permitir que se extendiera tanto cuando supiera que su polla iba a estar resguardada dentro de la húmeda y caliente hendidura de Delora.

Por el momento, no tenía control de su cuerpo ni de sus tentáculos, y su mente estaba tan obsesionada en sus recuerdos que se estaba poniendo erecto tontamente.

Ella ni siquiera estaba aquí, y lo estaba atormentando.

Magnar lo intentaba, y lo único que le permitía ablandarse era el recuerdo de la sangre de ella en sus garras.

En su deseo inexperto, había hecho daño a la única criatura a la que nunca quiso hacer daño. Le había prometido que no lo haría.

Su vista se volvió de un profundo azul y sus manos se apartaron de su cuerpo cuando se calmó.

Soy un monstruo por haber hecho daño a mi precioso cuervo.

Con su pelo negro tan oscuro que era casi imposible distinguirlo sobre el negro de su pelaje. Con sus labios bonitos, su nariz pequeña y sus mejillas altas pero redondeadas.

¿Cómo pudo lastimar algo tan hermoso? ¿Algo que había jurado proteger con su vida? Quería curarla de lo que fuera que afligía su mente, no traerle más destrucción.

Con un gruñido, Magnar pateó una piedra en el repugnante agua del pantano.

Mavka malo. Magnar malo. Pateó otra roca, esta vez lanzándola a través del espacio entre los arbustos hasta que chocó contra el tronco de un árbol de hojas rojas. Las hojas se desparramaron contra el suelo y la superficie del agua, dejando más ramas secas y expuestas.

Estúpido Magnar.

Pero ya no se sentía estúpido. Cada momento con Delora era un aprendizaje. Había cometido un error, sólo tenía que asegurarse de no volver a cometerlo.

Ahora mismo, sólo quería que ella estuviera a salvo, y eso incluía estar a salvo de sí mismo. Aunque ella lo había sorprendido al aparecer detrás de él, estaba agradecido de que lo hubiera hecho. Estaba con Orpheus y Reia, lo que significaba que estaba protegida y con gente en la que él confiaba.

Tampoco estaba sola.

Sus orbes se habían vuelto morados cuando ella apareció. Su mirada, su olor e incluso el sonido de su voz lo habían llamado a estar cerca de ella. Si no se hubiera ido, no sabía lo que habría hecho, o si habría sido lo suficientemente sabio como para pensar, para detenerse, para contenerse si ella se lo pedía.

Le hice daño. Puede que no quiera que vuelva a tocarla así. La idea de eso hizo que su corazón se hundiera como si quisiera salirse de su pecho y hundirse en las aguas que tenía a su lado.

¿Por qué no puedo ser mejor...?

El sonido de un aullido, lúgubre y largo, resonó en la gran distancia. Era una llamada.

—Orpheus, —dijo, girando la cabeza en la dirección de la que procedía.

Magnar había usado una vez su propia llamada en el pasado, mucho más parecida a la de un zorro, cuando se había enfrentado a un Demonio difícil que lo había acorralado. Fue entonces cuando había descubierto que podía oír y responder a la llamada de los de su especie a gran distancia.

El blanco invadió sus orbes al escucharlo ahora.

Orpheus nunca lo llamaría, a menos que...

—*Delora.*

Algo andaba mal. O todos estaban en peligro, o le pasaba algo malo a su novia.

CAPITULO 22

Magnar empezó a correr, agachándose para acelerar el paso mientras se dirigía a la casa de Orpheus.

La lluvia golpeaba su cuerpo con más fuerza debido a su velocidad. Sus pies resbalaban de vez en cuando, pero se enderezaba rápidamente para poder seguir adelante.

Su sangre bullía, haciendo que los latidos de su corazón retumbaran en sus oídos mientras el agua de la lluvia salpicaba por el agujero de su nariz mientras resoplaba. Se estaba cubriendo de barro, pero no le dio importancia.

Los minutos parecían más largos de lo que habían sido nunca en medio del pánico.

Patinó por el suelo cuando vio que una figura cubierta de plumas blancas se dirigía a toda prisa por el claro a la casa de Orpheus, igual que él. Se dirigía en la misma dirección: la entrada de su casa.

La Lechuza Hechicera, pensó.

Estaba empapada por la lluvia y su capa blanca de plumas parecía pesada mientras corría. Sus pies descalzos estaban cubiertos de barro, al igual que

sus piernas, que le cubría hasta las rodillas. La parte inferior de la capa y el vestido blanco hasta los muslos también estaban sucios.

Sabía que no debía de haberse transformado en una lechuza de tamaño humano debido a la imposibilidad de volar durante este tipo de tormentas intensas, pero verla en forma humana siempre había sido extraño.

Tenía la piel oscura y el pelo castaño, rizado y suelto. Sus ojos eran casi negros y sólo brillaban con un marrón oscuro cuando les daba la luz. Eran encantadores a su manera, como si hubiera mirado al vacío, hubiera visto todas sus respuestas y aceptado el poder de su conocimiento.

Y lo había hecho.

La Lechuza Hechicera, una criatura extraña pero inmortal, había mirado al vacío y se había apareado con él.

Ella era *madre*. Él se había enterado de esto hacía poco, pero no había sido ella quien se lo había comunicado. Orpheus le había explicado su significado, pero Magnar no podía entender esta relación.

¿Qué era una madre y un padre? ¿Un padre? Una era una humana convertida en Fantasma con magia, y el otro un espíritu de las tinieblas que le había concedido esa magia. Al parecer, él había sido creado por ellos, al igual que todos los Mavka, pero no sabía qué era un padre, cómo se habían formado ni cuál era el motivo.

Lo único que Magnar entendía era que, de algún modo, ella era su creadora.

No tenía recuerdos de ella, salvo que a veces estaba presente cerca de su casa. Ella lo había ayudado ocasionalmente, pero sólo habían hablado un puñado de veces.

Ella olía a magia, que era repugnante y le producía un cosquilleo en los sentidos. Comérsela no sería satisfactorio, y debido a su aroma excesivamente saturado de maná, nunca, nunca había querido hacerlo. Tampoco Orpheus.

Verla aquí ahora significaba que había respondido a la llamada de Orpheus como él.

Sí, definitivamente algo va mal.

La Lechuza Hechicera se detuvo cuando lo vio dirigirse a los escalones del porche. Le permitió ir delante de ella.

—Mavka, —saludó con voz profunda pero femenina, inclinando ligeramente la cabeza hacia él.

—Magnar, —corrigió él con un chasquido de colmillos.

Que ella fuera de fiar no significaba que él lo creyera de verdad.

Era poderosa, lo que significaba que una traición suya podía ser mortal. Ella fue quien le dijo que si le aplastaban el cráneo, moriría de verdad, lo que significaba que sabía cómo matarlo.

La Lechuza Hechicera lo miró, pero él se limitó a resoplar. Tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

—¡Reia! ¡Orpheus!, —gritó, golpeando la barrera que le impedía subir los escalones del porche.

En cada esquina de la casa colgaban adornos de protección hechos de cinta, eneldo, hueso y cascabeles. Impedían la entrada a todos, excepto a los que vivían dentro de la casa, a menos que se les invitara a entrar. Eran más resistentes que un círculo de sal, pero mucho más frágiles, ya que podían caerse de su sitio, ser arrastrados por el viento o deteriorarse con el tiempo.

—Oh, sólo muévete, —soltó la Lechuza Hechicera, pasando por delante de él para golpear la barrera.

Un brillo resplandeciente se hizo eco de su llamada, vibrando alrededor del exterior de la casa para mostrar su ubicación. Cuando golpeó por segunda vez, esta vez susurrando algo que él no pudo descifrar, un soplo de magia negra se esparció por su nudillo delantero.

Se abrió un agujero temporal en la barrera.

—Ya está, —dijo, moviendo la mano hacia delante. —Ahora puedes entrar en su casa.

Justo cuando atravesaba la barrera abierta y subía los escalones, Orpheus abrió la puerta de un tirón.

—Magnar, —saludó Orpheus, con los orbes blancos de preocupación. Luego torció la cabeza hacia la Lechuza Hechicera que surgió detrás de él. —¿Por qué estás aquí?

—¿No puedo venir?, —respondió ella con dulzura. —Tú llamaste, yo respondí.

Los hombros de Orpheus disminuyeron su tensión cuando dejó escapar un suspiro tranquilizador. Era obvio que él tampoco confiaba del todo en ella.

—No intentaba ser grosero. Sólo tenía curiosidad, ya que nunca antes habías querido entrar. —Orpheus

dio un paso atrás para permitir que ambos, empapados, entraran. —Pero tal vez sea bueno que estés aquí.

Cuando Magnar entró en la cálida casa, la Lechuza Hechicera bajó su capucha de plumas y se sacudió el pelo. Más lacio de lo normal debido al peso del agua de lluvia, rebotó alrededor de sus hombros antes de apartarse el contenido húmedo de la cara.

Luego pasó la mano por el aire y una niebla negra se formó entre ella y Magnar. En cuestión de segundos, ambos estaban limpios y secos.

Él retrocedió sorprendido, inspeccionando su pelaje esponjoso y sus plumas. Se sentía más limpio y suave que antes de que llegara la lluvia, como si alguien le hubiera dado un baño jabonoso. Se rascó la piel, acostumbrado a esa sensación.

Pero algo más le llamó la atención.

Magnar miró a su alrededor y descubrió que faltaban las dos pequeñas hembras.

—¿Dónde están Reia y Delora?, —preguntó, con sus propios orbes aún blancos.

Aunque temía su reacción, sus deseos de atracción aún no eran una batalla ganada, hubiera preferido ser recibido por ambas.

No había Demonios atacando la casa, lo que significaba que se temía lo peor. Eso fue suficiente para enfriar su agotado y acalorado cuerpo.

—A tu humana le pasa algo, —dijo Orpheus, dándose la vuelta para poder guiarlos más adentro de su casa y por el pasillo poco iluminado. —La hemos acostado, pero se ha desmayado.

A Magnar se le oprimió el pecho. De pronto, sintió que el paso casual de Orpheus era demasiado lento.

Delora nunca se ha desmayado.

Orpheus abrió la puerta de una pequeña habitación.

Arrodillada en el suelo, Reia estaba pasando un paño húmedo por la frente de Delora, que yacía inerte en la pequeña cama individual.

—No sé qué hacer, Orpheus. No le baja la fiebre, —espetó Reia sin mirarlos.

Se limitó a seguir aplicando el paño contra Delora con una expresión sombría que torcía los labios hacia abajo. Cuando por fin los miró, frunció el ceño, tan perpleja como Orpheus al ver a la Lechuza Hechicera.

—Has venido.

La Lechuza Hechicera empujó a Magnar y a Orpheus. Magnar retrocedió un paso, inseguro de cómo digerir lo que estaba viendo.

La tez habitualmente bronceada de Delora estaba pálida, incluso enfermiza. El sudor salpicaba su frente hasta el punto de que las gotas reflejaban la luz del fuego de las velas de la mesilla de noche que había junto a ella. Tenía los ojos cerrados, pero era evidente que temblaba bajo las pieles.

Parecía indispuesta, y nada podía helarle tanto el cuerpo como ver aquello.

La Lechuza Hechicera se arrodilló con una rodilla en la cama junto al cuerpo de Delora. Ella empezó a murmurar algo. Él no podía ver lo que ella estaba haciendo porque su cuerpo estaba en medio, pero podía sentir el poder de la magia espesando el aire por el aroma dulzón que desprendía.

—¿Qué le pasa? —preguntó a Orpheus, girando la cabeza hacia él con un gruñido. Sus ojos se volvieron de un rojo pálido mientras la ira y la preocupación se enfrentaban en su interior. —Deberías haberla mantenido a salvo.

—No sé qué le pasa, —replicó Orpheus en un tono oscuro y amenazador. —Nunca había visto a una humana enfermar con este tipo de fiebre.

—¡Pero si estaba en tu casa! —Apuntó con su garra a Orpheus, dando un pisotón. —¿No te ocupaste de ella?

—Le dimos un baño, un poco de agua, —respondió Reia, haciendo que su vista se volviera hacia ella en su lugar. —Pero cuando intentó comer, simplemente... empezó a vomitar negro.

Él ladeó ligeramente la cabeza. —¿Negro?

—Se supone que los humanos no vomitan negro, Magnar, —dijo ella sacudiendo la cabeza. —Esto no es normal.

¿No lo es?

—Te has apareado con ella, —dijo finalmente la Lechuza Hechicera mientras se inclinaba hacia atrás para ponerse de pie. Miró a Magnar con atención. —La has llenado con tu semilla.

—¿Esto es... malo?, —preguntó él, con los ojos blancos de nuevo.

No veía otra forma de que estuviera enferma, a menos que lo que habían hecho juntos hubiera sido venenoso para su cuerpo.

—No pensé cuando la dejé caer encima de ti que te entregaría su alma tan fácilmente. Ni que llegarías tan rápido a este punto, —murmuró la Lechuza Hechicera mientras miraba a Delora y levantaba una mano para golpearse los labios con el nudillo delantero doblado. Esta vez miró a Magnar con recelo. —En realidad pensé que te la comerías.

—¿Me la dejaste caer encima? —El tono de Magnar reflejaba sorpresa.

La Lechuza Hechicera se burló, sus ojos resaltando con humor.

—¿Cómo si no iba a caer directamente encima de ti y no haber muerto? —Su pelo rebotó alrededor de sus hombros mientras reía profundamente. —No hay otra forma de que un humano hubiera sobrevivido a una caída tan abrupta.

El pelaje y las plumas de Magnar se erizaron en señal de agresión, mientras un gruñido salía de su garganta. Separó los colmillos, dejando oír toda su fuerza.

—¡Le rompieron el cuerpo! —rugió Magnar, estampando la pezuña cuando se acercó dando un solo pisotón. Chocó con fuerza contra el suelo de madera en mal estado. —¡Estaba a punto de morir! ¿Cómo pudiste hacerle algo tan cruel?

Su humor no desapareció, pero se suavizó.

—Tal vez la dejé caer demasiado alto, —dijo mientras levantaba la mano y dejaba un pequeño espacio entre el pulgar y el índice. Como eso no le tranquilizó, puso los ojos en blanco. —¿Acaso importa? Aprendiste a curar y la salvaste de sus heridas. ¿No te hizo eso sentirte cerca de ella? ¿Te hizo comprender mejor lo frágil que es un cuerpo humano y cuánto daño puede soportar?

La tensión que sentía en los dedos disminuyó al pensar en sus preguntas.

Sí, curar a Delora le había enseñado hasta qué punto un cuerpo humano podía romperse sin sangrar. Era lo que le permitía saber que podía hacerle daño con su fuerza si la sujetaba con demasiada fuerza.

—Sí comprobé que no sangraba, —murmuró la Lechuza Hechicera en su propia defensa.

—Externamente, —replicó Reia mientras seguía arrodillada junto a Delora, que parecía haberse enfurecido con ella tanto como Magnar. —Pero eso no significa que no estuviera sangrando por dentro. Habría muerto de no ser por él.

La Lechuza Hechicera sostuvo la mirada de Reia con una sensación de hostilidad.

—Y él podría haber sido su perdición. —Luego volvió la vista hacia Magnar. —O habrías dado un paso hacia la comprensión de un humano mientras estaba inconsciente frente a ti, o habrías ganado más humanidad al comértela. Ambas cosas te habrían beneficiado. Como ya he dicho, creía que acabarías comiéndotela, pero me alegra ver que, en lugar de eso, ha elegido darte su alma.

—Entonces, ¿qué le pasa ahora? —Preguntó Magnar, la conversación de que pudiera haber comido a Delora le hizo un nudo en el estómago.

No quería pensar en lo peor que podría haber pasado. La idea de que podría habérsela comido en lugar de aprender sobre la maravillosa criatura que era, que ha estado tan dispuesta a enseñarle tanto, le dejaba un vacío en el corazón.

Quería ver a su pequeño cuervo florecer para siempre fuera de la jaula de pájaros de su vida, no imaginársela recibiendo un baño de sangre de sus garras y colmillos.

—¿Le pasa algo?, —preguntó la Lechuza Hechicera con un bufido burlón. —Nada, aparte de que has sido tan tonto como para depositar tu semilla en su vientre.

—Espera, —jadeó Reia, con los ojos muy abiertos. —No estarás diciendo que ella....

La Lechuza Hechicera volvió la mirada hacia Reia. —Sí. Está embarazada.

—Pues joder, —suspiró Reia, llevándose la mano a la cara.

Todos los ojos se volvieron hacia Magnar, y éste no pudo evitar que sus orbes se tornaran de un rosa rojizo bajo el escrutinio de las miradas combinadas de Orpheus, Reia y la Lechuza Hechicera.

—No sé qué significa esto, —respondió con sinceridad, rascándose la nuca.

Reia dejó de estar arrodillada junto a la cama para ponerse de pie. —Significa que vas a ser padre.

—¿Un creador? —preguntó Magnar a Orpheus con la cabeza ladeada, interrogante.

—Me costó explicárselo, —respondió Orpheus a ambas mujeres, de pie en la puerta, pues la pequeña habitación ya estaba desordenada. —Realmente no entiende lo que es un niño.

—Sí que lo entiendo, —refunfuñó Magnar. —Son los pequeños humanos.

—¿Pero entiende que empiezan pequeños y se hacen grandes, como Delora y yo? —preguntó Reia, frunciendo las cejas en señal de preocupación.

Había una súplica en sus ojos.

Magnar intentó apartar la mirada, pero al apartar la vista de Reia la dirigió hacia la Lechuza Hechicera. Estaban demasiado cerca de él, por lo que era difícil apartar la mirada sin que un par de ojos lo juzgaran, y ver a Delora enferma en la cama, que podía ser por su culpa, era angustioso.

Dio un paso atrás, nervioso.

—¿Los humanos no empiezan siendo... de su tamaño?

—No, Magnar, —gimoteó Reia, con la angustia clara en sus facciones. —Crecemos. —Acunó sus brazos de forma similar a como él había sostenido a Delora muchas veces, pero era casi completamente diferente, ya que lo que ella mostraba que sostenía era más pequeño que cualquier humano que él hubiera visto... o comido. —Empezamos como bebés. No podemos hablar, ni andar, ni ver muy bien. Necesitamos que nos cuiden por completo porque somos vulnerables y no podemos hacer nada por nosotros mismos. Luego nos

convertimos en niños pequeños que aprenden a andar y a hablar, pero sabemos muy poco. Aprendemos.

Ella se señaló la cadera para mostrar un tamaño que él había visto antes en un humano, pero había pensado que sólo eran... diferentes.

—¿Aprender? ¿Como yo? —preguntó Magnar.

—Sí, como tú, —dijo la Lechuza Hechicera. —Pero tú aprendes rápido, los humanos pequeños no. Requieren mucha paciencia y son muy frágiles, más que un adulto.

—¿Eso significa que puedo enseñarle? —Una chispa de alegría se encendió en el centro de su pecho. Magnar disfrutaría enseñando algo sobre el mundo. —¿Se parecerá a.… ella?

Su vista se posó en Delora, y la idea de ver una versión pequeña de ella, algo aún más vulnerable, le hizo sentir calor.

Puedo protegerla.

—No, —dijo la Lechuza Hechicera sacudiendo la cabeza. —Por el hecho de que vomitó negro, lo más probable es que sea un Mavka.

—Entonces, ¿se parecerá a mí?

Esto le entusiasmaba menos, pero poder enseñar a los suyos sobre la caza y la vida, y tal vez incluso sobre los humanos para que pudiera encontrar a su propia Delora, seguía siendo agradable.

—Eso depende de lo que le des de comer, —respondió. Entonces la Lechuza Hechicera suspiró, frotándose una de las mejillas con esfuerzo. —Tal vez sea

bueno que sepas esto también Orpheus, si alguna vez decides tomar este camino, pero criar a un Mavka no es en absoluto normal. Naces ciego y dependes principalmente del olfato. Lo que comes dicta cuál será tu apariencia. El embarazo también se acorta, ya que no hay necesidad de un tiempo de gestación más largo. No naces entero.

—¿Qué quieres decir con que no es necesario un tiempo de gestación más largo? —preguntó Reia.

—Bueno, nacen sin huesos ni órganos, en realidad sin nada más que su carne exterior y su boca.

—Vale. *Vale...* Eso es súper raro, la verdad. —Los ojos de Reia se abrían de par en par con una expresión que sólo podía ser de preocupación. —Entonces, ¿cuánto tiempo?

—Un ciclo de luna llena, a veces un poco más.

Reia lanzó un grito ahogado y empezó a ahogarse momentáneamente con su propia saliva. —¡¿Estás de broma, verdad?! ¿Un puto mes?

—¿Cuánto dura normalmente? —preguntó Orpheus, haciendo que Magnar girara la cabeza en su dirección.

Los humanos eran cosas tan extrañas y complejas que ni siquiera Orpheus lo sabía todo sobre ellos. Eso alivió a Magnar.

—Nueve meses, —respondió Reia.

Orpheus señaló su vientre. —¿Llevas un bebé en el vientre nueve meses? Por lo que sé, tanto la madre como el niño son muy delicados cuando se combinan así.

—No es una elección, —suspiró Reia ligeramente. —Es sólo el tiempo que tarda.

—¿El niño está creciendo dentro de ella? —preguntó Magnar mientras se acercaba a Delora, haciendo que ambas mujeres se separaran para él.

La Lechuza Hechicera habló detrás de él mientras se movía.

—Por lo indispuesta que está, supongo que sólo han pasado dos o tres días desde que intimaste con ella. La semilla de tu especie es bastante salvaje, igual que la de tu padre, y sucede con bastante rapidez si la mujer es fértil. Nada de esto es normal para un humano, ni siquiera en el momento de la concepción.

Magnar se arrodilló junto a ella y le olisqueó el estómago, descubriendo ahora que olía... diferente. Seguía oliendo a manzanas rojas y a escarcha, pero tenía un aroma que llamaba a sus sentidos para que los protegiera a ambos.

Como si sintiera su presencia junto a ella, Delora se agitó. Su rostro se contrajo antes de que sus ojos se abrieran, revelando esos pozos marrones en los que él adoraba mirar.

—¿Magnar? —preguntó Delora débilmente, con la voz quebrada y ronca.

—Aquí estoy, mi pequeño cuervo, —afirmó él, levantando una mano para pasarle las garras por encima y apartarle el pelo húmedo de la cara, sin saber si la humedad era del baño que habían mencionado o del sudor.

—Quiero irme a casa, —gimoteó suavemente, acurrucándose en su mano acogedoramente con un respingo. —No me encuentro muy bien.

—Los primeros días son los más duros, —afirmó la Lechuza Hechicera. —Su cuerpo está rechazando algo que no es natural, pero acabará calmándose.

La preocupación cruzó las facciones de Delora, y se asomó por encima de su palma para ver que no estaban solos. Intentó replegarse en la cama, y su rostro palideciendo aún más no fue reconfortante de presenciar.

Aunque oyó hablar a la Lechuza Hechicera, toda su atención se centró únicamente en la temblorosa humana que tenía delante. Le habló, esperando distraerla de las otras miradas indiscretas de la habitación.

—No podemos ir a casa ahora. —Su voz estaba llena de decepción por ella, aunque él estaba encantado de que ella pensara en la casa que estaba construyendo para ella como su hogar - y que prefiriera estar allí que en esta cálida casa. —Está lloviendo.

—¿Por favor?, —suplicó ella, agarrándose a su muñeca.

—El frío podría hacerle bien, —dijo la Lechuza Hechicera, y giró la cabeza por encima del hombro para mirarla. —Debo irme antes de que termine de llover, pero Magnar, necesito que vengas conmigo primero.

—No.— Delora lo agarró con más fuerza, que era tan débil como un conejito intentando escapar. —Por favor, no vuelvas a irte.

Algo frío y doloroso le laceró el corazón y sintió como fragmentos de hielo en las venas. Había dejado a Delora porque le preocupaba hacerle daño físico, pero no había pensado que a ella le importara su ausencia.

Ahora veía que se había equivocado.

A ella le gusta que esté cerca. Ella no lo odiaba por lo que le había hecho. No estaba seguro de si a ella le gustaría saber qué más le había hecho, pero se enfrentaría a eso en un futuro próximo.

Magnar no sabía cómo se sentía ante este descubrimiento. Estaba aprendiendo demasiadas cosas con demasiada rapidez, algunas placenteras y otras preocupantes. No necesitaba preguntar si la intimidad que habían compartido había causado esto; lo sabía. Podía sumar dos más dos.

Eran *ellos*. Ellos eran los creadores, y él sentía una conexión con ella. Estaba... feliz, pero nervioso porque también le preocupaba cómo se tomaría Delora enterarse de esto.

Reia parece preocupada. ¿Delora odiaría esto, lo detestaría por esto? Él no quería que ella sintiera otra cosa que no fuera cariño hacia él.

¿Qué haría él si ella no quisiera aceptarlo?

¿Volverá a llorar? Aquellas lágrimas de ella picaban como pequeñas dagas en su carne. No quería ser la fuente de ellas, no cuando estaba tratando de curarla de sus heridas invisibles que ella le había dicho que no podía combatir con su fuerza bruta.

Magnar le soltó el brazo, pero sólo para rozarle la mejilla con el dorso de los dedos.

—Me quedaré en esta casa, pero debo hablar con ella, —dijo Magnar tranquilizadoramente. —No estaré lejos.

Delora asintió, y él empezó a retroceder para poder ponerse de pie, mirándola con un remolino de emociones.

Reia se puso en su lugar cuando avanzó hacia la Lechuza Hechicera, que giró sobre sí misma y salió de la habitación. Esto obligó a Orpheus a apartarse de su camino.

—¿Tienes sed, Delora? —Preguntó Reia mientras salía de la habitación. —Aquí hay agua para ti.

Cuando Orpheus, la Lechuza Hechicera y Magnar entraron en la espaciosa zona entre el salón y la cocina, ella se puso la capucha sobre la cabeza para cubrirse.

—En un principio había dejado vuestro jardín intacto para que aprendierais a cuidarlo por vosotros mismos, pero veo que voy a tener que cultivarlo por vosotros, —dijo mientras comprobaba la colocación de su capucha. —Sólo puedo hacerlo cuando llueve. El único momento en que una Fantasma realmente necesita comida es cuando están embarazadas, y ella necesitará carne también ya que es lo que la Mavka requerirá para crecer.

—¿Delora estará bien?

Eso era lo único que realmente le importaba a Magnar.

La Lechuza Hechicera, sorprendentemente, le dedicó una dulce sonrisa.

—Sí, ella estará bien. Pero me alegra ver cuánto te preocupas por ella. Es obvio que ya significa mucho para ti. Y es reconfortante saber que le gustas. —Luego su sonrisa se desvaneció mientras desviaba la mirada. —Pero esto debería

haber llegado más tarde. Apenas han pasado unas semanas desde que la dejé encima de ti. Ninguno de los dos está preparado para esto, especialmente ella.

—Ayudaremos en todo lo que podamos, —ofreció Orpheus, sus orbes se tornaron de un amarillo oscuro. —Tengo curiosidad por ver qué pasará.

Esto era nuevo para todos ellos. Que Magnar se abriera camino a trompicones no debería ser chocante, pero no le gustaba no tener a nadie a quien pedir consejo de verdad sobre esto. La Lechuza Hechicera sólo estaba localizable cuando ella quería.

Tal vez pueda llamarla de la misma manera que Orpheus.

—Ella alberga oscuridad en su interior, —dijo la Lechuza Hechicera en un tono ominoso, su voz más grave de lo habitual. —Será inestable. Será tan incontrolable con sus emociones como suelen serlo los Mavka. Espera muchas lágrimas y rabia, pero también risas. Intenta no juzgarla por ello ni enfadarte con ella, sólo lo empeorarás.

Orpheus y Magnar resoplaron molestos. Era obvio que ambos se creían buenos controlando sus emociones.

—Cuando pase los primeros días, se estabilizará. Necesitará tu presencia, Magnar.

—Cuidaré de ella, —prometió, aunque no era necesario.

Ahora que sabía que Delora se encontraba en un estado delicado y frágil, no volvería a separarse de ella. Su deseo había sido casi inexistente debido a su preocupación por ella.

—Bien. —Ella asintió con aprobación. —Llévala a la Aldea de los Demonios y trae sus artículos esenciales. Los necesitará.

—¿La Aldea de los Demonios? —Orpheus murmuró con un toque de preocupación. —¿No sería una idea terrible en este momento?

Se burló. —Sólo está débil por ahora. Dentro de unos días estará radiante. Es mejor que te la lleves una vez que se encuentre mejor que cuando su estómago esté grande e hinchado. Ella es un Fantasma ahora. Ella puede caminar contigo mientras esté en esa forma.

—Hmm, —canturreó Magnar, subiendo sus garras para poder golpear una contra su hocico. —Ya estaba pensando en llevarla allí, ya que no se le podría hacer daño así.

—Exacto. Pero debes darte prisa. Después de dos semanas, será demasiado arriesgado. Cuanto más avanzado esté el embarazo, más difícil será mantener su forma fantasma durante mucho tiempo.

—La llevaré cuando se sienta mejor.

La Lechuza Hechicera asintió antes de dirigirse hacia la puerta principal, terminada la conversación aunque Magnar aún tenía muchas preguntas que sólo ella podía responder. Siempre había sido así.

Cuando ella se hubo ido, Magnar se volvió hacia Orpheus con una opresión presente en su pecho.

—¿Cómo voy a explicarle esto a Delora?

—Ni idea, —dijo él, levantando un brazo y encogiéndose de hombros. —Sé tanto de esto como tú.

Bueno, entonces, ¿qué se supone que debo hacer ahora? pensó con un gruñido.

CAPITULO 23

Delora sintió el impacto de las gruesas gotas de lluvia contra su rostro mientras Magnar la acunaba entre sus largos brazos. Estaba mirando al cielo en esa posición, incapaz de escapar de las gotas de lluvia que eran frías como el hielo contra su piel acalorada.

Seguía sintiéndose insoportablemente mareada, y cada larga pisada la hacía rebotar en sus brazos. Se le revolvía el estómago que estaba lleno de tanta comida como había sido capaz de soportar antes de salir de casa de Orpheus.

Encima de su cuerpo había una olla de estofado, un fardo de ropa que Orpheus le había dado a Magnar y tres pares de zapatos para ella.

Los abrazó más fuerte, preocupada por si se le volvía a caer algo accidentalmente, pero su cuerpo se sentía débil. Incluso respiraba con dificultad y de vez en cuando se le escapaba del pecho en resoplidos de dolor.

—¿Qué me pasa, Magnar? —Delora intentó gritar, ya que su voz tenía muy poca fuerza. También existía la posibilidad de que él no pudiera oírla por encima del constante aguacero.

La lluvia hacía un ruido constante de *shaa* a su alrededor al golpear el suelo, y sus pisadas siempre iban acompañadas del chapoteo de los charcos alrededor de sus pezuñas.

—Hablaremos de esto cuando estemos en casa, —respondió, negándose a apartar la mirada de su camino.

Desde que había vuelto de hablar con la Lechuza Hechicera y Orpheus, Magnar se había negado a mirarla hasta que la estaba levantando en brazos para llevarla a casa. No había vuelto a hacerlo desde entonces.

Le había informado de que estarían a salvo caminando a través del Velo con la lluvia, ya que se llevaría el olor de ambos. También ocultaba sus sonidos, y la niebla era más espesa de lo que jamás había visto.

Actualmente, a menos que se les viera de cerca, eran invisibles.

—Por favor, —balbuceó entre el agua. —Quiero saberlo.

Todavía estaba cansada. Pensó que, cuando regresaran, volvería a dormirse en cuanto él la acostara, a pesar de estar mojada.

Cuando él no le contestó, ella levantó la mano lo mejor que pudo sin dejar que nada cayera de su torso y ahuecó el lado de su hocico para arrastrarlo hacia abajo.

Él soltó un resoplido de fastidio, pensó ella, y sacudió la cabeza para que la soltara. Delora frunció las cejas e intentó disimular el dolor que sentía. Bajó la mano y la apartó de él.

—Siento haber llorado, —dijo Delora con la voz entrecortada. —Por favor, no te enfades conmigo.

Magnar giró la cabeza y la miró.

—No estoy enfadado contigo, —se apresuró a decir.

—Pero ni siquiera me miras.

O al menos, no lo había hecho hasta ese momento. Sus ojos rebotaron por todos los rasgos de su cráneo.

—Es difícil ver bien. Me preocupa tropezar mientras te sostengo, —respondió, antes de levantar la cabeza hacia delante para mirar su camino. —Yo... no estoy acostumbrado a caminar tan recto durante tanto tiempo mientras sostengo algo precioso. —Sus brazos la rodearon con más fuerza. —Me preocupa dejarte caer a causa de la lluvia.

—Oh, —dijo ella, sus párpados parpadeando en señal de comprensión. Volvió la mirada a los objetos de su estómago y sintió que la invadía el alivio. —Llevas unos días evitándome.

La única razón por la que sabía que sus orbes habían cambiado de color, ya que ella no podía verlos, era porque el resplandor alrededor de su cráneo había cambiado a un rosa rojizo.

—Te hice daño, —dijo con un tono oscuro. —Estaba enfadado conmigo mismo por hacerlo, y aún así quería.... —Sacudió la cabeza antes de terminar lo que iba a decir, pero Delora pensó que tal vez quería volver a tocarla. —Pero me estoy dando cuenta de que también te he hecho daño con mi ausencia. No estás bien, esto importa más, y me está permitiendo centrarme en lo que tengo que hacer.

Un destello de color morado brilló, y sus garras se clavaron ligeramente antes de que se desvaneciera rápidamente y el brillo de sus orbes volviera a ser verde.

—Cuidaré de ti.

—¿De qué? —empujó Delora, llevando su mirada hacia él. —¿Qué me pasa?

Sintió que su cuerpo se encogía por la forma en que se enroscaba a su alrededor, casi como si quisiera bajarla y rehuirla. Sin embargo, siguió caminando hacia delante mientras se negaba a contestar.

—Una persona merece saber qué le pasa cuando pregunta, Magnar. Sé que quieres esperar hasta que estemos en casa, pero me angustia no saberlo.

Llevaban caminando lo que debía de ser al menos una hora, y ella no sabía cuánto más tardarían. Cada minuto hacía que sus ojos se adormecieran más, y cuanto más tiempo pasaba, más sabía que su lucidez se desvanecería. La lluvia era fría y no la dejaba dormir. Quería tener la conversación ahora, mientras pudiera recordarla y ser coherente.

—No sé cómo decírtelo sin disgustarte, —dijo con sinceridad. —Reia me ha hecho sentir que esto es algo malo. No quiero entristecerte ni que te enfades conmigo. —Vio que el brillo de sus orbes se volvía azul. —No quise hacer esto, Delora.

Ella sintió que su ritmo cardíaco se disparaba, haciéndola sentir más caliente de lo que ya estaba.

—¿Qué me has hecho? —Cuando su pregunta fue respondida con otro movimiento de cabeza, su pulso se aceleró aún más. —Intentaré no enfadarme contigo.

—Te he convertido en una creadora. O a nosotros, creadores. —Bajó la mirada hacia ella para descubrir que movía la cabeza confundida con las cejas

fruncidas. —La Lechuza Hechicera dijo que hay vida creciendo dentro de ti gracias a mí.

Sus labios se separaron con incredulidad.

—¿Estás diciendo que estoy embarazada?

Miró hacia delante a través de la lluvia, las gotas de ésta resbalaban por su cráneo.

Su respuesta tardó en llegar. —Sí.

Los objetos de su torso se aplastaron cuando Delora puso rápidamente las manos sobre su estómago.

—¿Cómo es posible?, —se preguntó. —Yo soy humana y tú eres un Duskwalker. No deberíamos poder....

—Pero ya no eres humana. Eres un Fantasma. Te he hecho como yo.

Sus ojos se alzaron hacia su alma flotando entre sus cuernos y comprendió. *¿Darle mi alma nos hacía compatibles?* Bajó la mirada hacia su estómago una vez más y empezó a clavarse las uñas.

—¿Voy a ser madre?

Aunque sus ojos se habían estado llenando de agua por la lluvia, sabía que el líquido que se acumulaba allí ahora eran lágrimas, ya que en comparación estaban calientes. Agradeció que Magnar no se diera cuenta, porque habría supuesto lo peor.

En lugar de temor, ira o decepción, que podría haber sido la reacción de cualquier otra persona en su situación, Delora sintió un aleteo de alegría por primera vez en años.

Estoy... estoy embarazada. Si el dolor que sentía al mismo tiempo no fuera tan exigente y cruel que le estrujaba el corazón, tal vez se hubiera echado a reír.

No era por mi culpa.

Durante todo su matrimonio con Hadith, Delora nunca había conseguido quedarse embarazada. La culpa que había tenido había sido despiadada. Sabía que sus sentimientos hacia ella habían empezado a enfriarse porque nunca había podido tener un hijo suyo. Era algo que él había querido, para continuar su linaje, y debido a su incapacidad para producir un hijo para él, la había considerado rota, inútil, sin valor.

¡No era culpa mía! Era culpa suya.

¡Su maldita culpa, y él le había echado toda la culpa a Delora! No había nada malo con su vientre, hecho obvio por el hecho de que ahora iba a dar a luz al hijo de Magnar. Era el estúpido testículo de Hadith el que no podía producir semilla fértil.

Y ella estaba tan feliz de que no pudiera, de que nunca hubiera podido.

Cuando Delora se dio cuenta de que Magnar estaba tenso, hizo a un lado toda la tristeza que sentía por los años de maltrato que había recibido injustamente y, en su lugar, se concentró en este momento.

—Siempre quise tener un bebé, —murmuró tímidamente.

Él se atrevió a mirarla ladeando la cabeza. —¿No estás disgustada por esto?

Delora negó con la cabeza. —No. Claro que estoy sorprendida, y no creo que sea el mejor momento, pero no estoy disgustada.

En realidad, a Delora no le importaba si era el mejor momento o el momento adecuado, o si era algo que ni siquiera deberían haber hecho. Iba a ser madre, algo que siempre había anhelado, y ella, en cierto modo, estaba un poco emocionada por el hecho de que fuera de Magnar.

—¿Querías hacer esto conmigo?

—No, —respondió ella. —Ni siquiera pensé que esto fuera posible entre nosotros, pero tengo un poco de curiosidad al respecto. ¿Será humano o como tú?

—La Lechuza Hechicera dijo que será Mavka porque estás enferma. Tu cuerpo lo rechaza.

El pavor la atravesó tan rápido que heló todo su ser. Agradeció que la lluvia se llevara el olor a miedo que sabía que desprendía.

—¿Lo rechaza?

—Sí. —Levantó la cabeza para observar su camino mientras avanzaba por una pequeña sección de árboles, pisando con cuidado sobre raíces retorcidas. —Porque es la primera vez, dijo. Tu cuerpo acabará adaptándose y dentro de unos días ya no estarás tan enferma.

El alivio alivió sus músculos y se miró el estómago. *¿Entonces todo irá bien? ¿El hijo de un Duskwalker?*

Sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba, tal vez su primera pequeña sonrisa en mucho tiempo, mientras se tocaba el abdomen.

—Y cuando estés mejor, te llevaré a la Aldea de los Demonios.

—¡¿Eh?! —Delora dejó escapar un grito ahogado mientras sus ojos se abrían de par en par, haciendo que sus párpados parpadearan cuando las gotas de lluvia los escocieron. —¿Me vas a llevar a la Aldea de los Demonios?

CAPITULO 24

Durante tres días más, Magnar hizo todo lo posible por cuidar de su hembra enferma. No era tarea fácil cuando de repente vomitaba negro, y él tenía que ser rápido para recogerlo en un cuenco grande para que no ensuciara el nido sobre el que estaba tumbada. Luego le frotaba la espalda mientras ella estaba inclinada sobre las paredes del nido para que pudiera expulsar las arcadas.

Los sonidos de las arcadas eran angustiosos y sus ojos aturdidos eran siempre un poco preocupantes, pero parecía estar mejor al poco tiempo.

Durante un rato, volvía a dormirse. Era como si hubiera utilizado toda su energía para expulsar la oscuridad de su interior. Magnar la vigilaba mientras ella temblaba e intentaba enterrarse más bajo las mantas. Otras veces parecía estrangulada, pateándolas desesperadamente.

Hubo un puñado de veces en que suplicó a Magnar que la abrazara, y aunque se sentía caliente y húmeda, le suplicaba que se estaba congelando y necesitaba más calor. Su piel no tardaba en enrojecer y ella empezaba a intentar escapar violentamente de su calor.

Ella había sido un lío confuso para él, pero él se esforzaba al máximo por ella.

Después de que se durmiera, la obligaba a beber poniéndole un cuenco poco profundo en los labios y luego se esforzaba en hacerla comer.

La lluvia ya no estaba presente, pero las maravillas de la magia de la Lechuza Hechicera habían hecho que el jardín creciera por completo. Todas las plantas habían brotado, incluso el manzano que era casi tan alto como él. A Delora parecía gustarle la dulzura de las manzanas, y era más fácil obligarla a comer si iba acompañada de una rodaja.

Ella le decía que debía de ser algún tipo de antojo del embarazo que las necesitaba con toda su comida, pero él se preguntaba si era porque su cuerpo quería algo a lo que oliera. Quizá le reconfortaba algo parecido.

Por mucho que no tuviera energía para hacer otra cosa que no fuera estar indispuesta, Magnar se vio obligado a hacer que Delora se vistiera sola mientras él estaba fuera.

Se las había arreglado para cambiarlos a ambos de sus ropas mojadas la primera noche. Magnar había vestido a Delora con una camisa seca sin mostrar interés. Estaba demasiado concentrado en ayudarla como para permitir que su mente se diera cuenta de que había tenido a una hermosa humana desnuda en su presencia. Estaba demasiado perplejo por la respuesta de ella a todo aquello y, en cierto modo, aliviado de que pareciera casi... *feliz* por ello.

Se había dormido casi al instante en cuanto él la acostó y la cubrió con la manta. Había secado su ropa en el interior atando una cuerda de una pared a la otra, y luego la había colgado como había visto hacer a Reia fuera, en el porche.

Estaba agradecido por ello, ya que la segunda noche ella había sudado hasta la camisa mientras dormía.

Magnar, pensando que podía hacer lo mismo que cuando ella llegó a su vida, empezó a limpiarle la cara con un paño húmedo. Había sido suave al pasárselo por las mejillas, la frente, las orejas e incluso al secarle el pelo.

Sus ojos, iluminados por la tenue luz del fuego, se abrieron para mirarle con expresión confusa.

—Me siento bien, —le había dicho mientras giraba la cabeza hacia un lado y le dejaba que le limpiara el cuello con el paño húmedo y fresco.

Acunando su espalda con un brazo para mantenerla ligeramente erguida, empezó a tantear los botones de su camisa para poder desnudarla y cambiarla ahora que estaba despierta. No había llegado al último botón cuando la camisa empezó a abrirse para dejar al descubierto sus pechos llenos y pesados, salpicados por unos pezones rosados y endurecidos.

El color morado apareció instantáneamente en su mirada cuando ella gimió cuando él trató de limpiarle el pecho. Sin poder evitarlo, atraído por ella como un ser desdichado y voraz, había bajado la cabeza y había pasado la lengua por uno de sus pechos sólo para que ella emitiera un gemido más dulce y no disimulado con los ojos cerrados.

No le había importado la salinidad de su piel, ni su cuerpo tembloroso, cuando empezó a lamerle el pecho. Se había olvidado de la toalla cuando empezó a inclinarse sobre ella. En lugar de eso, le subió las garras por el interior del muslo, que se estremeció bajo su contacto. Ella se arqueó hacia él.

Su polla se agitó, el movimiento detrás de su costura era tan insoportable que sintió que su polla y los tentáculos, que se suponía que la envolvían,

empezaban a salir como un revoltijo dentro de sus pantalones. La cabeza, desprotegida, se encontraba rozada por la rugosidad de sus pantalones.

El gemido que ella le dedicó cuando él separó sus muslos y se colocó entre ellos mientras resoplaba salvajemente en su pecho, su lengua un miembro incesante que se movía sobre sus pezones agarrotados, le hizo estremecerse.

—Estás demasiado caliente, Magnar, —había gritado ella antes de empujarle el pecho.

Él gruñó en respuesta, tratando de atraerla más cerca mientras se llevaba la mano a la parte delantera de los pantalones. La palpitación de su polla era terrible, pero el escozor que sentía al secarse le exigía refugiarse dentro de ella.

Y experimentar de nuevo el éxtasis de él penetrándola fue como un veneno que había olvidado que necesitaba.

—Por favor, —susurró ella. —Necesito calmarme. Me estoy mareando mucho.

Su voz quebrada y débil suplicándole había hecho que sus orbes se pusieran blancos. Magnar retrocedió arrastrando los pies, haciendo una mueca de dolor cuando se dio cuenta de que la había dejado caer contra la cama.

¿Qué estoy haciendo?

Delora se encontraba mal, aturdida, y él había estado a punto de penetrarla.

Pero no sabía cómo controlar la insistencia de su polla. Y cuanto más tiempo permanecía sentado en cuclillas, mirándola desde entre sus pies, viendo que tenía las piernas abiertas y su tentadora rajita abierta para él, Magnar sentía un

deseo irrefrenable de agarrarla por la pierna, arrastrarla hacia él y penetrarla. Quería penetrarla tan profundamente que ella no pudiera escapar.

Y sabía que se sentiría bien.

El morado se encendió y él retrocedió antes de ponerse en pie.

—Delora, —gimió, apretando los puños a su lado mientras le daba la espalda. —Lávate y vístete. Hay un cubo y una camisa nueva. Volveré.

Luego salió antes de que pudiera oír su respuesta, avergonzado de sí mismo por lo que había estado a punto de hacer. Caminando, se agarró la polla a través de los pantalones a pesar de que le dolía, rogando que bajara y volviera a su costura.

Sólo cuando lo hizo y comprobó que Delora estaba limpia, vestida y desmayada, entró en la casa.

Odiaba no poder atenderla cuando más lo necesitaba, ser inútil e incapaz de controlar esa... extraña parte de su mente y su cuerpo que lo carcomía constantemente.

Al segundo día, Reia y Orpheus habían empezado a visitarla para traerle carne cocinada.

Orpheus trabajaba en el patio, talando árboles y dándoles forma para ayudar a acelerar el proceso de la casa ahora que Delora estaba aquí. Necesitaba una casa totalmente construida para ella. Reia ayudaría en todo lo que pudiera, cuidando el jardín, enseñándole a cuidarlo ahora que estaba crecido, y lavando su ropa.

Antes de partir, le pidió a Reia que le ayudara a limpiar a Delora, ya que él no podía. Sabía que no podía. Ni siquiera podía soportar cambiarla por más tiempo.

Siguieron volviendo, incluso cuando al cuarto día Delora ya se sentía mucho mejor y había empezado a moverse.

Seguía débil, pero había dejado de expulsar oscuridad. Era capaz de retener toda la comida y el agua, comiendo despacio cuando el estómago se le revolvía.

Magnar se sintió lo bastante seguro como para separarse de ella y ayudar a Orpheus a llevar al interior los troncos que había cortado y dado forma para que pudieran empezar a construir las habitaciones que había planeado.

Captó fragmentos de la conversación entre Reia y Delora mientras entraba y salía, pero les prestó poca atención. Lo único que sabía era que su hembra empezaba a sentirse mejor y que pronto tendría que empezar a prepararse para el viaje.

La Lechuza Hechicera le dijo que era mejor llevar a Delora a la Aldea de los Demonios cuanto antes, pero él tenía miedo de hacerlo. La quería a salvo, siempre, y el viaje hasta la aldea era tan peligroso, si no más, que la propia aldea.

No sabía qué le preocupaba más.

Eran cuatro días de camino para un Mavka. No podía ir sin ella, ya que aparecería a su lado en un día, pero quería que se sintiera cómoda aquí. Había

cosas en la aldea que ella necesitaría, y él quería dárselo todo, el mundo si podía.

La llevaría allí si eso significaba que por fin podría verla sonreír.

Delora se sentó en los escalones del porche con los codos apoyados en las rodillas juntas y la barbilla apoyada en las palmas de las manos, esperando a desaparecer.

Dio un suspiro. *Esto es aburrido.*

Apenas ayer había recuperado todas sus fuerzas, hacía cinco días que había caído enferma para empezar, y ya se estaba animando a ir a la Aldea de los Demonios.

Magnar había decidido llevarla allí a pesar de sus dudas. Apenas habían hablado los últimos días, ya que su lucidez era escasa y breve, y aunque ella le había dicho que no tenía muchas ganas de ir, él se mostró inflexible. Una vez que se sintió lo bastante fuerte como para recorrer todo el patio sin problemas, Magnar le informó de que ese mismo día emprenderían el viaje.

La idea de adentrarse en un territorio peligroso con un niño nonato, fuera el que fuera, le asustaba. Le preocupaba más el daño que pudiera causarle que ella misma.

Al mismo tiempo, sabía por qué tenían que ir.

La última semana de su embarazo le dificultaría mantener su forma fantasmagórica, que sólo sería de tres a cuatro semanas a partir de ahora. No podía creer que sólo estaría embarazada un maldito mes.

Aparte de sentirse mejor, de momento no veía cambios en su cuerpo. Pensó que podría deberse a que su vientre ya estaba bastante redondeado y que tendría que estar más avanzado para notar la diferencia.

Aun así, un mes no era mucho tiempo y se preguntó cómo se adaptaría su cuerpo a un cambio tan rápido. ¿Estaría bien?

La Lechuza Hechicera no parece estar preocupada.

Saber que la mujer que recordaba vagamente haber visto brevemente en casa de Orpheus y Reia era en realidad la madre de Magnar era una locura. Saber que era la persona que había dado a luz a todos los Duskwalkers era aún más loco.

¿Eso significa que todos son hermanos?

Delora, una vez mejor, le había hecho millones de preguntas a Reia.

La razón por la que todos los Duskwalkers eran machos era que el primer humano que habían comido había sido macho. Reia creía que si se hubieran comido primero a una mujer, habría hembras de su especie.

Sin embargo, o bien las mujeres estaban demasiado asustadas para viajar por culpa de los Demonios, sobre todo porque existía la posibilidad de que tuvieran la regla de repente por el camino -algo de lo que siempre desconfiaban, incluso en las aldeas amuralladas-, o bien eran lo bastante listas como para no meterse en situaciones que pudieran hacer que se las comiera un Duskwalker.

—Me alegro de que no haya ninguna hembra, —refunfuñó Delora. —¿Magnar preferiría una hembra de su propia especie?

No era una pregunta que le hubiera hecho nunca, y se alegró de no tener que enfrentarse a ese problema si todos seguían comiendo hombres.

Eso sería muy extraño, ya que serían hermanos. Dudaba que lo supieran, ya que al parecer era información nueva para ellos que la Lechuza Hechicera era su madre. Menuda metedura de pata habría sido.

—Por otra parte, —continuó divagando. —Me pregunto si los Duskwalkers pueden darse el alma unos a otros. ¿Acaso tienen alma?

Sus pensamientos coincidían con la idea de que elegían a su pareja basándose únicamente en el hecho de que parecían desear un alma, ya que tanto Magnar como Orpheus habían querido satisfacer esa necesidad.

Delora no tardó en soltar una suave carcajada.

—Magnar tiene alma. Simplemente lo sé.

Tenía que tener una para ser tan dulce y bondadoso. Una criatura sin alma, sin corazón, sería hueca como una pesadilla, alimentándose cruelmente de carne.

Pero Magnar la había cuidado durante los últimos días. Pasándole un paño por la frente, dándole comida y agua, ayudándola a adaptarse a las diferentes temperaturas que necesitaba.

Incluso intentó mullir la almohada. Algo cálido se encendió en su pecho al recordarlo.

Una gran ráfaga de viento sacudió los árboles, devolviéndola a la realidad. — Esto es una mierda. ¿Cuánto tiempo más tengo que estar aquí sentada?

Hacía poco que el sol se había asomado entre los árboles, la mañana era realmente radiante, y lo único que ella había podido hacer era quedarse aquí sentada.

Magnar ya había partido hacia la Aldea de los Demonios, haciéndola sentarse aquí pacientemente, o más bien, impacientemente, para que ella apareciera a su lado una vez que él estuviera fuera del anillo más peligroso del bosque del Velo.

Aparentemente, el Velo estaba formado por cuatro anillos de vida.

El límite por donde vagaban los Demonios más pequeños, pero los más despiadados y hambrientos de carne humana. También era donde estaba su casa. En el segundo anillo, hacia el interior, vivían los Demonios más medianos, los que seguían hambrientos de carne humana, pero que sólo cazaban cuando estaban hambrientos y comían cualquier cosa que clavaran sus garras. El tercer anillo era una mezcla de Demonios medianos y grandes, los que habían empezado a construir casas en lugar de nidos y ya empezaban a imitar a los humanos.

Y por último, el anillo interior, donde estaba la Aldea Demoníaca.

Era mucho que asimilar, ya que al principio había descartado la idea como una tontería.

Esperar a desaparecer era aburrido, pero prefería esto a tener que atravesar el anillo fronterizo. No soy tan intrépida como Reia. La sola idea de blandir una espada y blandirla contra un Demonio furioso le hacía helarse la sangre.

Me pregunto qué vamos a hacer en nuestro camino de regreso, sin embargo.

Magnar había mencionado que iba a explorar si había algún nido por el camino para poder marcar una ruta segura para el viaje de vuelta.

—Es mucho más inteligente de lo que se cree.

Ni siquiera a Delora se le había ocurrido algo tan perspicaz, pero él había ideado un plan antes de que ella expresara su inquietud.

Su vista revoloteó hacia el sol que intentaba bañarla de luz, pero que no llegaba debido al árbol crecido cerca de los escalones del porche. *El día anterior se había marchado más o menos a esta hora.*

No debería tardar mucho más.

Tal como había pensado, unos minutos más tarde sintió que se volvía transparente contra su voluntad. Como ya lo había experimentado, cerró los ojos y lo aceptó.

Supo que se había materializado cerca de Magnar cuando su postura cambió de estar sentada sobre unos escalones a estar acurrucada sobre el lado de su cadera contra el frío suelo.

Antes de que pudiera abrir los ojos, sintió las familiares puntas de las garras deslizándose desde el borde inferior de la yugular hasta la línea de la mandíbula, antes de llegar a la barbilla. Al sentir cosquillas, se le puso la carne

de gallina y sintió un escalofrío en la espalda. Al abrir los párpados, Magnar se agachó y se arrodilló frente a ella.

—¿Estás bien?, —le preguntó. El reconfortante resplandor de sus orbes verdes en la oscuridad del bosque del Velo fue lo bastante tentador como para hacerla sonrojar.

—Estoy bien, —respondió ella, y se dispuso a levantarse antes de darse cuenta de que su mano flotaba en el aire. Ella lo miró, y al instante lo tomó para que él pudiera ayudarla a ponerse de pie. —No estoy mareada como la última vez.

—¿Estabas mareada? —Antes de que pudiera responder, Magnar la cogió en brazos para acunarla y la cubrió parcialmente con la capa que envolvía su cuerpo. —Debemos abandonar esta zona rápidamente.

Su bolsa resonó cuando la movió a su lado. Estaba llena de rocas brillantes que dijo haber encontrado cerca del arroyo cercano a su casa, de donde le sacaba el agua para beber. También había trozos rotos de cristal de amatista que había recogido de una cueva que Orpheus le había enseñado, y trozos de roca de obsidiana que había sacado de su propia cueva en la que habían estado viviendo al principio.

Llevaba todo esto en su mochila, así como comida y un saco de agua para ella, todo preparado de antemano en caso de que no hubiera podido reaparecer junto a él con la bolsa que llevaba atada.

Había aparecido con ella, y ahora tenía el doble de comida y agua, lo cual era bueno teniendo en cuenta que siempre tenía hambre.

—¿Por qué? —Delora se asomó por entre su capa y miró a su alrededor. Pensó que su corazón empezaría a bombear rápidamente, pero sorprendentemente, no sintió ni una pizca de miedo por su presencia. —¿Ocurre algo?

—Me llevó mucho tiempo encontrar el camino de regreso más seguro, ya que había muchos nidos agrupados. Estamos fuera del anillo fronterizo, pero aún estamos demasiado cerca.

Empezó a caminar hacia lo más profundo del bosque, y Delora notó que los árboles parecían más altos. Ni siquiera necesitaba agacharse bajo las ramas colgantes más bajas para dejar paso a su cornamenta.

—¿Estaremos bien?

Levantó la vista y se dio cuenta de que no había ni una pizca de luz a estas profundidades del Velo, y la niebla azul que siempre estaba presente parecía más espesa.

Incluso el aire parecía más estancado.

El único color que se percibía era el rojo y el naranja de algún que otro árbol que perdía cada vez más hojas, hasta el punto de que sus ramas se volvían estériles. No todos los árboles, ya que muchos seguían verdes y frondosos, pero al menos eso evitaba que pareciera realmente lúgubre. Le gustaba ver el suelo cubierto de vida en lugar de sólo tierra, palos y piedras.

—Sí. Tu olor no es humano. Será confuso para los Demonios, pero no se sentirán atraídos por ti. Mientras los evitemos y permanezcas oculto, estaremos a salvo.

Delora inspeccionó el lateral de su huesudo cráneo, meditando una pregunta. —Oyes muy bien, ¿verdad?

Para ser una criatura sin orejas, siempre parecía oír bien. Tampoco tenía nariz, pero su olfato era más agudo que el de cualquier otro animal.

—Sí, —repitió. —Podré oír u oler cualquier cosa que se acerque, así que no te preocupes. Siempre te protegeré.

Pero Delora no había necesitado que la tranquilizara.

Se sintió cálida y protegida en su abrazo mientras él los acompañaba a través de la espesa maleza, y se acurrucó en su sólido pecho con confianza. El fuerte latido de su corazón resonaba a través de su carne mientras golpeaba junto a su oído, y ella dejó que le sirviera como tranquilizador para su caminata.

—Cuando estemos más adentro del Velo, donde será menos probable que nos crucemos con un Demonio, deberías practicar el uso de tu forma fantasmal para prepararte para la aldea.

—Me parece una buena idea, —murmuró contenta, cerrando los ojos para poder concentrarse en el latido de su corazón y los pasos de sus pezuñas.

CAPITULO 25

Nada podría haber preparado a Delora para lo que encontraría en la Aldea de los Demonios.

Los enormes árboles que parecían haber crecido en diagonal desde el suelo para rodear en espiral la aldea y protegerla de los intensos rayos de sol que brillaban sobre ella habían sido... hermosos. Especialmente con los claros de hierba que la rodeaban, como si quisieran atrapar a las criaturas en su interior o mantener a otras fuera durante el día.

Las plantas en flor creaban un mar de amarillo y verde mientras danzaban entre los tallos de hierba. Se agitaban con el ligero viento que soplaba sobre la colina por la que empezaban a descender para poder acercarse.

El castillo a lo lejos, detrás de la aldea, le dio todas las pruebas que necesitaba de que existía el Rey Demonio, y no le quitó los ojos de encima. Le preocupaba que si lo miraba durante demasiado tiempo, de alguna manera lo atraería hacia ellos.

Por lo que había oído, no era un buen tipo.

Dudaba que tuviera la fuerza que tuvo Reia cuando le contó la pelea que habían tenido contra él y Katerina. La historia hacía parecer que había sido sensata y valiente.

Delora no sabía usar una espada, ni podía correr muy rápido.

Su único acto de violencia había ido acompañado de su propio grito enfurecido y de la ausencia de cualquier pensamiento. Enfrentarse a algo tan terrible como un monstruo mitad elfo y mitad demonio que manejaba la magia sonaba demasiado para ella.

No quiero presenciar más violencia ni carnicerías.

Delora quería vivir en paz, y creía haber encontrado esa oportunidad con Magnar.

Ahora que podía vivir dentro de la seguridad de una protección y convertirse en algo intangible cuando estaba fuera de ella, su seguridad estaba garantizada.

Y sabía que podría hacer de la pequeña cabaña de madera, su hogar, algo confortable con el tiempo suficiente. Delora era paciente. Había sido paciente toda su vida.

En su forma fantasma, se tocaba el estómago para sentir la presión, pero nada más. *Y contigo, pepita, por fin podré ser lo que siempre he querido.*

A Delora no le importaba que fuera diferente para ella.

Levantó la mirada para asegurarse de que seguía al lado de Magnar mientras él la guiaba hacia los altísimos árboles que rodeaban la aldea en espiral. Eran más grandes que cualquier otra cosa que hubiera visto, las raíces se arqueaban sobre el suelo hasta alcanzar una altura superior a la suya. Los troncos debían de tener cientos de metros de altura y la misma anchura que el pabellón de protección de su casa.

Los árboles proyectaban sombras sobre el suelo, lo que ponía de manifiesto que la noche empezaba a caer.

Como era posible entrar por cualquier intersección de los árboles, rodearon uno de los muchos troncos para entrar en la aldea.

—Quédate conmigo, Delora, —le advirtió Magnar cuando pudo ver luz brillante al otro lado del delgado túnel cubierto de musgo. —No produces un olor así, por lo que no podré rastrearte aquí. Y si hablas, sabrán que no eres un Fantasma de verdad. Quédate siempre donde pueda verte.

—¿Eso significa que no puedo hablar contigo?, —susurró ella, descubriendo que su voz resonaba en las paredes de madera.

—Puedes, —respondió él en voz baja. —Pero deberás guardar silencio para no llamar demasiado la atención. Sin embargo, no puedo responderte tan abiertamente.

Antes de que Delora pudiera preguntar por qué, perdió la capacidad de hablar cuando se adentraron en la brillante luz del fuego. Separó los labios y sus ojos se volvieron hacia el tejado en espiral que protegía el lugar.

Tapices de tela colgaban del techo como si unas criaturas hubieran trepado a las ramas más altas para sujetarlos. Salían disparados hacia abajo por el aire antes de que los extremos se elevaran para crear una forma convexa y unirse a las ramas más bajas de los lados.

Eran coloridas, con amarillos, azules, rojos y verdes vibrantes.

No sabía lo que esperaba, pero las casas de varios pisos no eran lo que pensaba ver. Hechas de ladrillo y tejados de listones de madera, estaban

desordenadas y la mayoría tenían contraventanas de madera. Delora pudo ver a un *Demonio* asomado a una ventana, gritando hacia otro en el camino de piedra que discurría entre las casas.

En lugar de mirar a los numerosos Demonios, o incluso de escuchar más de cerca para asegurarse de que lo que oía era música y risas, algo brilló y le robó la atención.

Levantó un dedo transparente y trató de seguir al pequeño bicho brillante que bailaba justo delante de ella con muchos otros.

—Oh, vaya. Son tan bonitos.

Delora nunca había visto bichos brillantes, pero supo que eso eran cuando revolotearon a través de su forma intangible antes de elevarse en el aire como un pequeño enjambre. Había más por todo el pueblo, revoloteando por todo el cielo y haciendo que el techo cobrara vida como si fueran estrellas en movimiento.

—Empiezan a aparecer aquí cuando cae la noche, —dijo Magnar en voz baja mientras inclinaba la cabeza más cerca.

Su mirada se apartó de observarlos con asombro para poder centrarse en el resto de la aldea y sus ocupantes, pero cualquier inquietud que hubiera sentido se perdió ante la mística bienvenida que había recibido.

No era espantoso, y la lúgubre niebla que estaba acostumbrada a ver en el Velo no estaba presente aquí.

Cuando Magnar comenzó a guiarla desde las afueras hacia el interior, las casas se volvieron aún más desordenadas. Tuvieron que empezar a subir escalones empedrados y de arcilla para llegar a los niveles superiores de la aldea.

El primer Demonio que vio de cerca la empujó hacia Magnar hasta el punto de que se metió accidentalmente en su cuerpo. Él no se quejó y mantuvo un paso igual al de ella.

Era una necesidad involuntaria de mover su cuerpo como si estuviera caminando aunque flotara por encima del suelo.

El Demonio que la había hecho huir no se parecía a ninguno que hubiera visto antes. Era más alto que ella y tenía una cara extrañamente plana, pero en su mayor parte parecía humano. Incluso tenía manchas de piel blanca y rosada contra el vacío negro que estaba acostumbrada a ver, como si realmente estuviera adoptando las características de un ser humano.

Mientras seguía mirando a su alrededor en el interior del cuerpo de Magnar, encontrando más Demonios que caminaban sobre sus patas traseras y hablaban entre ellos, se dio cuenta de que era como cualquier otra comunidad de seres sensibles.

Si hubiera cerrado los ojos y se hubiera limitado a escuchar, habría pensado que estaba de vuelta en la ciudad de la que había salido.

No sonaba diferente cuando un Demonio más pequeño, que parecía un *niño*, soltó una risita mientras otro lo perseguía. Ambos tenían orejas puntiagudas, grandes colmillos parecidos a los de un jabalí y parches de color marrón claro leonado en la piel. Se parecían tanto que pensó que podían ser hermanos.

Delora no se dio cuenta de que se había escabullido de Magnar hasta que se detuvo a observarlos con curiosidad, ya sin el escudo de su cuerpo.

Las miradas indiscretas de los Demonios eran ahora libres para observarla.

Su espalda se puso rígida cuando uno con un rostro más parecido al de un lagarto entremezclado con sus rasgos humanos dirigió sus ojos excesivamente grandes y rojos hacia ella. Delora se congeló en el acto y se encogió bajo su mirada penetrante y hostil... hasta que su vista se apartó de ella como si fuera insignificante.

Soltó un suspiro hasta que cruzó la mirada con otro antes de que éste también apartara la vista.

No se inmutaron ante ella, y atravesaron su forma fantasmal sin preocuparse.

Se miró las manos. *Creen que soy un fantasma de verdad*. No sabían que podía volverse física.

Una figura negra se detuvo frente a ella, impidiendo que nadie la atravesara, y sus ojos se desviaron hacia Magnar.

—No les importa, —susurró sorprendida.

Él resopló como respuesta. Luego se dio la vuelta y avanzó.

Delora se apresuró a seguir sus lentos pasos y observó cómo muchos Demonios se mostraban asustadizos y le daban esquinazo. Sin embargo, otros no se apartaban de su trayectoria cuando la situación estaba más atestada de gente. A menudo gruñían groseramente cuando chocaban sus hombros contra él, pero sorprendentemente, Magnar mantenía la calma y lo permitía.

Parecía imponente mientras se elevaba por encima de *todos*.

Su estatura era superior a la de cualquier Demonio de los alrededores, y su cornamenta lo hacía aún más imponente. Aunque se viera rodeada y tuviera problemas para encontrarlo, siempre sabía en qué dirección ir cuando veía su cornamenta a sólo un cuerpo de distancia de ella.

Magnar la llevó a una tienda de ropa y saludó a un Demonio muy excéntrico llamado Snush que tenía cuernos de carnero a los lados de la cabeza. No le hizo caso a Delora y empezó a hablar con Magnar, preguntándole si quería más ropa. Lo hizo, y cambió algunas de las piedras pulidas del arroyo por más camisas abotonadas y pantalones.

Pensó que tal vez había comprado algunas camisas más sólo para ella.

Luego la llevó a una zapatería y le dijo a la dependienta, más parecida a un pájaro, que necesitaba unas zapatillas nuevas porque sus pies habían cambiado recientemente. Le dio un par de zapatos sin tacón ni punta, y ella vio cómo se sentaba en un banco y se los calzaba, haciendo que pareciera que llevaba zapatos ajustados alrededor de las pezuñas.

Estos dos lugares estaban más en las afueras de los mercados, y Magnar la llevó más adentro, donde finalmente llegaron a carritos callejeros que ofrecían una variedad de artículos diferentes. Comida cocinada, ropa y uno que intentaba desesperadamente vender velas, de las que Magnar compró muchas.

También había puestos con cajas de madera que ofrecían joyas y los materiales necesarios para fabricarlas.

Permaneció largo rato frente a aquel lugar sin decir ni hacer nada. Sólo cuando ladeó el hocico hacia ella, se dio cuenta de que le estaba preguntando en silencio si quería algo.

Aunque Delora sabía que no quería nada ostentoso como joyas, aun así se inclinó más para inspeccionarlas.

Algunas estaban toscamente hechas, mientras que otras eran bonitas a su manera, aunque sencillas. Sin embargo, sintió un hormigueo de frialdad en su interior, tal vez como reacción a su miedo, cuando vio joyas evidentemente más sofisticadas, sabiendo que debían de haber sido robadas a humanos que seguramente habían perdido la vida.

Justo cuando se inclinó hacia delante para inspeccionar un collar de plata con un rubí rojo en medio de diamantes que formaban un círculo a su alrededor, una mano negra con uñas largas y afiladas lo agarró.

—Me llevaré éste, —exigió una voz femenina, mientras la otra mano se extendía por encima de la mesa del puesto para darle algo al tendero.

Delora estuvo a punto de gritar cuando un horrible gemido resonó justo al tocar el collar, y una figura fantasmal apareció de repente por el centro de la mesa. Una mujer transparente se agarraba la cara y lloraba.

Por suerte, Delora se había tapado la boca antes de que pudiera producir un sonido tan fuerte y horrorizado como un grito. Pero se apartó de la tienda con los ojos muy abiertos.

—Oh, —dijo con disgusto la mujer Demonio, tirando descuidadamente el collar. Tintineó y sacudió los demás sobre la mesa. —Es un ancla.

En cuanto soltó el collar, el llanto de la Fantasma se calmó hasta que sólo fueron sollozos antes de empezar a desvanecerse lentamente.

—No deberías vender joyas que tienen anclado el espíritu de un humano, —le espetó a la tendera.

La mujer Demonio tenía el pelo largo y negro, brillante incluso a la luz. Era alta, esbelta y casi parecía humana, salvo por su piel vacía. Tenía pecas de carne humana en la comisura de los labios y en el lado opuesto de la mejilla, antes de rodear uno de sus ojos rojos.

Parecía que ninguno de los Demonios podía desprenderse del color rojo de sus iris, y los suyos parecían afilados.

—Algunas personas los prefieren, —replicó el tendero. Éste era parecido a la mujer, pero tenía púas sobre la frente. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Magnar. —Parece que a este Mavka le gusta llevar anclas embrujadas.

Las miradas de ambos, así como el cráneo de Magnar, se volvieron hacia Delora. Ella retrocedió hasta encontrarse entre la multitud.

Sabía por el palpitar de su forma que su corazón habría palpitado de miedo si hubiera sido físico.

Entonces, con los ojos desconcertados, se dio cuenta de que había perdido a Magnar en su pánico. Giró en círculo para buscarlo, y sus cejas se fruncieron al no encontrarlo.

Dios mío, ¿dónde está? No podía estar sola aquí.

Abrió la boca para gritar, pero la cerró inmediatamente. Él le había dicho que se callara, que susurrara.

Un estallido de fuego hizo retroceder a Delora cuando un demonio empezó a girar poi de fuego justo delante de ella. No pudo identificar su forma porque se movía muy rápido. Lo único en lo que podía concentrarse era en la gran sonrisa llena de colmillos que mostraba mientras saltaba y balanceaba las bolas de fuego conectadas por una cuerda en una rueda giratoria en *su* misma dirección.

Parecía moverse al compás de un tambor que sonaba cerca.

A la multitud no parecía importarle pasar a su alrededor. Era tan rápido en sus movimientos que la retirada de ella puso poca distancia entre ellos antes de que uno de aquellos pois de fuego atravesara su cuerpo.

Entonces empezó a bailar a través de ella mientras giraba en círculo y luego continuaba a través de la multitud.

¡Pensé que intentaba atacarme!

Casi hiperventilando, aunque no podía sentir cómo su respiración entraba y salía de ella, su forma temblorosa buscó por la zona. Pero no podía concentrarse, sino que sus ojos iban de un Demonio de aspecto extraño a otro.

Estaban por todas partes, venían de todas direcciones. Eran demasiados mientras su vista los escrutaba angustiosamente.

Un cuerpo la rodeó hasta que estuvo dentro de su gigantesco armazón, su capa y su cuerpo bloqueando su visión por completo. Levantó la cabeza y se

asomó para ver de quién se trataba, pensando que un Demonio se había detenido justo donde ella.

Quería salir de su cuerpo. No quería estar cerca de uno tanto tiempo como para flotar en su interior.

—Cuidado, —susurró Magnar mientras su cabeza iba de un lado a otro. —No te pierdas.

Delora cerró los ojos y respiró hondo, su forma fantasmal se estremeció de alivio. Magnar esperó pacientemente a que se calmara, permitiendo que los demonios golpearan sus hombros para darle unos fugaces segundos de relativa calma.

—Gracias, —susurró ella, deseando poder volverse física y rodear su esbelta cintura con los brazos para consolarse. —Lo siento, me sorprendió.

Delora no esperaba ver a un fantasma de verdad. Y había sido aterrador que un humano se hubiera atado a un ancla, sabiendo que un Demonio la habría robado de lo que quedaba de su cadáver... si es que había quedado algo sin comer.

Magnar resopló y asintió, dando un vacilante paso atrás para asegurarse de que ella no se agacharía dentro del escudo de su cuerpo.

Delora no lo hizo, aunque estuvo tentada de hacerlo, y Magnar siguió avanzando por los mercados. Se detuvo en una tienda que le permitiría fabricar sus propias joyas o adornos colgantes si lo deseaba. Como eran tan pequeños y no ocuparían mucho espacio en su bolsa de mano, señaló en silencio algunas cuentas y cuerdas en un intento de distraerse.

Al menos, nada de esto debería traer de repente a un fantasma, o al menos esperaba sinceramente que no fuera así.

Vio que había cuentas de cristal tallado, y se interesó más por ellas que por las de cuerno y hueso que tenían símbolos pintados. Entonces le llamó la atención una tienda dos tiendas más abajo.

Probablemente no debería haberse apartado de repente del lado de Magnar, pero había tiras de colores brillantes sobre una tela blanca. También había tarros de cerámica en la fachada.

Sintió como si un fuego se hubiera encendido en su interior.

—Esto, —le suplicó en voz baja a Magnar, que se había acercado a su lado con interés cuando ella empezó a señalarlo *todo*.

—Ah, así que a los Mavka les gusta pintar, ¿no?, —se rió un Demonio de aspecto ratonil. Tenía el pelo rizado de color rojo y una nariz respingona sobre dos largos dientes en forma de conejo. —¿Qué colores quieres? Tengo todos los colores que quieras.

Magnar giró la cabeza en dirección a Delora, pero no dijo nada.

Los ojos de Delora recorrieron el abanico de opciones disponibles, deseando poder quedárselas todas. Las vasijas de cerámica parecían resistentes, pero demasiadas juntas podrían hacerlas añicos.

Cuando supo que había tomado una decisión, revoloteó dentro de Magnar con la esperanza de que sólo él pudiera oírla mientras enumeraba los cinco colores que quería.

—Azul, amarillo, rojo, negro y blanco, —le dijo al tendero.

—Ah, —dijo el Demonio, inclinando con humor sus ojos y haciéndolos centellear. —Los de tu clase son más listos de lo que hubiera pensado.

El Demonio empezó a utilizar un cucharón de madera para verter los colores que le había pedido en grandes tarros de cerámica.

—¿Por qué dices eso?

—Porque has elegido colores primarios para poder mezclar los tuyos. —Colocó tapas en cada uno de los tarros y empezó a atar cordeles gruesos alrededor de los bordes para que no se movieran. —Los principiantes empiezan recogiendo todos los colores, para no tener que mezclarlos. ¿Necesitas también pinceles?

—Sí, —respondió Magnar cuando ella empezó a asentir.

—¿De qué tipo?

—De todos.

Para cuando terminaron, su mochila estaba llena hasta los topes con sus pinturas y las herramientas necesarias.

Una sonrisa empezó a juguetear en sus labios, y pretendía dirigirla hacia Magnar mientras caminaban, pero se detuvo cuando vio algo blanco en la esquina de un tejado.

De todos los colores que había visto en la Aldea de los Demonios, el blanco era el único que no predominaba tanto. Y dado que tenía la forma de una enorme lechuza que podía ser tan alta como ella, se detuvo a mirarla.

Sobre todo porque sus ojos ya estaban puestos en ella, observándola.

Antes de perderse de nuevo, Delora se apresuró a avanzar, ya que Magnar no se había dado cuenta de que se había detenido a mirar a la lechuza. Una vez a su lado, miró hacia el tejado donde la había visto posada y descubrió que había desaparecido.

No volvió a verla hasta que se adentraron más en los mercados y la vio posada en una rama bastante baja, que casualmente se encontraba al menos a treinta metros de distancia. Miraba en su dirección, pero movía la cabeza como si buscara algo.

Salió volando, cayó entre el hueco de dos casas y desapareció. Ella sabía que había tocado el suelo, pero ninguno de los Demonios armó alboroto para saber dónde había aterrizado realmente.

Este lugar es tan extraño. Y pasaban tantas cosas que era difícil mantener la concentración en una sola cosa a la vez.

Delora sintió como si sus ojos se abrieran al mundo.

Quiero volver aquí. Se sentía segura a pesar de saber que no lo estaría si se volvía física. *Quiero explorar este lugar hasta conocer todos sus rincones.*

¿Qué otras cosas extrañas encontraría? ¿Había más belleza que contemplar o descubriría que algo horripilante acechaba en las sombras?

La multitud se hizo más densa cuando llegaron al centro del pueblo. Una zona abierta como un anillo con puestos de mercado en el exterior dejaba mucho espacio para una estatua en el centro, un hombre que estaba de pie sobre un podio con la mano derecha levantada.

El hombre, de aspecto casi humano, tenía unas orejas largas y puntiagudas que asomaban a través de una larga cabellera que ondeaba en torno a sus hombros, lo que le hizo pensar que podría tratarse de un elfo. Sin embargo, los grandes colmillos que brotaban de su boca le dijeron que debía de ser un demonio.

Como no llevaba camisa, pudo ver que alguien le había tallado con *cariño* cada uno de los músculos del abdomen, los bíceps y el pecho. También resaltaban extrañas bandas sobre sus brazos, hombros y costados. Los pantalones de genio estaban atados alrededor de sus rodillas para revelar sus pies desnudos y sus fuertes pantorrillas.

Su brazo derecho estaba levantado con las garras apuntando hacia arriba, como si intentara levantar criaturas para que se pusieran en pie... o tal vez de entre los muertos, como un nigromante.

Su postura transmitía poder y llamaba a todos los que lo rodeaban a unirse a él.

Delora se paró frente a la estatua que era aún más grande que Magnar.

—Ese es el Rey Demonio, —dijo Magnar en voz baja, antes de hacer un gesto con la mano en dirección a unos cuantos demonios que estaban arrodillados alrededor de la estatua. —Lo adoran por todo lo que ha hecho por ellos, incluido hacer posible esta aldea.

Magnar levantó la mano para hacer un gesto hacia el cielo, como si intentara decirle que había conjurado los árboles que rodeaban la aldea.

—Pero no es tan grande. —Se dio la vuelta, con su capa ondeando tras él y sus cascos resonando contra el suelo empedrado mientras se alejaba. —Yo soy más grande.

Delora casi sintió el impulso de soltar una risita cuando pareció que Magnar se preocupaba por su propia masculinidad frente a algo como el Rey Demonio, cuyo rostro era sorprendentemente apuesto. Cejas afiladas, pómulos altos, labios de aspecto firme.

Se quedó mirándolo, preguntándose cómo una cara tan bonita podía ser malvada, antes de seguir a Magnar.

Los estaba guiando fuera de esta zona sin darle la oportunidad de echar un vistazo a ninguna de las tiendas, lo cual era extraño teniendo en cuenta que se había detenido en todas las demás.

¡Eep! Jadeó y retrocedió un paso cuando otro Fantasma apareció frente a ella, de modo que casi chocó con él. Esperaba no ver otro.

Gritó en silencio mientras seguía a un Demonio que le daba un mordisco a algo de la palma de la mano. Era masculino, con el pelo corto y la ropa rasgada. Una vez que el Demonio terminó de comer, el Fantasma desapareció.

Cuando lo volvió a ver, el mismo, se dio cuenta de que estaba lamentándose en silencio ante un bulto de algo en las garras de otro Demonio. Se agarró la cara con ojos horrorizados mirando el envoltorio de tela antes de que el Demonio lo metiera en su propia bolsa. Luego agitó la mano sobre el Fantasma como si quisiera deshacerse de él.

El Fantasma lo siguió durante un rato, antes de desaparecer y reaparecer en una tienda concreta.

Sus sollozos eran silenciosos, apenas se oían, pero reaccionaba cada vez que un Demonio cogía algo de aquella tienda.

Los gritos de una mujer llamaron la atención de Delora, que encontró otro fantasma en otro puesto. También había allí otro que parecía un anciano apoyado en un bastón que sólo extendía una mano frágil y temblorosa cuando un Demonio compraba algo.

Los ojos de Delora empezaron a rebotar de un puesto a otro de los que la rodeaban, encontrando cada vez más Fantasmas que gritaban, se lamentaban o desgarraban sus propias formas transparentes con terror. Revoloteaban entre la multitud con los ojos llenos y abiertos fijos en ciertos Demonios que sólo les hacían señas como si no fueran más que molestos insectos.

Por todas partes. Aquí están por todas partes.

La forma transparente de Delora vaciló, sin ver un solo ancla posible aquí... eso fue hasta que vio algo que la hizo retroceder.

Sobre el mostrador de un puesto, yacía un brazo humano.

Sonó un golpe seco. Un demonio lo cortó con una cuchilla y lo deslizó hacia un lado para apartar la mano que había cortado. Un Fantasma masculino gritó en señal de protesta. Luego, el carnicero envolvió el brazo en el paño blanco que, según pudo ver, tenían muchos compradores aquí, antes de dárselo a un Demonio que luego lo cambió por otro antes de marcharse.

Oh, mierda. Oh, no. Creo que voy a vomitar.

Delora no sabía dónde meterse cuando se dio cuenta de que estaba en un mercado donde vendían carne, carne humana. Estaban a su alrededor.

—Delora, —le advirtió Magnar cuando fue obvio que ella no lo seguía.

Ella negó con la cabeza, alejándose de él mientras intentaba encontrar una salida. *Necesito alejarme. Tengo que salir de aquí.* A pesar de ser transparente y de no poder sentir nada cuando estaba así, le palpitaba el abdomen y sentía como si algo se aferrara a su garganta.

Y uno de los fantasmas se parecía inquietantemente a Hadith.

Sus recuerdos de aquella terrible noche revolotearon en sus pensamientos.

La visión de la sangre que se acumulaba en su cama, como la que podía ver en los mostradores de los puestos que goteaban sangre por los bordes. Los lamentos eran como los de Cindy. Era demasiado. Era demasiado parecido, como si todos estuvieran intentando devolverla a aquella misma noche.

¿Van a venir a por mí? ¿Es posible?

Aquella lechuza que había visto antes revoloteó en el aire, y los ojos de Delora se agrandaron cuando su forma empezó a convertirse en una mujer humana de piel oscura al aterrizar.

No se le pasó por la cabeza que le resultara familiar.

Ataviada con un manto de plumas, la mujer, que tenía forma humana, se acercó a uno de los Fantasmas y abrió un frasco delante de él.

La arena negra empezó a ondear alrededor del Fantasma y éste dejó de lamentarse. Cerró los ojos con alivio y, en cuestión de segundos, se volvió aún

más transparente cuando la arena lo envolvió por completo antes de empezar a filtrarse en el interior del vial. Luego desapareció y la mujer se dirigió a otro fantasma.

Por alguna razón, los estaba recogiendo.

¿Qué les esta haciendo? ¿Los estaba salvando o estaba haciendo cosas terribles a gente que ya había sufrido?

Magnar atravesó a Delora para que no pudiera ver lo que la rodeaba. Se llevó las manos a la cara y empezó a sollozar, temblando cuando se dio cuenta de que sonaba como todos los demás fantasmas.

Temía que la mujer fuera la siguiente en venir a buscarla.

—Por favor, —le susurró a Magnar, con voz temblorosa. —Sácame de la multitud. Llévame lejos de aquí.

Estaba abrumada.

No puedo hacerlo. Ya no quiero estar aquí.

CAPITULO 26

Magnar, con el pecho oprimido por la preocupación, giró la cabeza a un lado y a otro para buscar un lugar adecuado donde esconderlos. Aunque ya había venido dos veces a esta aldea, no estaba completamente familiarizado con su distribución.

Se dirigió en una dirección aleatoria, apartando descuidadamente a los Demonios de su camino para acelerar el paso y llevó a Delora por un estrecho callejón con más callejones que los cruzaban. Se metió por el tercero que encontró para alejarlos de uno de los lugares más concurridos de los mercados.

—¿Estás bien?, —preguntó con la vista ya muy blanca. —Deberíamos estar seguros para hablar aquí.

En lugar de responder, Delora salió de su cuerpo y se volvió física. Apoyó ambas manos contra una de las paredes y empezó a tener arcadas secas, alternando entre lo material y lo inmaterial.

Afortunadamente, no expulsó nada, pero acabó cayendo de rodillas.

Magnar se agachó para ocultarla con su cuerpo, antes de arrojar los lados de su capa a su alrededor con la esperanza de ocultar su olor bajo el suyo.

Fue como si su corazón y su estómago intentaran intercambiarse al ver lo pálida que estaba. La subió a su regazo y los apoyó a los dos contra la pared, comprendiendo que Delora se esforzaba al máximo, pero no lo conseguía.

—¿Por qué me has traído aquí?, —gritó. Su voz se quebró una octava mientras enterraba la cara entre las manos y se apoyaba en su pecho. Sus hombros se estremecieron. —¿Por qué no me dijiste que los vería?

—¿Ver qué? —No estaba seguro de lo que realmente estaba pasando.

Hace unos momentos ella estaba bien.

—Los fantasmas.

Magnar la agarró con más fuerza.

—No creí que fueras capaz, —admitió. —Cuando trajimos a Reia aquí, nunca había parecido perturbada por ellos, así que sabía que no podía verlos.

—Deberías haberme contado todo sobre este lugar.

Apretó el lateral de su cráneo contra ella lo mejor que pudo para reconfortarla.

—Tienes que controlar tu miedo, Delora— suplicó Magnar, rodeándola con más fuerza.

Atraerá a los Demonios hacia nosotros.

—¡Lo intento! —Aun visiblemente temblorosa, negó con la cabeza. —Ni siquiera puedo mantener mi forma. Me siento muy mal.

Había gotas de sudor en su frente, como las que él había visto cuando ella no se encontraba bien.

—Es una tontería lo que estás haciendo. La olerán así, —dijo alguien fuera de su abrazo.

Magnar echó la cabeza a un lado para ver que la Lechuza Hechicera estaba junto a ellos.

Lanzó un gruñido seco y chasqueó los colmillos. —¡Creía que habías dicho que estaría bien traerla aquí!

Ante su tono, sus ojos se entrecerraron en una mirada severa. —No. Dije que sería mejor traerla aquí cuanto antes.

Un Demonio se detuvo al final del callejón. Olfateando, agitó la cabeza ante la maraña de miedo que debía de estar flotando en aquella dirección. Magnar levantó la cabeza y gruñó en su dirección, haciendo que la Lechuza Hechicera mirara hacia atrás.

Con un suspiro solemne, rebuscó bajo su capa y acabó arrojando un frasco de cristal contra el suelo. A su alrededor se formó un penacho de polvo rosa. Era amargo y picante, lo que hizo que Magnar soltara un bufido irritado, pero el Demonio sacudió la cabeza y se alejó de inmediato.

Volvió la cabeza hacia la Lechuza Hechicera de orbes amarillos para transmitirle una mirada interrogante.

—Es una poción de ocultación de aromas, pero no durará mucho. Tenemos unos cinco minutos antes de que desaparezca.

Se agachó junto a ellos sobre las puntas de sus pies descalzos y abrió tentativamente su capa para poder echar un vistazo a Delora. Se le estrujó el corazón.

No se había dado cuenta de que se había desmayado en sus brazos.

¡Se había desmayado! El pánico de Magnar crecía por momentos.

—Tendrás que despertarla si queremos movernos, —le dijo, con sus ojos negros y oscuros recorriendo a Delora mientras sus labios se entrecerraban. —Pobrecita. Recuerdo mi primer embarazo de tu especie.

—¿Adónde vamos? Estamos en medio del pueblo. Nunca podré sacarla de aquí sana y salva.

—A un hotel.— Señaló el callejón. —Hay un lugar a sólo una manzana de distancia donde puedes quedarte hasta que su estado enfermizo disminuya.

Con un movimiento de cabeza, se volvió hacia Delora y la sacudió. Ella no se despertó. La sacudió con más fuerza y ella se agitó, con los párpados entreabiertos.

—Toma, come esto. —La Lechuza Hechicera le puso algo redondo y azul cerca de los labios, pero olía dulce, como si estuviera imbuido de algún tipo de magia. —Te calmará el estómago para que podamos trasladarte.

Delora tardó en separar los labios, pero lo tomó, masticando momentáneamente antes de tragar grueso. Al cabo de unos segundos, sus músculos se relajaron y exhaló un suspiro de alivio.

Luego cerró los ojos con fuerza. La presión de su cuerpo sobre el de él disminuyó y se volvió transparente en sus brazos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Delora débilmente. Volvió la mirada hacia la Lechuza Hechicera para fruncir el ceño en su dirección. —Eres *tú* otra vez. ¿Por qué sigues apareciendo cuando me siento mal?

—Ven. Vamos, rápido, —les indicó la Lechuza Hechicera antes de abrirse paso por el callejón, asomando la cabeza para asegurarse de que era seguro.

Se dirigieron a una calle casi vacía y los condujeron a un gran edificio de dos plantas. Era más ancho que las otras casas que lo rodeaban, y una de las dos puertas delanteras estaba abierta para invitar a la gente a entrar.

—Delora... Escóndete dentro de Magnar. No te dejes ver.

Ella asintió y se hundió dentro de su forma.

Magnar deseaba sentir alguna sombra de ella allí. Quería saber que estaba cerca, aunque no pudiera verla.

Se aseguró de ir despacio al entrar en el edificio.

Una Demonio con gafas -que no tenían cristal- levantó la cabeza de lo que había estado leyendo en el mostrador tras el que estaba sentada. Levantó una ceja en su dirección. Sus rasgos eran ásperos, con ángulos afilados en las mejillas y las cejas, y entrecerró los ojos rojos antes de que una cola larga y fina se agitara detrás de ella.

—Dénos una habitación, —exigió la Lechuza Hechicera, con los pies descalzos golpeando el suelo de madera mientras se acercaba. Llevaba la cabeza alta,

como si el Demonio que tenía delante fuera insignificante en su presencia. —Considéralo un pago por todos los fantasmas que he eliminado de tus instalaciones en el pasado.

El Demonio soltó una carcajada masculina a pesar de su forma femenina.

—Hazlo de todos modos. No finjas que es un favor. —Luego torció los labios antes de subirse las gafas sin cristales por la nariz. La desairó en su dirección. —Te alojaré a ti, pero no al Mavka.

Magnar dejó que un gruñido saliera del fondo de su garganta.

—Salvaje, —resopló ella antes de cruzarse de brazos y señalar el aire con la nariz. —¿Ves? Por qué iba a querer rebajar la calidad de mi establecimiento por uno de su clase.

—Por esto. —La Lechuza Hechicera colocó un frasco de líquido rojo sobre la mesa. —Considéralo su pago.

La Demonio pellizcó el frasco transparente con las yemas de sus garras y lo inspeccionó con interés. Los miró por el lado de los párpados.

—¿Qué es?

—La sangre de un humano.

Soltó un resoplido antes de reírse entre dientes, colocando el vial sobre la encimera para dejarlo rodar a propósito.

—Puedo conseguir sangre humana en cualquier lugar de la aldea.

Las cejas oscuras de Lechuza Hechicera se alzaron. Golpeó el mostrador con la punta del dedo para evitar que el frasco rodara por el borde. Luego lo levantó y miró el contenido sangriento mientras estaba de lado, agitándolo lentamente.

—Hmm. —Se encogió de hombros con indiferencia. —Supongo que encontraré otro establecimiento que cambie una estancia por sangre de Sacerdote.

Dio un paso atrás para marcharse.

—¡Espera!, —gritó el Demonio, acercándose al mostrador. —¿Ese vial contiene la sangre de un humano que puede usar magia? ¿Sabes lo raro que es obtenerla a menos que seas un humilde habitante de la frontera?

—Sí, lo sé. —Sus ojos adoptaron una expresión aburrida mientras miraba al Demonio. —Pero dijiste que no lo querías, así que iremos a otro sitio. Encontraré a alguien que quiera que se le conceda el uso de la magia.

Magnar miró el frasco, sabiendo que, si él mismo ingería su contenido, aumentaría mejor su habilidad con su propia magia. *Me ayudaría a proteger mejor a Delora.*

—Te daré una habitación. Tengo algunas en el nivel superior disponibles.

La Lechuza Hechicera se rió y sacudió la cabeza.

—No es suficiente, no para algo como esto.

La Demonio, enseñando los colmillos con las mejillas hinchadas, dio un gruñido. —Te daré la habitación más grande que tengo. Una privada.

—De acuerdo. —La Lechuza Hechicera agitó el frasco delante de la Demonio como un péndulo, y sus ojos siguieron su movimiento con excitación. —Sin embargo, sólo te lo daré cuando nos lleves allí.

Magnar miró fijamente a la mujer de piel oscura que irradiaba magia desde su propio aroma y la vio bajo una luz diferente. Sus interacciones con ella habían sido breves en el pasado, y siempre había desconfiado de ella.

Ahora la veía como lo que era.

Era alguien capaz de aprovecharse del Velo y de sus ocupantes. Conocía el pueblo tan bien que era capaz de traerlos aquí y regatear para conseguir lo que quería. Siempre había sido capaz de atravesar el Velo con seguridad, ya fuera corriendo a través de él o sobrevolándolo en su forma de lechuza.

El Velo era peligroso, pero ella llevaba tanto tiempo viviendo aquí que formaba parte de él. Los Demonios la conocían, era una presencia constante para ellos, pero la dejaban en paz. La habían aceptado.

Confiaban más en ella que en los Mavka.

Debo aprender a ser tan astuto. Parecía una tarea imposible.

El Demonio los condujo por un pasillo del nivel inferior que estaba brillantemente iluminado por candelabros encendidos. Resaltaban las paredes de madera oscura y las alfombras amarillas que cubrían el suelo. Después de pasar las escaleras que conducían al piso superior, los esperó junto a una puerta en particular.

Miró a Magnar cuando les abrió.

Entró primero para asegurarse de que era seguro, agachándose a gran distancia para despejar su altura y luego su imponente cornamenta.

Justo cuando se daba la vuelta, vio cómo la Lechuza Hechicera le daba el vial al Demonio y cerraba la puerta tras ellos.

Un ruido sordo a sus espaldas hizo que Magnar se diera la vuelta. Delora estaba de rodillas en su forma física, y él no consiguió llegar a tiempo antes de que todo su cuerpo cayera hacia un lado. Se desplomó contra el suelo.

La Lechuza Hechicera se lanzó hacia delante antes de que Magnar pudiera alcanzarla. Su tacto fue suave al apartar el pelo negro de la cara de Delora.

—Hizo bien en recorrer todo el camino, —dijo cuando Magnar llegó a su lado. —Esa baya sólo dura unos minutos, pero debió de esforzarse para mantenerse despierta y en su forma Fantasma para que no la detectaran.

—¿Qué le pasa?

Desabrochó la capucha de su capa alrededor de sus cuernos y luego se la quitó de los hombros para envolver a Delora en ella.

Utilizándola para ocultar su olor y mantenerla caliente, ya que estaba temblando, la levantó en brazos y la llevó a la cama doble que descansaba contra la pared del fondo.

La tumbó suavemente sobre ella, con la vista demasiado concentrada en ella como para ver nada más a su alrededor. No le importaban ni el suelo, ni las paredes, ni el techo, no cuando su novia yacía inerte e inconsciente.

—Está abrumada, —respondió la Lechuza Hechicera, presionando el dorso de sus dedos contra la frente de Delora. —Cuando llegaste por primera vez a la aldea atacaste a varias personas y volcaste carros.

—¿Cómo sabes eso? —Los orbes de Magnar emitieron un avergonzado resplandor rosa rojizo. —¿Te lo dijo Orpheus?

Se había angustiado cuando Orpheus y Reia se habían ido de su lado. Le preocupaba que les hubiera pasado algo.

—Todo el mundo hablaba del Mavka cornamenta que se volvió loco. Estabas abrumado cuando llegaste aquí, y ni siquiera eres humano. Estás acostumbrado al Velo y a los Demonios. Delora no lo está. Sé que es difícil para los de tu clase simpatizar, pero imagina lo que es para ella. Te dije que su estado sería inestable y que tendrías que ser paciente y comprensivo.

—Estoy siendo comprensivo, —resopló molesto.

No le importaba que Delora estuviera mal, aparte de su preocupación por ella. *No quería que sufriera ningún daño.*

Sin embargo, no podía deshacerse de la culpa que se echaba a sí mismo. Tal vez la Lechuza Hechicera estaba confundiendo sus sentimientos, pensando que estaba enojado con Delora por algo que él veía que ella no podía evitar.

—Cuanto más tardaras en traerla aquí, más difícil habría sido para ella. Es nueva como Fantasma y mantener ese estado durante mucho tiempo puede ser agotador. Y no sólo está embarazada, sino que lleva en su vientre a uno de tu especie. —Había una mirada en sus ojos, una que él no podía descifrar. —

Sus emociones están intensificadas, y es obvio que algo anda mal en su mente, dado que tenía tanto miedo de los fantasmas.

—Ella puede verlos, —dijo. —Los fantasmas dentro de la aldea. ¿Por qué? Reia no podía cuando la trajimos aquí.

La Lechuza Hechicera suspiró mientras daba un paso atrás. No bajó su capucha de plumas mientras lo miraba desde debajo de ella, pero él notó que su expresión, normalmente fría, estaba fruncida.

—Es una habilidad de Fantasma. Reia era humana cuando viniste con ella. Puede que viera uno o dos brevemente y que los confundiera con un engaño ocular, pero los humanos sólo pueden percibirlos ocasionalmente. Un Fantasma siempre puede verlos y oírlos. Vemos toda la vida y toda la muerte. Ser un Fantasma es a la vez una bendición y una maldición, y tiene aspectos horripilantes.

La Lechuza Hechicera ocultó tan bien su estremecimiento que Magnar apenas lo notó.

—Entonces, ¿por qué me dijiste que la trajera aquí?

Magnar recorrió la habitación con la vista, fijándose en la mesa con dos sillas de madera y un mantel de encaje que la cubría. También había una alfombra roja redonda en el suelo que era intrincada, seguramente hecha por manos humanas.

Era cálido y seguro, eso era lo único que importaba.

—Porque no podía hacerlo cuando estaba más avanzada, y no sería posible una vez que naciera el niño. —La Lechuza Hechicera volvió a mirar a Delora,

pero había una suavidad en su expresión. Estaba llena de cariño. —Ella está muy bien, y después de que descanse un poco, debería estar bien. No la lleves por el mercado de carne otra vez, ahí es donde los fantasmas se quedan más tiempo. Acabo de llegar cuando ustedes dos lo hicieron. Esperaba deshacerme de ellos antes de que ella los viera.

Me di cuenta.

—Sabías que esto pasaría, —gruñó.

—Pensé que podría pasar algo, sí, y me aseguré de estar aquí para ayudar. Quería haber llegado antes, pero el Rey Demonio está en movimiento y cazando a uno de los tuyos. —Su tez oscura estaba más pálida de lo normal. Murmuró en voz baja: —No puedo estar en todas partes. No puedo hacer mucho.

Fue entonces cuando Magnar notó las ojeras y se dio cuenta de que parecía... cansada.

Miró a Delora acurrucada en su capa sobre la manta. Ella también parecía siempre cansada. Por mucho que durmiera, descansara o comiera, las ojeras seguían presentes. No eran tan profundas como la primera vez que le abrió sus hermosos ojos marrones, pero estaban ahí, como si algo la persiguiera.

Si él no podía curarlas con su magia, dudaba que la Lechuza Hechicera tampoco pudiera.

—Debo irme. —La Lechuza Hechicera se dirigió a la puerta, mirando a Delora como si realmente no quisiera separarse de ella. —Déjala descansar unas horas. Tú también deberías dormir. Dudo que lo hicieras de camino aquí.

Magnar gruñó. No había querido descansar mientras viajaba hasta aquí porque quería mantener a Delora a salvo en el bosque.

—Siempre estás aquí recogiendo los Fantasmas del pueblo, —afirmó Magnar, obligándose a apartar la mirada de Delora. —Siempre he querido preguntarle por qué.

—Porque él los quiere. No puede recoger las almas dentro de esta aldea debido a la magia del Rey Demonio, y no puede abandonar la niebla del Velo sin debilitarse.

Magnar la siguió hasta la puerta, su vista cambiando a amarillo por la curiosidad. —¿Quién?

Deteniéndose en el umbral, ella torció el cuello para mirarle. —Tu padre.

CAPITULO 27

Delora abrió los ojos perezosamente y se encontró con un candelabro encendido en la mesa auxiliar frente a ella. Producía la luz suficiente para permitirle ver.

—¿Magnar?, —preguntó acercando la mano para rozarle el huesudo hocico.

Estaba recostado en la cama, con la cabeza apoyada en ella y los brazos colgando a los lados, sentado en el suelo.

Sólo cuando sus orbes verdes cobraron vida se dio cuenta de que había estado dormido.

Delora se incorporó y tuvo que quitarse la capa negra que la envolvía como a una momia. Recorrió con la mirada la habitación que sólo había visto brevemente antes de desmayarse.

Sus hombros se hundieron y sus cejas se juntaron para crear un ángulo en su frente.

—Lo siento. No quería desmayarme.

Era alarmante saber que había estado durmiendo en un hotel de la Aldea de los Demonios en su estado físico en lugar de escondida como algo imposible

de rastrear. El plan original era que vinieran sólo por unas horas y se fueran lo más rápido posible.

Al menos su malestar y su enfermedad habían desaparecido.

—Está bien, Delora, —respondió Magnar, con voz agradablemente aturdida. —Yo también necesitaba descansar.

Se inclinó hacia atrás para sentarse derecho, y la expresión de ella decayó mientras lo observaba.

—Parece que últimamente no duermes mucho. —Delora no recordaba la última vez que Magnar se había metido en el nido para abrazarla mientras descansaba. —¿Por qué estabas en el suelo?

La cama en la que estaba tumbada tenía espacio de sobra para los dos. Quizá la cornamenta le estorbara en el cabecero y las patas le colgaran si intentaba tumbarse recto, pero estaba segura de que podría haberse tumbado con ella de lado.

—Después de comer, deberíamos empezar a movernos de nuevo, —dijo en lugar de responder, acercando su bolsa y sacando unas manzanas de ella. —No estoy cómodo aquí.

Delora tomó las manzanas y comenzó a comer sin discutir, mirando a Magnar cuando se levantó para ponerse de pie.

Sabía que, en cierto modo, se habían acercado más en el transcurso de la última semana y media, desde que se enteró de que estaba embarazada, pero en otros aspectos estaban aún más distanciados que antes. Él la evitaba, sólo la abrazaba o la tocaba cuando necesitaba cargarla.

El resto del tiempo creaba espacio entre ellos. Estaba ahí, siempre cerca, pero no tan reconfortante como antes.

¿Por eso me gusta que me lleve en brazos? Era el único momento en que se permitía envolverse en el calor de su cuerpo y aspirar el delicioso aroma que irradiaba de él.

Sentía que el corazón se le hundía constantemente. Mientras Delora rozaba con los dedos la manzana que tenía en la mano antes de darle un mordisco, se preguntaba hasta dónde se hundiría antes de ahogarse.

No sé cómo arreglarlo. Era difícil arreglar algo que, para empezar, nunca había sido realmente estable.

Como no quería demorarlos más, sobre todo porque Magnar parecía inquieto, Delora se tragó el nudo de angustia que tenía en la garganta y comió rápidamente.

Salieron momentos después, cuando Delora demostró que era capaz de permanecer en su forma incorpórea sin esfuerzo. No tardaron en adentrarse en las concurridas calles y mercados. Habían venido aquí por una razón y aún necesitaban completar su tarea, a pesar de que era obvio que ambos querían marcharse.

Había bichos luminosos volando en enjambres por todo el pueblo, lo que le indicaba que la noche seguía presente. Por suerte, no la llevó a ningún lugar donde hubiera alguno de esos horribles Fantasmas. Tal vez la Lechuza Hechicera había recogido el resto de ellos.

El resto de su estancia en la aldea fue breve y sin muchos problemas.

Para cuando por fin atravesaron los troncos de los árboles en espiral para salir de la aldea, Magnar llevaba a cuestas muchos objetos grandes y pesados.

El sol empezaba a brillar -su luz se deslizaba sobre el bosque del Velo- y muy probablemente empezaría a irradiar su calor sobre el claro para cuando llegaran a la línea de árboles.

No creía que el sol tocara el suelo en ningún lugar del Velo.

—¿Seguro que estarás bien para cargar con todo eso? —preguntó Delora con la mirada fija en Magnar.

Llevaba una barra de metal sobre los hombros, con dos calderos colgando de sendas cadenas. De algún modo, había conseguido convencer a un tendero para que le ayudara a atar la bañera de madera a su espalda, con otros objetos como herramientas, cuerda, cristales protegidos por telas y sus pinturas empaquetadas en su interior para que estuvieran seguras y él pudiera llevarlo todo. Había intercambiado cristales adicionales por la ayuda, y el tendero accedió sólo por tenerlos.

Reia le había dicho que eligiera algunas telas para que pudiera hacerle más vestidos. También estaban pegados a él. El último objeto grande que llevaba encima eran listones de madera, algo que Orpheus le había dicho que consiguiera.

Magnar parecía agobiado, y se inclinaba hacia delante como para compensarlo.

—Sí, —respondió con seguridad. —Soy fuerte. Podré cargar con todo esto tan bien como tú. —Entonces Magnar hizo un sonido que ella nunca había oído

antes. Se rió. Se rió afectuosamente mientras decía: —Pero tal vez sostenerte me ayude a equilibrarme, ya que no estoy acostumbrado a caminar con tanto peso a cuestas.

Aunque parecía más seguro sobre sus piernas que la primera vez que lo conoció, ella sólo podía imaginar la tensión que esto supondría para su cuerpo. Él le había dicho que solía caminar a cuatro patas, como la mayoría de los Duskwalkers antes de ser más humanos.

Tras una corta distancia dentro del bosque, se volvió física para ser recogida en sus brazos. Su velocidad era rápida, pero al menos parecía que acunarla ayudaba.

Estoy impaciente por volver a casa.

Puso los ojos en blanco con un gemido silencioso. Estaba a cuatro días de camino, incluso para las largas zancadas de un Duskwalker, y ya sabía lo aburrido que sería el viaje.

Espero que no tengamos problemas al atravesar el anillo fronterizo del Velo.

El ingenio con el que Magnar marcó su camino de regreso fue inteligente, teniendo en cuenta que no podía haber dejado caer nada al suelo, como Hansel y Gretel.

Magnar había marcado una flecha en la dirección que debían seguir clavando sus garras en los troncos de los árboles.

Delora se había transformado en su forma incorpórea para asegurarse de que no le hicieran daño si los veían, aunque Magnar utilizaba su agudo sentido del olor para saber si había algún Demonio cerca. También presionó la punta de

su hocico contra sus marcas para asegurarse de que no hubieran sido creadas por un Demonio lo bastante inteligente como para entender las marcas y redirigirlas por un camino peligroso.

Ninguno era tan inteligente.

Los pasos de Magnar eran más lentos que de costumbre, y ella pensó que podría deberse a que estaba cansado. Sabía que cuando se detenían para dejarla dormir unas horas durante el viaje de regreso, él no descansaba. La vigilaba mientras ella se acurrucaba en su regazo y en sus brazos.

Su sueño había sido agitado, sus pesadillas siempre presentes, y cualquier sonido del bosque agitado la ponía alerta.

Ambos estaban cansados.

Su nido, normalmente incómodo, parecía ahora un trozo de cielo, y ella estaba deseando caer en él.

Cuando el sol empezó a ponerse en el cuarto día, por fin estaban en lo más profundo del anillo fronterizo.

El Velo no era tan espeso y los árboles parecían más robustos que los que estaban más hacia el centro. Había aprendido a no alarmarse por los golpes y las pisadas que oía a lo lejos. Dejó de reaccionar a los crujidos de ramas y hojas, e incluso a los aullidos y quejidos.

Los Demonios sabían que Magnar estaba allí, pero tenían demasiado miedo para acercarse al grande y temible Duskwalker cuyo olor habría indicado que estaba solo.

Eso fue hasta que él levantó la mano para bloquearle el paso. Delora revoloteó accidentalmente a través de la extremidad en su forma fantasmal.

—Detente, —le exigió en voz baja. Su voz era tranquila, como si le preocupara que le oyeran.

Bajó la postura y giró el cuerpo hacia un lado. Cuando apoyó ambas manos en el suelo y retrocedió un paso como para protegerla, Delora supo que algo iba mal.

No oigo nada.

No estaban cargando contra ellos, como atacaban la mayoría de los demonios más pequeños. Ni siquiera oía movimientos menores, como alguien pisando escombros del bosque.

El silencio era espeluznante.

—Nos habéis estado siguiendo durante bastante tiempo, —dijo Magnar al bosque, y su declaración resonó en la niebla azulada con el trasfondo de un gruñido. —Lo he permitido porque no habéis atacado, pero no creáis que no me he dado cuenta de que os acercáis sigilosamente.

Magnar se echó hacia un lado, usando sus sentidos para seguir a alguien que se movía y que Delora ni siquiera podía percibir. Entrecerró los ojos mientras intentaba ver a través de la oscuridad constantemente fría. No encontró nada.

—No estoy aquí para atacar, —resonó una voz.

Magnar volvió a su posición original y su postura se volvió más tensa.

Su cuerpo estaba lo bastante hinchado por la agresividad como para que ella pudiera verlo a pesar de la larga capa negra que lo cubría. Se le acumulaba en la parte posterior de los pies, y ella sabía que estaba en posición de ataque o de defensa.

—Pero parece que me han atrapado, —dijo la voz masculina, antes de que viera unos ojos rojos.

El Demonio, negro y con la piel completamente vacía, caminaba a cuatro patas sobre una gruesa y robusta rama de árbol que se extendía en su dirección.

Oh, mierda. Es un Demonio. Y no de los buenos, por lo que supuso. No es que pensara que *alguno* de ellos fuera bueno.

Se acercó a Magnar hasta quedar parcialmente dentro de él.

—Entonces, ¿que es lo que quieres? —preguntó Magnar, poniéndose en la línea de visión del Demonio para impedir que Delora fuera vista.

—Saber cuál de ellos eres. —El Demonio, que parecía humano desde el corto pelo negro de la cabeza hasta los pies, enseñó sus hileras de colmillos mientras torcía la cabeza hacia ellos. Odiaba que, a pesar de las sombras, parecieran brillar de blanco y resaltar su filo. —Pensé que tú podrías haber sido el Mavka con cuernos de carnero.

Magnar levantó una mano para rozar el costado de una de sus astas, antes de volver a bajar la mano al suelo.

—No. Ése es otro.

—Entonces tú no importas. —El tono del Demonio se apagó con desinterés. —Pero tu momento llegará pronto. Él es el primero. El Mavka con cuernos de carnero. Es a quien me han ordenado encontrar.

—¿Por qué lo buscas?

Se hizo a un lado cuando fue obvio que el Demonio intentaba espiarla. Se había escabullido de detrás de Magnar por sus movimientos agitados.

Delora no se movió ni habló, ni apartó los ojos de los naturalmente rojos del Demonio cuando los tuvo a la vista. Estrechó la mirada hacia ella antes de que Magnar se lo impidiera.

—Hablas con esta fantasma, —comentó, arrastrándose hacia otra rama de árbol sobre sus manos y pies. —Y ella te responde. Normalmente no pueden hacer esto.

—Quizá simplemente se niegan a hablar con los Demonios, —replicó Magnar. —Los Mavka siempre hemos podido verlos. Somos parte de la muerte, como ellos. Estamos conectados.

Me pregunto si eso es realmente cierto. Era una pregunta que dejaría para más tarde.

El Demonio canturreó pensativo, con la vista vuelta hacia arriba como si estuviera pensando antes de dirigirla hacia Magnar con una sonrisa. Contenía una evidente malicia.

—¿Conectados? Entonces, ¿quizás sepas dónde puedo encontrar al Mavka de cuernos de carnero?

—¡No te ayudaré a cazar a los de mi especie! —Gritó Magnar, levantándose sobre sus pies ligeramente. —Déjanos en paz.

El Demonio profirió un fuerte zumbido para expresar su enfado, pero dio un paso atrás. No para retroceder por miedo, sino como si tuviera intención de marcharse a pesar de todo.

—Será mejor que vuelvas a tu cueva, Mavka. —La risita que soltó fue sibilante, pero eso la hizo aún más horrible. —Pero será tu lugar de descanso final.

¿Cueva? pensó Delora frunciendo el ceño. *Pero nos fuimos de allí*.

Luego se fue, marchándose tan silenciosamente como había llegado.

Delora no sabía que había estado reprimiendo la respiración para ocultarla hasta que vació por completo sus fantasmales pulmones en un suspiro.

Joder. Eso es espeluznante.

Magnar se volvió hacia ella y, a pesar de no poder tocarla, rodeó con la mano el costado de su rostro intangible y la mantuvo allí.

—¿Estás bien? —Sus orbes rojos y amenazadores se volvieron blancos.

—Eso debería preguntártelo yo, —refunfuñó ella. —Estoy tan a salvo como cualquier otra cosa así, pero podría haberte atacado.

Sacudió la cabeza. —Sabe que le habría destrozado en cuestión de segundos si lo hubiera intentado. No era fuerte.

—¿Pero inteligente?, —preguntó ella, levantando los ojos hacia donde había estado. —Era muy callado. No creía que los demonios pudieran ser tan sigilosos.

—Pequeño en tamaño, pero no en el número de humanos que se ha comido.

Sí, bueno, si no hubiera sido por los colmillos, los ojos rojos y la carne parecida al vacío, habría parecido completamente humano.

Delora estaba tan acostumbrada a que los demonios fueran monstruos descerebrados. El hecho de que algunos vivieran en comunidad y pudieran ser astutos y taimados los hacía aún más aterradores que los desconsiderados que atacaban. La capacidad de pensar, de elaborar estrategias, era una herramienta poderosa.

Si se volvían más inteligentes, podrían destruir la vida tal y como la conocemos.

Si los Demonios se unieran para formar un ejército, con su capacidad para fabricar objetos y posiblemente también armas, podrían invadir el mundo humano y apoderarse de él.

Reia había mencionado que el Rey Demonio trajo a los Demonios aquí desde otro mundo a través de un portal que había conjurado. Estaba construyendo un ejército para llevarlos de vuelta al lugar de donde habían venido originalmente y destruirlo. Estaba tratando de incitar una guerra.

Pero, ¿qué pasa si ese lugar no es suficiente para ellos? ¿Pondrían entonces sus codiciosos y hambrientos ojos también en la Tierra?

—Ven, —ordenó Magnar mientras se alejaba, sacándola de sus pensamientos. —Ya casi estamos en casa.

Delora dejó escapar un suspiro de agradecimiento. *Joder, menos mal.*

CAPITULO 28

La caja de madera que intentaba abrir era lisa, pero el metal estaba oxidado por su antigüedad y falta de uso. Tintineaba cada vez que la sostenía contra su pecho mientras intentaba hacer palanca con la punta del cuchillo dentro del agujero.

Por más que lo intentaba, no conseguía hundirlo lo suficiente como para girarlo. *¡Ábrete! ¡Abre, estúpida!*

Delora suspiró y la dejó sobre la mesa con el ceño fruncido, decepcionada, y los párpados entornados.

Cuando lo había visto en la Aldea de los Demonios, le había pedido a Magnar que se lo trajera porque creía que sería capaz de abrirla.

Es bastante vieja. Tocó la cerradura oxidada justo cuando Magnar entraba por la nueva puerta que había colocado en la fachada de la casa.

Mientras ella había estado ocupada con esto durante la última hora, Magnar había estado completando tareas ahora que tenía los suministros necesarios para construir elementos específicos para la casa.

Uno de ellos era la nueva puerta, que había fabricado con los listones de madera que había comprado. Siete listones de ancho y dos metros y medio de

alto, los había encajado cruzando listones que había serrado por la mitad y clavado en la parte posterior de los tablones para asegurarlos entre sí.

Cogió la caja y la agitó, oyendo un sonido. *Sabía* lo que era. *Ojalá pudiera abrirla.*

—¿Qué es eso? —preguntó Magnar mientras abría la puerta y luego la cerraba, asegurándose de que las bisagras que había clavado en el marco funcionaran tan bien como el picaporte.

Hoy había sido muy inteligente. Le ayudó tener un libro que le indicaba con dibujos lo que tenía que hacer. Cuando no podía descifrar algo, le preguntaba a Delora qué decía lo que estaba escrito junto a las ilustraciones del diagrama.

A ella no le importaba ayudarle y se aseguraba de que no se sintiera incómodo. No sabía leer bien, quizá algunas palabras fáciles, pero era obvio que quería aprender.

—Es una caja de música. —Ella desvió la mirada hacia él. —Si tienes una llave, gira una manivela dentro y empieza a tocar música para ti. Yo tenía una de estas cuando era pequeña, pero no puedo abrir esta porque no tenemos la llave.

El Demonio que se lo había robado a un humano no sabía que necesitaba una llave para funcionar.

—Yo podría abrirla, —ofreció Magnar, acercándose con su enorme mano extendida.

Delora se apresuró a cogerla y acunarla contra su pecho.

—No, está bien. Voy a preguntarle a Reia si tienen una llave maestra que pueda servir. Tienen unas bocallaves bastante genéricas.

Pensó que era probable que Magnar la rompiera intentando abrirla con su fuerza. Tal vez pudiera forzar la cerradura con algunas herramientas de ganzúa y modificar la caja para poder accionar la palanca desde dentro.

Soltó un resoplido antes de darse la vuelta, pero no pareció inmutarse, ya que se agachó para abrir unos envoltorios de tela que había junto a la puerta. Levantó con cuidado un cristal cuadrado perfectamente tallado para comprobarlo mientras se golpeaba el hocico con una de sus garras, pensativo.

Junto a él había palos tallados, todos del mismo diámetro y perfectamente cilíndricos. Varias piezas eran largas y otras más cortas -quizá de la misma longitud que los cristales- y todas tenían una hendidura en el centro a ambos lados para encajar el cristal.

—¿Quieres que te ayude? —Delora se levantó y se acercó.

—¿Quieres ayudar? —Su tono estaba lleno de sorpresa, y levantó el hocico hacia arriba y hacia un lado para mirarla con una inclinación inquisitiva.

—Claro, —murmuró. —No tengo nada más que hacer.

No es que tuviera mucho que hacer aparte de regar el jardín. Ahora que ya no pasaba el tiempo deseando dormir deprimida, Delora estaba inquieta.

Había pasado los últimos cinco años cocinando, limpiando y organizando una casa para un hombre egoísta. Había conseguido que Magnar le comprara una escoba, pero en realidad no podía barrer hasta que él terminara con todas sus tareas de hoy.

Justo cuando pensaba que lo había ofendido, que posiblemente lo había hecho sentir incapaz, los orbes de Magnar se transformaron en amarillo brillante.

Al poco rato, Delora estaba dentro de la casa, donde sabía que iba a estar la cocina, sujetando un cristal contra la esquina inferior derecha del marco de la ventana que había hecho. Magnar estaba fuera, al otro lado, y su altura casi coincidía, ya que ella estaba en un nivel elevado.

Sacó el cristal que ella sostenía para poder presionar arcilla húmeda en la ranura del marco y asegurarlo. Luego volvió a introducirlo.

Mientras ella lo sujetaba, él cogió un trozo de madera cilíndrico más corto y lo clavó cuidadosamente con un martillo para asegurarse de que el cristal no se cayera cuando ella lo soltara.

Repitieron el proceso con la siguiente ventana, y Delora se preguntó si tal vez Magnar la estaba mirando tan tímidamente como ella a él. Estaban frente a frente, a pocos centímetros de distancia, y ella no podía evitar que aquellos vórtices que flotaban frente a las huesudas cuencas de sus ojos la hipnotizaran.

En lugar de mirar lo que estaba haciendo, su mirada se desvió por la larga longitud de su hocico de zorro, los afilados colmillos de su hocico, el agujero vacío de su nariz. Luego subieron por las hendiduras de su cráneo huesudo para contemplar su gran cornamenta, que parecía demasiado pesada, aunque sostenía la cabeza con fuerza.

Él es realmente impresionante a su manera. Le picaban los dedos con la necesidad imperiosa de meter la mano por la ventana y acariciar aquel hueso frío.

Cuando terminaron con los cuatro cristales inferiores y empezaron con la fila intermedia, Magnar inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado.

Vaya, la habían pillado mirándolo.

Las mejillas de Delora se encendieron terriblemente. Desvió la mirada hacia los dedos de él, que trabajaban la arcilla en la hendidura del largo trozo de madera que atravesaba la mitad inferior de la sección central.

Tenía cuidado con sus garras, que estaban cubiertas de arcilla, y su rostro se calentó aún más cuando recordó que las había tenido dentro de ella. Eran largas... y gruesas, y flexibles.

Sus ojos se desviaron hacia su cara una vez más, preguntándose cuándo habían empezado a gustarle las cualidades óseas de su cráneo y las partes monstruosas de su cuerpo. Nada de eso le molestaba, sino que le resultaba... excitante.

Sintió como si su corazón revoloteara tímidamente en su pecho, sustituido por una mariposa que levanta el vuelo.

Sobre todo porque estaban tan cerca y la ventana que estaban construyendo juntos aún no había terminado, lo que le permitía aspirar con avidez el embriagador aroma de su decadente fragancia. Casi quería inclinarse y olerlo más de cerca, besarlo, tal vez incluso *lamerlo*.

Sintió un cosquilleo en la lengua antes de lamerse la comisura de los labios. Delora se mordió el inferior.

Sus ojos se desviaron hacia lo que se suponía que estaba haciendo, sostenerle el cristal, mientras carraspeaba. Apretó los muslos para aliviar la palpitación que sentía en el clítoris, sintiendo calor y líquido acumulado.

¿Se han intensificado mis emociones porque estoy embarazada? Eso seguía significando que empezaban en algún sitio.

No sabía qué era, pero eso se dijo a sí misma cuando se dio cuenta de que se excitaba con sólo mirarlo.

El aire era más cálido de lo habitual, y el sol a sus espaldas lo iluminaba con una luz resplandeciente en algunos lugares, haciéndolo atractivo. Las partículas de polvo danzaban a su alrededor, centelleantes, o tal vez sólo era su percepción, que lo situaba en una escena mística.

En cualquier caso, Delora no podía evitar sentirse atraída por él, deseando estar más cerca de él. Tan cerca de él, que se sentía dentro... *¡Oh, Dios! ¿Qué me pasa hoy?*

—Gracias por ayudarme con esto. —Su voz mantuvo su habitual barítono profundo, y Delora se estremeció cuando ese bajo resonó en su cuerpo. Su coño se estremeció como reacción. —Lo intenté antes yo solo, pero es mucho más fácil con dos personas.

Delora se limitó a asentir, sin confiar en su voz.

Espero que no pueda oler mi aroma. No parecía reaccionar. Quizá la arcilla que se había pasado accidentalmente por el agujero de la nariz le impedía olerla. *Por favor, no seas capaz de olerlo. O hacer...*

¡Joder!

Un suspiro de alivio salió de ella cuando terminaron, la ventana terminada era una barrera entre ellos y su capacidad de olerlo.

Delora palideció cuando miró las otras ventanas vacías de la casa. Quedaban cuatro por hacer.

La única razón por la que las otras eran soportables era porque sus brazos empezaban a esforzarse por sostenerlas en el aire, y el dolor era suficiente distracción para sus pezones en flor que rozaban el interior de su vestido.

Cuando terminaron, el sol ya había pasado el mediodía y empezaba a deslizarse por el sombrío bosque.

Ahora que estaba en movimiento, no tenía ganas de descansar.

Así que, cuando Magnar empezó a trabajar en la reubicación del nido en el que ella había estado durmiendo al principio, con la cara cubierta de arcilla desde que no paraba de frotársela con las manos sucias, Delora pintó la puerta principal.

Ella le había preguntado si podía pintarla de verde oscuro, y él dijo que no le importaba de qué color fuera. Mezcló arcilla con la pintura azul y amarilla que tenía en un gran cuenco de madera para hacerla más espesa y resistente a la intemperie. Luego se puso manos a la obra para recubrirla por dentro y por fuera.

La puerta estaba ligeramente entreabierta, lo que le permitió ver cómo Magnar desmontaba el nido. Al arrancar la gran cantidad de pieles que lo cubrían, reveló la bárbara capa de ramas que había debajo y que formaban las paredes.

Orpheus había estado construyendo el interior de la casa con la visión de Magnar en mente mientras ellos habían estado fuera.

El dormitorio que pertenecería a Magnar, y supuso que a ella misma ya que no habría otro lugar donde dormir, había sido hecho. Ocupaba por sí solo una cuarta parte de la casa, y en su pared se había levantado una puerta provisional de troncos ajustada con bisagras de cuerda.

Ninguno de los dos había esperado que Orpheus se moviera con tanta rapidez, pero ella estaba agradecida, ya que Magnar había parecido encantado de ver que la casa había cambiado tan drásticamente. Era obvio que quería terminarla para poder concentrarse en otras cosas, como hacerla cómoda para ella.

Ninguno de los troncos tenía la corteza como el exterior de la casa, pero estaban perfectamente tallados para tener el mismo diámetro, lo que demostraba que Orpheus había trabajado con esmero. También había empezado a trabajar en las otras dos habitaciones, que eran mucho más pequeñas. Iban a ser su espacio personal y un lavabo, con las puertas de entrada una frente a la otra.

Los troncos sólo le llegaban a la altura de la rodilla, pero había trazado un mapa de ambas habitaciones para conocer sus dimensiones completas. Una vez terminadas, no quedaría mucho por hacer desde el punto de vista estructural.

El sol casi se había ido cuando Delora estaba dando las últimas pinceladas de pintura en el último marco de ventana en el que había estado trabajando. Había decidido que también las quería verdes.

La comida era su siguiente prioridad.

Magnar había recogido todas sus virutas de madera para colocarlas en la hoguera exterior, ya que aún no había hecho la zona para el fogón. También recogió las ramas que no estaba usando, demostrándole que ese día había estado observándola todo el tiempo para saber qué hacer.

Había pescado un pez para ella cuando fue al arroyo a rellenar el cubo de agua, y ella lo preparó mientras hacía una sopa de verduras y hierbas para acompañarlo.

Una vez hubo terminado, dejó el cuenco casi vacío en el escalón del porche en el que estaba sentada y se quedó mirando el espeso bosque que aún quedaba dentro del recinto de protección.

La niebla era espesa y azul, como siempre. La zona estaba iluminada por el fuego que bañaba de calor su cuerpo, arrojando luz bajo las hojas. Más adentro, el bosque era oscuro y aterrador, pero ella no sentía otra cosa que paz.

Se puso la mano en el estómago mientras pensaba profundamente.

El vientre de Delora había empezado a hincharse, y rápido. Hacía dos semanas que había quedado embarazada y su vientre se notaba más redondo y firme al tacto.

Hoy notó la diferencia, ya que agacharse no le resultaba tan fácil como antes. Como habían regresado ayer de la Aldea de los Demonios y antes había estado indispuesta, no se había dado cuenta de los cambios.

A Magnar le había entrado un poco de pánico cada vez que ella hacía algún ruido de incomodidad. Era difícil no encontrarlo adorable en esos momentos.

El Duskwalker que crecía dentro de ella se estaba desarrollando. No era natural, y siempre existía el miedo a lo desconocido.

Delora era consciente de que sería la primera humana que había concebido un hijo con un Duskwalker, ya que la Lechuza Hechicera se había apareado con algo totalmente distinto. La verdad era que nadie sabía realmente a qué iba a dar a luz, si sobreviviría y qué desafíos vendrían con él.

Mientras esté bien, no me importa lo que me pase.

Volvería a Magnar si muriera de todos modos.

—Siempre hay tanto silencio aquí, —murmuró Delora cuando Magnar vino a sentarse a su lado.

—No hay animales en el Velo, —afirmó él, moviendo la cabeza por el bosque que tenían delante antes de levantarla para mirar al cielo. —Los Demonios se los comen.

—Pero tampoco oigo muchos insectos.

—Se los comen. —Soltó un resoplido. —Se comen todo lo que se mueve. No importa lo grande o lo pequeño que sea. Nada está a salvo de ellos.

—Dicen lo mismo de los Duskwalkers, —señaló ella.

Magnar emitió un gruñido débil, corto y seco. —Los *Duskwalkers*, como nos llamáis los humanos, no comemos bichos. Tienen un sabor asqueroso.

Cuando se lamió el interior de la boca, los ojos de Delora se inclinaron con humor. Claro que lo has intentado.

Su perspectiva sobre los Demonios había cambiado desde que fue a la aldea. *Algunos eran... amables.* Algunos incluso habían tratado a Magnar con respeto.

Eran los descerebrados los que debían preocuparla.

Pero Delora sabía muy bien que si los humanos no se rigieran por leyes, muchos serían crueles entre sí. Se robarían unos a otros, asesinarían, violarían, secuestrarían. Los humanos no podían estar realmente en un pedestal de moralidad, ya que su bondad provenía de las consecuencias de ser castigados.

Los Demonios no eran lo único de lo que había que tener cuidado cuando se viajaba fuera de las ciudades. Se sabía que las caravanas eran atacadas por bandidos que vivían en las laderas de las montañas. Eran personas que se sentían libres aunque compartieran sus bosques con monstruos, pero estaban dispuestas a correr el riesgo si con ello podían aumentar su prosperidad ganando riquezas.

Muchos de ellos robaban hasta ganar lo suficiente para poder vivir cómoda y ricamente en una ciudad. A menudo cortaban los suministros sólo para poder hacer allí ellos mismos el trueque.

Delora ya se había enfrentado a una dificultad semejante cuando era mucho más joven.

—El otoño siempre ha sido mi estación favorita, —dijo Magnar en voz baja, poniendo las manos entre las rodillas para entrelazar los dedos cubiertos de garras. —Pero me gusta mucho más ahora que estamos aquí.

Delora se volvió hacia él mientras se acomodaba unos mechones de pelo detrás de la oreja. —¿Por qué?

—Las hojas caídas solían entrar siempre en mi cueva, y tenía que limpiarla todos los días. No pueden entrar en casa por la puerta, y me gusta ver cómo las hojas se esparcen por el suelo. —Su hocico siguió la trayectoria de una hoja que revoloteaba antes de ser arrastrada por una pequeña ráfaga de viento. Otras se unieron a ella en una ráfaga antes de asentarse. —La primavera huele mucho mejor, pero el otoño tiene su propio olor. Sin embargo, son los colores lo que me gusta ver. Son rojos, pero no están enfadados ni hambrientos. Es la única estación que evita que el Velo se vea feo.

—¿Y el invierno? —preguntó Delora, sorprendida de que estuvieran manteniendo este tipo de conversación.

Magnar negó con la cabeza. —La nieve se derrite fácilmente dentro del Velo. Aquí hace más calor que en la superficie. También es más fresco en verano, ya que el desfiladero y los árboles proporcionan sombra contra el calor. El otoño es la única estación que hace cambios.

—Supongo que me gusta la primavera por esa misma razón, —afirma Delora. —El mundo se sume en un caos de colores por todas las flores que brotan. A veces, el campo frente al pueblo del que vengo se cubría de flores silvestres, y yo podía verlo desde lo alto de la colina. Algunas eran azules, otras rosas o amarillas.

Sus orbes cambiaron a amarillo, resaltando su alegría ante la idea. —Me gustaría ver estas flores contigo.

La mariposa que antes había sustituido a su corazón volvió, pero ahora había un caleidoscopio de ellas girando en su pecho. Trajo más de sus hermanas para hacerla sentir como si quisieran hacerla sentir más ligera.

La confianza era lo que más faltaba entre ellos. Delora necesitaba aprender a confiar en él, pero no sabía cómo empezar de verdad.

A pesar de las sacudidas en el pecho, se retorció las manos nerviosamente sobre el regazo. *Yo... Yo necesito ser más abierta*.

—Nací en Silvermine Town, —comenzó Delora, tragando grueso para eliminar el tapón de emoción que estaba tratando de subir. —Mi madre murió al darme a luz. Teníamos enfermeras y médicos, pero no siempre es posible salvar a alguien, ya que es difícil conseguir herramientas y suministros médicos.

—No tendrás que preocuparte por eso, —dijo Magnar, acercando la mano para acariciarle el pelo como si pensara que necesitaba consuelo. —Te curaré si algo va mal, y si algo va realmente mal, volverás a mí como haces cuando estamos separados demasiado tiempo.

El calor de la palma de su mano sobre la cabeza de ella la tranquilizó y agradeció el contacto.

—Slivermine es un pueblo minero que estaba cerca de las Montañas de Silverton. No sé si sabes dónde está eso, pero está bastante lejos del Velo. Se podría pensar que eso nos haría más seguros, pero las cuevas de allí permiten a los Demonios vivir en la oscuridad y hacen nidos allí. Pero estábamos a salvo porque teníamos muros que nos protegían. —Sus hombros cayeron mientras miraba al cielo, deseando que la niebla le facilitara ver las estrellas que apenas podía distinguir. —Mi padre era un hombre tan bueno. Me quería y nunca me culpó de haber matado a mi madre. Intentó darme todo lo que pudo para que yo fuera feliz.

Delora se rodeó el torso con los brazos para abrazarse a sí misma, deseando que pensar en sus padres no le provocara un escozor instantáneo en los ojos. Parpadeó rápidamente para limpiarlos de líquido, ocultando hábilmente su resfriado.

—Pero era minero, y eso conlleva riesgos. Para llegar al pozo de carbón, un gran equipo de trabajadores partía con soldados para adentrarse en las montañas. La entrada estaba sellada con puertas, pero los demonios habían conseguido entrar en el pozo de otra manera. Tal vez incluso excavaron su camino con el tiempo, ¿quién sabe? Pero mataron a mi padre.

Ni siquiera pude despedirme...

—¿Por qué tu gente haría esto si era tan arriesgado?

—Porque el carbón es muy valioso. Era lo único que tenía mi pueblo para comerciar, ya que el carbón sirve para cocinar y calentar nuestras casas. Los herreros lo utilizan para fundir sus minerales metálicos. Estábamos junto a una de las mayores vetas de carbón conocidas, y llevábamos cientos de años utilizándola, comerciando con ella para abastecernos. —Entonces Delora soltó una carcajada sin humor. —Pero, por supuesto, que murieran hombres no significaba que dejáramos de extraer. Simplemente trajeron soldados para despejarlas, taparon el agujero por el que se habían colado los demonios y volvieron al trabajo. No era la primera vez que moría gente, y la mayoría de las ciudades mineras tienen uno de los índices de mortalidad más altos. No sólo por los Demonios, sino también por respirar el polvo del carbón.

Allí. Delora le había contado a Magnar de dónde había crecido, de sus padres.

Sabía que no era suficiente.

Sus ojos se desviaron hacia abajo para poder mirar la fogata que tenían delante, observando cómo las llamas parpadeaban y de vez en cuando emitían un sonido crepitante.

Delora se frotó los brazos cohibida. ¿Por qué es tan difícil? Sentía como si se estuviera desnudando a pesar de que aún no había dicho nada que realmente importara.

—Yo... no quería quedarme allí después de que él muriera. No quería casarme con un minero porque sabía que morirían antes que yo. Habría temido por ellos cada vez que se iban. Pero eso es lo que hacía la gente en nuestro pueblo. Los hombres y las mujeres se dedicaban a la minería, y los demás se ocupaban de las granjas o fabricaban artículos de primera necesidad. Éramos trabajadores. Comerciábamos por las cosas que podíamos producir. Mi madre era una de las pocas artesanas que tallaban arcilla o hacían pinturas, y sus objetos valían mucho porque a la gente le gustaba tener algo bonito que mirar. Algo para olvidar que el mundo es en realidad un lugar oscuro. A mucha gente le molestaba que se hubiera ido, y yo no podía soportar que la gente se compadeciera de mí porque mis padres me habían dejado sola.

Los orbes de Magnar empezaron a volverse azules para reflejar las emociones que ya sentía. —Esta... es una historia muy triste, Delora.

Delora dejó escapar un suspiro tembloroso. Ya había empezado a temblar, sabiendo lo que vendría a continuación.

—El jefe del pueblo llegó a un acuerdo para intercambiar gente con un pueblo militar por más soldados después de que muchos murieran intentando limpiar la mina. Me ofrecí voluntaria para irme, y allí conocí a un hombre llamado Hadith.

—¿Cómo se llamaban tus padres?

Delora frunció el ceño, no esperaba que le importaran tanto sus nombres. —Noah y Ava.

—¿Noah y Ava Theralia?

Los párpados de Delora parpadearon. *No creía que se acordara de mi apellido*. Sus facciones se suavizaron.

—Sí. Ésos eran sus nombres completos. —El fuego chisporroteó, encendiendo ceniza que flotó en el aire, y ella dejó escapar otro suspiro tembloroso. —Hadith me eligió porque era joven, sólo tenía veinte años, y supongo que porque era guapa. Entonces era mucho más pequeña, pero ese era mi valor para él. Era un soldado de alto rango, y al principio fue muy amable. Pensaba que podía ser feliz, aunque cambiar de ciudad me resultaba realmente desalentador. Era muy difícil ser aceptada por todos, y no todos lo conseguían. Yo era una intrusa, y muchas mujeres pensaban que les había robado a uno de sus mejores candidatos. Los dos primeros años fueron bien, pero las cosas empezaron a cambiar. Empezó a volver a casa más tarde cuando yo no podía darle el hijo que quería. Estuve sola muchas veces después de eso.

Magnar ladeó la cabeza. —¿Quién era ese humano para ti?

—¿Eh? —El rostro de Delora se volvió hacia él con las cejas profundamente fruncidas. —Oh. Supongo que omití que era mi marido. —Entonces sus cejas se anudaron aún más. —Espera. Supongo que no sabes lo que eso significa. Cuando dos personas se casan...

—Sé lo que es un marido, —le espetó Magnar, y sus orbes se tiñeron lentamente de rojo. —Significa que te unes a otro humano. Has formado una *familia*.

—Bueno, sí. Fue un matrimonio concertado entre nuestros pueblos. Así es como la mayoría de los pueblos intercambian gente. Ayuda a traer gente nueva para que no empecemos a crear familias endogámicas, sobre todo por accidente, ya que muchos humanos pueden nacer a lo largo de cientos de años. Puede ser difícil seguirles la pista.

Delora no parecía entender por qué los orbes de Magnar habían cambiado. Ni siquiera había llegado a la parte que le resultaba angustiosa y que había temido contarle. No quería decirle que era una asesina, que había hecho algo tan insensible y cruel, simplemente porque había estado celosa.

Tengo que aprender a confiar en él. ¿Qué era lo peor que podía pasar? No podía dejarla, aunque quisiera.

¿Buscaría... quizás... una nueva humana? Un escalofrío recorrió su piel. *¿Es posible cambiar mi alma por otra?*

Delora consideró la posibilidad de detener su relato. Ya había revelado suficiente por hoy, pero también quería quitarse esto de encima. Este terrible peso había sido una carga que soportar y... quería que Magnar la comprendiera mejor.

—Siento haber llorado aquella noche, —murmuró ella en voz baja.

Sus orbes se transformaron en un rosa más rojizo al instante. Él se tensó a su lado, inquieto, casi como si quisiera irse.

—No lloraba porque me hicieras daño, sino porque otra persona lo hizo, y tú me hiciste darme cuenta de hasta qué punto.

Incluso ahora las lágrimas salpicaban sus pestañas y se esforzaba por contenerlas. El pulso se le aceleró en las venas y la ansiedad empezó a atenazar su garganta, sobre todo cuando notó que las plumas que sobresalían de Magnar empezaban a hincharse como solían hacerlo con la agresividad.

Las palabras empezaron a brotar de ella cada vez más rápido.

—Estaba enfadada porque me estabas tratando como siempre quise que Hadith me tratara. Él era mi marido. Se casó conmigo. Se suponía que debía cuidar de mí, y sin embargo era malo conmigo. Yo era su esposa...

—Tú eres *mía*, —gruñó Magnar a su lado.

Sus orbes se volvieron rojos, aún más brillantes que antes.

—Lo sé, pero antes de conocerte....

—*¡Tú eres **mía**!,* —gruñó con voz retumbante y distorsionada por la rabia. Giró su cuerpo, moviéndose tan rápido que ella soltó un grito ahogado cuando la empujó contra el porche y le inmovilizó los brazos contra la madera por encima de la cabeza. *—Estás ligada a **mí**. **Me** diste tu alma. Es **mía**. La poseo. La sostengo. La atesoro.*

Su corazón se aceleró y su torso se agitó con la respiración acelerada por la sorpresa. Miró fijamente a Magnar, que la había inmovilizado con las piernas a ambos lados de las suyas. Luego se inclinó sobre su cuerpo, con un estruendo en el pecho, como una vibración de hostilidad.

Los vórtices enrojecidos de sus ojos parecían girar más deprisa, atrayéndola con el telón de fondo del cielo nocturno y la luna creciente envuelta en la neblina turbia. Estaba demasiado aturdida para moverse, para retorcerse, aunque eso le arqueó la espalda y le presionó el vientre hinchado.

—Magnar, —empezó.

Él tiene una idea equivocada.

Ella no intentaba decirle esto para herirlo, para decirle que no era suya.

Él le juntó las manos y le sujetó las dos muñecas con facilidad con una de sus grandes manos para poder bajarle la otra y rodearle la garganta. Acunándola tan completamente que ella pudo sentir sus garras alrededor de la nuca, él se la levantó con el pulgar y el índice ahuecando su mandíbula.

No la estrujó, no intentó asfixiarla, pero la posición de su mano le pareció peligrosa y posesiva.

—*¿Quieres volver con él?* —Su tono era como una advertencia, como si ella debiera tener cuidado con su respuesta. Casi parecía agrandarse, y Delora se sintió innegablemente pequeña debajo de él. —*¿Por eso estás triste? Por eso ¿no quieres entregarte a mí?*

—*L-Lo encontré con otra mujer,* —se apresuró a decir. Necesitaba calmarlo, tranquilizarlo. Delora se dio cuenta de que necesitaba contar su historia ahora, y rápido. —Incluso después de haber hecho todo por él. Cociné y limpié e intenté asegurarme de que estaba satisfecho, pero me tiraba cosas y me insultaba. Ni siquiera puedo contar las veces que me corté los dedos recogiendo vidrios por su culpa.

—Entonces no dejaré que vuelvas con él. No puedes dejarme, no puedes abandonarme. Tu alma me pertenece.

—¡Está muerto, Magnar!

—***Bien***.— Acercando el hocico al lado de la mejilla de ella y rozándola con la oreja, él, en un tono tranquilo pero amenazador, pronunció: *—Porque lo habría cazado hasta desgarrarlo con mis garras.*

Ella jadeó ante su declaración, y sus ojos se abrieron de par en par cuando su cálido aliento resopló sobre su oreja e hizo que se le erizara el vello detrás de ella.

—Y si sigues buscándolo, pediré al espíritu del vacío que me permita entrar en la otra vida para apagar su alma y que no pueda encontrarte. Para que no podáis estar juntos. Para que ni se te pase por la cabeza intentar abandonarme. Para que él no pueda volver y estar vivo en el mismo plano de existencia que tú.

Delora siempre pensó que cuando le contara su historia a Magnar se le llenarían los ojos de lágrimas. Que se le atragantarían las palabras, que no sabría cómo explicárselo.

Pero Delora no *sentía* miedo.

Sentía un hormigueo en el cuerpo por la forma posesiva en que él la sujetaba, y temblaba de placer ante su agresión. Su respiración era agitada y sus pezones se habían convertido en duras puntas que rozaban la tela de su vestido cada vez que su pecho subía y bajaba.

Delora se estaba excitando.

Quería que él estirara aún más su cuerpo arrastrando sus manos hacia arriba mientras sus piernas yacían en la escalera. Quería que le agarrara la garganta con más fuerza. Necesitaba que le exigiera que era suya, que le pertenecía, que no la dejaría marchar.

No quería apartar la mirada de él, su rostro huesudo y calavérico la hechizaba, y ella jadeaba.

Su corazón se aceleró cuando él apartó la mano de su garganta. Casi se inquieta. Quería que se quedara allí, que la abrazara como si prefiriera matarla a dejar que lo abandonara.

—*¿Le besaste?* —Le pasó una garra por el labio inferior, obligándola a separarse.

Delora sabía que lo más inteligente era decir que no.

En lugar de eso, declaró: —Sí.

El gruñido de él se hizo momentáneamente más fuerte, y se le puso la piel de gallina.

—*No puedo besarte*. —Magnar le pasó la lengua por los labios para lamérselos, haciendo que esta vez se separara el superior.

¿Pero no era eso un beso a su manera?

Ni siquiera se dio cuenta de que su mano había bajado por su cuerpo hasta que sintió que le levantaba la falda del vestido. Unas afiladas garras subieron por su pantorrilla, haciéndole cosquillas.

—*¿Dejaste que te abrazara?* —Delora ahogó el gemido que intentó salir de su garganta cuando él coló la mano por debajo del vestido y deslizó aquellas garras por el interior de sus muslos. —*¿Tocar tu cuerpo?* —Aquella mano exploradora la ahuecó entre los muslos, cubriéndole el coño tan completamente que ni una parte de él sintió el aire que él permitía pasar por debajo de la falda. —*¿Estar aquí dentro?*

Delora se mordió el labio, considerando la posibilidad de decirle una mentira sólo para hacerle sentir mejor.

—Por supuesto. Era mi marido, —respondió valientemente.

Magnar gruñó de inmediato al oír la palabra *marido*. El continuo estruendo que producía se hizo más fuerte porque ella había dicho que había dejado que Hadith la tocara. El estómago de Delora se apretó, saboreando aquello, y sintió que sus entrañas se agitaban hasta llegar a su núcleo. Contra su palma, la habría sentido volverse resbaladiza en un instante.

Sus orbes brillaron de color morado en reacción a ella.

La forma en que separó los colmillos y lamió su huesudo hocico hizo que Delora palpitara en todos los lugares delicados de su cuerpo. Le había dado la reacción que deseaba, e incluso estiró ligeramente su cuerpo como ella había querido mientras se inclinaba más sobre ella, acercando su cara.

—*Mía,* —dijo. —*Tu olor, tu voz, tu cara y tu cuerpo. No puede tenerlos.*

Delora se lamió los labios, pero soltó un gritito cuando él levantó la mano y sus dedos callosos rozaron su dolorido y palpitante clítoris. Hizo una pausa. Él

nunca la había tocado bien allí antes, pero él se dio cuenta de que a ella le había gustado su tacto cuando él lo presionó con un roce hacia abajo.

Delora intentó arquear la espalda, pero no podía en la posición en que se encontraba. En lugar de eso, se abrazó a sus dedos y sus muslos se apretaron alrededor de su mano para retenerlo.

—Me-Me arrojaron al Velo porque lo asesiné a él y a la mujer con la que me engañó. —No podía creer lo ronca que se le había puesto la voz. —Al final le odiaba, odiaba cómo me hacía sentir. No quiero volver con él, Magnar. Yo lo maté.

Ella no sabía qué esperaba cuando él se detuvo. Se tensó sobre ella y su mano apretó más fuerte sus muñecas.

Se inclinó aún más hasta que su hocico estuvo justo contra su oreja. Se sumergió en su aroma cuando las plumas de su cuello le rozaron la nariz y le hicieron cosquillas.

¿Por qué tiene que oler tan jodidamente bien? Sus párpados parpadearon de satisfacción cuando se acurrucó en ellos.

—*Buena chica,* —ronroneó él, haciendo que ella pusiera los ojos en blanco. —Tú misma viniste a mí.

Su aliento rodó sobre la sensible concha de su oreja.

—N-No, ahí no, —susurró ella.

Intentó apartarse cuando él le pasó la lengua por la oreja. El sonido de su saliva aplastando su oreja sonó travieso, y se extendió, haciendo que su respiración

se sintiera aún más poderosa. No podía controlar lo excitada que se estaba poniendo.

—*Tienes ese olor tan delicioso. El que dice que estás excitada.* —Él le dio un gruñido profundo. —*¿Es por mí o porque estamos hablando de él?*

Ella habría pensado que era obvio ya que había dicho que odiaba a Hadith, pero pensó que él también podría querer oírla decir que era por él.

—Por ti, —susurró. Su recompensa fue él rodeando su clítoris con una fuerte presión, y ella dejó escapar un suspiro. —Más abajo, Magnar. Por favor.

Quería sus dedos dentro de ella. Quería que la tocara, que la hiciera correrse. Podría aprender sobre su clítoris más tarde, cuando su mente estuviera un poco más sana, cuando no estuviera dolorida y desesperada.

Le había contado por qué la trajeron al Velo. Por qué era como era. Había estado temiendo esta conversación, pero ahora su corazón se sentía tan ligero, y él la estaba volviendo loca.

Si hubiera sabido que las cosas acabarían así, se lo habría dicho antes. Porque Delora había estado anhelando esto. Estar cerca de él. No sabía qué tenía Magnar, pero se sentía inexplicablemente atraída por él.

Cuando él no bajó, sino que se limitó a acariciarle el clítoris como si le fascinara porque le hacía respirar agitadamente, Delora trató de levantar las caderas para forzar sus dedos.

—*Sólo yo puedo tocarte.*

Sus orbes pasaron del rojo furioso al morado, un color erótico y pecaminoso. Su cuerpo se estremeció como si se estuviera erizando cuando por fin bajó las yemas de sus dedos. Sintió sus garras envainarse cuando presionó contra la hendidura de su abertura, y Delora intentó abrirle las piernas para facilitarle la entrada y dejarle espacio entre sus gruesos muslos.

—Estás muy mojada para mí, mi pequeño cuervo.

¿Mojada? Delora sabía que estaba empapada. Podía sentir que el pequeño estanque de su entrada se estaba llenando.

Lanzó un grito ahogado cuando él introdujo dos de sus dedos, y sus ojos se aturdieron de inmediato mientras ella se estremecía de satisfacción. No sabía qué la había impulsado a levantar la cabeza y besar su rostro inexpresivo, pero apretó con fuerza los labios contra la punta de su hocico y se quedó allí.

Él le soltó las manos para sujetarle la nuca, manteniéndola pegada a él, y ella movió torpemente los labios sobre el mismo punto. Él retiró los dedos sólo para volver a introducirlos, frotando directamente sobre su punto más sensible. Delora soltó un pequeño grito contra sus colmillos, intentando echar la cabeza hacia atrás. Él no se lo permitió.

Cuando separó los labios, Magnar los lamió. Cada vez que sus dedos penetraban en su interior, ella se arqueaba y no se sentía más que gelatina en sus garras.

No lo detuvo cuando empezó a lamerle la comisura de los labios, la mandíbula o la yugular del cuello. No cuando estaba demasiado ocupada intentando encontrar algo a lo que aferrarse hasta que sus brazos se enredaron en la

cornamenta de él. Se aferró a ellos, lo necesitaba, mientras el húmedo ruido de sus dedos aumentaba en su coño empapado.

—Sí, —gimió, sintiendo que su cuerpo rebotaba por sí solo, tratando de seguir su ritmo para sentir sus dedos entrar más fuerte, más rápido, más adentro. —*Oh*, joder. Sí.

Estaba tan cerca, a punto de caer en el éxtasis, retorciéndose en su mano. Sentía sus dedos como si la pincharan con algo celestial, como si la tocaran de un modo que la hacía arder por más y más y más, hasta quedar irremediablemente abrasada por las llamas de la pasión.

Justo cuando los dedos de sus pies se curvaban, la espiral de su orgasmo alcanzaba su punto más tenso antes de desencadenarse, Magnar arrancó sus dedos de ella. La dejó insoportablemente vacía, hueca, apretada en torno a la nada.

Delora lanzó un grito de angustia.

—Espera. No, —suplicó. —No pares.

Había estado justo ahí, a punto de correrse alrededor de sus dedos, y ahora sus paredes internas palpitaban y vibraban con desesperación. Los pezones le picaban y el dolor se hacía más evidente ahora que él no la empujaba en espiral hacia el olvido.

—Me duele, —gimió Magnar. Las garras de la mano con la que le había estado metiendo los dedos golpearon la madera del porche que la rodeaba antes de perforarla. —Adentro. —Las garras de la otra mano la rodearon por la cabeza,

raspándole el cuero cabelludo cerca de la línea del pelo de la cara. —Necesito estar dentro de ti.

Le bajó la cabeza para poder inclinarse hacia atrás y rasgarse la parte delantera de los pantalones. Su polla se disparó hacia delante para convertirse en una vara dura y sobresaliente entre sus prominentes caderas, mientras aquellos tentáculos se retorcían como si estuvieran agonizando.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras jadeaba, las paredes internas de su coño apretándose. Sabía que así se sentiría mucho mejor, que llegaría a lugares que no podía imaginar, que la llenaría con su insano grosor tan completamente que sentiría que la iba a partir en dos de la mejor manera posible.

Sus manos la rodearon con fuerza, vibrando en sus oídos, y el estruendo de ellas la sacudió, con una deliciosa emoción, pero también con preocupación.

Se llevó las manos al estómago para protegerse e intentó zafarse de él.

Magnar gruñó y la agarró por el muslo. Sus garras le arañaron la piel cuando la arrastró hacia él con un gruñido. Sintió que su pelo rozaba el porche antes de que los labios de sus pliegues chocaran contra la base de su polla. Se deslizó por el surco profundo que había debajo de él, esparciendo su lubricante por toda ella, y le frotó el clítoris de la forma más alucinante.

Casi se elevó hacia él para que presionara con más fuerza, casi.

Delora le empujó el pecho. —Espera.

—Quieta, —le exigió él, arrastrándola de nuevo hacia él cuando ella intentó alejarse una vez más.

—Magnar, por favor.

Y el miedo que sentía la invadió de repente como un terrible baño helado que se vertía sobre su cuerpo acalorado.

—¿Por qué él puede tocarte y yo no?

Sus orbes parpadearon de un rojo vicioso antes de cambiar a un verde tan oscuro que parecían amenazadores. Normalmente eran de un verde tranquilo y acogedor, y lo único que ella podía pensar era que parecían celosos.

Magnar empujó contra ella, deslizando de nuevo aquella polla resbaladiza sobre sus pliegues. Consiguió rozar su entrada y hacer crecer el charco con sus fluidos mezclados.

Estaba enfadado y confuso. Se daba cuenta de que él necesitaba desesperadamente estar dentro de ella, llenarla, cobijar su polla dentro de su acalorado canal.

Los párpados de Delora se inclinaron de pena. *Porque no confío en ti.*

—No quiero que le hagas daño al bebé. —Colocó las manos sobre su estómago antes de cruzar los brazos sobre él de forma protectora. —Si me arañas el estómago, podrías matarlo.

Si le volvía a hacer daño en la carne, podría desangrarse lo suficiente como para perderlo. Si le hacía daño en el estómago, podía dañarle el útero. Si la tomaba demasiado fuerte, perdido en su placer inexperto, podría dañarla desde dentro. Era más grande que ella, más fuerte que ella, y muchas de sus facetas eran peligrosas.

Delora ansiaba hacerlo con él, pero no podía.

Sus orbes parpadearon en blanco, mostrándole que comprendía.

—Entra, —dijo en voz baja, soltándole el muslo y colocando las manos a su lado con suavidad.

—Magnar, estoy...

—¡Vete dentro!, —rugió y sus ojos se tornaron morados antes de estremecerse salvajemente sobre ella. —Vete antes de que te meta la polla. —Tembloroso, se agachó mientras separaba los colmillos a un lado de su cara como si intentara aspirarla y acariciarla al mismo tiempo. —Lo necesito. Necesito sentir tu coño a mi alrededor, mojarme, abrazarme. Necesito sentir cómo tu cuerpo aprieta el mío. —Dejó escapar un gemido, y el mero sonido hizo que a ella se le estrujara el corazón. —Hueles *tan bien*, Delora.

Su lengua se acercó tímidamente a su mejilla, y cada segundo que ella permanecía debajo de él, él se acercaba más.

En el momento en que la palma de su mano, grande y caliente, volvió a rodear su muslo, Delora se zafó de él antes de que perdiera cualquier atisbo de control al que se aferrara y estallara.

Jadeó contra el suelo antes de que su rostro se alzara para seguirla con la mirada. Era tan morada y llena de lujuria, pero no se movió de su posición como si ella siguiera debajo de él.

Congelado, parecía a punto de abalanzarse sobre ella.

—¿Te vas a ir?, —preguntó mientras su culo resbalaba por el suelo.

No quiero que se vaya otra vez.

—No.

Su corazón se calmó y Delora se apresuró a ponerse en pie para dirigirse a la puerta principal, sin importarle si estropeaba la pintura. No era su intención dar un portazo, pero la puerta se cerró con un fuerte golpe antes de que ella empujara su espalda contra la pared justo al lado.

Oh, Dioses, pensó Delora, con las piernas saliéndosele de debajo. Se deslizó por la pared. *Estoy tan cachonda ahora mismo.*

Su mano se deslizó por debajo del vestido y tocó los labios de su coño. Estaba tan húmedo de ambos, y saber que tenía su lubricante encima hizo que su piel se enrojeciera aún más de calor. Tapándose la boca para que él no se viera obligado a oírla, Delora se introdujo dos dedos antes de darse cuenta enseguida de que necesitaba un tercero y también el meñique.

Su cuerpo estaba cambiado, diferente, y los dos dedos de él habían sido gruesos y largos. Sus pequeñas manos humanas no eran nada en comparación, pero lo intentó con todas sus fuerzas mientras empezaba a empujarlos desesperada y con urgencia.

Delora se clavó las yemas de los dedos en la cara mientras intentaba ahogar sus gemidos. No era suficiente, necesitaba más, más profundo.

Necesitaba la ayuda de Magnar, pero se masturbaba sola.

Tengo tantas ganas de que me folle. Su cabeza cayó hacia delante y sus ojos se inclinaron cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, masturbándose

por un Duskwalker y teniendo que usar toda la mano como un puto palo. No se detuvo.

Necesito su enorme polla dentro de mí. Su piel se puso de gallina mientras se acercaba lentamente al límite. Empujando dentro de mí. Arrasando mi coño.

Los talones de sus pies golpeaban el suelo cuando sus piernas se retorcían. Se imaginó la polla morada con la punta ennegrecida clavándose en su interior mientras su pelaje rozaba el interior de sus muslos sensibles.

Quiero que se corra dentro de mí. Todo aquel líquido caliente y desbordante era una sensación maravillosa. Nunca había olvidado lo que había sentido cuando la llenó tan completamente que se derramó fuera de ella, no una sino dos veces.

Sus tentáculos apretándome tan fuerte que parecía que me magullaba la piel. Agarrándola más fuerte y entrelazando sus caderas para que pareciera que intentaba llegar aún más profundo de lo que era posible.

Joder. Lo necesito tanto.

Yo... por favor... Sus dedos se curvaron hasta que le dolieron los pies, un calambre aterrorizó los músculos de su pantorrilla derecha. *Ay, Dios. Dios mío. Dios mío.*

La mano que le tapaba la boca apretó aún más fuerte, aplastándole los labios contra los dientes cuando empezó a gritar. Delora se corrió alrededor de sus propios dedos. Se estrechó, tuvo espasmos, temblores, y derramó sus propios jugos en la palma de la mano, formando una masa húmeda.

Siguió empujando, extrayéndolo.

Puntos blancos revoloteaban en su visión mientras chispas de oscuridad la atravesaban. No sabía si era por la descarga o porque estaba demasiado ocupada soltando un grito patético y necesitado como para respirar.

Al final se ralentizó. Su respiración era tan jadeante que le costaba salir, pero su corazón estaba agitado y acelerado.

Todo se relajó cuando terminó. Cayó lánguida contra la pared, con las piernas abiertas y las rodillas dobladas, sin apenas poder ver más allá de su estómago por la forma en que estaba desplomada.

No me importa lo que sea. Estoy tan jodidamente cachonda por ese grandullón.

CAPITULO 29

Magnar colocó una gran piedra para reemplazar el tocón de árbol que había arrancado del suelo. En algún momento se ocuparía de traer más tierra a la zona que rodeaba su casa para poder rellenarla adecuadamente.

Ahora que el agujero estaba suficientemente lleno, recogió su hacha del suelo y empezó a cortar en el lateral de un árbol. Estaba despejando más terreno para poder seguir construyendo las habitaciones.

No necesitaba hacer una pausa, pero se limitó a mirar en dirección a la casa.

El amarillo se desvaneció en su visión mientras contemplaba el tejado terminado del porche.

Orpheus se le había unido temprano ese día, y juntos habían trabajado con una sierra de dos hombres para cortar los troncos por la mitad según su longitud. Teniendo en cuenta que su fuerza era superior a la de un humano y que habían empezado esta tarea el día anterior, habían conseguido terminar la construcción a última hora del mediodía.

Orpheus estaba haciendo la barandilla.

Magnar había considerado cortar el gran árbol que estaba justo al lado del porche, ya que sus hojas rozaban el techo, pero decidió que quería mantenerlo

allí. Se estaba volviendo estéril debido al otoño, y le gustaba cómo espolvoreaba hojas de colores sobre el tejado y la hierba que había debajo.

Como el suelo del bosque del Velo solía estar a la sombra, la hierba era irregular, pero cuantos más árboles quitaba, más hierba brotaba. Orpheus le informó de que acabaría necesitando una guadaña para mantenerla, ya que a menudo crecía tanto que podía ocultar a los humanos entre sus tallos.

Sin embargo, la idea de intentar jugar a encontrarla en ella suena agradable.

Su mirada se desvió hacia el lado de la casa, sabiendo que Reia y Delora estaban detrás, en el jardín, haciendo algo... extraño.

Ayer les habían pedido a Orpheus y a Magnar que quitaran la curvatura de los troncos para que quedara más plano, y ellos mismos habían añadido arcilla entre las ranuras donde los troncos se apretaban. No era perfecto, aún tenía una textura bastante irregular, pero parecían satisfechos.

La arcilla se había secado durante la noche y habían estado allí casi toda la mañana.

Ellas se gustaban. Reia y Delora estaban formando un vínculo.

Magnar se sintió aliviado porque pensó que eso las reconfortaría a ambas, pero también le molestó porque significaba que la atención de Delora no estaba en él.

El verde oscuro de los celos creció en sus orbes.

Ella solía verme trabajar desde los escalones.

Le gustaba presumir de su fuerza y sus habilidades mientras trabajaba. Sobre todo cuando levantaba él solo un árbol entero, pesado y largo, después de quitarle las ramas para colocarlo con los demás ordenadamente.

Magnar reanudó su tarea, y Orpheus acabó acercándose mientras retiraba las ramas del árbol cortado. Había terminado la barandilla del porche, y Magnar se alegró de ver que el exterior de la casa estaba completo.

—¿Qué crees que harás primero? —preguntó Orpheus, asintiendo con la punta del hocico en dirección a los tocones de árbol que tenía amontonados.

Magnar levantó una mano para golpearse el hocico con una de sus garras.

—¿Quizá las encimeras de la cocina?, —respondió, tratando de imaginarse todo lo que podría hacer con ellos. —¿Sería lo mejor?

La mayoría eran bastante anchas, y podría serrar secciones planas y luego tallarlas en cuadrados o incluso círculos, dependiendo de cómo quisiera que fueran.

—Es un buen comienzo. —Orpheus, casi vacilante, apoyó la palma de la mano en el hombro de Magnar. —Lo estás haciendo mucho mejor de lo que pensaba, y a tu hembra parece gustarle estar aquí.

Magnar torció la cabeza hacia Orpheus. —Nunca antes me habías hecho un cumplido.

Todo tipo de colores parpadeaban en los orbes de Orpheus. Rosa rojizo por la vergüenza. Un azul más profundo de tristeza. Verde de envidia. Finalmente volvieron a su azul normal cuando retiró la mano.

—Ojalá tuviera a alguien que me guiara. Cometí muchos errores cuando estaba en tu etapa de desarrollo, pero aprendes rápido.

He cometido muchos errores, pensó Magnar.

Delora y él no habían hablado de lo ocurrido la otra noche, pero ambos se habían mostrado un poco incómodos entre sí desde entonces. Él más que ella.

—Delora también es diferente a Katerina, como tú lo eres de mí. Estoy... agradecido de poder estar aquí para ti. —Orpheus giró entonces la cabeza hacia un lado mientras se frotaba el cuello. —Aunque llevo mucho tiempo agradeciendo que las cosas salieran como salieron porque ahora tengo a Reia, también hace que todo por lo que he pasado merezca la pena ya que puedo ayudarte. No deseo que ningún Mavka pase por lo que yo pasé.

Magnar no sabía qué decir. Nunca esperó tales palabras de Orpheus, que a menudo era frío con él. Pero una extraña calidez irradiaba en su pecho.

¿Le importo mucho más de lo que demuestra?

También reveló que su dolor seguía siendo evidente.

La cabeza de Orpheus se giró en la dirección en la que podía oír a Reia riendo bulliciosamente.

—Ya nos vamos, —murmuró Orpheus rápidamente.

Magnar pensó que podría deberse a que había revelado más de lo que pretendía en un principio y quería huir.

Tampoco solían quedarse mucho tiempo aunque quedara mucho por hacer. Era obvio que Orpheus prefería estar a solas con Reia, mientras que Magnar disfrutaba más de la compañía.

Me pregunto si yo sería igual si Delora y yo fuéramos como ellos. No estaban tan unidos, no eran tan íntimos el uno con el otro, y tal y como parecían ir las cosas, no parecía que fueran a serlo nunca.

Magnar no podía tocarla, y sabía que era culpa suya. Era peligroso para su delicada humana. No podía controlar su cuerpo como quería, no podía mantener sus garras envainadas cuando su polla se agitaba detrás de su costura.

En respuesta, Magnar gruñó con un movimiento de cabeza.

—No volveremos hasta dentro de unos días. Hemos estado compartiendo nuestra carne porque no puedes salir a cazar sin arriesgar a tu hembra, así que debemos cazar más.

—Gracias, —refunfuñó como respuesta.

Orpheus dio un paso atrás, y luego se volvió, dirigiéndose directamente a la parte trasera de la casa. Desapareció.

—¡Mira! ¡Eres tú! —gritó Reia en voz alta. Magnar no oyó la respuesta de Orpheus. —¡Sí, eres tú!

Reia chilló. Momentos después, salieron con Orpheus cargando a la rubia sobre su hombro mientras ella se reía. Justo cuando se acercaban a la línea de árboles, vio cómo Reia se transformaba en su forma Fantasma.

Magnar se detuvo a mirar la última rama que le quedaba por quitar, y sus orbes se tornaron de un azul intenso.

Quiero ser así con Delora.

Quería poder lamerle libremente el cuello sin que ninguno de los dos se inquietara por sus propios motivos. Quería poder hacerla reír o simplemente sonreír al menos una vez. Quería poder abrazarla de una forma que no fuera él acunándola en sus brazos sólo porque estaban de viaje.

Quería... ser juguetón con ella.

Deseaba estar cerca de ella.

Magnar cortó la última rama y se dirigió a la parte trasera de la casa, tirando descuidadamente el hacha cerca de los escalones, donde la encontraría fácilmente más tarde.

Las cosas habían estado tensas entre ellos desde la última vez que la había tocado, pero Magnar se negaba a permitirse distanciarse de ella.

La necesitaba cerca. Ansiaba tenerla a la vista, poder olerla y oír su hermosa voz. Para disipar lo peor de la soledad que sentía, parte de la cual seguía presente a pesar de tener su alma.

Al doblar la esquina, encontró a Delora empapando un grueso pincel cubierto de pintura verde contra la pared. Estaba estirando los brazos mientras se apoyaba en las puntas de los pies. Arqueaba la espalda, revelando lo redondeado y grande que se le había puesto el vientre en los últimos días debido a su posición estirada.

Le preocupaba, constantemente. Delora le parecía más frágil así, y a menudo se quejaba de dolores y molestias. Se negaba a dejarla hacer nada sola.

Incluso le había dado un tocón para colocar los cuencos de pintura. Ver cómo se ponía la mano en el costado para apoyar la espalda, mientras tenía que inclinarse hacia un lado para poder estirar la mano alrededor de su estómago demasiado redondeado, había sido gracioso y molesto a la vez. Parecía esforzarse hasta para realizar la más mínima tarea.

Sin embargo, su extraño contoneo le pareció simpático. Era un concepto extraño, pero a una parte de él le gustaba que Delora estuviera llena de parte de su esencia por ahora.

Aunque gran parte del verde que había estado pintando era de un solo color, parecía como si tuviera algún tipo de patrón de manchas. Sin embargo, había una imagen que era clara, como si ella la hubiera empezado primero y hubiera deseado completarla.

A primera vista, pensó que era un caballo blanco. Pero al verlo más de cerca, se dio cuenta de que no podía serlo, ya que tenía un cuerno en espiral en la cabeza y unas alas emplumadas que se arqueaban en lo alto de su lomo. Estaba parado en el suelo, y pudo ver que Delora ya había añadido un tono diferente de verde a su alrededor, como si fuera hierba.

—Nunca había visto un animal así, —dijo Magnar mientras se acercaba y se metía entre las aberturas de la valla del jardín. —Los caballos no tienen cuernos ni alas.

Delora bajó el pincel y se volvió hacia él con el ceño fruncido, antes de desviar la mirada hacia el extraño caballo.

—Eso es porque no existe, —admitió. —Es un *unicornio*.

Magnar ladeó la cabeza y se dio cuenta de que Delora estaba cubierta de manchas blancas, verdes, azules y marrones.

—Entonces, ¿cómo sabes cómo es para pintarlo?

—A los humanos nos gusta inventar criaturas. —Colocó el pincel ancho en un cuenco verde a juego y cogió un pincel más fino con pintura azul pálido. Pinceló una línea bajo sus ojos marrones, como si viera algún tipo de imperfección. —Nos gusta contarnos historias divertidas.

—No le veo sentido a las historias falsas. Hay mucho que descubrir en el mundo real.

Delora se burló. —Quizá para un Duskwalker, pero llevamos casi trescientos cincuenta años atrapados entre muros. Tenemos que hacer algo para entretenernos.

Magnar resopló, pensando que era un argumento justo. Se acercó a otra figura muy distinta de la que ella había creado.

Hecha de líneas negras y desordenadas, tenía un torso de líneas largas con una V invertida debajo que parecía un intento de piernas. También había un trazo curvo largo que creaba una forma de herradura cerca de la parte superior a modo de brazos. Por encima de estas extremidades de palo había una forma cónica puntiaguda que tenía líneas dentadas a lo largo del borde inferior, y dos espirales arremolinadas por encima.

El último detalle, que era el único color, eran dos manchas de color azul.

—¿Qué es esto? —Magnar señaló la extraña figura. —No se parece a nada de lo que has pintado aquí.

En su periferia, vio que Delora se llevaba los labios a la boca para mordérselos. Luego, pareciendo recobrar la compostura, dijo: —Lo ha pintado Reia. Es... Orpheus.

Magnar ladeó la cabeza mientras lo examinaba.

Tal vez las líneas dentadas fueran dientes, y las manchas azules, ojos, pero era una imagen muy extraña.

—Pero no se parece en nada a él.

Delora soltó un fuerte suspiro mientras negaba con la cabeza. —Intenté decírselo, pero se empeñó en que era perfecto y que había captado su *esencia*.

Intercambiando los pinceles, Delora empezó a pintar pinceladas de marrón hacia abajo sobre parte del verde. Él pensó que ella podría estar tratando de crear árboles en su imagen, con un campo separándolos del unicornio.

—Sabes...— empezó, con los ojos concentrados en lo que estaba haciendo. —Hadith odiaba cuando pintaba.

El gruñido que emitió de inmediato desde lo más profundo de su pecho fue involuntario, una reacción instantánea al oír *aquel* nombre. Un calor abrasador le calentó el pecho de rabia, despreciando que Delora hubiera estado unida a otro antes. A un *humano*.

No necesitaba saber cómo era este *Hadith* para saber que tenía piel en lugar de pelo y plumas. Que tenía ojos adecuados para que ella los mirara.

Nunca se había dado cuenta de que podía odiar tanto un nombre.

Le invadieron unos celos y una envidia incontrolables. Sabía que nunca se habrían enfrentado a los problemas a los que él y Delora se enfrentaban. Eran iguales. Él era una persona que no tenía garras ni colmillos para lastimarla. Que podía devolverle los besos con sus propios labios.

Y, sin embargo, Hadith había sido innegablemente débil.

Magnar podría haberle arrancado miembro a miembro y no deseaba otra cosa que hacerlo después de saber cómo había tratado a Delora.

Quería arrancarle las piernas para que no pudiera acercarse a ella con malicia. Quiso arrancarle los brazos para no poder hacerle daño con las manos. Quería arrancarle los ojos para que no pudiera mirarla, arrancarle las orejas de la cabeza para que no pudiera oír su voz y rebanarle la lengua para que no pudiera hablarle con crueldad.

Y, por último, Magnar quería arrancarle su pequeño pene humano por muchas otras razones.

No quería saber nada de aquel hombre *insignificante* que ya no existía en el mismo plano que ella.

Tanto si había oído su gruñido de advertencia y lo había ignorado como si no entendía de qué se trataba, continuó hablando.

—No he pintado bien desde que dejé mi pueblo para casarme con él. Decía que pintar cualquier cosa como un unicornio o un hada era cosa de niños, y que debería avergonzarme por ser tan inmadura. Que había cosas más importantes que hacer que pintar dibujitos.

El rojo carmesí cambió el color de su vista, y el gruñido de Magnar se hizo más nítido y hostil. Se acercó más.

¿Por qué sigue hablando de él?

—Pero quería pintarlos porque el mundo fuera de los muros era tan oscuro y aterrador y estaba tan lleno de miseria. —Bajó el pincel con expresión pensativa y frunciendo las cejas. —Quería dar color al mundo desesperanzado en el que vivíamos, igual que mi madre. Supongo que... por el camino, con todo lo que he pasado y por culpa de Hadith, mi niña interior murió. Es agradable volver a saludarla por fin.

—Delora, —advirtió, sus garras pesaban y hormigueaban en las yemas de sus dedos, la picazón por mutilar crecía en su interior. Pero no a ella, Hadith. Ella era suya, y no quería que recordara a ese macho, no quería que hablara de él. Si pudiera, borraría su recuerdo de él con su magia. —Detente...

—Magnar, ¡detente! —gritó Delora, extendiendo las manos en su dirección con los ojos dirigidos hacia el suelo.

Demasiado tarde. Su espantoso grito lo asustó y estrelló la pezuña contra un cuenco de pintura, haciendo que se le cayera el pie encima.

No había sabido que había más en el suelo, colores que ella no usaba tan a menudo y no cabían en el pequeño tocón que él le había proporcionado.

Los largos brazos de Magnar giraron en el aire justo antes de aterrizar de culo con un *oomph*. El cuenco de pintura amarilla voló por los aires y le dejó una mancha en la cara, antes de que el cuenco de madera le golpeara la cabeza con un ruido sordo.

Por suerte, había aterrizado en el pasillo de tierra del huerto, de lo contrario probablemente habría roto muchas de sus verduras y frutas.

El blanco entró en su visión mientras miraba fijamente el cuenco ahora vacío.

He derramado su pintura. ¿Se enfadaría con él por esto? Sabía lo mucho que significaban para ella, teniendo en cuenta su reacción al encontrarlas en la Aldea de los Demonios.

El sonido agudo que sonó a continuación le resultó extraño. Nunca lo había oído de ella, pero supo *exactamente* de qué se trataba incluso antes de levantar la vista.

—¡Pffft! —Delora resopló, justo antes de empezar a reír, con las manos en los muslos como si necesitara estabilizarse o se desplomaría.

Tenía los labios curvados hacia arriba y entreabiertos, mostrándole unos dientes blancos y uniformes, mientras que sus redondeadas mejillas habían arqueado los párpados.

Delora, pensó cálidamente, sintiendo que algo tierno se arremolinaba en su pecho.

Intentando reprimir la risa, alargó la mano como si quisiera ayudarle a ponerse en pie. En el momento en que él levantó la mano para cogerla, y no es que pensara que ella fuera a hacer mucho por ponerlo en pie, ella retiró la mano y volvió a echarse a reír. Se abrazó el abdomen como si le estuviera dando un calambre.

—¡Dios mío! Lo siento mucho, pero te juro que ha sido lo más gracioso que he visto nunca. —Soltó un brazo y le señaló mientras se giraba para ponerse de

lado. —Te caíste literalmente como en los espectáculos cómicos que hacen en la plaza del pueblo. Como si te hubieras resbalado con una cáscara de plátano. Y entonces el cuenco te golpeó en la puta cabeza. No puedo. Lo siento, pero es demasiado gracioso.

Tras unos instantes, se tranquilizó y se acercó para colocarse entre sus pies mientras le ofrecía la mano. En su rostro brillaba una sonrisa llena de humor, y él se dio cuenta de que se esforzaba por no soltar una risita.

En lugar de pedirle ayuda, Magnar levantó la palma de la mano y le acarició todo el lado derecho de la cabeza.

—¿Así es como es tu risa? —Acarició suavemente con la garra del pulgar desde el pliegue de su nariz hasta su redondeado pómulo, hinchado por el humor. —Es tan bonita.

Había visto sonreír a Reia muchas veces, a veces dirigida a él, pero nunca le había robado el aliento como lo hacía la de Delora. No era como si hubiera esperado eones para verla, no le aceleraba el corazón.

Nunca hizo que su vista se transformara en un brillante rosa intenso, y la calidez que sintió en su interior fue más poderosa que la de cualquier llama a la que se hubiera acercado.

Su vista se iluminó de color cuando la sonrisa de ella se suavizó en algo tan absolutamente tierno con sus labios cerrándose. Sus bonitos ojos marrones estaban fijos en él cuando se inclinó hacia su palma en señal de bienvenida, agarrándole la muñeca para retenerlo allí.

Delora bajó hasta arrodillarse en el suelo entre sus muslos, mientras le sujetaba la muñeca, antes de soltarle. Su sonrisa no se desvaneció, pero se transformó en algo más, quizás con un matiz sombrío.

—Siento haber sido como soy. —Sus ojos se movieron a través de las características de su cráneo, sin molestarse por nada de eso mientras lo miraba. —Estaba... Estaba muy dolida y no sabía qué hacer con mis sentimientos. No sabía cómo hacerme sentir mejor, y me preocupaba que llegaras a odiarme. Asesiné a dos personas que no merecían morir sólo porque estaba enfadada.

—¿Por qué iba a odiarte por algo así? Me he comido a los de tu especie. He matado a muchos más humanos que tú.

Bajó la mirada y jugueteó con los dedos sobre su regazo.

—Porque yo lo veo de otra manera. Mataste a gente porque lo necesitabas, porque eso es lo que... hacen las criaturas. Cazan, y no les importa lo que sea al final del día mientras se alimenten. No estabas impulsado por la emoción o algo inmoral. No sabías que estaba mal. Pero yo sí, y aún así lo hice. Me odiaba a mí misma por hacerlo.

Magnar pasó con cuidado una de sus garras por debajo de la línea de su mandíbula hasta llegar a su barbilla. Le levantó la cara sólo por su agudeza.

—Pero al hacerlo, te me encontraste.

Su sonrisa, que había empezado a caer, volvió.

—Eres encantador a tu manera, Magnar.

El pelaje y las plumas de su cuerpo se erizaron ante el cumplido, pues nunca antes había recibido uno tan tierno.

No solían tener momentos así, pero cuando los tenían, le recordaban por qué Delora le gustaba tanto.

Por mucho que pensara que era la criatura más hermosa que había visto en toda su larga vida, la amabilidad que irradiaba no era nada que hubiera experimentado antes. Delora era indulgente. Él era un Mavka, que aún tenía mucho que aprender y carecía de humanidad, pero ella nunca le hizo sentir... menos por ello.

No porque nunca lo hubiera insultado, que no lo había hecho, sino porque trataba de asegurarse de que se sintiera cómodo al hacerle sus preguntas. Delora le permitía a Magnar ser él mismo, y él sabía que tenía muchos defectos.

A menudo intentaba ocultarlo.

No le importaba que ella estuviera triste, que intentara curarse de su dolor. Ella le había dado un propósito al hacerlo.

Ahora sólo trabajaba para intentar convertirse en su propósito. No sabía cómo hacerlo.

Ella me desea. Eso era al menos algo, especialmente ahora que entendía lo que significaba. *Significaba que le gustaba mucho... ¿verdad?* ¿Significaba que le gustaba su tacto y su presencia?

—¡Ooo! —Delora chilló en voz baja antes de mirar hacia su estómago. —¡Creo que porque me estaba riendo se movió! ¿Quieres sentirlo?

Antes de que le diera la oportunidad de rechazar su oferta, receloso de todo aquello, Delora le agarró la mano y colocó la palma contra su redondeado vientre. Toda su mano oscura lo abarcaba.

Justo cuando estaba a punto de apartarse de un lugar tan delicado y precioso, algo golpeó contra su meñique.

Hizo una pausa y movió la palma en esa dirección. Sintió otro golpe.

—¿Ves?, —preguntó. —¿No es genial?

Genial no es la palabra que él usaría, sino más bien *surrealista*. Era una vida que no había nacido, algo que no podía ver, pero que hacía tiempo que era capaz de oír. Como sus oídos eran tan sensibles, hacía dos semanas que había empezado a oír sus rápidos latidos cada vez que estaba cerca de ella.

Creador. ¿Padre? Al tocarlo, parecía más real.

Algo cálido, casi tierno, surgió en sus ojos cuando giró la cabeza hacia abajo para mirar la mano de él sobre su vientre redondeado. —¿De qué sexo crees que será?

—Los Mavka no tenemos género cuando nacemos. —Al menos eso le había informado la Lechuza Hechicera.

Su rostro se alzó con las cejas fruncidas. —¿No naces con un género? Entonces, ¿cómo has llegado a ser hombre?

Apartó la mano de su estómago porque no sabía qué sentía al tocarlo.

—El primer humano que comemos dicta nuestro género.

—Cierto, olvidé que Reia me dijo que tu especie es andrógina cuando naces. —Se quedó pensativa un momento. —Entonces, ¿son un ello?

Magnar ladeó la cabeza, perplejo.

—Lo más probable es que sea un macho. Los hombres humanos son más comunes en la superficie del bosque.

—Sí, pero hasta que no se coman a uno, no tendrá género. Eso los convierte en un ellos y ellas. Aún así podrían acabar convirtiéndose en una hembra. Prefiero no llamarlos él si pueden acabar convirtiéndose en hembra, o viceversa.

Un rosa rojizo se alzó en sus orbes. —No lo entiendo.

Una sonrisa empezó a jugar en sus labios. El hecho de que ella le hubiera regalado otra hizo que su cola golpeara ligeramente el suelo.

—No tienes que entenderlo. Sólo tienes que aceptarlo. —Su sonrisa aumentó cuando preguntó: —¿De acuerdo?

Su cola golpeó más rápido. —De acuerdo.

Como ella quisiera llamarlo, así se llamaría. Sobre todo, si eso significaba que podía seguir recibiendo esa agradable expresión.

Durante largos momentos, Delora y Magnar se miraron fijamente, ninguno hablaba pero tampoco tenía que hacerlo. Cualquier tensión en su interior se alivió y le permitió estos breves minutos de satisfacción con ella.

Es tan hermosa. Un suave viento le rozó el pelo por encima del hombro y le tocó los labios, haciendo que su vista se posara en ellos. *Me gustaría jugar con ellos.*

Sabía que se sentían bien presionando contra el frío hueso de su cráneo.

—Tienes pintura en la cara, —le dijo ella, con el ceño fruncido. Luego se le iluminó la cara y dijo: —¿Puedo pintártela?

Magnar se pasó las garras por el cráneo y vio que las puntas estaban cubiertas de pintura amarilla.

—Si quieres.

Rebotando sobre sus rodillas, se agachó junto a sus pies y acercó varios cuencos de pintura. Luego cogió el pincel más fino, lo mojó en el azul y empezó a hacerle trazos en la frente.

Su rostro estaba relajado, y él notó que las ojeras eran casi inexistentes, salvo lo que era natural.

La pintura estaba fría sobre sus huesos, pero no le importó, ya que pudo percibir de cerca su aroma a manzana roja y escarcha tal como se desprendía de su piel. Casi se inclinó más para lamer su embriagador aroma.

Pero había un pensamiento que le llenaba de melancolía.

—¿Haces esto porque no te gusta mi aspecto? —¿Intentaba cambiarlo para que se adaptara mejor a sus deseos? ¿Para ocultar que no tenía rostro y que sólo llevaba una calavera?

—¿Perdón?

—No tengo la piel como tú, —dijo él, acercándose para tocarle la mejilla. —¿Preferirías que no tuviera este aspecto?

—Magnar, —susurró ella con una pizca de pena. —No, en absoluto. No pretendía hacerte sentir así.

Ella se lanzó inesperadamente hacia delante y apretó sus suaves labios contra uno de los colmillos superiores más largos de él. Magnar tocó el lugar donde ella lo había besado cuando se retiró.

Le había dado lo que quería, y le sorprendió que lo hiciera. *¡Ella me ha besado!*

Y había sido cálido y suave, haciéndole desear ya otro. Se echó hacia atrás para evitar que su infernal cola se moviera salvajemente, volviéndose tímido por lo excitado que estaba.

—Es tan blanco, como un lienzo, y quería añadirle algo. —Luego procedió a pasarse el pincel por su propia cara para darse una especie de bigotes rosados ya que había cambiado de color. —A los humanos nos gusta hacer esto a veces. Nos gusta pintar nuestras caras, o las de los demás, sólo por diversión. Pero si no te gusta, puedo parar.

La tensión de sus músculos se relajó.

—No, —respondió moviendo la cabeza. —Si quieres usarme como tu lienzo, me gustaría.

Es como cuando Reia le dio a Orpheus sus cascabeles. Entonces sus orbes se volvieron amarillo brillante. *Pero mejor.*

CAPITULO 30

Si Magnar hubiera sabido que tendría que ver a su pequeño cuervo gritando de dolor, se habría arrancado la polla antes de tener la oportunidad de usarla.

Se inquietó, sin saber qué hacer ni cómo ayudar, mientras Delora emitía un ruido profundo, entrecortado, tenso e incoherente mientras descansaba contra la pared exterior de su nido. Se empeñaba en hacerlo donde no pudiera ensuciar nada, pero parecía tan incómoda mientras se recostaba.

A su alrededor había gruesas velas blancas encendidas. Resaltaban el sudor que salpicaba su frente, las lágrimas de sus ojos y su cara roja y nerviosa. Llevaba puesta una de sus camisas, con la que solía dormir.

Lo único que Magnar podía hacer era intercambiar su peso de un pie al otro, y luego a cada mano sobre la que también se apoyaba. Su posición rendida y sumisa era baja respecto al suelo, como si eso pudiera bastar para salvarla de algún modo.

Cada vez que ella gritaba, su pelaje y sus plumas se erizaban de preocupación.

—Delora, déjame llamar a la Lechuza Hechicera, —le suplicó cuando notó el líquido y la sangre entre sus muslos.

—¡No!, —replicó al instante, cuando algo llamado *contracciones* se calmó para volver poco después. Odiaba que siempre volvieran, fueran a peor y no parecieran terminar nunca. —No quiero que vengan todos.

—Pero ella puede ayudar.

Sus orbes estaban blancos desde que empezó este calvario.

Delora sacudió la cabeza, respirando rápida y brevemente antes de que su rostro se tensara una vez más y gritara horriblemente. Apretó los dientes y cerró los puños. Incluso se le doblaron los dedos de los pies.

Se calmó, la contracción desapareció, y le dio otro momento para hablar a través de sudores.

—Si la llamas, Reia y Orpheus podrían venir. —Él ladeó la cabeza, dando a entender que no entendía de qué se trataba. Ella le dirigió su mirada agotada. —No quiero que me vean. Esto... es muy privado, Magnar. No sabrán qué hacer.

—Reia es humana, Delora, —rebatió él mientras se acercaba.

Le acarició el pelo, deseando poder quitarle el dolor.

Ya lo había intentado, pero había acabado empeorando las cosas cuando ella necesitaba volver a empezar. Delora tenía que pasar por todo el proceso antes de que él pudiera curarla.

Magnar no sabía cuánto tiempo llevaba así. ¿Una hora? ¿Quizá más? Los segundos parecían minutos, y cada una de sus lágrimas y ruidos eran angustiosos. Sus gruñidos, gemidos y gritos agudos. El olor a sal de sus

lágrimas, su sudor, su sangre y un extraño fluido que había sido transparente, pero también lleno de una negrura que, según ella, no era normal.

Todo este dolor le parecía... *incorrecto*. No parecía natural, aunque aparentemente era algo por lo que todas las hembras de todas las especies tenían que pasar.

¿Siempre es así? Entonces, ¿por qué alguien querría tener hijos?

—¡Era portadora de malos presagios!, —gritó, justo cuando le sobrevino otra contracción. Suspiró cuando le dieron otra tregua. —Los demás humanos las rechazan. Probablemente nunca ha visto a otra mujer dar a luz, y será tan inútil como lo estás siendo tú.

Magnar se estremeció y sintió que se le hundía el corazón.

Estoy siendo inútil. No estaba ayudando.

—Lo siento, —gritó ella, y su ceño se arrugó profundamente cuando comprendió que lo había herido. —No era mi intención. Es que... no hay nada que puedas hacer. Si llamas a la Lechuza Hechicera, podrían venir todos los demás, y no quiero que me miren como a un espectáculo. Por favor...— Delora echó el brazo hacia delante. —¿Pu-Puedes cogerme la mano?

Magnar le cogió la mano.

La siguiente vez que Delora necesitó empujar, le apretó la mano con una fuerza sorprendente. Casi le dolían los nudillos al apretarlos, y los huesos rozaban entre sí.

Pero estaba más tranquila, como si eso realmente ayudara, y Magnar estaba de acuerdo en dejar que le pulverizara la mano hasta convertirla en polvo si eso la calmaba.

Parecía gustarle que le pasara un paño húmedo por la frente, y él la acariciaba a menudo, alternando entre hacerlo y acariciarle el pelo brillante pero húmedo.

Su ritmo cardíaco era acelerado y su respiración aún más rápida, pero Delora, su pequeña humana, valiente y fuerte, estaba perseverando. Sintió una enorme compasión, pero también orgullo.

—Siento haberte hecho esto, —le dijo en voz baja.

—Sí, vete a la mierda, —dijo ella, haciendo que él se tensara, pero la sonrisa rota que le dedicó le hizo relajarse.

Se sorprendió de que estuviera bromeando con él, y se sintió aliviado de que esta nueva expresión de ella, sus sonrisas, no se hubieran ido o fueran temporales.

Ella pedía agua de vez en cuando, pero pasaba la mayor parte del tiempo intentando encontrar una postura mejor. Pasó de estar a cuatro patas a estar en cuclillas. Finalmente, agotada, volvió a tumbarse.

Justo cuando pensaba que esto estaba llevando demasiado tiempo y estaba a punto de llamar a la Lechuza Hechicera -a pesar de saber que lo más probable era que Reia y Orpheus vinieran aquí-, Delora soltó un gruñido muy diferente y mucho más largo que antes.

—¡Quítate de encima!, —gritó, haciendo un terrible esfuerzo. —Hijo de...

Sus ojos se pusieron en blanco justo cuando algo se *deslizó* hacia fuera. Giró la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, hacia la extraña cosa negra que estaba entre sus piernas, sobre la tela que había tendido debajo de sí.

—Se suponía que tenías que cogerlo, —graznó con voz aturdida y jadeante.

¿Cómo iba a saberlo? pensó, mientras acercaba una mano para poder inclinarse hacia delante. Lo examinó.

No parece un Mavka.

Se sorprendió cuando se movió.

Al principio fue lento, pero levantaron lo que Magnar pensó que podía ser su cabeza. No tenían orbes brillantes, ni un cráneo. En su lugar, no tenían más que un rostro negro y curvado sin rasgos, salvo dos orificios nasales hendidos que se abrían y cerraban cuando respiraban por primera vez.

Era pegajoso, cubierto de baba negra, y cuando levantaron lo que él pensó que podía ser un brazo, tampoco tenía rasgos. Tenían manos pero no dedos, pies pero no dedos. Era extraño, y la criatura no se parecía en nada a él. Sin pelaje, sin plumas, sin garras ni colmillos.

Una pizarra limpia de nada más que oscuridad.

Entonces abrió sus fauces. Reveló que los bordes de su boca sin costuras tenían líneas triangulares dentadas que se entrelazaban con su mandíbula inferior cuando estaba cerrada. Dentro había una lengua morada que se movía.

Empezó a escupir líquido antes de soltar un horrible chillido.

Giraró la cabeza hacia Delora, con los orificios nasales abriéndose y cerrándose rápidamente como si estuvieran olfateando salvajemente. La criatura corrió inmediatamente hacia ella.

Magnar sabía que algo iba mal.

No consiguió detenerló antes de que la pequeña criatura hundiera sus negras y dentadas fauces en el costado de su rodilla para morderle la carne.

Delora gritó, tanto de dolor como de miedo.

Magnar tuvo que quitárselo de encima antes de que le diera otro mordisco, se lo arrancó del cuerpo y lo arrojó accidentalmente al otro lado del dormitorio, presa del pánico.

La criatura se golpeó contra la pared antes de estamparse contra el suelo, pero la textura que su mano había agarrado era tan extraña como parecía. Su carne era a la vez firme, como si su exterior fuera duro, pero también blando, como si no tuviera huesos ni órganos.

El hedor del miedo se elevó en el aire desde su piel como una ola caliente y envolvente.

—¿Por qué? —sollozó Delora. —¿Por qué me ha mordido?

Antes de que pudiera responder, se oyó otro aullido. La criatura corrió a cuatro patas en su dirección con la boca dentada al descubierto. *Va a atacar de nuevo.*

Delora, al darse cuenta de esto también, trató de convertirse en su forma fantasmal, pero estaba demasiado dolorida para mantener ese estado. Su forma oscilaba entre lo físico y lo intangible.

Magnar se arrastró por encima de ella para protegerla y agarró a la criatura cuando saltó. Se agarró con fuerza cuando se retorció y se retorció con desesperación, tratando de llegar a ella.

Intentó ponerle la mano en el pecho, pero siguió atravesándola sólo para ser expulsado durante una fracción de segundo cuando ella se volvió física.

—Mantente física, —exigió Magnar.

No había tiempo suficiente. Delora se volvería intangible bajo su agarre cuando la atrapara con la palma.

—¡No! ¡Me ha mordido!

—¡No puedo curarte así!

Quería aliviar su dolor, quería ayudarla. También necesitaba que se lavara una vez curada.

Es un Mavka. Está reaccionando al olor de su sangre. Su miedo. El Mavka estaba hambriento, tratando desesperadamente de llegar a su presa sangrante.

—Te prometo que no dejaré que te muerda de nuevo.

Delora lo miró y sus miradas se encontraron.

Tenía las cejas fruncidas, mostrándole lo asustada que estaba. Luego asintió, quedándose en la forma en que él podía tocarla. La criatura se volvió más frenética, sus chillidos taladraron sus sensibles oídos, pero él aguantó mientras se hacía cargo de las heridas de Delora.

El dolor detrás de su herida era insoportable, pero no le importaba si ése era el coste de ayudarla. También le curó la herida de la mordedura.

Su cuerpo temblaba bajo todos los nuevos dolores que sentía.

Delora se volvió inmediatamente intangible, pero aún había demasiada sangre manchando la tela como para calmar a la enfurecida cría de Mavka.

—Me lo llevare fuera, —dijo Magnar mientras se ponía sobre sus cascos. —Lo siento. Sé que estás cansada, Delora, pero tendrás que lavarte y quitarte la sangre.

No captó su respuesta, sólo la mirada perdida que le dirigió, antes de marcharse.

En cuanto estuvo al aire libre y en el bosque, dentro de su pabellón de protección, la criatura calmó su estado agresivo. Sin embargo, sus chillidos no cesaron y consiguió zafarse de su agarre. El Mavka era tan pequeño que cabían en una sola mano con espacio para moverse.

Se arrastraron sobre su cuerpo, olfateándolo, pero no atacaron. No estaban frenéticos ni intentaban volver tras ella. Seguían enterrando la cara contra él, con los orificios nasales abriéndose y cerrándose rápidamente, antes de trasladarse a otro lugar de su cuerpo.

Emitió un quejido estrangulado.

Creía que habían dicho que las criaturas recién nacidas no podían moverse por sí solas. Eso le habían dicho Reia y la Lechuza Hechicera, y sin embargo esta cría de Mavka parecía moverse bien.

Dejando que hiciera lo que quisiera porque no tenía ni idea de lo que se suponía que debía hacer con la criatura recién nacida, Magnar se dio cuenta de que, en general, parecían molesto por algo. Parecían perdidos y confusos, mientras seguían moviéndose, seguían buscando.

—¿Qué buscas, pequeño?

Detuvieron sus gimoteos para girar bruscamente la cabeza.

Luego se escurrió hacia su cara, arrastrándose torpemente para ponerse encima. Magnar se lo permitió y, en poco tiempo, la criatura presionó el lateral de su cabeza contra la parte superior de su hocico. Estaba justo delante de sus orbes, donde podía verlo.

—¿Así era yo cuando nací?, —se preguntó, y sus orbes cambiaron a amarillo oscuro por la curiosidad.

La criatura correteó por encima de su cabeza antes de volver a apretar el lado de su cara contra él. Magnar se dio cuenta de que estaba escuchando su voz, tal vez en recuerdo de lo que le había dicho a Delora cuando estaban dentro de su estómago.

Una fuerte emoción le agitó el corazón.

Me recuerda.

CAPITULO 31

Las cejas de Delora se tensaron mientras cogía la tercera llave maestra que le había dado Reia.

Reia mencionó que había desmontado algunos adornos para recuperarlos, pero dijo que se alegraría si le permitían escuchar la caja de música cuando viniera de visita.

Si es que alguna vez volvía por aquí, pensó Delora con consternación.

No sabía cuándo había llegado a valorar de verdad la presencia de Reia. No era sólo porque era la única otra humana en el Velo y, por suerte, una mujer, ya que Delora no quería estar a distancia de batalla con un hombre, sino porque a Delora le gustaba Reia... le *gustaba* de verdad.

Reia era mucho más valiente y descarada que Delora, pero era divertida. La mujer no podía contener su lengua para salvar su vida, y ella era notablemente... linda presionando los botones de su Duskwalker.

Orpheus era un dulce pastel, pero también era severo y áspero en los bordes. Si Magnar era posesivo, que lo era, pensó que quizá Orpheus lo era más.

Tenía sentido si se tenía en cuenta que llevaba doscientos años buscando una compañera humana, una novia. Magnar no había esperado tanto. Él no tenía

los mismos dolores tiernos que ella podía ver en Orpheus sólo por sus acciones.

¿Ninguno de los dos querrá volver?

Supo que la arruga de su ceño era de tristeza y no de frustración cuando tuvo que arrojar la tercera llave sobre la mesa redonda que tenía delante. Quedaba una después de ésta, y parecía demasiado pequeña.

Delora no quería estar aquí sola con Magnar, con... *eso*.

La cosa que había parido era horrible. En cualquier oportunidad que tenían la atacaba, y cuando Reia y Orpheus habían llegado hoy, también intentó atacarlos.

Orpheus se había enfurecido cuando habían conseguido zafarse de los brazos de Magnar y, literalmente, habían aullado mientras volaban por los aires hacia Reia, que se volvió incorpórea antes de que la alcanzaran. Luego había empezado a intentar escalar Orpheus.

Delora se había visto obligada a observar desde la distancia cómo Orpheus se inclinaba hacia delante y luego arqueaba el cuerpo, intentando alcanzar a la criatura cuando se movían sobre su espalda. Sus extrañas fauces dentadas intentaban morderle la ropa.

Se había producido una discusión entre Orpheus, que estaba enfurecido porque su hembra había estado en peligro, y Magnar, que había intentado por todos los medios defender al pequeño monstruo sediento de sangre.

Magnar estaba apegado a él. Incluso le había gritado enfadado a Delora unas cuantas veces por su comportamiento, ¡sin que ella pudiera evitarlo!

Delora no podía estar cerca de ellos, y por lo tanto no podía estar cerca de Magnar. Se veía obligado a contenerlo siempre o, de lo contrario, vendría a por ella. El corazón casi se le salía del pecho en cuanto el pequeño monstruo se acercaba, entonces se volvía rabioso, sus fauces se abrían y cerraban como si quisieran comérsela viva.

Delora se volvía incorpórea y se retiraba.

La soledad se hacía eco, y ahora temía no volver a ver a sus nuevos amigos.

Volvió el conocido deseo de dormir todo el tiempo. Era como si ya no quisiera estar presente y todo le pesara. Sus pesadillas habían comenzado a regresar cuando eran casi inexistentes desde la noche en que le había contado su historia a Magnar.

Todo por culpa de esa *cosa*.

No quiero odiarlo. Las lágrimas brotaron de sus ojos antes de caer sobre el dorso de sus manos temblorosas mientras intentaba abrir la caja de música.

Pero parecen un maldito Demonio. Es de un negro vacío como un Demonio, y ella había visto algunos que se arrastraban de manera similar. Aparte del hecho de que no tenían ojos rojos -ni siquiera tenían malditos ojos-, parecía un monstruo de pesadilla del Velo.

Su mirada revoloteó hacia la ventana que tenía delante para ver si encontraba a Magnar en la oscuridad. Había movido la silla y la mesa para poder sentarse y mirar al exterior durante todo el día.

El corazón le tembló en el pecho cuando lo vio tallando un trozo de tocón de árbol para convertirlo en una encimera de cocina. Estaba fuera trabajando en

la oscuridad de la noche porque ella estaba despierta. Lo único que pudo distinguir fueron sus orbes verdes.

Hacía días que no hablaban y ella... Delora le echaba de menos como un terrible dolor.

Echaba de menos su tentador aroma. Su voz rica, profunda, que le estremecía el cuerpo y le recorría la mente como una ola que le llegaba al cerebro. El calor que podía sentir de él, aunque estuvieran a centímetros de distancia... y ahora que hacía más frío, era algo que ansiaba.

Delora echaba de menos que el gran y bobalicón Duskwalker le prestara atención, *cualquier* atención.

Pensó que el aleteo de esperanza que sintió era real cuando la llave que utilizaba hizo un chasquido dentro de la caja de música, pero no pudo girarla. Sacó la llave, la comprobó y volvió a meterla.

Quiero enseñárselo. Mostrarle lo que hacía, cómo era el sonido de la música. Pensó que le gustaría.

Delora buscaba desesperadamente un puente entre ellos que no tuviera nada que ver con la cercanía física. Delora quería enseñarle cosas, enseñarle más. Quería que las cosas volvieran a ser como antes, aunque a veces resultara incómodo.

Las cosas habían estado tensas antes de que ella dio a luz, y en ese entonces ella había estado pidiendo una respuesta para hacer que su relación funcione, ya que estaban atrapados juntos, para la eternidad al parecer. Delora deseaba poder hablar con su yo del pasado y decirle que dejara de ser tan egoísta.

La Delora del pasado tenía más de lo que tenía ahora.

Ya no sé qué estoy haciendo...

Algo rozó la parte posterior de uno de sus tobillos.

Delora se puso rígida y se le erizaron todos los vellos del cuerpo, con la piel erizada de pavor. El miedo le atenazó la garganta mientras un escalofrío la recorría tan violentamente que se estremeció.

Un grito ahogado se atascó en su garganta, agarrotando sus pulmones al no poder respirar, y se giró para encontrar aquella cosa cerca de sus pies.

Delora soltó un grito agudo justo cuando ellos emitieron un chillido amenazador que coincidía con el tono de su propia voz. Saltó sobre la mesa cuando intentó morderle la puta pierna, y luego intentó por todos los medios trepar por el lateral de la pata de la mesa para llegar hasta ella. Para *comérsela*. ¡Su propio hijo!

Con el culo sobre la mesa y la espalda pegada a la ventana, Delora sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas de miedo mientras intentaba retroceder. Cuando vio que un miembro negro y suave se enroscaba en el lateral de la mesa, intentó esconder los pies y protegerlos acercándolos a su cuerpo.

Delora se volvió incorpórea para protegerse, una reacción que empezaba a tener con el miedo.

Flotó a través de la mesa, hundiéndose hasta el nivel del suelo de madera, justo cuando se puso encima de la mesa. Ello la buscó.

Estaban dentro de su torso fantasmal.

Flotó hacia un lado justo cuando Magnar, con los orbes blancos, irrumpió por la puerta ligeramente entreabierta. Corrió hacia ellos.

—¡Se suponía que debías mantenerlo alejado de mí!, —gritó, sintiendo que su cuerpo intangible vacilaba.

No pareció importarle que las largas garras de Magnar se clavaran hasta el fondo en ello cuando lo levantó. Delora sabía que era prácticamente indestructible.

Nada lo detenía. No importaba lo lejos que lo arrojaras, ni lo que dejara caer accidentalmente sobre ello cuando lograban acercarse sigilosamente, como ahora, cuando había empujado la caja de música fuera de la mesa. Nada podía hacer que se detuviera.

Magnar soltó el agarre que tenía sobre la criatura. Se arrastraro por todo su cuerpo como hacía habitualmente.

Es como un parásito que se adhiere a un huésped. Se estremeció ante ese pensamiento.

Se alejó de él de un salto y aterrizó sobre la mesa. Los resoplidos que emitió al enterrar los agujeros de su nariz contra la madera para olfatearla hicieron que Delora se tapara la cara.

No puedo hacerlo. No podía llorar en esta forma, pero sinceramente quería hacerlo. No me siento segura en mi propia casa.

Apenas se sentía descansada. Le preocupaba que la atacara mientras dormía, y cada momento de vigilia le parecía una pesadilla.

La paz que Delora había encontrado aquí con Magnar había desaparecido.

—Sólo quiere estar cerca de ti, Delora.

Volvió a cogerlo, al ver que estaba angustiada al ver cómo intentaban *cazarla*.

—¡Para comerme!

No pudo mirarle a la cara cuando bajó las manos, teniendo que girar la cabeza a un lado, pero vio en su periferia que sus orbes habían cambiado a un azul intenso.

—Porque apestas a miedo. No te ataca cuando no tienes miedo.

—Sí, lo hace, —replicó ella rápidamente.

¿Pero lo hacía? Desde su nacimiento, nunca habían tenido la oportunidad de volver a morderla porque ella siempre lo veía antes de que atacara.

Magnar se acercó e intentó mostrárselo acunado en sus brazos. Delora retrocedió, negándose a estar cerca de la criatura incluso en su forma incorpórea.

—Es un Mavka, —le explicó, oscureciéndose el profundo pozo azul de sus ojos. Delora odiaba que fuera por ella. No quería entristecerlo, herirlo, pero no podía controlar lo que sentía. —Están reaccionando al olor de tu miedo. Cuando no tienes miedo, cuando no sabes que está ahí, no te hace daño.

La traición que podía sentir en su interior hizo que se le cayera la mandíbula. Sus labios se separaron.

—Lo has intentado. —No era una pregunta, sino una afirmación. —Lo has puesto cerca de mí cuando no lo sabía.

—Sí.

Su forma vaciló con inquietud. —¿Cuándo?

—Llora por ti, —respondió Magnar, arrastrando nerviosamente el peso entre las pezuñas. —A veces, no hay nada que pueda hacer para que deje de llorar, excepto acercarlo a ti.

Sabía que lloraba mucho porque el sonido la perseguía cada hora del día. Su horrible chillido le estremecía los huesos.

Delora flotó hacia atrás. —¿Cuándo, Magnar?

El naranja se transformó en sus orbes por primera vez. Era un color parecido a su rosa rojizo, pero parecía mucho más... negativo. Intuyó que era algo malo.

Su cabeza se movió hacia un lado, luego hacia el otro y dio un paso atrás mientras negaba con la cabeza. No quiso mirarla.

Él lo sabe. El sentimiento de traición se hizo más profundo. *Sabe que no me va a gustar. Sabe que lo que ha estado haciendo está mal.*

Se sentía culpable; ella podía verlo en la forma nerviosa en que se movía.

—Cuando has estado durmiendo. —Delora sintió que su forma se volvía innegablemente fría, como si alguien le hubiera pasado un dedo helado por la columna vertebral en su cuerpo fantasmal. —Te lo acerco y.....

Detuvo sus palabras para tocarse la parte superior del cráneo cuando su alma entre los cuernos perdió parte de su ardiente color. Se había vuelto más brillante durante el último mes.

Ahora se oscureció, no del todo, pero lo suficiente como para que desaparecieran algunas fisuras de lava.

—Tú... tú...

Delora se apartó de él con los ojos muy abiertos, incapaz de comprender cuánto le dolía saber aquello.

La había puesto en peligro potencial mientras ella se encontraba en un estado vulnerable e inconsciente. Había acercado a aquella criatura a ella sin su permiso, sin su *consentimiento*.

Si hubiera estado físicamente en ese momento, Delora sabía que estaría hiperventilando.

¿Cómo no lo sabía? Tendría que haberse colado allí para no molestarla.

—¿Cómo has podido? —Sus manos se curvaron en puños, deseando poder sentir el apretón de estos. —Confié en ti.

—Nunca dejaría que te hiciera daño, Delora. Estoy con los dos todo el tiempo, vigilándolo, pero lo único que hace es acurrucarse contra ti y dormir. —Se agachó como si quisiera ponerse a su altura para no sobresalir por encima de ella. —El... Creo que busca tu olor porque no puede ver. No entiende dónde está. Lo único que conoce eres tú, tu olor, porque tú los llevaste dentro.

Creyó sentir una punzada de lástima, pero todavía estaba demasiado enfadada para sentirla.

—Eso no te da derecho a hacer algo así sin mi consentimiento.

—Cuando está conmigo, se tumba sobre el lado izquierdo de mi cuerpo, donde está mi corazón. Hacen lo mismo contigo, pero no lloriquea cuando están contigo.

Delora soltó las manos y, vacilante, se atrevió a mirarlas.

No se había dado cuenta de que Magnar se había agachado tanto que se veía obligado a mirarla fijamente. Se estaba haciendo más pequeño que ella, cediéndole la posición de dominio de su postura como si se estuviera rindiendo.

Delora sintió que las llamas de su ira se disipaban lentamente.

—¿Escuchan mi corazón?, —preguntó con curiosidad.

—Recuerdan mi voz de cuando hablé contigo, por eso no me atacan. Creo... que buscan consuelo. —Magnar levantó la mano para rozarlo suavemente con las garras y, por un momento, ella oyó un leve gemido. Estaba aferrado a su músculo pectoral izquierdo por encima de la camisa, justo donde estaba su corazón. —Eres todo lo que conocía. Te buscan constantemente, por eso a veces lo encuentras cerca de ti.

Su dolor se hizo más profundo. —¿Y dejas que venga a por mí?

Magnar negó con la cabeza. —A veces estoy inmerso en mi tarea y estoy acostumbrado a que se mueva sobre mí. Es muy ligero. No tiene olor, y sus

sonidos son silenciosos. No siempre noto que me abandona para buscarte. Y siempre va contigo, Delora. No importa dónde estés. Es tu grito el que me hace darme cuenta de que se ha ido.

Delora no sabía cómo se sentía al enterarse de todo esto.

El torbellino de confusión era desalentador. No sabía cómo deshacerse de su miedo, cómo darle a la criatura lo que quería.

Venía de ella, y tenía miedo de estar cerca de el.

La criatura era algo desconocido. Cuando Delora lo llevaba, estaba muy emocionada por conocerlo, esperando que fueran tan dulces y cálidos como Magnar. Incluso había estado repasando nombres para darle.

Pero lo único que hizo fue intentar comérsela desde el momento en que respiraró por primera vez.

Acababa de salir del parto, algo que había sido doloroso y desalentador por sí solo, sobre todo porque había tenido que hacerlo sola, sin nadie que la ayudara. El alivio que sintió cuando consiguió expulsarlo con lágrimas y un grito se lo tragó al instante el hecho de que hundiera su extraña boca dentada en su carne.

Desde entonces, sólo había sentido confusión.

Delora quería amarlo como lo había hecho cuando lo llevaba en su vientre, pero no sabía cómo.

—Por favor, —lloró sin lágrimas detrás de las manos cuando se cubrió la cara, deseando que él no la hubiera empujado a la vergüenza y la culpa al revelarle todo esto. —Por favor... déjame en paz.

—Delora, —dijo Magnar, acercándose para poder agitar sus dedos con garras cerca de su forma incorpórea, como si quisiera consolarla. —Si lo intentas...

—No puedo, —respondió ella, sacudiendo la cabeza. —No puedo hacerlo ahora. Estoy muy, muy enfadada contigo por lo que has hecho, y muy disgustada. Por favor, dame unos momentos. Llévatelo fuera.

—De acuerdo. Si eso es lo que quieres.

Magnar, aún agachado, se arrastró hacia atrás para dejarle espacio antes de dirigirse a la puerta. Se deslizó por ella y la cerró suavemente.

Al cabo de unos segundos, cuando supo que estaban lo bastante lejos, Delora se volvió física. Le temblaron los brazos al apoyar las manos en la mesa mientras se ponía de pie.

Sus cejas se fruncieron mientras trataba de procesar todo aquello.

Hacía sólo unos días que había dado a luz. No había sufrido ningún tiempo de recuperación, ya que Magnar había asumido el dolor por ella, pero sus emociones habían sido caóticas desde entonces.

Él... No puedo creer que hiciera eso. Hacer que Delora se tumbara con él cuando sabía que ella habría estado en contra. *No pensé que alguna vez me traicionaría.*

La inocencia de Magnar era algo que ella adoraba de él porque lo consideraba seguro. Podía perdonar un accidente, pero esto había sido hecho a propósito.

Los dedos de Delora se cerraron en un puño apretado, intentando contener las lágrimas. *Pero creyó que era por un bien mayor*. Los destensó y los volvió a extender contra la superficie de la mesa.

Supongo que nunca me atacó mientras lo hacía.

Delora nunca se había despertado por culpa de el. Nunca había sabido lo que Magnar había estado haciendo, lo que significaba que la criatura no había hecho nada para dañarla en esos momentos.

No quiero tenerle miedo, pensó mientras imaginaba su extraña forma. Un escalofrío la recorrió al instante, y se esforzó por controlarlo, sabiendo que tenía que deshacerse de ese miedo de algún modo.

Tomó una profunda bocanada de aire y lo dejó salir, aliviando sus lágrimas y calmando sus emociones para que no se sintieran tan desquiciadas. La depresión posparto era una putada y empeoraba por el hecho de que nada de esto era normal.

—Sólo tengo que acostumbrarme a el, —susurró dispuesta a armarse de valor. —Como acercarse a un perro rabioso, si huele tu malestar, es más probable que ataque.

Delora nunca se había enfrentado a un perro rabioso. Tampoco era un perro, sino un Duskwalker devorador de humanos.

A pesar de todo, ella no podía seguir viviendo así. En este limbo solitario. En esta casa que se sentía inquietantemente fría sin la presencia de Magnar.

Tomó otra bocanada de aire y echó los hombros hacia atrás, levantándose de la mesa y deseando tener fuerzas, antes de soltarlas. Erguida, miró su propia imagen cansada y deprimida que le devolvía la mirada desde el reflejo en el cristal de la ventana.

Quizá si al menos pudiera tolerar su presencia, las cosas mejorarían.

Delora exhaló un último suspiro y se miró a sí misma.

No era resistente como Reia, pero no permitiría que esto tomara el control de su vida, una vida que no había querido vivir antes de Magnar. Le gustaba, no podía dejarlo, estaban unidos por decisión de ambos. Las cosas tenían que funcionar, y eso significaba que tenía que ser valiente y enfrentarse a las cosas que la aterrorizaban.

Delora se volvió hacia la puerta y salió por ella.

Magnar estaba sentado en los escalones del porche mirando las llamas que quedaban en la hoguera de cuando ella había preparado la cena antes. A menudo lo había visto sentarse allí con ellas.

Giró el cráneo hasta que uno de sus orbes, todavía de un azul entristecido, pudo verse. Su mirada seguía sus movimientos, y finalmente llegó a sentarse junto a ambos con la cabeza vuelta hacia otro lado para no mirarlos. No podía, le preocupaba empezar a apestar a miedo al instante si miraba a su propio bebé.

Ya le daba miedo estar tan cerca.

—No vuelvas a hacer algo en contra de mis deseos, —dijo Delora en voz baja. —No hagas algo con lo que sabes que no estaría de acuerdo.

Magnar respondió con un quejido seco.

—El consentimiento es algo muy importante, Magnar, —continuó. —Importa en todo lo que hacemos. Cuando lo recibes, crea confianza, y cuando haces algo en contra de la voluntad o el conocimiento de alguien, la rompe. Entiendo que estabas haciendo algo que te parecía correcto, y puede que lo fuera, pero eso no te da derecho a herir mi confianza en ti. A veces la confianza no se puede recuperar, así que ten cuidado.

—¿No confiarás más en mí? —La tristeza abatida y sincera que oyó en su tono hizo que se le estrujara el corazón.

—Esta vez te perdono. —Delora jugueteó con sus dedos entrelazándolos antes de separarlos, tensándolos y luego extendiéndolos. No sabía qué hacer con ellos, dónde colocarlos en su regazo. —No me hizo daño. Pero si lo hubiera hecho, podría haber perdido mi confianza en ti, Magnar. Si por alguna razón hubiera tenido una pesadilla, algo que sabes que he estado teniendo, habría olido a miedo. Puede que no hubieras sido capaz de reaccionar lo bastante rápido para evitar que me hicieran daño, y me habría despertado ya asustada y luego aún más petrificada. Me habría sentido traicionada porque tú lo habías permitido.

—Lo siento, —respondió en voz baja. —No pensé en tus pesadillas.

Fue una suerte que no ocurriera, sobre todo porque había tenido algunas las últimas noches.

—Si no confío en ti, no querré estar aquí nunca más, —dijo con sinceridad.

El único puente sólido entre ellos era que ella confiaba en él. Si eso caía, Delora no querría estar cerca de él, no querría que la tocaran. No querría ni hablarle ni mirarle. Ella necesitaba ese puente para pararse, o caería en el río del fracaso debajo de él y se ahogaría.

—¿*Quieres* estar aquí? —Su voz se alzó, tal vez con esperanza o alegría.

—Sí, quiero. Quiero estar aquí contigo.

Y ni una sola vez durante su conversación, la criatura había emitido aquel terrible chillido o había intentado atacarla.

Inhalando por la nariz, Delora cerró los ojos y finalmente se atrevió a levantar el brazo en dirección a Magnar. Apretó la punta del dedo corazón contra su cuerpo. Un vínculo vacilante y cauteloso.

Como parecía comprender lo que intentaba hacer, sintió que el cuerpo de Magnar se relajaba. Sus brazos se movieron como si hubiera estado apretando a la criatura contra él con su fuerza.

Pasaron unos segundos hasta que sintió el aliento, pequeño pero muy cálido, en el dorso de la mano. Rápidamente apretó el puño y presentó la muñeca, sabiendo que un mordisco allí le causaría menos daño que en sus delicados dedos.

Cuando sintió que presionaba la punta de su redondeada cara contra su muñeca para olfatearla, no pudo evitar el ataque de preocupación que la atravesó.

Le siguió un pequeño gruñido y se volvió incorpórea para ocultar su olor.

Respira. Podía hacerlo. No habían atacado hasta ahora, y había estado sentada con ellos durante un rato*. No… No te hará daño. Tú estás bien. Todo está bien.*

Una vez más, se volvió física y presentó su muñeca.

Si lo hace, Magnar simplemente te curará.

Entonces ella entraría y lo intentaría de nuevo otro día. O nunca. Realmente dependía de lo que pasara.

Esta vez, ella no retrocedió. No pasó nada mientras olfateaba antes de apretar toda la cara contra ella como si intentaran untarse todo su olor. Entonces sintió que sus manos pequeñas y extrañamente suaves le agarraban el puño, antes de darle un lametón. Un pequeño y suave lametón.

Delora dejó escapar un suspiro reprimido que había estado conteniendo, como si eso hubiera bastado para detener el olor de su miedo, y abrió los ojos.

Se volvió para mirar cuando intento acercarla. No estaba siendo desagradable ni hiriente. Al girar la mano y abrirla, permitió que le agarrara los dedos mientras seguía oliéndola.

Una sensación de tranquilidad la invadió. Delora se inclinó un poco más para que pudiera tocarla más.

Bueno. Esto no está tan mal.

Hasta que empezaró a trepar por su brazo.

Delora se paralizó. Como no intentaba morderla, dejó que trepara por ella con la cabeza inclinada hacia otro lado. El corazón se le aceleró, pero trató de frenarlo regulando la respiración.

En unos instantes, estaban sobre su hombro y levantaban los agujeros de sus narices en dirección a su cara, a sólo un palmo de distancia.

Su carne era muy extraña.

Al mirarlo de cerca, no parecía el vacío negro de un demonio. Su carne era de un gris tan oscuro que parecía negra. Era como la de Magnar, sólo que más transparente. Su piel era tan fina y suave que podía ver su sangre morada oscura bajo la superficie.

La carne era más gruesa alrededor de los orificios de la nariz y el lugar donde creía que estaban los de las orejas, pero el resto parecía casi... pegajoso. Como una baba espesa que parecía tan firme como un ladrillo, pero que al tocarla era líquida.

—Si hablas...— Magnar comenzó, antes de que disparara la cabeza en su dirección. —Ayudará.

—H-hola, —saludó ella vacilante.

Giró la cara hacia ella y luego torció la cabeza como había visto hacer a Magnar a menudo. Luego corretearon sobre su hombro, casi como de alegría.

Una mezcla de emociones la recorrió y sintió que se relajaba aún más.

—Es la primera vez que estamos tan cerca desde que saliste. —No estaba segura de qué más se suponía que debía decir, sobre todo porque sabía que esto todavía podía dar un giro para peor.

Me siento como una idiota hablando con él. Dudo que me entienda.

Se movió de nuevo, antes de rozar su cara contra el lado de su garganta como si la estuvieran acariciando.

Se movió rápidamente una vez que echó la cabeza hacia atrás, y Delora jadeó y se puso rígida. Maniobró y ella pudo sentir que las puntas de sus manos sin dedos eran suaves y se enroscaban hacia atrás contra la presión, sin oponer resistencia mientras se aferraban a ella.

Antes de que se diera cuenta, la criatura estaba agarrada a su pecho, descansando encima de su gran pecho con la cabeza sobre su corazón. Empezaron a vibrar, emitiendo un sonido suave y silencioso que se habría perdido si no estuviera tan cerca de el.

Un ronroneo, delicado y satisfecho.

Ahora que los tenía en sus brazos, parecían tan pequeño, vulnerable y frágil.

Ya no daba tanto miedo.

No hacía más que escuchar los latidos de su corazón mientras inhalaba profundamente, como si quisieran absorber todo su aroma posible en cada aspiración. Su nariz resoplaba satisfecha, y sus manos curvadas hacia atrás trataban de hundirse en ella como si quisieran volver a meterse bajo su carne para estar seguro y a salvo.

Estaba caliente, incluso más que Magnar. Los Demonios siempre olían fatal, como un cadáver en descomposición, pero el no tenía olor alguno en comparación.

Una terrible emoción se apoderó de ella, retorciéndole el estómago y los intestinos.

—¿Delora? —preguntó Magnar cuando debió de ver las lágrimas que empezaban a formarse en sus ojos.

—Lo siento mucho, —se lamentó ella, insegura de con quién de los dos estaba hablando en ese momento. Sentía que últimamente siempre estaba disculpándose.

Envolvió el pecho con los brazos para estrechar a la pequeña criatura, antes de enterrar la cara contra él.

—Lo siento mucho, —repitió, esta vez a él, a su bebé al que había ignorado y del que había intentado huir. —Lo único que querías era a tu madre, y yo sólo pensaba en mí. Debías de estar muy asustado y confundido con el mundo.

Magnar dijo que siempre venía a buscarme.

—Sólo querías estar conmigo, querías consuelo. —Sus pulmones exhalaban sollozos mientras la culpa pesaba sobre ella. Delora estaba avergonzada de sí misma. —Se supone que debo cuidarte.

Hizo algo que empeoró sus sollozos. Alzo la cara y le lamio las lágrimas, casi como si quisieran calmarla cuando ella debería haberlo estado haciendo por el todo este tiempo.

Magnar posó tímidamente la punta de los dedos en su hombro, como si le preocupara tocarla. Ella levantó una de sus manos y se aferró a la de él con fuerza, necesitando que la consolara, que la tocara de alguna manera.

Cuando lo miró, sus orbes eran de un brillante rosa intenso. Se acercó para rodearla con el brazo y atraerla a su lado. La abrazó con fuerza e incluso empezó a pasarle las puntas de las garras por el pelo para acariciarla.

—Estabas asustada, Delora, —intentó tranquilizarla.

—Pero... si hubiera dejado de estar asustada, habría visto que sólo quería estar conmigo. Es un bebé. No importa de qué tipo o de qué especie. Sólo es un bebé que quería el consuelo de su madre.

Y con la disipación de su miedo, el amor floreció en su lugar.

El espíritu entre sus cuernos se iluminó, y aunque tenía lugares en su cuerpo que aún eran de carbón, estaba más brillante que antes.

—Sé que sigo diciéndolo, pero lamento mi forma de ser. Sigo cometiendo todos estos errores, —dijo mientras se inclinaba hacia él, disfrutando ávidamente de su abrazo. —Te he estado evitando porque tú los has estado sosteniendo en mi lugar.

—Está bien, mi pequeño cuervo. —Rozó con las yemas de los dedos a la pequeña criatura que se había acurrucado sobre su pecho izquierdo y la acariciaba con el hocico. —Todo está bien ahora. Eso es lo que importa.

Le rodeó la cintura con su larga cola de zorro, como si quisiera intensificar el abrazo. Ella agarró el pelaje esponjoso, deseando tocarlo desde hacía tanto tiempo. Le encantó su suavidad, su brillo y las cosquillas que le hacía en la palma de la mano.

Entonces Magnar pasó la punta de su hocico por debajo de su mandíbula para acariciarla también, permitiéndole recibir afecto de los dos al mismo tiempo.

Delora se sintió más ligera. Más ligera de lo que se había sentido en mucho tiempo.

CAPITULO 32

Magnar colocó la última piedra en la hendidura que había creado en la cocina antes de fijarla definitivamente con arcilla. Agradeció que fuera lo último que necesitara arcilla, pues casi había agotado todos sus recursos. Miró hacia la chimenea que había utilizado el resto.

En ese momento estaba terminando el hornillo de la cocina que Delora utilizaba cada vez que tenía ganas de comer, aunque se había dado cuenta de que sólo comía una vez al día. Después de una conversación entre ellos en la que se enteró de que ella no sentía hambre, tal vez una cualidad de los Fantasmas, se preocupó menos por sus hábitos alimenticios.

Sus hábitos de sueño también habían mejorado. Sus orbes se tornaron de un amarillo brillante al recordar cómo la veía abrazar a su pequeño.

Delora ya no tenía pesadillas. Se preguntó si a ella le resultaba reconfortante dormir con su pequeño, sintiendo su respiración, los latidos de su corazón y su calor, igual que el hacía con ella.

Se habían convertido en una pareja inseparable.

Podría haberse sentido molesto por ello, incluso celoso o solo, si no fuera por la felicidad que irradiaban las expresiones de Delora. Las compartía a menudo con él, regalándole sonrisas cada vez más tiernas.

La huella oscura bajo sus ojos había desaparecido, y Magnar a menudo encontraba sus labios ligeramente curvados, como si sonriera para sí misma.

Delora es... feliz aquí conmigo.

Su larga cola golpeó contra el suelo de madera ante sus pensamientos antes de ponerse de pie, sintiendo en cambio que golpeaba contra la parte posterior de sus piernas.

Con un zumbido de orgullo por haber terminado por fin la chimenea, dejó que su mirada se perdiera en los mostradores que había terminado días atrás y luego en los estantes debajo de ellos que no tenían puertas. Le gustaba su expresión abierta, y había hecho lo mismo con las estanterías superiores. Dudaba que ella pudiera alcanzarlas, pero eran para él, para que no tuviera que agacharse cada vez que quería algo suyo.

La cocina estaba completa, las ventanas tenían cristales y marcos, la puerta era resistente. Todas las habitaciones se habían construido con puertas provisionales hechas de troncos. Las sustituiría por más tablones de madera en el futuro, cuando regresara a la Aldea de los Demonios. La chimenea estaba terminada, al igual que el porche exterior.

Sólo quedaba amueblar la casa.

Era una tarea que a Magnar le entusiasmaba.

¿Preferiría una mesa de comedor ovalada o rectangular? Levantó la mano para golpearse con una garra en un lado del hocico. Quiero hacerle una cama en condiciones. No sabía si él estaría cómodo en ella, pero ella había parecido

cómoda en la que había dormido en la Aldea de los Demonios. Me gustaría tumbarme en una con ella.

El amarillo de sus orbes se suavizó hasta que el azul empezó a aparecer en su visión. Sintió que se le caían los hombros.

No puedo acostarme con ella.

Por mucho que quisiera, por mucho que lo hubiera intentado, Magnar no podía.

Sentir su cuerpo suave, turgente y cálido contra el suyo le removió las entrañas. Cuando el olor de su manzana helada se apoderó de su mente, acariciándola con cada inspiración de sus grandes pulmones, descubrió que su respiración empezaba a temblar.

El deseo de tocarla crecía en esos momentos, y se sentía como si la estuviera presionando. El movimiento detrás de su costura se hizo tan intenso que sintió que empezaba a salirse mientras sus orbes se volvían de un morado oscuro.

Hacía semanas que se había dado cuenta de que, por mucho que quisiera descansar a su lado, ya no podía.

Delora había despertado en él un oscuro deseo.

Sus habilidades estaban atrofiadas. Podía aprender asimilando conocimientos, pero no se volvía más listo, sólo más informado. Seguía teniendo el mismo nivel de control sobre su cuerpo, sus emociones y sus pensamientos que cuando la conoció.

Se rascó la pluma de la nuca. *Necesito consumir más humanidad.*

Necesitaba comerse a los de su especie si quería seguir desarrollándose. No quería tener esa conversación con ella.

Temía que se alejara de él.

Bajó la mano para poder mirarse las garras de ambas manos, sabiendo que podía desafilarlas, pero volverían a afilarse en un día. Además, le dolían si las cortaba demasiado e incluso supuraban sangre. Magnar lo había intentado todo para encontrar una solución, incluso algunas que resultaban dolorosas.

Pero Magnar sabía que no podía confiar en sí mismo.

Ya había mutilado su cuerpo. Siempre estaba a merced de sus deseos, incapaz aún de controlar sus tentáculos.

Ella se había negado la última vez, cuando estaban en los escalones del porche, y él sabía que era porque le preocupaba que le hiciera daño. Él no podía prometerle con total seguridad que no lo haría.

Además, ella nunca se le había acercado.

Con un resoplido irritado consigo mismo, Magnar alejó sus pensamientos sombríos y salió de la casa.

Había llovido ayer, así que sus pezuñas se hundieron en el suelo blando mientras se dirigía a la parte trasera de la casa.

Sin embargo, ella no estaba en el jardín.

Estaba en el manzano, intentando coger una de las frutas más altas de puntillas -se había comido la mayoría mientras llevaba a su hijo-. Las yemas de sus dedos rozaron la parte inferior de una manzana cuando se puso de puntillas.

Magnar se acercó por detrás de Delora para alcanzársela, chocando con ella y haciéndola jadear con un sobresalto. Ella se volvió hacia él justo cuando él arrancaba la manzana del árbol con facilidad.

Su giro hacia él reveló dos cosas.

Delora se había embadurnado las manos y la cara de color y su hijo estaba acurrucado sobre su pecho.

Levantó la cabeza y olfateó el aire en su dirección. Luego se movio para saludarlo, y Magnar extendió el brazo cuando fue obvio que su hijo quería arrastrarse sobre él como si estuviera despierto, lleno de energía y quisiera molestar a alguien.

Su cría sólo dormía cuando estaba pegada a ella, pero se animaba cuando se aferraba a él.

A menudo arrancaba las plumas de Magnar y las mordisqueaba con su boca dentada. A él no le importaba, ya que apenas le dolían, y siempre volvían a crecer. Sin embargo, puso una expresión extraña cuando una vez se las arrancó por completo. Luego intentó arrancarle su largo pelaje, lo que era mucho más doloroso.

Siempre se lo devolvía a Delora antes de que eso volviera a ocurrir.

—Deberías haberme dicho que tenías hambre, —le dijo, ofreciéndole la pieza de fruta al mismo tiempo que su cría terminaba de trepar por su brazo. —Te la habría cogido.

—Sé hacer las cosas por mí misma. —Sus mejillas se habían sonrosado y se mordisqueó el labio inferior. Frotó con el pulgar la manzana roja y brillante que tenía en la palma. —No quería molestarte.

—Pero me gustaría ayudarte, Delora. Quiero hacer cosas por ti.

Por alguna razón, sus mejillas se encendieron. Sin embargo, asintió. —De acuerdo. Te pediré ayuda la próxima vez.

Entonces, con la cabeza gacha como si sintiera timidez, caminó hacia el jardín. Al mismo tiempo, le dio un mordisco a la manzana, un crujido fuerte y húmedo que llenó sus oídos, antes de detenerse frente a su cuadro para mirarlo.

A lo largo del borde superior del tejado había una tela que él había clavado para evitar que la lluvia golpeara el cuadro. Actualmente estaba enrollada a un lado, ocultándola parcialmente de la vista.

—Casi he terminado, —murmuró Delora en voz baja, ya que él la había seguido al interior del jardín.

—No me sorprende, —respondió él, deteniéndose detrás de ella para observar su obra. —Llevas pintando esto desde que volvimos de la Aldea de los Demonios.

Delora volvió la cabeza hacia él con una sonrisa.

Por fin había conseguido lo que quería al acudir a ella, y toda la aprensión que había sentido antes se derritió bajo su expresión. Ella nunca sabría cuánto había necesitado ver su satisfacción en ese momento, para recordarle que, aunque no pudiera tocarla, seguía siendo suya, quería estar aquí y era feliz.

—¿Te gusta?

Ahora que su pintura estaba casi completa, pudo ver que el unicornio estaba de pie en un campo con una gran cascada detrás de él. Un arco iris se abría paso desde los árboles a ambos lados, y el cielo brillaba con el comienzo del amanecer o la llegada del crepúsculo.

—Es muy colorido, —respondió Magnar con tono apreciativo. —Nunca había visto tanto color en un mismo lugar.

Sus facciones relajadas se contrajeron en una sonrisa brillante, sus labios se entreabrieron y ella se inclinó hacia él y lo abrazó. No lo rodeó con los brazos porque tenía las manos cubiertas de pintura, sino que apretó los codos.

Magnar le devolvió el abrazo cruzando los brazos sobre la nuca de ella y sujetándole las caderas, chocando cariñosamente la punta del hocico contra la parte superior de su pelo.

—Gracias. Me alegro mucho de que te guste y de que no te importe que quiera hacer esto. Es muy agradable sentirse aceptada.

Magnar comprendió cómo se sentía ya que ella parecía estar haciendo lo mismo por él, pero también se sintió orgulloso de sí mismo de que ella se sintiera así lo suficiente como para decírselo.

—Siempre te aceptaré, Delora.

No entendía cómo los demás podían no hacerlo.

Ella se apartó de su abrazo, y él ya podía ver que se estaba inquietando por continuar. Le hizo un gesto con la mano para que lo hiciera.

—¿Cómo va la casa? Apuesto a que tú también casi has terminado.

Ella se agachó para coger un pincel, mostrándole la generosa curva de su maleable culo. Magnar se lamió el exterior de los colmillos. No podía dejar de mirarla, sobre todo cuando se movía de un lado a otro, tentándolo. También la había sentido presionándole hacía unos instantes, razón por la cual había chocado con ella por detrás. Estaba creando cualquier motivo para que hubiera contacto entre ellos, como si estuviera hambriento de él.

Quería clavar sus garras en ese trasero carnoso, redondeado y regordete. Quería agarrarla con fuerza y empujarla contra él mientras volvía a penetrar su húmedo calor.

Ella se levantó, robándole la vista, y él se vio obligado a aclararse la garganta. Retrocedió con cautela.

Le harás daño. No podía permitir que su mente captara esos pensamientos y se sumiera en una espiral más profunda.

—Está terminado, —dijo finalmente después de haber calmado los latidos acelerados de su corazón. —Sólo queda amueblarlo.

Hizo más profundo un trazo de rojo en el arco iris que estaba pintando como si no le hubiera gustado su profundidad original y luego empezó a trabajar ese mismo color en el cielo alrededor de una nube morada manchada de crepúsculo.

Sus cejas se tensaron por la concentración. —Será divertido.

Le gustaba lo adorable que era cuando ella fruncía los labios de esa manera. Su naricilla se arrugaba, sus cejas se fruncían, sus ojos se entrecerraban, sus labios se fruncían. Era una de las razones por las que disfrutaba observándola.

Espero que siga haciéndolo. A Magnar le gustaría que pintara de colores cada rincón de su casa. Aunque tuviera que sentarse a horcajadas sobre sus hombros para poder llegar más alto, Magnar disfrutaría soportando su peso y viéndola trabajar.

—Tal vez puedas hacerme un..., —se interrumpieron sus palabras cuando ambos oyeron una carcajada.

—Orpheus y Reia están aquí, —dijo Magnar, apenas percibiendo sus olores al acercarse con el viento que soplaba en dirección opuesta.

La sorpresa que se reflejó en su rostro cuando se dirigió hacia los árboles lo confundió.

¿Acaso no pensaba que volverían?

Él no se había dado cuenta de que ella estaba preocupada por esto después de su último encuentro con su cría.

Después de unos momentos, Orpheus y Reia aparecieron. Reia estaba en su forma fantasmal. A Magnar le pareció extraño teniendo en cuenta que estaban dentro de la protección de su círculo mágico. Reia normalmente se volvía física cuando entraba en él.

Orpheus llevaba una cesta, sin duda con comida y diversos artículos para ellos. Rara vez venían con las manos vacías.

—Habéis vuelto, —dijo Delora cuando se acercaron cerca del jardín.

Colocó su pincel en el cuenco con su pintura correspondiente y se acercó a ellos. Magnar se acercó también, sintiendo a su retoño arrastrándose dentro de su camisa.

—Claro que sí, —dijo Reia, con un rizo de humor en los labios. —Hará falta mucho más que un bebé mordedor para asustarme.

Orpheus soltó un pequeño gruñido y sus orbes parpadearon momentáneamente en rojo. Rápidamente volvieron a su azul tranquilo habitual.

—Estás en contra de esto, —dijo Magnar inclinando la cabeza hacia el otro lado.

Sintió que su retoño detenía sus movimientos dentro de su camisa, escuchando atentamente a los recién llegados. Magnar dudaba que pudieran oler a Reia y Orpheus a través de su olor, ya que estaba dentro de su camisa.

—No en contra, —rebatió Orpheus secamente. —Sólo desconfío de ella porque no tiene sentido común cuando se trata de peligro.

—Claro que sí, —dijo Reia con voz cantarina, su sonrisa se convirtió en una gran mueca cómplice. —No me volveré física, no hasta que sepamos que está bien estar cerca del malvado y pequeño Duskwalker.

Su cría asomó la cabeza por la V abierta de su camisa de vestir y empezó a olisquear el aire en dirección a Orpheus.

Reia se acercó valientemente en su forma fantasmal y los miró. Entrecerró los párpados como si eso la ayudara a ver mejor, antes de ponerse la mano sobre los labios con expresión pensativa.

—No tiene orbes flotantes por ojos como vosotros, —afirmó mientras lo examinaba.

Su olfateo se hizo más rápido, y Magnar pudo sentir que el corazón de su pequeño se aceleraba. Magnar no sabía por qué, teniendo en cuenta que no podría oler a Reia delante de él.

—El, —corrigieron rápidamente Magnar y Delora al mismo tiempo.

Ambos giraron la cabeza para mirarse, sorprendidos de haber hablado al mismo tiempo.

—¿El? —Reia frunció el ceño y los labios.

—Como los Duskwalkers no tienen sexo hasta que se comen a un humano, de bebés son andróginos. Por eso decimos él, —le dijo Delora.

Reia se encogió de hombros. —Supongo que es justo. ¿Ya tienes un nombre para él?

Antes de que ninguno de los dos pudiera responder, su retoño consiguio arrastrarse hasta salirse de la camisa de Magnar. En un abrir y cerrar de ojos, y antes de que Magnar pudiera reaccionar, el pequeño lanzó un grito agudo y saltó hacia Orpheus.

Atraveso a Reia, que retrocedió sobresaltada mientras parpadeaba rápidamente. Se aferro al brazo de Orpheus que sujetaba la cesta, mordiéndole el antebrazo.

Orpheus gruñó de dolor antes de sacudir bruscamente el brazo para quitarse de encima a la cría. La cesta se perdió en el suelo.

—Lo siento, —gruñó Orpheus, apenas controlando su rabia. Sus orbes se habían vuelto rojos en lugar de blancos, revelando que no lo sentía *tanto* mientras se cubría el brazo sangrante.

Magnar soltó su propio gruñido de advertencia, pero por lo demás no estaba demasiado molesto. La cría de Mavka era básicamente indestructible y nunca había parecido sentir dolor, ni siquiera cuando la pisaba accidentalmente porque le gustaba meterse bajo las pezuñas de Magnar.

Su cría tuvo arcadas de sangre en la boca, se frotó la cara y la lengua. Se frotaba la cara contra la hierba, desesperado por librarse de ella, como si la encontraran realmente repulsiva.

No les gusta el sabor de los de su propia especie.

Magnar casi se rió mientras iba a recogerlo.

A los Mavka nunca les había interesado comerse a los suyos. La rabia nunca había despertado el hambre, sólo la necesidad de dominar cuando luchaban.

Como si hubieran olido que se acercaba, el pequeño se alejó de las manos de Magnar y corrió hacia la cesta. Escarbaro bajo la tela, sus patitas colgando fuera de ella mientras arañaba su interior en busca de lo que quería.

No atacaba a Orpheus. Magnar apenas resistió el impulso de reírse a gusto. Había estado pensando que algo horrible estaba a punto de ocurrir otra vez.

Estaba comiendo algo dentro de la cesta de caña, y Magnar se agachó junto a ella para esperar a que terminaran de comer lo que pudo oler que era carne de venado limpia.

—Fuiste a cazar por nosotros, —comentó, feliz de ver a su pequeño comiendo por primera vez.

Orpheus también se acercó a mirar.

—Pensamos que tal vez Delora aún tuviera hambre, pero no estábamos seguros de si querrías arriesgarte a irte en caso de que ella apareciera a tu lado pero el infante no.

Magnar nunca había considerado este riesgo. Simplemente no había querido alejarse de ninguno de los dos, sobre todo ahora que ella y el pequeño eran inseparables. Disfrutaba viéndolos juntos. Eran su… *familia*. Se preocupaba por ellos y no quería estar sin ellos ni por un momento.

Cuando se comió todo lo que quería, su cría se bajó de la cesta para sentarse en su trasero. Lamio sus extrañas fauces, abriéndolas y cerrándolas mientras trabajaba con la lengua.

Entonces, ante su propia vista, su youngling se hizo repentinamente más grande.

Lo que antes cabía en una sola de las manos de Delora, ahora se agrandó hasta caber perfectamente en una de las suyas. Nada creció sobre ellos, eran prácticamente iguales, sólo más grandes.

—¡Crecieron! —jadeó Delora, mientras se acercaba.

Su cría soltó un agudo chillido mientras corría hacia Delora. Ella dudó un momento, siendo cautelosa como era de sabios a su alrededor, pero el giró delante de ella y gruño a Orpheus. La cría retrocedió hasta quedar apoyada sobre uno de sus pies.

Delora soltó una carcajada y se agachó, levantándolo para acunarlo en sus brazos. Siguio gruñendo a Orpheus, emitiendo de vez en cuando un sonido parecido a un ladrido.

—¿Intentas protegerme? —preguntó Delora, acercando su mejilla a la de el. —Es muy amable por tu parte, pero eres un poco pequeño.

Orpheus dejó escapar un zumbido pensativo. —Quizá por eso atacaron la última vez.

—Es que no nos conocen, —añadió Reia, antes de volverse física.

—*Reia,* —advirtió Orpheus.

Ella le ignoró mientras se acercaba.

—¿Puedo? —Reia se extendió en la dirección de su hijo con la mano cerrada en un puño para proteger sus dedos.

—Claro. —Delora se encogió de hombros. —Si quieres arriesgarte a que te muerda.

Delora se aseguró de tenerlos bien cerrados.

Magnar y Orpheus rodearon a ambas hembras, listos para intervenir si algo se torcía.

—Hola, pequeño, —saludó Reia, acercando la mano para que la olisquearan.

No le importó. No sabía qué hacía, quién era ni si estaba a salvo. Simplemente siguio apartándola, retorciéndose en los brazos de Delora para ser libre.

Reia se atrevió a pasarles los bordes de los nudillos por la nariz, haciéndoles saber que el aroma que los tocaba estaba siendo suave y no iba a hacerles daño.

Tras unas cuantas caricias, calmó sus forcejeos, pero no acalló sus gruñidos.

—¿Ya le has puesto nombre? —Reia tuvo que apartar la mano rápidamente antes de que la mordiera.

Bajó el brazo, tal vez pensando que había sido suficiente para empezar. Se calmó una vez que ella y Orpheus le dieron un poco de distancia. Sin embargo, era obvio que seguía angustiado por los gruñidos y gemidos que emitía mientras se acurrucaba en Delora de forma protectora.

—C-Creo que sí. —Una pizca de color rosa comenzó a surgir en sus mejillas bronceadas. —Aunque no estoy segura.

Los orbes de Magnar se volvieron de un amarillo brillante de placer. —¿Tienes un nombre para él?

La cara de Delora se sonrojó aún más, de modo que el enrojecimiento empezó a extenderse por sus orejas y por el cuello y el pecho. Se mordisqueó el labio inferior y sus ojos se negaron a mirar a ninguno de los suyos.

—Por favor, no os riais de mí. —Cuando nadie dijo nada, expectante, respiró hondo. —Fyodor.

—¿Fyodor? —Se acercó a el y empezó a acariciar la parte superior de la cabeza de su retoño cuidadosamente con la punta de los dedos. —¿Este nombre también tiene un significado?

A Magnar le gustaba que su nombre significara protector. Le gustaba que Delora lo viera así. Se preguntó si ella había pensado tanto en el nombre de su hijo.

Ella asintió. —Sí. Significa regalo de Dios.

—¿Crees que es un regalo de un Dios? —El rosa flotó en sus orbes mientras una calidez recorría todo su ser. —¿Crees que son valiosos así?

—¿Te gusta?, —preguntó en lugar de responder, incómoda con la atenta mirada de todos sobre ella.

—Sí, mucho.

—Fyodor, ¿eh? —Reia esbozó una sonrisa, intentando mirar alrededor de Magnar para poder mirar a su pequeño. Luego se acercó a la cesta y la abrió para mirar dentro. —Parece que Fyodor es un muchachito hambriento. Se comió toda la carne que le trajimos. —Luego suspiró. —Pero ni una sola verdura. Me imagino que serían como cualquier otro niño que evita sus verduras.

Magnar no sabía si estaba bromeando o no, teniendo en cuenta que ella debía saber que los Mavka no comerían esas cosas.

—¿Crees que está bien, Magnar? —El nerviosismo, y tal vez la alegría, de Delora se desvanecieron cuando una arruga de preocupación se extendió por sus cejas oscuras. —Nunca ha llorado pidiendo comida como un bebé normal, pero ¿podrían tener hambre?

—Si son Mavka, siempre tendrán hambre, —afirmó Orpheus con naturalidad.

Delora miró a Magnar expectante, como si él tuviera las respuestas que ella buscaba cuando él no las tenía.

Se rascó la nuca. Orpheus tenía razón, Fyodor siempre tendría hambre.

Sin embargo... —Quizá deberíamos llevarlos de caza.

CAPITULO 33

Magnar se vio obligado a sujetar a Fyodor mientras caminaba por el espeso y peligroso bosque del Velo. Fyodor daba pequeños gemidos, olfateando el aire en busca de Delora, que en ese momento se encontraba en su forma Fantasma.

—Está bien, Fyodor, —le dijo ella para reconfortarle. —Estoy aquí.

Sus sonidos se aliviaron, pero apenas. No le gustaba no poder olerla.

Magnar lo dirigió a uno de los senderos más seguros del acantilado para que trepara por él, dando pasos largos y rápidos. Delora pudo seguirle el ritmo ya que sólo tuvo que revolotear.

—Me pregunto de dónde me arrojaron, —murmuró Delora en voz baja.

Magnar la miró de reojo y vio que no parecía deprimida ni alterada. Tenía el ceño fruncido mientras miraba a su alrededor.

Ella está sanando. Lo que fuera que la aquejaba estaba desapareciendo, y eso llenó de satisfacción a Magnar. Esperaba que fuera gracias a él.

Eso no significaba que no le enfureciera que los de su especie la hubieran arrojado al Velo para que muriera o fuera devorada por los Demonios. Que hubieran sido crueles con ella.

Si no hubiera sido porque la Lechuza Hechicera me la arrojó, nunca habría tenido la oportunidad de conocerla.

Tampoco estaría sosteniendo a Fyodor en sus brazos, y eso que le gustaba que estuviera allí.

Magnar nunca había compartido que, en cierto modo, estaba agradecido por todas las cosas terribles por las que ella había pasado. Fueron desafortunados peldaños para llegar a él.

Sabía que era egoísta.

Sabía que estaba mal pensar así.

Pero sin ellas, ella no le habría entregado su alma.

Una vez que llegaron a la cima del acantilado y al lado humano del mundo, Magnar vio que la nieve cubría el suelo, aunque era principalmente irregular. Era tan avanzado el otoño que el mundo empezaba a helarse.

Por el agujero de su nariz resoplaban alientos empañados en lugar de transparentes.

Delante de ellos había árboles enjutos y más separados entre sí, a diferencia del espeso y tupido bosque del Velo.

—Ya puedes volverte sólida, Delora, —dijo Magnar mientras empezaba a dirigir su camino.

Delora giró la cabeza por encima del hombro para echar un vistazo al borde del acantilado. —¿No estamos aún demasiado cerca?

—Es de día. —Magnar levantó la vista hacia la brillante luz del sol que brillaba entre las hojas, sintiendo su sutil calor. Dejó que le diera la bienvenida. A menudo olvidaba cuánto le gustaba el mundo de la superficie. —No huelo a ningún Demonio acechando en las sombras cercanas, y serán incapaces de escalar las paredes del acantilado a la luz.

Ante su respuesta, Delora se volvió física y levantó también la cara hacia el sol. En ese momento hacía frío en la Tierra, así que agradeció que llevara ropa larga y botas.

Aún así, sintió un pequeño escalofrío que se alivió cuando Fyodor se debatió entre sus brazos y ella lo cogió en brazos.

Su calor la calentaría.

Ahora llegaba la parte difícil. Magnar tendría que mantener todos sus sentidos atentos a lo que les rodeaba mientras se adentraban en el bosque y se alejaban del Velo.

Por instinto, los animales no solían quedarse cerca de la frontera. Cientos de años les habían enseñado que acercarse al Velo significaba una muerte segura, y cualquier animal que hibernara lo hacía en lugares lejanos.

Cuando estuvieron lo suficientemente profundos después de caminar durante la mayor parte de la mañana y hasta el mediodía, Magnar captó el posible olor de algo en la zona que pensó que podría ser adecuado para que el pequeño Mavka comiera.

Un poco más allá de la maleza, el sonido de un arroyo llenó sus sensibles oídos. Se dirigió hacia allí, pues sabía que los animales solían congregarse en torno a masas de agua en movimiento.

Había olido una pequeña manada de ciervos cerca, pero pensó que sería demasiado grande para que Fyodor se la comiera. También había un zorro, algo que consideró cazar, pero no quería poner en peligro a las dos delicadas criaturas que traía consigo.

No he cazado desde que ella me dio su alma.

Esperaba no convertirse en una bestia descerebrada y empezar a perseguir animales por el bosque con sed de sangre.

Sus orbes destellaron momentáneamente un rosa rojizo. *No quiero que Delora me vea así.*

No, preferiría encontrar algo más fácil de obtener.

Magnar los llevó a ambos hasta donde podía oler animales que anidaban bajo el suelo. Un pequeño agujero de sólo unos cinco centímetros de ancho había sido cavado a través de la tierra justo entre los arcos de las raíces de los árboles. Se agachó de rodillas, sin importarle ensuciarse los pantalones, para poder agrandar aquel agujero con sus garras.

Tuvo cuidado de no arrojar tierra en dirección a Delora, negándose a manchar su vestido.

Justo cuando introdujo el brazo en el orificio de entrada, ahora más grande, la dirección de los suaves vientos cambió. Un aroma revoloteó hacia él.

Magnar se detuvo mientras lo examinaba con rápidos olfateos.

Hay humanos cerca. Probablemente cazadores, ya que también podía oler sangre de ciervo en el aire.

En el pasado, Magnar se habría sentido más atraído por el olor de la sangre que por el de los humanos; la carne sangrante se aferraba a su mente como un conjunto de garras que se clavaban en su cerebro. Si los humanos lo hubieran visto y hubieran huido aterrorizados, su mente sedienta de sangre y hambrienta se habría centrado en el olor más tentador.

Cuando Magnar se había alimentado de humanos en el pasado, por lo general habían sido al menos dos a la vez. Rara vez salían de sus ciudades juntos en grandes grupos para que sus olores mezclados fueran mínimos.

Como ya no sentía hambre, ya no se sentía atraído por estas cosas. En su lugar, se limitó a tomar nota de ellos. Por lo que podía ver, no estaban lo suficientemente cerca como para justificar el abandono de esta madriguera para encontrar una fuente diferente de alimento para Fyodor.

Magnar oyó el gruñido de un ciervo y el olor a sangre de ciervo se intensificó.

Giró la cabeza hacia Delora. *Parece que el olfato de Fyodor no es tan bueno como el mío*. Y se dio cuenta de que ella tampoco podía olerlos.

No quiero preocuparla.

Como no oía a ningún humano gritando o acercándose -por lo general eran bastante ruidosos con sus torpes pisadas-, no sintió la necesidad de decírselo.

Metió la mano en la madriguera y sus garras rozaron algo peludo y móvil. Sonaron chillidos de angustia. No perdió de vista a Delora para asegurarse de que no se alteraba.

Ella no pareció oírlos mientras se inclinaba sobre el agujero de la madriguera por donde había desaparecido la mayor parte de su brazo. Su cara estaba llena de interés, agarrando a Fyodor de cerca para asegurarse de que estaba seguro.

Empujando el brazo más adentro hasta que la rótula de su hombro quedó apretada contra la abertura de la madriguera, intentó atrapar a una de las múltiples criaturas que saltaban sobre su mano y entre sus dedos.

Finalmente atrapó a una y echó el brazo hacia atrás, agarrándose a la pata trasera de una liebre salvaje de color marrón. La liebre chilló mientras se retorcía en su agarre.

Fyodor olfateó el aire, percibiendo el nuevo olor, pero por lo demás no estaba interesado.

—¿Quieres darte la vuelta? —preguntó Magnar, inseguro de que ella se turbara al verlo matarlo.

Delora se encogió de hombros. —Parece demasiado grande para Fyodor.

Magnar lo inspeccionó y se dio cuenta de que era más o menos del mismo tamaño que su hijo. Tal vez era demasiado grande para el estómago de una criatura tan pequeña, pero había aprendido que los ratones del bosque eran más difíciles de atrapar. Sus madrigueras eran demasiado pequeñas para él y escapaban fácilmente por los huecos de sus grandes dedos.

Intuyendo que a Delora le importaba más alimentar a su cría que lo que estaba a punto de hacerle a la liebre, le rodeó la cabeza con la mano y le partió el cuello para que muriera sin dolor y sin un grito.

—Si no se lo come todo, que no se lo coma todo.

Magnar cubrió la abertura de la madriguera con tierra, nieve y palos para impedir que los demás escaparan en caso de que quisieran llevarse el resto a casa. Había optado por llevar una mochila por si encontraban algo que quisieran llevarse.

Depositó la liebre sobre la hierba, justo al lado de un gran trozo de nieve, y retrocedió mientras se agachaba. Le hizo un gesto.

Delora luchó por quitarse de encima a Fyodor, que se aferró desesperadamente a su madre en señal de protesta. Consiguió quitárselo de encima y ponerlo en el suelo junto a la liebre.

Fyodor giró la cabeza hacia cada uno de ellos, abriendo y cerrando los orificios nasales, antes de que se acercaran lentamente a la liebre. Lo olfatearon con curiosidad.

Lo golpearon, le dieron zarpazos, luego lo pisaron, antes de sentarse finalmente encima de él sentándose a horcajadas sobre su cuerpo.

—¿Por qué no se lo come? —murmuró Delora con las cejas fruncidas.

—Quizá no lo entienda.

Magnar atravesó su carne peluda con la garra, abriéndole ligeramente el estómago.

Fyodor olfateó el aire lleno de sangre y saltó hacia él. Arañando su cuerpo para mantenerlo quieto, mordió una pata trasera. Tiró de ella hasta arrancarla con facilidad, mostrando su fuerza oculta. Luego levantó la cabeza hacia atrás con él aprisionado en sus fauces, abrieron las mandíbulas de forma sorprendente y empezaron a tragárselo entero.

Magnar y Delora observaron juntos cómo Fyodor hacía lo mismo con cada una de sus extremidades. Delora arrugó la cara como si lo encontrara perturbador, tal vez repugnante junto con los sonidos de desgarro, rotura y sorbo que se oían.

La boca de Fyodor se abrió de par en par para absorber su largo cuerpo, tragándoselo por completo antes de introducir la cabeza.

No quedó nada sin comer, como si no importara que el tamaño de la liebre coincidiera con el suyo. Simplemente la absorbían.

Una vez que terminaron, dándose golpecitos en el interior de la boca, se sentaron en el suelo con las patitas extendidas delante de ellos. Entonces volvió la cabeza hacia Magnar, y luego hacia Delora, y emitió un alegre chillido tembloroso que sonó casi como una risita eructante.

Delora se rió y Magnar soltó una carcajada, ya que ninguno de los dos había oído antes un sonido semejante.

Con la cara de Fyodor apuntando hacia Delora, su tamaño cambió instantáneamente. Se hicieron dos veces más grandes.

Eso no era lo más extraño.

Sus patas traseras extendidas se transformaron en algo totalmente distinto, casi más largas en los pies, hasta que Magnar se dio cuenta de que se parecían a las de un conejo. Empezaron a formarse huesos por todo el cuerpo, cada uno de los cuales, como las vértebras de la columna vertebral y los huesos de las piernas y los dedos de los pies, podían verse en la carne gris oscura de su piel. Sus manos adquirieron una forma real, en lugar de una masa amorfa, con el dorso revelando huesos y dedos. Alrededor del torso, una caja torácica comenzó a elevarse a través de la carne, hasta que pudieron verse el esternón y los hombros.

Luego, finalmente, el blanco empezó a sobresalir por la parte superior de la cabeza, levantándose lentamente hasta revelar un cráneo de conejo, con colmillos, que le daban un aspecto más depredador que la liebre que habían comido originalmente. Los colmillos caninos más afilados que tenía Magnar estaban en cambio más juntos y se asentaban casi en la misma punta de su hocico.

Dejaron escapar un resoplido por su nueva nariz.

El sonido que emitía era nuevo, más parecido a un graznido, y luego empezaron a ronronear. Se volvió hacia Delora.

Eso fue hasta que su cráneo recién formado empezó a hundirse hacia un lado, demasiado grande para su cuerpo, y se desplomó en el suelo con el resto del cuerpo pegado a él.

Fyodor se inquietó al ver que no podía sostener el peso de su propia cabeza por sí solo. Empezó a arrastrarla hacia atrás mientras intentaba arrastrarse hacia un lado, con sus patas de aleta tropezando consigo mismo.

Fyodor hizo una marca notable en la mezcla de tierra y nieve.

—Pobrecito mío. —Delora intentó contener la risa cuando lo levantó. —Quizá no debimos dejar que te comieras la cabeza, ¡pero no pensé que te crecería un cráneo!

La cabeza de Fyodor se desplomó hacia atrás, dejando al descubierto su cuello, y Delora se lo levantó. No pareció darse cuenta de que la nueva y redonda cola peluda en la parte inferior de su columna vertebral se movía.

—Tampoco pensé que de repente te crecerían huesos o que realmente te sentirías sólido. Ahora pesas mucho más.

Por mucho que a Magnar le hubiera maravillado la experiencia, le dejó preguntándose si era así como su cuerpo había empezado a tomar forma. Se miró las pezuñas y se preguntó si la Lechuza Hechicera le habría dado de comer primero una pata de ciervo, y por eso sus patas se habían formado así.

¿De qué otras partes de animales estoy hecho?

Obviamente, se había comido un zorro para obtener su cráneo... y la cornamenta de un ciervo. ¿Pero qué cuerpo se comió primero? ¿Qué manos? Magnar sabía que el pelaje que crecía sobre su cuerpo era en parte de zorro, mientras que gran parte de él estaba cubierta de plumas.

Quería que Fyodor se pareciera a mí. Una parte de su corazón se hundió. *Debería haber cazado al zorro.*

Si hubiera sabido que absorbería completamente a la liebre y empezaría a adoptar sus características físicas, habría tomado una decisión diferente. Si lo hubiera sabido...

—¡Qué mono está! —chilló Delora en voz alta, acercando a Fyodor para poder abrazarlo presionando su mejilla contra la parte superior de su cráneo de conejo blanco. —Creía que solo teníais cráneos de depredador, ya que tanto tú como Orpheus tenéis uno.

Yo también lo creía. Pero su decepción se alivió con lo emocionada que parecía Delora sosteniendo en brazos a su cría, mucho más grande. Incluso se balanceaba de un lado a otro.

Volvió la cara hacia Magnar con una sonrisa brillante, una que le calentó las entrañas e hizo que su vista empezara a tornarse morada. *Me gusta cuando me mira así.* Eran irresistibles, incluso adictivas.

Se detuvo cuando ella miró más allá de él.

Se agachó y se encontró con un ciervo que los miraba más allá de los árboles. Tenía una flecha clavada en el lomo y se quedó inmóvil en el sitio, como si temiera que moverse revelara que estaba allí.

Magnar había estado demasiado absorto en los nuevos cambios de Fyodor y la excitación de Delora que no había estado escuchando a su alrededor.

La sangre que había salido de su herida se había secado en su mayor parte, lo que revelaba que había pasado un tiempo desde que los humanos le habían disparado. Por suerte, estaba lo suficientemente lejos como para que Fyodor no se enfureciera.

También podría estar lleno. Magnar no recordaba cómo era estar en su fase, aparte de conocer un aroma reconfortante. Muy probablemente el de la Lechuza Hechicera.

—Tiene una flecha clavada en la espalda, —dijo Delora en voz baja mientras se acercaba a Magnar. Sus ojos se abrieron de par en par, mostrando más el blanco, mientras miraba a su alrededor con recelo. —Parece muy reciente. Quizá deberíamos irnos.

—No puedo oler a ningún humano directamente cerca, —respondió Magnar con la misma suavidad. —Pero tal vez tengas razón.

Ya habían hecho lo que habían venido a hacer. Quedarse más tiempo sería una tontería. A los cazadores se les daba bien ocultar sus sonidos para no asustar a sus presas, pero Magnar podía oler a dos humanos acercándose en la distancia.

Se volvió hacia Delora.

—¿Quieres que coja más liebres? —Señaló con el hocico hacia la madriguera. —Puedo coger unos cuantos más para que tengamos comida para el.

—Sí, claro, —dijo mientras se preocupaba por su labio inferior. —Pero se han puesto muy grande de repente. Quizá deberíamos vigilar cuánto come.

Con un movimiento de cabeza, Magnar se acercó a la madriguera.

Justo cuando estaba a punto de agacharse, soltó un sonido euk al caer hacia un lado. Le dolía la garganta. Se cubrió los pequeños agujeros que habían empezado a gotear sangre a ambos lados del cuello, como si lo que le hubiera golpeado hubiera atravesado toda su carne y salido por el otro lado.

Al instante, el rojo apareció en su vista y soltó un gruñido.

—¡Magnar! —gritó Delora, acercándose a toda prisa para ver cómo estaba.

Su pelaje y sus plumas se hincharon. La empujó hacia atrás justo a tiempo antes de que una segunda flecha pudiera clavarse en su hombro. Se clavó el arma en el costado a propósito cuando rebotó hacia delante. Ella cayó de espaldas con un grito ahogado.

Magnar giró la cabeza en la dirección de la que procedían las flechas. Había confundido los olores humanos con lejanos cuando en realidad sólo estaban diluidos por aromas enmascaradores.

Por mucho que le doliera, sólo se le cruzó un pensamiento por la cabeza. Uno que hizo que su vista adquiriera un color carmesí tan profundo y hostil que casi le cegó.

¡Casi disparan a Delora! Su gruñido se hizo más profundo en su garganta y se volvió más rabioso, sólo para cortarse cuando oyó el silbido de otra flecha disparada desde su izquierda. *Podrían haber disparado al nuevo cráneo de Fyodor.*

Su joven ahora tenía una vulnerabilidad evidente, lo que lo hacía aún más valioso.

Levantó la mano y empuñó el astil antes de que la punta de la flecha pudiera siquiera acercarse a su carne.

Girándose lentamente hacia sus atacantes, su forma empezó a cambiar. Más pelaje y plumas crecieron de su cuerpo mientras su ropa se hundía bajo su piel. Se vio obligado a apoyar el peso en las manos debido a la curvatura cambiante de su columna, que adquirió forma de zorro.

—Protégete, —le espetó Magnar, con voz cada vez más grave y distorsionada, mientras la saliva empezaba a gotear entre sus colmillos al abrir la mandíbula en señal de advertencia.

No había necesitado advertirla.

Delora ya se había vuelto incorpórea por la conmoción. Actualmente flotaba justo por encima del suelo como si estuviera sentada.

—¿Por qué atacan?

Magnar no contestó, no cuando otra flecha fue lanzada, y atravesó su forma fantasmal para incrustarse en el suelo justo al lado de su mano.

Su corazón dio una sacudida de rabia, acelerando la sangre caliente por todo su cuerpo.

Levantó ambos brazos y golpeó el suelo con los puños antes de soltar un rugido oscuro y estruendoso. *Si Delora hubiera sido física, ¡ésa la habría atravesado!*

Magnar saltó hacia delante, con los pulmones bombeando tan erráticamente en su pecho que pensó que podría reventar bajo la presión. Sus resoplidos eran pesados y ásperos, ardiendo como ácido en sus pulmones con cada bocanada de aire mientras buscaba a los que estaban cerca. Aquellos que habían osado siquiera intentar herir a su preciosa novia.

La única razón por la que sabía que se acercaba a uno era por la sutil respiración que provenía de ellos. Estaban ocultos bajo un manto blanco que los camuflaba entre la nieve. Olían a corteza de árbol y a tierra, ocultando casi por completo su olor humano.

Antes de que el humano pudiera pensar mejor su situación y sus opciones, y comenzara a arrastrar los pies para levantarse, Magnar les pasó las garras por encima.

La sangre brotó de su cabeza decapitada mientras salía despedida hacia un lado. *¿Cómo se atreven a atacar a mi novia?*

Tal vez un Demonio de poca monta podría haberse dejado engañar por un truco así, pero Magnar era un Mavka. Todos sus sentidos eran mejores que los de un Demonio. Pensaron que era igual que ellos... tratando de acercarlo a la gente que gritaba a propósito con sangre de venado en ellos. Una trampa.

Una que no funcionaría porque él tenía su alma.

Por lo que pudo ver, había al menos seis humanos, siete si contaba al que acababa de matar.

Cazadores de demonios, pensó con malicia.

Había cometido un error tonto al pensar que sólo eran cazadores.

Los cazadores de demonios eran mucho más astutos a la hora de cazar a sus presas, ya que a éstas les gustaba cazarlos a su vez. A menudo viajaban en grandes grupos y ocultaban su olor humano bajo la naturaleza, ya fuera untando sus cuerpos en corteza, tierra, savia o cualquier otra cosa que pudiera ocultarlos. También se refugiaban en pieles de animales como el que yacía en el suelo.

Tendían a moverse lentamente, reduciendo el ruido que hacían para colocarse en posición y poder esconderse en los árboles, o incluso detrás o dentro de los arbustos.

Normalmente eran más pacientes. Cazaban un ciervo y desollaban sus cuerpos durante el día para poder colgarlo por la noche, atrayendo a los demonios para poder matarlos.

Pero Magnar podía caminar a la luz del día. Deben haberlo visto cuando buscaban su cebo.

Era grande, a menudo fácil de ver incluso desde una gran distancia. Tal vez tenían a alguien explorando en silencio, que los oyó hablar a él y a Delora y transmitió la información a los demás.

Magnar ya se había cruzado antes con Cazadores de Demonios, en medio de una cacería mientras luchaban sin piedad contra los Demonios y a menudo ganaban con pocas bajas.

Sólo había luchado contra ellos una vez, y eso fue porque el olor de los que habían sido asesinados lo había atraído más cerca. Normalmente cogía uno o dos, ya que empezaba a comer, volviéndose protector con su comida, mientras luchaba. Eso daba a los demás la oportunidad de huir en silencio.

Pero Magnar sabía que no dejaría de matar hasta que todos los humanos de los alrededores estuvieran muertos. Su furia no era irracional, sino consciente, pensada para asegurarse de que nada ni nadie pudiera seguirle, con el fin de proteger a Delora y Fyodor.

—¡A por la chica!, —oyó gritar a uno en voz baja.

—Es humana, señor, —respondió alguien.

¡Aléjate de ella! Magnar se dirigió en dirección a las voces.

—Me da igual lo que sea. Ella hizo que ese Duskwalker fuera a la aldea de Ackermeadow y se llevara a ese joven. Está con él, eligió su bando, y ahora puede morir junto con él.

Magnar ladeó la cabeza.

Delora nunca había obligado a Magnar a hacer algo así, pero él sabía *exactamente* quién lo había hecho. Reia y Orpheus habían llevado al humano del que hablaban a su cueva y se lo habían dado de comer para que aumentara su humanidad. Chad, creía Magnar que era su nombre. En aquel momento no había tenido reparos en comerse al hombre gritón y lleno de miedo.

Definitivamente no lo hizo una vez que supo que había atormentado a su amiga.

Ahora entendía su deseo de venganza.

Estos Cazadores de Demonios casi habían lastimado a su cría, a su preciada novia, y planeaban usarla en su contra.

—Señor, no creo que estemos preparados para algo así. Es un Duskwalker. ¡Ya ha matado a uno de nuestros hombres!

—¡Esta es tu primera misión oficial, y si vas a morir ahora, el gremio no querrá disminuir su fuerza con tu debilidad!

Los destruiré.

—¡Mierda! —gritó alguien, justo cuando soltaron una flecha.

Magnar corrió a propósito directamente hacia ella, mientras otro rodaba hacia un lado para esquivarla.

El humano que había disparado la flecha seguía escondido entre los arbustos, y se incrustó en el bíceps de Magnar cuando éste saltó hacia el arbusto. Entonces sintió el doloroso mordisco de una daga hundiéndose en su costado justo cuando cerraba los colmillos alrededor de su cabeza y apretaba.

¡Los destruiré a todos!

Agitó su presa, sacudiendo la cabeza mientras la mujer gritaba y finalmente percibió el primer atisbo de miedo. Eran Cazadores de Demonios, sin miedo hasta estar seguros de su muerte.

La masa encefálica de la mujer atravesó sus colmillos cuando por fin los cerró. Se quedó inmóvil.

—¡Magnar!

Giró sobre sus cuatro extremidades y galopó directamente en la dirección que oyó gritar a Delora.

—¿Qué coño?, —gruñó el Cazador de Demonios que la perseguía. —¿Por qué no puedo agarrarla?

—No lo sé, —respondió otro, justo cuando Magnar esquivaba un árbol para rodearlo. Los dos hombres aparecieron a la vista. Los ojos del Cazador de Demonios se abrieron de par en par al ver que Magnar iba a por ellos, antes de entrecerrarlos en una mirada fulminante. Sacó su espada de la funda. —¡Cuidado!

Los dos Cazadores de Demonios se lanzaron al suelo y rodaron fuera de su alcance, cayendo de pie para ponerse en posición defensiva. Magnar se deslizó por el suelo y rugió en su dirección.

Una flecha le atravesó la piel de la espalda, pero retrocedió cuando los Cazadores de Demonios se abalanzaron sobre él con las armas en alto.

Bajo las pieles de oso que ambos llevaban puestas, unas elegantes ropas negras cubrían sus cuerpos por completo, excepto los ojos.

Magnar agarró el filo de la espada que uno de los hombres sujetaba por la empuñadura, mientras el otro conseguía atravesarle el estómago mientras corría a su lado. Luego giró y le asestó un tajo en la espalda. La columna vertebral de Magnar se arqueó debido al dolor, pero sólo se concentró en el Cazador de Demonios que tenía delante. Tiró de la espada hacia sí, apartando de sus pasos al humano, que inmediatamente soltó su arma.

Su tropiezo permitió a Magnar acuchillarle la cara con sus garras.

Ninguno de los dos olía a miedo, sólo a sudor ahora que se movían con rapidez. Eso le permitió saber que el Cazador de Demonios que le había cortado estaba corriendo hacia él por detrás.

Magnar sólo giró la cabeza como un pájaro para mirar por encima de su espalda. Su cuerpo lo siguió, con un movimiento más lento, pero que le permitió evaluar su siguiente movimiento para cuando se diera la vuelta por completo.

Se lanzó hacia delante para quedar boca abajo. No alcanzó la espada que surcaba el aire por encima de su cabeza, entonces se lanzó hacia delante para hundir sus colmillos en la pierna y tirar.

En lugar de terminar de matar, hizo girar al humano y lo lanzó contra el otro. Ambos cayeron al arroyo tras ellos con un chapoteo.

Apareció otro Cazador de Demonios.

Quedaban al menos otros tres más, pero era difícil saberlo con sus aromas básicos de camuflaje.

Uno de ellos siguió lanzando flechas que no le alcanzaron por poco. Dio gracias por ello, ya que su cuerpo agonizaba a causa de las múltiples heridas punzantes que tenía, las flechas que sobresalían de su cuerpo como múltiples aletas de vela y las graves heridas cortantes que tenía en el torso.

Pero su dolor se diluía en su furia hirviente, sus plumas se hinchaban en señal de agresividad hasta convertirse en una bola de odio desenfrenado. Delora había desaparecido, seguramente escondida tras los árboles.

Sus pensamientos estaban en silencio, sólo el instinto le llamaba.

Una cuerda se le enganchó en el tobillo cuando saltó para agarrar al tercer humano que había llegado a esta zona entre los árboles, pero no había sido suficiente para salvarlos de sus garras. Al contrario, le sirvió de ayuda. En lugar de agarrar al Cazador de Demonios , tiró a Magnar lejos de sus pies.

Sus garras se clavaron en el torso del Cazador de Demonios, atravesándole la parte delantera y asegurándose de que su muerte no fuera rápida, sino larga y dolorosa.

Se dio la vuelta y pasó las garras por la vieja cuerda deshilachada para liberarse, pero no pasó nada. Lo intentó de nuevo, pero fue incapaz de cortarla mientras dos Cazadores de Demonios tiraban de él por el suelo. Alargó la mano y la levantó, antes de arrastrar a los dos humanos con su fuerza.

Magnar empezó a roerlo.

Otra flecha se lanzó y cayó justo encima de su trasero, haciéndole chillar.

La cuerda se negaba a romperse, y cuando no lo hizo, se dio cuenta de que estaba atrapado en ella. Estaba encantada con algún tipo de hechizo. Magnar gruñó antes de mirar a los humanos que se ponían rápidamente en pie.

Como uno de ellos seguía intentando sujetarlo, a punto de arrastrarlo de nuevo por el suelo, Magnar tiró con todas sus fuerzas mientras estaba a tres patas. La humana voló por los aires agitando los brazos.

Se deslizó por la tierra y la nieve de frente hasta aterrizar justo delante de las manos de Magnar.

—Joder, —espetó la Cazadora de Demonios, con los ojos entrecerrados mientras lo miraba.

Magnar respiraba acaloradamente y resoplaba con fuerza. Soltó un rugido en su dirección.

—Joder, —se burló Magnar, justo antes de clavar sus garras en la nuca de ella. Su frente golpeó contra el suelo.

Antes de que pudiera cortarle la cabeza, una espada se clavó en el costado de su brazo, incapacitándolo y haciendo que su cuerpo se hundiera antes de que pudiera equilibrarse.

—Esto sólo iba a ser una misión de captura de Demonios, —gritó el nuevo Cazador de Demonios entre dientes apretados, con una voz mucho más grave que la de los demás. Levantó la espada y la clavó en el torso de Magnar, atravesándolo por detrás hasta salirle por el estómago. —Pero pensé que cuando me dijeron que habían encontrado un Duskwalker, que mis juniors

estaban listos, y que habíamos tenido suerte. Pero no. No importa cuántas flechas lancemos, no importa cuántas veces hiramos a los de tu maldita clase, simplemente no te rendirás.

El Cazador de Demonios, el que originalmente había ordenado que los demás apuntaran a Delora, levantó su espada. Esta vez apuntó a la ya desgarrada garganta de Magnar.

Sin embargo, no se equivocó.

Magnar tenía al menos nueve flechas clavadas en el cuerpo, y su pelaje estaba tan cubierto de su propia sangre como la de los humanos que había masacrado, pero no sentía que su energía disminuyera. No se sentía aletargado, salvo por el dolor que le producían las heridas al moverse de determinadas maneras.

La única forma de detener a un Mavka de ojos rojos era cortarle la cabeza. Extirparle el pensamiento antes de que el cuerpo desapareciera literalmente en la arena negra.

Nada podía detener a un Mavka.

No estaban lo suficientemente vivos como para debilitarse por heridas mortales, y no estaban lo suficientemente muertos como para dejar de respirar. Eran criaturas del limbo, del crepúsculo y el amanecer, de la vida y la muerte. La sangre que bombeaba en su interior no les daba vida, sólo fuerza.

El Cazador de Demonios levantó de nuevo la espada y la golpeó justo cuando Magnar se puso de lado y levantó el brazo para detenerlo. En lugar de eso, le atravesó el antebrazo. Su brazo se golpeó contra su pecho, recibiendo lo peor

del golpe e impidiendo que el resto de la punta de la espada llegara a atravesarle el corazón.

El humano no tenía ni idea de que si hacía lo mismo con su cráneo, podría matarlo, dependiendo de si era lo suficientemente fuerte como para atravesar su cráneo casi indestructible.

—Incluso un Demonio morirá si le disparas lo suficiente, —dijo el Cazador de Demonios entre dientes apretados, escupiendo saliva, mientras intentaba con todas sus fuerzas empujar hacia abajo antes de retorcer la espada. —¿Pero tú? ¡Los de tu clase no desisten! Masacras hasta que eres el vencedor. Hasta que te lo has comido todo. ¿Por qué no os morís de una puta vez?

—Porque los humanos son débiles, —gruñó Magnar mientras alzaba la mano libre y agarraba la empuñadura de la espada para sujetar los puños del humano a ella. ***—Porque los Demonios son débiles. —***Se puso de rodillas y ya sobresalía por encima del Cazador de Demonios antes de que éste se pusiera en pie. ***—Y vosotros sois iguales. Nada más que comida. Nada más que estúpidos. Nada más que una presa para nosotros.***

El Cazador de Demonios intentó soltarse las manos, su postura era fuerte, pero no era nada comparado con la fuerza de un Mavka.

—¡Maldito seas! ¡Suéltame!

—Mi sufrimiento sólo me hace más fuerte. Mientras que el tuyo es patético.

—Los de tu clase son peores que los asquerosos Demonios que nos aterrorizan a los humanos. —Otra flecha fue lanzada desde un lado, y se hundió

con un golpe en la espalda de Magnar. Se rió entre dientes. —¡Los de tu clase no merecen existir!

Magnar soltó una mano y la envolvió alrededor de la garganta del humano, levantándolo fácilmente del suelo para que pudieran enfrentarse al mismo nivel.

—¡Monstruo!

—Me siento bien siendo un monstruo. —Magnar echó la cabeza hacia delante y rodeó al Cazador de Demonios por completo. Su voz irradiaba de su mente mientras decía: ***—Si eso significa que puedo proteger a los que amo.***

Si el mundo quería tratarlo de cierta manera por la forma en que había nacido, algo que no podía controlar ni cambiar, y se atrevía a dañar a las pocas criaturas de su vida que quería cuidar y proteger, entonces Magnar le daría lo que quería: un monstruo feo y feroz.

El rugido que escuchó dentro de su cráneo no tenía miedo, sólo estaba lleno de ira, odio y valentía.

El sonido se interrumpió cuando cerró los colmillos y pulverizó todo su cráneo. Salpicó un estallido dentro de su boca.

Cuando dejó caer su cuerpo sin cabeza al suelo con un ruido sordo, su posición erguida supuso un esfuerzo para el resto de su cuerpo, pero se negó a ponerse a cuatro patas a pesar de estar en su forma más monstruosa.

—¿Te enfrentarás a mí o huirás?, —preguntó al Cazador de Demonios restante.

Miró en la dirección que sabía que se encontraban, ya que estaban cubiertos de sudor y un pequeño atisbo de miedo. Todos sus compañeros habían muerto. Eran los últimos que quedaban. Debían saber que Magnar no iba a dejarlos vivir.

—Al diablo con esto, —oyó refunfuñar a un hombre, antes de que el sonido de unos pasos golpeara el suelo en la dirección opuesta.

Con un rugido, Magnar aterrizó sobre sus manos. Corrió tras el último hombre y lo alcanzó en apenas unas zancadas. La respiración del humano era aguda, entrecortada mientras huía, pero nada podía superar a un Mavka a cuatro patas, nada.

Murió con las garras de Magnar clavadas en la columna vertebral.

CAPITULO 34

Delora, con los ojos cerrados, se estremecía cada vez que oía un aullido de Magnar o el brutal sonido de la muerte de un Cazador de Demonios.

Aunque sabía que lo hacía para protegerla a ella y a Fyodor, no dejaba de ser inquietante saber que estaba matando a los de su especie. No era una batalla, sino una maldita *masacre*.

No hubo remordimiento, ni vacilación, de ninguna de las partes.

Tuvo suerte de haberse convertido en incorpórea, de lo contrario la habrían capturado y matado o utilizado como cebo. El grito que había emitido había sido un grito de sorpresa, ya que se había escondido detrás de un árbol y no había pensado que la encontrarían. Era transparente, ¡por Dios!

No supo qué hacer más que pedir ayuda a Magnar cuando empezaron a perseguirla. Delora había corrido, deseando poder sostener la cabeza inerte de Fyodor mientras esprintaba.

Delora no había sabido que si se volvía intangible mientras sostenía a Fyodor, su cuerpo también se volvería fantasmal.

Por desgracia, su cráneo seguía siendo sólido y pesaba mucho. Aunque no podía percibirlo en sus brazos, lo apretó contra su torso para no perderlo. Lo

más probable es que se escabullera y tratara de unirse a la batalla a causa de toda la sangre.

En ese momento, parecían estar dormido, inmóviles y sin darse cuenta de nada.

Al principio, pensó que estaba muerto.

Se había vuelto física sólo para ponerles la oreja en el pecho y asegurarse de que estaba vivo. Se despertó de inmediato y empezó a luchar contra ella para conseguir toda la sangre que tenían cerca.

Cuando se volvió incorpórea de nuevo, volvió a su estado de sueño.

Nada podría haber sido más aliviador que saber que ella misma podía protegerlo. No completamente, ya que su cráneo estaba expuesto, pero mientras ella permaneciera fuera de peligro, el estaba a salvo.

Tenía sentido que pudiera sostenerlo así, teniendo en cuenta que lo había llevado en su vientre.

Pero Delora deseaba que aquello acabara de una vez.

Aunque llevaba poco tiempo así, parecía que el tiempo había dejado de fluir. Todo se había ralentizado. Los segundos pasaban penosamente, obligándola a digerir cada sonido perturbador.

El grito agónico de una mujer le recordó el último que había oído, el que ella había provocado, y los gruñidos y gritos de los hombres le recordaron cuando clavó un cuchillo de cocina en la espalda de Hadith.

—No pasa nada, —susurró, contenta de no haber sido física, de lo contrario pensó que podría haber vomitado.

Tenía que superarlo. No quería que perdurara más en su mente. Delora no quería que siguiera formando parte de ella.

—Todo está bien. Se acabó, no puedes cambiar lo que hiciste. Está haciendo esto para protegerte, para protegernos.

No había forma de que los Cazadores de Demonios les hubieran dejado marchar con un amistoso saludo de despedida. Desde el momento en que soltaron su primera flecha, la que había atravesado el cuello de Magnar con un chorro de sangre morada antes de hundirse en el árbol que tenía al lado, siempre iba a ser una lucha a muerte.

Los Cazadores de Demonios habían empezado la pelea. La culpa era de ellos. Delora y Magnar no tenían interés en ellos hasta que los humanos los convirtieron en sus objetivos.

Sólo nos ocupábamos de nuestros propios asuntos. ¡No estábamos lastimando a nadie!

—¡Monstruo!, —oyó gritar a uno de los Cazadores de Demonios. El tono hirviente y oscuro hizo que el corazón se le encogiera dentro del pecho.

No es un monstruo.

Era encantador, amable y tan cariñoso que se había hecho un hueco en el corazón de Delora a pesar de su aspecto... raro, extraño y un poco aterrador.

Ella quería ayudar. Lo único que quería era coger una espada y proteger a Magnar tanto como él intentaba protegerla a ella, pero no podía. Ella no tenía ninguna habilidad de lucha, y necesitaba mantener a Fyodor a salvo.

Si su cráneo se rompe, morirá. Pero lo mismo le pasaba a Magnar al mismo tiempo. Joder. ¿Qué pasará conmigo si él muere?

¿Iría al vacío, donde van todas las almas difuntas, o iría a otra parte? ¿Quizá a ninguna parte, sin existir ya en ningún plano?

¿Matarían a Fyodor ya que era tan pequeño y necesitaba ayuda sólo para levantar su recién formado y pesado cráneo?

Si los humanos lo descubrían... lo atizarían, pincharían y torturarían hasta saberlo todo sobre él.

Delora tenía nuevos miedos, unos que involucraban a las personas que le importaban.

La lucha se detuvo abruptamente.

Durante un largo rato, reinó el silencio.

El viento era tan inquietantemente suave que ni siquiera las hojas crujían entre sí. Eso le pareció mucho más inquietante. No se oyó ni un solo grito, ni un solo paso.

Lo único que oía era el eco de un quejido agudo, pero silencioso, que sonaba con cada exhalación.

Su rostro se contrajo mientras sus ojos se inclinaban en señal de comprensión. Sabía que todo había terminado, y lo único que quedaba era Magnar y la agonía que debía estar sufriendo.

Parece que está sufriendo mucho.

—Delora, —llamó suavemente, incapaz de olerla así, incapaz de encontrarla.

Una parte de ella no quería salir de su escondite. No porque tuviera miedo. Simplemente no quería presenciar el derramamiento de sangre. La sangre humana que debe estar cubriéndolo. Todas sus heridas. No quería enfrentarse a la realidad de que había gente muerta por su culpa.

Pero Delora no era tan cobarde.

Se levantó de donde había estado en cuclillas dentro de un arbusto para ocultarse a sí misma y a Fyodor completamente para que otro Cazador de Demonios no pudiera verlos.

—P-Por aquí, —tartamudeó.

Se acercó lentamente hasta donde podía oír a Magnar para reunirse con él. Vislumbró su rostro cubierto de sangre al mismo tiempo que sus orbes se dirigían hacia ella.

—¡No te acerques más!

Delora se detuvo, incapaz de ver por encima de los arbustos y por debajo de las ramas más bajas de los frondosos árboles verdes que los separaban.

—¿Estás bien?

Debía de estar a cuatro patas, ya que sólo podía verle la cabeza, y sus orbes eran de un color carmesí tan intenso que supo que algo iba terriblemente mal. Su cráneo se giró hacia un lado y luego hacia el otro, mirando a su alrededor.

—*No quiero que me veas, Delora,* —respondió, y el tono de su voz le dijo todo lo que necesitaba saber. Le preocupaba que tuviera miedo de lo que viera, que tal vez llegara a temerle. —Sólo quería saber que estabas a salvo.

A pesar de su aprensión, ella vio cómo empezaba a levantarse. Su cuerpo se transformó de lo que ella sabía que era su forma más aterradora y peligrosa, a como era normalmente.

El gran Duskwalker que era amable con ella.

Aunque se hubiera acercado y hubiera visto el resultado de su matanza, no le habría tenido miedo. Él era su protector, era Magnar, y lo había hecho para asegurarse de que ella permaneciera ilesa.

Nunca... podría enfadarse con él por algo así.

Se acercó a Delora con cautela, y cuanto más se acercaba, más blancos se volvían sus orbes.

Diez flechas se clavaron en su cuerpo, y ella pudo ver que tenía muchas heridas por los agujeros abiertos y llenos de ira que llenaban su torso. Cuando aparecieron, estaban ocultas por la ropa.

Aunque su ropa estaba limpia de sangre, pudo ver salpicaduras de ella sobre su cráneo y pezuñas. En la nieve, las puntas de sus garras dejaban rastros de sangre. La mayoría era sangre roja, lo que indicaba que era de los humanos que había matado.

Se agachó cuando estuvo directamente frente a ella, tratando de no parecer tan grande o aterrador. Le dolió que lo hiciera.

Demostraba que la confianza entre ellos era escasa.

A pesar de sus extensas heridas, contuvo sus quejidos hasta que fueron apenas perceptibles, pero ella pudo ver la forma en que sus hombros se estremecían cada vez que exhalaba. Por alguna razón, Magnar intentaba ocultar que sentía dolor.

¿Los Duskwalkers pueden ser inseguros como los hombres? Si es así, ella pensó que era más que adorable.

—Gracias por protegerme. —Levantó una de sus manos como si fuera a acariciar su hocico.

Seguía siendo intangible, y la única razón por la que permanecía así era para que Fyodor siguiera dormido y no se volviera loco. Se alegró de no poder oler el sabor metálico de la sangre que debía de estar saturando el aire, ya que se le habrían revuelto las tripas.

La tensión en los hombros de Magnar se relajó visiblemente, y ella supo que lo único que quería era acariciar su mano casi invisible por la forma en que giraba la cabeza de un lado a otro.

Pensó que sus orbes volverían a su verde habitual, pero en lugar de eso se volvieron anaranjados. Él se apartó con movimientos vacilantes, girando la cabeza a un lado como para evitar su mirada.

—¿Te importaría alejarte un momento?, —le preguntó, manteniéndose pequeño y poco amenazador.

Sus cejas se fruncieron profundamente. —¿No nos vamos ya a casa?

Delora no quería permanecer aquí más tiempo del necesario.

Sus orbes destellaron blancos, antes de volverse de un color naranja aún más oscuro. *Yo... no confío en ese color.* A menudo indicaba su culpabilidad.

Empezó a picar la hierba que sobresalía del fino manto de nieve. Delora nunca había visto a Magnar inquietarse así.

—Los demonios vendrán aquí.

—Exacto.

Aunque el sol estaba bastante alto, tanta sangre podría atraer a cualquier Demonio que se escondiera en las sombras sobre el Velo. Serían capaces de arder momentáneamente en la luz sólo para llegar a los cadáveres.

—Sería un desperdicio que se comieran a los Cazadores de Demonios, —murmuró aún más suavemente.

La forma de Delora se tambaleó cuando un terrible sentimiento se abrió paso por todo su ser.

—¿Qué intentas decir, Magnar?

Tomó una gran bocanada de aire antes de exhalarlo.

—Aquí hay mucha humanidad para mí. Si no me los como, lo harán los Demonios, y se harán más fuertes. Sus muertes serían inútiles.

Delora dio un paso atrás mientras negaba con la cabeza.

Matarlos era una cosa, pero comérselos era diferente.

Sabía que lo había hecho en el pasado, habían hablado de ello, pero no creía que Magnar siguiera comiéndose a los de su especie.

—No, —jadeó, con la cabeza temblorosa. —Por favor, no.

Esperó a que la sensación de asco la invadiera, pero nunca lo hizo. No le molestaba que él fuera a comerse a los de su especie, sino lo que le daría a él.

Llevó su mirada hacia ella casi vacilante.

—Tengo que hacerlo, Delora.

—¿Pero por qué?, —gritó ella, arrugando profundamente las cejas.

Él se atrevió a acercarse para que ella no pudiera retroceder mucho.

—Porque si no, nunca seré mejor para ti. No podré cuidarte como es debido. —Levantó las manos para poder mirarse las garras con un pensativo giro de cabeza. —Quiero hacerlo mejor. Quiero comprender, y no puedo hacerlo si no consumo más humanidad.

—Pero no quiero que cambies, —admitió ella.

No quería que Magnar se volviera más inteligente, más sabio. Temía, realmente temía, que si lo hacía, él ya no la quisiera. Actualmente estaba contento con Delora y no veía ningún problema en ella, pero Delora sabía que no era perfecta.

No era valiente, ni fuerte, ni siquiera especialmente lista. Era normal, aburrida e inútil. Estaba deprimida y sabía que sus traumas a menudo la hacían actuar fuera de sí.

No *siempre* había sido una llorona.

Delora tenía poco que ofrecer a Magnar.

No podía ayudarle a luchar, no sabía cuidar del jardín. Ni siquiera había sido capaz de ayudarle a construir la casa. Lo único que podía hacer era pintarla, pero le preocupaba que, si él cambiaba, ya no le gustaran las imágenes brillantes que ella pintaba, algo que Hadith había considerado inmaduro. ¿Le parecería infantil que ya no mirara el mundo con inocencia?

¿Se resentiría Magnar cuando se diera cuenta de que el alma que había tomado era la de Delora, y que estaba ligado a ella eternamente? ¿Se arrepentiría de su decisión?

Ella le había dicho una vez que era una persona terrible. Era una asesina, y él no veía ningún problema en ello. Pero al adquirir más humanidad, comprendería, comprendería de verdad, lo equivocadas que habían sido sus acciones.

Las cosas no eran perfectas entre ellos, pero al menos había algo. Un cariño mutuo.

Ella desesperadamente no quería perder eso. Era lo único que la mantenía con ganas de vivir en este mundo cruel y oscuro. Sin él, sin este torpe y tonto Duskwalker, Delora creía que se ahogaría.

Él se había convertido en su salvavidas.

Era egoísta de su parte, y sabía que no debería querer que él se comiera a esa gente porque eran humanos, pero la única razón por la que no quería que lo hiciera era porque tenía miedo de perderlo.

—Siempre me preocupa hacerte daño, Delora. No puedo abrazarte y eso me consume. —El azul comenzó a brillar en sus orbes, una profundidad de color que indicaba cuánto le pesaba. —No puedo tocarte. No puedo estar cerca de ti demasiado tiempo. Quiero estar cerca de ti, pero cada vez que lo hago siento cómo mis garras se hunden en tu piel. Todavía hay tanto que me has enseñado que no entiendo, y quiero entenderlo... por ti. Siento como si faltaran partes de mí. Hay pensamientos que faltan cuando pienso. Puedo sentir los espacios en blanco. No puedo controlar mi mente, mis emociones, mi cuerpo.

—Puedes aprender, —se ofreció. —P-Puedo enseñarte.

Él negó con la cabeza mientras sus hombros se hundían. El dorso de sus manos cayó al suelo hasta quedar inerte.

—No es así como funciona. Estoy estancado, y lo he sabido durante mucho tiempo, incluso antes de conocerte. Puedo recordarlo todo, pero eso no significa que entienda lo que me han enseñado. Hasta aquí llega mi humanidad. No mejorará. No se desarrollará más.

Delora intentó morderse el labio de nuevo, pero no sintió más que presión. Quería discutir, pero por mucho que intentaba pensar en una buena razón de por qué no debía hacerlo, la pena que oía en su voz la silenciaba.

—Quiero hacer esto por ti, —continuó él, acercándose hasta rodear su forma intangible como si quisiera impedir que escapara. —Llevo mucho tiempo esperándote sin siquiera saberlo, pero no estoy preparado para ti. —Magnar

rozó con la punta de sus garras manchadas de sangre el cráneo físico de Fyodor. —Apenas entiendo lo que significa, aparte de que debo protegerlo.

Por mucho que él dijera que quería hacer esto por ella, ella sabía que no era verdad. Él quería hacer esto por sí mismo, y Delora no podía discutir con eso.

No puedo ser egoísta. No importaban sus preocupaciones, no quería que la culpa de eso pesara sobre su conciencia.

Magnar merecía ser feliz y tomar sus propias decisiones, aunque no fueran las que ella quería.

—De acuerdo, —concedió, esperando sinceramente no arrepentirse. —Si eso es lo que quieres, entonces te doy mi permiso.

Era obvio que quería su consentimiento, por eso se lo había pedido en lugar de hacerlo.

—Gracias, —ronroneó, acercándose para rozar con el dorso de sus garras su mejilla fantasmal. —Seré mejor para ti. Ya lo verás.

Delora se limitó a asentir, sabiendo que sus palabras sonarían mal.

Con la cabeza inclinada, retrocedió y dejó a Magnar a su aire y fuera del alcance de sus oídos, si podía.

La espera era casi insoportable. Desearía tener otra cosa en qué pensar, pero no podía hacer otra cosa que quedarse en el bosque. No podía patear la nieve ni los mechones de hierba porque su pie los atravesaría. No podía juguetear cogiendo las hojas que colgaban.

Lo único que tenía para acompañarla eran sus pensamientos, que seguían girando con emociones contradictorias y horribles.

Lo más difícil para Delora era intentar averiguar qué sentía por Magnar. El deseo era uno de ellos, pero ¿de dónde venía la raíz de sus deseos?

Quería que la tocaran, sentirse bien, sentirse una mujer digna de ser tocada, pero ¿habría importado si hubiera sido cualquier otra persona? Sin embargo, cuando imaginó su rostro, su cráneo de zorro lleno de un resplandor morado procedente de sus orbes flotantes, algo dentro de Delora se agitó. Siempre.

Me siento... atraída por él. Un Duskwalker. Una extraña criatura violenta y despiadada, como él acababa de demostrarle. Un asesino - devorador humano.

Pero cada vez que se acercaba demasiado a ella y lograba oler su embriagador aroma o sentir el calor dominante que desprendía, el cuerpo de Delora cantaba de deseo por él.

Me importa. No estaba segura de hasta qué punto. Todo lo que sabía era que... necesitaba a Magnar en su vida. Pero lo necesitaba como era. Que fuera tierno con ella, que la mimara con atención y afecto.

Su expresión se arrugó mientras sus ojos buscaban en el suelo, como si la respuesta estuviera allí, en la nieve sucia.

¿Por qué no se detiene la paranoia? Siempre estaba ahí. Siempre persistía, y justo cuando pensaba que estaba mejor, ocurría algo que la hacía sentir como si sus entrañas estuvieran plagadas de bichos invasores.

¿Sería Magnar, ganando más humanidad, la solución que necesitaba? ¿O sería el golpe final que dejaría a Delora en un lugar frío donde se vería obligada a vivir una vida que no quería?

Tengo mucho miedo. Miedo de que cambie.

Todo pendía de un hilo, y esa balanza podía inclinarse hasta que ella cayera en la desesperación total.

Deseó poder respirar tranquilamente.

Llevaba tiempo. Por otra parte, ella sabía que él debía estar comiendo de siete a ocho humanos. La ansiedad la invadía por completo.

Delora se puso rígida cuando oyó movimiento acercándose a ella.

—¿Dónde estás? —exclamó Magnar a un lado.

Sus labios se entreabrieron y sintió un fuerte deseo de cerrarlos de un mordisco.

—P-Por aquí, —chilló.

Si hubiera podido sentir el corazón, se le habría estrujado de pánico.

Cuando se acercó, se dio cuenta de que no había sangre en su cráneo blanco, como si lo hubiera limpiado. Incluso sus garras y pies estaban limpios.

¿Se…Se había lavado en el arroyo? Lo había visto brevemente cuando huía de los Cazadores de Demonios.

Los orbes de Magnar eran de un encendido color rojo, y la forma en que se acercaba a ella era amenazadora. No fue eso lo que hizo retroceder a Delora un paso.

Fue porque parecía... diferente.

Su cráneo era el mismo, su cornamenta era la misma, incluso pensó que su altura era la misma, pero sabía que el Duskwalker que se le acercaba era más grueso, más ancho.

Su camisa negra no le colgaba tan holgadamente del torso, sus hombros y bíceps parecían más voluminosos. Su columna parecía más recta, ya no curvada, y su postura era casi perfecta mientras se acercaba.

Aparte de los nudillos blancos y todas las articulaciones de los dedos, el resto de los huesos de las manos se habían hundido bajo su carne gris oscura. Sus pezuñas de tres dedos se habían separado en cinco, casi como si las secciones de las pezuñas fueran sólo dedos extraños, mientras que el talón de su pie ahora presionaba firmemente contra el suelo.

Era capaz de caminar correctamente, de pavonearse.

Aunque aún le asomaban plumas por el escote de la camisa, ya no parecían tan largas ni hinchadas.

Magnar había cambiado físicamente, y tan de repente que resultaba asombroso.

Al ver el color de sus orbes, Delora quiso retroceder. El rojo significaba ira, o hambre... pero él decía que ya no sentía hambre.

Algo va mal.

—Quédate, —le exigió, y su severidad, su orden, congeló a Delora en el sitio. Abrió la boca para decir algo, cualquier cosa, pero las palabras no le salían. —Vuélvete física.

Sus ojos se desviaron en busca de una excusa, cualquier excusa.

—No puedo. ¿Y Fyodor?, —murmuró débilmente. —Si huelen toda la sangre, van a.....

Magnar adelantó las manos, y el chasquido de sus garras rompiendo el árbol justo detrás de ella la hizo estremecerse.

—Ya no queda nada. Me *aseguré* de ello. —Giró la cabeza hacia ella, acercándose lentamente a su rostro. —Vuélvete física, Delora.

Con los ojos cerrados, Delora sintió que su cuerpo se hundía cuando sus pies tocaron el suelo. Empezó a volverse tocable, frágil, *insegura*.

Una mano grande y cálida le rodeó la garganta hasta tocarle la parte inferior de la mandíbula, y Delora sintió que su corazón, que ya latía erráticamente, se aceleraba aún más. Se aferró a Fyodor, que empezó a agitarse salvajemente, manteniéndolo quieto para que no pudiera atacarla.

Magnar inclinó la cabeza hacia arriba.

Entonces sus ojos se abrieron de par en par cuando sintió una lengua húmeda, aunque ligeramente áspera, recorrer sus labios. *Me ha lamido.*

La conmoción hizo que separara los labios y sintió que la lengua volvía a recorrerlos, esta vez metiéndose entre ellos para atrapar sus dientes.

Su corazón seguía latiendo deprisa, pero su respiración de pánico se ralentizó, al igual que los movimientos de Fyodor, cuando Magnar la recorrió con aquella lengua firme. No sabía qué la impulsaba a separar más los labios, pero cuando lo hizo, el órgano resbaladizo se hundió en su boca para lamerla por completo por dentro, desde la mejilla, pasando por la lengua y luego hasta la otra mejilla.

Su lengua sólo retrocedía para poder volver a hundirla en su interior, una y otra vez, y ella casi gimió. Había una dulzura en él que cubría sus papilas gustativas con algo tentador.

No había sabor a cobre, ni a sangre, como si se hubiera lavado la boca en el arroyo. Sólo sentía saliva azucarada.

Levantó la lengua para recogerla un poco mejor, para lamerla, casi para bebérsela, lo que de paso hizo que rozara la suya. Magnar emitió un gruñido profundo.

Antes de que Delora se diera cuenta, se agachó, la agarró por detrás de los muslos, la levantó y la estampó contra el árbol. Giró la cabeza para conseguir un mejor ángulo y separó las mandíbulas llenas de colmillos para poder apretarla ligeramente contra la cara. Entonces su lengua se introdujo aún más profundamente.

Lamió más incesantemente la lengua de ella, que empezaba a saludar a la suya.

Era el beso más extraño que había recibido nunca, pero sabía que eso era exactamente lo que era: un beso. Un beso profundo y apasionado.

Toda su preocupación y su ansiedad casi hiperventilada se desvanecieron para dejar algo cálido y palpitante en su lugar.

Delora cerró los ojos satisfecha y se aferró a Magnar con fuerza, negándose a dejarlo escapar. Desde que la había levantado para que pudiera saludarlo, sabía que estaba al menos a un metro del suelo. Le rodeó la caja torácica con las piernas. Sus muslos moldeados no envolvían su cuerpo por completo, pero hundió los talones para acercarlo más, para tenerlo completamente apretado contra su cuerpo.

Le rodeó los hombros con los brazos. Uno de ellos se coló por debajo de la camisa desde el cuello para poder agarrar un puñado de plumas y pelo largo, mientras que el otro se agarró a la base de una cornamenta. Lo mantuvo pegado a ella.

Sus grandes manos le agarraban las nalgas para sostenerla. No confundió el apretujón que le dio y trató de hundir el culo en ellas para que él las agarrara con más fuerza. No sintió la habitual punzada de las garras cuando sintió las yemas de sus dedos clavándose con fuerza y supo que debía de haber conseguido el control para envainarlas.

No sentía el sabor de la sangre, sólo aquel delicioso dulzor, pero Delora no creía que le hubiera importado en aquel momento. Fuera lo que fuese lo que le había impulsado a hacerlo, era la seguridad que ella necesitaba, y gimió en su boca caliente, oyendo un ligero eco.

—Delora, —gimió Magnar a su vez, sin necesidad de retirar su lengua arremolinada para hablarle, ya que irradiaba de su cráneo.

Ella trató de hacer coincidir su lengua larga, invasiva y exploradora con la suya, mucho más gorda y corta, deslizándola como podía. Fue un lío, ambos forcejearon, pero ninguno se apartó.

En cambio, ella sintió que las manos de Magnar le agarraban el culo con tanta fuerza que supo que le había magullado la piel justo antes de meterle aún más la lengua. Se vio obligada a tragárselo.

—¡Nhn! —jadeó Delora, sintiendo que la garganta se le contraía.

Su propia saliva le inundó la boca, su garganta intentando que se tragara la lengua entera o que la empujara hacia fuera, pero no cedió.

—Joder. —Magnar se estremeció, su cuerpo temblando mientras sus plumas trataban de permanecer sobre sus extremos en el apretado puño de ella. —¿Por qué se siente tan bien?

Retiró la lengua, dándole a Delora un momento para respirar mientras recogía cada gota de líquido que había llenado su boca. Luego volvió a hundirla. Ella se tensó entre sus brazos, pero no intentó detenerlo.

Era incómodo a su manera, pero ella lo adoraba, adoraba la forma en que él reaccionaba, que estuviera haciendo esto. Intentó incitarle a seguir moviendo las caderas contra su torso, deseando que lo hiciera una y otra vez.

Quería que le follara la garganta con la lengua.

—¿Sabes cuánto tiempo he querido hacer esto?, —murmuró. —¿Lamerte así?

Oh, Dios. Lo necesito.

Su coño se estremeció de deseo, deseando que su lengua se introdujera allí en lugar de penetrar su garganta. Quería que se arremolinara en su interior, recogiendo el líquido de su excitación mientras él lo robaba. *Quiero correrme a su alrededor*. Dejó escapar otro gemido, tratando de encontrar fricción contra su clítoris, ahora palpitante y necesitado. La entrada a su núcleo estaba resbaladiza y pedía atención.

Todo lo que encontró fue el plano de músculo justo debajo de su pecho.

Un chillido llamó la atención de ambos. Sus cabezas se apartaron cuando se dieron cuenta de que el ruido estrangulado se había interpuesto entre ellos.

El pobre Fyodor había quedado aplastado entre la apretada presión de sus cuerpos y luchaba por liberarse. Empujaron su pequeño cráneo de conejo hacia arriba y ambos soltaron un resoplido muy irritado.

Respirando entrecortadamente, con la cara ardiendo por la excitación y la vergüenza, Delora se enfrentó a Magnar, que seguía sosteniéndola en el aire.

Sus orbes eran de un morado intenso y hambriento, y él también la miraba fijamente, jadeando a su vez.

Acercó el hocico y le pasó la lengua por la comisura de la mandíbula, acercándosela cada vez más hasta que se la pasó por la oreja. Delora lanzó un grito agudo. Un escalofrío aniquiló sus sentidos mientras todo su cuerpo se erizaba de piel de gallina.

Giró la cabeza hacia un lado para darle todo el acceso que quisiera. Siguió lamiéndole la piel, la oreja y la garganta.

—Me gusta tu sabor. Hace juego con tu aroma.

Ella clavó los tacones de sus botas y se arqueó hacia él. Se había precipitado hacia la excitación y ahora su cuerpo le pedía a gritos que la aliviara.

Magnar soltó un gruñido ligero y retumbante al decir: —Si no estuviera aquí....

Hizo una pausa, como si pensara mejor lo que iba a decir. Su cuerpo se tensó y sus dedos le apretaron el culo como si quisiera seguir amasándolo con sus palmas relajantes.

¿Qué... qué iba a decir? Quería saber qué habría pasado si Fyodor no hubiera estado aquí.

¿Habría seguido besándola? ¿La habría tocado ... tal vez incluso más? ¿Habría follado con ella aquí contra el árbol en el bosque abierto?

¿Qué quería Delora?

Todo. En ese momento, lo deseaba todo con el dolor y el hormigueo que sentía en el cuerpo.

—Deberíamos irnos a casa, —dijo finalmente mientras giraba la cabeza hacia un lado. —Las sombras son cada vez más largas.

Casi estuvo tentada de decirle que no le importaba que el sol se estuviera poniendo. Sólo quería que la tocara.

No era tan valiente. *Quizá algún día...*

—De acuerdo, —respondió en voz baja tras mordisquearse el labio inferior pensativa, con la voz tan entrecortada y llena de lujuria que le temblaban las dos sílabas.

Magnar la bajó deslizándola por su cuerpo, pero ella no se perdió la lamida que le dio a la parte exterior de los colmillos, una que se deslizó sobre el agujero de su nariz como si sólo quisiera probar el aroma en el aire. Y oh sí, ella sintió algo duro recorriendo su cuerpo mientras él la deslizaba sobre su ingle.

No era larga, tal vez sólo parcialmente extruida, pero ella sabía que era su polla. Él emitió un gemido cuando el cuerpo de ella se apretó contra él, como si pudiera olerla cada vez más resbaladiza.

Una vez de pie, con las manos en el torso de él para estabilizarse, ya que se sentía un poco mareada, se quedó mirándolo. Al parecer, ninguno de los dos estaba dispuesto a abandonar su posición, ya que seguían apretados el uno contra el otro. La polla de él, que parecía mucho más gruesa de lo que ella creía, estaba presionando entre su ombligo y sus grandes pechos.

Me pregunto qué pasaría si intentara tocarlo...

¿Qué pasaría si se agachara lo suficiente para que se le metiera entre los pechos? Le apretó la camisa con los puños.

Estaba tan tentada de hacerlo.

—Me he dado cuenta de que se vuelve intocable contigo, excepto el cráneo, —comentó Magnar, señalando con la punta del hocico a Fyodor.

Delora se aclaró la garganta, como si eso bastara para despejar su mente, y bajó la mirada hacia Fyodor, que se aferraba a su pecho. Una parte de ella no podía creer que estuviera contemplando pensamientos sucios con el allí.

¿Un trabajo de tetas? ¿En serio, Delora? Pero pensó que a Magnar podría gustarle. A la mayoría de los hombres humanos les gustaba. Sus pechos eran

grandes y suaves, y a él parecía gustarle tocarla. Se preguntó si no sería al revés.

—Sí. No sabía que pasaría eso, pero creo que es porque nunca he pasado a mi forma Fantasma mientras los sostenía.

—¿Crees que podrías sostenerlo mientras viajas así de rápido?

Ahora que las llamas del deseo se desvanecían por su conversación, Delora dejó escapar un pequeño suspiro.

—Supongo que sí. —Levantó la cara una vez más. —¿Por qué?

—Porque, tal y como están las cosas, tengo numerosas heridas por todo el cuerpo. —Sus ojos se posaron en Magnar, sabiendo que sus ropas ocultaban sus heridas. —No podemos permanecer sobre la superficie para que me cure, pero en nuestro viaje a casa atraeré a los Demonios por mi sangre.

—¿Qué estás tratando de decir?

—Vamos a tener que huir. —El rostro de Delora palideció. —Tendré que desplazarme y correr a cuatro patas, y voy a necesitar que lo sostengas y me sigas en tu forma Fantasma. No te lo impedirá tu velocidad humana normal, así que deberías poder seguirme el ritmo.

—¿Te atacarán?

—Definitivamente.

—De acuerdo. Joder, —refunfuñó ella, pasándose la palma de la mano por la frente y apartándose el largo flequillo de la cara. —Mierda.

Eso significaba que tendría que ver cómo le atacaban mientras corrían a casa. No le gustaba tener que presenciarlo.

Tras asimilar la información, Delora tardó unos instantes en darse cuenta de que, junto con los cambios físicos de Magnar, también habían cambiado sus modales al hablar.

CAPITULO 35

El viaje de vuelta había sido bastante más corto, pero Delora habría preferido que hubiera sido largo.

Mientras ella flotaba a su lado, Magnar esprintó a cuatro patas y fue atacado varias veces. Se sacudió a los Demonios de encima cuando se le pegaron y siguió adelante. No podía detenerse, de lo contrario habría sido arrollado por ellos.

Estaba lleno de marcas superficiales de garras, pero nada tan dañino como lo que le habían hecho los humanos, algo que ella sólo había visto cuando él regresó y se cambió de camisa.

La que llevaba puesta estaba empapada de sangre.

Ella se ofreció a limpiarle las heridas, a lo que él accedió, pero no había necesidad de vendárselas. Aunque permanecerían abiertas, habían dejado de sangrar, y cualquier infección se curaría mañana.

Ya lo había visto una vez, cómo la arena negra había cubierto su cuerpo tras la pelea con el espeluznante Demonio con forma de serpiente, así que sabía que no había nada de lo que preocuparse de verdad.

Pero lavar sus heridas había permitido a Delora ver los enormes cambios en su cuerpo. Estaba definitivamente más lleno, más grueso, incluso más grande. Sus músculos se habían ensanchado y, aunque seguían siendo densos, lo rellenaban para que no pareciera tan desgarbado y esmirriado.

La mayor parte del esternón se había hundido bajo la carne, de modo que sólo se veía la parte superior, y los huesos de los brazos habían sido devorados por los nuevos músculos que habían crecido. Los únicos huesos importantes que quedaban visibles eran las manos, los codos, las vértebras de la columna y la caja torácica.

Todo lo demás casi había desaparecido de lo que ella había visto sin camiseta.

Era mucho en lo que pensar, que asimilar.

Por segunda vez desde que él la había construido para ella, utilizó el hogar para cocinar. Adoraba este espacio y sabía que podría cocinar lo que quisiera, ya que él se había esforzado en hacerlo grande y había conseguido todo lo que necesitaba para cocinar. Ollas, sartenes, un estante adecuado para cocinar.

Se sirvió la humeante sopa de verduras en su cuenco de madera, con las cejas fruncidas por el pensamiento. *Soy la única que parece estar atascada como yo misma.*

Primero Fyodor tuvo un cambio tan notable, y ahora también Magnar. Delora era la única que no había cambiado.

Supongo que eso no es cierto. Me convertí en un Fantasma.

Pero físicamente, se sentía casi igual.

Una pequeña sonrisa curvó los labios de Delora cuando salió por la puerta principal y vio a Magnar sentado en el porche con Fyodor. No sabía cómo Fyodor había acabado en la posición en la que estaban sentados junto a él, pero cuando su cráneo empezó a caer hacia un lado, Magnar alargó la mano para salvarlo.

Lo sostuvo agarrándolo desde arriba.

Como llevaba mucho tiempo sentado en el porche, Delora se dejó caer junto a Magnar. Fyodor la sintió al instante y gateó para ponerse en su regazo. Ella empezó a acariciarle la espalda, y el se contoneó más mientras emitía un pequeño ruidito.

Con su tazón caliente de sopa de verduras flotando sobre su regazo para que no presionara contra Fyodor, empezó a comer lentamente, observando las llamas de la hoguera cerca de los escalones del porche.

Fyodor parecía menos inclinado a aferrarse a ella ahora que tenía un cráneo pesado y un cuello débil que no podía sostenerlo. A menudo se lo colocaban sobre el hombro y como que se colgaban de él para soportar su peso cuando ella se movía.

A ella no le importaba. Cualquier cosa que hiciera sentir cómodo a Fyodor le vendría bien a Delora.

Después de unos momentos de silencio, un poco incómoda por hablar con Magnar ahora que había cambiado y preguntándose qué significaba eso realmente para ella, logró atisbarlo por el rabillo de los párpados.

Su hocico apuntaba hacia el cielo, casi como si pudiera ver claramente a través de la niebla del Velo para mirar las estrellas.

Pero lo que empezó como una mirada disimulada se convirtió en una mirada fija.

Sus brillantes orbes cambiaban rápidamente de color. En un momento eran azules, al siguiente verde oscuro, rosa rojizo y a menudo cambiaban a naranja.

Se detuvo con una cucharada de comida cerca de la boca cuando sus orbes brillaron en rojo durante un largo rato antes de desvanecerse en naranja. Luego volvieron a cambiar de color.

Era obvio que estaba sumido en sus pensamientos.

—¿Cómo es que has encendido la hoguera?, —preguntó ella, tratando de entablar conversación para devolverle a la realidad. —No la necesito ahora que me has construido la chimenea para cocinar.

—Me gusta cómo queda, —murmuró en voz baja mientras bajaba la mirada hacia las llamas. Sus orbes seguían cambiando de color, pero al menos se ralentizaba mientras las observaba parpadear. —Me gusta que ilumine el mundo. Aquí siempre está oscuro.

Delora optó por mirar las llamas con él, observando cómo crepitaban cada vez que una rama o un palo se quebraba bajo el calor seco. Las brasas saltaban por los aires antes de enfriarse y volver a caer en el fuego o a su alrededor en forma de ceniza gris.

En su periferia, observó que Magnar tenía las manos entrelazadas y que de vez en cuando se apretaban, como si estuviera lleno de tensión. Le preocupaba

que se hubiera cortado el dorso de las manos por la forma en que las puntas de sus brillantes garras se clavaban en la carne.

Quería curiosear, pero no sabía si era buena idea. No quería molestarle ni incomodarle.

En realidad, no le conocía. Las conversaciones entre ellos no siempre habían sido fáciles. Pero Delora había compartido su historia con él, y ella quería saber más sobre Magnar, sobre sus pensamientos y sentimientos -especialmente ahora, cuando tal vez él pudiera expresarlos mejor.

—¿Estás... bien?, —le preguntó. —Nunca había visto que tus ojos hicieran eso. —Pensó que en cualquier momento podrían empezar a formar un arco iris. —¿Es por tus heridas?

—Tengo mucho sobre lo que reflexionar.

Delora miró a Fyodor y empezó a acariciarle el hocico, haciendo que se moviera alegremente en su regazo. *Es una monada*. Le gustaba que siempre se acurrucara en su tacto.

—¿Quieres hablar de ello? No tienes que hacerlo si no quieres.

Magnar emitió un zumbido pensativo, pero no se golpeó el hocico como solía hacer cuando emitía ese tipo de sonido.

—Por lo que puedo recordar, llevo vivo ciento veinte años, si no más. He visto el mundo iluminarse y oscurecerse cientos de miles de veces, y hay mucho que recordar de lo que he hecho. Pero me arrepiento de muy poco.

—Es mucho tiempo para mirar atrás, —murmuró Delora. —No puedo imaginarme vivir tanto tiempo.

Pero... ¿no existía la posibilidad de que pudiera, ya que le había dado su alma a Magnar?

¿Qué me parece vivir ciento veinte años? Hasta ahora, la vida no había sido muy justa. *Supongo que estaría bien mientras fuera pacífica*. Y si las cosas entre nosotros mejoraran... Delora pensó que, por una vez en su vida, podría ser feliz.

—Sin embargo, —continuó él, mirando de nuevo al cielo y torciendo la cabeza como si viera algo moverse que ella no veía. —Me arrepiento de... ti. En eso estoy pensando ahora.

Delora se sintió tensa, con las rodillas golpeando hacia dentro como si intentara encogerse dentro de sí misma. No se le daban bien las confrontaciones ni las críticas.

No esperaba que le dijera directamente que ella era el problema.

¿Era eso? Tal vez el beso que habían compartido en el bosque había sido un subidón de comer, y ahora se estaba dando cuenta, tras una reflexión más profunda, de que Delora no era lo bastante buena. *Temía que pasara algo así.*

No huiría sólo porque no quería oír la verdad, pero bajó la cabeza para que su pelo la ocultara. Se mordió los labios para cerrarlos mientras apretaba la falda de su vestido, tratando de prepararse para lo que él fuera a decir a continuación.

De repente, la zona estaba demasiado silenciosa. Incluso el sonido del fuego consiguió sobresaltarla, una reacción involuntaria a los traumas que había recibido en el pasado. Los sonidos fuertes solían venir acompañados de cristales rotos y posible dolor.

—No he sido justo contigo, —dijo él, haciendo que la respiración de ella saliera entrecortada, como un dolor en el pecho.

Ella se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

—Te quité el alma sin informarte de lo que eso supondría.

Delora soltó una carcajada incómoda. —Aun así te la di. Podría haber hecho más preguntas.

Volvió a girar la cabeza hacia el cielo, esta vez en sentido contrario.

—Debería haber aprendido más sobre ti, averiguar por qué estabas tan desesperada por librarte de ella antes de pedírtela. Ahora que me has hablado de tu pasado y entiendo lo que significa, por lo que has pasado, puedo ver que hay mucho que puede herir a un humano más allá de una herida física. No debería haberte quitado el alma sin explicarte lo que eso significaría para ti.

—Supongo, —respondió ella, apretando más la falda de su vestido. —Pero no pasa nada. Realmente no me importa.

Con sus orbes de un naranja intenso, llevó su mirada hacia ella.

—Te he quitado la posibilidad de elegir, Delora.

—No, no me la quitaste. No me quitaste el alma a la fuerza, no me la robaste. Como dije, te la di.

—Me la arrojaste, para ser precisos. —Delora hizo una mueca de dolor. —No me dabas tu alma porque quisieras estar eternamente atada a mí, me la dabas porque ya no te importaba lo que te pasara, si vivías o morías. Estabas tirando tu alma porque tu vida no tenía sentido para ti, y ahora lo veo.

—Lo siento, —dijo ella mientras empezaban a brotar lágrimas de vergüenza.

—¿Por qué te disculpas?, —preguntó él. —Debería haber esperado a que estuvieras preparada. Debería habértelo explicado todo en lugar de esperar a que tú me lo dieras. Te quité la posibilidad de elegir al no explicártelo todo.

—Sí, pero...

—¿Me lo habrías dado si lo hubiera hecho?

Los labios de Delora se entreabrieron mientras pensaba en su respuesta, pero lo supo en el momento en que él formuló su pregunta.

—No, —admitió con los hombros caídos. Luego volvió la cara hacia él con una arruga suplicante en los párpados. —Pero me alegro de haberlo hecho, Magnar. Hace tiempo que sé que me alegro de estar aquí contigo.

—Pero no lo entiendo. ¿No te enoja que no te dieran una elección adecuada?

—Habría hecho la elección equivocada, sin embargo.

—Aún así habrías tenido una.

—Magnar, si no te hubiera dado mi alma, no estaría aquí ahora. —Sus ojos recorrieron los rasgos de su rostro extraño, pero de algún modo hermoso, antes de posarse finalmente en sus colmillos. Se detuvieron allí, examinando su mortandad. —Si me lo hubieras contado todo, no habría tenido que elegir.

Sus orbes se transformaron en un tono amarillo.

—¿Qué quieres decir?

Ella desvió la mirada simplemente porque no quería ver su reacción a lo que estaba a punto de decir, optando por mirar las llamas que tenían delante.

—Me habrías comido. No habría tenido elección porque ya no existiría en este mundo. Esa es la alternativa a nuestra situación. Ya fuera en un ataque de ira por algo que hice o dije, o cuando el Demonio serpiente me hirió, o cada vez que he olido a miedo, si no te hubiera dado mi alma y te hubiera librado de tu hambre, me habrías comido.

Sus garras chasqueaban entre sí mientras jugueteaba con las manos. Estaba cada vez más tenso, igual que ella.

—Aunque eso sea cierto.... —Se quedó en silencio, como si quisiera discutir pero no pudiera. Luego dijo: —Hay otras cosas que tampoco pudiste elegir. Cosas que no me diste permiso para hacerte.

Los labios de Delora se fruncieron al no poder pensar en ninguna otra opción que le hubiera sido arrebatada. Si se refería a cuando se habían tocado, estaba bastante segura de que su cuerpo le había delatado lo mucho que lo había deseado. Ella nunca había dicho que no, excepto una vez, y él la había dejado ir inmediatamente cuando lo hizo.

—¿Qué es lo que...?

—Al principio no entendí lo que significaba, —dijo Magnar mientras agitaba la mano en dirección a Fyodor. —He estado pensando en el como un niño pequeño porque mi conexión con él ha sido inconexa. Que somos creadores más que padres. Sabía que tenía que protegerlo, que era pequeño e indefenso, pero mi cuidado por él era sólo eso, proteger. No le pregunté si podía hacerle esto. Y esto ha sido... duro para ti.

—Los bebés suceden por accidente todo el tiempo, —trató de reírse. —Los humanos lo hacen todo el tiempo. Es el riesgo que corremos cuando mantenemos relaciones sexuales sin protección. Ambos tuvimos algo que ver en su creación. Yo también tengo culpa, y... y para mí es muy valioso. Desde el momento en que supe que estaba embarazada, lo quise. Siempre he querido tener un hijo, pero nunca antes había podido.

—Pero... son Mavka.

—¿Y qué? Es mío. Es lo único que me importa. Y la verdad es que es muy monos, ahora que ha dejado de intentar morderme.

—Es porque olías a miedo, —refunfuñó Magnar. —Eso es culpa tuya.

Ella soltó una pequeña carcajada. Él tenía razón, y ella no podía negarlo. Ahora que lo recordaba, había sido muy tonta.

—¿Pero no preferirías un niño humano? No puedo dártelo.

Delora se encogió de hombros y miró al pequeño Fyodor en su regazo. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Claro que eran diferentes de lo que había imaginado toda su vida, pero también lo era Magnar.

—Una parte de mí se alegra de que no sea humano, —admitió Delora mientras volvía los ojos al cielo, deseando poder ver las estrellas, pero se conformó con mirar el horizonte nocturno. —Mi relación con los humanos no ha sido todo sol y arco iris. Sé que Fyodor no es lo que otros considerarían un niño normal, ni tampoco lo que estamos haciendo, pero me alegro de estar aquí con vosotros ahora, y de que haya nacido, aunque al principio me dieran un poco de miedo. La vida puede dar miedo, y todas las madres luchan al principio de una forma u otra. —Entonces sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba. —Al menos no tengo que darles leche. Creo que eso me habría fastidiado mucho.

—¿Los humanos tienen leche?

Su pregunta no era en lo que Delora había esperado que se fijara, y una carcajada brotó de ella.

—Sí, Magnar. Para eso están los pechos. Por eso los tienen las mujeres.

—¿Tus pechos hacen eso? —Magnar bajó la cabeza para mirarle descaradamente las tetas, inclinando la cabeza y sus orbes se tornaron amarillo brillante por la curiosidad. Eso sólo hizo reír más a Delora. —Eso es... realmente extraño. Me alegro de que no hagas eso.

Magnar inclinó la cabeza hacia el lado contrario cuando se dio cuenta de que Delora se estaba riendo por lo que había dicho. Aunque fuera a su costa, se sintió aliviado de que ella encontrara humor en aquello, de que sonriera.

Desde el momento en que reflexionó sobre el tiempo que había pasado con ella y se dio cuenta de sus errores, le preocupaba hablar con ella sobre ellos. Quería que ella supiera que comprendía que lo que había hecho estaba mal, que había sido un estúpido torpe en todo, pero necesitaba saber si ella se arrepentía.

Magnar quería saber la verdad, aunque no fuera lo que él quería oír, para saber por dónde empezar a enmendarse.

Parecía que no le hacía falta.

Por la razón que fuera, Delora no se arrepentía de lo que había hecho ni de que las cosas hubieran salido como habían salido. Ella quería estar aquí con él, y eso significaba... mucho.

Se alegra de que no sea humano, de que sea Mavka.

El rosa brillante se alzó en sus orbes y se cubrió un ojo con una mano, empezando a comprender la sensación de calor y cosquilleo que crecía en su interior cada vez que veía ese color. No podía ponerle una palabra, pero comprendió que era porque ella le importaba inmensamente. Que era importante.

Entonces Delora hizo algo que hizo que su corazón se apretara maravillosamente en su pecho.

Se acercó a él y le cogió la mano para estrechársela. La miró fijamente, el simple contacto le produjo placer en todo el cuerpo.

—¿Qué haces?, —preguntó él mientras ella colocaba las manos de ambos en el porche, entre los dos.

Intentó pasar los dedos por los huecos de las suyas, pero su mano no se estiraba tanto y sólo le llegaban las yemas de los dedos.

—Te cojo de la mano, —respondió ella, sonriendo a las llamas cuando las contempló. —Intento mostrarte que está bien. Los humanos hacen esto cuando quieren transmitir algo sin tener que hablar, para mostrar a la persona con la que están que no están solos o que el otro los acepta. Sin embargo, tu mano es demasiado grande para mí. Debería hacerlo de la otra manera.

Desbloqueó sus dedos mal trabados y luego la movió para sujetar el pulgar de él. Cuando él hizo lo mismo con la de ella, sus manos se entrelazaron mucho mejor, aunque la de él se tragaba la de ella tan completamente que no podía verse.

Miró cómo se tocaban sus palmas, sin darse cuenta de que el simple hecho de cogerle la mano podía tener una simbología tan fuerte.

Ojalá lo hubiera sabido antes. Habría intentado cogerle la mano cuando ella hubiera necesitado consuelo.

Ella le había pedido la mano cuando trajo a Fyodor al mundo, pero él se había limitado a pensar que era porque necesitaba apretarle las tuercas a algo.

Un silencio tranquilo se apoderó de ellos, y Magnar sintió que la presión de sus pensamientos se aliviaba, agradecido de que ella se hubiera atrevido a tener esta conversación con él. Lo había necesitado, aunque no lo hubiera demostrado.

—Intenta no quedarte en el pasado, —dijo ella. —Eso es lo que intento. Lo único que podemos hacer es aprender de nuestros errores y seguir adelante. Mirar hacia el futuro. ¿De acuerdo?

Ella le miró expectante, y él asintió, con el hocico rebotando en el aire.

Ella le respondió con su propia inclinación de cabeza antes de soltarle la mano, aunque él no quería. Delora se levantó, asegurándose de agarrar bien a Fyodor.

—Hoy ha sido un día muy largo y lleno de acontecimientos. Estoy muy cansada, pero gracias por esto. —Ella le dedicó una pequeña sonrisa, una que hizo que la ternura ardiera en su pecho. —Buenas noches.

Cerró la puerta suavemente para que no entrara el aire fresco de la noche.

Magnar reflexionó sobre su conversación y cómo había resultado. Como si fuera una costumbre de la que aún no se había desprendido del todo, se llevó la mano al hocico para darse golpecitos con una garra en la punta.

¿Para eso sirven los pechos? ¿Para producir leche para sus crías? Y ahí estaba él, pensando estúpidamente que los pechos de Delora existían para que él jugara con ellos, teniendo en cuenta que a ella le gustaba que se los tocara.

Le gustaba que fueran tan grandes que se movieran bajo el poder de su lengua, obligándole a perseguir sus pezones. Era como un juego secreto al que jugaba con ellos.

No, pensó con severidad. *Siguen siendo míos*.

Su aroma siempre se volvía increíblemente dulce y erótico cuando él lo hacía. Le gustaba acariciarlos con la lengua hasta que ella saturara el aire con aquel aroma que le hacía la boca agua, le apretaba las tripas y le estrechaba la entrepierna.

¿Puedo? Muchas cosas habían impulsado a Magnar a lamer el interior de la boca de Delora cuando estaban en el bosque sobre la superficie. Había sentido un deseo irrefrenable de tocarla, de saborearla, de tragársela entera, aunque le había hecho tragar su lengua.

Había visto a Orpheus lamer la boca de Reia hasta que ella lo apartó con una risita, sobre todo porque Orpheus quería poner celoso a Magnar porque era posesivo con su hembra. Lo era menos ahora que Magnar tenía la suya propia.

Había querido probarlo con Delora porque le había parecido agradable.

Pero también había estado probando los límites de su control.

El deseo irrefrenable de plantar su polla en Delora en aquel momento había sido fuerte, pero no le había vuelto loco. Su polla tampoco se había salido sola. Había estado protegida por sus tentáculos, lo que le había permitido ponerse erecta sin el dolor punzante que normalmente lo tenía gimiendo y necesitado.

Su deseo de estar dentro de Delora había sido porque quería estar cerca de ella, no porque la necesitara para aliviar su dolor. El deseo se había sentido... más profundo, diferente, mejor.

Magnar llevó la vista a la puerta, preguntándose si ahora podría estar en su presencia sin desesperarse.

Está cansada. No debería molestarla. Pero lo que más deseaba era abrazarla.

Con un chasquido de lengua, se decidió. Se puso de pie, agradecido de no sentir ninguna punzada en las piernas y la espalda ahora que estaban rectas y podían soportar la postura.

Moviendo los dedos, se miró los pies.

Necesitaré zapatos. Como los de Orpheus.

Ya no necesitaba zapatillas para sus pezuñas desde que sus cinco dedos y los arcos de sus pies tenían una forma más humana.

En silencio, Magnar entró, sabiendo que el fuego se apagaría solo. Se dirigió a la habitación del fondo, intentando que sus pasos fueran ligeros, incluso bajo su pesada complexión.

Cuando abrió la puerta, encontró a Delora acurrucada en el nido con una de sus camisas. Aunque la cubría una manta, era fácil ver la silueta de su cuerpo. Estaba de lado con las rodillas levantadas, acurrucada alrededor de Fyodor que estaba apretado contra su pecho con la cabeza apoyada en su brazo. Su otro brazo se extendía por encima de ellos.

Bajando junto a la pared del nido, le rozó la cara con el dorso de las garras, tratando de despertarla suavemente.

Como no llevaba mucho tiempo dormida, se despertó con facilidad y acercó sus ojos marrones, somnolientos pero bonitos, a los suyos. Él sabía que serían lo único que ella sería capaz de ver en la oscuridad, haciéndolo fácil de encontrar.

—¿Pasa algo?, —preguntó ella, con la voz llena de sueño. Le gustaba cómo sonaba su voz.

—¿Puedo tumbarme contigo?

Se iría si ella decía que no, pero esperaba que esa no fuera la respuesta que recibiría.

—Por supuesto. —Ella se movió para dejarle más espacio hasta que su espalda quedó apoyada contra una de las paredes, arrastrando a Fyodor con ella. —Esta también es tu cama, no es que la hayas estado usando.

Tal vez Delora no lo sabía, pero Magnar había estado durmiendo en esta habitación, justo... fuera del nido. Desesperado por estar cerca de ella, pero incapaz de estar con ella.

Con cuidado, se arrastró hacia el interior y se acostó de lado, moviendo la cabeza hasta que se colocó de manera que su cornamenta no le molestara.

—Puedo... ¿Abrazarte? —Contuvo la respiración esta vez, inseguro de si ella querría eso.

El corazón le latía con fuerza en el pecho. Por favor, di que sí.

—Mhm. —Ella asintió mientras sus ojos se cerraban. —Estás muy caliente. Así no tendré frío.

Magnar se acercó hasta que pudo rodearla cómodamente con los brazos. Forzó sus posiciones hasta que ella tuvo que dejarlo ser su almohada con la cara apretada contra su pecho firme.

Como sólo estaba probando las aguas de su nuevo control, se quedó como estaba, asegurándose de que todo estaba en calma en su interior. Cuando así

fue, dejó escapar un suspiro de satisfacción y la apretó más contra sí, rozando con la mandíbula su sedoso cabello.

Esto era más de lo que había sido capaz de hacer antes.

Supo que estaba dormida cuando su respiración se hizo más profunda y uniforme, y Magnar acercó la mano que tenía sobre ella a la cara para echarle el pelo hacia atrás. Luego le pasó con cuidado la punta del dedo índice por el borde de la mandíbula y sintió un cosquilleo en el estómago mientras la miraba.

No sintió ni una pizca de cansancio en su abrazo.

Es tan hermosa.

Pasó la punta de un dedo por la nariz de ella, antes de rozarle el pómulo alto y redondeado con el dorso de una garra. Luego volvió a acariciarle suavemente la mandíbula, sintiendo esta vez cómo levantaba la cabeza en señal de bienvenida a pesar de estar dormida.

Pero fue el pulgar el que utilizó para rozarle los labios, sintiendo el labio superior más fino antes de rozar suavemente el inferior. Separó el inferior, cada vez más fascinado por la suavidad que sentía.

Desde el momento en que los había probado en el bosque, sabía lo deliciosa que era su saliva, lo cálida que era su boca, lo dura que era su garganta, Magnar había sentido un impulso irrefrenable de volver a lamerle los labios. Constantemente, una y otra y otra vez, y sabía con absoluta certeza que nunca se cansaría de hacerlo. Nunca estaría satisfecho.

Un hambre que estaba encantado de tener.

Quería acercarse y hacerlo ahora, la necesidad le acosaba, pero no lo hizo. El Magnar de antes, el que tenía menos humanidad, habría sido víctima de la insistencia de su mente y lo habría intentado hasta despertarla.

Necesitado de alejarse de ese pensamiento, ya que el color morado parpadeaba en su visión, posó la garra sobre la columna de la garganta de ella. Ella soltó un jadeo ahogado e inclinó ligeramente la garganta.

Magnar se lamió el hocico.

Me gusta cuando hace ese sonido.

Aunque lo deseaba, no bajó más sobre su cuerpo. Era demasiado para él. Si sentía lo blanda y sublime que se sentía en sus palmas, sabía que querría tocar más hasta que estuviera satisfecho, hasta que volviera a aprender cada centímetro de ella.

En lugar de eso, levantó las garras para poder peinar su largo pelo negro, sintiendo los brillantes mechones que lo enredaban. Quería que se enroscaran alrededor de sus dedos hasta quedar permanentemente capturado por ellos.

Magnar quería convertirse en su presa.

No había empezado a peinarse de ninguna manera porque no tenía ningún coletero*. Le compraré mil, los que necesite. Si se peina tan bien como pinta, sé que será igual de fascinante.*

Accidentalmente le arañó la oreja con la garra, no lo suficiente como para cortársela, pero sí para hacerla respirar entrecortadamente.

Magnar soltó una leve risita.

En voz muy baja, susurró: —Tienes unas orejas muy sensibles, mi pequeño cuervo. Siempre me dan ganas de jugar con ellas.

Pasó la punta de su garra por detrás de la concha de ella, sólo queriendo oírla hacer ese sonidito otra vez y nada más.

—*Magnar,* —gimió ella, retorciéndose contra él mientras temblaba.

El aire estaba impregnado de un aroma embriagador, el que le informaba de que ella se estaba excitando. Fue rápido, le cogió por sorpresa y le atenazó terriblemente.

¿Gimió mi nombre mientras dormía? Se le encogieron las tripas. El color morado se encendió en su visión y se apartó de ella con la esperanza de que su olor se disipara y pudiera quedarse.

Pero no fue así. En lugar de eso, su respiración se volvió superficial mientras su pecho se sonrojaba. Retiró la manta como si tuviera calor, y la tentadora vista de su escote, sus pechos suaves y redondos, casi se salieron de su camisa de dormir. Le echó un vistazo a sus muslos gruesos y sedosos antes de que ella le rodeara la cintura con la manta.

Ella gimió en sueños, lamiéndose los labios antes de relajarse. Magnar se dio cuenta de que su olor aumentaba a cada segundo que pasaba, a pesar de que había dejado de tocarla cariñosamente.

Estaba excitada, necesitada. Esperaba desesperadamente haberla incitado a soñar con él. Con él tocándola.

Delora había sido la seductora protagonista de cada uno de sus sueños desde que la conoció. Él también quería ser el suyo.

Quiero aliviarla. Delora se le había tirado encima en el bosque, y su embriagador aroma de necesidad no le había pasado desapercibido.

Había estado tan cerca, a punto de tomar su flexible cuerpo allí mismo.

Pensó que ella podría aceptar su toque ahora, pero no sabía si podía confiar en sí mismo todavía. Aun así, estaba dormida. No iba a despertarla.

Pero Magnar podía sentir sus tentáculos moviéndose, podía sentirlos envolviéndose alrededor de su polla cuando empezó a resbalar de su costura. Reaccionaba a su olor, a sus pantaloncitos, a la sensual visión de ella tumbada allí, tan dócil para él.

Quiero seguir tumbado aquí con ella. Quiero abrazarla.

No podía hacerlo en su estado actual.

Magnar quería confiar en sí mismo, pero aún no sabía si podría.

Una idea se encendió en su mente, una que le hizo lamerse el exterior de los colmillos. Una que hizo que el morado se encendiera más profundamente en su vista mientras se movía para arrastrarse fuera de la cama sin molestarla.

Estaba decidido a no estar lejos de ella por mucho tiempo.

CAPITULO 36

¿Adónde va por las noches? pensó Delora mientras observaba a Magnar. Se aferraba a una pata que estaba sujetando a una mesa de comedor que estaba fabricando y utilizaba con firmeza un mazo para clavar un clavo largo.

La mesa era rústica, hecha de múltiples trozos de troncos de árbol que se aseguraban entre sí cruzando vigas de madera por debajo. El exterior tenía bordes desiguales, pero a Delora le gustaba así. Cuando él le preguntó si quería que lo alisara y lo hiciera rectangular o circular, ella había dicho que no a ambas cosas.

Ha empezado a dormir conmigo.

Era agradable estar envuelta en calor cada noche. Abrigada por miembros largos y firmes mientras estaba cubierta de plumas y pelo. Inhalar el delicioso y relajante aroma que la hacía hundir la cabeza en los músculos pectorales.

Oír el fuerte latido del corazón de él contra su oído y sentir la onda tranquilizadora de su pecho expandiéndose y comprimiéndose cada vez que él respiraba profundamente, para soltarlo lentamente unos segundos después.

El abrazo era íntimo y cada noche lo era más cuando Delora se atrevía a acercarse un poco más, colándolo bajo su manta para poder meter los tobillos entre los de él. Quería entrelazarlos.

Eso no siempre era fácil con Fyodor, que ahora exigía estar en medio de ellos como si *quisiera* egoístamente que ambos le dieran consuelo.

Me despierto en sus brazos.

Delora no recordaba la última vez que se había despertado en brazos de alguien.

Al principio, Hadith había sido muy mimoso y habían pasado muchas mañanas perezosas juntos.

Aquellos días no podían compararse con la forma en que Delora se despertaba en los brazos de Magnar, casi enfadada consigo misma por tener que levantarse a orinar, agradecida de que ahora tuvieran un orinal para ella. Estaba pensando en pedirle a Magnar que le hiciera un retrete.

Delora le rogaba que le diera unos minutos más, como si no estuviera despierta, y le daba cualquier excusa cuando él le decía que tenían que empezar el día.

Creía sentir de vez en cuando sus maravillosas garras acariciándole la mandíbula o rozándole el cuero cabelludo, sumiéndola más profundamente en el sueño y provocándole sueños realmente placenteros y, en ocasiones, traviesos.

Nada de esto respondía a por qué sabía que sentía un punto de frío en mitad de la noche. Estar envuelta en calor significaba que se despertaba cuando éste faltaba.

Anoche, él la había despertado accidentalmente al desenredarse de ella. Delora, medio dormida, había sentido cómo Magnar se escabullía. Sólo para despertarse con sus garras rozándole el pelo a última hora de la mañana.

¿Qué hace cuando se va?

Había empezado a acostarse con ella hacía sólo unas noches.

Desde entonces, la casa empezaba a estar amueblada como si él fuera un maníaco que no podía estarse quieto ni un segundo. Ya tenía un sofá largo que él había construido con ramas y otro más pequeño que lo acompañaba, ambos necesitaban ahora cubiertas de piel para hacerlos más suaves, pero eran adecuados para sentarse en ellos.

Tenía un banco en el porche, así que ya no tenía que sentarse en los escalones.

Había hecho dos sillas de comedor, una para ella y otra para Reia, porque sabía que tenerla cerca hacía feliz a Delora. Y ahora estaba haciendo una mesa para acompañarlas.

Hablando de Reia...

Una mano pequeña y pálida se agitó delante de su cara.

—Tierra a Delora, —dijo Reia lentamente, tratando de llamar su atención. —¿Hola?

—Lo siento, —murmuró Delora.

Apartó la mirada de Magnar, y tal vez de su culo musculoso, redondo y de aspecto firme que estaba parcialmente oculto tras su larga cola, para mirar el rostro ceñudo de Reia.

Está claro que no estaba mirando el culo de un Duskwalker. Su cara comenzó a calentarse. Juro que no lo estaba.

Reia estaba sentada a su lado en el banco exterior, con el pelo rubio enroscado a un lado de la cabeza y ondeando por encima del hombro. Estaba mirando a Delora con el ceño fruncido.

—Hoy pareces un poco ida.

—La verdad es que no, —intentó reírse Delora. —Sólo sumida en mis pensamientos.

Los labios de Reia se afinaron tanto que se volvieron blancos y casi desaparecieron, y sus ojos se entrecerraron en miradas cómplices de duda.

—Mentirosa. —Luego suspiró. Cruzó los brazos detrás de la cabeza para apoyarse en la pared de la casa y en el respaldo. —Por otra parte, ni mi circo ni mis monos.

Delora arrugó la nariz. —¿Qué significa eso?

—Significa que no es mi problema, ni asunto mío. —Sus labios se curvaron ligeramente. —Y ya me has mordido la cabeza unas cuantas veces por buscar información que no quieres dar. Eres bastante reservada, ¿sabes?

—Cuando vienes del pueblo que yo, lo mejor era mantener la boca cerrada o todo el mundo sabría lo que pasaba en tu casa.

Delora podía recordar *vívidamente* el día en que le había confiado a una 'amiga' cómo Hadith a veces no quería tener sexo con ella. Todo el mundo pensó que le pasaba algo en la polla porque su 'amiga' se lo había dicho a todo el mundo.

Esto llevó a Delora a una situación horrible en la que se enteró de que no había nada malo en su polla, aparte de la persona a la que estaba unida.

Ella sólo había estado buscando consejo, buscando una manera de condimentar su relación fuera del espacio de sus pensamientos. En lugar de eso, tanto ella como Hadith habían sido humillados, y él se había enfurecido con ella.

Los que vivían a su alrededor después de aquella noche confirmaron que no había nada malo en su capacidad para desenvolverse en el dormitorio, porque les habían oído toda la noche.

Delora se estremeció al recordarlo con repulsión.

—Probablemente lo mismo para la mía, —respondió Reia con frialdad. —Pero no se me permitía hablar con nadie, así que no sabía una mierda de lo que pasaba, salvo lo que oía por casualidad cuando me daban de comer. Jill engañaba a Jack. Hansel le robaba las migas de pan a su hermana Gretel. Bla, bla, bla. Los cotilleos siempre me parecieron triviales y sin sentido.

—Suena bastante bien, —resopló Delora con una carcajada sin humor.

—Sabes... sin embargo, —dijo Reia mientras giraba la cabeza hacia un lado para mirar a Delora. —Puedes hablar conmigo. ¿A quién se lo voy a decir? ¿A Orpheus? —Señaló con el pulgar al Duskwalker con cráneo de lobo que ayudaba a Magnar a sujetar la mesa para que pudiera colocar otra pata. —No nos importa lo que pase entre ustedes dos, siempre y cuando estén bien. Tú eres la humana en esta situación, viviendo en un lugar como el Velo, aislada del resto de la humanidad.

—Gracias, —dijo Delora en voz baja, deseando que su incapacidad para confiar en la gente no estuviera tan rota.

Aunque ahora consideraba a Reia como una amiga, no la conocía lo suficiente. No sabía si sus opiniones o consejos serían útiles o lo que ella necesitaba, ya que tenían dos personalidades muy diferentes. Ella también podría un día... cambiar.

A menudo las personas no eran lo que parecían al principio, ponían una fachada porque era más fácil que revelar su verdadera naturaleza.

—¿Cómo está este pequeño? —Reia se acercó y rozó la parte superior del cráneo de Fyodor con un nudillo mientras yacían en el regazo de Delora. —Parece un conejo feroz.

Delora bajó la mirada para sonreírle. No pudo contenerse cuando lo cogió en brazos y lo abrazó con fuerza mientras se balanceaba ligeramente de un lado a otro. Era tan adorable que sólo quería aplastarlo en señal de adoración.

—Están bien. Ahora me pesa un poco, pero creo que eso me hace más fuerte.

—¿Estarás bien unos días sin nosotros?

Delora asintió.

Reia y Orpheus estaban planeando un viaje a la Aldea de los Demonios. Originalmente habían venido sólo para decirles que no irían de visita por un tiempo, pero luego Magnar le había pedido ayuda a Orpheus para hacer la mesa, ya que era incómodo hacerlo solo.

—Me preguntó si necesitaba algo. ¿Podrías traerme algunos utensilios de cocina, como cuchillos adecuados?

—Sí, claro. Suena bastante fácil. También conseguiré más tela. —La cara de Reia se iluminó con una sonrisa. —Hacer ropa para las dos me mantiene entretenida. Me da algo que hacer.

Los labios de Delora también se curvaron, sabiendo que ahora tenía un segundo vestido que ponerse, ya que Reia se lo había traído.

—Deberías venir y dejar que te enseñe a usar una espada. Horas de diversión sin fin.

—¡No, gracias! —Delora se rió. —Es más probable que me corte mi propia pierna a que sea capaz de matar a un Demonio.

Orpheus eligió ese momento para empezar a dirigirse hacia ellas, con la mesa ya terminada. Magnar iba unos pasos por detrás, levantándola él solo. Reia se puso en pie de un salto y se estiró levantando los brazos en el aire y entrelazando los dedos, llegando hasta la punta de los pies mientras soltaba un gruñido poco propio de una dama.

—Muy bien, acabemos de una vez con este largo y aburrido paseo, —dijo Reia mientras bajaba los escalones.

Orpheus resopló, pero estiró el brazo como si estuviera deseando tocarla. Le rodeó la cintura con la mano.

No hubo despedida, como nunca la hubo porque volverían muy pronto.

Delora observó cómo Magnar giraba la mesa de lado, haciendo pasar dos patas por la puerta antes de girarla en curva para hacer pasar las dos últimas.

Sonrió con complicidad.

El antiguo Magnar habría estado de pie en la puerta, preguntándose cómo iba a pasar la mesa, ya que era ancha y torpe, y seguramente se habría rascado la cabeza, perplejo.

Echo de menos que sea tonto. Pero también le gustaba este nuevo Magnar.

CAPITULO 37

Delora sintió que el aire fresco de la noche le rozaba el hombro descubierto cuando Magnar salió lentamente del nido. Se aseguró de cubrirla, pero Delora se sintió perturbada por el sueño, cada vez más sensible a sus movimientos a medida que desaparecía cada noche.

No sabía si se había vuelto a quedar dormida o no, pero cuando abrió los ojos se dio cuenta de que no había tenido ocasión de verle marchar. Estaba completamente envuelta en la oscuridad.

Y sola.

¿Adónde había ido? ¿Qué hacía y por qué?

Se incorporó con cautela mientras se aseguraba de que las mantas seguían cubriendo a Fyodor. Continuó durmiendo hecho un ovillo, ajeno al mundo.

Todo estaba en silencio. Tan silencioso que lo único que oía eran las pequeñas respiraciones de Fyodor, normalmente imperceptibles.

El aire era fresco, pero no helaba su piel descubierta. Delora se mordisqueó el interior de la mejilla mientras se debatía consigo misma sobre si debía ser valiente e ir a buscar a Magnar.

Nunca le había preguntado qué hacía por la noche. Todo el mundo se merece momentos de intimidad.

También podía estar buscando a alguien que no estaba allí. Delora no quería parecer un cachorro perdido buscando patéticamente a su amo.

Tras una feroz lucha interna, Delora tomó una decisión cuando miró por la ventana. La luna brillaba a través de la niebla en una noche despejada. Debería ser suficiente para alumbrarla y no caminar a ciegas.

Por mucho que quisiera coger la manta para mantenerse caliente, Delora la dejó atrás para no agitar a Fyodor. Salió de la casa de puntillas, cerrando suavemente la puerta principal.

Vale, rodearé el patio alrededor de la casa, pensó para sí. *Si no lo encuentro, volveré a entrar*. Aunque dudaba que pudiera dormir.

O quizá pueda preguntarle adónde ha ido cuando vuelva. Lo había intentado anoche, pero se había vuelto a quedar dormida.

Envolviéndose en sus brazos para mantener el calor, pensando que tal vez debería haberse puesto ropa de verdad en lugar de andar por ahí con una de las camisas de Magnar, bajó los escalones.

Delora no lo vio por delante. Se desvió hacia la izquierda para ver si tal vez estaba en la parte trasera, donde estaba el jardín.

La luna hacía que la niebla se volviera más blanca, más espesa incluso, lo que hacía que la zona pareciera encantada, como si en cualquier momento un fantasma pudiera asomar por cualquier parte. Los árboles tenían un aspecto espeluznante, ya que muchos de ellos habían perdido sus hojas, aparecían

como garras amenazadoras en la oscuridad y se movían como si quisieran golpear.

Nunca he salido sola de noche. Los viejos hábitos hacían difícil no desconfiar. *Da mucho más miedo de lo que pensaba.*

Los humanos de hoy en día tenían miedo de la oscuridad, considerando que había una posibilidad real de que no estuvieran solos en ella.

Un ruido le hizo aguzar las orejas y levantar la cabeza.

Un resoplido, profundo pero corto, flotó en el viento como si hubiera resonado cerca. Delora vaciló cuando supo que procedía del bosque que había al otro lado del patio parcialmente despejado.

Quizá no sea una buena idea... ¿Y si es un Demonio? Volvió a morderse la mejilla. Deja de ser tan miedosa. *Ningún Demonio puede entrar en la sala de protección.*

Al menos... no habían podido antes.

Inspirando con fuerza para tranquilizarse, Delora se dirigió en la dirección en la que había oído el ruido, intentando no hacer demasiado ruido por si se trataba de algo con lo que no quería tropezar.

Magnar podría estar comiendo algo jodidamente *raro*, por lo que ella sabía.

Otro resoplido, esta vez más profundo e incluso tembloroso, desvió su camino. Le siguió un bufido sordo.

Y entonces lo encontró.

Los árboles no eran densos y la luz de la luna brillaba entre los huecos de las hojas lo suficiente como para verlo con claridad.

Los orbes de Magnar eran negros, lo que indicaba que sus 'ojos' estaban cerrados, mientras que su hocico apuntaba hacia el cielo. Sus colmillos entreabiertos soltaron una nube en su profunda y jadeante exhalación. Estaba arrodillado en el suelo y, al principio, ella pensó que estaba... sentado, sin hacer nada.

¿Por qué...?

Delora tardó un momento en darse cuenta de lo que ocurría. Cuando lo hizo, el calor se encendió en sus mejillas antes de extenderse por su pecho y acumularse en sus entrañas. Tuvo que apoyarse en el tronco de un árbol cuando le temblaron las rodillas.

De repente, sus pies se clavaron en el suelo.

Por la vista lateral que tenía de él, pudo ver que tenía una mano apoyada en la rodilla y la otra sujetaba firmemente su gruesa polla. Vio cómo se acariciaba la larga polla que sobresalía de entre sus caderas mientras él, lentamente, como si no pudiera evitarlo, se la metía en el puño.

Él emitió un gemido estremecedor, uno que hizo que su cabeza se torciera ligeramente antes de sacudirse.

Oh, Dios... mío.

Sus cuatro tentáculos, largos y gruesos en la base, se retorcían en el aire, pero no le preocupaban. Se limitó a bajar el puño alrededor de ellos para que pudieran envolver su mano antes de tirar hacia arriba y alejarse. Luego frotó la

extraña cabeza que tenía protuberancias notables alrededor del borde que podían verse incluso desde lejos.

Sus ojos siguieron sus movimientos, la gran mano de él tragándose algo que ella no creía poder rodear con las dos suyas.

La visión era completamente erótica, Magnar masturbándose la polla con sólo una pizca de luz de luna cayendo en cascada sobre él. Tuvo que apoyarse aún más en el tronco del árbol cuando juntó los muslos.

Los pezones de Delora se erizaron en duras puntas, sintiendo un notable picor y necesidad contra el suave material de la camisa que llevaba puesta. Las paredes internas de su coño se estremecieron cuando Magnar soltó un gruñido de placer y sus caderas se estremecieron contra su mano antes de que volvieran a su lento ritmo.

Una parte de ella quería unirse a lo que él estaba haciendo, metiendo la mano entre sus muslos para tocarse. La otra parte sólo quería contemplar la magnífica escena.

Se mordisqueó la comisura de los labios.

Quiero ver cómo se corre.

Quería presenciar lo que sabía que sería una fuente de semen brotando de él a borbotones. Sabía que lo acompañaría un sonido maravilloso. Un gemido ronco, inhumano y no disimulado.

Su coño se apretó de nuevo al pensarlo, y las yemas de sus dedos empezaron a palpitar junto con el resto de su cuerpo. La sangre le bombeó con fuerza.

Hace mucho calor. Me pregunto si saldrá vapor. ¿Sería capaz de verlo con lo frío que estaba el aire?

Sus cuernos eran como ramas amenazadoras detrás de su cabeza, sus garras brillando a la luz de la luna, sus colmillos entreabiertos para dejar salir sus fauces y mostrando lo afiladas y peligrosas que eran.

Parecía una bestia monstruosa en su posición, pero también un dios salvaje de la fertilidad.

Y su polla brillaba con su lubricante, goteando de sus nudillos para salpicar el suelo. Obviamente, estaba tan excitado por lo que estaba haciendo que ella incluso pudo oír un sonido húmedo.

Se agarró la parte inferior de la camisa, considerando seriamente la posibilidad de introducir los dedos en sus pliegues, cuando tuvo que apretar más los muslos para aliviar parte de la palpitación que sentía en su agitado clítoris.

Entonces su lengua salió a lamerse los colmillos como si estuviera disfrutando con esto, como si estuviera disfrutando, tocándose, masturbándose la polla.

Sus orbes eran negros. *¿Me está... imaginando a mí, o a nosotros?*

Su mano se detuvo a medio camino justo cuando sus orbes brillaron de color morado. Su cabeza se giró en su dirección.

Delora se sobresaltó al verse sorprendida.

Debería haber sabido que él acabaría por olerla allí, quizá incluso oyera su corazón jadeante y sus bragas agitadas, pero no había podido hacer nada más que mirar. No quería que se detuviera.

Pensó que sus orbes se tornarían de un rosa rojizo al verse atrapado. O tal vez que se apartaría de ella avergonzado.

En lugar de eso, recibió un gruñido: —*Delora,* —justo cuando su mano bajaba para terminar de acariciarla.

Ese sonido grave, retumbante. Era como una resonancia que viajaba desde sus oídos hasta sus entrañas.

Las rodillas de Delora casi se derrumbaron mientras su coño se estremecía en reacción, escalofríos y cosquilleos asaltando todo su cuerpo. Si Delora tuviera la capacidad de correrse sin ser tocada, ése habría sido el momento.

Volvió a lamerse el huesudo hocico, esta vez con la mirada morada y llena de lujuria clavada en ella. Su mano empezó a trabajar más rápido, como si estuviera excitado de que ella estuviera allí, de poder contemplarla.

Pero aquel lengüetazo se sintió como una expresión de invitación, y su pie dio un paso más cerca sin pensarlo, sin dudarlo.

—Quieta, —le exigió deteniendo sus movimientos. Agarró su polla con fuerza justo detrás de la cabeza, haciendo que se hinchara.

No sabía adónde había ido a parar su cerebro. Tampoco le importaba una mierda. En cuanto se le ocurrió la idea de poner las manos en su polla reluciente, de sustituir la de él por las suyas, Delora no pudo concentrarse en nada más.

Se tambaleó ante su petición, como si algún lugar de su subconsciente le dijera que acercarse era una mala idea, incluso peligroso, pero sus pies siguieron avanzando.

—Delora, **—**le advirtió esta vez, pero la profundidad de su voz de barítono distorsionada sólo hizo que se sintiera más ebria de su propia necesidad.

Mi nombre, viniendo de él, suena a pecado.

Como se había acercado a él por el costado, Delora se acercó hasta situarse frente a él. La forma depredadora en que su cabeza seguía su movimiento la hizo relamerse la comisura de los labios, repentinamente resecos.

Cuanto más se acercaba, mejor podía ver que una perla de líquido blanco brotaba de su polla. Con ella más cerca, crecía hasta que pensó que empezaría a derramarse en cualquier momento por la cabeza.

Sus ojos permanecieron fijos en ella, y se dejó caer de rodillas justo delante de él con las manos extendidas.

—Puedo hacer esto por ti, si quieres.

Quería hacerlo. Joder... no, lo *necesitaba*.

No le estaba dando muchas opciones cuando sus dos palmas rozaron la punta de su cabeza bulbosa. Una baba espesa y tibia la recibió, pero no tuvo reparos con el líquido cuando sintió la dureza de él hincharse bajo su leve contacto.

Dejó escapar un suspiro de placer cuando ella extendió las manos sobre la cabeza y se encontró con su puño justo detrás. Lo tenía tan agarrado que parecía estar estrangulando su polla, el líquido borboteaba entre sus nudillos. Cuando las yemas de los dedos de ella rozaron su mano, él la apartó como si su débil fuerza la hubiera empujado.

Ella siguió empujando, aunque en realidad no estaba poniendo ninguna fuerza en ello, hasta que llegó a la mitad. Soltó la polla cuando ella la rodeó por completo con ambas manos. Estaba en lo cierto. Apenas cabía en los huecos de sus palmas curvadas, las yemas de sus dedos apenas se superponían.

La humedad y la textura saludaron sus sensibles palmas, y ella lo absorbió todo. El profundo surco que recorría toda la longitud de la polla. Las líneas de nódulos que recorrían tres de sus lados, el superior y los laterales. Las numerosas venas que ella podía sentir y ver palpitando con fuerza. Eran gruesas, estaban hinchadas y bombeaban sangre rápidamente hacia la dureza de la polla, que casi parecía de piedra.

Magnar dejó escapar un gemido estrangulado mientras echaba la cabeza hacia atrás y la mano con la que se había masturbado subía para untarle lubricante en la cara y el cuello. Se deslizó para sujetarle la nuca hundiéndose en su pelo.

Él emitió un profundo estremecimiento, como si su tacto fuera demasiado para soportarlo.

Se vio obligada a acercar la cara a sólo un suspiro de la punta cuando sus manos descendieron, sintiendo cada glorioso centímetro que él le ofrecía. Sus tentáculos rodearon sus antebrazos, se aferraron a ella con aún más humedad, pero ella sólo se sintió calentada por ellos, deliciosamente acariciada por ellos, en lugar de repulsada.

—¿Te ha gustado acariciarte tu propia polla?, —preguntó con voz entrecortada.

Se echó hacia atrás, tirando con fuerza para conseguir que sus tentáculos la soltaran y así poder volver a acariciarla por completo. Masajeó la polla con

todas sus fuerzas, tratando de apretarla con todas sus fuerzas, ya que estaba tan dura que oponía tanta resistencia a ella, una humana.

—*Sí,* —gimió él en respuesta, y sus caderas se estremecieron contra la mano de ella por segunda vez cuando ella empezó a descender por la cabeza.

La gota blanca creció.

Pensó que con lo cerca que estaba olería... raro. Salado o quizás con un sabor extraño en el aire frente a su nariz. Lo único que olía era dulzura.

Delora se lamió los labios antes de morderse el inferior.

—¿Fue mejor que yo tocándote la polla?

Un jadeo cortante sonó justo antes de que la polla de él se hinchara, se agrandara, se engrosara bajo las palmas de ella, separando sus manos hasta que dejaron de tocarse. Aquella gota blanca se hizo demasiado pesada a medida que se formaba más líquido, y empezó a desbordarse, deslizándose por el surco de la cabeza que seguía a lo largo de él.

Estaba tenso, con todo el cuerpo rígido, y ella pudo ver que quería tocarla con la otra mano cuando ésta se alzó en el aire. En lugar de eso, apretó el puño y lo bajó hasta la rodilla, mientras la otra mano, que le sujetaba la cabeza, suavizaba su presión contra ella.

—*No.*

Delora sintió un estremecimiento de placer.

Acarició hacia abajo más rápido esta vez y llegó hasta el fondo, sintiendo donde su raja se había abierto y estaba empujando su polla hacia adelante con la base

dentro de ella para apoyar su posición hacia adelante. Encontró dos protuberancias redondas de forma ovalada en la base de su polla que estaban incrustadas debajo.

Delora se estremeció cuando él empujó sus caderas hacia arriba con un gruñido rabioso. Sus colmillos se separaron mientras bajaba la cara en dirección a ella, con el rojo brillando en sus orbes. Sus garras se clavaron en su nuca mientras su otra mano se disparaba hacia delante para agarrarla por el hombro.

Ella se quedó inmóvil con las manos sobre ellos. —¿Te he hecho daño?

—*Sensible,* —gruñó él, con saliva goteando de entre sus colmillos. —*De ahí viene mi liberación. Se siente bien.*

—¿Aquí? —Ella los frotó con las yemas de los dedos como si quisiera hacerles cosquillas.

Su polla se sacudió justo delante de su cara, y él dejó escapar un gemido. *Ohhhhh, eso le gusta*. Tal vez tocarlos tan bruscamente le había sentado demasiado bien, pero su tacto más suave había provocado una respuesta mejor, no tan violenta.

Se preguntaba si jugaba demasiado con ellos, si él ardería espontáneamente contra su cara.

Ella estaba dispuesta a eso, pero tal vez no ahora.

No cuando aquel agujero rajado en la punta de su pene estaba a sólo un suspiro de distancia. Sin embargo, la gota blanca y nacarada, que tenía una línea que salía de ella hacia el surco, la estaba llamando. La desafiaba.

Su respiración se hizo más agitada al mirarla.

Delora separó los labios. *Por favor*. Dejó caer la lengua sobre el inferior. *Por favor, que no sepa asqueroso*. Nada iba a impedir que se acercara y pasara la lengua por encima para poder recogerlo y esparcirlo por sus papilas gustativas.

Le preocupaba que su lubricante o su semilla fueran repugnantes. Hacerle una mamada nunca le había parecido tentador simplemente porque estaba cubierto de baba. Pensó que tendría un sabor extraño.

En el momento en que ambos tocaron sus papilas gustativas, los ojos de Delora parpadearon lascivamente. Su abdomen se apretó con un espasmo tan fuerte que sintió cómo su propia excitación se filtraba por la hendidura de su entrada.

Su lubricante sabía como una versión diluida de su aroma, y su semen había sabido a bosque fresco. Extraño.

Le provocó una oleada de placer. Delora hundió toda la boca que pudo alrededor de la gran cabeza, agitando la lengua para recoger cada gota.

Magnar rugió y sus garras se clavaron en ella al ver lo que había hecho. Sus manos seguían moviéndose, pero él tiró de su cabeza hacia atrás agarrándola del pelo y tirando de ella.

—*No lo lamas,* —exclamó.

Ella levantó la vista y vio que sus orbes brillaban de un intenso color morado en el centro y oscuro en el exterior.

—¿Por qué no?, —preguntó jadeando.

—Se siente demasiado bien. Te haré daño.

Delora se relamió los labios al sentir su sabor. De ninguna manera iba a ceder a su demanda, no ahora que sabía lo maravilloso y delicioso que era.

—Entonces mantén las manos quietas, —le ordenó, antes de lanzar la cabeza hacia delante y acariciarle la punta de la polla con toda la lengua.

Sus manos volaron lejos de ella, justo cuando soltó un ladrido sorprendido, estrangulado, como de zorro. Se arañó el pecho y ella pudo ver cómo se le hundía y apretaba el abdomen.

Delora se acercó más y le masajeó la polla hinchada y palpitante mientras empezaba a lamérsela por todas partes, buscando hasta el último resto de lubricante. Se había acumulado en el interior de la ranura y él se estremeció cuando ella introdujo la lengua para seguir su camino hacia arriba. Ni siquiera había llegado arriba cuando su lengua fue recibida por el semen que goteaba.

Lo recogió mientras continuaba su camino.

Incluso metió la punta de la lengua en el pequeño orificio de donde salía, robándoselo todo antes de rozar con los labios los laterales de la polla que se sacudía y sobresalía. Sintió los nódulos contra ellos y empezó a jugar con las pequeñas protuberancias, acariciándolas con los labios, los dientes y la lengua.

Su mente se había nublado, ya no sabía ni le importaba lo que estaba haciendo. Estaba saboreando cada centímetro de él y era recompensada cada vez que la polla de él se agrandaba e hinchaba a medida que más lubricante surgía de la propia carne que lo cubría y volvía a humedecerlo, dándole más.

No importaba que estuvieran al aire libre, donde el aire le daba de lleno. Estaba siendo tocado, masajeado, lo que lo mantenía húmedo y sin dolor, excepto por lo que debía ser un terrible y necesitado dolor. Un dolor que ella quería profundizar hasta que se aferrara a él.

A veces podía ver en su periferia que las manos de Magnar se cernían en el aire alrededor de su cabeza, como si quisiera agarrarla. Sabía que no podía. En lugar de eso, se movían y temblaban a su alrededor.

Está siendo muy bueno.

—¿Te gusta, Magnar? ¿Te gusta que pruebe tu polla?

Su única respuesta fue un gruñido amenazador.

Una parte de ella deseaba poder hacer esto con una sola mano para poder colar su mano entre sus muslos e imitar sus movimientos. Sus pezones estaban duros, doloridos, y sus pesados pechos balanceándose contra su camisa se sentían extraordinarios, sabiendo que sólo eran tan sensibles por lo excitada que estaba.

Quería correrse mientras tenía la boca alrededor de la polla de aquel Duskwalker.

Apretó con fuerza, tratando de asegurarse de que él la sintiera hasta el fondo. Sus manos trabajaron al unísono, acariciando hacia adelante y hacia atrás, pero ella era lenta con el fin de alargar esto. Incluso se acurrucó en su polla, desabrochándose los botones superiores de la camisa para poder moldear sus pechos alrededor de la base.

Delora no iba a precipitarse. Sobre todo porque esperaba hacer estallar la mente de este inexperto Duskwalker con lo que esperaba fuera el orgasmo de su vida.

Ojalá pudiera hundir mi boca alrededor de él.

Delora lo intentó de nuevo, extendiendo sus labios sobre la punta. Sólo pudo meter la cabeza tres cuartas partes del camino hasta que el borde acampanado era demasiado ancho. Un poco más y pensó que podría. Con lo mucho que adoraba aquello, probablemente habría intentado tragarse la cosa imposiblemente grande.

—¿Te gusta mi boca sobre ti, Magnar?

Lo miró fijamente mientras se movía para chuparle el costado, metiendo la lengua para mezclarla con la succión que intentaba hacerle.

Magnar rodeó la polla con uno de sus puños, justo detrás de la cabeza, cuando las manos de ella descendieron hasta sus sacos de liberación. Las pequeñas bolas ovaladas incrustadas en él se movían bajo sus caricias.

Ella pudo ver que se estaba haciendo un lío con la polla por la cantidad de líquido que se le escurría entre los dedos, pero ahora bombeaba las caderas. Se estaba follando la polla en el puño, contra su boca y sus manos.

—*De... lo... ra.*— Su inquietante gemido era entrecortado, jadeante, y sin embargo seguía teniendo el matiz de un gruñido, como si en realidad no saliera de donde él hablaba. Sus ojos parpadearon de lujuria.

Quería coger su lubricante y utilizarlo para meterse los dedos, quería untárselo por todo el coño hasta que lo sustituyera por su propio orgasmo. Pero no se

atrevía a soltarle la polla, no cuando notaba cómo aquellos sacos se hundían a los lados de su circunferencia, no cuando sus tentáculos rodeaban sus brazos para agarrarlos con fuerza.

Está cerca.

Delora sabía lo que estaba a punto de ocurrir.

Tuvo suficientes advertencias, aunque él no se las dio. Podría haber retrocedido. Podría haberse agachado.

En lugar de eso, movió la lengua en círculos alrededor de la punta de la polla mientras hundía la cara en ella.

Su mente se nubló, sus ojos se volvieron borrosos y su cuerpo tomó el control cuando él soltó un rugido. Sintió cómo el primer chorro de su leche llenaba toda su boca.

Su lengua lo lamió de arriba abajo mientras trabajaba para moverlo en la dirección correcta mientras ella tragaba, y tragaba, y tragaba cada vez que lo sentía hincharse antes de que más líquido caliente y espeso se disparara dentro de su boca. Su garganta se había abierto para permitirlo. Le agarró la polla, tiró de ella con las manos y empujó con la cara para mantener sus labios pegados a él mientras él se follaba salvajemente su polla morada en su propio puño.

Y era salvaje, sobre todo por la forma en que él se retorcía y temblaba a causa de su propio orgasmo.

El calor se apoderó de ella, se acumuló en su interior, y su coño respondió con una necesidad vacía, a punto de llegar al orgasmo, pero sin ayuda para llegar al límite.

Cada gota era *deliciosa*. Imposiblemente.

Gimió contra la punta. Más. Dámelo todo.

Medio ahogada, Delora jadeó cuando se detuvo y apartó la cabeza.

Magnar era un montón flácido sobre las rodillas, con el dorso de una mano apoyado en el suelo y la otra agarrada a sí mismo. Resoplando erráticamente mientras su pecho bombeaba con respiraciones rápidas, su cabeza estaba vuelta hacia el cielo con sus orbes morados, como si sólo mirara hacia arriba en un aturdimiento lleno de felicidad.

Con los pocos minutos de calma que había entre ellos, su mente tardó un poco en salir del todo a la superficie.

Se tapó la boca y el estómago con los ojos desorbitados.

Me lo he bebido todo. El calor se encendió en sus mejillas. Y me siento realmente llena. No creía haberse perdido ni una sola gota al bajar.

¿De verdad lo he hecho?

Pero, mientras miraba la polla de él, que poco a poco se volvía flácida y blanda, con los tentáculos arremolinándose alrededor de la base, Delora se pasó la lengua por la comisura de los labios.

Sabía que iba a querer volver a hacerlo.

Su tacto, su sabor, todo había sido adictivo.

Si hubiera sabido que sabía tan bien, probablemente lo habría hecho antes. Habría vivido descaradamente de aquel líquido espeso como si fuera un puto batido.

El hocico de Magnar cayó hacia delante, y la miró durante un largo rato con los colmillos entreabiertos para jadear. Entonces sus manos se dispararon hacia delante, agarrando un muslo y un brazo para arrastrarla más cerca.

Sus garras recorrieron su espalda en un maravilloso movimiento, haciendo que se arqueara bruscamente mientras le lamía la parte inferior de la mandíbula.

—Estás excitada. Lo huelo. —Delora pensó que estaba a punto de estallar cuando él retumbó esas palabras contra su oído, forzándola a soltar un grito agudo. —Hueles como si estuvieras empapada para mí, como si necesitaras que te tocara.

Tenía razón. Delora lo estaba deseando. Pero su sentido de la razón lo empujó a escapar.

—N-No, —rebatió ella, desesperada. —Sólo tú esta noche.

—Pero me has probado. Me has *lamido*. —Luchó por arrastrarla hacia atrás... y ganó. Su cuerpo se erizó y se hinchó, haciéndole parecer más grande e incluso más esponjoso. —Quiero volver a saborearte. Te prometo que intentaré portarme bien, que no te haré daño.

Delora le agarró las dos manos con las suyas y las apretó con fuerza. Evitó que él agarrara sus caderas con más fuerza y la arrastrara hasta su regazo.

—¿Por favor, Magnar?, —le suplicó, y lo miró con el ceño fruncido.

Sus orbes brillaron de color azul cuando se detuvo. Su agarre se suavizó cuando sus hombros se hundieron. Odiaba que pareciera tan derrotado.

—¿No quieres que te toque?

A Delora le dolía el corazón, pero le sonrió y le llevó las manos a la mandíbula, levantándose para rozar con los labios la punta del hocico.

—Sí, quiero. De verdad.

Lo deseaba más que nada.

—Entonces, ¿por qué? —El morado se había desvanecido permanentemente para ahogar su vista en aquel color triste y decepcionado.

—Porque quería regalarte esto, —dijo mientras volvía a besarle el hocico. —Los regalos deben darse sin esperar recibir nada. Estoy compensando todas las veces que me has hecho sentir bien.

Esa no era toda la verdad.

No quiero arruinar esto.

Era la primera vez que podían intimar juntos sin que algo saliera... mal. Esto fue un comienzo. Un verdadero comienzo.

Si la tocaba, podría endurecerse de nuevo. Por mucho que a Delora le doliera, le preocupaba cuál sería el siguiente paso.

Sabía que parte de la razón por la que Magnar temía estar cerca de ella era porque no quería lastimarla. Si le demostraba que esto era posible, que las cosas no tenían por qué acabar con ella llorando o sufriendo, esperaba que pudieran volver a hacerlo.

Y quería chupársela otra vez. Lamer cada centímetro de esa deliciosa polla. Quería hacerlo ahora mismo.

Pero cuanto más presionaran, más probabilidades había de que algo se torciera.

Por una vez quería que esto saliera bien. Si alguna vez lo necesitaba, si alguna vez él intentaba alejarse de ella en el futuro, quería una prueba de que las cosas irían bien siempre que se lo tomaran con calma.

Magnar había cambiado, pero ninguno de los dos sabía hasta qué punto. La última vez, el sexo había terminado con la piel de Delora hecha jirones.

Esto era suficiente por ahora. Esta noche había sido perfecta. Ella lo había aliviado, eso en sí mismo la hacía feliz.

Después de todo, se lo merecía.

Cuando el azul no desapareció, Delora se inclinó hacia atrás para poder verle bien. Entonces le mostró una sonrisa malvada.

—¿Quizá la próxima vez?

El morado se levantó suavemente en sus orbes, y apuntó la garra de su dedo índice contra su pecho. —¿Quieres volver a hacerlo conmigo?

Delora se atrevió a dejar caer la mirada hacia su polla que desaparecía protegida completamente por sus tentáculos, viéndola deslizarse de nuevo en su interior. Entonces su raja se cerró, la piel allí creando una línea casi sin costuras.

Ya lo echaba de menos.

Oh, sí, grandullón. De verdad que sí.

CAPITULO 38

Lo último que Delora pensaba que tendría que hacer era buscar a Magnar y Fyodor. Por lo general, todo lo que tenía que hacer era gritar, y Fyodor vendría corriendo a su voz. Y sólo tenía que llamar a Magnar, y él vendría.

Mientras pintaba en el jardín, ampliando el exterior para hacerlo más grande y aumentar la escena, se había dado cuenta de que Fyodor se le había escapado en algún momento.

Ahora comprendía lo fácil que era para Magnar no darse cuenta de que se alejaban, ya que se lo había hecho a ella. El pequeño Duskwalker solía agarrarse a su espalda o a su pecho, pero a veces se movía alrededor de su cuerpo. Cuando lo había sentido moverse por sus piernas, pensaba que iba a investigar algo en el jardín arrastrando la cabeza por el suelo para alcanzar lo que había despertado su interés, normalmente un insecto raro.

Tardó un rato en darse cuenta de que no había vuelto a subir por su cuerpo, y cuando se dio la vuelta... ya no estaba.

Tal vez este con Magnar, pensó después de mirar debajo de las frondosas y espesas hojas del jardín.

Los había llamado a ambos al no encontrarlos en la casa, pero no obtuvo respuesta.

¿Se había ido Magnar? Frunció los labios. Pero nunca lo había hecho. Dudaba que lo hiciera sin hablar antes con ella.

A pesar de sus pensamientos racionales, Delora había entrado en pánico, corriendo por el patio y casi tropezando con su vestido hasta que agarró la falda y la levantó. No corría, aún no estaba tan asustada, pero se movía deprisa mientras intentaba escuchar alguna señal de alguno de ellos. Tampoco quería correr por si el pobre Fyodor la estaba persiguiendo, pero pensó que habría oído su pequeño chillido si así fuera.

Empezó a moverse por el bosque.

Joder. ¿Dónde se habían metido?

—¡Magnar!, —gritó mientras trotaba.

Sintió un gran alivio cuando oyó la voz de Magnar a lo lejos. Se dirigió en esa dirección, sorprendida de que él no viniera a recibirla a mitad de camino.

Sin embargo, no supo por qué no había ido a verla. En cuanto llegó a la pequeña brecha entre los árboles, cerca de la frontera del pabellón de protección, Delora soltó un grito ahogado.

¡Fyodor! ¡No! Se dirigió directamente hacia ellos con la cara arrugada en una expresión de preocupación. No podía creer lo que estaba ocurriendo. ¡Que Magnar lo permitiera!

El horrible olor a podrido hacía que el aire oliera agrio... y solo un tipo de criatura producía ese tipo de olor que revolvía las tripas y levantaba la bilis.

—¿No me has oído llamarte? —preguntó Magnar, dejando que la horrible escena se desarrollara ante él con los brazos cruzados.

Incluso se rió de ello, mientras la preocupación le estrujaba el corazón y le hacía sentir los pulmones estrangulados.

—¡Oh, Dioses! —Agarró la pierna de un pequeño Demonio y empezó a tirar hacia atrás, preguntándose por qué Magnar no intentaba intervenir. —¡No te comas eso!

Clavó los talones de sus botas, tratando de sacar al Demonio parcialmente comido de las fauces de Fyodor, pero el pequeño Duskwalker se mantuvo fuerte. Sus pies resbalaban por el suelo mientras el movía la cabeza de un lado a otro, intentando apartarla mientras luchaba por su comida.

—¡Detenlo! —gritó Delora, percibiendo un olor más fuerte del pútrido Demonio, cuya sangre oscura, casi negra, le estaba provocando arcadas.

Creo que voy a vomitar.

En lugar de hacer lo que le había pedido, Magnar le rodeó la cintura con ambos brazos y la levantó del suelo. Dejó caer accidentalmente el cadáver, sorprendida, y vio cómo Fyodor corría hacia un lado con él.

—No interfieras mientras come, Delora, —dijo Magnar con sus orbes blancos. —La mayoría de los Mavka están a la defensiva con sus presas. Puede que te ataque.

Ella pateó las piernas y le golpeó los antebrazos, tratando de zafarse de su suave agarre a pesar de que estaba al menos a un metro del suelo.

—Pero es un Demonio. Qué asco. —Un escalofrío de repulsión la sacudió y su rostro se contrajo. Delora suspiró. —¿Y si se vuelve superraros?

Si los Duskwalkers se convertían en lo que comían, no quería que Fyodor se pareciera en nada a un asqueroso Demonio.

Si les crece un tercer brazo, ¡voy a vomitar!

Fyodor, arrancándole un brazo al Demonio, lo lanzó al aire y se lo tragó entero. Su estómago se revolvió aún más.

—Los Mavka no absorbemos a los Demonios como hacemos con todo lo demás, —le informó Magnar. —Tampoco nos dan hambre en particular.

—Entonces, ¿por qué diablos se lo diste?

Se cubrió la cara y apartó la mirada, encorvándose hacia un lado para poder enterrarla en el pecho de Magnar. Deseó que eso ayudara a ocultar los sorbidos y crujidos. El horrible olor. Al menos le protegía la vista.

La bajó hasta que sintió que sus pies tocaban el suelo. Se tambaleó.

—Los Demonios nos hacen más fuertes. Tomamos su fuerza. —Entonces Magnar soltó un brazo de ella para poder agitarlo en dirección a Fyodor. —Espero que haga a Fyodor más grande.

—Pero me gusta como son.

Magnar le rozó el pelo con las garras y le pasó las puntas por el cuero cabelludo. Luego utilizó una garra para levantarle la cabeza y colocársela bajo la barbilla.

No le pasó desapercibido que su otra gran mano se había extendido por la parte superior de su cadera y la apretaba. No de un modo que intentara controlarla, sino como si simplemente quisiera apreciarla allí.

—Fyodor no puede sostener su cráneo, Delora. —Sus orbes empezaron a volverse azules ante sus propios ojos, y ella siempre sentía que se le hundía el corazón cuando se volvían de ese color. —Me preocupa ver cómo lo arrastra. Es lo único que quería. Que Fyodor pudiera andar por ahí sin que le molestara.

Los hombros de Delora se hundieron mientras se mordía el labio inferior. Esa era una razón bastante justificable para hacerlo, sobre todo porque ver a Fyodor luchando también la había estado molestando.

—Podrías habérmelo consultado. Podríamos haber vuelto a la superficie y haberle conseguido un animal. —No se atrevió a mirar en dirección a Fyodor, y se encogió cuando le pareció oír el chasquido de huesos crujiendo entre sus colmillos. —¿Un Demonio, Magnar? Eso es... más que asqueroso. Puedo oler lo asqueroso que es desde aquí.

—No pensé que te molestaría. —Entonces Magnar soltó una risita mientras decía: —Esto es normal en los Mavka. Comemos de todo.

Ella intentó girar la cabeza con aire derrotado, pero Magnar se mantuvo firme. Ella desvió la mirada por el rabillo del ojo, escudriñando el bosque.

—Supongo, pero... no sé. Me parece mal dejar que se coma a los Demonios.

—Lo hará en el futuro, —afirmó Magnar antes de girar la cabeza en dirección a Fyodor. La dejó ir para ir tras él, dándose cuenta de que Fyodor había terminado y olfateaba en busca de más. Se había dirigido hacia el círculo

exterior de la sala de protección, fuera de seguridad, justo antes de que Magnar lo atrapara. Sus patitas se retorcían en el aire en señal de protesta. —No tiene sentido tratar de impedir que lo haga ahora, sobre todo cuando eso le ayudará.

Lo colocó en el suelo, a sus pies. *Supongo que parece un poco más grande*. Su cráneo seguía siendo demasiado grande para su cuerpo, pero al menos eran capaces de levantarlo para olisquearla.

Emitieron un alegre gorjeo, cuyos chirridos se hacían menos evidentes como forma de comunicación cuanto más crecía. Entonces empezaron a intentar trepar por sus piernas.

—¡Oh, *no* lo harás! —Ella lo levantó y los sostuvo en el aire lejos de su cuerpo con la nariz arrugada. —No vas a manchar mi vestido nuevo con sangre de Demonio. Mira tus garras. Qué asco.

Delora se dirigió de nuevo hacia la casa. Abrió y cerró sus patitas emocionadas en su dirección, queriendo acercarse y alcanzarla con otro chirrido feliz.

—Voy a necesitar agua nueva después de esto.

Tenía la intención de usar lo que le quedaba para sumergir a este apestoso, sucio, bebé Duskwalker en el cubo tan pronto como regresara.

Estaba completamente empapado de sangre de Demonio, desde el cráneo de conejo hasta sus largas patas negras, como si hubiera estado *jugando* en el. El olor era aún peor de cerca, y se le puso la carne de gallina de asco, obligándola a respirar por la boca.

—No deberías lavarlos, Delora. Han intentado morderte numerosas veces por ello. Yo lo haré.

Magnar se apresuró a quitárselo, pero ella tiró de sus brazos hacia un lado. Ella tampoco quería que se ensuciara.

—Bien, pero aun así no te los daré hasta que estén en agua. El olor se pega a tu pelaje.

CAPITULO 39

Magnar rió en voz baja mientras acariciaba con sus garras el pelo de Delora, desenredándolo de su día, mientras pensaba. Peinarla mientras dormía era algo que le gustaba hacer; le hacía sentir como si la mimara en silencio.

A pesar de haber estado bastante malhumorada todo el día, lo cual había sido alarmante porque se mostraba especialmente malhumorada con él, había permitido que Magnar se tumbara con ella mientras dormía.

Descansaba plácidamente como cada noche que él estaba a su lado. Esperaba que su presencia la tranquilizara. A Magnar le gustaba que diera tanto miedo como para ahuyentar sus pesadillas.

Incluso después de que Magnar tratara a Fyodor hasta que oliera como su jabón, ella se negó a dejar de lado su ira.

Y sin embargo... aquí estaba él, permitiéndole disfrutar del tacto de su cuerpo mientras jugaba con los brillantes y tentadores mechones de su cabello de ébano.

Le gusta tenerme cerca. A pesar de su pésimo humor, seguía deseando estar cerca de él. Eso hizo que a Magnar le dolieran las entrañas de la forma más increíble.

Tal como habían ido las cosas la noche anterior, esperaba poder provocar algo parecido antes de que ella intentara dormir.

Sus labios alrededor de mi polla... Rozó el inferior con la yema del pulgar.

Sólo recordarlo hizo que sus orbes se pusieran morados de deseo, incluso cuando ella le lanzó una mirada adorable desde el otro lado del patio.

Lamiéndome.

Casi le entraron ganas de hundir más el pulgar y rozar la lengua traviesa y perversa de ella. Nunca había fantaseado con que ella pudiera hacerle algo así.

Ella le estaba abriendo la mente a muchas cosas. Incluso el mero hecho de contemplar su suave cuerpo hacía que el suyo se agitara constantemente, pero Magnar se sentía en control, casi siempre.

Cada cosa nueva que ella le enseñaba, cuanto más contenta parecía estar con él, cuanto más deseaba abrazarlo incluso mientras dormía, más sentía Magnar esa sensación de caída en el pecho y el estómago. Sabía que su anhelo por ella era cada vez mayor.

Quiero unirme a ella.

No sólo en el alma, sino en el corazón, en la mente y en el cuerpo. Conectarse hasta que fueran lo mismo, entrelazados, irrompibles e inseparables. Un espíritu completo e íntegro.

Si hubiera creído que eso ayudaría, habría abierto las fauces y la habría dejado meterse dentro de él hasta que fueran uno.

Pero eso no era posible, y no creía que ayudara. Sólo una cosa lo haría.

Quiero estar dentro de ti, pensó mientras chocaba la punta de su hocico contra su cara dormida. *Quiero impregnarte con mi olor y que tú me impregnes con el tuyo. Quiero oír tus ruiditos, sentir tu cuerpo alrededor del mío.*

Quiero que me arranques las plumas. Él quería cazarla hasta que ella lo hubiera desplumado porque se aferraba desesperadamente a él. Quiero que haya un mar de plumas cubriendo nuestros cuerpos cuando acabemos.

Con la mirada fija en ellos, siguió jugando con sus labios.

Esta vez no sería un accidente. No sería él aprendiendo. Se hundiría en ella sabiendo exactamente lo que hacía, lo que quería y que iba a apaciguar su irremediable *ansia* por ella.

No sé cómo provocar esto. ¿Había alguna canción o baile extraño que debía interpretar como había visto hacer a algunos animales? *No conozco las costumbres de los humanos.*

Estaba esperando a Delora y, hasta anoche, creía que esperaría eternamente. Aunque hacía menos de una semana que había ganado humanidad, le habían parecido eones. Cada momento en su presencia le quemaba, encendiendo llamas abrasadoras hasta que pensó que se convertiría en polvo la próxima vez que le permitieran tocarla.

Ella vino a mí. Había dicho que era un regalo, y había sido el regalo más dulce. El pelaje y las plumas de Magnar se hincharon en su recuerdo.

Quería más, siempre querría más. Un hambre nueva que no podía saciar. Pero Magnar quería saber si realmente podía saciarse.

¿Habría un punto al que pudiera llegar en el que no pudiera consumir más y no fuera más que un montón lleno de dicha? ¿Donde su mente y su cuerpo no fueran más que irradiación de placer, acariciados y maravillosamente adormecidos?

Sólo había una forma de averiguarlo, pero para averiguarlo había que esperar.

Reprimió un gemido silencioso. La estrechó más contra él y le acarició con el hocico de forma suplicante. *No quiero esperar.*

Y por supuesto, como había sucedido todas las noches desde que había empezado a estar aquí despierto con ella, el color morado apareció en su vista.

Ni siquiera necesitó provocarla un poco tocándola o acariciándola cerca de la oreja, sus propios pensamientos lo habían lanzado al deseo.

Con cautela, empezó a apartarse de Delora para poder marcharse, con la intención de volver en breve.

Desde la primera noche que se había marchado para calmar su deseo por ella, Magnar había empezado a sentirse más tranquilo. Se estaba acostumbrando a su cuerpo, aprendiendo a manejarlo.

Una vez que hubo liberado la presión de su semilla, pudo regresar y simplemente tararear contento junto a ella, peinándole el pelo con sus propias garras para que ella no tuviera que hacerlo por la mañana. Le gustaba hacer esta tarea, sobre todo porque hacía que ella se acercara más a él.

Justo cuando se liberó de sus extremidades y de la manta, la mano de ella salió disparada hacia delante para aferrar la parte delantera de su camisa. Él se

detuvo, volviendo la cara hacia ella con sus orbes anaranjados porque la había despertado.

—¿Vas a salir? —Su voz era entrecortada pero no completamente aturdida, como si no hubiera estado profundamente dormida.

—Sí.

Se preguntó si esto era algo de lo que debería avergonzarse. ¿Era raro que se estuviera haciendo esto a sí mismo? Se sentía bien, así que no vio ningún problema en ello.

—No quise despertarte.

Ella no soltó su camisa, pero se hundió un poco bajo la manta como si estuviera tratando de esconderse de él. Incluso metió la cara debajo, pero él notó que sus mejillas se enrojecían antes que ella.

—¿Quieres... quieres que vaya contigo?

Sólo habría una razón por la que querría ir con él cuando sabía lo que estaba haciendo. Y la forma en que su aroma cambió, condimentando el aire con su excitación picante, hizo que Magnar gimiera.

Quiere volver a tocarme.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, él escarbó bajo la manta y la levantó del suelo. La manta se deslizó y ella se liberó mientras él empezaba a sacarla de la habitación a toda prisa.

—Magnar.

Giró la cabeza hacia ella mientras caminaba por el pasillo. ¿Quiere que la baje? Esperaba no haber malinterpretado la señal que creía que ella le estaba haciendo.

Ni siquiera tuvo la oportunidad de responder antes de que ella apretara los labios contra su hocico, que ahora estaba frente a ella.

Sorprendido, Magnar dio un paso atrás. *Me ha besado...*

Separando los colmillos, respondió a su beso pasando la lengua por aquellos bonitos labios.

Ella los separó, dejándole entrar, mientras le rodeaba el cuello con los brazos y se incorporaba. Cambió de posición hasta colocarse a horcajadas sobre sus costillas inferiores. Le dio la libertad de sostenerla acunando todo su culo en una de sus palmas. Le clavó los dedos mientras con la otra le acariciaba la nuca.

Justo cuando se acercaba a la puerta para sacarlos fuera, ella hizo algo que hizo que él la golpeara contra la puerta. *¡Joder!* Le había *chupado* la lengua, introduciéndosela más profundamente en la boca.

Magnar dejó escapar un gruñido mientras empujaba sus caderas inútilmente contra el aire.

Ella estaba demasiado arriba en su cuerpo para darle ninguna fricción mientras sus tentáculos se movían para envolver su polla extruida. Aún no tenía el control para mantenerla dentro de su costura, pero el hecho de que tuviera su protección significaba que podía excitarse y no caer presa de sus propios deseos.

Sus pechos grandes y caídos, sueltos dentro de la camisa que llevaba, se apretaron con fuerza contra su pecho. Su vientre se moldeaba a su alrededor y sus muslos eran un suave cojín cuando él la apretaba contra la puerta.

Se debatía entre querer bailar su lengua, mucho más larga y fina, alrededor de la de ella o metérsela en la garganta para que lo saludara. La suavidad, la tirantez, su sabor. Y la forma en que se apretó la última vez había sido maravillosa.

El aroma de ella que le nublaba la mente era cada vez más fuerte, sofocándolo con cada bocanada de aire. Sentía que sus sentidos disminuían por momentos.

Delora echó la cabeza hacia atrás, pero él la siguió. Se negaba a dejarla escapar.

—No te muevas, —le exigió intentando que su lengua volviera a jugar con la suya. Quería lamerla, sentir su textura granulosa hasta conocer personalmente cada una de sus papilas gustativas.

Ella le mordió la lengua, haciéndole retraerla con los orbes enrojecidos. Sus garras se desenvainaron y se clavaron en su piel.

—Fuera, —suplicó, con la respiración jadeante y agitada. —Llévame fuera.

Sí. Fuera. Se lamió el hocico para responder a su invitación. *Más fuera.*

Magnar retrocedió lo suficiente para dejarle espacio para golpear el picaporte y abrir la puerta. Oyó cómo se cerraba a sus espaldas mientras se pavoneaba por el porche, recorriendo con la lengua cada trozo de piel que tenía a su alcance. Su mejilla, la parte inferior de la mandíbula, la yugular. Cada vez que

intentaba alcanzar su oreja, sólo para hacerla respirar entrecortadamente, incluso aplastaba la lengua contra su concha.

Sin mirar por dónde iba, demasiado preocupado por la atractiva mujer que tenía en sus brazos, tropezó al bajar el último escalón del porche. Se precipitó al suelo. La cogió completamente de rodillas y con los codos, asegurándose de que ni un solo trozo de ella tocara el suelo hasta que él mismo la depositó allí.

Sólo les dio un momento de separación antes de que su lengua volviera a explorar el interior de la boca de ella. Le apartó una de las rodillas para poder separarlas, y le gustó la forma en que sus muslos se pegaban entre sí y tardaban en abrirse.

Más. Necesito tocar cada centímetro de ella.

Deslizó la mano por ese hueco, bajando por los músculos internos del muslo, intentando demostrarle que controlaba sus mortíferas garras, aunque ahora enfundadas.

Al menos, eso esperaba.

Se había preguntado si quizás no le había dejado tocarla la noche anterior porque desconfiaba de ellas. Él también lo hacía, pero necesitaba probar los límites, quería hacerlo, si eso significaba que podía hacer que aquella hembra se derrumbara ante él.

Ella gimió alrededor de su lengua cuando él le hizo las cosquillas justas en el interior del muslo. Su aroma era más intenso ahora que tenía los muslos separados, y su cuerpo se estremeció en respuesta.

Sus manos cambiaron de dirección cuando ella levantó las caderas en señal de saludo. Se movió por encima de sus muslos para poder agarrar una de sus carnosas nalgas, sintiéndola descansar perfectamente en su gran palma. No era pequeña, lo que le facilitaba sostenerla y jugar con ella al sentir cómo la piel de ella se moldeaba entre sus dedos.

Gimió al sentirla, amasándola con fuerza.

—Eres tan suave.

Subió la mano para agarrar la piel que hacía que sus caderas se ensancharan aún más. A continuación, le tocó el costado del vientre, con más delicadeza, ya que en el pasado ella le había impedido tocarlo. Los pantalones de Magnar se hacían más pesados con cada nuevo lugar que exploraba.

—¿Entiendes lo bien que me siento simplemente abrazándote? —Le gustaba hablar con ella, decirle lo que sentía. La única vez que se sentía cómodo haciéndolo era cuando ella le daba la bienvenida. A Magnar le daban ganas de divagar sin remedio. —Sólo tenerte apretada contra mí me hace sentir desesperado por tocarte.

Con su lengua bailando aún con la de ella, lo único que pudo hacer fue responderle con otro gemido. Pero abrió los ojos para mirarle con ternura. Agarró la mano de él con la suya mientras la colocaba contra su estómago, y luego la apretó, diciéndole que estaba bien que la tocara allí.

Pero Magnar quería ir a otro sitio.

Le levantó la camisa de dormir y lentamente descubrió su cuerpo desnudo bajo ella. Se separó de su ‘beso’ para poder pasarle la lengua por la mandíbula,

justo cuando las yemas de los dedos de Magnar encontraron los montículos caídos y pesados de su pecho. Apretó uno de ellos cuando ella no opuso resistencia.

Respiró entrecortadamente cuando la respiración de ella se entrecortó y le pasó la lengua por el nacimiento del pelo, justo detrás de la oreja, cuando encontró el pezón duro con el pulgar. Lo acarició de lado a lado.

Delora se veía rodeada de un halo morado.

Me gusta mirarla así. El color le sienta bien.

Sobre todo cuando giraba la cabeza hacia un lado mientras se mordía el labio inferior, intentando ahogar un sonido. Era erótico saber que ella estaba bajo su tacto mientras su visión se calentaba.

Bajó la cabeza, le rodeó el pecho derecho con una mano y le pasó la lengua por el capullo sonrosado. El montículo se sacudió a su agitada expiración, su espalda se arqueó mientras lo empujaba contra él.

Agarró el otro e hizo lo mismo, sujetando ambos mientras se apoyaba en los codos. Lamió uno y luego el otro, tratando de obtener de ella todas las reacciones posibles.

Ella respiraba entrecortadamente. Su cuerpo se agitó como si quisiera abalanzarse sobre él o apartarse por hipersensibilidad. Sus párpados se agitaron.

Ansiaba volver a tocarla aquí, en el lugar donde la había tocado por primera vez y donde había comenzado todo entre ellos. Un lugar que sabía que aumentaba el deseo de ella.

A ella le gusta.

Podría haber aullado de triunfo si no estuviera tan preocupado por aprender las curvas de su pecho, sus hermosos pechos que eran todos para él.

—Magnar, por favor, —suplicó ella cuando él empezó a dar lametones planos y arrastrados alrededor de cada pezón, trazando el exterior para explorar las pequeñas protuberancias que formaban un anillo sonrosado a su alrededor.

Cuando levantó la vista, vio que se tapaba la boca con el dorso de la mano y que sus ojos terrosos lo observaban.

—¿Qué necesitas, mi pequeño cuervo?

Se lamió el hocico para mostrarle su interés, y su cola se agitó momentáneamente detrás de él.

Era nuevo en esto. *Ella está pidiendo algo.* Y Magnar no quería otra cosa que dárselo.

—¿De verdad vas a obligarme a pedírtelo?, —susurró ella con voz áspera. Él ladeó la cabeza en respuesta antes de pasar la lengua alrededor de su pezón; no sobre él, sólo alrededor. —No puedo creer que me estés tomando el pelo.... —Sus párpados se entrecerraron en lo que él pensó que podría ser angustia. —Joder, por favor, tócame el coño. Tengo tantas ganas de que me hagas correrme.

Levantó la cabeza para mirar hacia abajo y vio que ella había abierto completamente los muslos para él. Su visión vaciló cuando vio el montículo hinchado y los labios rosados e hinchados justo después. Estaban resbaladizos

y abiertos, y su polla casi se disparó más allá de sus tentáculos protectores con sólo verla.

¿Tocar... o lamer?

En cuanto se le pasó por la cabeza la idea de apretarle el coño con la lengua, la deslizó rápidamente por su cuerpo. De repente la sintió seca, reseca, y quiso que ella la mojara.

Le lamió el vientre mientras seguía bajando, sintiendo hendiduras como si su piel tuviera cicatrices o estrías. Adoraba todas las texturas de Delora, que partes de ella fueran suaves y otras más ásperas. Le fascinaban tantos aspectos de ella, cada uno hermoso porque le pertenecía. Incluso lamió un pequeño lunar oscuro que encontró en su costado.

Luego, sus hombros se introdujeron entre sus piernas, que ella tuvo que abrir de par en par para acomodar su enorme cuerpo.

Rodeó sus muslos suaves y regordetes con los brazos para asegurarse de que ella no pudiera cerrarlos, que no pudiera escapar de él, mientras se lamía la parte exterior de los colmillos. La expectación lo corroía.

Los labios de sus pliegues estaban entreabiertos, de un rosado necesitado e hinchado, cubiertos de su líquido, y el charco que había en la entrada estaba desbordado.

—Hueles tan bien. —Magnar se estremeció incluso antes de probarlo, sabiendo que lo que estaba a punto de hacer iba a doblegarlo. —He estado esperando tanto tiempo para hacer esto.

Magnar había sabido desde el principio, cuando se lamió los dedos por primera vez para absorber su esencia, que podría beber de ella así.

Separó las mandíbulas y dejó caer la lengua sobre los colmillos inferiores para poder protegerla para cuando acercara la cabeza. Recorrió toda la hendidura de sus pliegues, empezando por la parte posterior de la lengua hasta la misma punta.

La sensación de los labios de ella abriéndose bajo la presión de su lengua, la sedosidad, las hendiduras, los pliegues e incluso el duro nódulo de su clítoris, hicieron que sus orbes parpadearan entre el morado y el negro como si quisieran oscurecerse por la maravillosa experiencia. Pero fue al sentir su sabor cuando su vista se volvió negra, y todo su cuerpo se hinchó al sentir un cosquilleo en la carne.

—*Nnhhnn,* —gimió él violentamente.

Magnar tuvo que soltar un muslo para poder rodearse los tentáculos con la mano, obligándolos a sujetarse la polla cuando casi se salía de su longitud. Su pene palpitaba, dolorido por la tensión, por el mero sabor de ella.

Si se hubiera hinchado más, habría podido correrse contra los tentáculos que lo sostenían.

Le pasó la lengua por el clítoris, oyéndola gritar mientras arqueaba la espalda. Cuando volvió a hacerlo, las caderas de ella se agitaron contra él y ya no se detuvieron. Empezó a corresponderle descaradamente mientras intentaba moverse contra él.

Pero en el momento en que él lamió hacia abajo para recoger el nuevo charco de rocío que se había formado en su entrada, y luego la atravesó con su lengua mientras sus mandíbulas se abrían sobre su pelvis, sus manos se dispararon hacia abajo para agarrar las bases de sus cuernos.

—¡Ohhh!, —gritó ella, tirando de él como si quisiera más.

Él gruñó y empujó con más fuerza. Hizo girar la lengua mientras sentía cada ondulación de su interior, y descubrió que había un lugar más áspero y caliente. Cuando la rozó deliberadamente, ella trató de rodearle la cabeza con la pierna libre y lanzó otro grito.

La saliva goteó entre sus dientes posteriores cuando empezó a salivar. Pasó la lengua de un lado a otro, flexionando el miembro constantemente para que ella lo sintiera retorcerse en su interior.

Ella respiraba entrecortadamente y sus muslos se estremecían contra él.

Ella soltó una de sus astas para golpearle el hocico con la palma de la mano y empujarlo hacia atrás cuando él lamió hasta el final, hasta que sintió que su lengua se doblaba contra el cuello del útero.

—Oh, *Dios*. Es demasiado.

Pensó en detenerse, pero cuando el coño de ella apretó su lengua para agarrarla y succionarla aún más, Magnar se negó.

La había sentido hacer eso antes... pero alrededor de sus dedos, alrededor de su polla. Sabía que si seguía así, lo que le esperaría dentro de un momento le haría gritar de placer. Ella ya sabía de maravilla. Sólo podía imaginar cómo sería su orgasmo.

—Dámelo, Delora, —le exigió, moviendo la lengua dentro de ella con rapidez, clavándosela una y otra vez, curvándola para que rozara cada superficie de su canal. Sus pechos se sacudieron cuando ella se estremeció, sus piernas tan agitadas que él lo sintió. —Córrete para mí. Necesito probarlo.

Su boca estaba aquí suplicando.

Por favor. Incluso emitió un quejido seco como súplica.

—Oh, joder. Oh, joder...

Su coño se apretó, entonces sintió líquido saliendo de ella. Cubrió su lengua por completo y le llenó la boca.

La polla se le salió mientras gruñía y le clavó los colmillos para que no pudiera soltarse. Ella se sacudía salvajemente, con el abdomen y el vientre hundidos mientras lanzaba un grito de placer.

Magnar se rasgó los pantalones para liberar su polla completamente extendida, necesitando apartarla de la abrasiva y áspera tela antes de agarrarle firmemente ambos muslos. Luego tiró hacia atrás, llevándose su delicioso coño con él, mientras se enderezaba sobre sus rodillas.

Le había soltado la cornamenta y la cara cuando la colocó boca abajo contra su cuerpo, pero no tuvo ni un segundo para respirar. No cuando Magnar intentaba rápidamente que volviera a correrse, sosteniéndola con una mano alrededor de su muslo mientras la otra se movía para cruzar sobre su cuerpo y sostenerla.

Su cuerpo y su cornamenta proyectaban una pequeña sombra mientras se cernía sobre ella.

A Delora no parecía importarle estar boca abajo, no con los gemiditos agudos y entrecortados que le daba. Su camisa, que le quedaba demasiado grande, se deslizó por su cuerpo hasta caer al suelo, dejándola completamente desnuda ante él.

Magnar nunca había visto nada más delicioso que los muslos de Delora abiertos en torno a su cráneo, el pelo colgando de su cabeza, los labios entreabiertos, mientras él jugaba con su cuerpo.

Tardó un momento en darse cuenta de que había liberado su polla. Sólo se dio cuenta cuando dos de sus tentáculos empezaron a enredarse en su largo pelo negro.

Con la vista abierta por un profundo resplandor morado, la vio girarse sin vacilar y empezar a chuparle un lado de la polla mientras ella ahuecaba el otro para acercársela.

A él se le escapó otro gemido, sus labios y sus manos eran como una tortura para él. Hermosa, maravillosa, una tortura.

Lamió los nódulos laterales antes de deslizar la cabeza por debajo para presionar el surco inferior, lo que le hizo sentir como si estuviera tocando su núcleo. Ambas manos lo acariciaban por diferentes sitios, la izquierda haciendo círculos sobre la sensible cabeza mientras la otra subía y bajaba, acariciándolo por todas partes.

La estoy saboreando como ella me está saboreando a mí. Era un éxtasis compartir este tipo de contacto exploratorio de manos y lenguas.

Su vientre se hundió, con espasmos, mientras su polla se sacudía y luego se hinchaba, produciendo una pesada gota de semilla que instantáneamente se llenó en exceso y empezó a gotear.

Ella gimió cuando llegó a su lengua y entonces el sonido de succión que provenía de ella llenó sus oídos. Sorbiendo contra su eje, ella siguió robando su lubricante, dejándolo escocer hasta que él produjera más. Pero, de algún modo, el dolor se sentía... bien. Le estaba incitando a producir más aunque ya estaba bastante lubricado, su sabor era suficiente para mantener la polla lubricada.

Hizo una pausa cuando sintió que su coño volvía a apretarse y apretó la boca contra el costado de su polla mientras gritaba dulcemente contra ella. Tuvo que lamerla desde el fondo de su canal para llevársela a la boca cuando ella empezó a correrse esta vez, tomándola gota a gota con la lengua.

Su cuerpo se desplomó cuando ella se relajó. Empujó su polla hacia delante por el aire cuando ella dejó de tocarla, de jugar con ella con su boquita hambrienta.

—Sigue, Delora.

Necesitaba que ella lo amamantara.

—Me estoy mareando mucho, —balbuceó ella.

Se dio cuenta entonces de que el rubor de su cara era mucho más oscuro de lo habitual cuando estaba excitada. La sangre parecía subírsele a la cabeza debido a su posición.

A pesar de lo mucho que disfrutaba de la tentadora visión de ella así, cambió a una posición que podría ser mejor para ella.

Deseando tener el peso de ella sobre él, Magnar movió las piernas hasta que pudo recostarse. No iba a renunciar a su premio, clavando los colmillos en su carne, pero necesitaba que ella siguiera tocándolo.

Estaba demasiado duro, demasiado hinchado, para que sus tentáculos pudieran controlarlo. Ya no podía parar. Si ella no continuaba, él tomaría el control con su puño.

Jadeó contra ella cuando se puso inmediatamente de lado y le chupó la punta con un 'mmm' de satisfacción. Ella lo bañó en deliciosos besos, acariciando sus manos al unísono por su polla hasta llegar a los óvalos incrustados en la base. Le hizo cosquillas.

Un quejido seco estalló en él mientras sus piernas se estiraban contra el suelo, su cola temblaba mientras su columna se arqueaba.

Soy incapaz de soportar que me haga eso.

Cada vez que ella se los acariciaba tan levemente que parecía un aleteo, él creía que iba a eyacular espontáneamente.

Ella volvió a hacerlo, mirándole esta vez con expresión acalorada, como si supiera lo que le estaba haciendo. Él no sabía qué era el sonido que salía de él, pero era como una retorcida combinación de gemido y gruñido.

Ella había provocado que el semen empezara a fluir de su polla entusiasmada en un chorro ligero y constante.

Su ingle agonizaba y apenas podía mantener las caderas quietas. Podía sentir que el pelaje de su cola se había hinchado, al igual que la mayor parte del pelaje que cubría su piel. Sentía que todo su cuerpo estaba excitado, no sólo su polla.

Pero al intentar alcanzar las bases con las manos, se estaba apartando de su boca. Magnar gruñó antes de volver a empujarla profundamente entre sus colmillos. Ella cedió hasta que quiso empezar a explorar su lengua más abajo.

Empezó a alejarse, cada vez más fascinada por su polla, en juguetear con ella, chupándola y lamiéndola, mientras sus manos se movían. Era demasiado bajita para alcanzarlo más abajo si él quería seguir saboreándola.

Él tiró de ella hacia atrás, con el rojo encendido en sus orbes. —*Quieta.*

—¿Por qué tu polla tiene que saber tan jodidamente bien?, —preguntó ella con un jadeo, frotando la costura de sus labios sobre el borde de la llameante cabeza de su polla. —Es tan grande. Ojalá pudiera poner mi boca... *¡Oh!* Justo ahí. Sí, no pares.

Desde que pudo hablar cuando su mente parecía hecha mil pedazos, él también le había metido el pulgar en el coño, estirándolo y acariciando esa parte hinchada y áspera que la hacía estremecerse cada vez que la tocaba. La membrana entre el pulgar y el índice también rozó sus pliegues, el nódulo de su clítoris, y ella se quedó donde estaba mientras empezaba a moverse hacia delante y hacia atrás sobre él.

Sus movimientos se volvieron más frenéticos, su boca se deslizaba sobre él antes de detenerse a gemir, apretando el pene con las manos. Entonces todo

se tensó. Su cuerpo se llenó de tensión, su coño apretó el pulgar y la lengua de él, y sus manos intentaron aplastar la dureza pétrea de su polla.

Si tanto le gusta el sabor de mi polla, que vuelva a beber de ella. Le sacó el pulgar mientras ella se corría, llenándole la boca y haciéndole temblar mientras estallaba contra su lengua.

Tuvo que retirar el pulgar. Sus garras habían empezado a desenvainarse cuando su polla se hinchó, y sus sacos de semen se elevaron y se hundieron, calientes y apretados, contra él. Le agarró la nuca y le dirigió la boca a la punta de la polla, esperando que se aferrara a ella como había hecho la noche anterior.

Su cuerpo se estremeció cuando sintió subir la primera gota de su semen, la palpitación que sentía era insoportable, dolorosa; la presión era inmensa.

Si no podía llenarle el coño, quería llenarle la boca. Tener su olor en ella de alguna manera, que ella lo poseyera.

Agarró la cabeza con ambas manos y movió la lengua como si intentara arrancárselo ella misma cuando ya era demasiado tarde para detenerlo.

Con un rugido, el gemido de ella se unió al de él, y Magnar liberó un chorro tras otro de su polla palpitante. Intentó por todos los medios no arañarla cuando su cuerpo se disparó de tensión como si le cayera encima un rayo.

Al correrse con ella al mismo tiempo, bebiéndose el uno al otro, Magnar sintió que la euforia se apoderaba de él. Su rugido se convirtió en un gemido de impotencia. Su vista se oscureció, su mente se quedó en blanco, y todo lo que oyó y sintió fueron ellos.

Sólo ellos, en la espiral de calor, de necesidad, de pasión.

La felicidad y la satisfacción flotaron en su interior.

Cuando terminó, finalmente retiró su lengua de ella y todas las fuerzas de su cuerpo cedieron. Sus cuernos golpearon el suelo cuando su cabeza cayó hacia atrás, pero no le importó. Se limitó a resoplar mientras miraba las estrellas parpadeantes que podía ver a través de la niebla.

Parecían más brillantes de lo normal.

Durante unos segundos, ambos se quedaron allí jadeando. Había una mezcla de olores en el aire, pero los que le cautivaron fueron sus aromas de liberación sexual.

Se siente increíble. Magnar le dio a su clítoris una última, pero perezosa, lamida apreciativa. *Es tan maravillosa, tan seductora*.

Él no sabía de dónde sacaba la energía cuando ella empezó a moverse, arrastrándose cómodamente sobre él hasta colocarse a horcajadas sobre su cintura para poder mirarlo fijamente. Estaba completamente encima de él, con las rodillas apoyadas sobre los huesos de sus costillas, como si supiera que él podía soportar su ligero peso humano.

La empujó hacia arriba y hacia abajo mientras resoplaba.

Con los pechos apretados pero colgando de su pecho y las manos apretando las suyas, le sonrió, con el pelo desordenado arrastrándose por un hombro para deslizarse hacia delante.

—¿Te sientes mejor ahora?, —le preguntó con los ojos brillantes.

Había mechones de pelo pegados al líquido blanco que él veía que le cubría los labios, las mejillas y la barbilla, como si esta vez no hubiera conseguido atrapar toda su liberación.

Su propio hocico también brillaba en sus jugos, y se lamió el hocico para probarlo por última vez.

Ella le sonreía... cubierta de su eyaculación, que incluso había goteado sobre sus pechos mientras estaba sentada encima de su torso en rápido movimiento.

Magnar nunca había visto nada tan hermoso, nunca había sentido la profunda ternura que lo invadió en aquel momento.

La deseo. Levantó la mano hasta rozarle el cuello con las garras. Esto no es suficiente.

Necesitaba que ella lo aceptara, que lo tomara, que los uniera hasta que fueran tan uno como pudieran serlo.

El verde oscuro, un destello posesivo, brilló en sus orbes.

Quiero más de ella. Quería consumir cada parte de su deseo.

Magnar se lanzó hacia delante, haciéndolos rodar a ambos hasta que ella cayó al suelo con un golpe seco. Ella jadeó cuando él la agarró por las muñecas y se las clavó en el suelo por encima de la cabeza.

Los muslos de ella le rodeaban la cintura, pero ahora su polla, que se había estado ablandando, estaba contra la raja de su coño. Tiró de ella hacia atrás y la frotó con un rugido atronador.

Sus tentáculos se movieron alrededor de sus caderas para atraparla lo mejor posible. Querían envolver su cuerpo con facilidad cuando sus caderas estuvieran pegadas a las de ella porque se lo había tragado entero.

—*Eres mía,* —le gruñó.

Ella se estremeció antes de mirar hacia abajo y ondular contra su polla, saludando su movimiento. Lo hizo una y otra vez, deseando que ella lo deseara tanto como él deseaba hundirse en su calor.

Lamiéndose la comisura de los labios, dejó escapar un gemido agudo que la hizo jadear rápidamente. No luchaba contra él, no intentaba escapar, no luchaba por liberar sus manos. Estaba siendo complaciente, incluso sumisa.

Levantó la vista hacia él, y la forma en que se mordisqueaba el labio, sus ojos brillando con una pizca de algo, hizo que él se estremeciera. Volvió a sacudirse contra su polla, esta vez más profundamente, ya que se estaba poniendo dura. Se hinchó para lubricarse y mantenerse húmeda.

Deseo tanto tener mi polla dentro de ella. Que me amamante, que me abrace, que me consuele con todo su ser. Su mirada se desvió hacia abajo, hacia sus cuerpos que se deslizaban uno contra el otro, antes de dirigirla a su hipnótico rostro, sintiéndose perdido en la embriagadora expresión que ella le dirigía. *Quiero que me desee.*

—Magnar, —susurró ella, casi como una súplica. —Quiero...

Un horrible estruendo llamó la atención de ambos. Una sensación de frío lo recorrió justo cuando ella soltó un agudo grito ahogado.

Era un recordatorio.

Un recordatorio de que aunque Magnar quisiera esto, quisiera conectarse y estar dentro de Delora, en realidad... no podía.

Quiero estar con ella. No quería nada en el camino, pero parecía no tener fin. Incluso después de todo esto, incluso después de esta noche y el placer que compartieron, todavía había una barrera entre ellos.

Los golpes en la puerta mientras aquel estruendo continuaba y se hacía más frenético hicieron que Magnar soltara las manos de Delora lentamente, reacio a dejarla marchar mientras deslizaba las puntas de sus garras por el interior de su muñeca. Pero sabía que debía hacerlo.

—Debería ir con él, —susurró Delora, girando la cabeza hacia un lado y desviando la mirada.

Fyodor. Magnar lo quería profundamente, pero era un recordatorio constante de lo que ocurriría si llegaban a intimar.

Nos podemos tocar y saborear, pero nada más.

Porque... Magnar sabía que si iba a estar dentro de ella, nada lo detendría hasta llenarla con su semilla.

Entonces habría una segunda cría, y Magnar y Delora apenas podrían cuidar adecuadamente de la primera. Tampoco creía poder soportar tener que verla enferma de nuevo.

No quería tener que reiniciar su viaje.

Podían compartir el placer, eso tenía que bastar por ahora.

A pesar de la tristeza que lo invadía, Magnar se inclinó y le rozó la mandíbula con la punta del hocico.

—Puedes ir con él, —le dijo, esperando que el oscuro murmullo que salía de su tono fuera tentador. —Pero cada noche, mi delicioso cuervo, voy a querer probar este precioso coño. Voy a lamerlo hasta que te corras, hasta que cubras mi hocico con tu aroma, sólo para poder respirarlo al día siguiente mientras trabajo en la casa.

Ella se estremeció y frotó su mejilla contra él mientras empezaba a ponerse de rodillas.

—No deberías prometer cosas así, —respondió ella con dulzura, colocando la palma de la mano sobre su polla cubierta de tentáculos que empezaba a ocultarse antes de que desapareciera. —Puedo ser bastante codiciosa a cambio.

Magnar rió entre dientes.

—Puedes tomar todo lo que quieras.

De hecho, esperaba que lo hiciera.

CAPITULO 40

Sentado en el suelo con las piernas cruzadas, Magnar miró fijamente a Delora, que estaba de pie con un fino pincel entre las yemas de los dedos. Sentía el deslizamiento frío cuando ella le acariciaba el cráneo con las cerdas mojadas y el calor contradictorio que le producía sujetarle la parte inferior de la mandíbula para mantenerlo firme.

Fyodor estaba acurrucado en su regazo. Ahora que había crecido -casi el tamaño de un niño pequeño humano- y era capaz de sostener la cabeza, parecía preferir tumbarse siempre que podía. Aún se aferraba a los cuerpos de Delora y Magnar, pero había empezado a pasear sin mirar y a olisquear, aunque siempre permanecían cerca.

Magnar le acarició el lomo con las garras. Se estremeció y se volteó hacia un lado con satisfacción mientras miraba a Delora con la vista de un brillante color rosa flamenco.

El sol que se reflejaba en el costado hacía que su ojo derecho se tornara de un color avellana tan claro que parecía querer volverse dorado. El otro era de un marrón más claro de lo normal, y él estaba encantado de que ella lo mirara y le prestara toda su atención.

Le había preguntado si quería volver a pintarle la calavera cuando vio que no estaba segura de lo que quería pintar en la pared trasera de la casa. Sin embargo, allí estaba lleno, y ella parecía haber completado el colorido cuadro.

En ese momento estaba sentado en medio del jardín, y se sintió agradecido de haber dado el salto para hacerlo. Había querido que ella volviera a dibujar patrones en su cráneo desde la primera vez. También le permitió pasar tiempo con ella de cerca.

Tan de cerca que pudo ver cómo se le movían las cejas mientras se concentraba. Sus labios se fruncían justo cuando empezaba un trazo antes de relajarse.

Era íntimo. Le hizo sentirse totalmente cerca de ella, pero de una forma que no era sexual. Sus ojos eran de color rosa brillante en lugar de morado, y tenía una sensación ligera y esponjosa en el pecho. En lugar de sentir calor en el cuerpo, era como si su alma, su esencia misma, se calentara.

Y cada vez que ella se inclinaba aún más para rozarle con un poco de pintura, su corazón empezaba a latir desbocado como un tambor. Aunque deseaba que cesaran sus movimientos, su cola golpeaba el suelo.

Pero su corazón y su mente no se calmaban, esperando que ella se acercara un poco más. Era como si su corazón latiera maníacamente en anticipación, con la nerviosa esperanza de que ella lo hiciera.

Era demasiado para soportarlo, sobre todo cuando ella empezó a pintar justo encima de su frente, alejándose pero acercándose.

Cuando sus labios volvieron a moverse, esta vez no pudo resistir el impulso. Antes de que ella pudiera poner el pincel contra él, levantó el hocico y lo empujó hacia delante, presionando sus colmillos delanteros contra ellos. La cálida suavidad de los labios de ella moldeándose alrededor de sus colmillos provocó un escalofrío de placer en todo su ser.

Ella se echó hacia atrás y se tapó la boca con la mano que le había estado manteniendo la cabeza quieta.

—¿Acabas de robarme un beso?, —preguntó detrás de sus dedos.

—Lo he hecho.

Aunque sabía que no debía, se lamió los colmillos ante el fantasma del tacto que aún podía sentir. Quería llevarse a la boca el sabor del beso robado.

—¡Nooo!, —gimoteó ella, poniendo la mano sobre sus colmillos para intentar detenerlo. —¡Te he dicho que no hagas eso hasta que se seque! Lo mancharás.

Magnar le agarró el antebrazo, absorbiéndolo en su puño, mientras tiraba de su mano hacia atrás y le lamía la palma. La cara de ella se crispó cuando dio un pequeño grito ahogado antes de que él le pasara la lengua por el interior de la muñeca. Su temblor se hizo más intenso y soltó un sonido estrangulado.

Su cara se sonrojó. Se puso rígida, pero no se apartó de él. —Me haces cosquillas.

—Eres muy sensible por todas partes, mi pequeño cuervo.

Le soltó el brazo para poder deslizar ambas manos por debajo de la falda y arrastrar las puntas de sus garras desde la parte posterior de los tobillos hasta

los muslos. Sus piernas se doblaron bajo sus caricias, especialmente cuando llegó a la parte posterior de sus rodillas. La sostuvo antes de que se cayera, agarrándola por detrás de los muslos.

—Magnar. —Se mordisqueó la comisura interna del labio inferior, y su aroma maduró hasta convertirse en algo mucho más seductor que unas manzanas rojas escarchadas.

—Eres la criatura más hermosa que he visto jamás, —carraspeó él, iniciando de nuevo el camino de sus palmas hacia arriba. —No puedo resistirme a querer tocarte.

Deseó que ella no hubiera retirado la mano para posarla en su hombro. Quiso lamerla para demostrarle su aprecio por ella mientras deslizaba las garras por las redondas nalgas de ella, que eran extraordinariamente suaves por fuera, pero firmes si las agarraba. Pero no las amasó. Siguió subiendo por sus costados, pasando por los pliegues de sus caderas y luego por la protuberancia de encima.

—No deberíamos estar haciendo esto ahora, —susurró, pero su tono era débil, como si no fuera eso lo que realmente quería.

Sus ojos se desviaron hacia su regazo, hacia el pequeño Fyodor que descansaba sobre él. Quería a Delora bajo sus caricias, bajo su lengua, gimiendo para él siempre que quisiera, pero su pequeño siempre estaba con ellos.

Anoche, antes de levantarse, la había despertado de su sueño deliberada y astutamente, con la esperanza de que quisiera acompañarlo. En cuanto abrió

los ojos, se mordió el labio, mirándolo perezosamente antes de que él se levantara.

Era una lástima que sólo pudieran iniciar el contacto de esta manera. Ella tenía que estar quieta y dormida antes de que pudieran empezar, pero cada vez que habían intentado dejar a Fyodor por su cuenta cuando no estaban total y completamente adormecidos, había soltado un grito. Aunque no lo habían intentado, no necesitaban hacerlo para saber que dejar a Fyodor solo dentro no era una opción adecuada. Se golpeaba el cráneo contra la puerta principal, suplicando y luchando por estar con ellos.

Cada vez angustiaba a Delora, y a Magnar le resultaba difícil concentrarse en aquella belleza cuando se alteraba.

Y pudo ver que intentar tocarla mientras ellos estaban cerca no iba a suceder.

Magnar, teniendo cuidado con la pintura de su cara, chocó la punta de su hocico contra la mandíbula de ella y le rodeó la cintura con las manos. Sus grandes manos casi cabían alrededor de la hendidura de su torso y sus meñiques se extendían sobre sus caderas redondeadas, pero sólo sus garras se tocaban. Si hubiera estado sujetando a un humano más pequeño, sabía que sus dedos se solaparían y habría estado preocupado todo el tiempo por si los partía por la mitad.

—No tocaré más, —prometió, con la esperanza de que ella se dejara abrazar de alguna manera.

Había algo en su forma que le hacía sentirse eufórico cada vez que tenía la oportunidad de abrazarla. Era cálida y sensual, y se sentía como un auténtico éxtasis. Su cuerpo era tan sensible que incluso el más leve movimiento de sus

garras rozando su columna vertebral o justo debajo de esos hermosos montículos redondos en su pecho la hacía estremecerse en su abrazo, casi derritiéndose por él.

Ahora que se le permitía tocar, Magnar ansiaba hacerlo más que antes. No podía estar dentro de ella, un dolor persistente que se negaba a ceder, y la única forma en que podía encontrar la paz era el cielo de ella contra cualquier parte de él.

Habían pasado tres noches desde que ella lo probó por primera vez, y había un aroma persistente en ella que lo tranquilizaba.

Cuando conoció a Reia, ella olía a palos y espinas, fresca y limpia. Pero en algún momento, después de aventurarse juntos a la Aldea de los Demonios, ella había empezado a oler a dulzura salada, algo que se había convertido en un gran impedimento para él.

Había olido como una posesión, una marca, algo que él había sentido hasta las entrañas para no interferir. Magnar no lo había entendido. Sólo sabía que no debía acercarse demasiado a Reia o recelaría de quien le había dado esa marca olfativa: Orpheus.

Era el mismo olor que ahora cubría a Delora, pero provenía de él.

Por mucho que se lavara la piel, no podía deshacerse de él de inmediato. Se iba apagando a lo largo del día, y los aceites naturales de su cuerpo la humedecían hasta que él volvía a sustituirlo la noche siguiente.

Durante tres noches, Delora había estado, de alguna manera, cubierta de su semilla. Ya fuera internamente por habérsela bebido -se estremecía cada vez

que lo recordaba, sus orbes parpadeaban morados durante una milésima de segundo- o por los restos que se le escapaban de los labios y le cubrían la cara y el pecho.

Sentía que la había reclamado, aunque no pudiera hacerlo del todo. Era suya y ahora estaba protegida de otros Mavka.

—Orpheus y Reia ya habrán llegado a la Aldea de los Demonios, —dijo Magnar cuando Delora se relajó entre sus manos y empezó a pintarle el cráneo un poco más. Sus manos estaban un poco inestables.

Quería que Orpheus regresara para poder saber, para poder oler que Delora era suya, sólo con estar en su presencia. Orpheus tenía a Reia, y Magnar sabía que no quería a Delora, pero quería poder regodearse delante de él de que había llegado a este punto por sí mismo.

También *necesitaba* que regresara.

Tengo que preguntarle si hay alguna manera. No habían creado a su propio Fyodor, así que ¿qué podía hacer Magnar para evitarlo?

Porque, por mucho que saborear, tocar y devorar a su novia sofocara los peores de sus deseos, estos no dejaban de crecer. Se estaba agitando, no con ella, sino con esto.

Incluso anoche, después de asegurarse de que ambos se habían corrido, seguía empalmado, deseando meter la polla en su cálido coño. Ardía por ello, necesitaba sentirla reconfortarlo desde dentro, llenar sus entrañas hasta que ella supiera que le pertenecía, hasta que su cuerpo se amoldara al suyo y él lo hubiera penetrado para siempre.

¿Tengo que rehacer el hechizo? ¿El que cambió su cuerpo para él? ¿Estaría ella deliciosamente apretada y convincente, o maravillosamente ajustada a él para que él pudiera simplemente meterle la polla dentro?

Un suave gruñido comenzó a salir del fondo de su garganta hasta que él bajó las manos, empujando sus dedos en forma de garra a través de la malla de los muslos de ella. Ella se estremeció y emitió un pequeño gemido; sabía que le gustaba que le tocaran el interior de los muslos. Pero él no subió más para cumplir su promesa.

No había espacio entre sus muslos y su carne empezó a calentarle las yemas de los dedos.

Lo que daría por soltar la polla y tirar de ella ahora mismo. La idea era voraz y se apoderó de él como un infierno rugiente, chamuscando de calor su mente y su cuerpo. Violento y frenético.

Magnar se estremeció cuando Delora se abalanzó sobre él y le dio un fuerte beso en la punta del hocico antes de retirarse.

—No sé qué te molesta, pero tus ojos se están poniendo rojos y me estás haciendo daño con tus garras.

Magnar soltó la presión que tenía pero mantuvo las manos donde estaban, reacio a soltarla. Su vista se desvaneció a su verde habitual, y se aclaró la garganta para librarse de la espesa emoción que la obstruía.

—Lo siento, —respondió. —Volveré a estar quieto para ti.

La sonrisa que ella le dedicó disipó sus preocupaciones.

Es tan indulgente. Magnar estaba agradecido por eso, ya que mucho de lo que había hecho había requerido perdón.

—¡No hace falta, ya he terminado! —Luego se giró ligeramente para depositar el pincel en un cuenco de pintura antes de colocar las manos en las caderas. —Gracias por dejarme hacer esto. Es muy divertido. Quizá la próxima vez puedas pintar la mía, pero te prometo que seré mejor estatua que tú.

—Me gustaría, —dijo él, retirando una mano para poder rozar el dorso de sus garras sobre el pelo trenzado de ella. Su vista siguió sus movimientos.

Mencionó que le había estado molestando cada vez que intentaba pintar.

Era la primera vez que la veía hacer algo con él, y le gustaron los largos cruces. Para mantenerlo unido, ató una tira de tela rasgada en el extremo.

Por pura suerte, una de sus plumas había conseguido caerse y pegarse a ella, lo que le llevó a arrancar unas cuantas más e introducirlas en la trenza. Ella se había mostrado sorprendentemente complaciente al respecto, cosa que él agradecía enormemente.

Magnar empezó a ponerse de pie, elevándose desde debajo de ella hasta quedar imponente en su presencia, pero la mirada despreocupada que ella le dirigía era dulce. Fyodor, que se había despertado de repente, se apresuró a caminar y a dar saltitos.

Delora se agachó para cogerlo por el torso cuando parecía que iba a chocar contra un cuenco, y se rió cuando chilló.

Me gusta verlos juntos, pensó, mientras Fyodor le daba patadas en las piernas hasta que Delora lo acurrucó contra su pecho.

Le acarició la cabeza con la mejilla. —Eres tan buen Duskwalker. ¿Verdad, Fyodor?

Magnar eligió ese momento para retirarse, odiando tener cualquier conversación incómoda de separación, ya que no estaba familiarizado con la forma de hacerlo sin problemas. Mientras se alejaba, su vista se cruzó varias veces al tratar de ver lo que ella había pintado sobre su hocico.

Entró en la casa y se dirigió a los estantes sin puerta que había sobre los mostradores de la cocina, metiendo la mano en ellos para sacar su Piedra de afilar de su nuevo hogar. Luego volvió a salir y cogió su hacha del borde de los escalones del porche antes de sentarse en ellos. Utilizó la piedra de afilar para afilar la hoja.

Su vista recorrió su territorio protegido.

Me pregunto qué árbol debería cortar ahora. Puede que a los demás no les parezca, pero estaba seleccionando cuidadosamente los que retiraba. Quería conservar gran parte del bosque, pero su objetivo era adelgazarlo para que no pareciera tan denso o inquietante.

Le gustaba la comodidad de la oscuridad y quería poder ver cómo cambiaban las hojas con las estaciones. Sin embargo, tampoco quería que su hembra tuviera que presenciar una escena tan premonitoria, con la esperanza de crear la ilusión de que no estaban en el Velo infestado de demonios.

—¡Vuelve aquí, pequeño sinvergüenza!, —oyó gritar a Delora desde un lado.

Corría por el patio, persiguiendo a Fyodor, que había conseguido robarle uno de sus pinceles y había huido con él. Magnar se rió, incluso cuando su pequeño ciego se golpeó de cabeza contra un árbol.

Sin inmutarse, como si Fyodor no sintiera dolor alguno -porque nunca lo sentía-, sacudió la cabeza y volvió a golpearse contra él cuando intentó rodearlo. Tras el tercer intento, justo cuando Delora estaba a punto de alcanzarlo, consiguió esquivarla y adentrarse en el bosque.

Magnar sabía que no irían muy lejos.

Desde que se había comido al Demonio y se había hecho más grande, Fyodor estaba más activo durante las tardes.

Esta era la segunda vez que se escapaba con algo, la primera fue una cuchara que había estado usando para cocinar. Ver a Delora perseguirlo dentro de la casa había sido bastante divertido hasta que Fyodor chocó contra sus piernas y la derribó.

Su espinilla había comenzado a sangrar de un corte que Fyodor le había hecho. Delora se volvió incorpórea e impidió que entraran en una furia hambrienta. Magnar los metió en la habitación mientras le curaba la herida.

No parecían tener ningún deseo de comerse un Mavka, ni siquiera cuando Magnar había estado sangrando en su presencia.

Su vista recorrió el bosque mientras observaba la brizna de Delora corriendo en direcciones esporádicas, el amarillo de la satisfacción llenando su vista.

Si no hubiera despejado un poco el bosque, ella ya lo habría alcanzado. Tal vez el incidente de Fyodor con el árbol le había enseñado a olfatear el bosque.

Entonces, no pudo verlos durante un rato.

Bajó la cabeza para observar lo que hacía con su piedra de afilar, asegurándose de no dañar la hoja.

—¡Magnar!, —la oyó llamar. Se apresuró a ponerse en pie al oír el pánico en su tono. —Se dirige a la frontera.

Sus músculos se tensaron, el blanco entró en su visión, mientras el pavor le atenazaba hasta la médula de los huesos.

Sin pensárselo dos veces, Magnar lo dejó todo a un lado y echó a correr en la dirección en la que había oído su voz.

Fue rápido, empujando algún que otro árbol para acelerar su frenético paso. Siguió su rastro hasta la frontera, donde lo perdió al instante.

Ella se ha vuelto incorpórea. Lo que significaba que no podía seguir ninguno de sus olores en el bosque. *¡No están a salvo ahí fuera!*

—¡Delora! —gritó, dirigiéndose más allá de la protección y directamente hacia el Velo.

—¡Por aquí!

Ella estaba cerca, sólo unos metros más allá de los árboles, pero fuera de la vista. En cuanto echó a correr en esa dirección, con el corazón acelerado en el pecho, vio un destello blanco que se precipitaba entre los árboles.

Delora, su hembra normalmente cautelosa, estaba desafiando el Velo sólo para vigilar a su cría y asegurarse de que no la perdían para siempre. Para

asegurarse de que no fuera devorada o robada por un Demonio que pudiera estar acechando cerca.

A pesar de que sus orbes estaban blancos de preocupación, le invadía el orgullo. Se está haciendo fuerte.

En cuanto la alcanzó, vio a Fyodor correteando con el pincel aún en la boca. Corría entre arbustos, tropezaba de vez en cuando con raíces, pero se negaba a aminorar el paso. A los pocos pasos, Magnar se abalanzó sobre él y lo cogió en brazos. Rodó hacia delante, teniendo cuidado con su gran cornamenta ramificada, antes de aterrizar de culo con los pies golpeando la tierra frente a él.

Thunk. Thunk.

El juguetón bebé Mavka emitió un chillido excitado al verse atrapado, retorciéndose para zafarse de su agarre. Su pequeño corazón latía alborozado en sus grandes palmas y resoplaba bocanadas húmedas por el agujero de su nariz.

Magnar supo al instante que éste iba a ser un tema recurrente con lo bien que parecían habérselo pasado.

—¿Estás bien? —preguntó Magnar a Delora, que los miraba a ambos con los ojos muy abiertos.

No resoplaba, ya que estaba en su forma fantasmal, pero parecía bastante agotada.

—No, —admitió en voz baja. —Me he llevado un susto de muerte. Sé que no puedes olerlos, ¿y si viniera un Demonio?

—Ahora lo tengo.— Levantó los brazos para señalarles, su tensión disminuía ahora que tenía a Fyodor con seguridad. Antes le había entrado bastante pánico. —Pero debemos regresar rápidamente.

Podía oír crujidos en las cercanías, y el asqueroso aroma de un Demonio a merced del viento.

No había necesidad de correr mientras regresaban, ya que Fyodor no había conseguido alejarse demasiado de la frontera.

Una vez que todos estuvieron a salvo en su refugio, Delora le quitó el pincel de la boca a Fyodor.

—Tal vez deberías construir una valla alrededor del recinto para que esto no vuelva a ocurrir, —sugirió Delora.

—Estaba pensando lo mismo.

Sería mucho trabajo, pero se alegró de tener algo que hacer. La mayoría de los muebles de la casa estaban construidos, aparte de una cama y un armario para su habitación, así como lo que ella quisiera en la segunda habitación. Al principio había pensado construir una segunda cama más pequeña para ella, pero ella le había dicho que no la quería.

Quería dormir con él por la noche.

Mientras caminaban de regreso a la casa, Magnar puso a Fyodor en el suelo, sabiendo que no correrían ahora que no tenía con qué hacer que lo persiguieran.

Tendré que empezar a construir enseguida. Magnar se contrarió ante sus pensamientos. *Me llevará mucho tiempo abarcar todo el recinto.*

Serían semanas de trabajo.

Tendré que dejar todo lo demás que estoy haciendo.

No creía que a Delora le importara, no cuando la seguridad de Fyodor era su primera prioridad.

El sonido de un profundo resoplido llamó su atención, uno que era rápido y resoplaba. Magnar atrajo rápidamente a Delora a su lado cuando el olor de un Mavka, uno que había conocido pero con el que casi no estaba familiarizado, revoloteó sobre una ráfaga de viento.

Se oían pasos fuertes, cuatro de ellos como si el Mavka estuviera a cuatro patas, que venían hacia aquí... y rápido. Los de su especie podían alcanzar una velocidad superior a la de cualquier cosa en la Tierra, y sabía que sólo pasarían unos instantes antes de que el Mavka que se acercaba los alcanzara.

Eso si es que tenía intención de venir hacia aquí.

—Delora, vuelve...— Antes de que pudiera terminar de decirle que se volviera intangible, ella lo hizo.

En el mismo momento, un conjunto de orbes blancos flotantes apareció en la oscuridad del bosque del Velo.

El Mavka atravesó la arboleda y cruzó el recinto. Sólo impedía el paso a los Demonios, lo que significaba que los de su especie eran libres de ir y venir, aunque quisieran hacer daño. Un círculo de sal podría haberle impedido el

acceso, pero Magnar, al ver el blanco crudo de sus orbes, supo que no estaba aquí para ser malicioso.

En cuanto estuvo a salvo dentro del recinto, el Mavka se detuvo en el suelo. Se detuvo justo al lado de ellos, su forma más monstruosa inhalando y exhalando con respiraciones tan profundamente entrecortadas que Magnar pensó que se ahogaría o dejaría de respirar en cualquier momento.

Estaba cubierto de restos del bosque. Parecía y sonaba como si hubiera estado corriendo durante un tiempo excepcionalmente largo.

Entonces el Mavka dirigió la cabeza hacia ellos, mostrando un cráneo felino con cuernos de carnero enroscados a los lados. De la espalda le salían púas parecidas a las de un lagarto por encima de los sobresalientes huesos de la columna vertebral, y otras más pequeñas le recorrían los antebrazos.

Con los colmillos afilados, finos y felinos entreabiertos, movía la lengua de un lado a otro mientras se esforzaba por respirar.

Sin embargo, una horrible sensación se apoderó de Magnar al ver lo que su vista enfocaba, algo que le hizo sentirse hueco hasta el fondo de su alma.

Sangre morada oscura goteaba copiosamente de una grieta en su cráneo. La grieta comenzaba en la parte superior del cráneo, entre los cuernos de carnero, y bajaba por la cara hasta rodear la cuenca del ojo izquierdo. La sangre brotaba y goteaba del agujero de su nariz en gruesas gotas continuas.

Le habían atacado.

Alguien había intentado matarlo. Alguien que *sabía* cómo matar a Mavka. Alguien con la fuerza para asestar un golpe tan debilitante.

Los orbes del Mavka de cuernos de carnero se volvieron negros antes de que finalmente se desplomara sobre su costado, demasiado débil por la pérdida de sangre o demasiado cansado de correr como para permanecer despierto más tiempo ahora que sabía que estaba algo a salvo.

Decidió confiar en ellos.

La única palabra que salió de él fue una gárgara, pero sonaba como un nombre.

—*Mayumi.*

Luego se desplomó completamente, inerte e inconsciente.

CAPITULO 41

Magnar se acercó vacilante al Mavka desconocido, manteniéndose delante de Delora, que se había vuelto física detrás de él. Luego se agachó para inspeccionar más de cerca el cráneo del Mavka.

Había una mancha en la frente, justo detrás de la ceja, donde parecía que algo afilado, pero pequeño, la había perforado, tal vez una garra.

—¿Está bien? —preguntó Delora, apretándose contra su espalda mientras miraba por encima de su hombro.

—No lo sé, —respondió Magnar con sinceridad.

Sin embargo, sentía que se le hundía el corazón.

El Mavka de cuernos de carnero respiraba inestablemente a un ritmo pesado y rápido, pero tenía el cráneo agrietado. En ese momento sangraba profusamente y lo había hecho durante mucho tiempo, teniendo en cuenta los múltiples rastros de sangre que tenía en la cara. Puede que dejara de sangrar en algún momento, pero... Magnar sabía que no sería capaz de curarlo.

Había conocido a otro Mavka brevemente en su vida, un mero paso en la distancia, y su cráneo había quedado permanentemente estropeado con marcas de garras. Algunas habían parecido *viejas*.

Este Mavka nunca curaría esta herida, ni siquiera en un día, y si continuaba rompiéndose... moriría, permanentemente. Para siempre. Para nunca volver.

Fyodor se acercó para olfatear la cara del Mavka herido. Magnar pensó que debían entender que algo andaba mal con él, considerando la sangre y su respiración. Especialmente cuando su pequeño se sentó frente a él y lloriqueó.

En un nivel instintivo, Fyodor comprendió que algo andaba mal.

Magnar no sabía si Delora se daba cuenta de que se sentía apenado, pero su pequeña mano frotándole la espalda entre los tensos omóplatos era el consuelo que necesitaba.

—¿Le conoces? —preguntó Delora.

—No, —contestó con un movimiento de cabeza. —La verdad es que no. Creo que la mayoría de los Mavka nos hemos cruzado, ya que a menudo vagamos por el Velo, pero sólo les he dirigido unas palabras. Con éste me he cruzado más que con los demás, aparte de Orpheus, pero nuestras conversaciones han sido breves.

—Entonces, ¿lo consideras tu amigo?

Se acercó a su lado e inclinó el cuerpo de lado para poder ver que sus orbes se habían vuelto de un azul intenso.

Su trenza negra cayó de su hombro. Una pluma se soltó, cayendo en el charco de sangre oscura que empezaba a formarse bajo el Mavka a causa de las extensas heridas que tenía en el cuerpo.

Mientras el Mavka seguía allí tumbado, su monstruosa forma empezó a desaparecer. A diferencia de Magnar, que apenas había empezado a llevar pantalones y camisa abotonada en los últimos meses, este Mavka ya los llevaba levantados a través de su carne. Llevaba los pies descalzos, y Magnar imaginó que era para poder deambular libremente.

—Orpheus y Reia son mis amigos. Tú eres mi novia. —Magnar volvió la cara hacia Delora. —Él no es nadie. No confío en él.

Sus cejas se juntaron para anudarse con fuerza y sus labios se afinaron.

—Pero él no es nadie, Magnar. En realidad, él y Orpheus son tus hermanos. Todos vosotros procedéis de la Lechuza Hechicera y de ese espíritu del vacío. Eso significa que sois familia.

¿Familia? Pensó, mirando una vez más al Mavka que tenía delante. ¿Hermanos?

Su vista itinerante se detuvo en Fyodor, que seguía sentado allí.

Si Delora y él tuvieran un segundo hijo, serían hermanos. Hermanos, probablemente, y serían familia. Tendrían una conexión única. *¿Como padre e hijo? ¿Novia y Mavka? ¿Todas estas son familias? ¿Todos son especiales para mí?*

El mundo estaba interconectado entre relaciones, algunas más estrechas que otras, pero le reconfortaba saber que, si realmente miraba a su pasado, nunca había estado verdaderamente solo. Había tenido padres, hermanos... sólo que no había sabido entenderlos.

Lo contrario también era probablemente cierto.

Sin embargo, esta comprensión significaba que la sensación de hundimiento en su pecho era cada vez más dolorosa.

No quería que nadie importante para él muriera, ni siquiera los que aún no conocía.

—Tal vez por eso Orpheus me ayudó cuando no era necesario. Porque sentía una conexión conmigo. Tienes razón, es más que mi amigo. Es mi familia. —Luego giró la cabeza y chocó la punta del hocico contra ella cariñosamente. —Gracias por enseñarme esto.

Las comisuras de sus labios quisieron curvarse, pero sólo se crisparon por la triste realidad que tenían ante ellos.

Algo dentro de él necesitaba desesperadamente abrazarla. Necesitaba el consuelo y el calor de su cuerpo entrelazándose con el suyo para borrar la terrible frialdad que sentía.

Por alguna razón, me siento... solo.

Justo cuando empezó a levantar la mano con la intención de rodearla por la nuca para acercarla, el pelo y las plumas que cubrían su cuerpo se erizaron.

Un terrible olor nauseabundo se infiltró en el aire justo antes de que oyera el estruendo de múltiples pasos que se dirigían hacia ellos.

—Lo encontré, —escupió una voz desconocida, oscura, profunda y cruel desde más allá de la protección.

Era un olor nuevo, que se había acercado pero apareció de *repente*.

Magnar giró la cabeza hacia un lado y rápidamente atrajo a Delora hacia sí para protegerla. También se acercó al Mavka inconsciente para protegerlo cuando vio que la persona que estaba frente a ellos tenía sangre seca que olía a Mavka en una de sus manos, especialmente alrededor de uno de sus pulgares.

—Quédate, —advirtió a Delora, necesitando saber que estaba a salvo al sentir que se apretaba contra él, antes de emitir un profundo y continuo gruñido de advertencia.

El Rey Demonio, pensó con un gruñido, y su vista se transformó en un rojo carmesí brillante.

El sonido de pies golpeando se hizo más fuerte cada segundo antes de que un Demonio irrumpiera a través de la línea de árboles.

Se unió al Rey Demonio, que estaba ante ellos vestido con unos pantalones azul claro de genio que se ataban por encima de los fuertes músculos de sus pantorrillas. Tenía los pies desnudos y enroscados con pequeñas garras.

No llevaba camisa, sino que se adornaba con joyas doradas a modo de collar y bandas en los brazos que marcaban el relieve de sus músculos, más en el izquierdo que en el derecho. La carne de su cuerpo estaba recubierta de piel morena, mientras que sus orejas eran largas y puntiagudas. También tenía dos cuernos oscuros que le sobresalían de la raya del pelo, enroscándose sobre su larga cabellera blanca azulada.

Respondió al gruñido de Magnar enseñando los colmillos, y sus ojos oscuros se entrecerraron en una mirada llena de odio y desprecio.

Entraron más demonios, unos seis en total.

Uno de ellos le resultaba familiar, y Magnar no tardó en saber dónde lo había visto. Parecía un humano, salvo por sus ojos rojos, su piel vacía y el hecho de que caminaba a cuatro patas.

Ese es el Demonio que me habló cuando volvíamos del pueblo. Había encontrado al Mavka con cuernos de carnero que buscaba y, al hacerlo, le habían hecho daño.

La vergüenza se apoderó de Magnar, haciendo que sus orbes parpadearan momentáneamente de un rosa rojizo.

Debería haber hecho algo. Debería haberlo matado.

Si Magnar lo hubiera hecho, ¿estaría este Mavka ahora bien e ileso? Pero... no había comprendido las consecuencias de no interferir entonces.

Había estado concentrado en asegurarse de que Delora estuviera a salvo.

La vista roja de Magnar se posó en los múltiples Demonios con Jabez, el Rey Demonio. Tenía muchos cazando a su compañero Mavka.

Se le hizo un nudo en el estómago.

Jabez cruzó los brazos sobre su musculoso pecho y ladeó una de sus blancas cejas hacia Magnar. Luego inclinó la cabeza hacia un lado para hablarle en voz baja al Demonio que Magnar había conocido en el bosque.

—No me dijiste que el Mavka de la cornamenta tenía una humana.

La tensión atravesó a Magnar y le atenazó los huesos. Delora estaba bajo la mirada del Rey Demonio, y él no quería que se acercara a él. No quería que

nadie indigno mirara a su preciosa novia, nadie que pudiera dañar su suave piel, ni contaminar su maravilloso aroma con su propia sangre.

Volvió a estirar el brazo para estrecharla contra él. No tenía sentido que se volviera incorpórea, estaba a salvo dentro del pabellón de protección, a salvo contra él, eso era lo único que importaba.

Estaba con él. A su lado para que él la protegiera.

—Antes no tenía, —respondió el Demonio con la cabeza inclinada hacia un lado, con los ojos rojos tratando de mirar alrededor de Magnar. —La última vez tenía un fantasma de compañía. Ésta es diferente.

El gruñido que se le escapó a Magnar fue aún más despiadado hacia el Demonio a cuatro patas. No quería un solo ojo rojo en ella que no fuera el suyo.

—Tampoco sabía que había hecho una casa aquí, —continuó el Demonio, tratando de mirar a través de la arboleda. —De lo contrario, le habría informado, Sire. Es difícil verla más allá de los árboles, probablemente por eso no la vi.

Magnar había estado raleando los árboles, así que estaba seguro de que se veían partes de ella: tal vez la esquina de la casa o el escalón del porche o su barandilla.

—He estado tan ocupado persiguiendo al de cuernos de carnero que no los he vigilado a todos. —Jabez levantó un solo brazo y lo utilizó para encogerse de hombros a medias. Luego volvió a entrecerrar los ojos hacia Magnar, con una mueca de afilados colmillos apretados con fuerza. —No me había dado

cuenta de que te habías mudado de esa patética cuevita que llamabas hogar. Deberías haberte quedado allí. Quedarte fuera de mi reino.

—El Velo es el hogar de todos los que viven en él. No puedes decirme dónde puedo o no puedo vivir, —replicó Magnar.

—¡Yo lo creé!, —rugió, desplegando los brazos para mostrar las garras con los dedos apretados. —¡Si no fuera por mí, seguiría siendo el bosque que era al principio! Si no hubiera usado mi magia para hacer crecer el bosque y agrandar el cañón, entonces ninguno de vosotros, los Mavka, tendría siquiera un lugar donde residir que no estuviera infestado de humildes humanos.

Magnar sintió que Delora se aferraba con más fuerza a la espalda de su camisa con cada grito del Rey Demonio.

—Eso aún no lo hace tuyo.

—¿Sabes qué? —Jabez relajó los hombros y se apartó los largos mechones de pelo que le habían caído sobre la cara. Parecía que estaba acostumbrado a los arrebatos frecuentes antes de recuperar el control fugaz. —Me importa una mierda. Si ninguno de vosotros se une a mi ejército, al final moriréis todos. —Luego levantó una mano para apuntar con una garra al inconsciente Mavka que estaba en el suelo. —Entrégamelo, y te dejaré vivir tu triste y patética vida con tu humana, por ahora. Es todo lo que quiero.

Magnar echó la cabeza a un lado mientras retrocedía arrastrando los pies. Presionó el tobillo contra su costado hasta que supo que su posición agachada había ocultado parcialmente de su vista al Mavka de cuernos de carnero.

—No, —le espetó. —Ya le has roto el cráneo. No dejaré que lo mates.

Delora estaba haciendo un magnífico trabajo controlando su miedo, optando por acurrucarse en la espalda de Magnar. Confiaba en él, confiaba en la guardia protectora, confiaba en que no necesitaba tener miedo.

Si así fuera, habría empezado a olerlo y los Demonios de la zona se habrían alborotado para llegar hasta ella. Tal vez ella también sabía que afectaría a Fyodor también y se mantuvo en calma sólo para ellos.

Estaba siendo valiente, y Magnar se sintió orgulloso de ella, sobre todo porque antes le aterrorizaban los Demonios.

Parecía que cada día era más valiente.

Los labios de Jabez se curvaron con rabia antes de golpear con el puño la barrera protectora. Lanzó un relámpago a través de su burbuja verde transparente, pero no mostró signos de flaquear o romperse.

—No queremos luchar, —continuó Magnar. —Vuestra guerra no es la nuestra.

—¿Cómo sabes por qué lucho? —respondió Jabez. —Estoy luchando por la injusticia de mi propia especie. Lo que estoy haciendo es contraatacar a nuestros opresores por todo lo que han hecho para empujarnos a la casi extinción hasta que llegamos aquí. Merecemos vivir.

—Nosotros también.

Magnar trató de relajar los hombros rígidos, con la esperanza de alcanzar algún tipo de tregua con el Rey Demonio, no sólo por él, sino por todos los Mavka.

Orpheus se había visto obstaculizado por el odio de Katerina, nunca había tenido la oportunidad de hablar con el Rey Demonio con calma. Ella había sido una barrera, una barrera de odio.

Magnar no tenía eso.

Nunca se había cruzado con Jabez. Nunca habían tenido un conflicto. En cierto modo, Magnar había tenido suerte.

Suerte porque Delora había caído literalmente del cielo para convertirse en suya, como si el destino hubiera entrelazado sus destinos mucho antes de que se conocieran. Afortunado porque tenía a Orpheus para guiarle sobre cómo ser un mejor Mavka. Afortunado porque tenía a Reia para enseñarle cómo cuidar a un humano estando cerca de uno. Y afortunado porque, aparte del Demonio Serpiente, rara vez había tenido altercados con Demonios, y por lo tanto, con Jabez.

—Pero no es por eso por lo que estás luchando, —continuó Magnar. —Estás comenzando una guerra con los Elfos por cómo te trataron. Orpheus me lo ha explicado todo. Cómo trajisteis aquí a los Demonios a través de vuestro portal, cómo hicisteis esta tierra habitable para ellos, les disteis las cosas que necesitaban para hacerse fuertes. No haces nada de esto por ellos, sino por ti.

—No tienes ni idea de cómo me trataron, —gruñó Jabez, con las manos cerradas en puños. —Me metieron en una puta jaula y experimentaron conmigo porque era mitad Elfo y mitad Demonio. Una rareza, porque ningún Elfo se acostaría voluntariamente con un Demonio. Pero fueron los Demonios los que me salvaron. Ellos. —Señaló con las manos a los múltiples Demonios que lo habían rodeado por detrás. —El pueblo Élfico es cruel. Nos convirtieron en lo que somos y luego intentaron destruirnos por lo que necesitábamos

comer para sobrevivir. Estoy luchando por la injusticia que no sólo yo he recibido, sino ellos también. —Luego clavó su mirada en Magnar con sus ojos afilados y mortíferos antes de volver a enseñar los colmillos. —No fui el único al que metieron en una jaula.

—Si de verdad lucharas por la justicia de los demás, nos dejarías en paz a los Mavka, —intentó argumentar Magnar. —No hemos hecho nada malo. ¿Por qué deberíamos morir sólo porque no queremos luchar en vuestra guerra?

—¡Porque vosotros, malditos Mavka, seguís matando a los nuestros!

—¡Porque los de tu especie nos atacan! —El subir y bajar del pecho de Magnar se aceleraba a cada minuto, su corazón bombeaba salvajemente en su pecho. La calma que había estado buscando se perdió ante el fracaso que podía ver venir. —Los Demonios no nos dan hambre. Los de tu clase huelen mal. Sólo nos comemos a los de tu especie cuando atacan porque sucumbimos al hambre de nuestra sed de sangre. —Para los humanos, Mavka y los Demonios no son mejores unos que otros.

—Eso es lo que pasa en la guerra, —respondió fríamente Jabez, su expresión se volvió indiferente. —Se producen bajas, y siempre que alguien se interpone en el camino, no importa de qué lado esté, o de ningún lado, muere. Es por un bien mayor. He pedido a muchos de los vuestros que se unan a mí, he intentado ser complaciente. Todos han dicho que no. Incluso lo acabas de decir. Entonces, ¿qué valor tenéis para mí aparte de estorbar? Te he dejado en paz cuando podría haberte atacado en cualquier momento porque siempre has permanecido en la frontera del Velo... hasta hace poco, al parecer. No eres más que un Mavka, así que ¿cómo podrías comprender de verdad las

complejidades a las que debo enfrentarme como rey que desea lo mejor para su pueblo?

Magnar reflexionó sobre las palabras de Jabez.

Era cierto, Magnar no tenía ni idea de lo que Jabez tenía que soportar en su autoproclamada posición. El Rey Demonio podía estar luchando en el bando correcto de la guerra que estaba creando, pero Magnar no podía quitarse de encima la amargura de que los de su especie fueran el blanco.

Había espacios en blanco en su mente, pensamientos que se deshacían a medida que se iban formando, recordándole que aún no había obtenido la humanidad suficiente para comprenderlo realmente... todo. Todavía estaba atrofiado, así que ¿cómo podía imaginar el peso que descansaba sobre los hombros de Jabez?

Quiero comprender.

Quería ayudar a los suyos como fuera, pero no quería luchar en una guerra. No quería luchar en absoluto.

Quería vivir en paz con su hembra y su cría. Con sus amigos y hermanos y desentrañar los misterios de sus lazos.

El camino que Jabez quería que recorrieran estaba cubierto de derramamiento de sangre. Los Mavka serían soldados perfectos. Eran difíciles de matar y casi imposibles de debilitar cuando se enfurecían.

Pero Jabez tampoco vio que Mavka mataría todo lo que estuviera a su alcance cuando sucumbieran a su rabia. Luchaban para protegerse y todo lo veían como un enemigo.

Eran monstruos, verdaderos monstruos - incluso comparados con los Demonios. Eran más grandes, más rápidos y mucho más peligrosos y astutos, incluso cuando estaban poco desarrollados.

—Dame el Mavka de cuernos de carnero, o encontraré la forma de matar a esa pequeña humana que tienes detrás. —Jabez cruzó los brazos sobre el pecho y alzó la barbilla con superioridad. —Tanto si me lo entregas ahora, como si lo encuentro cuando salga de tu círculo de protección, morirá. La única diferencia es que, si me ayudas, puede que considere dejaros vivir a ti y a tu humana. Él ha matado a muchos Demonios, tú no, y mientras sigas dejando a los míos ilesos, te perdonaré la vida.

Magnar tragó grueso.

Parecía que el Rey Demonio no era consciente de que había matado a muchos Demonios desde que Delora había llegado a su vida. No temía por sí mismo, pero se preocupaba por su novia y su hijo, que serían blanco de ataques en cualquier momento si los sorprendían fuera del recinto de protección.

Necesitaban salir de él para conseguir comida. No quería que el recinto se convirtiera en una prisión para ellos.

Entonces... algo se registró en su mente. Algo imperdonable.

Magnar finalmente se levantó, pero al hacerlo, su vista se tornó de un color rojo aún más violento, y los bordes exteriores de sus ojos se tiñeron de negro. Flexionó los dedos, comprobando la fuerza que tenía en ellos y en sus garras mientras separaba los colmillos para mostrar su longitud letal.

El gruñido que emitió fue más profundo que cualquier otro que hubiera soltado. Y supo, por lo tensa que sentía la piel sobre los músculos, que sus plumas y su pelaje se habían hinchado hasta erguirse por completo, haciéndolo más grande, más aterrador.

—*¿Te atreves a amenazar a mi hembra?* —Su voz sonaba distorsionada, y cada segundo que se daba cuenta de que Jabez había amenazado de verdad a su Delora, el ardor que sentía en los músculos exigía retribución. ***—NO te entregaré al Mavka, ni permitiré que le hagas daño. Soy Magnar, su protector, y la protegeré con cada gota de mi sangre.***

Cualquier amenaza contra ella era imperdonable.

Todo el calor ardiente que sentía de repente se desvaneció en un torrente de frío, tan frío que parecía que lo hubieran sumergido en agua helada. *No. Vuelve.* Sus orbes se tiñeron de blanco, mientras se le escapaba un quejido.

Había estado tan concentrado en Jabez que no se había dado cuenta de que había un problema justo delante de ellos.

Allí estaba Fyodor, escabulléndose lentamente hacia el borde de la sala en dirección al Rey Demonio.

Hace un segundo estaba a mi lado. Había adoptado una postura protectora con Delora, y Magnar pensó que permanecería allí. Había impedido que Delora lo viera manteniéndola apretada contra él.

He cometido un error. Uno grande.

Su preocupación no disminuyó, ni siquiera cuando Fyodor se detuvo justo en el interior del recinto para olisquear los pies del Rey Demonio. No pareció darse

cuenta de que se había acercado, ni de que existía, como si él también hubiera estado puramente concentrado en su conversación. Una que no había ido bien para ninguno de los dos.

Magnar estaba seguro de que si no hubiera habido una barrera entre ellos, se habría peleado.

El cuerpo de Magnar se tensó aún más cuando un Demonio, uno pequeño que parecía bastante pícaro con la espalda encorvada, se arrastró hacia delante para inspeccionar a Fyodor. Tenía la cabeza medio hundida, como si le hubieran golpeado el cráneo y hubiera sobrevivido.

Jabez dio un manotazo al pícaro demonio.

—¿Te atreves a intentar ponerte delante de mí?, —gruñó, enseñando las garras.

Retrocedió a toda prisa antes de señalar en dirección a Fyodor. —Hay un pequeño Mavka, señor.

Magnar se puso a cuatro patas, aprensivo, cuando la mirada de Jabez se desvió hacia la cría que tenía a sus pies. Jabez lo miró con asco, levantando el labio superior para mostrar parte de sus oscuras encías cuando Fyodor se inclinó más cerca para olfatear.

—Magnar, —susurró Delora con un grito entrecortado. —Por favor. *Por favor*, ve a por él.

Una ligera maraña de miedo surgió de su olor, pero por suerte una pequeña ráfaga de viento la empujó en dirección opuesta a los Demonios, evitándoles el caos.

Magnar empezó a avanzar lentamente. Sabía que si se lanzaba, podría asustar a Fyodor y hacerle salir a toda prisa del recinto en el que se encontraban.

—¿Un Mavka sin vista y sin cuernos? Estás de broma. —dijo Jabez mientras se acercaba y se agachaba justo delante de la sala para inspeccionarlos. Levantó los ojos hacia Magnar. —¿Tu especie puede reproducirse? ¿Hiciste un bebé con esa humana?

Luego agitó la mano delante de la cara de Fyodor, llamando su atención por el olor que pasaba por su hocico. Su cabeza le siguió.

—¡NO! **—**rugió Magnar.

Era demasiado tarde. Fyodor se precipitó unos pasos hacia delante, saliendo de la protección para morder la mano de Jabez.

El Rey Demonio aulló de dolor, los colmillos de Fyodor tan afilados y mortíferos como los suyos, y se incorporó mientras le agarraba la parte superior del hocico. Magnar se precipitó hacia delante antes de que pudiera pasar nada.

La distancia era demasiado grande. Jabez consiguió separar sus mandíbulas, liberándose de su mordisco.

Las manos de Jabez se enroscaron alrededor de cada parte de la mandíbula frente a su hocico, manteniéndola abierta mientras las sujetaba cerca de su pecho para controlar a Fyodor mientras luchaba. Luego le envió a Magnar la sonrisa más cruel y despiadada que jamás había visto, con las comisuras superiores de los labios giradas hacia arriba mientras mostraba los colmillos.

El brillo malicioso de sus ojos oscuros hizo que Magnar se detuviera inmediatamente. Empezó a caminar con cautela.

—*Dámelo,* —suplicó Magnar.

Intentó no mostrar miedo por su hijo, pero sabía que el brillo blanco de sus orbes lo delataba.

—Retrocede, Mavka.

Fyodor lanzó un grito estridente, con la lengua curvándose entre sus colmillos separados a la fuerza. Su vulnerable cría pateó brazos y piernas, retorciéndose en el aire para agarrarse a algo y no quedar colgando de su pobre cuello.

La sonrisa de Jabez se hizo aún más amplia cuando Magnar hizo lo que le decían, retrocediendo unos pasos para poner espacio que él no quería entre ellos.

Si ataco, le hará daño.

Magnar sabía que si lo intentaba, Fyodor moriría antes incluso de llegar a mitad de camino hacia ellos... y Jabez era igual de consciente de ello.

¿Por qué? ¿Por qué Fyodor tuvo que caminar hasta allí? ¿Por qué tuvo que irse de su lado? *Soy su padre... Se supone que debo protegerlo.*

Un pequeño gemido salió de sus pulmones colapsados.

—El campo de juego acaba de cambiar, Mavka, —rió Jabez, separando los colmillos de Fyodor un poco más hasta que Magnar pudo ver la piel entretejida que unía sus mandíbulas inferior y superior desde el interior de su boca. No había dolor para Fyodor, nunca lo había, pero parecía incómodo. —Puedes salvar a uno, pero no a los dos. Dame al cuerno de carnero o éste *morirá*.

Magnar no dudó.

Su vista sólo se apartó de Fyodor durante una fracción de segundo mientras retrocedía hacia el Mavka inconsciente, pero fue para poder posar su mirada en Delora. Estaba total y completamente pálida, su tez bronceada se había blanqueado por la angustia. Incluso se había llevado las manos al pecho, como si su corazón latiera tan frenéticamente como el suyo.

Sus ojos se cruzaron y la expresión de la mujer hizo que el estómago se le llenara de ácido. Su mirada recorrió sus rasgos. Lo supo cuando llegaron a su cornamenta, a su hocico. Cayeron sobre sus orbes blancos que destellaban con un azul profundo que resonaba la pena que sentía por lo que estaba a punto de hacer.

No quería sacrificar a los suyos, pero nada se interpondría entre él y su cría, ni entre él y su hembra. Su hermano podía ser algo que quería proteger, pero no a un precio tan alto.

Lo… lo más probable es que muera de todos modos. Eso es lo que se decía a sí mismo, al menos. Cualquier cosa para calmar el frío dolor que sentía, como si se hubieran formado fragmentos de hielo en sus propias venas, mientras agarraba la muñeca de la Mavka de cuernos de carnero.

Fue entonces cuando el blanco de los ojos de Delora se tornó vidrioso y rosado, y las lágrimas comenzaron a brotar en la línea líquida. Sus labios temblaban, sus cejas se fruncían y había algo en su expresión que resultaba espantoso de ver.

Su agonía interna se intensificó cuando él emitió otro destello azul en sus orbes que se prolongó un poco más que antes. Su expresión se hizo más profunda al ver el cambio.

Luego se endureció justo cuando Magnar dio el primer tirón.

Su rostro se endureció hasta convertirse en algo frío como la piedra. Las emociones la abandonaron, algo que Magnar nunca había visto en ella, antes de girar la cabeza para mirar a Jabez.

—Vas a matarlos de todos modos, —le espetó al Rey Demonio.

Magnar sintió un nudo en el estómago cuando giró la cabeza hacia Jabez, que frunció el ceño. Sus labios se crisparon.

—¿Me estás llamando mentirosa, humana?

Se acercó a él con los brazos abiertos, dándole una pose de sumisión y rendición.

—No hay ningún beneficio en mantenerlos con vida. Sólo son un Duskwalker más en tu camino, uno que no puedes controlar. Es joven, probablemente más peligroso que los otros, que han consumido suficientes humanos como para pensar y comprender. —Cruzó los brazos sobre su gran pecho y luego levantó una de sus cejas. —Es el movimiento más antiguo del juego. En cuanto te entregue al otro Duskwalker, lo matarás de todos modos.

—Como rey, —empezó Jabez, levantando la cabeza y echando los hombros hacia atrás para ofrecer una postura de superioridad. —Debo adherirme a mis propios votos y promesas. He ofrecido un trato, por lo tanto debo...

—¡Mentira! ¡Estás mintiendo! Puedo verlo en tu cara. —Delora hizo un gesto con el pulgar hacia Magnar. —Puede que él no sea capaz de verlo, pero yo soy humana y he visto mierda como esta una y otra vez.

¿Ver qué? pensó Magnar, con la vista puesta en Jabez para buscar algún indicio que le faltara.

—Es una trampa. Te ofreces a darle a alguien algo que necesita, pero en cuanto consigues lo que quieres, te echas atrás en tu parte del trato. —Delora soltó una carcajada desprovista de humor mientras se ponía del lado de Jabez. —Los humanos lo hacen todo el tiempo. Por qué tú, un Demonio, ¿serías mejor que nosotros?

La mirada oscura de Jabez se posó en Magnar antes de que sus ojos se arrugaran en las comisuras. Soltó una carcajada mientras echaba la cabeza hacia atrás.

—Me has pillado. Y aquí estaba yo, pensando que podría salirme con la mía. Esperaba que atravesara la sala para poder matarlo a él también. ¿Tres Mavka muertos en un día? No suelo sentirme tan afortunado. —Sin embargo, el humor de Jabez se desvaneció cuando dirigió su mirada a Delora. Empezó a oscurecerse de vejación. —Pero entonces tuviste que ir y arruinarlo. —Sus ojos se desviaron hacia Magnar con su resentimiento más encendido. —Tienes suerte de que tu humana fuera lo bastante lista como para salvaros la vida, pero eso sigue sin salvar a tu puto hijo.

Sus bíceps se tensaron mientras preparaba sus manos en las mandíbulas de Fyodor. Delora y Magnar se adelantaron con movimientos rápidos, extendiendo las manos de ambos antes de que pudiera empezar a tirar.

—*¡Espera!* —gritó Magnar, tratando de acercar al pesado Mavka de cuernos de carnero para demostrarle que haría lo que le habían dicho.

—¡Detente!, —gritó ella, corriendo más cerca de lo que Magnar creía que se atrevería a ir. Levantó ambas manos y las agitó hacia abajo como si quisiera detener a Jabez. —Tengo una idea mejor. ¿Por qué no usarlas?

Eso llamó la atención de Jabez. Se detuvo, relajando su agarre sobre Fyodor que dio un gruñido, moviendo sus manos para alcanzar inútilmente hacia arriba. No podían llegar más allá de su hocico.

Un extraño los estaba sujetando, una amenaza - eso fue todo lo que su cría registró.

—¿Usarlo? —Jabez se quedó pensativo mientras ladeaba la cabeza. —¿Cómo podría hacerlo? A los Mavka no se les puede controlar. Hacen lo que quieren sin orden.

Magnar no tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero casi se hundió de alivio cuando el agarre de Fyodor se había relajado. Delora estaba de pie frente a él, a unos pasos de distancia. Sólo pudo ver su costado cuando se cruzó de brazos y golpeó una de sus botas contra el suelo.

—Como he dicho, aún *es pequeño*. Claro, tú no puedes controlarlo, pero yo sí. Después de todo, soy su madre. Me conoce, confía en mí. —Vio que sus labios se curvaban en una sonrisa malvada. —Imagina tener un bebé Duskwalker como mascota. Un perro guardián, por así decirlo. Parecen perros cuando son más grandes.

El agarre de Magnar en el antebrazo de su hermano disminuyó cuando sintió que algo andaba... mal.

¿Qué... qué está haciendo? pensó, moviendo la cabeza en su dirección con confusión. *Parece casi como si...*

Jabez soltó una risita oscura y sin humor. —Dirás cualquier cosa para salvarlo, ¿verdad? ¿Por qué me ayudarías?

—Porque sigo siendo su madre, sea como sea.

—Estás con uno de *ellos*. —Señaló con la cabeza a Magnar. —Te lo follaste y luego diste a luz a uno de su especie. ¿Por qué debería confiar en nada de lo que digas? Los de tu clase me engañaron en el pasado y mataron a mi concubina favorita al hacerlo.

Delora soltó una carcajada.

—¿Crees que pedí que me pusieran en esta situación? ¿Ser secuestrada por un Duskwalker? Era quedarme aquí con él o morir, joder. Esas eran mis dos opciones. No tenía muchas opciones, ¿verdad? —Luego levantó la cabeza para desairar al mismísimo Rey Demonio. —¿Y crees que le pedí que me convirtiera en una Duskwalker? Me acosté con él, ¿y qué? ¿No puede una chica simplemente estar cachonda por una polla grande? ¡No tenía ni idea de que íbamos a hacer un puto bebé! Uno que no pedí, y no había nada que pudiera hacer una vez que lo supe.

—¿Delora? —Preguntó Magnar, inseguro de por qué Delora estaba siendo así.

No le gustaba. Se mostraba fría e insensible hacia él y su hijo. Y cada palabra que salía de sus bonitos labios hacía que el miedo se arrastrara más dentro de él, como un animal excavador.

Giró la cabeza hacia él.

Luego, hizo una mueca con tono desagradable: —*¿Qué?*

El cuerpo de Magnar se estremeció de aversión bajo la inquietante mirada que ella le dirigió. Era inerte y audaz, sin ningún tipo de afecto.

—Nunca pude elegir nada, así que no intentes entrometerte.

Sus palabras calaron hondo porque... porque él sabía que era verdad. Naranja se levantó en sus orbes momentáneamente, su culpa una vez aliviada volviendo diez veces.

Delora se volvió hacia Jabez y dio un paso adelante, haciendo que los Demonios se apiñaran más cerca de su amo.

—Me estás dando una tercera opción, una que nunca pensé que fuera posible. Aléjame de aquí, de él, de esta estúpida casa en medio de la nada, y entrenaré a ese bebé Duskwalker para que sea lo que tú quieras que sea. ¿Quieres un soldado? Te daré uno. ¿Quieres un sirviente? Lo tendrás. ¿Sólo quieres que sea un perro faldero? Te enseñaré a acariciarle bien la cabeza, para que nunca ladre ni muerda. Lo único que te pido es que me lleves a ese castillo grande y lujoso que vi a lo lejos cuando me llevaron a la Aldea de los Demonios, y seré tuya. Mientras pueda vivir, es lo único que me importa. —Delora desplegó un solo brazo para encogerse de hombros. —Puedes hacer lo que quieras conmigo, pero obviamente, para entrenarlo, necesitarás mantenerme con vida.

—*Delora,* —gimoteó Magnar. —¿Qué estás haciendo?

Le estaba haciendo sentir como si él fuera... nada para ella. Que él no había sido nada, que ella lo toleraba, lo odiaba, no quería estar con él. A Magnar no

le gustaba el sabor de aquella traición, ni la sensación de que su corazón se estaba congelando y dejaría de latir en cualquier momento.

—Lo que tenga que hacer, —respondió sin siquiera volverse hacia él, como si no mereciera que lo mirara.

Jabez comenzó a cerrar lentamente la boca de Fyodor, pero éste aún se mantenía firme para no ser mordido.

Magnar soltó al Mavka de cuernos de carnero y se acercó a Delora agachado. Deslizó la mano alrededor de uno de sus tobillos, desesperado por sentir su piel contra la suya. Necesitaba sentirla, con la *esperanza* de que su tacto pudiera cambiar todo lo que ella acababa de decir.

—¡No me toques!, —gritó ella, zafándose de un salto del agarre de Magnar.

Él retrocedió trastabillando ante el agudo tono de su grito.

Un gemido escapó de sus pulmones estrangulados mientras ella retrocedía unos pasos. Puso más distancia entre ellos, acercándose a Jabez.

—Aléjate de mí. Déjame en paz.

—Suenas igual que Katerina, —dijo Jabez, mirándola de arriba abajo. —Pero eres un poco más guapa. He estado buscando una nueva humana. Mis concubinas Demonio simplemente no se sienten... lo suficientemente cálidas. Pareces divertida para jugar.

El rojo se encendió en los orbes de Magnar. La idea de que el Rey Demonio tocara a su Delora le provocó una furia desenfrenada.

—*¡Es mía!,* —gruñó.

No le importaba lo que dijera, Delora era suya.

—¡Parece que no! Parece que no te quiere. —Jabez soltó una carcajada. Luego arrulló a Delora: —Quieres un macho más guapo, ¿no, hembra? Uno con cara de verdad.

—¡Me diste tu alma! —rugió Magnar. —¡No puedes dejarme!

¡Él no *dejaría* que ella lo dejara!

—Estoy segura de que puede encontrar una manera de evitarlo, —dijo Delora mientras señalaba con un pulgar a Jabez. —Parece que tiene mucha magia fuerte, suficiente para hacer todo un bosque nuevo. Y piensa en tu hijo, Magnar. Será mejor que esperes que no regrese, de lo contrario probablemente lo matará.

La llama envolvente de la ira huyó más rápido de lo que entró en él.

No sabía qué hacer, cómo detener esto, pero sus palabras hacían eco de dolorosas verdades. Ni siquiera su atrofiado cerebro podía ignorar la realidad que tenía ante sí. Era lo suficientemente inteligente como para comprender que no había nada que pudiera hacerse.

Si Delora no va con Jabez, Fyodor morirá.

Pero eso dejaría a Magnar solo. Los perdería a ambos a pesar de todo. No quería perder a Delora, pero la idea de que su hijo pereciera era horrible.

No quiero que se vayan.

El dolor en su corazón era peor que cualquier cosa que hubiera sentido, pero dio un paso atrás y se rindió.

Se rindió porque no había otra alternativa.

Si obligaba a Delora a quedarse de algún modo, Fyodor nunca volvería, y él se quedaría atrapado con una hembra que no quería estar al lado de Magnar. Ella lo odiaría, estaría resentida con él, y dudaba que ella le diera algo de ternura para aliviar la pérdida de su hijo.

Si Fyodor no estuviera aquí, si no lo estuvieran utilizando como moneda de cambio para mantener a Magnar satisfecho, sabía que habría luchado con uñas y dientes para quedarse con Delora. Ella estaba destinada a ser su novia.

Entonces, ¿qué significaba eso para él ahora?

—Así que, —dijo Delora con una sonrisa de satisfacción a Jabez. —¿Tenemos un trato, muchachote?

Los ojos de Jabez se volvieron hacia arriba mientras pensaba durante un tiempo excesivamente largo, como si quisiera alargar su respuesta. Como si quisiera hacerles contener la respiración.

Para hacer esto peor para Magnar.

—¿Sabes qué? En realidad estoy bastante satisfecho con esto. —Hizo una sonrisa de satisfacción. —Estoy dispuesto a renunciar al cuerno de carnero por mi propio Mavka bajo mi mando y una nueva hembra. Trato hecho.

Magnar vio cómo Delora se acercaba voluntariamente a Jabez y salía del recinto de protección. El Rey Demonio inmediatamente sujetó a Fyodor por un brazo, mientras se retorcía y retorcía en protesta, para agarrar su antebrazo con fuerza.

Magnar esperaba secretamente que ella no lo hiciera, que no fuera realmente hacia él, pero su cola se enroscó entre sus piernas ahora que la veía allí.

—Te dejaremos ir por ahora, Mavka. Pero que sepas que en el futuro, si buscas acercarte para llevártela, me aseguraré de que pagues por ello.

Magnar se sentó sobre sus rodillas. El azul oscuro que comenzaba a iluminarse en sus orbes era tan oscuro que apenas podía ver, pero todo lo que veía era la mirada apagada de Delora sobre él.

¿Así se sentía Orpheus?

No era de extrañar que estuviera tan a la defensiva y posesivo con la única hembra que quería estar con él. El eco de la soledad ya era demasiado para soportar, y su interior se arrastraba como si estuviera lleno de terribles bichos que querían comérselo desde dentro.

Su vista se posó en su pequeño.

No, esto es mucho peor. Tenía que serlo, ya que estaba a punto de perder también a Fyodor.

Dio unos gritos estridentes que le perforaron los oídos a pesar de la distancia que los separaba. Magnar esperaba que fuera porque de algún modo sabía lo que estaba ocurriendo y protestaba por ello.

—Ugh,— Delora gimió con los ojos en blanco. —Sólo dámelo. Siempre hacen ese ruido horrible, y sólo empeorará.

Era obvio que no quería al principio, pero cuando Fyodor realmente comenzó a forcejear, alcanzando a Delora por seguridad, comenzó a gruñir. Estaba tropezando bajo el pánico de Fyodor, retorciéndose frenéticamente.

—Bien. Toma.— Jabez lo arrojó a los brazos de Delora mientras se agarraba firmemente a su antebrazo. Luego retrocedió, haciendo un gesto silencioso para que los Demonios se convirtieran en un bloqueo entre Magnar y ellos. El de la cabeza hundida se acercó para olisquear a los pies de Delora. Ella lo miró con recelo, pero no retrocedió como habría hecho en el pasado. —Volved a vuestras casas o nidos por ahora. Llevaré a la humana y al bebé Mavka a mi castillo.

Estaban a punto de partir. ¿Cómo se suponía que Magnar iba a hacer frente a esto? *Voy a perderlos.*

Gotas frías comenzaron a flotar alrededor de sus orbes, reflejando el mismo azul que veía. Sabía que provenían de sus orbes, pero no pudo detener el líquido mientras revoloteaba y luego flotaba alrededor de su cráneo para desaparecer.

Duele. Esto no me gusta. Miró a la hembra cuya alma guardaba y de pronto deseó que nunca hubiera caído del cielo para traicionarlo.

Su mirada se encontró con la suya, y él quiso ver remordimiento. En lugar de eso, vio algo cortante. Casi una mirada.

Sus entrañas se estremecieron por el dolor que sintió al verla dirigida hacia él. Era como una daga atravesando su esencia.

Y entonces ella desapareció...

No porque Jabez los hubiera materializado, ya que podía transportarse con su magia. Fue porque ella se había vuelto incorpórea en las garras del Rey Demonio y había salido corriendo hacia el bosque mientras sujetaba a Fyodor.

Todos tardaron un momento en darse cuenta de lo que había ocurrido.

Jabez levantó su mano vacía para inspeccionarla antes de levantar la cara en la dirección en que ella se había ido.

—Es como la Lechuza Hechicera, —murmuró Jabez en voz baja. Luego su confusión desapareció mientras volvía su expresión furiosa hacia Magnar. —Eso es lo que pasa cuando un humano le entrega a Mavka su alma. No me extraña que la otra humana volviera a la vida. Son unos putos Fantasmas.

Magnar estaba demasiado conmocionado para moverse, mirando fijamente el hueco de árboles por el que había visto correr a Delora. La niebla siempre presente y premonitoria. ¿Huyó?

Jabez habló a los demonios. —Mantenedlo aquí. Voy a matar a esa perra mentirosa.

Con un bramido, Jabez desapareció en el aire con las garras a la vista. Los Demonios se acercaron al pabellón de protección y lanzaron siseos y gruñidos, cerrando el paso a Delora.

Magnar sabía dos cosas.

Delora *no* quería ir con el Rey Demonio.

Y ella corría un terrible peligro.

CAPITULO 42

¡Dios mío! ¡¿Por qué he hecho esto?! gritaba la mente de Delora mientras corría por el bosque.

En su forma incorpórea, dejó de correr para poder evaluar su entorno, y se dio cuenta de que no tenía ni puta idea de por dónde ir. Todo tenía el mismo aspecto, girase hacia donde girase. Sólo había árboles interminables, y nada le indicaba el camino de vuelta a la casa y su pabellón protector.

¡Joder!

Sabía por qué había tomado ese camino, y era la razón más estúpida teniendo en cuenta que literalmente podía flotar a través de las cosas. Era ese maldito Demonio que había estado olfateando a sus pies, bloqueando su camino directo hacia Magnar.

Su mente no pensaba con claridad, su corazón se aceleraba por la adrenalina, mientras ella hacía todo lo posible por no apestar a miedo. Todo lo que quería era alejar a Fyodor del Rey Demonio y escapar con él hacia un lugar seguro.

Eso era todo lo que su mente había registrado - sólo la salida, cualquier salida. Su miedo la había vuelto irracional, tontamente.

Pero ese Demonio... Delora se estremeció de repulsión.

Agradeció no ser física, de lo contrario sabía que le subiría la bilis a la garganta.

Había sido extremadamente grotesco. Tenía la cabeza hundida por un lado y un globo ocular fuera de su órbita. Ese ojo... había estado colgando hacia abajo, balanceándose contra su mejilla como un péndulo orgánico, mientras un extraño líquido negro goteaba de entre sus dientes rotos.

Y el olor... era peor que cualquier cosa que ella hubiera experimentado. Prefería abrazar un cadáver putrefacto.

¡Y había estado olfateando su tobillo! Casi la tocó.

Había hecho todo lo posible para no lanzarlo al maldito cosmos, pero había sido entre ella y Magnar.

Delora sólo había querido alejarse de él.

Había habido una sola brecha entre los Demonios que habían empezado a rodearla y el Rey Demonio. Su mente se había desconectado por completo y había actuado como si fuera física, corriendo hacia el hueco en lugar de dirigirse al lugar más seguro posible.

En cuanto empezó a correr, se dio cuenta inmediatamente de su error y empezó a dirigirse a la casa.

Nunca la encontró, ni el resplandor verde del escudo bajo las sombras de los árboles.

¿Dónde coño estoy?

Dio vueltas en círculo y tomó otra dirección. Pero cada vez que cambiaba de camino, Delora se preocupaba más.

Espero no equivocarme de camino. Podría estar alejándose de la casa en lugar de acercarse a ella. Mantenerse a salvo a sí misma y a Fyodor era algo que podría hacer en su forma incorpórea, pero... Si pasa un día...

Le preocupaba transportarse de vuelta a Magnar sin Fyodor, dejándolos solos en el bosque sin forma de rastrearlos.

No. Voy a volver. Tengo que volver.

Si hubiera sido física en ese momento, Delora sabía que apestaría a miedo y tendría lágrimas cayendo por sus mejillas.

Soy una estúpida. Soy una estúpida. Soy tan jodidamente estúpida.

Por otra parte, Delora nunca había sido la alumna más brillante de la clase.

Quería llamar a Magnar, pero no tenía ni idea de lo que había dejado atrás, de si él estaba luchando por ir a buscarla o de si quería hacerlo.

Por favor, perdóname, suplicó, esperando que le llegara. *No se me ocurría otra manera...*

Fue desgarrador verlo allí sentado, derrotado, mientras ella iba al lado del Rey Demonio. Había unas extrañas gotas brillantes que flotaban de sus orbes azules, tan azules que parecían las profundidades del océano, algo que ella había leído que era casi interminable, y tan oscuras que era imposible ver hacia abajo.

Habían sido lágrimas etéreas, como si su fondo fuera de cristal.

Delora había herido a Magnar.

No tenía elección.

Fyodor había estado en peligro. Magnar había estado en peligro. Y ella podía decir que el Rey Demonio había estado mintiendo - e incluso si no lo hubiera estado, se negaba a arriesgar a Fyodor de cualquier manera.

Ahora sólo tenía que volver con él. Tomó una nueva dirección, esperando que su determinación de volver con Magnar la ayudara a encontrar el camino. *Se lo explicaré todo. Lo arreglaré.*

Delora dejó escapar un grito horrorizado cuando el Rey Demonio se materializó de repente justo en su camino.

—¡Te he encontrado, zorrita!

Mostró sus afilados colmillos con rabia letal.

Ella intentó esquivarlo, ya que el cuerpo de Fyodor era intangible como ella, pero su cráneo no lo era. El Rey Demonio siguió sus movimientos, golpeando su cuerpo fantasmal, pero su golpe la atravesó. Seguía siendo intangible, sólo tenía que seguir siéndolo.

Delora siguió corriendo, mientras sus ojos buscaban aún más frenéticamente un resplandor verde.

¿Dónde está? Por favor.

El Rey Demonio volvió a materializarse frente a ella, con su mirada entrecerrada, aún más furiosa que antes.

—Puede que tú seas intangible, pero yo puedo ver que su cráneo no lo es.

Antes de que Delora pudiera apartarse, el Rey Demonio se lanzó hacia delante con una rapidez que ningún humano podría igualar.

El Rey Demonio agarró el cráneo de Fyodor y tiró hacia delante. Por suerte, Fyodor estaba dormido, pero Delora siguió el tirón del Rey Demonio para no lastimarlo. Su cuerpo fantasmal se balanceaba en todas las direcciones para que no jugara al tira y afloja con su pequeño cuerpo.

Entonces Delora hizo algo que nunca pensó que haría.

Ella se volvió física, sus pies cayendo al suelo con un bum, y mordió en la mano del Rey Demonio. Fyodor dio un grito de pánico, inseguro de lo que estaba pasando.

Al morder con tanta fuerza que oyó que algo se rompía alrededor del nudillo del meñique al que se había agarrado, una sangre acre, repugnante y oscura le llenó la boca. La bilis no le subió, no cuando estaba demasiado desesperada por liberar a Fyodor de su agarre como fuera, como fuera.

El Rey Demonio lanzó un rugido.

El siguiente sabor que asaltó sus papilas gustativas fue el de su propia sangre, cuando él le golpeó la cara con el puño. Soltó a Fyodor al mismo tiempo, dando a Delora la oportunidad de alejarse de él con seguridad.

La agonía irradió a través de su mejilla hasta el punto de que casi parecía destrozada. El dolor se extendió por su cabeza hasta que se vio obligada a experimentar uno de los peores tipos de migraña que jamás había sentido. La sangre de su boca procedía de los tres dientes superiores que él le había arrancado. Casi se los traga cuando intentaba limpiar la sangre de su boca.

Los escupió a un lado.

Delora luchó por aferrarse a Fyodor, que empezó a chasquear las mandíbulas a milímetros de su cara, el olor de su sangre lo puso frenéticos. Le cerró el hocico a la fuerza antes de volver a convertirse en incorpórea.

El Rey Demonio se acercó, acechándola con las garras preparadas.

—Podría haberte dado una salida, pero en lugar de eso elegiste tu destino.

—¿Por qué coño iba a ir contigo? —Delora gritó mientras retrocedía. —¡Intentaste matar a un bebé indefenso! Eres un maldito enfermo.

Bueno... *era* un Demonio después de todo.

—¡No es más que un asqueroso Mavka! Si no siguen mis órdenes, entonces todos merecen morir. —Salió disparado hacia delante para agarrar de nuevo el cráneo de Fyodor. Delora se apartó de su agarre, de modo que sus garras atravesaron su hombro translúcido. —¡Pero tendré a ese Mavka! Tienes razón, es joven. Incluso sin ti, estoy convencido de que podré controlarlo cuando aprenda lo que significa temerme.

Su cuerpo incorpóreo vaciló ante su amenaza.

Hablaba de torturarlo hasta la sumisión.

—¡Déjanos en paz! —gritó Delora, antes de empezar a correr con su cuerpo incorpóreo hacia el bosque. Movió las piernas como si le ayudaran a planear más rápido. —¡No dejaré que te los lleves!

El Rey Demonio se materializó frente a ella.

¡EEP! Salió disparada hacia el otro lado.

—¡Magnar! —Delora gritó. —¡Magnar!

Esperaba no ser descubierta, pero ahora que la perseguía un loco cruel, ya no podía quedarse callada. Estaba perdida, sola y asustada con su hijo.

No puedo hacerlo sola.

Huiría para siempre si tuviera que hacerlo, pero no tenía para siempre. Tenía un día, y eso si el Rey Demonio no se apoderaba de Fyodor de nuevo.

Un bramido, un rugido fuerte llegó desde la distancia.

Delora sabía que ese rugido aterrador y bestial pertenecía a la criatura en la que más confiaba en todo el mundo. Se dirigió en esa dirección.

El Rey Demonio siguió materializándose a su alrededor, obligándola a esquivarlo y a redirigir su camino momentáneamente.

Oyó pasos pesados a pocos pasos, pero pasaban junto a ella y no en su dirección.

Durante una fracción de segundo, se volvió física para que él pudiera rastrear su olor, y volvió a gritar su nombre. Se vio obligada a volverse incorpórea justo cuando el Rey Demonio le clavaba las garras en la parte superior del pecho mientras iba a por Fyodor. Gotas de sangre volaron por el aire y salpicaron el suelo.

Lanzó un grito y sus formas parpadearon, incapaces de mantenerse fantasmales contra el abrasador dolor repentino.

¡Ay! ¡Ay! ¡Mierda! Siseaba cada vez que su cuerpo se volvía físico. Duele mucho.

Se las arregló para recuperar el control justo antes de que él pudiera atraparla con sus garras de nuevo, evitando por poco que Fyodor fuera agarrado en el proceso. No le importaba lo que le pasara. Todo lo que le importaba era el bebé Duskwalker en sus brazos.

Tengo que seguir viva. Tengo que protegerlo. Mantenerlo alejado de ese bastardo.

Delora dejó de correr y se alejó del Rey Demonio, esperando que Magnar pudiera rastrear su olor. *Tengo que dejar de moverme. Tengo que darle la oportunidad de encontrarnos.*

El gruñido que oyó a un lado la alivió. Su profundidad, su tono vibrante y su retumbar amenazador eran como un tranquilizante.

En el momento en que Magnar atravesó la arboleda en su forma más monstruosa, corriendo a cuatro patas, Delora se volvió física y le lanzó a Fyodor a una distancia prudencial.

—¡Cogedlo!, —gritó, placando al Rey Demonio cuando éste desvió su atención hacia Magnar, que ahora sostenía a su hijo.

Delora no era más que un gatito para el Rey Demonio y fue empujada sin siquiera hacerle trastabillar. Golpeó el suelo con fuerza, su cuerpo impactó y rodó antes de asentarse.

Soltó una risita malvada y se acercó a Magnar con los colmillos y las garras al descubierto.

—Así que no los mataste a todos antes de venir aquí. —Era difícil confundir el sonido de múltiples pasos que se dirigían hacia ellos. —Supongo que esto es perfecto para mí. Podré verte morir y llevarme a ese bebé Mavka. Será la herramienta perfecta. Ya puedo imaginarme a todos los Elfos que matará.

El Rey Demonio salió disparado hacia delante. Cuando Magnar respondió a su ataque con sus orbes carmesíes y otro rugido, con ambos brazos fijos alrededor de Fyodor, que se retorcía salvajemente, Delora se apresuró a ponerse en pie.

Saltó y agarró por detrás la larga cabellera blanca del Rey Demonio. Tiró de él, tirando de su cabeza hacia atrás con todas sus fuerzas. Delora incluso puso todo su peso en ello.

Se negó a soltarlo, incluso cuando él blandió las garras a su espalda en dirección a ella.

—¡Corre, Magnar! —Era una súplica desesperada, imperiosa.

—No puedo dejarte aquí, Delora.

Magnar, vacilante, dio un paso adelante como si quisiera atacar antes de retroceder mientras enroscaba los brazos con más fuerza alrededor de Fyodor.

—¡Por favor, Magnar!

El Rey Demonio consiguió echarse hacia atrás y arañarle el brazo, desgarrando la carne casi hasta los huesos.

Delora se negó a aflojar el agarre a pesar del grito que la abandonaba y las lágrimas de agonía que brotaban. Apretó con más fuerza la mano derecha

cuando sintió que la izquierda se enfriaba y se entumecía y que un líquido carmesí le recorría la piel.

—Puedo volver. Él no puede.

Tú no puedes.

Delora no sabía qué le pasaría si Magnar muriera, pero eso no le importaba. Todo lo que sabía era que este mundo merecía que ese gran, dulce y a veces despistado Duskwalker del mundo lo viera por lo que era.

Que era colorido. Que tenía belleza incluso en un lugar horrible como el Velo.

Delora desapareció y la oscuridad y el mareo se apoderaron de ella antes de materializarse con el Rey Demonio justo delante de Magnar. Utilizando su larga cabellera como palanca, Delora saltó y le clavó las largas uñas en la cara por detrás, sin llegar a los ojos pero arrancándole un grito.

Cuando Magnar no se movió más que para poner espacio entre ellos, su deseo de protegerla como una espina clavada en su costado, Delora cerró los ojos con fuerza contra las garras que empezaron a clavarse en sus muñecas.

—Por favor, protege a nuestro hijo, Magnar. Confío en ti.

Él gimoteó en respuesta, haciendo que su corazón se estrujara.

Oyó sus pesados pasos alejándose justo antes de que los otros Demonios entraran en la zona.

—¡No!, —bramó el Rey Demonio cuando le arrancó las manos de la cara. —¡Cogedle antes de que entre en el recinto!

Los Demonios corrieron tras Magnar, dirigiéndose en una dirección ligeramente distinta, como si quisieran cortarle el paso. Lanzaron gruñidos y Delora oyó movimiento entre los árboles.

Pedían ayuda.

—Tú. —Sujetando a Delora por un brazo, se volvió hacia ella con un gruñido amenazador. —Ese Mavka va a llegar al recinto hagamos lo que hagamos, a menos que mis Demonios puedan frenarlo. Haré que te arrepientas de haber elegido su bando. Lamentarás interponerte en mi camino.

Con los labios temblorosos, sus ojos se entrecerraron en una mirada de odio. Delora recogió toda la sangre y la saliva que tenía en la boca y se la escupió a su apuesto rostro élfico-demoníaco.

El espeso y pegajoso líquido carmesí salpicó su mejilla y él se sobresaltó. Siguió goteando en una gota pegajosa de entre sus labios.

—Púdrete en el infierno, bastardo.

¿Debería haberlo provocado? Probablemente no. Pero Delora sólo tenía una tarea ahora, y era morir para mantenerlo aquí todo el tiempo que pudiera.

Magnar siempre la había protegido, era su turno de hacer el sacrificio por él, por Fyodor.

—¿Crees que esto es noble? —le espetó mientras la acercaba. Ella deseó que no le estuviera sujetando el brazo desgarrado mientras se estremecía, el peso de su propio cuerpo colgando de su puño era insoportable. —Los de su clase son vengativos. Tu sacrificio no significará *nada* cuando se dé cuenta de que

has muerto, de que has sufrido. Atravesará voluntariamente esa sala para luchar contra mí, ¡como los malditos idiotas que son los de su clase!

No había forma de contener su miedo, pero tragó grueso y se mantuvo física.

No importa el dolor que vaya a sentir, volveré.

No era una heroína. Nunca había querido serlo. Delora tampoco sabía luchar, y sabía que una débil humana como ella no tenía ninguna oportunidad contra él.

—Veamos cuánto dolor puedes soportar, ¿sí? —La sonrisa malvada que le dedicó hizo que un escalofrío recorriera su espalda. —Me suplicarás que pare, llorando para que vuelva y te salve. —Luego se inclinó hacia delante para rozarle el cuello con la punta de la nariz. —Y al igual que la Lechuza Hechicera, volverás a la vida, pero no antes de experimentar la peor clase de agonía que puedo darte.

El calor se extendió por su brazo como si su piel estuviera ardiendo, y ella levantó la vista para ver que burbujeaba alrededor de donde su mano agarraba su carne. Se mordió los labios para amortiguar su grito y evitar que Magnar se viera obligado a oírlo.

En lugar de eso, sollozó en silencio mientras pateaba las piernas contra la magia que abrasaba su carne.

—La próxima vez que esto ocurra... Cuando venga por ese bebé Mavka, me aseguraré de que lo único que puedas hacer sea gemir cuando me mires.

Unas enredaderas como raíces salieron disparadas del suelo para enredarse alrededor de sus brazos y piernas, sosteniéndola en el aire frente a sus

gruñidos. Se enredaron con fuerza, cortando la circulación en sus extremidades.

Por instinto, intentó volverse incorpórea, pero el chasquido de los huesos de sus antebrazos la hizo gritar. Él no iba a dejar que adoptara esa forma, y ella gimió cuando adelantó la cabeza de echarla hacia atrás para gritar. Se encontró con su mirada.

Le estaba dando tiempo a Magnar.

¿Se arrepentía de su decisión?

Jamás, de todo corazón.

Huir no está bien. Y, sin embargo, Magnar estaba allí, dejando atrás a Delora cuando cada fibra de su ser le exigía que se diera la vuelta para poder protegerla.

Su único agarre sobre Fyodor se tensó*. Le estoy fallando.*

Correr a tres patas ralentizaba su sprint, pero necesitaba mantener a su pequeño contra su pecho. Cuanto más se alejaba de Delora y del olor de su sangre, más se calmaban contra él.

Fyodor se relajó y comenzó a agarrarse contra su pelaje y sus plumas, permitiendo que Magnar se concentrara en los Demonios que lo seguían y que venían de los costados.

Se acercaban rápidamente, y su corazón se aceleró ante los sentimientos abrumadores que lo invadían.

No iba a llegar al recinto antes de que los demonios lo atraparan. Voy demasiado despacio. Había esperado demasiado para abandonar a Delora al terrible destino al que sabía que debía enfrentarse. Sus acciones, su vacilación, iban a ponerlo a él y a Fyodor en peligro.

No. Ella confía en mí.

A pesar de lo que le había dicho al Rey Demonio, de cómo había actuado, de cómo le había hecho daño, ella había huido con Fyodor. Él no sabía qué palabras de ella eran verdades o mentiras, pero ella le había dicho a Magnar que confiaba en él para protegerlo.

Eso era todo lo que necesitaba por ahora.

Justo antes de que pudiera ponerse a salvo, el verde resplandeciente del pabellón iluminando entre las sombras de los árboles, cuatro Demonios se cruzaron con él.

Se detuvo en el suelo y resopló en su dirección. Tres más se acercaron por detrás para rodearlo.

No sé qué hacer, pensó, mientras emitía húmedos resoplidos de esfuerzo por el huesudo agujero de su nariz.

Los Demonios soltaron resoplidos sibilantes, cada uno de un tamaño y forma diferentes. Uno de ellos incluso tenía alas que habían utilizado para llegar hasta él más rápido que los demás, aunque todavía no servían para volar de verdad.

No eran tan grandes como para igualar su tamaño, pero dos eran más grandes que Delora. Eso significaba que eran fuertes.

Quiso levantar la cabeza cuando oyó el crujido de los árboles a lo lejos, que le indicaba que se acercaban más, pero se negó a desviar su atención de los que estaban a su alrededor.

Sujetar a Fyodor con un brazo para luchar le dejaría en desventaja, pero sabía que no podía atravesar a los Demonios sin arriesgarse a que les clavaran las garras a los dos. Podían adherirse a su monstruosa espalda, permitiéndoles el acceso cuando atravesara la sala.

Si Fyodor sufría algún daño, no se lo perdonaría.

Le había fallado a Delora. No le fallaría también a su hijo.

Los ojos rojos se acercaron mientras intentaban disminuir la distancia entre ellos, esperando a ver qué hacía Magnar. Eran inteligentes. Sabían que perderían a menos que lo hicieran estratégicamente. Ya había matado a dos de ellos antes de oír a Delora llamarlo.

Y Magnar apenas tenía un rasguño.

Debo ser inteligente. Eso era un reto en sí mismo. *Debo mantener la calma.*

Sin embargo, Magnar escuchó algo que incitó una terrible rabia en él. Algo que hizo que su pelaje y sus plumas se erizaran hasta casi parecer el doble de su

tamaño. Algo que hizo que su cola temblara de agresividad, y que sus garras y colmillos se sintieran afilados. Algo que hizo que sus propios ojos rojos brillaran más hasta casi cegarlo.

El grito de dolor de Delora atravesó la distancia como una daga afilada y fría directa a su cráneo para perforar la sustancia viscosa de su cerebro. Fue más feroz que cualquier mano invisible que hubiera tratado de inducirlo al frenesí, mucho más brutal, y Magnar soltó el rugido animal más profundo que había dado nunca.

Soltó a Fyodor cuando sintió que se apretaban contra su carne. Su mente se fijó en dónde estaban en su cuerpo para asegurarse de que permanecían con él, antes de que Magnar se lanzara contra los cuatro Demonios que tenía delante.

Uno chilló de miedo antes de que Magnar le pusiera una mano alrededor de la pata trasera cuando intentó retroceder como un cobarde. Magnar lo agarró, giró sobre sí mismo y estampó su cuerpo contra otro Demonio. Luego se encabritó sobre sus patas traseras y volvió a caer con fuerza, atravesando los cuerpos de ambos con sus garras delanteras.

Tiró de ellos, desgarrándolos lateralmente hasta partirlos por la mitad.

Por su culpa, por culpa de Jabez, su hembra sufría. El grito de Delora le hirvió la sangre hasta que pensó que empezaría a hervir a través de su propia carne.

Ella volvería, él lo sabía, pero eso no detuvo la desesperada necesidad de venganza que sentía. Si no fuera por los demonios que lo precedieron, que habían intentado ayudar a Jabez, Magnar podría haber permanecido con ella.

Ella volverá a mí. Giró la cabeza ciento ochenta grados, de modo que estaba mirando por encima de su espalda cuando un Demonio saltó sobre él. *¡Pero no debería haberlo hecho!* Chasqueó los colmillos hacia delante y se cerraron en torno a la cabeza del pequeño Demonio.

Lo aplastó en una explosión de materia cerebral.

Movió el brazo hacia un lado para detener a otro Demonio que había intentado saltar sobre él. Era uno de los Demonios más grandes, el de las alas, y las utilizó para evadir el ataque de Magnar. En lugar de agarrarlo, Magnar consiguió desgarrarle el brazo y la caja torácica por un lado. Se resquebrajaron bajo su fuerza.

Fyodor se aferró a él, sus pequeñas garras perforaron su carne para permanecer aferrado a él, y eso le dio la libertad que necesitaba para saltar en el aire. Por suerte, el olor de su repugnante sangre no le atraía.

Magnar esquivó a dos nuevos Demonios que habían intentado correr hacia él desde ambos lados. Chocaron antes de que aterrizara de nuevo en el suelo, justo encima de ellos.

Les dirigió una risita sombría mientras empezaban a silbar y a aullar.

—Supongo que esto me convertirá en un objetivo para Jabez, —les dijo, clavando sus garras en la cara de uno, cuyo cráneo aplastó y hundió al instante, mientras mordía al otro alrededor de la mandíbula y le arrancaba la cabeza. ***— Pero si vuelve a por mi familia, no dudaré en destruirlo.***

Un Mavka era demasiado rápido para los Demonios en su forma monstruosa. Podían saltar más alto, moverse con rapidez y contorsionar sus cuerpos para evadirse antes de dar un golpe de vuelta que podía ser devastador.

Magnar soltó una risita oscura.

Tal como le había dicho al Cazador de Demonios, los Demonios eran débiles, como los humanos. Por eso ambos tendían a huir de los Mavka.

Un nuevo Demonio entró en la refriega, uno pequeño, y no pasó de su salto antes de que Magnar le diera un manotazo con la palma de la mano y lo lanzara a través de los árboles. Chocó contra la base de un árbol y su cuerpo acabó envolviéndolo hasta que Magnar oyó crujir varios huesos.

Cayó al suelo, sin vida.

Algo afilado, como una espada, le atravesó la espalda. Agarró a Fyodor y lo arrancó de su cuerpo antes de que pudiera hacerse daño cuando saliera por el otro lado.

Magnar se volvió hacia uno de los últimos Demonios.

Había utilizado la afilada punta de su larga cola para atravesarle el cuerpo. Rugió contra el Demonio espinoso, parecido a un lagarto, que entonces bajó la cola para ensanchar la herida. El dolor que sintió Magnar se perdió en su furia.

Llevó a Fyodor de vuelta a la seguridad de su cuerpo. Un Demonio los esquivó por poco cuando saltó por encima de Magnar para apoderarse de la cría que había estado sosteniendo en el aire.

Alargó la mano cuando saltó de nuevo y consiguió agarrarlo por el cuello. Lo pulverizó en su puño. Luego rodeó con la otra mano la punta de la cola serpenteante del Demonio que aún sobresalía por su torso cuando sintió que intentaba escabullirse.

Dejó caer al Demonio muerto y tiró de la cola con ambas manos, acercando lentamente al Demonio con púas a su espalda. Con los ojos muy abiertos, el Demonio se puso a cuatro patas para poder arañar el suelo y escapar. Cuando eso no funcionó, incluso intentó arrancarse su propia cola del cuerpo.

Pero ya era demasiado tarde. Cuando estuvo a su alcance, Magnar giró ligeramente el cuerpo y lanzó un tajo con sus garras, desgarrando la garganta y la mitad de la cara del demonio. La sangre oscura se esparció en todas direcciones. Cayó al suelo con un ruido sordo, aún con vida, pero no por mucho tiempo.

Más Demonios salvajes vendrían y se lo comerían vivo, o se desangraría.

Después de caminar hacia adelante para quitarse la cola de pinchos del cuerpo, lo que hizo que la sangre goteara de su herida y cayera al suelo, Magnar se volvió hacia el último Demonio en pie.

Retrocedió sobre sus dos patas, con el cuerpo cubierto de ropas bien ajustadas. Algunos de los Demonios iban bien vestidos, lo que indicaba que eran como los que había conocido en la Aldea de los Demonios. Tal vez incluso los había visto allí.

Tardó un momento en darse cuenta de que era una hembra y de que una fina cola se enroscaba con emoción mientras le miraba fijamente. Tenía las orejas felinas pegadas a la cabeza.

—Nunca quise formar parte de esto, —susurró, con el torso agitado por una respiración pesada y llena de pánico.

—Y, sin embargo, aquí estás, —respondió él, acercando lentamente las patas y las manos.

—A algunos de nosotros ya no nos interesa participar en nada de esto. —El Demonio felino comenzó a retroceder, su cola se enroscó tan fuerte que formó un anillo en el extremo. —Hemos cambiado. No queremos la guerra, no queremos luchar. Nosotros... algunos de nosotros queremos vivir en armonía con los humanos, aunque eso signifique que tengamos que dejar de comérnoslos.

La cabeza de Magnar se giró en la dirección desde la que oyó un débil grito. Sabía que Delora estaba perdiendo fuerzas contra lo que fuera que Jabez le estaba haciendo.

—Tú eres parte de la razón por la que ella está sufriendo.

—¿Crees que quiero esto? No tuve elección. Si no obedecemos su llamada, nos matará o nos encarcelará o algo peor. —Apretó uno de sus puños mientras sus ojos rojos se inclinaban en una expresión de agonía. —Estos querían estar aquí. —Señaló al suelo donde sus hermanos yacían desgarrados o moribundos. —Pero yo soy una rastreadora experta, una de las mejores. Por eso me llamaron.

—Pero no eres la mejor, —dijo una voz familiar, masculina, desde un lado y arriba.

Ambos giraron la cabeza hacia el Demonio que Magnar había visto demasiadas veces en el último mes. Saltó del árbol sobre el que se arrastraba y aterrizó en el suelo entre ellos, con su cuerpo desfigurado de apariencia humana caminando a cuatro patas.

Magnar le lanzó un gruñido de furia.

El odio que sentía por ese Demonio en particular sacaba a relucir su lado más oscuro.

—Soy más rápida de lo que tú podrías llegar a ser, —le rebatió.

—Seas más rápida o no, —respondió él con desprecio. —*Lucharás* conmigo o nuestro rey tendrá tu cabeza.

Entonces, con una rapidez que incluso sorprendió a Magnar, esprintó hacia él con un silbido chillón. Magnar trató de esquivarlo apretándose contra el suelo, pero el Demonio consiguió agarrarle una de las astas y tiró hacia el cuerpo de Magnar.

Le rasgó la espalda con ambas manos. Magnar trató de esquivarlo, girando el cuello hasta mirar detrás de él, pero el Demonio retrocedió para evitar los múltiples chasquidos de sus colmillos. El Demonio se colocó en un lugar que Magnar no podía alcanzar en su espalda ni siquiera con las manos.

Empezó a *clavarse* en la columna vertebral de Magnar.

Magnar lanzó un aullido y un grito, encabritándose sobre sus patas traseras hasta que golpeó su espalda contra un árbol para aplastarlo. El Demonio esquivó a un lado para permanecer sujeto, volviendo a cavar en el mismo sitio cuando Magnar estuvo de nuevo a cuatro patas.

¡Eso duele! Magnar no conseguía agarrar al Demonio para deshacerse de él, por más que retorcía el cuerpo y estiraba la mano.

Entonces desapareció, y Magnar miró hacia donde había oído un ruido de golpes a un lado.

Demostrando lo rápida que era, la Demonio hembra había placado al macho que lo había estado atacando. Se ganó un tajo en la cara mientras él se agitaba debajo de ella, pero ella se limitó a luchar contra él y le asestó un tajo en la garganta.

Resopló de rodillas sobre él cuando dejó de retorcerse. Ahora que estaba muerto, aunque no fuera por sus propias garras, sintió que su ira disminuía.

Ella me protegió.

Echó la cabeza hacia atrás, sorprendido.

—Mi compañero adora a la hembra del otro Mavka, —carraspeó entre jadeos, sentándose encima del Demonio con los hombros caídos. Miró su cadáver sangrante. —Estaba tan alegre aquella noche después de que ella fuera a su librería. Siempre había querido hablar con una, conocer a las criaturas que habían escrito los libros que tanto ama.

Ladeó la cabeza para mirarle. Había dolor en sus ojos rojos en forma de gato.

—Yo estaba allí cuando ella regresó sólo para decir... hola. Antes de eso, no me importaba la vida de los humanos. No eran más que comida para mí. Pero... ahora entiendo por qué nos hemos convertido en lo que somos, por qué nos esforzamos tanto por imitarlos. Me hace preguntarme si los Elfos también son así. Nos temen porque hemos masacrado a muchos de ellos. No teníamos ni

idea del significado de eso, de cómo perder a uno de los tuyos podía... doler, hasta que empezamos a comernos a los humanos de aquí y comprendimos lo que significaba ser como ellos, sentir como ellos. Hizo falta mucha muerte para que lo descubriéramos, y muchos de nosotros ya no deseamos formar parte de ello.

Magnar había conocido al dueño de la librería gatuna de la que hablaba. Era donde Reia había conseguido su libro de instrucciones para construir la casa y los muebles que había estado fabricando.

Sorprendentemente, el librero macho era mucho más pequeño que ella.

—*¿Por qué me cuentas esto?* —preguntó Magnar, haciéndose a un lado. Se aproximó un poco más a la seguridad de su hijo.

Ella se encogió de hombros mientras subía hasta sus patas traseras felinas.

—Porque lamento que hayamos llegado a esto. Nuestro rey se vuelve más agresivo matando a los Mavka porque el resto de nuestra especie se desarrolla demasiado despacio. Llevamos aquí más de trescientos años, y los Elfos que lo torturaron están muertos. Se impacienta por apoderarse de esa tierra, por acabar con esto de una vez, y vuestra especie matando a la nuestra, algunos de vosotros dando a los humanos guardias de protección para sus ciudades, le enfada. Pero quiero que sepas que algunos de nosotros estamos... cambiando. Un poco más cada día, cada vez que comemos un humano y ganamos humanidad, como los de tu especie.

—*Si eso es lo que realmente sientes... entonces vete,* —concedió Magnar, ladeando el hocico. Puso espacio entre ellos para mostrarle que le permitía marcharse.

Su postura seguía siendo agresiva, mostrando que con gusto iría hasta allí y la despedazaría en un segundo.

Pero no quería odiar. No quería llenarse de ira. Magnar sólo quería vivir en paz con sus amigos y su familia.

Parecía que ella quería lo mismo.

—No puedo, —respondió, adoptando una postura de lucha a medias. —Si huyo, me matará de todos modos, o torturará a mi compañero, que ya no tiene un hueso agresivo en el cuerpo. Sólo quería que supieras, antes de que me mates, que no lo hago por odio, ni porque quiera.

Magnar lanzó un resoplido, antes de que ambos levantaran la cabeza al ver a un Demonio que se acercaba rápidamente.

Tardó un momento en tomar una decisión.

Esprintó en su dirección. Ella le mostró sus verdaderas intenciones cuando no hizo ningún movimiento para atacar. Su postura de combate no era más que una fachada.

Magnar le rodeó el cuello con la mano y apretó con fuerza. Ella jadeó y golpeó el puño y el antebrazo de Magnar.

—*Entonces duerme,* —le exigió, cortando la circulación y su respiración.

Era todo lo que podía hacer por ella.

—Gracias, —se esforzó ella, con la voz baja como un susurro.

Se quedó sin fuerzas.

Magnar la soltó por descuido para retirarse a su recinto de protección, asegurándose de que tanto él como Fyodor estuvieran a salvo de más Demonios.

Apenas tuvo un momento para recuperar el aliento antes de que Jabez se materializara en la zona. Un nuevo Demonio irrumpió en la zona al mismo tiempo y se estrelló contra la protección. Su cuerpo se desplomó con un grito. Magnar supo que no estaba muerto, sólo inconsciente, cuando cayó contra el suelo.

Jabez no hizo más que darle una expresión de aburrimiento antes de mirar la carnicería que yacía a sus pies. Su mirada no cambió. No le entristecía ni le enfurecía la muerte de los suyos a su alrededor.

Fyodor empezó a retorcerse con un chillido ante el olor que emanaba de Jabez. Magnar tuvo que abrazarlo rápidamente mientras una frialdad lo bañaba al ver la sangre, sangre *humana*, que goteaba de sus garras. También estaba untada entre sus colmillos y por su barbilla, mientras gotitas de ella salpicaban su pecho, como si hubiera sido desordenado.

Jabez le dedicó una sonrisa burlona cuando sus orbes destellaron blancos.

—Una de las cosas que más me gustan de ti, Mavka, que te has convertido en humano, es la forma en que reaccionas cada vez que hago daño a uno de ellos, —dijo Jabez con una risita oscura. —A veces vale la pena dejarte escapar sólo para ver cómo tus ojos se vuelven blancos o azules o esas extrañas lágrimas patéticas que lloras. Ese es el coste de la humanidad, sentir pena y pérdida.

—*No eres más que un ser despiadado,* —gruñó Magnar, y su vista volvió a tornarse rojiza.

Jabez enroscó uno de sus dedos índices en dirección a Magnar, incitándolo a acercarse a él. —Vamos, ¿no quieres vengarte de ella?

Magnar quería hacerlo, su ira era igual de intensa y prevalente, pero se quedó donde estaba mientras ahuecaba una mano sobre Fyodor.

Su pequeño era una barrera en muchos sentidos, que le impedía constantemente hacer las muchas cosas que quería hacer.

—No, —mordió Magnar. ***—No soy estúpido.***

Jabez enarcó una ceja sorprendido, sin duda pensando que Magnar ya estaría cargando. Luego se echó a reír.

Magnar ya estaba harto del sonido.

—Al final gritó tu nombre. Magnar, ¿verdad? —Jabez levantó el dorso de la mano y se lamió los nudillos, llevándose la sangre de Delora a la boca. —Fue un poco débil al final, apenas tenía fuerzas, pero fue bastante lastimero. No le gustó cuando empecé a comérmela viva. —Luego levantó el brazo para encogerse de hombros a medias. —Aunque me pregunto si su condición de Fantasma me dará algún tipo de poderes nuevos, por eso no la dejé simplemente para los otros Demonios que vinieron a verla morir. Siempre me emociono cuando consigo magia nueva.

Magnar sabía lo que intentaba hacer. Intentaba llegar al lado más animal y primitivo de Magnar para que atacara tontamente. Le estaba poniendo un cebo.

Sujetó a Fyodor con más firmeza, utilizándolo para anclar en su mente por qué no podía hacerlo. Delora le había suplicado a Magnar que lo protegiera, incluso

a costa de todo esto. No traicionaría eso sólo por una tontería, por ser un Mavka descerebrado.

Cuando Magnar no hizo lo que Jabes quería, el Rey Demonio rugió en su dirección.

—¡Atácame, maldito Mavka inútil!

—¡No!

Magnar retrocedió y golpeó al inconsciente Mavka dentro de su sala - la razón por la que todo esto había comenzado.

Si tan sólo hubiera ido a la casa de Orpheus en su lugar. Nada de esto habría sucedido. Magnar ni siquiera había podido pedir ayuda a Orpheus porque no estaban cerca.

—¡Bien! Tienes suerte de tener esta protección para salvarte por ahora.— Gritó Jabez. —Pero te estaré vigilando, Mavka. Si estás dentro del Velo, siempre podré verte, siempre podré acudir a ti en un abrir y cerrar de ojos. —Mostró sus colmillos a Magnar. —Estoy harto de que los de tu clase utilicéis las cosas que he creado en vuestro beneficio. Si alguno de vosotros vuelve a la Aldea de los Demonios, no vivirá para escapar de ella.

Luego, con un gruñido persistente, Jabez desapareció.

Dejó atrás el desorden que Magnar había creado, al igual que los de su propia especie y sus muertes eran insignificantes para los grandes esquemas de sus planes.

Todo quedó en silencio, excepto por los gemidos de los Demonios restantes que aún esperaban la muerte y el que había llegado y comenzado a devorar a los de su propia especie.

Al cabo de unos instantes, Magnar cayó sobre sus rodillas, agotado y exhausto.

Estaba herido, y su mente y su corazón le dolían terriblemente.

Esto era demasiado para él. Nunca había esperado vivir algo así, y nada de lo que había aprendido lo había preparado para tales acontecimientos. Nada.

—*Delora,* —se quejó con un grito agudo, como de zorro.

CAPITULO 43

Magnar no supo cuánto tiempo estuvo sentado en el suelo, esperando. Había visto a la gata Demonio levantarse sobre sus patas traseras y marcharse en algún momento mientras él permanecía sobre sus rodillas.

No sabía si estaba esperando a que Delora volviera con él, a que el Mavka que estaba a su lado se despertara o a que los Demonios terminaran de comerse a los de su propia especie.

No fue ninguna de esas cosas lo que ocurrió primero.

Una figura transparente entró en su recinto protector desde un lateral, y Magnar levantó la cabeza en dirección a la Lechuza Hechicera.

Una vez dentro, se volvió física, pero Magnar percibió el fuerte y dulce olor de un aroma que la ocultaba. Su vestido blanco cubierto de plumas estaba empapado de sangre roja y tenía barro en los brazos y las piernas.

Sus pequeños pies descalzos golpeaban el suelo mientras se acercaba con los ojos inclinados.

Tenía la mitad de la cara desgarrada por profundas marcas de garras, la carne abierta e hinchada para revelar el blanco de los pómulos. La garganta no había

sido alcanzada por poco, pero le habían desgarrado el hombro, el costado y la pantorrilla izquierda, por lo que cojeaba.

No quería que el Mavka se despertara e intentara comérsela, pensó, ya que su aroma era tan fuerte que ocultaba el olor de su propia sangre.

Magnar no le prestó atención y se arrodilló junto al Mavka inconsciente.

—Lo siento mucho, —sollozó ella, colocando el cráneo roto en su regazo. Apretó la frente contra la suya. —Siento mucho haberte dejado para que lucharas solo. Por favor, perdóname.

No pudo evitar mirarla, sintiendo una compasión abrumadora por ella. Él tenía su propio hijo. Entendía por qué ella estaba disgustada al ver a su hijo herido.

Esto era algo que él era capaz de entender por sí mismo, no necesitaba que nadie se lo enseñara. Con una de sus manos aún tendida sobre ellos, Magnar aferró a Fyodor más cerca. Fyodor le devolvió el abrazo.

—Estás herido. —Él levantó la mano para poder agarrarle el brazo. —Deja que te ayude.

Ella levantó la cabeza para poder fruncir el ceño en su dirección. Luego miró hacia abajo para ver que sus heridas se desvanecían.

Su respiración exhalada rechinaba por sus heridas recién adquiridas, pero no emitió ningún otro sonido de incomodidad. Esto era poco para él. La herida que tenía en el pecho por la cola del Demonio era mucho más dolorosa, le dolía cada vez que respiraba. El agujero que le habían hecho en la espalda también era insoportable. Unos pequeños más no eran nada en comparación.

—No tenías que hacer eso por mí, —dijo mientras sus cejas se tensaban, como si no entendiera por qué él haría esto por ella. —Me habría curado sola con el tiempo, con las hierbas y medicinas adecuadas, o cuando volviera a casa para que me curara tu padre.

—Está bien, —respondió, volviéndose para mirar al Mavka herido. —¿Dejaste que lo atacaran?

Sus ojos castaño oscuro se volvieron vidriosos y rojos, pero no brotaron lágrimas, como si las controlara con su voluntad.

—Tuve que hacerlo, —susurró ella, mirándole también a él. —Por favor. Por favor, que funcione.

Sus manos empezaron a llenarse de arena negra mientras sujetaba su cráneo agrietado, apretándolo con fuerza hasta el punto de que temblaba, y las yemas de sus oscuros dedos palidecieron. La arena negra y brillante trató de invadir la grieta de su cráneo, pero no hizo más que detener la hemorragia y curar sus otras heridas.

¿No puede curarse ella así? Por otra parte, había sido similar a la magia que curó sus propias heridas. Tal vez sólo funcionaba con los Mavka.

El hechizo que estaba haciendo se disipó mientras sus hombros se desplomaban. Apretó la frente entre sus cuernos de carnero.

—Maldita sea. Lo sabía. No sirve de nada una vez que los de tu clase se dañan el cráneo.

Justo cuando Magnar estaba a punto de preguntarle por qué se había retirado en lugar de quedarse a ayudarle, teniendo en cuenta que era una Fantasma y podía volver a la vida, algo se movió bajo la capa de plumas que llevaba.

De repente, una cabecita negra asomó por donde la base de la capucha le rodeaba el cuello. Pequeño y sin vista, Magnar pensó que tenía el mismo aspecto que Fyodor antes de que obtuvieran su cráneo de conejo.

—¿Hay más de nosotros? —preguntó Magnar con incredulidad.

Nunca había sabido que llevaba crías a la espalda, ocultas bajo su capa.

Un bulto comenzó a levantarse, un segundo joven más bajo en su espalda, antes de que simplemente reacomodaran su posición. Volvieron a tumbarse y pasaron completamente desapercibidos.

—Cuando quiera que cree más, debo obedecer, —dijo la Lechuza Hechicera con un suspiro, recostándose sobre los tobillos para mirar los árboles que había sobre ellos. Magnar pensó que podría estar hablando del espíritu del vacío, su padre creador. —Por eso soy suya, para hacer esto, para que haya más de tu especie. Al principio sólo lo toleraba para poder vivir sin fin con la magia que me otorgaba a cambio, pero... todos os estáis volviendo muy especiales. Cuanto más crecéis, os hacéis más fuertes y adquirís más humanidad, más me doy cuenta de que sois maravillosos. —Entonces, una única lágrima recorrió su mejilla mientras sus labios temblaban. —Pero no puedo hacerlo. No puedo protegeros a todos al mismo tiempo. Soy una persona intentando protegeros de alguien que tiene un ejército literal.

Dio una palmada y empezó a formarse más arena negra. Dio una palmada al aire cuando las lanzó hacia delante.

Cuatro círculos en espiral comenzaron a aparecer, cada uno mostrando una imagen de seis Duskwalkers.

Uno era de Magnar y el Mavka de cuernos de carnero en la zona en la que se encontraban. Un segundo círculo mostraba a Mavka con cuernos de toro caminando por un bosque que no parecía ser el Velo: los árboles eran diferentes. Un tercer círculo mostraba a dos Mavka en sus formas más monstruosas que parecían estar luchando entre sí o jugando, teniendo en cuenta que ninguno de los dos había llegado a asestar un golpe dañino.

Y finalmente, el último círculo mostraba a Orpheus y Reia. Reia era incorpórea y flotaba junto a Orpheus, que estaba en su forma monstruosa. Corría a cuatro patas, con objetos atados a su cuerpo mientras los Demonios los perseguían.

¿Jabez ordenó que los atacaran?

—¿Cómo se supone que voy a hacer esto yo sola? —La Lechuza Hechicera volvió la cara hacia él, sus apretados rizos castaños rebotando alrededor de su cabeza. —Sólo puedo volar tan rápido con mi hechizo de lechuza. No puedo estar aquí y allí al mismo tiempo. No puedo luchar hasta mi propia muerte cuando sé que eso dejará a estos dos solos en el Velo para que los maten.

Levantó la mano para acariciar con la palma los orificios nasales del joven que aún asomaba la cabeza por su capa.

Magnar permaneció en silencio. No tenía la respuesta que ella buscaba.

Cuando él no dijo nada, ella bajó la mirada a su regazo y acarició la calavera que yacía sobre él.

—Deberíais marcharos todos de aquí. Jabez no puede ver más allá del Velo con su magia, no con claridad, al menos por lo que sé. Es mejor arriesgarse con los humanos que quedarse aquí.

—No hay lugar en el mundo para un Mavka, —respondió Magnar, que conocía esta verdad desde hacía mucho tiempo.

Lo había sabido cuando el único lugar seguro había sido su cueva, situada en la frontera entre el mundo de la superficie que pertenecía a los humanos y el bosque que pertenecía a los Demonios. Los Mavka estaban atrapados en medio.

—No pertenecemos aquí, ni a la superficie. Debemos aguantar y proteger lo que tenemos.

—Pero si...

—Ya no quiero matar humanos innecesariamente, —interrumpió Magnar con una pesadez que le pesaba en el pecho. —Sólo lo suficiente para ganar humanidad y poder comprender a mi novia. Eso es todo lo que me importa. Si vamos a la superficie, vendrán a por nosotros con sus espadas y Cazadores de Demonios. Sólo nos ven como la muerte, así que seamos la muerte para los Demonios.

No estaremos a salvo vayamos donde vayamos. No hay lugar para nosotros en este mundo. Magnar levantó el hocico para poder mirar a través de las hojas y ver el tono morado y anaranjado del crepúsculo, un momento tanto de luz como de oscuridad.

—Acabo de poner mi protección, —continuó. —Sólo hay un lugar en el mundo para mí, y es donde Delora está más segura. Y ella está más segura bajo mi magia.

Una pequeña brisa agitó tanto el pelaje y las plumas de él como el pelo y la capa de ella, y el silencio resonó entre ellos mientras ambos pensaban en sus palabras. La verdad resonó en el silencio, y hoy Magnar comprendió cuál era su lugar en este mundo cruel y oscuro.

Él era *otro*. Una criatura que vivía en ambos mundos, pero también en ninguno. Una criatura del alba, del crepúsculo, de la noche y del día, que era capaz tanto de vivir como de morir, y que tenía la capacidad de existir entre ambos. Una criatura que podía ir a cualquier parte, y si el espíritu del vacío le concedía el acceso, a ninguna parte.

Los Mavka -Duskwalkers- eran el limbo.

Sólo había un lugar al que sentía que pertenecía, y en ese momento lo sentía como un agujero desolado en el pecho. Puede que él fuera el ancla viviente de Delora, pero ella también era ahora su razón de ser, y le preocupaba que ella realmente no lo quisiera.

Su vista se volvió de un profundo azul cuando bajó la mirada hacia Fyodor. Ella había hecho todo lo que estaba en su mano para salvar a su hijo, de eso estaba seguro. Ella se preocupaba por su hijo, lo había hecho desde el momento en que empezó a llevarlo, pero... ahora él no estaba seguro de si ella también compartía esos sentimientos por él.

Ella le dijo a Jabez que no tenía elección. Él siempre lo había sabido, pero pensó que todo estaba bien cuando ella le aseguró que estaba contenta de

haber tomado este camino con él. *¿Mentía porque no había otra opción que aceptarme?*

¿Por qué eso tenía que hacerle sentir como un monstruo más feo que antes?

Sin ella... no tendré nada.

—¿Te parece bien que se quede aquí contigo hasta que despierte?, —preguntó en voz baja la Lechuza Hechicera, sacando a Magnar de sus tristes pensamientos. —¿Lo mantendrás a salvo por mí?

—Sí.

—Entonces debo marcharme. Ahora que me has curado, debo ayudar a Orpheus y Reia tanto como pueda.

La Lechuza Hechicera colocó suavemente el cráneo de Mavka con cuernos de carnero en el suelo y se quedó mirándolo durante un largo rato.

No me había dado cuenta de que se preocupaba tanto por nosotros. Aunque hacía poco que había pasado por una terrible batalla, no estaba dispuesta a descansar cuando más de sus hijos estaban en peligro.

Se dio la vuelta, se cubrió la cabeza con su capucha de plumas y empezó a transformarse en una lechuza blanca de tamaño humano. Antes de perderla de vista, alzó el vuelo, escabulléndose entre los árboles antes de que él la viera elevarse en picado, como si planease sobrevolar el Velo.

No se despidió.

Fyodor levantó el cráneo y olfateó el aire como hacía a menudo, pero el olor ausente de Delora le hizo gimotear. Se acurrucaron en Magnar de forma reconfortante.

La aprensión crecía en su interior.

Su corazón se aceleraba con cada minuto que pasaba solo, esperando su regreso mientras lo temía profundamente.

Estoy cansado... y me duele todo.

Se quedó con el Mavka para velar por él. No supo cuánto tiempo pasó, ¿un minuto? ¿Una hora? Pero finalmente, una figura transparente apareció justo al lado. Delora yacía en el suelo hecha un ovillo, momentáneamente inconsciente, como si estuviera dormida.

Delora se agitó. En cuanto abrió los ojos, soltó un grito ahogado y se apresuró a mirar a su alrededor. Sus ojos se abrieron de par en par cuando se fijaron en él, se volvió físicamente y se puso en pie.

Estuvo a punto de tropezar y tuvo que sujetarse con una mano contra el suelo.

Magnar no se inmutó cuando ella estaba frente a él, extendiendo la mano hacia Fyodor. Ella no pareció darse cuenta mientras bajaba la mirada y le acariciaba el cráneo con ambas manos. El alivio hundió los hombros de ella al instante.

Fyodor emitió un chillido alegre y le acarició el hocico con las manos.

—Gracias, —dijo ella con una sonrisa, sus ojos marrones centelleando con lágrimas pero también con aprecio hacia él. —Sabía que podías hacerlo. Sabía que lo protegerías.

A Magnar se le erizó la piel con su cercanía. El corazón le palpitó en el pecho de un modo salvajemente desagradable.

Justo cuando empezaba a entregarle a Fyodor para que se alejara de su presencia, Delora se levantó de un salto y le rodeó el grueso cuello con los brazos. Lo apretó mientras hundía la cara en sus largas plumas.

—Lo siento mucho, Magnar. Sé que debes estar confuso.

Apretando más fuerte, trató de no gemir cuando ella presionó contra sus heridas abiertas. Afortunadamente, ella estaba completamente ilesa.

—Tenía que decir esas cosas, tenía que conseguir que confiara en mí para poder coger a Fyodor. Si hacía parecer que te odiaba, que odiaba estar aquí, que podía entrenar a Fyodor como a una mascota, entonces podría rescatarlo. —Soltó una carcajada, una cargada de humor pero que también sonaba oscura. —Intenté ser como esa mujer de la que me hablaron Reia y Orpheus, Katerina o como se llamara. Pensé que, si se la llevó porque quería escapar, entonces intentaría llevarme a mí también.

La tensión en su cuerpo no disminuyó.

Cuando su agarre de Fyodor se hizo más fuerte, como si ya no quisiera soltar a la única criatura que sabía que quería estar a su lado, Delora desplegó los brazos alrededor de su cuello.

Fue recibida por el resplandor azul oscuro de sus orbes; sus dudas persistentes se negaban a disiparse.

Delora ahuecó el extremo de su hocico con ambas manos para asegurarse de que le sostenía la mirada, mirándole directamente sin un ápice de vacilación

en su expresión. Por el contrario, sus cejas estaban fruncidas por la determinación y sus labios apretados.

—Quiero estar aquí contigo, Magnar. Eres tan inteligente, divertido y encantador.

—Dijiste que no te daba elección, —replicó Magnar, con el estómago revuelto. —Y ya te he dicho que lo sabía.

Intentó desviar el cráneo hacia un lado. Ella se mantuvo firme, inclinándose hacia donde él había ido para seguirlo cuando no pudo vencer su fuerza. Ella no iba a dejarle apartar la mirada.

—Y ya te he dicho que te agradezco que no lo hicieras. —Delora le acarició el hocico con la palma de la mano. —Por favor, créeme. Te llamé porque sabía que serías lo bastante valiente y fuerte para proteger a Fyodor cuando yo no podía. Sabía lo que hacía cuando te dije que me dejaras atrás, Magnar. Que lo más probable era que me hicieran daño, y dejé que lo hiciera para poder darte tiempo.

Un dolor dolorosamente tierno irradió por su pecho.

—¿Qué hizo?

No sabía por qué lo preguntaba. No quería saber la verdad.

—No importa, —dijo ella suavemente con una sonrisa amarga. —Sólo quería darte tiempo. —Cuando él no dijo nada, sus cejas se fruncieron con fuerza. Él pudo ver la incertidumbre en su expresión. —Siempre volveré a ti, pero eso no significa que tenga que quedarme aquí contigo.

Ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Si realmente no quisiera estar aquí, si lo odiara tanto, podría vagar por el Velo. Claro que volvería contigo, pero podría volver a empezar cada día.

Su agarre se aflojó en Fyodor, nunca había pensado en esta opción para ella. Podría haberme dejado. Habría sido como un fantasma viajando por el bosque sombrío.

—Pero nunca he querido. Incluso al principio, cuando ya no quería vivir, me reconfortaba estar a tu lado.

¿Incluso desde el principio? No estaba seguro de si decía la verdad o no, pero Magnar quería creerla con cada fibra de su ser. Su solitario corazón lo pedía desesperadamente.

—Entonces, ¿por qué hiciste esto? —preguntó Magnar, con el azul de sus orbes negándose a abandonar su mirada. —Dices que no había otra opción, pero esto podría haberse evitado si le hubiera dado al Mavka.

Magnar lo señaló a su lado.

Un calor comenzó a crecer en sus entrañas, ayudándole a deshacerse de la fría tristeza que había estado experimentando.

—¿Lo hiciste... por mí?

—Sí, —respondió ella con severidad, con los ojos fijos en él.

No vio ni una pizca de duda en su mirada.

—De lo contrario, podría haberme quedado ahí sin hacer nada. Tenía una opción y la tomé, aunque me doliera un montón. —Luego se rascó la nuca y se echó a reír. —Mi plan original era volver corriendo hacia ti, pero en lugar de eso corrí hacia el bosque como una idiota.

El verde irrumpió en su visión mientras se reía entre dientes, las palabras y la risa de ella sustituyendo su dolor. La rodeó con el brazo para acercarla en un abrazo que ella agradeció de inmediato.

—No te llames así, mi pequeño cuervo. Siempre has sido inteligente.

—¡Eso no es cierto!, —chilló ella, pero le rodeó el cuello con los brazos, y esta vez él lo aceptó de pleno, contento de que ella quisiera corresponder a su abrazo. —Tengo mis momentos, Magnar.

Los latidos del corazón de Delora revolotearon por su pecho y se irradiaron a través de él. Magnar se concentró en él, necesitando saber que ella estaba a salvo y viva, y que quería estar con él lo suficiente como para dejarse arrullar por él.

—Porque pude ver que no querías, —respondió ella, sentándose sobre su cadera como si estuviera cansada de llegar hasta él. Él estaba seguro de que estaba agotada. —Y yo tampoco quería que lo hicieras. No se merece morir por culpa de ese imbécil. No podía quedarme de brazos cruzados y ver cómo entregabas a tu propio hermano para proteger a Fyodor. Yo... Yo no quería hacer nada como siempre hago. Me has protegido una y otra vez. Era mi turno de hacer ese sacrificio para que no tuvieras que soportar el dolor de perder a Fyodor o a él. Yo era la única que podía correr ese riesgo sin consecuencias duraderas.

Él me ha perdonado.

Delora abrazó a Magnar con más fuerza. Se negaba a insistir en lo que acababa de sucederle, se negaba a reconocerlo.

Ya se había enfrentado a muchas cosas, y no quería que el recuerdo de su agonía con el Rey Demonio formara parte de ella. Se negó. Ella, Magnar y Fyodor estaban a salvo. Ese había sido su objetivo, y eso era todo lo que quería recordar.

Todo va bien.

Un movimiento repentino hizo que Delora jadeara e instintivamente se empujara hacia el costado de Magnar. Sin embargo, también se apresuró a agarrar a Fyodor, negándose a cometer el mismo error dos veces. Con otras personas a su alrededor en las que no confiaba, Delora nunca dejaría a Fyodor fuera de sus brazos - no es que alguna vez cumpliera.

Magnar adoptó una postura protectora empujando el otro lado de su cuerpo hacia delante, ocultándola un poco cuando el Duskwalker con cuernos de carnero se precipitó a cuatro patas en una ráfaga de movimiento.

Su ropa se hundió bajo su piel a medida que se volvía más monstruoso, sus púas de lagarto se hacían más grandes y amenazadoras desde la espalda y los brazos. Resopló mientras retrocedía un paso para alejarse de ellos, antes de levantar una mano para tocarse el cráneo agrietado de felino.

El quejido gatuno que emitió la heló hasta el punto de que los escalofríos recorrieron su carne como una ola. El Duskwalker empezó a sacudir la cabeza de un lado a otro, con los ojos tan blancos que parecían vacíos.

Luego empezó a revisar su cuerpo en busca de sus otras heridas, que de algún modo habían desaparecido. Delora miró a Magnar en busca de respuestas, ya que sabía que este Duskwalker había sufrido heridas graves con anterioridad.

—*¿Ha pasado un día?,* —preguntó a Magnar, lento con sus palabras.

Magnar sacudió su huesuda cabeza. —No. La Lechuza Hechicera vino e intentó curarte de tus heridas y la grieta en el cráneo. No pudo.

Debía de ser por eso que se había despertado ahora, teniendo en cuenta que ella pensaba que llevaría mucho tiempo dormido. También notó que el cielo se oscurecía. Había parecido más brillante cuando había sido devorada por el Rey Demonio. Delora se estremeció.

—*No,* —musitó con voz desgarradora y tranquila.

Volvió a dar zarpazos en la grieta, con la cara apuntando hacia un lado, antes de bajar al suelo, mientras asimilaba aquella información. Su situación.

—Si ella no podía curarte...— Magnar comenzó.

—*Entonces no se puede hacer nada.*

Sus orbes comenzaron a elevarse con un pálido color azul, como si el miedo y la tristeza fueran demasiado fuertes en su interior como para tener prioridad.

Durante un largo rato, se quedó mirando a la nada.

Sus brazos empezaron a resbalar hacia el suelo, la parte posterior de sus nudillos blancos se apoyó en la tierra mientras sus hombros se desplomaban. Era como ver a alguien que se daba cuenta de que no podía hacer nada para evitar su propia muerte e intentaba aceptarlo.

El Duskwalker empezó a volver a la normalidad. Su ropa se levantaba a través de su carne, la parte inferior de los pantalones hecha jirones, pero por lo demás estaba casi intacta. Su camisa, sin embargo, estaba cubierta de múltiples marcas de garras.

Tiene un aspecto terrible. Debe de haberse enfrentado a muchas cosas.

—Gracias, —murmuró antes de girar lentamente la cabeza hacia ellos. —Por protegerme. Por no entregarme al Rey Demonio. Y gracias por dejarme descansar aquí.

—¿Cuánto tiempo llevas huyendo? —preguntó Delora, apretándose contra Magnar por si vocalizar que estaba allí era una pésima idea.

—Dos días. —Magnar torció la cabeza, pero no hizo ademán de acercarse. —Veo que tienes una humana que te ha entregado su alma. Siento si os he puesto en peligro a ti y a tu novia.

Se rodeó el hocico con la mano, pensativo, y sus orbes destellaban un naranja muy parecido al de Magnar cuando se sentía culpable.

A pesar de sus problemas y del futuro que ella sabía que debía afrontar, una chispa amarilla brilló en sus orbes mientras olfateaba el aire en su dirección. Se acercó un poco más y le señaló el regazo con la mano.

—¿Qué es esto? ¿Un bebé Mavka?

Magnar levantó la mano para proteger a Fyodor. —Es mi cría.

El Duskwalker ladeó la cabeza hacia Magnar. —¿*Tu* cría? No podemos reproducirnos con los humanos, es imposible. Somos diferentes.

—Ahora es una Fantasma.

Su cabeza se dirigió hacia el alma parcialmente ennegrecida de Delora, sujeta a la cornamenta de Magnar.

—Ya veo, —dijo pensativo, subiendo la mano para frotarse el mentón de la mandíbula felina. —Así que eso es lo que pasa cuando obtenemos el alma de un humano. ¿Los cambiamos, los hacemos más parecidos a nosotros? No es que vaya a experimentarlo ahora.

Delora tardó un momento en darse cuenta, pero este Duskwalker era más inteligente de lo que ella pensaba. Se parecía más a Orpheus, que ya lo sabía y lo comprendía todo.

Soltó una risita tan oscura y sin humor que casi sonó a locura, como un loco riéndose de la pared.

—Al menos pude aprender una cosa más sobre el mundo antes de abandonarlo, joder.

Delora no pudo evitar morderse el labio inferior, deseando que hubiera algo que pudiera decir para tranquilizarlo.

No hay nada que le haga sentirse mejor. Nadie en el mundo podría haber consolado a Delora cuando la arrastraron al Velo para deshacerse de ella. *Sé lo que se siente al saber que tu propia muerte se acerca.*

Quiso acercarse a él, una parte de ella quiso abrazarlo en señal de disculpa, pero no lo hizo. En su lugar, levantó a Fyodor en brazos en su dirección, viendo que no corría peligro.

—¿Te... te gustaría quizás conocerlos? Si eres el hermano de Magnar, eso técnicamente lo convierte en tu sobrina o sobrino, dependiendo de qué género de humano se coman primero.

—Ah, entonces...— se rió, esta vez un poco más cálidamente. —Sabes que la Lechuza Hechicera es nuestra madre.

—¿Ya lo sabíais? —preguntó Magnar, con sus orbes reflejando el amarillo.

—Recordaba su olor de cuando era pequeño. Siempre estaba ahí, y recordaba su sensación cuando me aferraba a ella, recordaba su olor, su voz. —Levantó la cabeza en el aire, sus movimientos lentos pero calculados. —Tal vez sea porque me ha abrazado varias veces después de salvarme. El Rey Demonio siempre viene a por mí, por alguna razón. Puede que sea porque siempre estoy en el anillo interior del Velo, hablando con los Demonios que allí residen.

Las cejas de Delora se fruncieron profundamente. —Entonces, ¿por qué vas allí?

—Porque era mejor que estar solo en mi cueva, —afirmó con firmeza. Luego bajó la cabeza hacia ella y asintió. —Sí. Si te parece bien, me gustaría conocer a tu cría, ya que nunca podré experimentar la mía. Siempre he sentido curiosidad por los humanos y sus familias.

Liberándose del agarre de Magnar, que no se atrevía a soltarla, ella y el Duskwalker se acercaron el uno al otro. Se encontraron en el centro, y ella colocó a Fyodor ligeramente sentado frente a él.

—¿Puedo tocarlo?, —preguntó, pareciendo percibir que se trataba de algo sensible e íntimo lo que estaba haciendo.

También miró a Magnar para asegurarse de que lo aceptaba.

Magnar, de algún modo, en el fondo de su humanidad obtenida, comprendía la importancia de todo lo que estaba ocurriendo. Asintió mientras se acercaba y rodeaba la espalda de Delora con el brazo para abrazarla.

El Duskwalker con cuernos de carnero puso suavemente la mano sobre el cráneo de Fyodor y lo acarició. Fyodor olisqueó la gran palma de su mano, pero no se enfureció ni dudó, tal vez porque se habían acostumbrado a él mientras estaba inconsciente.

Los ojos del Duskwalker se volvieron de un amarillo brillante mientras separaba las mandíbulas.

—Asombroso, absolutamente asombroso. Así que este es nuestro aspecto antes de obtener los cuernos y la vista. Nunca habría pensado que fuéramos tan pequeños e indefensos. —Fyodor levantó su mano y la enroscó alrededor de uno de sus grandes dedos. —Incluso nuestras garras son más blandas de jóvenes.

Vaya... pensó ella, mirándolo a través de las pestañas. *Es tan diferente a Magnar y Orpheus*. Es tan amable.

Aunque ambos eran amables, Orpheus era mucho más distante con Delora, y Magnar aún estaba aprendiendo tanto que a menudo parecía torpe y fuera de lugar. Este Duskwalker parecía encajar perfectamente con ellos, sin mostrar ninguna vacilación ni rudeza, incluso a pesar de su oscura situación.

Casi parece que esté hablando con un humano.

¿Significa eso que es mayor que ellos? O, al menos, más desarrollado. *¿O simplemente ha viajado más?* Orpheus, por lo que ella sabía, había pasado los últimos doscientos años afligido e intentando encontrar a una humana hasta que encontró a Reia.

Magnar apenas había salido del Velo o de su cueva hasta hacía poco.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Magnar, observando al Duskwalker inspeccionar a su hijo.

Como si intentara distraerse, el Duskwalker suspiró y retiró la mano. Sus orbes se calmaron en su tono amarillo, asentándose, y Delora se preguntó si ése era su color natural.

—Creo que... Voy a dejar el Velo.

—¿Ir a la superficie? —preguntó Delora mientras giraba a Fyodor en sus brazos para que pudieran estar abrazados.

—Sí. —Levantó la mano y se tocó la grieta que recorría su cráneo. —No sé si moriré. Quizá si tengo cuidado pueda escapar de la muerte. Pero si permanezco en el Velo donde el Rey Demonio vendrá a por mí, entonces no tendré ninguna oportunidad.

—Aunque hay Cazadores de Demonios, —le recordó Magnar.

—Eso está bien. Es fácil eludirlos. También... hay alguien a quien me gustaría ver si voy a morir.

—¿Mayumi? —preguntó Magnar, inclinando ligeramente la cabeza.

Los orbes del Duskwalker se tiñeron de rosa rojizo.

—¿Cómo...?

—Dijiste ese nombre justo antes de desmayarte.

—¿Es una mujer? —Delora esperaba que su indiscreción no hiciera parecer que se estaba extralimitando.

El Duskwalker se rascó torpemente la nuca. Sus púas de lagarto se tambaleaban detrás de la cabeza cuando la piel se estiraba y se movía.

—Ella no es nadie. No sabe que existo. —Luego llevó la mano hacia delante para mirarse las garras. —Estoy seguro de que si lo supiera, ya habría intentado matarme.

Delora frunció las cejas. —¿Qué se supone que significa eso?

—Nada, —se rió, acercándose para golpear con la punta de una garra la nuca de Fyodor. —Gracias por dejarme conocer a tu cría. Y gracias de nuevo por permitirme descansar aquí.

Delora agradeció que Magnar no mencionara que casi lo había entregado al Rey Demonio. Y estaba aún más segura de que, a pesar del horrible dolor que

había experimentado al sacrificarse, había valido la pena después de hablar con él.

No quería mencionar que le había salvado la vida, no era necesario. No quería sembrar la desconfianza entre él y Magnar, y tampoco lo hizo por gratitud.

Todos merecen vivir. Desde el fondo de su corazón, lo sabía. Sabía que no eran monstruos, sino algo mucho más tierno.

—¿Ya te vas? —Preguntó Magnar cuando comenzó a ponerse de pie, siguiéndole la corriente poniéndose de pie.

Delora también se puso de pie, ya que no quería estar rodeada de Duskwalkers gigantes, que habrían parecido aún más intimidantes si hubiera permanecido arrodillada en el suelo. Dejó que Fyodor se moviera alrededor de sus pies, pero no los perdió de vista, ya que aún estaban cerca de la frontera.

—No veo sentido en quedarme, y estoy seguro de que me quieres fuera de tu territorio.

Magnar se rascó torpemente la punta del hocico con la misma punta de una garra. —No me importa que te quedes un rato más. Parece que sabes mucho, y me gustaría hablar contigo para aprender lo que sabes.

—Debo admitirlo, —dijo el Duskwalker alegremente. —La última vez que te vi, estabas bastante poco desarrollado. Parecías haber ganado mucha humanidad recientemente. Sin embargo, por mucho que agradezca la oferta, me preocupa que mi tiempo en este mundo sea ahora limitado, y no quiero pasar mi tiempo en el más allá con remordimientos. Hay alguien a quien me gustaría proteger,

aunque no sepa que estoy allí. Si puedo pasar el resto de mi tiempo haciendo esto, entonces eso es lo que me gustaría hacer.

—Bueno...— empezó Delora mientras arrastraba los ojos por su ropa desgarrada. —Al menos déjanos darte ropa nueva. Magnar consiguió algunas más hace poco en la Aldea de los Demonios.

—¿Magnar?, —dijo, ladeando la cabeza en su dirección. —¿Te dieron un nombre apropiado?

Magnar rodeó con su mano grande y tranquilizadora la nuca y los hombros de Delora. —Ella me lo dio. Significa que soy su protector.

Una pequeña sonrisa levantó la comisura de sus labios.

—Si vamos a compartir nombres, puedes llamarme Gatito.

¿Gatito? Ella miró por encima de su cráneo felino con una de sus cejas levantadas. Supongo que hace juego con su cara, pero no es un nombre que se le pondría a alguien*. ¿Quizá se puso él mismo el nombre?*

Esa era una forma de tener un nombre, supuso.

—Y si me ofreces ropa, ¿podría molestarte también por una capa nueva? La mía me la arrancaron y preferiría llevar una si voy a viajar por la superficie.

—Claro, —dijo Magnar, al tiempo que Delora asentía.

Hoy ha sido un día muy largo. Aún no había terminado, el sol seguía poniéndose, y ella quería irse a la cama.

Todos comenzaron entonces a caminar de regreso a la casa. Gatito se sorprendió al verlo, y se entretuvo un poco más para inspeccionarlo con curiosidad.

CAPITULO 44

—¡Lo he arreglado! —chilló Delora, saliendo corriendo de la casa con Fyodor persiguiéndole los talones. —¡Magnar! Mira, ¡lo he arreglado!

Tras adentrarse en el bosque, Magnar apareció corriendo entre los árboles. Lo más probable es que hubiera estado talando más árboles para hacer la valla del recinto o consiguiendo madera para la chimenea.

—Me has asustado, —dijo Magnar al llegar junto a ella, de pie junto al porche. —Cuando te oí gritar, pensé que había pasado algo.

—Oh, perdona, —rió ella torpemente, antes de levantar las manos para mostrárselas. —He arreglado la caja de música, ¿ves?

Señaló la parte superior de la misma. —Pero la has roto aún más.

La caja estaba ahora permanentemente desbloqueada, y ella abrió la tapa para revelar el interior. Había un pequeño carrusel de metal con tres caballos, junto a la base de la caja de música que había destruido para llegar al cilindro y al peine musical.

Utilizaría una de las herramientas metálicas de Magnar que usaba de vez en cuando para hacer clavos de martillo para cortar la palanca de la cerradura y poder darle cuerda con los dedos.

—No, toma. Te lo enseñaré.

Hundió la punta de los dedos en el agujero de tamaño decente que había hecho y empezó a girar la palanca. El peine de metal se movió ligeramente cuando ella lo golpeó para hacer un ruido tintineante.

Una vez enrollado al máximo, lo soltó y empezó a sonar una suave melodía.

Los orbes de Magnar se transformaron en amarillo brillante mientras su cabeza se movía y se ladeaba a cada nota que sonaba, haciendo que de él saliera un sonido de huesos crujiendo. Se lo quitó de las manos con cuidado y lo levantó a un lado de la cabeza.

—Nunca había oído nada parecido, —afirmó con asombro en la voz. —Me gusta mucho.

—¿De verdad? —Ella no pudo contener la sonrisa que se dibujó en sus labios.

La canción dejó de sonar.

Él se la dio mientras le preguntaba: —¿Podrías volver a tocarla?

Ella giró la palanca. Cuando sus orbes se ennegrecieron como si hubiera cerrado la vista, Delora se dio cuenta de que estaba disfrutando tanto del sonido de la música que la saboreaba.

Una emoción, tierna y desgarradora, burbujeó en su pecho.

Le agarró de la mano, haciéndole trastabillar de la impresión cuando le arrastró hacia atrás. Una vez que la música dejó de sonar, ella giró la palanca y lo colocó en el escalón inferior del porche.

—¿Qué haces?, —preguntó él cuando ella colocó una de sus grandes palmas sobre su costado hasta casi abarcar toda su anchura, antes de agarrar la otra con la suya.

Le puso la mano en el bíceps mientras empezaba a balancearlas.

—Se llama bailar, —dijo en voz baja, procurando que la música sonara más fuerte que su voz. —Los humanos a veces lo hacemos juntos. Se llama vals. Es un baile que los amantes suelen hacer juntos.

Delora apartó valientemente los ojos de sus pies y miró a Magnar mientras los dirigía en un lento círculo. Se estremeció cuando él le pisó el pie.

—No sé cómo hacer esto, Delora, —dijo con voz temblorosa, intentando apartarse de ella. —Te haré daño.

Ella tropezó con sus pies al cruzar las piernas de forma equivocada. Él la agarró y ella siguió intentando que se balanceara con ella.

—No pasa nada. Yo tampoco sé bailar, la verdad. Podemos aprender juntos. —Ella hizo otra mueca de dolor y él levantó el pie de repente. —Intenta no pisarme los dedos de los pies, ¿vale?

Saber que Delora tampoco era muy buena en esto pareció aliviar su tensión y le permitió tomar el control con pasos torpes. Ella sabía que él les miraba a los pies porque tenía el hocico apuntando hacia abajo y la cabeza torcida para poder ver más allá.

La única vez que se separaron fue para que ella pudiera volver a girar la caja de música, lo que les permitió bailar durante al menos un minuto sin interrupciones.

Cada vez tenía más confianza en sí mismo y sus pasos eran menos vacilantes.

La sonrisa de Delora se suavizó*. Siempre aprende muy rápido.*

La atrajo más cerca rodeándola con el brazo, sus dedos en forma de garra se enroscaron entre los huecos de los suyos, mucho más pequeños, hasta que se tragó su mano por completo. Los apretó, las caderas de ella se encontraron con los muslos de él mientras se miraban.

Los dos daban saltos, ninguno sabía lo que hacía, pero al final de la cuarta vez que terminó la música, ambos se habían olvidado de ella y siguieron bailando mucho después de que se silenciara.

Ella notó que su cola se movía de lado a lado.

Sus orbes se tiñeron de un rosa brillante, y eso hizo que su estómago se llenara de calor aunque no entendiera su significado. Sabía que era importante, que significaba algo, pero seguía intentando averiguar qué sentía ella por él para siquiera empezar a entender lo que él sentía por ella.

Me hace sentir tan segura. Más segura de lo que nunca se había sentido, ni siquiera cuando era una niña pequeña rodeada por los cariñosos brazos cubiertos de carbón de su padre.

—Me... gusta esto, —murmuró finalmente, inclinándose para poder presionar el extremo de su hocico contra un lado de la cabeza de ella. —Me gustaría volver a bailar contigo.

Delora apoyó la frente contra el duro torso de él y apretó los labios.

¿Qué demonios siento por él? El mero hecho de bailar con él hacía que su corazón se acelerara como si amenazara con salirse de su propio pecho para llegar hasta él.

Enterrar la cara contra él le llenó los sentidos por completo con su tentador aroma, e hizo que sus párpados se estremecieran involuntariamente de euforia. Su calor era igual de embriagador, haciendo que su piel se sonrojara de placer.

Incluso su voz era más tentadora que la de la caja de música, que hacía tiempo que había enmudecido, y le permitía oír sus tiernos latidos y su profunda respiración.

Empezó a acariciarle la mandíbula justo por encima de la oreja.

Habían pasado días desde el incidente con el Rey Demonio. Desde entonces, las cosas entre ellos habían cambiado más que nunca. Delora se sentía querida, sobre todo desde que Magnar sintió la necesidad de acecharla... casi de forma protectora.

Ella lo adoraba.

Estaban tan inmersos en el momento que ninguno de los dos se dio cuenta de que iban a ser interrumpidos hasta que oyeron una risita.

Levantaron la cabeza y vieron que Reia y Orpheus se acercaban. Delora se separó de Magnar con un sonrojo intenso calentándole las mejillas.

—¿Interrumpimos algo? —rió Reia, apartándose de Orpheus, que estaba dejando caer un ciervo de los hombros al suelo.

—No, —chilló Delora antes de aclararse la voz con un gruñido. —Sólo estábamos bailando. Conseguí hacer funcionar la caja de música.

—¿En serio? —Las facciones de Reia se iluminaron. —¡Tienes que enseñármela! Empezaba a preocuparme de verdad que no fueras capaz de hacerla sonar.

—¿Nos has traído carne? —preguntó Magnar a Orpheus.

Orpheus asintió bruscamente mientras se acercaba, dejando al ciervo donde estaba para poder acercarse. Fyodor olfateó alrededor de sus pies antes de ir hacia Reia para correr a su alrededor en señal de saludo, completamente cómodo con estas dos personas.

Delora le sonrió cariñosamente.

—Sí. —Orpheus hizo un gesto con la mano hacia un lado. —Sabía que no podrías salir del recinto para ir de caza después de lo que ocurrió el otro día. Reia sugirió que reanudáramos la caza por ti hasta que las cosas se calmaran.

Todos habían hablado de aquel día en que Reia y Orpheus habían venido de visita por última vez.

Magnar asintió mientras se ponía la mano en la punta del hocico. —Es cierto. No pienso separarme de ella en mucho tiempo.

Desde aquel día lleno de acontecimientos, más Demonios empezaron a merodear por su casa. Aún con poca frecuencia, pero más a menudo... y no siempre eran del tipo animal.

Estaban siendo observados, cuidadosamente.

Sin embargo, no atacaban. Era obvio que sabían que morirían, sobre todo si Orpheus y Magnar se aliaban.

Jabez, como Delora había llegado a descubrir que se llamaba, no podía ver dentro de la sala de Magnar con su magia. Por el momento, su hogar era el lugar más seguro.

—Reia también dijo que le gustaría cenar aquí hoy, si os parece bien a los dos. Por eso hemos traído el ciervo entero en vez de unos trozos.

Magnar miró a Delora en busca de aprobación, y ella sonrió con un movimiento de cabeza como respuesta.

—Por supuesto. Significaría que estarías aquí más tiempo, y eso agilizaría la construcción del cercado.

—Enséñame la caja de música, —dijo Reia con una sonrisa emocionada, interrumpiendo a Delora que escuchaba la conversación. —Nunca he oído una antes.

Con una última mirada a Fyodor, que se limitaba a olisquear el suelo, Delora se acercó a la caja de música sentada en el escalón más bajo del porche.

Magnar y Orpheus seguían hablando, pero ella no podía oír lo que decían cuanto más se alejaban.

—¿Estás bien? —preguntó Delora a Reia mientras se agachaba para coger la caja de música. —¿Habéis estado a salvo?

—¡Pfff! ¿Sabes con quién estás hablando? —Reia rió, su sonrisa torcida y casi diabólica. —No sólo tengo a Orpheus cerca, que está literalmente feliz de partir

a los Demonios por la mitad por siquiera intentar sisearme, sino que también soy muy buena con mi espada.

Siempre había una atada a la cintura de Reia.

—Lo sé, es sólo que...

Delora no quería saber que estaban en peligro. No sólo Reia, sino también Orpheus. Ella se preocupaba por los dos.

—¿Qué hay de ti? Parece que es probable que Jabez os tenga como objetivo específico ahora.

Delora suspiró después de abrir la caja de música.

—Probablemente lo hará. —Luego se encogió de hombros. —Apenas sé que los Demonios existen debido al bosque que hay dentro del recinto. Realmente no creo que puedan vernos, ni oírnos.

—Sé que el otro día dijiste que estabas bien, pero como... casi te quitan a Fyodor.

Sorprendentemente, Delora sintió que sus labios se curvaban para sonreír.

—Pero no fue así. Magnar los mantuvo a salvo.

Y yo también. Delora estaba orgullosa de sí misma por lo que había hecho. Nunca habría sido capaz de hacerlo en el pasado.

—Lo que pasó, pasó. No puedo cambiarlo, ni debo demorarme en ello. Me cansé de mirar las cosas malas del pasado. —No pudo evitar que sus ojos se

posaran en Magnar mientras una ternura se extendía en su pecho. —Sólo quiero pensar en las cosas que importan.

En cuanto terminó de girar la palanca y empezó a sonar la música, todos se callaron.

Orpheus ladeó la cabeza repentinamente al oír el sonido, y sus orbes brillaron de un amarillo intenso, igual que los de Magnar.

Las cejas de Reia se fruncieron profundamente mientras giraba el oído en dirección a la caja. Entonces empezó a tararear. Su tarareo tenía algunas notas equivocadas, pero la melodía era similar a la que estaba sonando.

Cuando se detuvo, Orpheus y Magnar se acercaron mientras Reia extendía las manos para ver si Delora la dejaba girar la palanca por sí misma.

—No sé cómo se llama la canción, —murmuró Reia, acercándose la caja al oído cuando empezó a sonar de nuevo. —Pero suena muy parecida a la que me cantaba mi madre antes de morir.

—¿Qué es eso? —preguntó Orpheus, clavando una garra en su dirección.

—Una caja de música, —contestó rápidamente Magnar, hinchando el pecho en señal de orgullo... por alguna razón.

—Ya veo, —respondió, con sus orbes brillando más intensamente. —¿Puedo cogerla?

—Claro, —dijo Delora, y Reia se la entregó.

Su espalda se puso rígida cuando él empezó a meter una de sus garras dentro de la caja con toques curiosos, haciéndola tintinear. Luego movió la cabeza

hacia un lado mientras giraba ligeramente la palanca, haciendo que los cascabeles de su cuerno y la caja de música sonaran al mismo tiempo durante un breve y fugaz segundo.

Es un manitas, pensó Delora con los ojos arrugados de placer. Tal vez, si Orpheus hubiera sido humano, habría intentado trabajar como relojero o algo con pequeños mecanismos.

Reia se lo quitó, viendo el mismo potencial que Delora para romperlo. Le dio cuerda a la palanca, la puso en el escalón del porche y se volvió descaradamente hacia Orpheus.

—Ven aquí, cabeza hueca. ¿Quieres bailar? —Reia extendió la mano con las dos cejas rebotando arriba y abajo con picardía.

A pesar de no saber lo que estaba a punto de hacer, Orpheus confiado extendió la mano para tomar la mano de Reia sin dudarlo. —¿Bailamos?

Ella le agarró la otra mano y los hizo girar a ambos en un círculo rápido, haciéndole trastabillar. Luego los puso en una posición similar a la que Delora había hecho con Magnar.

Era obvio que Reia podría haber bailado en el pasado por cómo se movía, pero nunca con una pareja, ya que tropezó con los pies de Orpheus. Eran mucho más desordenados en sus acciones ya que se sentían más cómodos el uno con el otro.

—Me has pisado el pie, —refunfuñó Orpheus.

Reia volvió a hacerlo, a propósito por lo que Delora pudo ver.

En represalia, Orpheus la levantó y la hizo girar en el aire con el cuerpo pegado a él. Reia se rió, y Delora llevó su mirada a Magnar, que los observaba.

Estaba tenso, sus ojos eran de un verde oscuro, mucho más oscuro de lo normal.

—¿Quieres bailar otra vez? —preguntó Delora, tendiéndole la mano.

—*Sí,* —gruñó con aspereza, colocando la palma de su mano sobre la de ella.

Los colocó en la misma posición que antes, aquella en la que estaban más cerca, pero intentó hacerlos girar juntos como había visto. Delora intentó mostrarle cómo lanzarla hacia fuera para que ella pudiera girar de nuevo hacia él.

Él soltó una risita y sus orbes volvieron a su verde natural.

—Esto parece complicado.

—Puede serlo. —Ella los balanceó de lado a lado. —He bailado algunas veces, pero no muy a menudo. Puedo enseñarte más movimientos más tarde.

Reia volvió a girar la palanca para seguir convenciendo a Orpheus de que bailara con ella. Por fin, por primera vez en su vida, la felicidad invadió a Delora.

Tenía amigos, gente que valoraba quién era sin juzgarla, y nunca se había sentido tan... libre.

Sus mejillas empezaron a calentarse con un tímido rubor mientras miraba el cráneo con cabeza de zorro de Magnar. Su corazón voló. *Creo que...*

Antes de que Delora pudiera terminar sus pensamientos, tanto Magnar como Orpheus se detuvieron y dirigieron sus huesudas caras en la misma dirección.

—¿Hueles eso? —preguntó Orpheus, apartándose de una contrariada Reia, que casi se cae al dejar de moverse de repente.

—Sí, —respondió rápidamente Magnar. Luego soltó a Delora, su mirada recorrió el patio. —¿Dónde está Fyodor?

Delora palideció, sintiendo que el miedo se apoderaba de ella y acababa con su felicidad. Buscó también, encontrando que no estaban jugando alrededor de los pies de todos como lo habrían hecho normalmente.

—¿Qué pasa? —preguntó Delora, con el corazón tartamudeando en rápidos latidos. —¿Reia? ¿Lo has visto?

Sacudió la cabeza.

—Huelo sangre, —dijo Magnar, soltándola para dirigirse en la dirección en que la olía.

Una parte de ella se tranquilizó. *Fyodor no sangra*. Tampoco tenía olor, y su cuerpo no podía sufrir daños, ya que simplemente se amoldaba alrededor de lo que le apuñalaba.

—El ciervo se ha ido, —declaró Orpheus.

Delora miró hacia el suelo y vio que había desaparecido. Sus ojos se abrieron de par en par.

—Espera...

Delora corrió delante de Magnar, adentrándose un poco más en la arboleda. Sólo necesitaba adentrarse uno o dos árboles antes de encontrar a Fyodor, que ya había empezado a despedazar a los ciervos.

Su tamaño ya había crecido exponencialmente, y cada mordisco los hacía estallar de anchura y masa.

No quedaba mucho, sólo la mitad superior del torso del ciervo. Todos se habían dado cuenta demasiado tarde de lo que estaba pasando.

Al menos estaba a salvo, sin embargo...

—¡No! —gritó Delora, corriendo hacia la cabeza del ciervo para empezar a tirar de su cornamenta y alejarse de ellos.

¡Es demasiado grande! Le llegaba casi a la altura de la cadera, ¡y no quería que creciera más!

Fyodor golpeó al ciervo con sus garras y rugió, sus colmillos recubiertos de sangre se abrieron en dirección a ella en señal de advertencia. A Delora no le importó, siguió tirando.

Magnar fue rápido, agarró a Delora por la cintura y la levantó del suelo, pero ella se negó a soltar al ciervo. Pateó las piernas en el aire en un intento de liberarse.

—Déjalo, Delora, —le suplicó, arrastrándola hacia atrás y haciendo que el ciervo viniera con ella.

Fyodor chasqueó los colmillos antes de agarrar el otro lado del cadáver del ciervo, tirando de él en dirección contraria a ella. Su gruñido era horrible,

amortiguado por la carne en su boca. Se volvió más feroz cuando aumentaro su masa.

Ahora ni siquiera parecen un niño pequeño. Se habían saltado por completo ser un niño pequeño.

Orpheus y Reia, que habían venido a presenciar, retrocedieron cuando Magnar finalmente logró que Delora soltara su agarre. Fyodor se puso encima de su comida y gruñó.

—Detenlo, —suplicó Delora.

—No es prudente interponerse entre un Mavka y su comida, —afirmó Orpheus. —Si alguno de nosotros se acerca, atacará. ¿De verdad quieres que le hagamos daño, o viceversa?

Su cara se arrugó preocupada por lo grande que se haría Fyodor. Ya no podría tenerlo en brazos, ni acurrucado en su regazo.

No, pero... Ella no quería esto.

A ella le gustaba Fyodor como era. Que fuese adorable y pequeño.

Obligada a verlo comer el ciervo sin poder interferir, Fyodor creció más y más. Empezó a brotar pelaje corto en sus extremidades exteriores, antes de que el pelaje más largo, más parecido al de un conejo, se hiciera evidente alrededor de sus hombros, espalda y pecho.

Sus oídos hormigueaban ante el grotesco sonido de la piel desgarrándose, los huesos crujiendo y los sorbidos. Delora sólo quería apartarse, pero no lo hizo.

Incluso se comió la cabeza. Su cráneo había aumentado de tamaño, como si los huesos que habían comido hubieran ayudado a la transformación, y lo trituraban todo con facilidad.

La arena negra empezó a erosionar dos círculos en la parte superior de su cráneo mientras empezaban a formarse cuernos. Los cuernos se dividieron en ramas bifurcadas con un hilo pegajoso en las puntas y los bordes hasta que cayeron sobre el cráneo.

Una vez que terminaron con su comida, Fyodor se puso de pie sobre sus patas traseras de conejo y las puntas de sus dedos de los pies. Y todos, incluidos los dos grandes Duskwalkers, retrocedieron cautelosamente.

¡Es enorme! Fyodor alcanzaba una altura de al menos treinta centímetros más que incluso Magnar.

Sus garras se habían endurecido y eran largas, incluso en los dedos de los pies, pero su cuerpo parecía hueco y desgarbado. Estaba malformado y hundido alrededor de los huesos, como su columna vertebral, donde ella pensó que casi podría envolver sus manos.

Parecía vacío de órganos y músculos.

Lo único que impedía que su aspecto fuera realmente nauseabundo era su pelaje esponjoso de conejo. Entonces se dio cuenta de que los Duskwalkers crecían cuando comían.

Empezaron con el tamaño de un alfiler, pero finalmente dos orbes verdes, que coincidían con el color de los de Magnar, empezaron a crecer en rotación como un vórtice de fuego.

Fyodor empezó a chasquear sus colmilludas mandíbulas mientras emitía silenciosos chillidos de conejo que sonaban profundos y retorcidos.

Delora intentó dar un paso adelante a pesar de que Magnar la sujetaba para protegerla. Él tiró de ella.

Por primera vez en su vida, su hijo la miró con sus propios ojos. Verdes, e igual de acogedores que los de Magnar.

Eso fue hasta que se volvieron de un blanco crudo, y Fyodor lanzó un rugido bestial.

Movieron las garras en señal de advertencia mientras retrocedían, con una confusión evidente por la forma en que cambiaban la mirada entre todos ellos. Se dio cuenta de que no pensaba, de que no entendía cuando Fyodor profirió gritos de lloriqueo.

Todos estos cambios bruscos trajeron el caos a su mente.

Delora se volvió incorpórea para liberarse de los brazos de Magnar.

—Fyodor, —susurró, y su voz se quebró cuando se volvió valientemente física frente a ellos.

Al oír su propio nombre, o tal vez sólo por la familiaridad del mismo, sus angustiados sonidos cesaron. Su cabeza se giró casi de forma extraña mientras daba un paso vacilante hacia delante. A cuatro patas, evitando tropezar con sus aletas traseras, olfatearon el aire justo delante de ella.

En su periferia, pudo ver que Magnar se había acercado con cautela lo suficiente como para poder rescatarla en caso necesario. Estaba segura de

que la única razón por la que no interfería era porque ella tenía la capacidad de volverse incorpórea.

Delora no tenía miedo. Se negaba a tener miedo de Fyodor, su propio hijo, incluso si eso significaba que ella estaba en peligro.

Pero estaba sola, la única persona a la vista de Fyodor, y el sutil viento empujaba su falda en su dirección.

Se acercaron lentamente y ella no pudo evitar que sus ojos se inclinaran con preocupación.

Un fuerte chillido brotó de ella justo después de que los blancos orbes de Fyodor se volvieran de un rosa brillante, y se abalanzaron sobre ella. Tuvo que poner las manos en su hocico para empujarlo hacia atrás, inútilmente, cuando empezaron a lamerle la cara con largos y babosos lametones.

—Dios mío. Qué asco, —se rió por lo bajo. —¡Que alguien me salve!

Magnar se acercó. Tras un breve gruñido de advertencia antes de que Fyodor reconociera que la persona que tenían delante tenía un olor familiar, Magnar consiguió que la soltaran.

Se levantó mientras se limpiaba la cara con el antebrazo. No fue suficiente para librarse de su espesa saliva, y se vio obligada a utilizar la falda de su vestido para limpiarse la cara.

Fyodor se sentó, pero su corpulencia era tan grande que casi tenía la misma altura que ella, a pesar de que su culo estaba firmemente apoyado en el suelo. Parecía satisfecho de sí mismo.

A pesar de su nuevo tamaño, no pudo evitar que le pareciera monos, sobre todo porque su esponjosa cola de conejo se contoneaba.

—Es tan grande ahora. —Delora se acercó y les cogió el hocico cariñosamente antes de acariciarles la mandíbula con las manos. Les sacudió la cabeza cariñosamente mientras se la agarraba. —Ya no eres mi pequeño Fyodor.

—Creo que ya no cabemos todos en el nido, —dijo Magnar con un murmullo pensativo.

A pesar de que Fyodor ya no era un niño y parecía tener el tamaño de un Duskwalker adulto, lo que le dejó un pequeño dolor en el pecho, no pudo evitar reírse de lo que dijo Magnar.

—Tal vez no cómodamente, —respondió con una tierna sonrisa. —Pero apuesto a que será muy acogedor.

—Y cálido, —se rió Reia, haciendo que los tres giraran la cabeza hacia ella y Orpheus. Levantó un brazo y se encogió de hombros. —Ahora es otoño, pero cada día hace más frío. Cuanto más calor, mejor. ¿Verdad?

Orpheus, de pie justo detrás de Reia, le puso las manos sobre los hombros. Se inclinó para chocar el hocico contra su oreja.

—Si quieres más calor como este, podríamos hacer nuestro propio...

—¡No! —gritó Reia con una carcajada, dando un paso adelante para alejarse. —Aún no estoy *lista*.

Orpheus retrocedió con un gruñido a medias, soltando las manos de su hombro para poder cruzarse de brazos con un resoplido, como un niño inmaduro. Incluso giró la cabeza hacia un lado.

—Sin embargo, debo admitir que Fyodor cada día me despierta más curiosidad. —Fyodor olfateó en dirección a Reia cuando ella se acercó, pero parecía estar adaptándose mejor ahora a sus cambios. Ni siquiera le lanzaó un gruñido cuando ella levantó la mano para que pudieran olisquear el dorso de su muñeca. —Es increíble verlo crecer y entender lo que es para los Duskwalkers. La Lechuza Hechicera hizo que pareciera mucho peor. Pero... quizás para ella lo era.

Orpheus adelantó la cabeza, pero no parecía inclinado a ir al encuentro de Fyodor como su yo adulto. En realidad, parecía bastante receloso de que Reia estuviera tan cerca, su pelaje obviamente hinchado bajo su ropa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Delora, con las cejas fruncidas.

Sus ojos verde bosque se posaron en los de Delora, y su mirada era severa. —Nos tenías a Magnar y a nosotros. Imagino que no ha tenido a nadie en quien apoyarse.

—Te olvidas, —rebatió Orpheus, relajándose cuando Reia le soltó la mano para prestarle atención. —Ella ha tenido el espíritu del vacío.

—¿Alguno de vosotros lo ha conocido para saber cómo es?

Delora parpadeó cuando Orpheus y Magnar levantaron la cabeza en dirección del otro y luego la inclinaron simultáneamente en direcciones opuestas.

—Yo no, —afirmó Magnar. —Y parece que él tampoco.

—No nos conocemos. —Orpheus sacudió la cabeza antes de girarla hacia un lado con lo que ella sólo podía imaginar que era una mirada pensativa. —Pero lo he... sentido. Merodea por todas partes dentro del Velo, y a menudo se cree que es la causa de la niebla negra.

—No tiene sentido especular, —intervino Delora, volviéndose hacia Fyodor, que había estado esperando pacientemente a que ella les prestara atención. Sus orbes verdes destellaron a rosa inmediatamente bajo su mirada. —En realidad no lo sabemos, y ahora quiero volver a la casa.

Delora no quería quedarse cerca del recinto. Podría haber demonios observándolos, y no quería que el Rey Demonio se enterara de los nuevos cambios de Fyodor.

Miró hacia el interior del bosque, siempre cautelosa.

Todos empezaron a regresar, todos menos uno.

—¿Fyodor? —preguntó Delora, pensando que habrían empezado a seguirle.

En lugar de eso, se había quedado mirando el Velo, con la cabeza completamente girada hacia otro lado. Sólo cuando dijo su nombre, o tal vez porque lo había nombrado, volvió la cara hacia ella.

Se palmeó las rodillas, tratando de atraerlo hacia ella. Se quedó anclado en el suelo, girando la cabeza sin comprender.

—Vamos. Ven conmigo.

Volvió a dar unas palmaditas, pero la cabeza se torció hacia el otro lado.

Su corazón empezó a hundirse, sobre todo cuando Magnar se acercó a ella y le rodeó la cintura con la mano.

Afortunadamente, aunque muy despacio, Fyodor empezó a caminar a cuatro patas para seguirla.

—Me pregunto si conseguiremos que Fyodor baile con nosotros, —se rió Reia desde más adelante, en la zona más despejada del patio.

Delora también se habría reído, pero no podía aliviar el pozo negro que sentía en el pecho.

No ha venido a buscarme enseguida.

CAPITULO 45

—Se va a marchar, ¿verdad? —preguntó Delora a Magnar cuando vino a sentarse junto a ella en las escaleras del porche.

Se sentó con las manos juntas entre las rodillas separadas.

La zona estaba casi a oscuras. Aún no había anochecido del todo, pero las sombras del bosque del Velo lo oscurecían. Siempre daban un tono azulado a la zona, y la niebla contribuía a la triste coloración a esta hora.

El ligero viento hacía que hiciera más frío de lo habitual, y las copas de los árboles se alborotaran.

Había optado por sentarse en los escalones en vez de en su banco, simplemente porque quería poder ver el patio en toda su extensión. Fyodor deambulaba por él, como habían hecho a menudo en los últimos tres días, pero cada día, poco a poco, se adentraba más y más en los árboles.

Delora no hacía otra cosa que observarlo, recelosa de hasta dónde llegaría. Múltiples veces se había visto obligada a correr tras él y, de alguna manera, engatusarlo para que volviera. Y cada vez, Fyodor se quedaba mirando el bosque durante un rato antes de seguirla finalmente.

Parecía tan inquieto.

Aparte de cuando dormía, que no era tanto como antes, Fyodor se ponía a caminar. Se paseaba por el patio constantemente.

Ella lo seguía, reacia a dejarlo ir pero... podía verlo.

Era diferente. Ya no era un bebé. Ya no sentían la necesidad de aferrarse a ella ahora que era grandes y podía ver.

Los dedos entrelazados de Magnar se estrecharon con más fuerza, como si la pregunta lo hubiera puesto en tensión.

—Sí, —respondió lentamente, con una voz más oscura de lo normal, como si estuviera triste.

Su corazón sintió un dolor agudo, como si quisiera romperse.

—¿Por eso está ella aquí? —Delora levantó los ojos hacia lo alto de su casa, donde se encontraba la Lechuza Hechicera en su forma de búho. —¿Está esperando a que se vaya?

La Lechuza Hechicera giró la cabeza en dirección a Delora y luego no hizo otra cosa que mirarla fijamente con sus brillantes ojos de búho amarillo. No había ninguna emoción en su expresión, sin embargo, Delora sintió como si estuviera tratando de decir un millón de cosas con su intensa mirada.

—Creo que está esperando a que lo dejes ir.

Fue entonces cuando las cejas de Delora se anudaron con tanta fuerza que sintió una fuerte presión en la frente. Su labio inferior empezó a temblar.

Apartó los ojos de la Lechuza Hechicera para enterrar la cara entre las manos. —Pero no quiero que se vaya.

La cálida y tranquilizadora caricia de la mano de Magnar partió de su omóplato izquierdo y recorrió su espalda en diagonal antes de envolverla por el costado. La acercó más. La apretó firmemente contra su torso, subiendo la otra mano para poder presionarla contra la nuca y enterrarla en cambio contra el costado de su firme pecho.

—Lo sé, pero..., —empezó.

—Acabamos de salvarlo. —Sintió que Magnar la rodeaba más con los brazos, como si intentara cobijarla por completo en su gran abrazo. —¿Y si el Rey Demonio viene por él? Se lo llevará, o le hará daño, y.… y.… oh, Dioses, Magnar. ¿Y si le pasa algo y nunca lo sabemos?

—Por eso está aquí, Delora. Nos está haciendo saber que protegerá a Fyodor.

Pero Delora ya intuía que eso era lo que planeaba la Lechuza Hechicera.

La primera noche que Fyodor había crecido, ella había estado dentro observándolos cuidadosamente mientras cocinaba su cena. Delora la había visto acercarse a Fyodor. Nunca sabría lo que la Lechuza Hechicera le dijo, pero había acariciado el hocico de Fyodor, y tras un poco de incertidumbre por su parte, al final lo había acogido con agrado.

Lo había acostumbrado a ella.

—Ya no son felices aquí, Delora, —dijo Magnar de la forma más suave que pudo. Su voz había sido suave, suplicante, pero sólo consiguió que ella sollozara contra él. —No recuerdo la primera parte de mi vida, pero recuerdo haber pasado gran parte de ella cazando. Siempre tenía hambre, y no hacía otra cosa que intentar librarme de ese dolor.

—¡¿Tienen dolor?!, —gritó indignada.

¿Por qué le diría algo así?

A pesar de su grito, Magnar soltó una risita solemne.

—Sí y no. Es más bien como cuando tu estómago refunfuña, diciéndome que mi pequeño cuervo lleva tiempo sin comer del todo. El mío lo hacía mucho. Es como un quejido constante.

Delora se mordió el labio inferior.

Sé que tienen hambre. Lo sabía porque cada vez que los acurrucaba por la noche, siempre oía el gorgoteo de su estómago. Fyodor no hacía ningún ruido de angustia, pero él estaba tan delgado que lo oía muy fuerte... y molesto.

Las últimas noches habían sido difíciles para Delora porque había podido sentir cómo Fyodor se alejaba cada vez más. No físicamente, sino mentalmente. Su corazón quería vagar, y lo único que se lo impedía era... ella.

El pobre Magnar había empezado a arrastrarse fuera del nido por su cuenta por la noche. O bien porque estaba demasiado incómodo porque no había suficiente espacio para él después de que Delora hubiera engatusado a Fyodor para que se durmiera, o bien porque estaba fuera siendo... travieso él solo en el bosque.

Pero una noche lo había visto marcharse, incapaz de moverse porque Fyodor la abrazaba mientras roncaba ruidosamente.

Pensó que si se marchaba ella también echaría de menos eso.

—¿Por qué estás tan tranquilo con esto? —Había una acusación en su tono, y ella no sabía por qué quería empezar una pelea con él. Especialmente porque pensaba que se desmoronaría si él se alejaba de ella. Sus emociones se volvían locas. —¿No te importa Fyodor?

—Por supuesto que si.— Magnar se apartó sólo lo suficiente para poder llevar una de sus manos hacia delante y rodear la barbilla y la mandíbula de ella, levantando su rostro manchado de lágrimas hacia el de su zorro. Fue entonces cuando ella pudo ver que sus orbes eran de un azul intenso. —Me importa mucho, pero... esto es natural para nosotros. Puedo sentir en lo más profundo que esto es algo que debe hacer, lo que me hace... comprender. Es como si me estuviera viendo a mí mismo.

—Lo siento.— Ella se levantó y le rodeó el cuello con los brazos, permitiéndole ponerla de lado sobre su regazo. —Sólo he estado pensando en cómo me siento.

Sabía que tenía razón, pero no podía evitar que aquello le doliera. Se suponía que ninguna madre vería a su hijo pasar de ser un bebé a casi un adulto en el lapso de unos minutos. Había cosas que se había perdido, cosas que se suponía que debía presenciar.

No es justo.

—Está bien, Delora. No me importa. —Apretó el lateral de su huesuda mandíbula contra el pelo de ella. —Estás dolida y no sé cómo aliviarte. Si te hace sentir mejor enfadarte conmigo, que así sea.

Magnar le acarició la espalda en un gesto reconfortante, que ayudó a aliviar la tensión que sentía. Su calidez y su profunda voz tranquilizadora ayudaron a que esto... no fuera tan doloroso. No estaba sola, ni era la única que sufría.

Magnar compartía su dolor, pero también estaba siendo lo suficientemente fuerte para los dos, lógico para los dos, lo cual era muy extraño.

Pero por la forma en que sus brazos la rodeaban, una parte de ella también sabía que él también necesitaba que ella lo abrazara, que lo consolara.

—¿Adónde irá? —preguntó Delora, sintiéndose por fin tranquila.

Miró por encima de su hombro y vio a Fyodor paseándose entre los árboles antes de que miraran hacia ella como si esperara que empezara a perseguirlo.

—Al final acabará encontrándose en la superficie. —Un ulular sonó detrás de ellos como si la Lechuza Hechicera lo estuviera confirmando. —Creo que ella planea llevarlo allí. Será más seguro.

—¿Y los humanos? Los humanos lo atacarán.

Era extraño pensar en los de su propia especie como enemigos, pero si le hacían daño a su preciado Fyodor, los despreciaría para siempre.

—Puede que no lo parezca, pero es fuerte. Les dimos una liebre, y las liebres son muy rápidas. No es por Fyodor por quien debes preocuparte.

Delora retrocedió lo suficiente para mirar directamente a sus orbes brillantes. —¿Qué intentas decir?

Su tono era firme al decir: —Cualquier humano que se cruce con él morirá rápidamente, Delora. —Levantó la mano para sostenerle la cabeza y rozarle la

mejilla con el pulgar. Fue muy cuidadoso con su garra larga y afilada al limpiar la evidencia de sus lágrimas en ese lado. —Nuestro Fyodor es un Mavka, uno hambriento, y los humanos no saben cómo matarnos. No importa si se les hace daño, sólo volverán, más fuertes de lo que eran antes. Y con la humanidad que les otorgaron aquellos a los que consiguieron comerse antes de sucumbir.

Ella sabía que Fyodor era fuerte, que sería rápido... ¿pero estarán a salvo? Eso era lo único que le importaba, y la confianza de Magnar consiguió mitigar algunos de sus temores.

Ahora sólo tenía que lidiar con el dolor de saber que echaría de menos a su propio hijo.

Delora se acurrucó en Magnar mientras giraba la cabeza para observar a Fyodor, que empezaba a escarbar en la base de un árbol en busca de cualquier cosa interesante que pudieran oler allí.

Sabía que tenía que aceptarlo. Todas las madres pasaban por esto de alguna manera. Y aunque lo hacían, también sabía que esto era... diferente. Fyodor no era un humano a punto de dar sus primeros pasos hacia la edad adulta encontrando su propio hogar dentro de la aldea, si no elegía abandonarla.

Era un Duskwalker salvaje. Uno que ella podía ver... quería irse.

—¿Crees que Fyodor nos echará de menos? ¿Nos recordará?, —preguntó en voz baja. Cuando no obtuvo respuesta, levantó la vista y su atención en él hizo que sus orbes se volvieran de un azul más intenso. —¿Magnar?

—No quiero herir tus sentimientos, Delora.

Él giró la cara como si quisiera ocultárselo. Ella sabía que él odiaba no poder ocultarle sus emociones. El cambio de color de sus orbes siempre le delataba.

Era una de las muchas cosas que ella encontraba encantadoras en él.

—No lo hará, ¿verdad? —Una sonrisa triste curvó sus labios. —Creo que prefiero eso.

La volvió hacia ella para poder inclinar la cabeza en forma de pregunta. —¿Lo prefieres?

—Sí... No quiero que esté triste. —Llevó su mirada a Fyodor una vez más. —Preferiría que fuera su gran yo Duskwalker, sin tener ni idea de quién o qué han dejado atrás. Espero que volvamos a verlo.

—Lo haremos. —La atrajo hacia sí con una fuerza imposible. —He conocido a todos los Mavka. Es casi como si nos sintiéramos mutuamente y nos acercáramos sin querer. Fyodor nos encontrará, o nosotros lo encontraremos cuando estemos en la superficie.

—Sigo pensando que tu idea de llevarme a una aldea humana para conseguir provisiones y esperarme fuera de ella es muy inteligente por tu parte, Magnar.

Levantó la mano sólo para poder rascarse momentánea y torpemente la punta del hocico, cohibido.

—No lo fue. Reia dijo que quería hacerlo cuando no estuvieras cerca.

—¡¿Así que lo hiciste pasar por tu propia idea?! —Le golpeó juguetonamente en el pecho. —¡Qué grosero!

Un rosa rojizo brilló en sus orbes mientras movía la cabeza. —Bueno... nunca me preguntaste de dónde saqué la idea.

—Creo que no quiero que obtengas más humanidad, Magnar. Te estás volviendo demasiado astuto. —Luego se burló mientras sacudía la cabeza. —A este paso, le harás la competencia a Orpheus.

—Yo... no sé qué significa esa frase, pero si hace correr a Orpheus, entonces eso me haría sentir mejor.

Realmente no le gusta que Orpheus se meta con él. ¿Cómo podía este Duskwalker hacerla casi reír cuando le dolía tanto el corazón?

—Delora, —dijo Magnar, rozándole la comisura de la mandíbula para incitarla a mirar hacia el patio.

Fyodor se estaba alejando, adentrándose en el bosque antes de alejarse casi hasta perderse de vista.

Su ritmo cardíaco se aceleró, su pecho se estremeció sobre unos pulmones temblorosos, pero una sensación de... serenidad la invadió. Hacía días que sabía que quería marcharse y se había estado preparando mentalmente, aunque no quisiera.

Eso no impidió que se le humedecieran los ojos.

—Yo... creo que estoy lista para despedirme.

—Pero estás a punto de llorar otra vez, —afirmó Magnar, su tono lleno de tanta preocupación por ella.

—No pasa nada. —Ella se retorció lo suficiente como para que él la soltara y la dejara ponerse en pie. Sin embargo, levantó la mano en su dirección con las mejillas encendidas: —Pero, ¿podrías... podrías sostenerme la mano, por favor? No quiero hacer esto sola.

Su ansiedad y estrés fueron inmediatamente combatidos cuando él puso su mano grande, cálida y reconfortante en la suya.

—Te seguiré a cualquier parte, mi bonito cuervo. —Magnar se levantó. —Sólo tienes que pedírmelo.

Inclinó su enorme estatura hacia delante lo suficiente para que le resultara más cómodo cogerle de la mano.

Delora lo guió hacia el bosque, y Magnar igualó su paso mientras se encorvaba para poder acercarse a Fyodor.

A cuatro patas, levantó la cabeza de donde había estado olfateando. Fyodor se acercó a saludarlos, y Delora levantó la mano libre para poder sujetar el lateral de su cráneo de conejo.

—Al principio me asustaste un poco cuando llegaste a mi vida, pero me alegro mucho de que lo hicieras. —Entonces Delora apoyó la frente en la de él y observó cómo sus orbes se ennegrecían en señal de bienvenida. —Sé que te echaré mucho de menos, pero no pasa nada. Sé que quieres irte. Pero ten cuidado, ¿vale?

Dio un paso atrás y dejó que las lágrimas cayeran libremente, sin avergonzarse de ellas. Sabía que Magnar no la juzgaría por ellas y no quería fingir que no estaba triste.

Estaba bien ser vulnerable.

Le apretó la mano, sabiendo de algún modo que ella necesitaba el recordatorio de que él estaba allí, aunque era difícil echar de menos su abrumadora presencia.

El hocico de Fyodor rebotó ligeramente al olfatear el aire, acercándose antes de lamerle la mejilla. Delora soltó una carcajada llena de humor y dolor.

—Algún día volveré a encontrarte y espero que hayas ganado suficiente humanidad como para que pueda hablar contigo. —Apretó la mandíbula cuando su voz empezó a temblar, tratando de abrirse paso a través de sus palabras. Se aclaró la garganta y moqueó. —Te diré que soy tu madre y que te quiero mucho y que me alegré mucho de que nacieras.

Fyodor se limitó a inclinar la cabeza hacia ella, sin entender ni una sola palabra de lo que salía de su boca. A ella no le importaba. Sabía que probablemente no recordarían nada de esto, pero una pequeña parte de ella esperaba que al menos entendieran el mensaje que intentaba transmitir.

—Y... Y será mejor que me dejes abrazarte, Fyodor. Si no, me enfadaré mucho contigo.

No sabía cómo su corazón podía sentirse más pesado y más ligero al mismo tiempo, pero al menos había conseguido despedirse a su manera. Eso era más de lo que muchos otros conseguían en estos tiempos oscuros y llenos de Demonios.

Volvió la mirada hacia Magnar.

Tras unos instantes mirándolo fijamente, él empezó a hablar. —¿Se supone que debo decir algo?

Sus cejas se fruncieron profundamente.

—¿No tienes nada que decirle?

Magnar se rascó las plumas del cuello.

—No sé qué se supone que debo decir o hacer. —A pesar de esto, aún levantó su mano y simplemente... palmeó la parte superior de su cabeza golpeándola suavemente unas cuantas veces, haciendo que el cráneo de Fyodor rebotara. —Eres extraño, y tu presencia me ha resultado confusa. Pero no te dejes llevar por el espíritu del vacío, de lo contrario iré al más allá y te regañaré por ello.

Luego giró rápidamente la cabeza hacia Delora.

—Eso es lo que hacen los padres, ¿verdad? ¿Regañan a sus hijos?

—¿Cómo podrías...?

Delora no tardó en sumar dos más dos. Puso los ojos en blanco. *Reia debe de habérselo explicado.*

Después de sacudir la cabeza, la extrañeza de Magnar sobre todo el asunto de alguna manera haciendo esto más fácil para ella, ella trajo su atención de nuevo a Fyodor. Le dio un dulce besito entre las cuencas huecas de los ojos, llenas de los brillantes orbes verdes de Magnar.

Su hijo no se parecía en nada a ella, pero le encantaba.

—Sé un buen Duskwalker y crece fuerte. Y no dejes que nadie te intimide. —Luego giró la cabeza de Fyodor hacia el bosque, hacia el Velo al que se dirigían lentamente. —Ahora vete, antes de que cambie de opinión y te retenga aquí para siempre.

Cuando Fyodor no se movió, ella lo empujó hacia adelante hasta que estuvieron de pie. Al principio dudó, pero poco a poco empezó a adentrarse en el bosque, mirando constantemente por encima del hombro.

Delora saludó con la mano. Le pareció tierno que Magnar la imitara, probablemente para que se sintiera a gusto haciéndolo.

En cuanto se perdieron de vista, ocurrieron dos cosas. La Lechuza Hechicera voló directamente por encima de ellos para seguir a Fyodor, con sus alas silbando en el aire.

Y Delora ya no contuvo su tristeza al sollozar.

CAPITULO 46

Magnar hizo todo lo que pudo durante la noche y el día siguiente para consolar a su angustiada hembra. Intentó calmarla mientras lloraba de vez en cuando al día siguiente de la desaparición de Fyodor.

Le acarició el pelo mientras se acurrucaba contra él en su nido, tocó la caja de música que tanta alegría le había dado el día anterior y preparó el té que Orpheus le había enseñado a hacer.

Sus lágrimas eran poco frecuentes y brotaban a borbotones, y parecía no querer hacer otra cosa que estar a su lado.

Ahora, ya había pasado la medianoche, y él yacía en silencio con ella dormida, con la cara manchada de lágrimas rosadas y abrazada a su pecho, mientras pensaba para sí mismo.

Por mucho que echara de menos a Fyodor a su manera, una parte de él lo agradecía porque Delora sólo parecía tranquilizarse cuando él la abrazaba. Y por mucho que se entristeciera, también intentaba consolarle, sin darse cuenta de que, aunque él se preocupaba y echaba de menos a Fyodor, la mayor parte de su preocupación estaba en ella.

Tal vez estaba desconectado de sentir verdadera tristeza por lo que era. Puede que hubiera ganado humanidad, pero estaba limitado por el hecho de ser un Mavka.

El alma de Delora había perdido mucho brillo con la partida de Fyodor, pero empezaba a volver a su nueva normalidad, más llena de vida que cuando se la había entregado por primera vez.

Sólo quedaba una fisura de oscuridad en su alma, una que abarcaba desde el pecho derecho hasta la cadera izquierda. No sabía cómo eliminarla, y era la última pieza que impedía que se convirtiera por completo en una llama.

No lleva bien su tristeza. Magnar le rozó un mechón de pelo que tenía pegado a los labios entreabiertos. *Pero no me importa*. Le pasó una garra por debajo de la mandíbula para que inclinara ligeramente la cara y pudiera contemplarla. *Es hermosa, no importa el estado de su rostro.*

Le gustaba el tono rosado de sus mejillas y su nariz. Mostraba que estaba llena de vida. Lo prefería a las ojeras que solía tener bajo sus ojos apagados y sin vida.

Le pasó una garra por el pómulo, casi con asombro. A pesar de todo lo sucedido en los últimos días tristes, Delora había sentido el impulso de besarle unas cuantas veces, y cada una de ellas le había hecho palpitar el corazón.

Ella también le había dado la bienvenida a cambio, como si quisiera estar más cerca de él, cuando a él le había resultado demasiado difícil resistirse a lamerle los labios. Ella había bailado su lengua con la de él. Habían compartido este tipo de beso, el único que él podía hacer, pero ninguno de los dos lo había llevado más allá.

Parecía que ella deseaba cercanía.

Por mucho que Magnar deseara tocar íntimamente a Delora, no quería que ella pensara que no le importaba su dolor.

Cuando se sienta mejor, podemos intentarlo. Chocó su hocico contra el de ella. Me conformo con esperarla.

Cuando se acercó el amanecer, Magnar se permitió descansar cerrando la vista. No se fue como lo había hecho antes de que Fyodor abandonara su hogar, preocupado de que ella se angustiara si él no estaba a su lado.

No había esperado despertarse antes de que saliera el sol. Sabía que debía haberla buscado, sólo para descubrir que estaba ausente de su nido.

Aún era de noche.

Se movió para levantarse, pero no sintió la necesidad de apresurarse cuando pudo oír una respiración que venía de más adentro de la casa.

Delora estaba de rodillas sobre una de sus camisas, con la chimenea encendida para mantenerla caliente y proporcionarle luz. También había dos velas a su lado, iluminando la pared que estaba pintando en el salón.

—¿Qué haces, Delora? —preguntó Magnar al acercarse.

—No podía dormir, —murmuró ella en voz baja, sin apartar los ojos de la pared. —Y he decidido que no quiero llorar más.

Lo que estaba pintando no era más que una malla de manchas y líneas, el principio de una gran obra de arte. En ese momento estaba pintando una forma semitriangular blanca sobre una mancha negra con extremidades. Era

pequeña, pero pudo ver que el contorno dibujado de otras dos formas junto a ella, a ambos lados, era mucho mayor.

Me alegro de que haya dejado de llorar. No tenía la cara roja como en los dos últimos días, lo que significaba que no había llorado desde que se despertó. Se está curando.

Se arrodilló a su lado, sin querer apartarla de una tarea que tal vez la estaba haciendo sentir mejor.

Mirando lo que estaba creando, le preguntó: —¿Qué estás pintando?

—A nosotros. —Ella metió la punta del pincel en un cuenco con pintura blanca antes de continuar. —Me preocupaba olvidar el aspecto de Fyodor. Aunque vuelva a verlo, sé que será grande, pero quería recordarlo cuando era pequeño.

Se dio cuenta entonces de que las formas que ella estaba pintando eran las de su familia, con Fyodor pequeño, y Delora y Magnar de rodillas justo detrás de su retoño.

Tenía las cejas oscuras fruncidas en un nudo de concentración, y los labios fruncidos por la misma emoción. *Es tan hermosa cuando está así.*

Cuando se dio cuenta de que la estaba mirando, lo miró por el rabillo del ojo.

—Lo siento. Esto no debe ser muy entretenido para ti. ¿Quieres ayudar?

—¿Yo? —Su vista se posó en los colores y pinceles adicionales que había en los cuencos. —No sé cómo hacerlo.

Intentó dedicarle una sonrisa tranquilizadora, pero era obvio que era débil y falsa.

—No pasa nada. Toma. —Le dio el extremo de un pincel del que goteaba pintura negra. —¿Tal vez podrías pintar tú mismo? Sólo trata de mantenerte dentro de la línea que dibujé, pero incluso si te sales de ella, puedo arreglarlo.

Un silencio confortable, excepto por el crepitar del fuego y sus respiraciones, resonó entre ellos mientras Magnar empezaba a trabajar el pincel contra la madera. Obtenía nueva pintura cuando se diluía, esforzándose por no cometer errores.

Sus orbes parpadeaban de un rosa rojizo cuando lo hacía, pero la seguridad que ella le daba de que no pasaría nada le permitía que volvieran a ser verdes con facilidad.

Pero... A Magnar no le interesaba pintar.

Le gustaba verla hacerlo, pero no era una tarea que le interesara. Pintar una pared tenía poco valor para él.

Finalmente bajó la mano y volvió a quedarse absorto en la tentadora visión de ella.

La chimenea proyectaba luz sobre ella, iluminando algunas zonas y ensombreciendo otras. A su manera, consideraba que ella se mezclaba con los distintos tipos de luz como si fuera arte. Siempre le hipnotizaba ver cómo le brillaban los ojos o cómo su piel bronceada resplandecía con un tono dorado.

No se dio cuenta de que tenía pintura en las garras hasta que se las pasó por debajo del pómulo para acariciar las sombras.

La he marcado. Bajó la mirada hacia sus garras, antes de que su vista volviera a ella.

El corazón le latía extrañamente en el pecho. Le gustaba ver la evidencia de su tacto en ella, uno que no causaba dolor. Su vista se fijó en la mancha negra.

—*Delora,* —carraspeó, con la garganta atascada por una emoción que le dejó una sensación de anhelo. Ella volvió hacia él sus hermosos ojos marrones, que reflejaban un color tan cálido y acogedor con la luz del fuego brillando en ellos. Eran casi fundidos, tan ricos y vibrantes. —A mí... me gustaría pintarte a ti en su lugar.

Sus ojos se posaron en la pintura. —¿Quieres cambiar de lado, entonces?

Él negó con la cabeza mientras mojaba las puntas de sus garras en un color al azar, descubriendo que era verde cuando levantó la mano para rozarla sobre la sien de ella.

—No. Como cuando me pintas el cráneo.

Siempre le alegraba que lo hiciera por él, y esperaba que a ella le ocurriera lo mismo.

Quiero verla sonreír.

Ella nunca sabría lo adictivas que le parecían. Ya no eran nuevas, ella le había regalado muchas sonrisas, pero siempre le provocaban una sensación esponjosa en el pecho.

—Oh. —Sus ojos revolotearon hacia la pintura que había estado haciendo, y él se dio cuenta de que ella aún quería continuar con su tarea, que lo anhelaba. Sin embargo, se puso de rodillas mientras dejaba el pincel en el suelo para ofrecerle una vista frontal completa. —Claro, me gustaría que lo intentaras. Puedo... siempre volver a esto más tarde.

A pesar de sus palabras, sus orbes cambiaron a azul - y deseó que no lo hubieran hecho. —No quieres.

Magnar no quería obligarla a hacer algo que realmente no quería hacer con él. Podía hacerlo más tarde, al menos ahora sabía que era algo que le gustaría intentar en el futuro.

Rápidamente se acercó y le agarró la muñeca.

—No, por favor.— Ella tiró de sí misma hacia delante, ya que él pesaba demasiado para que ella lo acercara. —Me gustaría que me pintaras. Si no, habría dicho que no.

Su expresión arrugada tenía un matiz suplicante. Se dio cuenta de que lo deseaba de verdad, no sólo porque él lo quería, sino por sus propias razones, las que le importaban.

—Sólo me fui de la cama porque vi que dormías y no quería quedarme sola despierta. —Delora desvió la mirada hacia un lado mientras hacía un mohín. Refunfuñó: —En cierto modo quería estar contigo.

Delora había estado muy apegada los últimos días. Algo que Magnar agradecía de todo corazón.

El calor se encendió en su pecho y se inclinó para hundir las garras en la pintura verde. Quería ver en ella el color de sus orbes en su estado normal. Le rozó la mejilla con el dorso.

Se estremeció al notar la mancha en su suave piel.

No tardó en mojar las yemas de los dedos en el azul para pasárselo por encima de las cejas y por la curvatura de la nariz. Ella cerró los ojos para que él hiciera lo que quisiera.

Le untó los labios de rojo, sintiendo cómo se le separaba la parte inferior bajo su caricia.

Mientras la tocaba, casi adoraba los rasgos de su rostro. Sus cejas suaves pero arqueadas, sus mejillas redondeadas, su labio inferior mucho más grueso que el superior.

Su rostro era un amasijo de colores, y él disfrutaba viendo cada uno de ellos, sabiendo cómo la había acariciado para crear su marca permanente, aunque suave.

Ella soltó un jadeo ronco cuando él le pasó la garra del pulgar desde la barbilla hasta la mandíbula, e incluso inclinó la cabeza para él.

Volvió a acariciarle la yugular y empezó a desprender un erótico olor dulce. Le informaba de que ella estaba disfrutando de aquello, de su tacto cubierto de pintura fría y húmeda, tanto como él. Cada nueva caricia provocaba en él un asombro más profundo.

Cada parte de ella era digna de alabanza, de adoración, y él quería adorarla más con sus caricias.

Deseo ir más abajo, pensó mientras dibujaba una combinación de colores en el esternón, donde se abría ligeramente la camisa que llevaba puesta.

Olvidándose de la pintura de sus labios, se los lamió antes de morder el inferior. Como si hubiera conseguido leerle el pensamiento, su cabeza se inclinó hacia su cara con sorpresa cuando sus manos subieron para desabrochar el botón superior. Se lo bajó para dejar al descubierto la redondez de sus hombros.

Se le aceleró la sangre al verlos. Con gran expectación, le acarició uno de ellos con toda su gran mano, manchando su piel con todos los colores con los que se había cubierto la palma.

Hizo lo mismo con la otra mano, metiéndose por debajo de la camisa para pintarle también parcialmente la parte posterior del hombro mientras la acariciaba hacia delante y por encima, bajando por la parte plana del pecho, por encima del pecho.

Delora abrió los ojos y Magnar se detuvo con ella mirándolo. Las partes de su carne que aún podían verse se enrojecieron de calor, y cuanto más tiempo permanecía ella arrodillada mirándolo, más podía él oler el aumento de su excitación.

Un movimiento detrás de su costura hizo que se le retorciera el estómago, y su cuerpo reaccionó ante ella, ante aquel tentador aroma que ardía en deseos de volver a sentir en su lengua.

Hacía varios días que no podía darle placer con los dedos o la boca, y Magnar ardía por ello. También deseaba desesperadamente volver a tener su boca y sus manos golosas sobre él.

Ella está triste. Ahora no querrá hacer esto conmigo.

Tal vez ella sólo le dejaba hacer esto como distracción, pero a Magnar no le importaba. Se conformaba con que le dejaran hacerlo.

Delora se desabrochó el resto de la camisa. Se la quitó, dejándola desnuda, excepto por la tira de tela que se había atado a las caderas a modo de ropa interior.

Parecía un poco nerviosa. Incluso él podía notarlo por la forma en que se movía ligeramente. Sin embargo, se sentía lo bastante cómoda como para exponerse ante él, y su mirada se dirigió hacia sus pechos grandes, hermosos y ligeramente caídos. Se estremeció de deseo feroz.

¿De qué color quería pintarlos?

De todos los colores posibles.

Magnar se sintió apremiado. Puso una palma en la pintura azul, la otra en la roja, y luego juntó las manos para hacerlas girar. No sabía que se volvería morado en los lugares donde se tocaban y se mezclaban, pero sintió una gran emoción.

Era el color perfecto para ella, para ellos.

Le cogió los dos pechos y ella se estremeció ante el frío antes de apretarlos contra sus grandes manos. Él se inclinó un poco más hacia ella, con la respiración más entrecortada y jadeante que antes, mientras sus tentáculos se movían por detrás de su costura para abarcar su polla e impedir que saliera.

Comenzó una pequeña batalla dentro de su cuerpo mientras le acariciaba los bonitos pezones con los laterales de los pulgares. Su interés por la pintura murió. En cambio, ahora estaba completamente concentrado en tocar a Delora y su cuerpo suave y maleable.

Más aún cuando ella emitió un delicioso gemido cuando él le apretó los pechos tentativa pero enérgicamente.

Sus manos se apartaron para que pudiera colocarlas sobre sus costados, sus garras a pocos centímetros de tocarla mientras la untaba con los restos de pintura.

Podía sentir la textura de las estrías y acarició unas cuantas, deseando sentirlas, adorarlas como se merecían. Hizo lo mismo con cada porción de piel, cada marca, cada parte que era más carnosa que el resto de ella.

—Magnar, —gimió ella, inclinándose hacia delante y apretando los labios contra la punta de su hocico mientras le rodeaba el cuello con los brazos. Sus plumas reaccionaron hinchándose.

Sus manos se introdujeron en su ropa interior para dejarle marcas de palma en el culo mientras la agarraba con un estremecimiento que le sacudía todo el cuerpo.

Besó sus labios con la lengua y ella le besó desordenadamente. Atrapó su lengua varias veces con los labios y luego los separó para que él pudiera introducirla.

La pintura, pensó de repente.

Ella podría parar si él no tenía, y a él le gustó que ella lo buscara.

Buscó a ciegas cuencos de pintura en los que hundir las manos mientras enroscaba la lengua alrededor de la de ella, oyendo el tintineo de los cuencos contra el suelo. Sabía que había derramado uno. No sabía de qué color había cubierto la parte posterior de sus muslos, pero no le importaba. Amasó la carne de ellos.

Magnar no esperaba que lo hiciera, pero Delora empezó a desabrocharle rápidamente los botones antes de quitarle la camisa de un empujón. No le importaba por qué, sólo que eso significaba que estaban más cerca. La ayudó antes de rodearla con los brazos y subirla a su regazo mientras él se arrodillaba en el suelo de madera.

Gruñó cuando ella le desabrochó los pantalones y le puso la mano en la costura. La batalla que libraba en su interior se perdió al instante bajo su caricia, y su polla, protegida por tentáculos, se introdujo en la palma de la mano de ella.

—¿Delora?, —preguntó con incertidumbre, apartando la lengua de entre sus labios.

—Quítatelos, —le exigió ella cuando empezó a tirar de sus pantalones. Por mucho que Delora y él se hubieran tocado últimamente, Magnar nunca se había desnudado en su presencia. —¡Fuera!

Hizo lo que ella le pedía, levantándolos a ambos mientras la sujetaba bien con un brazo. Se quitó los pantalones.

Pensó que se bajaría de él para arrodillarse entre sus muslos como de costumbre cuando volviera a su posición anterior, pero permaneció sobre él.

En lugar de eso, acarició sus tentáculos, convenciéndolos de que le soltaran la polla.

Le acarició los colmillos con los labios y la lengua hasta que consiguió convencerle de que le metiera la lengua en la boca. Su primera incursión hizo que se le escapara un jadeo.

Magnar se quedó helado, su corazón incluso se detuvo por un momento, cuando ella palmeó la parte superior de su polla para poder presionar la parte inferior contra los labios de sus pliegues expuestos. Delora se había desatado y quitado la ropa interior en algún momento mientras él se quitaba los pantalones, cogiéndole desprevenido.

Sólo pretendía pintarle la cara. Sin embargo, había sido ella la que los había llevado a esa posición, la que había bajado su ropa hasta quitársela... y la de él. Empezó a preguntarse por qué.

Hasta que ella se sacudió contra él. Él la empujó hacia atrás, con todos sus pensamientos acallados. El clítoris de ella estaba encajado en el surco de la parte inferior de la polla de él, ambos puntos sensibles de sus cuerpos, y los dos emitieron un ruido de placer al mismo tiempo.

A Magnar no le importó que ella le manchara la piel de pintura ni que estropeara las marcas que había dejado en su cuerpo. Se limitó a apretarla más y a ayudarla a moverse contra él.

Esto me gusta. Nunca se habían acariciado el uno al otro hasta la liberación, pero a él le gustaba lo... casi tierno que era.

Ella apartó la boca y miró sus dos cuerpos con la cabeza apoyada en uno de los músculos pectorales de él. Su pene se estremeció cuando se dio cuenta de que ella los miraba moverse.

—Dentro de mí, —susurró Delora con voz ronca. —Te necesito dentro de mí, Magnar. Por favor.

Todo su cuerpo se contrajo, y su polla se hinchó mientras palpitaba, ante la súplica de ella. Sus garras se clavaron en sus muslos, quizá demasiado, porque olió una o dos gotas de sangre.

Joder. gimió Magnar mentalmente, estremeciéndose. *Yo también quiero eso.* Lo necesitaba, sobre todo porque sentía el coño de ella deslizándose por debajo de él como una pequeña y terrible provocación. *Quiero que me trague tan entero que desaparezca. Quiero penetrarla hasta que se derrame sobre mí y me cubra con su aroma.*

A pesar de sus pensamientos, Magnar se echó hacia atrás y le cogió la cara para levantársela, obligándola a mirarle.

—No podré evitar correrme dentro de ti.

Sabía que era la verdad.

Ya le dolían los tentáculos de *aferrarse* a ella, de forzar su cuerpo sobre él para que ella no pudiera escapar y él tampoco. Deseaban hacerlos inseparables hasta que él acabara, hasta que ella estuviera completamente llena de su semilla.

Jadeaba con sólo pensarlo, con sólo recordar cómo lo haría. Su cabeza se agitó cuando cayó más profundamente en su neblina llena de lujuria.

—Sí, —gimió ella, apretándose contra él y casi haciéndole perder la voluntad. —Por favor, Magnar. Quiero volver a sentir cómo te corres dentro de mí. Estaba tan caliente y húmedo y por todas partes. Sabe tan bien, pero también sienta tan jodidamente bien.

Ella se estremeció tan profundamente que él lo sintió. Intentó moverse más rápido sobre él, pero también más alto, como si quisiera hacerlo ella misma, enterrarle la polla y calentarla desde dentro.

—*Para,* —gruñó él, agarrándola por el culo y las caderas para detenerla.

Tenía que detenerla antes de que se metiera tan dentro de ella que temiera romperlas a las dos.

Delora se apartó, y la expresión que le dirigió fue de inconfundible dolor. —¿No quieres?

Cuando parecía que intentaba zafarse, Magnar la sujetó con fuerza con un brazo y le cogió la nuca con la otra mano. Sus dedos se enredaron en su largo cabello.

—Haremos otra cría si lo hacemos. Y... No creo que pueda soportarlo.

Observar a Delora todos estos meses le había provocado una mezcla de emociones. No le gustó ver su enfermedad cuando ocurrió por primera vez o su dolor cuando lo trajo al mundo. Luego estaban las otras batallas que habían tenido que afrontar juntos, algunas agradables, muchas no.

Quería que Delora fuera suya, no algo compartido. Se había preocupado por Fyodor, pero había estado necesitado y pegajoso, siempre en medio, siempre queriendo su presencia.

Sólo quería que fuera toda mía.

CAPITULO 47

Delora no pudo evitar sentirse rechazada.

Ella se ofrecía y Magnar decía que no. Poniendo excusas para no hacerlo.

Empezó a alejarse, sintiéndose muy tonta por haber empezado.

Para Delora, revelarse había sido un salto hecho con valentía. Con confianza. Se cubrió los pechos con un brazo mientras con el otro se protegía el pubis. De repente, su carne caliente se sintió demasiado incómodamente expuesta.

Magnar la sostuvo con firmeza.

—Podrías retirarte, —murmuró ella, rompiendo el contacto visual y mirando a cualquier parte menos a él.

Él soltó una risita llena de humor, ronca y profunda. Le lamió el borde de la mandíbula, el lado sin pintar, pero ella tenía la sensación de que a él no le habría importado.

—¿De verdad crees que sería capaz de resistir la tentación de llenarte completamente tu pequeño coño con mi semilla una vez que esté dentro de ti? —dijo Magnar en tono burlón, haciendo que se le pusiera la carne de gallina al

oír su voz y su lengua deslizándose por ella. —En el momento en que esté dentro de ti, te tenga envuelta alrededor de mi polla, no te dejaré escapar.

El estómago se le revolvió al tiempo que sus paredes internas se tensaban, deseando sentir todo aquello. Parte de su aprensión disminuyó.

—Quiero que estés marcada por ella, cubierta de ella. Quiero que me hagas tuyo y que me reclames como tuyo. —Empezó a acariciarle la parte delantera del cuello con los colmillos, con cuidado. Ella exhaló ásperamente, echando la cabeza hacia atrás para que él pudiera llegar a su carne con más facilidad. —Pero no quiero que me devuelvas nada. No podré apartarme, Delora.

Su rostro se arrugó en líneas de agonía. —Entonces, ¿cómo se supone que...?

Él quiere. Eso alivió sus preocupaciones, ¡pero siempre había algo en el maldito camino! *Quiero... Tengo tantas ganas de acostarme con él.*

Su cuerpo se lo pedía, goteando necesidad y deseo por él. Y lo había sentido cada vez que se habían tocado en el pasado reciente, su cuerpo palpitaba con la anticipación de que él llenara el suyo, pero algo siempre le había impedido hablar de ello.

Esta noche, finalmente había dado el salto. Para pedírselo... descarada y valientemente, en lugar de preguntarse por qué no lo había hecho él.

Entonces, ¿por qué no podemos?

—Puedo evitarlo, —afirmó, y ella volvió la cara hacia él cuando se apartó. —Hablé con Orpheus, y me habló de un hechizo que puedo hacer para evitar que des a luz a ninguna cría hasta que te lo quite.

—Sí. De acuerdo. —Ella se acercó. —Hazlo.

Ella haría cualquier cosa para poder tenerlo.

—No obtuve completamente tu permiso la última vez cuando te cambié. —Acarició su hocico contra ella, haciendo que su piel se erizara con más piel de gallina cuando sintió su aliento caliente envolviendo su garganta. —Quería asegurarme de recibirlo esta vez antes de hacerle algo a tu cuerpo. Puede que te duela un poco.

Magnar levantó la mano para poder morderse el costado y extraer su propia sangre. Frotó los dedos contra la palma de la mano, untándola hasta cubrirla.

La última vez no necesitó su propia sangre. Sólo le había visto utilizar su sangre para hacer magia cuando creaba sus baños.

Estaba tan agradecida de tener una bañera ahora.

Delora volvió los ojos hacia abajo para mirar, apartándose para dejarle espacio cuando le palpó el estómago para untarle su sangre morada. Su mirada captó que sus tentáculos se habían movido alrededor de su polla para proteger lo que podía, pero pudo notar que la punta más oscura se estaba secando. Sobresalía entre ellos, y le gustó verla apoyada contra su cadera y el costado de su vientre doblándose sobre ella.

Ella la frotó para que se humedeciera, y él dejó escapar un pequeño suspiro, apretando más la polla entre sus manos.

—Gracias. —Posicionó las puntas de sus garras contra su carne, y ella supo que la estaba mirando por la posición de su cráneo. —¿Lista, mi pequeño cuervo?

¿Estaba preparada para tenerlo de nuevo dentro de ella?

—Sí.

—¿Sabes cuánto tiempo he estado esperando esto?, —carraspeó contra su garganta cuando la acercó ahora que su mano estaba en posición. —¿Sabes cuánto he esperado que me pidieras esto?

Él ha estado esper… Delora jadeó cuando él la atravesó con sus garras y sintió un extraño escozor y pellizco en lo más profundo de su ser. Le apretó el pelo con los puños, pero ahogó cualquier otro ruido que amenazara con salir.

La última vez que le había hecho esto, había estado moviendo la polla dentro y fuera de ella, provocándole dolor y placer al mismo tiempo. Esto sólo trajo dolor.

Un símbolo verde casi tan grande como su mano empezó a brillar en su estómago, mostrándoles a ambos que lo que estaba haciendo estaba funcionando. Cuando sacó las garras, el resplandor verde permaneció permanentemente alrededor de su ombligo.

—Ya está, —dijo. —Es...

Antes de que pudiera terminar de hablar, Delora le agarró las comisuras de la mandíbula huesuda y le empujó la punta del hocico contra los labios.

Su coño palpitaba, su clítoris hormigueaba, y ahora que ya estaba hecho, no quería retrasarlo más.

—Necesito follarte. Necesito sentirte, —suplicó, intentando acariciar lo que podía de su polla parcialmente expuesta. —Te deseo tanto y desde hace tanto tiempo.

Sus tentáculos se soltaron. Empujó contra ella y ella le devolvió el saludo. Sus manos se apresuraron a sujetarle la nuca y la cintura para acercarla.

Sentía su pelaje en las espinillas, las rodillas y el dorso de los pies. Cómo le cubría la parte delantera mientras se apretaba contra su cuerpo firme. Le untó más pintura.

No puedo esperar más.

Estaba cada vez más cachonda, incluso frustrada, y temía entrar en combustión.

Delora agarró el lado de su polla justo debajo de la cabeza ancha, los pequeños nódulos saludando a su palma, y levantó su cuerpo más alto. Como estaba sentada completamente encima de él, sus tentáculos le rodearon los tobillos cuando ella no lo esperaba. Se mantuvieron firmes, apretándola.

—*Delora,* —gimió cuando ella presionó la entrada de su coño sobre la punta.

Una circunferencia increíblemente dura la recibió. La humedad de su lubricante se extendió por los labios de sus pliegues ya resbaladizos. Y el calor, tan extraño y ardiente, la calentó.

La cabeza de la polla no era lisa debido al surco que llegaba hasta el agujero hendido de la parte superior, y ella se frotó sobre ella sólo para provocarlos a los dos.

—*Ohh.* —Dio un pequeño gemido de satisfacción cuando él empezó a tirar de ella, impaciente por que se sentara en su polla.

Sentía el escozor de no haber tenido algo tan... increíblemente enorme dentro de ella durante tanto tiempo, y la cabeza era difícil de meter, especialmente con sus protuberancias. Ella jadeó, y su estómago se hundió de felicidad cuando lo hizo.

Tan grande. Se estaba estirando para él, tomándolo y obligando a su cuerpo a aceptarlo. Tan... caliente. Sus párpados se agitaron de euforia cuando se clavó hasta la mitad. *Mío. Es mío. Esta polla es mía.*

Como si fuera capaz de oír sus pensamientos, una vez que ella estuvo maravillosamente sentada a su alrededor, gruñó: —*Mía.*

—Ohhh, joder, —gritó ella.

Ella temblaba alrededor de su polla, su cuerpo se estremecía visiblemente de necesidad. Echó la cabeza hacia atrás y separó los labios. Su pecho se elevó. Seguía agarrada a su cuello para poder concentrarse en lo que él sentía dentro de ella.

Empezó a moverse encima de él.

Había una humedad entre los dos que la hacía sentir como si todo estuviera lubricado, y ella lo adoraba. La polla de él le presionaba por todas partes, llenándola, pero ella la deseaba más fuerte, más profunda, toda entera. Él la penetró, dándole sólo una probadita de lo que necesitaba.

Su aroma a vainilla y nata envolvió sus sentidos. Intentó aspirar más aire para tener más.

De su pecho salía un sonido ronco, mientras unos suaves gruñidos se entremezclaban con un ligero gruñido. Lo único que sentía era calor, por dentro y por fuera, y el pelaje de él haciéndole cosquillas en sus sensibles pezones endurecidos. El torso de él masajeaba sublimemente los pesados pechos de ella.

A ninguno de los dos le importaba la pintura que estaba frotando sobre su torso, sobre todo porque Delora ya se sentía perdida en su propio placer.

—Demasiado... *lento*, —gimió antes de agarrarle el culo y la cintura con más fuerza para tirar de ella hacia abajo, para empezar a trabajarla sobre su polla. Se hinchó, haciéndola jadear y apretándole las entrañas. —Así está mejor.

Delora sintió que se deslizaba más deprisa alrededor de su polla, que Magnar la empujaba hacia arriba hasta que sintió que su entrada rodeaba el borde gordo de la cabeza de su polla, antes de que la empujara hacia abajo con fuerza y rapidez, arrancándole un grito patético.

—*Sí,* —ronroneó ella, tratando de agarrarse a él mientras sus uñas se clavaban en su piel para clavarse en su dura carne. —Más.

Él empujó más rápido y ayudó a moverla para que bajara con más fuerza.

Consiguió la fuerza suficiente para inclinar ligeramente la cabeza hacia delante y contemplar su extraño rostro, cuyos orbes le parecieron de un atractivo color morado que la hizo estremecerse.

¿Por qué me parecen tan hermosos?

—¿Sabes cuánto tiempo llevo deseando volver a estar dentro de tu coño? — Él se lanzó hacia delante para poder pasarle su áspera lengua por los labios.

—¿Cuánto he deseado esto? ¿Tener tu interior retorciéndose así alrededor de mi polla? —Se estremeció y su cuerpo se hinchó de nuevo. —Cada vez que te he probado, he estado a punto de metértela dentro. *Ardo* en deseos. Necesito sentir cómo te corres a mi alrededor, Delora. Necesito sentirlo, saborearlo, oler ese aroma en mi cuerpo mientras me cubres con tu esencia.

Oh, Dios. Sus paredes internas se cerraron, sintiéndose hinchadas por su inminente orgasmo, al tiempo que sus ojos se arqueaban en pliegues agonizantes. *Yo...*

—Y tenerte encima de mí.... —Magnar soltó un gemido atormentado, su cuerpo temblando bajo ella mientras lo cabalgaba. —Que te folles con mi polla... Moverte sobre mí como si me necesitaras tanto como yo te he necesitado...

Creo que estoy enamorada de él. El corazón se le estrujó en el pecho, irradiando un tierno dolor que se sentía... hermoso de tener. *Estoy enamorada de Magnar.*

Tenía que estarlo. ¿Por qué si no habría suplicado por su polla? ¿Por él?

Su cabeza cayó hacia adelante para poder colocarla contra él, queriendo estar aún más cerca de lo que ya estaban. Sentía como si algo revoloteara en su pecho, tan ligero y despreocupado, mientras su cuerpo cantaba de placer, cada embestida de su polla acercándola al límite.

Se siente tan bien dentro de mí. Como si perteneciera a ese lugar, como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar.

—No sé cuánto tiempo más podré contenerme, —dijo. —Necesito que vengas por mí antes de hacerlo, Delora.

Cuando ella no lo hizo, él le puso una mano alrededor de la nuca y tiró de ella hacia atrás para que se viera obligada a posar su mirada llena de vértigo en él. Sentía la nariz borrosa y los ojos más húmedos de lo normal mientras jadeaba desesperada ante su rostro etéreo.

Su corazón palpitaba de adoración por él. De sus orbes morados, llenos de lujuria, del hueso blanco de su cráneo que resaltaban la hoguera y las velas cercanas. De su cornamenta proyectando una sombra sobre ella, elevándose amenazadoramente por encima de su cabeza.

—Correte. Por. Mí. —gruñó con un destello de rojo parpadeando en sus orbes, embistiéndola para puntuar cada palabra mientras ella bajaba su coño sobre él.

Su cuerpo se tensó. Los músculos de todo su cuerpo se tensaron.

Justo cuando echaba la cabeza hacia atrás para gritar al comenzar su orgasmo, el calor brotó por todas partes desde su interior. Vio su alma estallar en una explosión de llamas entre sus cuernos.

El ensordecedor y estruendoso rugido que sonó cuando su alma se convirtió en una llama y empezó a ordeñarle la polla fue el único aviso que recibió.

Se abalanzó sobre ella, golpeándola contra el suelo y expulsando el oxígeno de su cuerpo. Magnar empezó a martillear su polla dentro y fuera de ella salvajemente.

Delora no podía emitir sonido alguno cuando cada embestida la dejaba sin aliento, estrangulando sus pulmones bajo la arremetida. Le rodeó con las piernas, clavándole los talones en los costados de las piernas para sujetarse a

él. Sus brazos se movieron para rodearle el torso en lugar de rodearle el cuello y resistir sus embestidas.

Sus tentáculos se deslizaron alrededor de sus caderas para aferrarse, clavándose con tanta fuerza que ella sintió que la apretaban.

Pero eso no fue suficiente para Magnar.

Con un ruido sordo, golpeó el suelo con las ramas bifurcadas de su cornamenta. Éstas los sostuvieron a ambos cuando él se levantó del suelo y la levantó a ella mientras permanecía de rodillas.

Sus brazos la rodearon con más fuerza por el culo y los hombros, entrelazándolos para que ella no pudiera moverse en absoluto.

La libertad de sus cuerpos en el aire le permitía moverse aún más rápido, penetrar aún más profundamente.

Y esos pequeños nódulos que se extendían a lo largo de su polla por tres lados, deslizándose dentro y fuera de ella, se sentían como una *vibración*. Le hacían cosquillas en la entrada y en lo más profundo, haciendo que sus ojos se abrieran de par en par cuando se dio cuenta.

Delora se corrió cuando se le escapó un gruñido, sus embestidas tan salvajes y descontroladas que la hicieron precipitarse de nuevo al vacío. Estaba perdida, perdida en él, en esto, en el placer y en cómo su polla vibraba suavemente deslizándose dentro de ella.

Quería suplicarle que la follara. Quería susurrarle que sí, decirle lo bien que se sentía, que era increíble. Pero no podía.

Delora no podía hacer otra cosa que soltar gritos llenos de placer y arrancarle las plumas hasta que se vio obligada a agarrar otra parte de su espalda para tener algo a lo que agarrarse. Más se soltaron.

—¡Eres mía!, —advirtió, su gruñido parecía empeorar. ***—¡Siempre serás mía!***

—¡Sí! Tuya. —Intentó gritarlo, pero sus palabras sólo salieron como un susurro.

Sintió sus garras clavándose, pero ella sólo se arqueó ante ellas. En lugar de asustarse, las encontró peligrosamente excitantes. Era como si quisiera excavar bajo su piel.

El golpeteo y el sonido de sus cuerpos al chocar cuando él estaba clavado hasta el fondo le llegaban a los oídos. Sus movimientos eran demasiado rápidos como para sentirlos como una embestida, y ambos estaban tan mojados que resultaba imperceptible.

Intentó separar los muslos más de lo que podía alrededor de su enorme cuerpo. Era tan grande, más de lo que podría serlo cualquier ser humano, pero Delora quería que la penetrara hasta partirla en dos. Quería sentirlo mañana, cojear con dolores y molestias, sabiendo que había sido penetrada apasionadamente, deseada, necesitada.

—Se siente tan bien, —susurró, incapaz de empujarle como quería. Le clavó las uñas en la espalda, aferrándose a todo lo que podía de su cuerpo. —Te sientes tan bien. Sí. Por favor, no pares.

Magnar la estaba moviendo tan rápido que ella sabía que iba a correrse otra vez. *Nunca me habían follado así.*

Donde era follada violentamente, pero también sostenida como si fuera preciosa. Sujetada tan fuerte como si temiera perderla.

Un gemido suavizó su voz mientras raspaba: —De... lora.

Ella lo apretó, su pequeño gemido la hizo estremecerse.

Entonces, en medio de sus rápidas embestidas, sintió un calor líquido que la llenaba por dentro. Sus rodillas se doblaron mientras sus paredes internas se contraían alrededor de su polla como si su propio cuerpo intentara succionar ese líquido más profundamente.

—¡Oh!, —gritó, con un gemido entrelazado en su voz. —¿Te vas a correr?

Él seguía embistiendo con fuerza, empujando contra ella con rapidez. Él dejó escapar un gemido, y ella supo que ésa era su manera de responder ahora mismo mientras la llenaba con su semilla mientras se movía, como si no estuviera dispuesto a separarse de cómo su interior lo acariciaba.

Delora casi se queda bizca, retorciendo las caderas contra él a pesar de que sus tentáculos estaban tan apretados que resultaba casi doloroso*. Está tan caliente. Llename, dámelo todo*. Intentó girar arriba y abajo, recibirlo para que él se sintiera aún mejor, para que le diera aún más.

Oh, joder. Oh, joder. La sensación la llevó al límite, y se mordió el labio con tanta fuerza que supo que se había hecho sangre.

Él dio un estremecimiento que sacudió todo su cuerpo, justo antes de que ella sintiera el familiar sofocón de aquel intenso volumen de líquido que empezaba a desbordarse y a derramarse fuera de ella en densos borbotones.

Cuando sintió el cosquilleo del líquido bajando por las curvas de su culo y atravesando su pubis hasta deslizarse por su cadera, quiso sentir más, adorarlo, amarlo, retorcerse mientras se corría con él.

Cuando su polla dejó de hincharse repetidamente, por fin aflojó el ritmo. Por fin se relajó. Ella sintió los rápidos latidos de su corazón contra su mejilla, más rápidos de lo que nunca los había oído, y esperaba que él pudiera sentir los suyos contra su abdomen.

Él se estremeció como si las réplicas le estuvieran quemando por dentro.

Tras unos instantes en los que ambos estuvieron abrazados, Magnar acabó por bajarla al suelo, como si su satisfacción lo debilitara. No se movió, no dejó de permanecer sobre ella como si fuera incapaz de dejarla marchar.

Ella sonrió cuando sus ojos encontraron profundas marcas de garras en su propio hombro y en el costado de su culo.

—¿Me has curado enseguida?, —le preguntó, acercándose para acariciarle justo debajo de las heridas.

No eran profundas, así que no debía de haberle hecho tantos cortes como la última vez, pero seguían pareciendo dolorosas.

—Lo siento, —dijo, y sus orbes se tiñeron de rosa rojizo por la vergüenza. —Creí que podría hacer esto sin hacerte daño, pero me equivoqué.

Sus tentáculos se soltaron y apoyó las manos en el suelo de madera para estabilizarse, levantando la cornamenta del suelo. Empezó a apartar su pene cada vez más blando.

Sin vacilar, Delora agarró uno de los miembros que se retorcían y tiró de él.

—¿Adónde crees que vas?, —le dijo, con la voz ronca y entrecortada de tanto gritar. —Sé que esa polla tuya puede correrse una segunda vez.

Hizo una pausa cuando estaba casi fuera de ella.

—Pero te he vuelto a hacer daño, Delora.

—Y aquí estoy, queriendo más de ti. —Levantó las caderas y luego las bajó para avivar el desbordante orgasmo que tenía dentro. Mirando hacia abajo, vio cómo se follaba a sí misma con la misma punta de su polla morada, ganándose un pequeño gemido de satisfacción de él mientras la agarraba por el hombro. Era como si necesitara que se detuviera, estaba intentando que lo hiciera. —No me importa que me hayas arañado. Apenas lo sentí. Yo sólo... No quiero parar. He necesitado esto durante tanto tiempo.

Como sin poder evitarlo, disfrutando de ella moviéndose sobre él desde abajo, se hundió un poco más.

—¿Y si...?

—Tal vez lo hagas mejor la segunda vez, —rebatió ella rápidamente por encima de él. Giró la cabeza y le mordió el costado del brazo, tratando de convencerle con dolor de que volviera a ser travieso con ella. —Tal vez sólo necesites practicar. —Le mordió la palma callosa cuando él se estremeció de placer y la giró hacia ella. Hundió los dientes en el firme músculo justo debajo del pulgar. —Fóllame el coño una y otra vez hasta que te acostumbres a llenarlo, a correrte dentro de él, a hacerlo tuyo.

—*Delora,* —ronroneó, descendiendo mientras temblaba.

Lentamente, persuadido por los dientes de ella, volvió a deslizar su polla cada vez más dura dentro de ella hasta que la enterró hasta la empuñadura.

Magnar separó los colmillos cuando su polla quedó completamente protegida en el reconfortante refugio de su canal, dejando escapar un suspiro quejumbroso.

Con unos cuantos gemidos, acabó diciendo: —¿vagina? No conozco esta palabra.

—Todavía hay mucho que enseñarte, —rió ella, con los ojos llenos de humor y calor. —Es otro nombre para mi coño.

Su vagina -como ella lo llamaba- palpitaba, abrazándolo con su calor hinchado y su humedad mezclada. Se sentía como en el paraíso, y él se recostó parcialmente sobre ella, sobre sus muslos y sus manos, sosteniéndose.

Como si se hubiera quedado insatisfecha con una sola vez, su polla ya estaba completamente hinchada y dolorida. La necesidad de liberarse de nuevo le oprimía la entrepierna como un hambre terrible, exigiéndole que volviera a cazar su cuerpo. Sentía como si su sangre estuviera llena de fuego, bombeando calor por todo su ser y agrandando sus músculos, golpeando en su polla con fuertes latidos y haciendo que su pelaje y sus plumas resoplaran.

—Es tuyo, Magnar, —dijo ella debajo de él, haciéndole darse cuenta de que había cerrado la vista mientras se regodeaba en la dicha de ella. —Y yo también.

Abrió la vista y descubrió que los bordes eran de un morado intenso que la envolvía en una neblina.

—Eres la criatura más hermosa del mundo, —gruñó, y las palabras se le escaparon sin pensar.

Gran parte de la pintura de su cuerpo estaba corrida y manchada, dejando al descubierto un pezón rosado y la carne ligeramente bronceada del otro pecho, que se movía y estremecía con cada respiración jadeante. Era preciosa, con su pelo oscuro desordenado, sus ojos marrones y su cuerpo suave y generoso. Estaba totalmente cautivado por ella, y aún más cuando sus labios se curvaron en una sonrisa.

Era esa sonrisa la que le atrapaba por completo.

Le preocupaba que si se tumbaba sobre ella, la aplastaría. Mantuvo los brazos estirados mientras separaba los muslos, intentando ponerse a su altura. Arqueó profundamente su espalda. Su tamaño era demasiado grande entre sus muslos, pero las piernas de ella estaban abiertas y anchas en señal de bienvenida, permitiéndole entrar para que pudiera enroscar sus tentáculos alrededor de sus caderas.

Bajó una de sus manos para poder rodear la base de su polla y tocar los labios abiertos de su coño.

—Puedes tenerme cuando quieras, —dijo ella mientras se inclinaba hacia arriba. Apretó los labios contra su pecho y luego bajo su larga mandíbula, haciendo que su cabeza se inclinara hacia arriba mientras él le exponía lo que tenía debajo, con su larga cola temblorosa. —Quiero que me folles hasta que conozcas cada centímetro de mí. Quiero que me uses hasta que estés satisfecho, hasta que seas tú el que quiera parar.

—No creo que eso sea posible, —retumbó él, echando las caderas hacia atrás sólo para empujarlas hacia delante un segundo después. Ella emitió un maullido de satisfacción como recompensa. —Creo que nunca tendré suficiente de ti, mi pequeño cuervo.

A pesar de su deseo de moverse más rápido, Magnar no lo hizo. Quería alargarlo, saborear sus sonidos, el ruido de sus cuerpos saludándose.

Quería ser suave y ver si podía jugar con sus entrañas, provocarla y llevarla al orgasmo en lugar de forzarlo sobre su cuerpo con velocidad y profundidad. Magnar quería ver cómo Delora se deshacía alrededor de su polla cuando por fin tenía el control de sí mismo... y de ella.

Quería que ella anhelara su polla, su próximo orgasmo. Para hacerla rogar y suplicar por él como lo había hecho para que él la llenara.

Se sentía innegablemente completo dentro de ella, pero se preguntaba si sería posible intensificar esa sensación para ambos.

Magnar quería aprenderlo todo sobre aquello. Y estaba encantado de que ella quisiera mostrárselo, sabiendo que si empezaba a intentarlo activamente tendría a Magnar a su merced. Ella ya me excita. Con sólo mirarle a los ojos, su cuerpo se agitaba. Estaría felizmente condenado.

Mirándola fijamente con un ritmo lento, bajó lo suficiente, follándosela sólo con la punta, para poder pasar la lengua por todas las partes sensibles de su pecho y garganta. Sus orejitas la hicieron estremecerse, y él se centró en una sólo para que soltara un grito.

En cuanto separó los labios, la obligó a tragarse la lengua cuando soltó aquel inquietante ruido, haciendo que su cuerpo se contrajera por la sorpresa. No se dio cuenta de que la sentiría alrededor de su polla mientras ella casi la estrangulaba con las paredes internas de su coño.

Esta vez, Magnar iba a ser juguetón. Iba a adorar su cuerpo como siempre había querido.

Quiero verla tan desesperada como lo he estado yo.

EPILOGO

Delora se tumbó cómodamente sobre Magnar con los brazos cruzados bajo la barbilla, pasando perezosamente el dedo índice por el largo pelaje que cubría su pecho. Lo miró con la espalda apoyada en el suelo y el hocico apuntando al techo.

Estaban tumbados torso con torso, ambos cubiertos de pies a cabeza de pintura de colores que se habían embadurnado mutuamente.

También habían volcado muchos de sus cuencos de pintura, dándoles más para jugar, mientras manchaban el suelo de madera con la evidencia de su rigurosa follada. Había manchas por todas partes, marcas de manos, pisadas, manchas de no sabía qué parte del cuerpo en movimiento.

También había unos cuantos charcos blancos que ella sabía que no eran de pintura. En algún momento sus pechos se habían deslizado por alguno de ellos cuando él la había cogido por detrás. Magnar se había excitado cada vez más cuando descubrió que podía ponerla en diferentes posturas y enloquecerla.

La chimenea estaba casi sin llamas desde que ninguno de los dos la había encendido. Ella no necesitaba el calor; Magnar la estaba calentando. Además, hacía tiempo que el sol había salido, proporcionándoles toda la luz que necesitaban.

Con los muslos amoldados a las caderas de él y los tentáculos de él rodeando las suyas, se sintió bastante satisfecha con su larga pero blanda polla dentro de ella.

¿Quién diría que el sexo me haría sentir mejor?

Y así fue. Estaba triste, pero no tanto como antes, ya que su cuerpo cantaba de satisfacción.

Delora se arremolinó más sobre el pecho de Magnar, tratando de evitar las múltiples marcas de garras que él tenía en su propio cuerpo de cuando la curó a lo largo de la noche.

Accidentalmente, se levantó parcialmente de su cuerpo y luego se hundió aún más que antes, con la esperanza de sentir los latidos de su corazón en lo más profundo.

Su pecho resoplante se tensó mientras él gemía con fervor. Accidentalmente le dio una palmada en el culo cuando se lo agarró y la empujó hacia abajo mientras subía las caderas.

Esta vez se le escapó un gemido.

—No más, —suplicó ella, enterrando la cara contra su suave pelaje. —Me retracto. Estoy cansada.

—Tú eres la que quería quedarse ahí. —Levantó la cabeza cuando sintió que él se movía para mirarla. Sus orbes amarillos de satisfacción destellaron morados antes de que se lamiera los colmillos con la lengua curvándose sobre la parte superior de su hocico. —Tu cuerpo parece el paraíso. No es culpa mía. Te advertí que nunca tendría suficiente.

—¡Ya ha sido cuatro veces! —Con una mirada desganada, señaló la ventana del salón. —Ha salido el sol, Magnar. Ya hace horas que salió.

Sólo quería dormirme con él dentro.

Le gustaba tenerlo allí, haciéndola sentir querida y completa. Se abrazaban para calentarse la polla y el calor de él la acariciaba. Le preocupaba que si se separaba de ella, empezaría a dolerle.

Su cornamenta golpeó el suelo, empujando ligeramente la cabeza hacia delante en un ángulo incómodo, mientras volvía a descansar.

Le subió las garras por el costado del muslo para que se estremeciera. También hizo lo mismo con su columna vertebral, y su espalda se arqueó como la de un gatito, lo que hizo que su coño se deslizara a su alrededor.

—Me gusta cuando haces eso, —retumbó con una risita. —Tu cuerpo es muy sensible a mis garras.

—Vuelve a hacerlo y te morderé, —le advirtió.

—¿Lo harás ahora?

Arrastró las afiladas puntas de sus garras tanto por su muslo como por su columna vertebral, y el cuerpo de ella tembló violentamente. Su cuerpo se arqueó en oleadas, moviendo la polla dentro y fuera de ella.

Magnar gimió, como si eso fuera lo que siempre había querido.

Delora enterró la cara contra él y mordió con todas sus fuerzas la parte inferior del músculo pectoral, cuyo vello era más corto que el de la parte superior. Fue un grave error por su parte: sintió que él empezaba a engrosar y endurecerse

dentro de ella justo cuando él empezó a empujar con rapidez, metiendo y sacando su polla casi reblandecida.

—¡Magnar!

El cabrón se rió.

—Esto es divertido, —dijo una vez hubo terminado. —Espero que me muerdas más. Me dan ganas de castigarte con mi polla.

Delora se apartó un mechón de pelo de los ojos. —¿Podemos tomarnos un descanso por ahora?

—Creo que eso ya no es posible.

Ella podía sentir por la presión interior que él estaba casi completamente erecto ahora, y Delora plantó su cara contra él.

—No, —replicó sin entusiasmo.

Él gimió como respuesta.

Ella levantó la cabeza para mirarle con incredulidad.

—¿De verdad acabas de lloriquearme? —¡Lo había vuelto a hacer! Pero el resplandor morado de sus ojos le dijo que sólo intentaba ser dudoso. Le golpeó el pecho. —Lloriqueando no consigues todo lo que quieres. Sólo te hace inmaduro.

—Bien, —refunfuñó él, lamiéndose el interior de la boca con agitación. Cerró la vista para que sus orbes fueran negros. —Pero no puedes irte de donde estás ahora. Puedes descansar así, con nosotros como si fuéramos uno.

Bien. Ella reanudó remolinos patrones en su piel. La acción era relajante, y ayudó a hacer sus ojos más pesados.

Pero había algo que le impedía conciliar el sueño, y llevaba tiempo haciéndolo.

Las burbujas de emociones que sentía se negaban a dejarla descansar, exigiéndole que las derramara o de lo contrario podría reventar. Se mordía el labio inferior con ansiedad, retenida por la última pizca de inseguridad que sentía en su presencia.

Tuvo que forzar el valor desde lo más profundo de su ser. Casi vaciló cuando separó los labios para hablar.

—Yo... te amo, —dijo en voz baja, con la esperanza de que él no la oyera.

El silencio la recibió.

Entonces Delora se enfadó al pensar que él no lo había oído, cuando debería haberlo hecho. Puede que ella lo susurrara, pero él solía tener una capacidad auditiva sobrehumana.

¿Me ha ignorado? Ella esperaba que él le preguntara.

Ella notó que el ritmo del corazón de él aumentaba desde que su mano había estado descansando sobre él. —¿Magnar?

Él levantó la mano y le pasó las garras por el pelo, acariciándola mientras las puntas rozaban deliciosamente su cuero cabelludo. —Yo también te amo, Delora.

—¿P-Perdón?, —tartamudeó ella, confundida de por qué él le contestaba.

Levantó la cabeza una vez más y abrió la vista, revelando brillantes orbes rosa flamingo. Giró su cráneo de zorro hacia ella.

—Yo también te amo. —Esta vez ella separó los labios, sorprendida, y él giró la cabeza hacia el otro lado. —Tú me lo dijiste, pero ¿no es esto algo que querías oír?

Ella apoyó las manos en el torso de él para incorporarse con las cejas fruncidas en su dirección.

—Bueno, sí. Es que... No esperaba que me respondieras. —No pudo evitar desviar la mirada. —¿Entiendes siquiera lo que significa?

Sólo volvió a mirarle porque él le había cogido un lado de la cara y se lo había orientado.

—Por supuesto. Le pregunté a Orpheus por qué seguía viendo el color que veo ahora. —Sus ojos se desviaron entre cada uno de sus brillantes orbes rosas. —Y me explicó su significado. Sé lo que significa, Delora. Hace tiempo que sé que te amo.

—Si eso es cierto, ¿por qué no me lo dijiste?

—No sabía si eso era algo que querías de mí. No quería presionarte con mis sentimientos, y me he conformado con amarte, aunque tú no sintieras lo mismo.

El corazón se le estrujó en el pecho y no pudo contener las lágrimas que brotaron de sus ojos arqueados.

—¿Pero por qué? He-He sido tan fría contigo.

—Te he encontrado fascinante desde el principio, Delora. Estabas rota y necesitabas curarte, pero eso no te hacía menos hermosa ni menos digna de mi cariño. Empecé a amarte cuando estabas triste, pero mi amor ha ido creciendo con cada sonrisa que me has regalado. Y cuidarte me ha hecho sentir que tengo un propósito. Me has hecho sentir que no soy un monstruo feo que se lo come todo, sino algo que merece tu afecto. —Le pasó el pulgar por la mejilla para robarle una lágrima. —¿Por qué lloras?

—No lo se.— Volvió a acurrucarse hasta quedar pegada a él, aferrándose a su pelaje con los puños apretados. —Sólo estoy feliz de estar aquí. Estoy tan agradecida de haberte conocido, Magnar. Eres maravilloso, amable y paciente, y supongo que me siento aliviada de que me correspondas.

Magnar la rodeó con sus reconfortantes brazos y la apretó contra su torso, permitiéndole llorar de felicidad contra él. *Me ama.*

—Soy tuya, mi pequeña novia cuervo. —Golpeó la comisura de su huesuda mandíbula contra el costado de la frente de ella con afecto, ternura y cariño. Ella lo sintió hasta el fondo de su alma brillante y completamente encendida entre sus cuernos. —Para siempre, sólo tuya.

Muchas gracias por leer A Soul to Heal, el segundo libro de la serie Duskwalker Brides.

Me costó mucho escribir este libro. Estuve a punto de desechar la idea, pero uno de mis betas me empujó a seguir adelante porque le encantó. Había muchos aspectos que cubrir y quería retratarlos todos correctamente.

El trauma y la depresión de Delora era un aspecto importante que quería tratar bien, sin entrelazarlo con la gordofobia. Yo, personalmente, estoy un poco cansada de que en los libros las mujeres de talla grande se odien a sí mismas por su cuerpo y que esa sea toda su personalidad. Estoy harta de que sea el argumento principal.

El pequeño Fyodor me resultó difícil de escribir porque yo no tengo hijos. Además, nunca había escrito un embarazo, y los Mavka son... diferentes, lo que lo hace aún más difícil. Sin embargo, fue una gran oportunidad para ser inclusiva. Si no te gustó por no aceptar a esta minoría, es un problema TUYO, no MÍO. Para mí fue fácil incluir ellos/ellas, y he demostrado que es posible escribirlo claramente con un poco de ajuste.

¡Y Magnar! Fue todo un reto escribirlo porque es muy ingenuo, pero salvaje. Espero que te haya gustado.

Me alegro mucho de haber escrito esta historia, independientemente de las críticas negativas que pueda recibir. Pude profundizar mucho en cómo se formaron los Duskwalkers, y así aprendemos mucho sobre ellos.

En el próximo libro, A Soul to Touch, aparecerá un personaje asiático y Gatito que conocimos en este libro. Psst, su nombre cambiará.

A Soul to Touch será MUY diferente de los dos primeros, ¡ya que transcurrirá lejos del Velo! También aprenderemos mucho más sobre el mundo humano y lo terrible que es. Mi FMC es también un personaje muy fuerte y puede que un poco cachondo, especialmente para los monstruos. Será más obsceno que los dos primeros, con algunos *ejem* juegos con la cola, doble penetración, perversión en la reproducción y algunos juegos íntimos intensos.